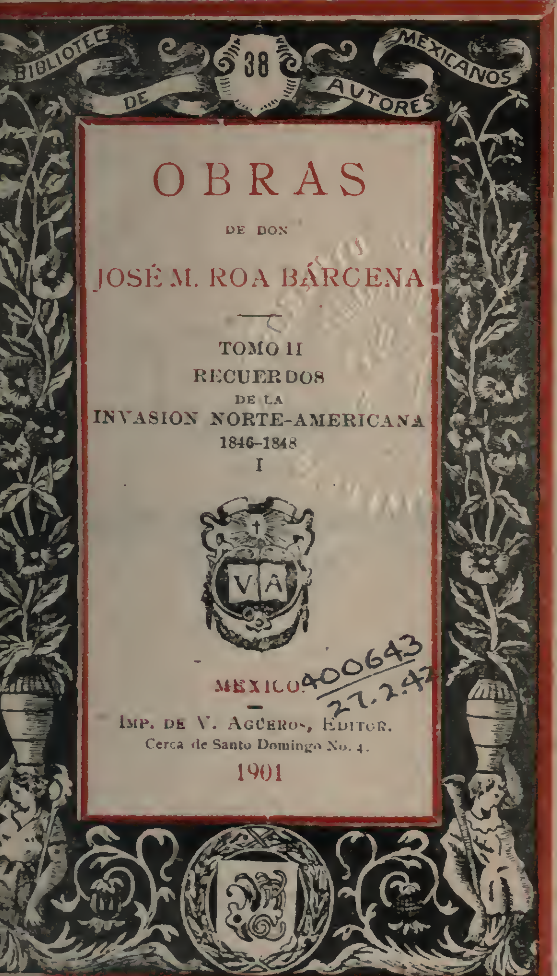


BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.



OBRAS

DE DON

JOSÉ M. ROA BÁRCENA

TOMO II

RECUERDOS

DE LA

INVASION NORTE-AMERICANA

1846-1848

I

MEXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.

Cerca de Santo Domingo No. 4.

1901



RECUERDOS

DE LA

INVASION NORTE-AMERICANA.

1,846-1,848.

Al Sr. D. Jose Maria Andrade,

DEDICA ESTOS APUNTAMIENTOS

EL AUTOR.



INTRODUCCION.

No es libro de historia éste, ni otra cosa que una serie de artículos varios—abundantes en noticias y datos históricos; pero que no pueden constituir una obra formal de aquel género—sobre la invasión de los Estados-Unidos en México en los años de 1,846 á 1,848.

Como aparece desde luego por el tono y la forma de tales artículos, el autor les dió principio, hará seis ó siete años, con el sólo intento de consignar sus observaciones é impresiones personales respecto de los pocos sucesos de que pudo juzgar por sí mismo en la época referida. Para hablar de ellos con alguna exactitud, necesitó examinar lo escrito aquí, y, ante todo, nuestros documentos oficiales. Este examen y el afán de explorar la verdad acerca de puntos dudosos, le llevaron al estudio de los documentos oficiales norte-americanos. Con agrada-

ble sorpresa halló en ellos que la defensa nacional, tan menospreciada por nosotros y que no careció de nobles esfuerzos ni de rasgos heróicos con que cualquier pueblo se ufanaría, era diversa y favorablemente juzgada por los mismos invasores. Y despertándosele el natural deseo de rectificar la opinión de sus compatriotas, fijando en lo posible hechos cuyo conocimiento exacto es indudablemente propicio al honor de la República, vino á cambiar de plan, ensanchando sus investigaciones y sus artículos; haciéndolos abrazar la campaña toda; cediendo á la narración de los sucesos con todos sus pormenores averiguados el lugar de las digresiones; y aspirando á que su labor, al propio tiempo que de rehabilitación á nuestra México de hace más de treinta años y á sus defensores de entonces, pudiera ser de algún provecho á nuestra México actual, indicándole en las causas, el curso y los resultados de aquella guerra, el carácter de lo que en materia de política internacional nos reserve acaso el porvenir, y lo que la cordura aconseja en cuanto al deber de la propia conservación.

De aquí que la índole de los primeros capítulos sea tan diferente de la del resto del libro, que carece de unidad en el plan y en la forma, y en cuyas páginas se trasluce más bien el ex-periodista humorístico obligado á lidiar largos años con sus pobres recursos contra adversarios como los Zarco y los Charles de Barres, que el escritor que aspire á entrar en la rica heredad cultivada por los Alamán, los Lafuente y los

Thiers. Y si es indudable que pudo corregirse ó aminorarse tal defecto refundiendo estos artículos en molde más conveniente y adecuado, ni el tiempo disponible ni lo escasísimo del brío que le queda se lo permitieron al autor, quien prefiere coleccionar con apéndices, y publicar con todas sus deficiencias, noticias laboriosamente acopiadas y que tal vez ofrezcan interés y utilidad, á dejarlas empolvarse y perderse so pretexto de mejorarlas sabiendo que nadie es dueño del mañana.

¡Ojalá el lector llegue á creer que se obró en ello cuerdamente, y, sobre todo, que campea en estas páginas el deseo de conocer y exponer la verdad, de hacer justicia á amigos y enemigos, y de volver por la honra de nuestra patria!

México, Enero de 1,883.





I

CAUSAS Y PRETESTOS.

Origen de la Cuestión de Texas.—confesión de la Diplomacia Norte-Americana.

Más bien que á ensayar la consignación de datos históricos, voy á apuntar aquí mis impresiones durante la guerra que los Estados-Unidos del Norte hicieron á México de 1,846 á 1,848 para arrancarle gran parte de su territorio.

La manzana de la discordia, la causa ó el pretexto de tal guerra, fué nuestro malhadado Estado de Texas, en que tuvo lugar aquí el primero y triste ensayo de colonización extranjera. La extraña población allí implantada y en su mayor parte procedente de los Estados-Unidos y de los países septentrionales de Europa, sin relaciones más que políticas con el centro de México, de que la separaban inmensos desiertos, se asimilaba, naturalmente, mucho más á

la raza anglo-sajona que á la nuestra; y no se habría necesitado de 1,830 á 34 gran perspicacia para prever los sucesos que se consumarían forzosamente á la vuelta de pocos años. A las simpatías y antipatías de raza vino á unirse el interés individual en los colonos, deseosos de aumentar y de realizar en muchos casos el valor de sus terrenos; vino también á unirse el interés nacional del pueblo vecino, que desistiendo de extenderse hacia su región occidental, hoy todavía relativamente poco poblada, ambicionaba correrse hacia el Sur, aumentando sus costas sobre el golfo de México, y comenzando á poner en práctica el programa de expansión y usurpación ya trazado entonces por sus más hebiles políticos y que solamente la guerra doméstica de 1,863 entre el Norte y el Sur ha sido capaz de suspender.

La sustitución del sistema federal por el central, en México, dió á los texanos pretexto para su insurrección, á que los habían predispuesto la prohibición del gobierno mexicano de vender terrenos, y las hostilidades rotas por ellos mismos contra la línea de fuertes, formada por el general Terán para tenrlos á raya. Nuestro ejército, al mando de Santa Anna, abrió la campaña en Marzo de 1,836, avanzando hasta la bahía del Espíritu Santo, colonia de Guadalupe y Matagorda. El cuartel general se situó en Béjar, destacando de allí dos divisiones, la de Ramírez y Sesma hacia el río Colorado, y la de Gaona sobre Nacogdoches, y saliendo al fin el resto de las fuerzas á las órdenes de Filiso-

la, para reunirse con la primera de dichas divi-
siones en Austin, capital del Estado de Te-
xas. Bajo tristes auspicios se inauguró esta
campaña; norte-americanos eran los que hacían
frente, y algunos de nuestros triunfos se man-
charon con terribles fusilamientos y verdade-
ras atrocidades. Ocupadas y abandonadas Aus-
tin y Harrisburgo por nuestro ejército, siguió
éste en busca del texano, mandado por Hous-
ton, quien el 21 de Abril atacó y derrotó á San-
ta Anna á orillas del San Jacinto. Prisionero
nuestro jefe, las tropas se replegaron á Mata-
moros. Texas quedaba irrevocablemente per-
dido.

La proclamación de la independencia texana
no era, sin embargo, más que el primer paso.
La agregación del Estado á la Confederación
norte-americana, verdadero fin de su segrega-
ción de México, era ya indudable en 1,844 y
constituía el tema de las contestaciones diplo-
máticas entre nuestra República y la de los
Estados Unidos, que, acostumbrada ya á la ab-
sorción hacia el Sur, á costa de Francia y Es-
paña, no veía grandes dificultades en continuar-
la en perjuicio nuestro. La cuestión de límites
había quedado resuelta en el tratado de 1,831.
So pretexto de puramente defender su amagada
frontera, ó de proteger nuestro mismo terri-
torio contra los indios de los Estados Unidos,
el gobierno de Washington hacía avanzar fuer-
zas hasta Nacogdoches; renovaba obstinada-
narios, y por fin, recibía á nuestro rebelde Esta·
países; hacía reclamaciones de daños y perjui-

cios más ó menos reales ó de todo punto imaginario, y el gobierno de Texas había puesto indebidamente la discusión de los límites entre ambos do en el seno de la Unión norte-americana; y aunque no obtuvo desde luego tal acto la ratificación del Congreso, como México parecía dispuesta á abrir una nueva campaña contra los texanos, el representante norte-americano manifestó en nota oficial que la política de su gobierno se había encaminado siempre, de acuerdo con las miras de todos los partidos y de casi todas las administraciones de veinte años atrás, á la posesión de Texas; que protestaba contra la campaña proyectada, por estar pendiente el negocio de la agregación de dicho Estado, y que cualquiera agresión á Texas sería reputada por los Estados Unidos como ofensa directa á ellos mismos. Al fin, el Congreso aprobó la incorporación, y esto ocasionó la ruptura ó suspensión de relaciones diplomáticas entre ambas Repúblicas.

La administración del general Herrera no se equivocó en la apreciación de los hechos ni en la previsión de los acontecimientos próximos, é hizo grandes y nobles esfuerzos por evitar la guerra, reconociendo la independencia de Texas y cimentando la paz sobre la condición precisa de que la nueva entidad nacional no ingresaría en la Confederación norte-americana. Mas, por una parte, los texanos y sus patronos no se mostraron dispuestos á sostener sus anteriores propuestas en tal sentido, y por otra, las pasiones políticas y el patriotismo mal entendido dieron aquí al traste con tal proyecto.

La citada administración mexicana tuvo, al cabo, que prepararse para una nueva campaña, reuniendo tropas que, de pronto, sólo sirvieron para derrocarla. El gobierno de Paredes se mostró dispuesto á la defensa del territorio nacional y fué autorizado por el congreso á repeler toda agresión. Entretanto, la marina de los Estados Unidos se situaba en nuestras aguas, y sus fuerzas de tierra ocupaban puntos ni siquiera disputados anteriormente como propiedad suya ó texana; si bien su gobierno, para cohonestar el avance de Taylor, aparentó en seguida abrigar dudas respecto de los verdaderos límites, y hasta llegó á afirmar que los de Texas se extendían al río Bravo, por haberlo así declarado el congreso texano en 1,836, como pudo haber declarado que llegaban al istmo de Panamá ó al estrecho de Magallanes. Y como en el camino de lo absurdo no es facil hacer alto, el gobierno de los Estados Unidos avanzó hasta convertir de hecho al Bravo en límite meridional natural suyo, lo cual sólo se puede estimar ó explicar recordando alguna de las razones que da el león al distribuir y asignar su parte al cordero.

A lo obstinado y lo absurdo juntóse casi siempre lo burlesco en los actos del gobierno vecino. Con frecuencia daba pasos para reanudar las relaciones diplomáticas, proponiendo el envío de comisionados y las bases sobre que se había de tratar; todo sin otro objeto que ganar tiempo y tomarse por su propia mano lo que codiciaba y sabía que no obtendría de grado. Su

sistema, planteado, acaso, ó, por lo menos, proyectado desde los primeros días de la independencia de México, obtuvo al fin el éxito más completo y conforme á sus miras. La síntesis de ésta se halla en los proyectos de tratado que propuso entre las batallas del Valle de México, y en el tratado mismo al cabo celebrado entre el vencedor y el vencido. Y público es que su conducta no halló una sola señal enérgica de reprobación en el mundo civilizado, que finge indignarse con los rasgos históricos de la fe púnica y de las escandalosas usurpaciones de Roma; cuando es lo cierto que no tributa culto sino á la fuerza, y que sus grandes y decantados principios de libertad, independencia y justicia, suelen no pasar de música que cubre los intermedios en los terribles dramas intitulados Polonia, ó México, ó Estados Pontificios, ó la Francia de nuestros días.

II

CURSO DIPLOMATICO.

Pormenores respecto de causas y pretestos. Ensanches de los verdaderos limites de Texas.

Dije en mi primer capítulo que Texas había sido la causa ó el pretexto de la guerra; y con vista de los datos y pormenores que en éste voy á darle, el lector se decidirá por alguno de los

dos extremos de la disyuntiva, ó la dejará en pie, tal como la he presentado.

En mi pobre opinión, Texas fué la causa para México, pero sólo el pretexto para los Estados Unidos. México debió hacer, é hizo, todos los esfuerzos posibles para someter á su autoridad al Estado ó Departamento rebelde; y más tarde se vió en la indeclinable necesidad de protestar contra su anexión á los Estados Unidos y hasta de defender sus propias fronteras —las que le quedaban después de perdido Texas—que la invasión norte-americana venía ocupando con posterioridad á la absorción de aquella parte de nuestro territorio. Los Estados Unidos comenzaron por dar gente, armas y recursos pecuniarios á los texanos rebelados; siguieron por reconocer su independencia y admitirlos como Estado en su Confederación; y acabaron por ensanchar las fronteras de Texas para ponernos en el caso de resistir la invasión, y que esto les sirviera de pretexto para traer la guerra al interior de México y apoderarse de las demás partes de nuestro territorio que codiciaban.

Como queda atrás indicado, los pretextos fueron varios para nuestros vecinos. Había entre ellos el de las reclamaciones, no atendidas, ó bien, aplazadas por México, de daños y perjuicios á ciudadanos norte-americanos; y á este respecto hay que hacer notar un hecho curiosísimo y que da la medida del espíritu de justicia dominante á la otra margen del Bravo: entonces, como ahora, la suma de tales reclamaciones fué acaso mayor que el valor total de las

propiedades de cuantos hijos del país vecino pudieran haber residido entre nosotros. Las reclamaciones norte-americanas de entonces, lo mismo que las actuales, venían á representar una nueva hornada de los pasteles franceses de 1,838, y sólo se podían explicar suponiendo la reclamación del acreedor por un peso, que reclama mil pesos, alegando que con la primera de estas cantidades habría estado en aptitud de comprar un billete de lotería y de obtener de premio la segunda. Las reclamaciones de 1,844 habrían podido saldarse con el valor de Texas; pero Texas se pudo adquirir "gratis" por el procedimiento empleado; y aquellas, naturalmente, quedaron en pie para saldarse con el territorio que perdimos en 1,848.

Otro de los pretextos norte-americanos fué la mutua obligación de resguardar las fronteras de entrambos países contra las incursiones de los indios bárbaros. Después de la rebelión é Independencia de Texas, México no podía tener allí tropas suyas que impidieran la invasión de sus propias fronteras, y los Estados Unidos querían encargarse de esto. Nuestro enviado Gorostiza había dicho en Washington, desde 1,836, que México agradecía, pero no aceptaba el favor; y se le replicó que se nos había de hacer, quisiéramos ó no, por el deber que asistía á aquel gobierno de cuidar de los intereses y vidas de sus propios gobernados. ¿Por qué, para hacerlo, no se limitó á ocupar puntos más allá de la línea divisoria? Aparentaba no salir de su propio territorio y ocupa-

ba en realidad el nuestro, no ya en Texas, sino mucho más acá de Texas. La explicación de esto es muy sencilla: por un simple acto de su voluntad, borraba la antigua línea divisoria y trazaba otra nueva mucho más al Sur; más claro, daba á Texas mucho mayor ensanche del que tuvo cuando pertenecía á México; y sucedía con nuestro antiguo Estado, después de su absorción, lo que con el sapo que se hincha y agranda en el vientre de la culebra.

Los mismos norte-americanos se toman el trabajo de hacer comprender á nuestra limitada inteligencia tan singular fenómeno. Según la obrita de F. Robinson, "Mexico and her Military Chieftains, 1,847," en Diciembre de 1,845, "la República texana fué admitida en la Unión tal como el gobierno de Texas la consideraba; es decir, comprendiendo todo el territorio cedido á España por el tratado de la Florida en 1,819, y también el territorio más acá de Nueces, sobre el cual la República de Texas había ejercido derechos soberanos." El presidente de los Estados Unidos, James Polk, fué todavía más explícito en sus mensajes. El congreso de Texas, decía, expidió el 19 de Diciembre de 1,836 una acta para definir los límites de su República, extendiéndolos al río Bravo, desde su desembocadura hasta su fuente, y estableciendo su jurisdicción civil y política en el país comprendido en tal área: durante los nueve años que han mediado entre su constitución de pueblo independiente y su anexión, asumió y ejerció la soberanía en el territorio y los ha-

bitantes al Oeste del Nueces y en toda la comarca hasta el Bravo, estableciendo tribunales, aduanas, correos, peajes, contribuciones y oficinas de tierras, y expidiendo numerosas concesiones de terrenos; y vecinos de esas mismas regiones formaban parte del congreso texano y de la convención que decretó la agregación de la República de Texas á los Estados Unidos. Tal fué, proseguía, el Texas admitido por éstos el 29 de Diciembre de 1,845 como parte de la Unión; y tan entendía nuestro congreso que se extendía más allá del Nueces, que dos días después de su admisión expidió una ley relativa al nuevo Estado, declarando puerto franco á Corpus-Christi, al Oeste del Nueces, y en cuya localidad ya había tenido aduana la República de Texas. El presidente Polk agregaba que ésta y otras disposiciones del congreso de los Estados Unidos, relativas al territorio más acá del Nueces, habían precedido al avance del ejército norte-americano hasta la orilla izquierda del Bravo. Ni por un momento se detuvo á considerar que, si Texas al rebelarse contra México y al erigirse en República, prevalida de la ausencia de nuestras tropas, ensanchó sus límites por el derecho de la guerra, si se quiere, la nación que admitía á aquel Estado en su seno con todo y sus usurpaciones territoriales á costa nuestra, era quien verdaderamente las consumaba, infiriendo con ello terrible agravio á la nación despojada. De modo que, en último resultado, la ex-República de Texas se hizo acreedora á la gratitud de México, por su mo-

deración al asignarse límites que muy bien habría podido extender hasta Zacatecas y San Luis Potosí, y que habrían sido igualmente admitidos por la Unión al dar entrada en su vientre al consabido sapo.

Discurriendo el gobierno de los Estados Unidos con tal criterio y ajustando á él sus actos, natural era que sus diplomáticos no pudieran entenderse con los nuestros; que éstos pidieran en Washington sus pasaportes y aquellos no fueran aquí recibidos; que el gobierno mexicano dejara en suspenso la liquidación ó el pago de las reclamaciones de su contrario, para evitar, al menos, que le hicieran la guerra con su mismo dinero; que se cortaran las relaciones entre uno y otro país; que el nuestro pusiera su línea del Bravo en estado de defensa; que nuestras tropas en ella hicieran fuego sobre las norte-americanas que la invadían, y que los Estados Unidos, consecuentes con su plan, aparentaran creer que México era el primero en romper las hostilidades, dándoles con ello el derecho de extender y consumar su invasión.

III

VERDADEROS FINES DE LA GUERRA.

Influencia de los Estados del Sur.—Hábil conducta del ejecutivo Norte-Americano.—Declaración del Presidente Polk.

Casi todos los escritores norte-americanos que han hablado de la guerra, convienen en que no

habría tenido lugar si el gobierno de los Estados Unidos, una vez efectuada la absorción de Texas, se hubiera limitado á defender su presa, no estando México en aptitud de ir á quitársela. Pero dicho gobierno codiciaba otra presa de igual ó mucha mayor importancia, y era preciso, tras despojar á México de la primera, agredirle para obligarle á la propia defensa dentro de sus nuevas fronteras, determinando así el estado de guerra entre uno y otro país; y al amparo de tal situación y prevaliéndose de las ventajas que en la lucha obtiene forzosamente el fuerte sobre el debil, quitarnos todo el teritorio que, además de Texas, quedó en poder de la nación vecina en virtud del tratado de 1,848.

El antiguo y el nuevo territorio habían sido y eran especialísimamente codiciados por los Estados del Sur, cuya influencia pesaba entonces decisivamente en la política de la Unión. Ellos empujaron á aquella República á la guerra; sabiendo que la adquisición de tales territorios aumentaría su propia prosperidad y les daría preponderancia aún mayor, respecto de los Estados del Norte, en lo general no inclinados á esta aventura. Los primeros lograron su objeto, siendo, como eran, los más fuertes; y es curioso observar que el despojo hecho á México puede haber influido grandemente en la guerra separatista allí habida tantos años después, por haber aumentado con la pujanza las pretensiones y exigencias de los surianos, abriendo, al fin, los ojos á los del Norte y deci-

diéndolos á poner coto al engrandecimiento de sus rivales y hasta á arruinarlos, so pretexto de la extinción de la esclavitud.

La conducta del gobierno de Polk fué extremadamente hábil, preciso es confesarlo. Previendo la oposición que hallaría de parte de no pocos de sus mismos gobernados, si dejaba ver desde el principio su plan de nuevo engrandecimiento teritorial y su resolución de comprometer á la República en una guerra para obtenerle, nada habló de tal mira, y dió á sus primeras disposiciones militares el carácter de puramente defensivas. Una vez obtenidas del congreso la declaración del estado de guerra y la autorización para llevar adelante las hostilidades, engolfó al país en ellas, aparentemente sin otro fin que obtener de México la sanción y la posesión pacífica de sus primeras usurpaciones; y sólo cuando el ejército norte-americano había penetrado hasta la capital de nuestra República y tenía de muchos meses atrás ocupadas las comarcas ambicionadas en su parte septentrional; cuando la campaña se podía considerar llevada á su término natural y asombraban ya la sangre derramada, los esfuerzos impendidos y el dinero gastado en la lucha; hasta entonces, digo, pareció Polk comprender, y acabó por decir al congreso y al país, lo que él sabía perfectamente desde antes de provocar las hostilidades, esto es, que los Estados Unidos no tenían otra indemnización posible de tales gastos y sacrificios que la nueva adquisición territorial á costa de su adversario. Se-

mejante declaración, hecha en el mensaje presidencial de Diciembre de 1,847 y repetida en diversos tonos en los documentos oficiales pasados al congreso, vino á descorrer el velo tendido intencional y hábilmente hasta allí sobre los verdaderos fines de la guerra.

Hablando el presidente de las tentativas recientemente hechas para obtener la paz, decía: "El comisionado de los Estados Unidos llevó el proyecto de tratado en cuya virtud la indemnización exigida era una cesión de territorio.

"Bien sabido es que "la única indemnización posible," de parte de México, á las justas y largo tiempo desatendidas reclamaciones de nuestros ciudadanos, y su único medio de reembolsarnos de los gastos de la guerra, consisten en la cesión de una parte de su territorio á los Estados Unidos. México carece de dinero para pagar y de cualesquiera otros medios de efectuar la indemnización exigida. "Si rehusamos el propuesto, nada obtendremos." Rechazar la indemnización en el hecho de negarse á aceptar una cesión de territorio, equivaldría á abandonar todas nuestras justas reclamaciones y aventurar la guerra cargando con todos sus gastos sin propósito ni objeto.... Un tratado de paz que pusiese término á la guerra, sin traer consigo indemnización, dejaría á México, esto es, al deudor y agresor, libre de sus justas obligaciones. Con un tratado así, aquellos de nuestros ciudadanos que tienen justos títulos de reclamación, no podrían ya hacerlos valer ni con-

tra México ni contra su propio gobierno. Nuestros deberes hácia esos reclamantes deben impedir siempre una paz así, y ningún tratado que no provea al saldo de tales reclamaciones podrá recibir mi sanción."

Aquí el presidente hacía notar que la cesión territorial de parte de México nos dejaría libres de las reclamaciones de particulares, que serían cubiertas por el gobierno de los Estados Unidos; y que, si el tratado no contuviera tal cesión y por él quedara México obligada á cubrir las reclamaciones, como carecía absolutamente de los medios de hacerlo, se repetirían las dilaciones y el desengaño, y la paz entre ambos países tendría que convertirse, en rigor, en simple tregua de hostilidades para renovarlas á poco. En seguida agregaba:

"Que el congreso tuvo en cuenta la necesidad de que la indemnización fnera territorial al proveer á la continuación de la guerra, es indudable. Cuando en Mayo de 1,846 destinaba diez millones de pesos y autorizaba al presidente á emplear las milicias y las fuerzas navales y militares de los Estados Unidos, y á aceptar los servicios de cincuenta mil voluntarios para la prosecución de la guerra; y cuando, en su último período de sesiones y después que nuestro ejército había invadido á México, decretó nuevas asignaciones y autorizó el levantamiento de fuerzas adicionales con igual objeto, mal pudo obrar en la inteligencia de que ninguna indemnización se debería obtener de México á la conclusión de la guerra; y, sin embargo, era

cierto y evidente que, si no se adquiría territorio mexicano, ninguna indemnización se obtendría.... La doctrina de "nada de territorio" es la doctrina "de nada de indemnización;" y sancionarla sería reconocer solemnemente que nuestro país había fracasado y que la guerra declarada con extraordinaria unanimidad por el congreso era injusta y había que desistir de ella; admisión, de hecho, infundada y degradante para el carácter nacional."

El presidente pasaba de aquí á dar noticia de los términos del tratado inútilmente propuesto y de la adquisición territorial intentada, que consitía en la adopción del Bravo como línea divisoria desde su desembocadura hasta su intersección ó cruzamiento con la extremidad meridional de Nuevo México, aproximadamente á los 32 grados de latitud Norte; la Alta California y todo el Estado de Nuevo México. Calificaba de moderada esta pretensión y hablaba de la impotencia de México para gobernar y amparar esas regiones; de la codicia de los europeos respecto de la Alta California; de la inconformidad de los Estados Unidos, proclamada en la doctrina de Monroe desde 1,824, respecto del establecimiento de dominio alguno extranjero (europeo) en el continente septentrional de América; y para hacer formar halagüeña idea del negocio proyectado, se extendía con previsión y exactitud verdaderamente admirables acerca del rápido progreso material que las comarcas adquiridas, especialmente la Alta California, obtendrían bajo el poder norte-americano.

Estaba en lo cierto Polk al asentar que sólo por medio de una cesión territorial podría México cubrir á los Estados Unidos el monto de las reclamaciones de sus nacionales y de los gastos de la guerra. Y no estaba menos en lo cierto al discurrir que el congreso, al facultarle y habilitarle de todo lo necesario para la apertura y prosecución de la campaña, debió prever la única compensación posible de ella, su único resultado lógico, y aceptar de hecho una y otro. He querido citar aquí las palabras textuales suyas, porque no dejan la menor duda acerca de los verdaderos fines de la guerra: una nueva y más importante adquisición de territorio mexicano.

IV

AUMENTO.

Noticias más pormenorizadas del origen y el giro de la cuestión.— Negociaciones abortadas.—Declaracion de guerra.

En virtud de las concesiones de terrenos, hechas á ciudadanos de los Estados Unidos por las autoridades españolas y la administración mexicana del general Victoria, el número de inmigrantes había con mucho sobrepujado al de nativos en Texas, que formaba parte del Estado de Coahuiia y Texas. La población pre-

dominante solicitó la erección de Texas por sí sola en Estado, sin obtenerla. Al efectuarse el cambio del sistema federal por el central, Coahuila y Texas se declararon opuestas á dicho cambio en unión de Zacatecas: vencida militarmente la oposición en su centro principal, Texas quedó de hecho rebelada por la influencia de los colonos norte-americanos, de antemano disgustados á causa de la abolición de la esclavitud y de que la prosecución de la colonización había sido prohibida á emigrantes de los Estados Unidos. Alguna expedición militar que disolvió la legislatura de Coahuila y Texas y exigía la sumisión del gobernador y la entrega de armas de los colonos, fué rechazada; y entonces enarboló Texas abiertamente bandera por la constitución de 1,824, proclamando poco después su independencia. (1)

---

(1) Confirma estos asértos el siguiente extracto de una parte de la nota del ministro de los Estados Unidos en México, Waddy Thompson, fecha 5 de Septiembre de 1,842:

"Por el tratado de 22 de Febrero de 1,819 entre los Estados Unidos y España, se adoptó el Sabina como línea divisoria entre ambas potencias. No se había efectuado hasta aquella época en Texas ninguna colonización considerable; pero habiéndose confirmado á España, por dicho tratado, su derecho al territorio que se encuentra entre el Sabina y Río Grande, se dirigieron á aquella potencia solicitudes por concesiones de tierras; y esas concesiones ó permi-

Poinsett, primer ministro, aquí, de los Estados Unidos, había procurado en vano obtener la aquiescencia de México respecto de una nueva línea divisoria que les dejara el terri-

---

sos de colonizar fueron otorgados por las autoridades españolas á ciudadanos de los Estados Unidos que se propusieron emigrar á Texas con numerosas familias, antes de la declaración de independencia de México. Y estas primitivas concesiones fueron, como es sabido, confirmadas por actos sucesivos del gobierno mexicano, después de su separación de España. En Enero de 1,823 se dió una ley nacional de colonización, ofreciendo fuertes alicientes á todos los que quisieran emprender la colonización de aquellas tierras incultas; y aunque la ley mexicana prohibió por algún tiempo á los ciudadanos de países extranjeros que se establecieran como colonos en territorios inmediatamente colindantes con tales países, esa restricción se derogó ó suspendió después.—Los primeros colonos de Texas, procedentes de los Estados Unidos é introducidos por Moisés y Esteban Austin bajo aquellas promesas é invitaciones, eran personas de toda respetabilidad, y su empresa estuvo acompañada de duras penalidades, producidas en no pequeña parte por los sucesivos cambios en el gobierno de México. A fuerza, sin embargo, de perseverancia, lograron establecer una colonia, y con el estímulo é incentivo de México, otros emigrados los siguieron, y muchos miles de colonos procedentes de los Es-

torio colonizado más acá del Sabina, ó sea la antigua provincia de Texas; territorio que, por el tratado de 22 de Febrero de 1,819, había quedado perteneciendo á España, no obstante protestas de los colonos norte-americanos y tentativas posteriores del gabinete de Washington para adquirirle ó recobrarle. El gobierno de México se negó á la pretensión de Poinsett, y los Estados Unidos, por medio de su nuevo ministro, Butler, repitieron en 1,827 la propuesta de aquel,

---

tados Unidos y otros puntos, se establecieron en Texas en los diez años siguientes á la independencia mexicana. Teniendo, según ellos creían, motivos de queja contra el gobierno que los regía, y especialmente por las agresiones de los militares mexicanos estacionados en Texas, solicitaron remedio acudiendo al supremo gobierno y pidiéndole que separara á Texas de Coahuila y se estableciera una administración local para sólo Texas. No lograron su objeto; y con el trascurso del tiempo y de los sucesos, creyeron oportuno intentar su entera separación de México, erigir un gobierno propio, y establecer su soberanía política. La guerra fué el resultado, y la batalla de San Jacinto, dada el 21 de Abril de 1,836, consumó su independencia."

Acerca de muchos de estos puntos y de los abusos habidos en la colonización de Texas, véase la "Iniciativa de ley" de nuestro ministro de Relaciones D. Lúcas Alamán, fecha 8 de Febrero de 1,830.

ampliándola entonces ó después en el sentido de comprarnos toda la zona entre el Sabina y el Bravo, á lo cual se negó redondamente México. A pretensión análoga, recayó igual negativa en Febrero de 1,833. En el tratado de 1,819 con España cedieron los Estados Unidos y renunciaron todos sus derechos, reclamaciones y pretensiones á los territorios al Oeste y al Sur de la nueva línea divisoria, que arrancaba desde la desembocadura del Sabina; y esta parte de aquel tratado nos fué ratificada y confirmada de hecho desde el reconocimiento de nuestra independencia, y expresamente en el tratado de 1,831, reconociéndose á México los mismos derechos á aquel territorio que habían sido reconocidos á España. La provincia de Texas nunca se había extendido más acá del Nueces por la parte colindante con Tamaulipas y Coahuila, ni más acá del Rojo ó Colorado que la dividía de Chihuahua y Nuevo México. Al caer Santa Anna prisionero en San Jacinto, el deseo de conservar su vida y de salvar su ejército le indujo á firmar el contrato que los texanos le impusieron, y en cuya virtud el mismo Santa Anna y los principales jefes á sus órdenes reconocían la independencia de Texas y "su extensión de límites hasta el Bravo," y se comprometían á procurar la confirmación de tal pacto por el gobierno mexicano, que, como era natural y debido, dióle por nulo y de ningún valor ni efecto. (2)

---

(2) Véase lo que acerca de este punto se dice al final del cap. XXXI.—(N. del E.)

En su mensaje de 21 de Diciembre de 1,836, el presidente Jackson aconsejó que no se reconociera por los Estados Unidos la independencia de Texas sino después que México ó alguna otra potencia lo hiciera, para evitar que se creyese que la nación norte-americana obraba por propio interés apresurándose á reconocer á la nueva República con el designio de ponerla en aptitud de ser anexada, como ya ella lo solicitaba. No obstante esto, el senado decretó tal reconocimiento en 1o. de Marzo de 1,837, dejando pendiente la anexión. Fundándose en los auxilios dados á Texas y en la orden expedida al general Gaines de invadir las fronteras de México so pretexto de tener á raya ó perseguir á los bárbaros, nuestro Ministro en Washington, Gorostiza, había pedido y obtenido sus pasaportes. El gobierno mexicano aprobó la conducta de Gorostiza, y á fines de 1,836 el enviado norte-americano aquí, Ellis, pidió también sus pasaportes y las relaciones diplomáticas entre ambos pueblos quedaron interumpidas. En 8 de Febrero de 1,837 dijo Jackson que en los agravios de México á ciudadanos de los Estados Unidos y en la conducta de Gorostiza, había causa suficiente para declararnos la guerra, y propuso que se entablaran nuevas reclamaciones.

A consecuencia de ellas se celebró el tratado de 11 de Abril de 1,839, en cuya virtud debía reunirse á examinarlas en Washington, en Agosto de 1,840, una comisión que funcionó hasta Febrero de 1,842, dejando sin resolver multi-

tud de casos. Obtuvimos prórroga para el pago de las reclamaciones aprobadas, y fueron cubiertas en parte, sin que los dos gobiernos llegaran á entenderse respecto del nombramiento de comisonados que examinaran las pendientes.

En 12 de Mayo de 1.842, nuestro ministro de Relaciones, Bocanegra, dirigió al Secretario de Estado Mr. Webster una nota acerca de las agresiones contra nuestro territorio, expresando la convicción de que el gobierno de los Estados Unidos tenía la posibilidad y el deber de impedir el auxilio de hombres y municiones que se estaba prestando á Texas; y agregando que la tolerancia de ello era vista por México como una violación del tratado, y producía entre ambos pueblos un estado ni de paz ni de guerra, con los mismos inconvenientes y perjuicios para nosotros que si estuviera declarada la guerra. Una circular con idénticas declaraciones fué dirigida pocos días después á los individuos del cuerpo diplomático. Webster contestó negando que su gobierno tuviera la facultad de impedir la emigración de sus nacionales á Texas, declarando absurda la teoría de que el permiso de la salida de armas y municiones en este caso importara violación del tratado existente, y confirmando el reconocimiento de la independencia de la nueva República. Respecto de la circular á los ministros extranjeros, el representante de los Estados Unidos Thompson, dirigió una nota al

cuerpo diplomático repitiendo y ampliando las ideas expresadas por Webster. (3)

(3) Webster y Waddy Thompson alegaban que, reconocida por los Estados Unidos la independencia de Texas, tal como la habían reconocido Inglaterra y Francia, las relaciones y el comercio de los Estados Unidos con Texas no podían ser reputados como auxilio dado á rebeldes, ni como injuria á la nación y al gobierno de quienes Texas se hubiera independido. Por otra parte, los norte-americanos que pasaban á engrosar las filas texanas, perdían su antigua nacionalidad y adoptaban la texana. El gobierno de los Estados Unidos no podía impedirles el cambio de nacionalidad, ni impedir, en virtud de las leyes del país, las reuniones públicas para manifestaciones de simpatía en favor de Texas, ni que los particulares hicieran préstamos pecuniarios á la nueva República, ó le vendieran y proporcionaran armamento y demás artículos de guerra. Lo único que debía y podía impedir era el armamento en su territorio y en sus aguas, de expediciones militares formales contra México ó cualquier otro país amigo.

Bocanegra insitía en lo público de las reuniones convocadas para prestar auxilio, y de la emigración armada; en la compra y el despacho de buques sin disimulo de su destino, á ciencia y paciencia de las autoridades; en la indiferencia de éstas respecto de los avisos y reclamaciones de los agentes de México, y en

En 23 de Agosto de 1,843, Bocanegra pasó una nota á Thompson llamando su atención hacia el espíritu y el tono de la prensa norte-americana en favor de la admisión de Texas en la Unión, y anunciando que México procuraría impedirla por todos los medios posibles.

---

el apoyo y fomento dados á los actos hostiles contra nuestra patria. En nota de 6 de Julio de 1,842 llamaba nuevamente la atención hacia las reuniones públicas habidas en las principales ciudades para favorecer á los sublevados; las comisiones de enganche de voluntarios armados, la elección de sus oficiales, el embarque de la gente, la venta de terrenos de Texas, la adquisición de buques, la reparación de sus averías y la recluta de tripulaciones en los puertos de los Estados Unidos. "Se han publicado y recomendado—decía—las proclamas del llamado presidente de Texas excitando el auxilio de sus hermanos y amigos americanos; se ha admitido y tolerado en N. Orleans una comisión de seguridad de Galveston para reclutar fuerzas y reunir otros auxilios en favor de Texas amenazada. Dos legislaturas (las de Kentucky y Luisiana), han iniciado la guerra contra México: miembros respetables é influentes del congreso de la Unión han servido de eco á todas las amenazas é injurias contra esta República. Cesó el disimulo; cayó la barrera de la neutralidad; la causa de Texas no parece sino causa americana, y se hace valer y se deja correr y fomentar la idea de que nada sería actual-

"Los colonos de Texas—decía—generosamente acogidos por la nación mexicana, entraron allí y se alzaron después bajo diferentes pretextos; pero con el ánimo conocido de arrebatar ese territorio á su legítimo poseedor; y para México nunca perdieron el carácter de súbditos, ni el de aventureros (ciudadanos todos de los Estados Unidos), los que después pasaron á apoyar su rebelión; y si ahora un partido promueve en Texas su incorporación á los mismos Estados Unidos, es por el conocimiento de su notoria incapacidad para formar y cons-

---

mente más popular en los Estados Unidos que la declaración de guerra contra México." Aquel gobierno nada había hecho para evitarlo, y Bocanegra advertía que no se procedió con igual apatía cuando se trató de impedir que se auxiliara á los sublevados del Canadá.

En su circular, fecha 6 de Julio de 1,842, á los miembros del cuerpo diplomático, decía Bocanegra:

"El derecho de gentes enseña que las naciones deben respetarse mútuamente, abstenerse de toda ofensa, de toda lesión, de toda injuria, en fin, de todo lo que puede perjudicar á las otras.... Si un soberano, añaden los publicistas, que puede contener á sus súbditos en las reglas de la justicia y de la paz, sufre que ellos maltraten á una nación extranjera en su cuerpo ó en sus miembros, no hacen menos injuria á toda la nación que si él mismo la maltratase."

tituir una nación independiente, sin que haya cambiado su situación ni adquirido título para separarse de la madre patria. Partiendo el Excmo. Sr. Presidente provisional de esta convicción profunda, está obligado á impedir que una agresión sin antecedente en los anales del mundo se consume; y, si fuere indispensable que la nación mexicana busque á expensas de los desastres de la guerra la incolumidad de sus derechos, invocará á Dios y librará la defensa de su justicia á sus propios esfuerzos."

Thompson se limitó á acusar recibo y á protestar contra lo que calificaba de amenazas en ésta y otras notas anteriores. En Noviembre siguiente (1.843) nuestro ministro en Washington, el general Almonte, hacía declaraciones análogas á las de Bocanegra, y el secretario de Estado, sin exponer las intenciones de su gobierno, sentó que los Estados Unidos reputaban á Texas libre y capaz de sostener su independencia, y no estaban obligados á contemporizar con ninguna otra potencia respecto de sus propias relaciones con la nueva República. Entretanto las negociaciones sobre anexión seguían su curso, y el tratado respectivo fué firmado el 12 de Abril de 1.844 por el secretario de Estado, Calhoun, y los comisoinados texanos Vand-Sandt y Henderson. Al dar aquí aviso de ello el representante norte-americano Green, le contestó Bocanegra que México habría de considerar la ratificación del tratado como una declaración de guerra. El senado de los Estados Unidos negó en aquellos días su aprobación al tratado.

Nuestro gobierno, presidido á la sazón por Santa Anna, se había negado á derogar los decretos relativos á la prohibición del comercio al menudeo por extranjeros, y á la clausura de aduanas del Norte: dió por terminado un armisticio que había entre México y Texas á consecuencia de gestiones del secretario norte-americano de Estado, Upshur, para que se entablaran negociaciones, y se disponía á continuar la guerra sin dar cuartel á extranjero alguno alistado en las filas texanas, según declaró en alguna proclama el jefe de nuestra línea militar del Bravo. Entonces fué cuando el representante de los Estados Unidos, Shannon, al protestar contra tal guerra y contra los medios con que nos proponíamos hacerla, demolió de un sólo barretazo hasta sus bases el edificio habil y laboriosamente levantado por la diplomacia norte-americana para dar apariencias de justicia al proceder de los Estados Unidos. diciéndonos, en nota de 14 de Octubre de 1.844, que su gobierno había invitado al de Texas para que renovara su propuesta de agregación; y que no permitiría á México realizar la invasión proyectada contra aquel territorio, mientras estuviera pendiente la agregación misma, largo tiempo intentada y creída indispensable á la seguridad y el bienestar de los Estados Unidos. fin invariablemente perseguido por todos los partidos. y objeto de negociación de casi todos los gobiernos de veinte años á aquella parte.

Antes de esto, á la aparición de una fragata norte-americana de guerra, en las aguas de

Veracruz. Bocanegra había preguntado á Green, predecesor de Shannon, el significado de tal aparición y de los preparativos militares que se hacían en los Estados Unidos; así como si, al invadir á Texas, nos encontraríamos con el ejército de la Unión. Green había contestado que ignoraba las disposiciones de su gobierno; pero que, en opinión particular suya, si éste reunía tropas, era debido á las amenazas de México. Para entonces una brigada norte-americana se había situado cerca de la frontera de Texas, so pretexto de rechazar á los bárbaros, y con el fin de defenderla contra la proyectada invasión nuestra.

A fines de 1,844, la cuestión presidencial en los Estados Unidos vino á mezclarse con la de la anexión de Texas, á que se mostraron inclinada la opinión pública y decidido el partido demócrata, cuyo candidato, Polk, fué electo presidente. Tyler, que ejercía entonces el poder, en su mensaje de aquel año trajo otra vez á colación ante el congreso la admisión de Texas; y, tan luego como se organizaron las dos cámaras, fueron propuestas y discutidas resoluciones en el sentido de la admisión. Entretanto Inglaterra y Francia, con el espíritu de impedir la extensión de la esclavitud y el incremento de poder de los Estados Unidos, se oponían á la anexión proyectada, y los representantes de ambas potencias en Washington protestaron contra ella. Al fin, la admisión de Texas en los Estados Unidos fué decretada por ambas cámaras y sancionada por el ejecutivo el 3 de Marzo de 1,845. Tres días

después, nuestro ministro Almonte protestó; renovó la declaración de los derechos de México al recobro de Texas; y pidió sus pasaportes, que le fueron remitidos el 10 por el secretario de Estado Buchanan, expresando el deseo de que aun se arreglaran amistosamente las dificultades entre ambos gobiernos. El nuestro, presidido ya por Herrera, al recibir noticia de la anexión de Texas, cortó relaciones con el representante norte-americano, que, á su turno, se retiró.

La solemne declaración del pueblo de Texas, en comicios, de su voluntad de agregarse, era una de las condiciones fijadas por el congreso de los Estados Unidos para la admisión. Los términos en que fué decretada no satisfacían al ejecutivo texano, que los había previsto por el curso de la discusión en las cámaras, y había entrado en negociaciones con los representantes británico y francés, interesadísimos en impedir la agregación. Dichos representantes obtuvieron del expresado ejecútivo, y enviaron á México, por conducto de las legaciones respectivas aquí, las condiciones preliminares de un tratado de paz entre nuestra República y la de Texas, teniendo por base principal el reconocimiento de la independencia de la segunda por la primera, y el compromiso de Texas de no unirse á nación alguna. La administración de Herrera sometió el caso al congreso, fué autorizada por él para tratar, y por conducto del barón de Ciprey, ministro francés aquí, avisó estar dispuesta á la negociación, y que los

comisonados texanos serían recibidos. Pero los preliminares fueron rechazados por el senado de Texas, cuyo gobierno, el 23 de Junio de 1,845, por el voto de ambas cámaras y la sanción del ejecutivo, dió su aquiescencia á la agregación, confirmada el 4 de Julio siguiente por la convención formada al efecto.

Desde el 28 de Junio, el encargado de negocios de los Estados Unidos, Mr. Donelson avisó al general Taylor, comandante de las fuerzas situadas cerca de aquella frontera, que la medida de agregación iba á ser confirmada por la convención texana, y que, debiéndose temer una próxima invasión nuestra, convenía acercar aún más tales fuerzas para hacer efectiva la protección que el gabinete de Washington había autorizado al mismo Donelson á ofrecer á Texas. Taylor, que había recibido orden de regirse por los avisos é instrucciones de Donelson, hizo desde luego marchar por tierra siete compañías del 2o. de Dragones á San Antonio de Béjar, y dirigió su infantería, compuesta principalmente de los regimientos 3o. y 4o., á Nueva Orleans, donde tomó trasportes marítimos para ir á la bahía de Aranzazu. El 25 de Julio llegó esta fuerza á la expresada bahía, estableciéndose provisionalmente en la isla de San José, de donde, por la falta de agua potable y lo peligroso de las barras, pasó á acampar en Corpus-Christi, cerca y al Sur de la desembocadura del Nueces; en cuyo punto, á fines de 1,845, se reunió la mayor parte de las tropas regulares de los Estados Unidos.

No obstante el hecho consumado de la agregación de Texas, se estuvo todavía á punto de abrir negociaciones con el gobierno de Washington para el arreglo de las cuestiones entre México y los Estados Unidos, sobre la base del reconocimiento de la independencia de aquella República. El cónsul norte-americano Black indicó aquí la idea en Septiembre de 1,845, y preguntó, de orden de su gobierno, si sería recibido un plenipotenciario. Nuestro ministro de Relaciones, Peña y Peña, le contestó el 15 de Octubre, que se recibiría al enviado que viniera con el carácter de extraordinario y no de ministro residente, si antes se retiraban de las aguas de Veracruz las fuerzas navales que había en ellas. La administración de Herrera contaba entonces con el apoyo del congreso; pero la idea de la paz no era popular, sirvió de pretexto á la oposición para denunciar al presidente y sus ministros como traidores, y dió margen á la revolución de Paredes, que el gobierno veía próxima á estallar, y que en vano trató de conjurar desistiendo de las negociaciones ó aplazándolas. Así, pues, cuando llegó Slidell á fines de Noviembre, después de retirada de Veracruz la escuadrilla, nuestro ejecutivo, sin fuerzas ni recursos para reprimir los planes de Paredes, en espera de la apertura del congreso, quiso dar largas al asunto, y sometió al consejo de gobierno las credenciales y la cuestión de la recepción de Slidell, resuelta negativamente á causa de su carácter de ministro plenipotenciario, según el 20 de Diciembre se le avisó.

Pocos días antes se había pronunciado Paredes con su cuerpo de ejército, en San Luis Potosí, y poco después la administración de Herrera dejaba el puesto á la de aquel jefe. Slidell, desde Jalapa, preguntó al nuevo gobierno si le recibiría, y el ministro Castillo y Lanzas le contestó el 12 de Marzo de 1,846, que no; agregando que el gobierno mexicano se preparaba para la guerra, comenzada ya de hecho por los Estados Unidos con la ocupación de Corpus-Christi y la presencia de fuerzas navales en Veracruz. Slidell, con fecha 17 de Marzo, pidió sus pasaportes, y se embarcó el 1o. de Abril.

A la noticia del pronunciamiento de Paredes y antes de saber que su enviado no había sido aquí recibido, el gobierno de los Estados Unidos reforzó su escuadra en el golfo de México, dió orden á Taylor de avanzar sobre el Bravo, y le facultó para pedir refuerzos de voluntarios á las autoridades de Luisiana, Texas, Mississipí y Alabama. Considerando en peligro á las tropas del expresado Taylor, que constaban de más de 3,500 hombres, el general Gaines, comandante militar de Nueva Orleans, envió un refuerzo de voluntarios de artillería á Corpus-Christi, de donde se movió el 8 de Marzo de 1,846 el ejército norte-americano hacia el Bravo.

Las primeras escaramuzas, habidas al otro lado del río, de cuya línea habían avanzado algunas fuerzas nuestras hacia el Norte á rechazar la invasión, sirvieron de pretexto al presi-

dente Polk para pedir que se le autorizara al levantamiento de cuerpos de voluntarios. El congreso expidió la resolución relativa el 13 de Mayo de 1,846, quedando así oficialmente reconocida en los Estados Unidos la existencia del estado de guerra. Para nosotros era un hecho desde las declaraciones de Shannon en Octubre de 1,844, y se confirmó con la admisión de Texas en la Unión norte-americana. Sin embargo, la declaración formal del estado de guerra, de parte de México, no tuvo lugar sino á mediados de 1,846 y fué hecha por nuestro congreso en virtud de iniciativa del ministro de la Guerra, general Tornel, fecha 16 de Junio, cuyo primer artículo era el siguiente:

"La nación mexicana, por su natural defensa, se halla en estado de guerra con los Estados Unidos de América, por haber favorecido abierta y empeñosamente la insurrección de los colonos de Texas contra la nación que los había acogido en su territorio y cubierto generosamente con la protección de sus leyes: por haber incorporado el mismo territorio de Texas á la Unión de dichos Estados por acta de su congreso, y sin embargo de que perteneció siempre y por un derecho indisputable á la nación mexicana y de que lo reconocieron como mexicano por el tratado de límites de 1,831: por haber invadido el territorio del Departamento de Tamaulipas con un ejército: por haber introducido tropas en la península de California: por haber ocupado la márgen izquierda del río Bravo: por haberse batido sus armas

con las de la República mexicana en los días 8 y 9 de Mayo del presente año: por haber bloqueado los puertos de Matamoros, Veracruz y Tampico de Tamaulipas, dirigiendo sus fuegos sobre las defensas de éste."

Con arreglo á los arts. 2o. y 3o. de la iniciativa, se acordó que el ejecutivo sostuviera la guerra con la energía correspondiente á los derechos y dignidad de la nación; y se le otorgaron en el ramo de guerra todas las facultades necesarias "para hacerla efectiva, pronta y eficazmente, contra los Estados Unidos que la han provocado, iniciado y sostenido."

Conviene advertir que el gobierno de los Estados Unidos, consiguientemente á su pretensión caprichosa y absurda de considerar el Bravo como línea divisoria, siempre alegó que la campaña había sido empezada por México en el hecho de avanzar nuestras tropas á la margen septentrional de aquel río; y si, por una especie de suerte mágica fueron ensanchados los límites de Texas al ingresar en la Unión norte-americana, por otra suerte de igual género aparecimos como invasores los invadidos.

V

SINOPSIS DE LA CAMPAÑA. (4)

Preparativos, curso general y resultado de la guerr —Reflexiones.

La creencia, de que hablaba yo, al termina alguno de mis anteriores capítulos, de que l agresión partía de México, no sólo era apa rentada por la prensa de los Estados Unidos sino también, lo que es más grave, por su pre sidente y su congreso. El primero dijo e su mensaje de Diciembre de 1,847, que el go bierno mexicano había traído al estado d guerra á ambos países, invadiendo el territo rio de Texas y derramando la sangre de lo norte-americanos. "México dió principio á l guerra, y nosotros nos vimos obligados, en de fensa propia, á rechazar al invasor y á conti nuar la lucha hasta obtener una paz honrosa.' El congreso, por su parte, declaraba el 13 d Mayo de 1,846, que "por obra de la Repúblic de México existe el estado de guerra entre s gobierno y los Estados Unidos." No carece d chiste lo expuesto si se recuerda que la obra d

(4) Por haberse escrito con posterioridad e capítulo IV, resultan en éste algunas repeticio nes que intencionalmente se han dejado par la mejor inteligencia de los sucesos.

México se había reducido, en sustancia, por entonces, á rechazar ó capturar un destacamento de dragones que avanzaban bajo los fuegos de la plaza de Matamoros.

He entrado insensiblemente en la relación de los preliminares de la guerra, y debo apuntar, ante todo, que el mismo presidente Polk que en 1,847 profirió las frases arriba citadas, ya en su discurso al tomar posesión del poder, había hablado de la anexión de Texas como de una eventualidad política que él estaba resuelto á realizar. Al acordar el congreso la incorporación de la novísima República en los Estados Unidos, autorizó desde luego al ejecutivo á establecer una línea militar fronteriza, que cubriera todos los puntos expuestos á ser atacados al Sur y al Oeste de Texas; á consecuencia de lo cual se pusieron en movimiento algunas tropas al mando del general Zacarías Taylor. El ministro mexicano Almonte había pedido, en Washington, sus pasaportes desde el 6 de Marzo, y á principios de Abril nuestro gobierno se negó á seguir reconociendo al ministro de los Estados Unidos, en México, con el carácter de tal, y declaró que nuestra República mantendría sus derechos. Los asuntos diplomáticos quedaron así hasta el principio de las hostilidades en 1,846. Slidell no consiguió ser recibido por la administración de Paredes, quien á fines de Marzo anunció que, "no siendo la paz compatible con el mantenimiento de los derechos é independencia de la nación, defendería el territorio mientras el congreso llegaba á

declarar en debida forma la guerra á los Estados Unidos." En 6 de Julio el congreso mexicano autorizó al gobierno á emplear los recursos del país en la resistencia á la agresión. (5)

Taylor, que desde Agosto de 1,845 estaba acampado en Corpus Christi, recibió, á principios de 1,846, la orden de dirigirse á Río-Grande (el Bravo) que se pretendía convertir en límite de los Estados Unidos. Llegó al Frontón de Santa Isabel el 25 de Marzo, y el 28 acampó frente á Matamoros, aguardando en

---

(5) "No es inverosímil que se habría evitado la guerra, al menos de pronto, si los Estados Unidos no hubieran ocupado la comarca al Oeste del Nueces, lo cual fué hecho por Taylor, que acampó en Corpus-Christi en Agosto de 1,845, permaneciendo allí con su ejército hasta Marzo de 1,846 que se movió hacia la orilla oriental de Río Grande, frente á Matamoros. Mientras se efectuaban tales movimientos, un agente de los Estados Unidos, Slidell, insistía en México en ser recibido como plenipotenciario, no queriéndose allí reconocerle sino con el carácter de comisionado, lo cual produjo agrios debates.... El 4 de Marzo el presidente Paredes, por conducto de su ministro de la Guerra, mandó al jefe de sus fuerzas en la frontera que atacase al ejército de los Estados Unidos. El general Arista obedeció, y no se pudo ya dudar del rompimiento de las hostilidades."—F. ROBINSON. ("Extracto de la obra ya citada.")

cumplimiento de sus instrucciones, á que los mexicanos dieran el primer golpe. Estos, á fines de Abril, atacaron á un destacamento de dragones, haciendo prisionero á su jefe, el capitán Thornton; y al saberse tal suceso en Washington, lanzó el congreso la declaración del estado de guerra, autorizando al ejecutivo á disponer de todas las fuerzas de mar y tierra, y decretando la recluta de voluntarios y la asignación de diez millones de pesos para los gastos de la campaña.

El ejecutivo dió inmediatamente mucho mayor ensanche á sus planes y preparativos, que ya databan de algunos meses. El ejército del Bravo estaba ya formado y en campaña, siendo, como he dicho, su jefe el general Taylor. Se procedió á la formación de otros dos cuerpos de ejército; el uno llamado del Oeste, á las órdenes del general Kearnay, con su cuartel general en el fuerte Leavenworth en el Missouri; y el otro, denominado del Centro, al mando del general Wool, en San Antonio de Béjar, en Texas. Se destacaron oficiales del ejército regular, inteligentes y activos, para el reclutamiento é instrucción de los voluntarios que afluían en gran número, y cuyo enganche se limitaba en unos á un año, y en otros se extendía á la duración de la guerra. En el primer plan de campaña el ejército del Bravo parecía tener una misión puramente defensiva en favor de las nuevas fronteras de los Estados Unidos; el ejército del Oeste debía marchar desde el Missouri contra Nuevo México, dirigiéndose

en seguida al Occidente para concurrir con la escuadra al ataque de California; y el ejército del Centro debía invadir á Nuevo-León y Coahuila y Chihuahua, reforzando en caso necesario al general en jefe Scott, á quien se dió orden de penetrar en el territorio mexicano por la línea que Taylor ocupaba.

Nada puede dar más clara idea de la importancia de estos tres cuerpos de ejército, que los datos publicados por el Cuartel maestre general á fines de 1,847. Según ellos, desde que se expidió el "bill" de guerra, en Mayo de 1,846, hubo que empezar á proveer de medios de trasporte á los expresados cuerpos. El del Missouri, por su proximidad á Estados abundantes en recursos, fué más pronta y expeditamente movido que los demás; pero, extendiéndose su línea de operaciones hasta Santa Fe (Nuevo-México), requería su traslación vastísimos medios, y sin incluir datos de compras aun no recibidos hasta Septiembre de 1,847, le habían sido suministrados para el trasporte de sus tropas, refuerzos y provisiones, 459 caballos, 3,658 mulas, 1,556 carros y 516 monturas, (6) y para subsistencias 14,904 reses. Concentrando en San Antonio de Béjar el ejército del Centro, había que vencer grandes dificultades: se escogió como punto de depósito el llamado Puerto de

(6) Los indios de las llanuras de Nuevo-México dieron buena cuenta de muchos de estos animales y efectos, según el mismo informe del Cuartel maestre general.

la Vaca, á 160 millas de la ciudad, con un camino regular en tiempo de seca é intransitable en el de lluvias; y hubo que emplear cerca de 1,600 carros en el trasporte de tropas y municiones de boca y guerra: aunque no era practicable para los carros el camino directo á Chihuahua, el general en jefe tomó otros, y le sirvieron aquellos para el acopio de provisiones. En cuanto al ejército del Bravo, se creyó que, para sus operaciones durante el verano, le bastaría un tren de 300 carros, organizado por el coronel Gross, y que para el otoño contaría ya con los recursos de la parte septentrional del territorio mexicano, abundante en mulas y caballos. En los movimientos de Taylor entraba el paso del Bravo, y ni se sabía en qué extensión era navegable ni qué número de embarcaciones se necesitaría para atravesarle. Los trasportes de vapor que el jefe pidió le fueron enviados con mayor ó menor retardo, á causa de la gran distancia del Mississipi y de los peligros de las embarcaciones de río en el golfo de México. Para proveer al ejército de cuanto pudiera necesitar, el referido Taylor convirtió en lugares de depósito el Frontón de Santa Isabel, donde hizo construir hospital y almacenes, y Brazos de Santiago, en la desembocadura del Bravo, improvisando en este último punto almacenes, talleres y un astillero para la reparación de embarcaciones; aparte de lo cual se construyó un puente para el paso directo de los trenes desde Brazos hasta la desembocadura del río.

Conviene, para la mayor claridad de estos apuntamientos, condensar aquí en pocas líneas el curso de las operaciones de los tres citados cuerpos de ejército con arreglo al primitivo plan de campaña, así como el cambio de éste, y las operaciones subsecuentes hasta la terminación de la guerra. Tuvo ésta dos fases ó períodos principales, abrazando el primero de ellos desde las primeras batallas del lado de allá del Bravo (Palo Alto y Resaca), hasta la de la Angostura, y figurando en este primer período como principal jefe Taylor; y predominando el mayor general Winfield Scott en el segundo, abierto con el asedio y la toma de Veracruz, y cerrado con la toma de México y la celebración del tratado de paz.

En el primer período, el ejército del Bravo, después de derrotar á nuestras fuerzas en Palo Alto y Resaca de la Palma, atravesó el río, ocupó á Matamoros, invadió el Estado todo de Tamaulipas y el de Nuevo-León y Coahuila, asedió y tomó á Monterrey de Nuevo-León, y ganó la batalla de la Angostura, que los norteamericanos llaman de Buenavista. El ejército del Centro, después de las primeras hostilidades habidas cerca del Bravo, se dividió en dos fracciones, yendo la primera, que con otros contingentes llegó á formar un efectivo de 9,000 hombres, á reforzar á Taylor; y quedando la segunda á las órdenes de Wool, quien salió de Béjar sobre Chihuahua el 21 de Septiembre de 1,846, atravesó el Bravo por Presidio el 11 de Octubre, y, después de veinte días de mar-

cha, llegó á Monclova y se detuvo allí y en Parras, juzgando innecesario avanzar más, en vista de la ya efectuada ocupación de Nuevo-León y Coahuila por Taylor. A reforzar á dicho ejército del Centro, á quien se suponía en marcha directamente sobre Chihuahua, partió con 800 hombres el coronel Doniphan, y, llegado el 27 de Diciembre á Paso del Norte, salió de allí á fines de Febrero siguiente; derrotó cerca del Rancho del Sacramento á las fuerzas mexicanas que acudieron á encontrarle, y ocupó á Chihuahua el 1o. de Marzo (1,847), permaneciendo mes y medio en dicha ciudad y yendo á unirse con Taylor cerca de Monterrey de Nuevo-León á fines de Mayo. El ejército del Oeste salió de Missouri, y á las órdenes de Kearnay y en número de 2.000 hombres, invadio á Nuevo-México á mediados de Agosto de 1,846. El expresado general declaró á dicho Estado parte de la Unión norte-americana, organizó en él autoridades, y salió con 1,000 hombres el 25 de Septiembre hacia California; pero, al recibir noticias de su ocupación por el coronel Fremont, hizo regresar á Santa Fe la mayor parte de sus tropas. Fremont, en efecto, había llegado desde fines de Enero de 1,846 cerca de Monterrey de California, y, después de diversas marchas y contramarchas, ocupó dicho punto el 7 de Julio, y el 9 á San Francisco. El comodoro Sloat, jefe de las escuadrilla destinada á las costas del Pacífico, declaró á California parte de la Unión; dejó el mando de los buques á Stockton y éste y Fremont en-

traron el 12 de Agosto en los Angeles. Como se ve, la marina de guerra, cuyo personal en tiempos normales constaba de 7,500 hombres y por acta de 10 de Agosto de 1,846 fué aumentado á 10,000, comenzaba á prestar sus servicios tomando parte activa en la ocupación de los puertos de California: bloqueó los demás principales puertos mexicanos en el Pacífico, y en el Atlántico ocupaba á Tampico y formalizaba el bloqueo de Veracruz, que después se hizo extensivo á Alvarado, Túxpam, la Laguna y San Juan Bautista de Tabasco. Los Estados y localidades invadidos durante este primer período, permanecieron, con pocas excepciones y alternativas, en poder de los norte-americanos hasta la terminación de la guerra.

Llegamos al segundo período. Desde el asedio y toma de Monterrey de Nuevo-Leon, el ejecutivo comprendió lo tardío de los resultados del plan de Taylor y resolvió cambiar el de todas las operaciones y acelerarlas tomando el camino más corto para la capital de México. Siendo dueños del mar sus buques, estimó facil desembarcar su ejército en algún punto de la costa oriental, eligió á Veracruz, llamó á Scott á fines de Noviembre de 1,846 y le hizo tomar el mando de todo el ejército invasor, que de antemano le había sido conferido, encomendándole la ejecución del nuevo plan. Scott, antes de salir de los Estados Unidos, se dedicó activamente á tomar las disposiciones necesarias, y anunció á Taylor que se vería en la necesidad de privarle de sus mejores tropas que, con otras y

á las órdenes de Worth, Patterson, Twiggs y Quitman, debían ser despachadas á Veracruz; de modo que el ejército de Río-Grande quedó considerablemente debilitado antes de medirse con el grueso de las fuerzas mexicanas en la Angostura. En este segundo período de que hablo, y durante el cual Scott mandó en jefe, casi todas las operaciones más notables se efectuaron bajo su inmediata dirección, y consistieron en el asedio y toma de Veracruz, en la batalla de Cerro-Gordo, ocupación de Jalapa, Perote, Orizaba y Puebla, y toma de México después de los hechos de armas del Valle; dejando cubierta con fuerzas considerables toda la región oriental hasta la costa. En la del Pacífico, principalmente, no había estado ociosa la marina. Guaymas cayó en poder del capitán Lavallette el 20 de Octubre de 1,847; Mazatlán quedó ocupado el 10 de Noviembre por el comodoro Shubrick, que se propuso establecer desde allí una línea de comunicaciones con Scott y Taylor. San Blas, San José, Mulejé, Todos Santos y otros puntos de nuestra costa occidental, habían sido teatro de diversos combates. Este segundo período se cierra, como he dicho, con la celebración de la paz, cuyo tratado se firmó en México el 2 de Febrero de 1,848, regresando pocos meses después á los Estados Unidos las fuerzas invasoras.

Si el ejecutivo obró con actividad verdaderamente admirable en esta campaña, no se puede negar, por otra parte, que halló decidida co-

peración en el congreso. Ya dije que este cuerpo, al declarar en Mayo de 1,846 la existencia del estado de guerra—declaración que sólo tuvo en contra dos votos en el senado y catorce en la cámara de representantes—había autorizado al gobierno para abrir y proseguir la campaña, disponiendo de todas las fuerzas de mar y tierra y de una cantidad de diez millones de pesos para los gastos. Una de las autorizaciones más importantes que el ejecutivo alcanzó desde entonces, fué la de aceptar los servicios de hasta 50,000 voluntarios, (7) y aunque no se reclutó desde luego tal grueso de gente, siguió el congreso autorizando el levantamiento de fuerzas adicionales; aumentó en Agosto de 1,846 el personal efectivo de la marina de guerra en más de una tercera parte del existente; decretó nuevas asignaciones pecuniarias, y hasta destinó, en su período de sesiones de 1,847, tres millones de pesos á las atenciones que para el ejecutivo surgieran de la celebración de un tratado de paz en que ya se confiaba, y que sólo un año después vino á firmarse.

Según los informes del ramo de guerra pasados al congreso el 30 de Noviembre de 1,847, el ejército de los Estados Unidos debía en esa fecha constar de 66,640 hombres, siendo 30,359 de tropas regulares, 34,171 voluntarios alistados por todo el tiempo de la guerra, y 2,119 vo-

(7) Así lo asienta Polk en su mensaje ya citado.

luntarios por sólo un año. Las tropas regulares se componían de tres regimientos de dragones, uno de rifleros montados, cuatro de artillería, dieciseis de infantería, uno de cazadores y rifleros de á pie, y una compañía de ingenieros; los voluntarios por todo el tiempo de la guerra formaban un regimiento y veintidos compañías sueltas de caballería, tres compañías de artillería de á pie, y veintidos regimientos, cinco batallones y ocho compañías sueltas de infantería; por último, los voluntarios por un año figuraban en un regimiento, un escuadrón y cuatro compañías sueltas de caballería y dos compañías de infantería. La fuerza efectiva en el territorio mexicano era de 43,059 hombres, entre 21.509 del ejército y 21,550 voluntarios; y de ella había á las inmediatas órdenes de Scott, 17,101 regulares y 15,055 voluntarios, incluyendo las guarniciones de Veracruz y Tampico; con el general Wool, que sustituía ó reemplazaba á Taylor ausente, 3,937 regulares y 2,790 voluntarios; con el general Price en Nuevo-México, 255 regulares y 2,902 voluntarios; por último con el coronel Mason en California, 275 regulares y 803 voluntarios. El total de las fuerzas voluntarias se repartía en 30 regimientos y tres compañías con los nombres de sus respectivos Estados y territorios. El Missouri fué el Estado que dió mayor número de voluntarios.

Vuelvo á aprovechar aquí los datos del cuartel maestre general. Cuando el ejecutivo determinó el envío del ejército á Veracruz, hubo

que proveer de municiones de boca y guerra, trasportes y lanchas ó botes de desembarco á las tropas; de remonta á los dragones que habían perdido sus caballos, y de animales de tiro á 100 carros que se calcularon necesarios para establecer el campamento sobre Veracruz: se creyó que para las operaciones subsecuentes sólo habría que enviar una tercera parte de los animales de tiro indispensables y que el resto se obtendría en las mismas comarcas invadidas; pero esto último no tuvo efecto, y fué preciso hacer nuevos y considerabilísimos envíos de Nueva Orleans, Brazos de Santiago y Tampico y que seguir proveyendo de todo á las fuerzas posteriormente despachadas hasta completar el número de unos 30,000 hombres que llegó á reunirse en la línea de Veracruz á México. No es, pues, de extrañarse que, por sólo el departamento del cuartel maestre general, los pagos de provisiones, desde el principio de la guerra hasta Septiembre de 1,847, ascendieran á cerca de ocho millones de pesos, y que se necesitaran casi otros seis millones para ponerse al corriente en Diciembre del mismo año; habiendo sido comprados en dicho período de tiempo (hasta Septiembre de 47) 6,886 carros, 22,970 mulas, 16,288 reses, 54 buques de vapor, 48 embarcaciones menores y 201 botes y lanchas; además de haber sido tomados en alquiler unos 300 carros y carretas, de 4 á 5,000 mulas, y varios centenares de embarcaciones de vapor y de vela. Agregaré aquí que, de la totalidad de las empleadas en el trasporte de tropas de unos

puntos á otros, iban en la indicada fecha perdidas más de 40, y que el presupuesto de la marina de guerra para el año fiscal de 1,847 fué de más de 10 milones de pesos.

Los anteriores guarismos, tomados al vuelo, indican las vastas proporciones de la campaña, y con claridad mayor las patentizan las siguientes breves líneas de la "Revista de los Treinta años" de Benton, citadas en la "Historia de los Estados Unidos," de J. A. Spencer. (8) "Por el territorio adquirido sólo se pagaron 20 millones de duros, mientras los datos estadísticos demuestran que el total de gastos para el sostenimiento del ejército y la armada y las pensiones concedidas, no excedió de "ciento cincuenta millones".... Lo que más debe lamentarse es que tal guerra costara tanta sangre. El número de tropas regulares que marcharon á México ascendió á 27,500 hombres, y á 71,300 el de los voluntarios, componiendo unos y otros un total de 99,000 hombres: ahora bien, de éstos, unos 40,000 se retiraron ó fueron dados de baja; de 4 á 5,000 desertaron, y las pérdidas por muerte en los combates, por enfermedad ó por otras causas, no bajaron de 25,000 hombres!"

Aunque no faltaron en los Estados Unidos ni oposición á la admisión de Texas como Estado, ni repugnancia á la guerra, ni críticas amargas

---

(8) La citada "Historia" de Spencer fué continuada por Horacio Greeley, desde la presidencia de Buchanan.

en cuanto al modo de realizarla, ni fuerte ahinco de ajustar la paz á poco de comenzada la campaña, ni quejas de la ingratitud del gobierno con sus más ameritados servidores, (9) ni descontento de los resultados de la empresa, preciso es confesar que la opinión general, así dentro como fuera del congreso, fué favorable á la invasión de México; que ésta, militarmente considerada, fué gloriosa para el agresor, y que sus efectos prácticos, que el tiempo ha venido á demostrar y que sobrepujan á cuanto pudieron imaginar los más decididos partida-

---

(9) Benton dice en su "Revista" ya citada: "No hay duda que los que sirvieron bien al gobierno en la guerra contra México, fueron muy mal recompensados: Taylor, vencedor en Palo-Alto, Resaca, Monterrey y Buenavista, sólo recibió una represión: (*) Scott, que había allanado los obstáculos para celebrar la paz, sometiendo á los mexicanos, fué sustituido por otro jefe en el ejército: Fremont, que había conseguido arrancar á California de mano de los ingleses (?) para darla á los Estados Unidos, tuvo que comparecer ante un consejo de guerra; y por último, Trist, á quien se debió la celebración del tratado, quedó destituido."

(*) Taylor recibiría una represión, pero fué elevado á la presidencia de la República.

Scott, fué sustituido por otro general, ya terminada la campaña, pero fué creado teniente general, honor que antes que á él sólo se le había conferido á Washington.—(N. del E.)

rios de la guerra, constituyen el mejor negocio mercantil del país más mercantil del mundo.

Los Estados Unidos, de 1,848 acá, no se cansan de entonar himnos á su propia gloria. Ya el presidente Polk decía á fines de 1.847 al congreso: "La historia no presenta igual caso de tantas gloriosas victorias obtenidas por una nación en tan corto espacio de tiempo." La embriaguez del júbilo y del patriotismo disculpa en ese personaje de voluntad de hierro el olvido de las proezas de la Francia bajo Napoleón, á principios del siglo. Por lo demás, en materia de aglomeración de fuerzas y de todos los elementos de guerra, de importancia en los planes, de rapidez y seguridad en los movimientos, de constancia y acierto en las operaciones, de porfía y valor en las batallas, de dinero y sangre vertidos y de éxito magno en el triunfo, ¿qué vale la guerra con México ante la lucha verdaderamente titánica que acaban de sostener en los mismos Estados Unidos, Norte y Sur?

Si estas breves reflexiones amenguan un tanto la gloria militar obtenida á costa nuestra en 1,846 y 47 por el país vecino, le sirve de compensación y verdadero "comfort" la enormidad, cada vez mayor, de las utilidades líquidas y positivas realizadas en el negocio de México. Si en él soltó ríos de oro á uno y otro lado del Bravo, ¡cuánto tiempo no llevan de haberlo reembolsado sus ciento setenta millones de duros solamente las minas inagotables de oro y plata en los Estados nuestros por él adquiridos,

y el puerto de San Francisco de California, que es ya, acaso, el primero del mundo después de Nueva York! Váyase, pues, lo uno por lo otro; que una operación mercantil de este calibre, si no entusiasma en mayor grado, indudablemente aprovecha más que una repetición de la Iliada. En cuanto á la sangre derramada, á los derechos hollados de un pueblo, á la Justicia.... ¿quién echa aquí un galgo á la Justicia?

*
* *

Respecto del plan de campaña del enemigo, el presente capítulo necesita algunas noticias complementarias.

El fin reconocido ó confesado de la guerra era "obtener indemnización ó reparación del pasado y seguridad para lo sucesivo." Al hacer el congreso norte-americano, el 13 de Mayo de 1,846, su declaración del estado de guerra autorizó al ejecutivo, como he dicho, para levantar una fuerza de 50,000 voluntarios, que desde luego empezó á ser pedida á los Estados.

El plan general de operaciones consistió en invadirnos por la línea del Bravo con el principal cuerpo de ejército, que vendría acercándose hacia el centro del país hasta que pidiéramos la paz. Entretanto, debían ser bloqueados ú ocupados nuestros puertos más importantes en ambas costas, y conquistados y retenidos nuestros territorios de California y Nuevo México para que sirvieran de indemnización de los

gastos de la guerra. A poco fué también acordada en Washington la invasión de Chihuahua.

El general Gaines, veterano de la guerra de independencia, comandante de la sección militar occidental cuyo centro era Nueva-Orleans, y notable por su animosidad contra México, pretendió ser nombrado jefe de todo el ejército invasor; pero sus primeros pasos en el sentido de ayudar á la guerra, no le recomendaron para tan alto puesto. Al pedir Taylor los primeros refuerzos de voulntarios, Gaines, sin autorización ni discreción, levantó y organizó masas de gente en la Luisiana, les nombró oficiales, y en número excedente en 3,000 hombres al pedido, las envió á Taylor, entorpeciendo sus movimientos con tal golpe de chusmas indisciplinadas para quienes no había ni víveres ni medios de trasporte en el campamento norte-americano. Casi la totalidad de estos voluntarios fué despedida y reembarcada so pretexto de que sólo se habían enganchado por tres meses, término insuficiente para las primeras operaciones militares; y el ejecutivo, no sólo no pudo complacer á Gaines dándole el mando del ejército invasor, sino que, para evitar los inconvenientes de su inconsiderado entusiasmo, le destituyó del mando que ejercía en Nueva-Orleans.

El mayor general Winfield Scott, comandante en jefe del ejército de los Estados Unidos y candidato del partido whig para la presidencia, fué nombrado general en jefe del ejército invasor, y se le previno que estuviera listo para ponerse á su cabeza. Pero Scott se consa-

gió á estudiar detenidamente su plan de campaña, se disgustó con el ejecutivo que la daba prisa para que se moviera, y con fecha 25 de mayo de 1,846, la Secretaría de Guerra le mandó permanecer en Washington, encargando á Taylor á principios de junio la dirección de los movimientos de todo el ejército y dándole instrucciones en el sentido de la conservación de la línea del Bravo y de la toma y conservación de Monterrey. Como tácitamente se seguía reconociendo á Scott con el carácter de general en jefe, enviaba él á su turno órdenes é instrucciones á Taylor para que después de tomada Monterrey siguiera avanzando hacia el centro del país; y de aquí resultaban no pocas confusiones y contradicciones en la dirección de la campaña. Taylor, que era un miltar de excelente criterio y que comprendió lo que pasaba, al ser consultado por la Secretaría de Guerra acerca del curso de las operaciones más acertado en concepto suyo, se limitó á expresar la opinión de que debían circunscribirse á nuestros Estados septentrionales. Con fecha 9 de julio, la citada Secretaría le consultó si sería preferible la invasión del centro de México por Tampico ó Veracruz, atendida la enorme distancia de la línea del Bravo como base de operaciones. Taylor contestó que la Secretaría de Guerra, con mejores y más seguros datos, estaría en aptitud de resolver por sí misma el punto, y que la invasión por Tampico no le parecía practicable con probabilidades de buen éxito. Presto veremos que la invasión del centro

por Veracruz fué resuelta en Washington y encomendada á Scott, quien tomó entonces efectivamente el mando de todas las fuerzas invasoras.

Merece advertirse que, entre las primeras instrucciones de la Secretaría de Guerra, recibió Taylor la de halagar á las poblaciones de nuestros Estados fronterizos, y de procurar su levantamiento contra el Gobierno general, ó siquiera su neutralidad durante la guerra. Parece que en este punto se quería seguir practicando el sistema tan felizmente ensayado en Texas. Taylor á tal respecto se ciñó á contestar que aprovecharía oportunidades.

VI

PALO ALTO Y RESACA.

Batalla de Palo Alto.—Derrota nuestra en Resaca de Guerrero.—Pérdida de Matamoros.

El amor propio ofusca y ciega á las naciones como á l s individuos. La nuestra, impresionada en el sentido de la decisión y la fortuna con que luchó por su independencia, y conservando el carácter algo andaluz que distingue á nuestra raza no había podido comprender que, mientras aquí nos hacíamos trizas por el federalismo ó el centralismo, sin adelantar sino poquísimo en intereses y prosperidad ma-

teriales, y atrasándonos no escasamente en administración, orden y economía, aunque juzgándonos el pueblo más avanzado y dichoso de la tierra, á la otra puerta una nación flemática, cuerda y laboriosa, creciera y verdaderamente progresara por medio del respeto á sus leyes, si no siempre á la justicia; del respeto á sus propias costumbres é instituciones, y del espíritu de trabajo y de adelanto material; en cuyas cualidades los Estados Unidos, por grandes que sean sus lacras y defectos en otras líneas, pueden y deben servir de ejemplo al género humano.

La España, vencedora de Napoleón, había sido vencida por nosotros. Tal era la piedra angular de nuestro criterio político y el punto de partida de nuestro orgullo nacional, sin entrar en apreciaciones ni averiguaciones capaces de amenguarle. La derrota de San Jacinto, en la campaña de Texas, no pasaba de un revés imprevisto y casual. El triste desenlace de nuestra guerra con Francia en 1838, había sido efecto de la división de los ánimos, y de los pocos bríos de una administración centralista que opuso á la escuadra de Baudin y Joinville un fuerte y una plaza desartillados y sin tropas. (11) La administración de Herrera, que en 1,845 previó un mal resultado en la guerra

---

(11) Sin embargo, los franceses fueron derrotados en Veracruz y Santa Anna los persiguió hasta el muelle, obligándolos á embarcarse.—(N. del E.)

con los Estados Unidos y trató de evitarla, era reputada pusilánime si no traidora. En la opinión general no cabía duda respecto de nuestro cabal triunfo en el caso de una invasión norte-americana; y en varios discursos cívicos en los aniversarios de septiembre, oímos desarrollar, con patrióticas y acaloradísimas variaciones, el lisonjero tema de que el pabellón mexicano llegaría de allí á poco á ondear sobre el antiguo palacio de Jorge Washington. El primer baño de agua fría aplicado á tan ardoroso entusiasmo, fué la noticia de las batallas de Palo Alto y Resaca de Guerrero.

Sirvió de teatro á estas primeras operaciones, una parte de la área, casi desierta, que de la margen de allá del Bravo se extiende hacia el Norte. Como se ha dicho, las fuerzas enemigas al mando de Zacarías Taylor, acampadas en Corpus Christi, avanzaron sobre el Bravo, ocupando y fortificando el Frontón de Santa Isabel, al Noreste de Matamoros, y desde el expresado punto en la margen de la laguna del Padre Ballin (ó Bayin), que se comunica con el mar por los estrechos de Brazos de Santiago y Boca Chica, se pusieron en relación con las fuerzas navales. El vecindario de Frontón incendió gran parte de sus hogares y emigró en crecido número. Taylor convirtió dicha localidad en almacenes de su ejército, y el grueso de éste avanzó ya directamente sobre Matamoros, á cuya vista se presentó el 28 de Marzo de 1,846, formando, en uno de los grandes recodos de la orilla izquierda del río, al Noreste

y á más de mil varas de la ciudad, un reducto bastionado que se llamó el fuerte Brown. (12) La partida de caballería nuestra que, á las órdenes del comandante Barragán, exploraba aquel terreno, se vino replegando sobre Matamoros, según avanzaba el invasor.

Mandaba en dicha plaza el general Mejía, componiendo la guarnición el batallón de Zapadores; los regimientos de infantería 2o. Ligero, y 1o. y 10o. de Línea, el 7o. de caballería, el escuadrón de Auxiliares de las Villas del Norte, varias compañías presidiales y un batallón de guardia nacional local. Al avistarse el enemigo, llegaron de Tampico el 6o. de infantería y el batallón y compañía Guarda-Costa del mismo puerto; ascendiendo aquellas y estas fuerzas á cerca de 3,000 hombres con 20 piezas de campaña. El 11 de abril, Ampudia, nombrado general en jefe, llegó con el regimiento de caballería Ligero de México; y el 14 llegó Torrejón con el resto de la división de Ampudia, ó sea el 4o. de Línea, los batallones activos de México, Puebla y Morelia, el 8o. de caballería y 6 piezas de campaña con dotación de 80 artilleros. Compuesta de 2,200 hombres la expresada división, hacía ascender á unos 5,200 con 26 piezas de campaña el total de los defensores de la plaza, cuyos reductos, escasos y poco aprovechables, cuidó de evitar en su mayor parte el enemigo, al acampar. A Me-

---

(12) Es la actual ciudad de Brownsville.

(N del E.)

jía y Ampudia sucedió Arista, nombrado general en jefe de nuestro ejército del Norte; y al venir de alguna de sus haciendas á tomar el mando, dispuso, el 23 de Abril, en el rancho de Soliseño, á tres leguas de la plaza, que allí se le reunieran toda la caballería, el batallón de Zapadores y dos compañías del 2o. Ligero. Había formado ya su plan de operaciones, consistente en cortar al enemigo toda comunicación entre el fuerte Brown y el Frontón de Santa Isabel, obligándole, para restablecerla, á presentarnos batalla en el camino del primero al segundo de dichos puntos. Antes de avanzar en mi narración, diré que al avistarse los norteamericanos en Matamoros, provocada por ellos, hubo una conferencia, del todo inútil, entre los generales Díaz de la Vega y Worth.

En ejecución del perfectamente concebido plan de Arista, las fuerzas reunidas en el rancho de Soliseño, pasaron el río el 24 de abril á las órdenes de Torrejón, situándose en el camino del Frontón de Santa Isabel, y teniendo el 25 una escaramuza, en Carritos, con alguna partida de caballería enemiga. (13) Arista, entre tanto, había llegado á Matamoros y movido para el rancho de Longoreño el grueso de las fuerzas restantes, que, siguiendo el camino

(13) En la obra de Robinson ya citada, se habla de varias escaramuzas, en una de las cuales fueron hechos prisioneros el capitán Thornton y sus dragones, pereciendo en otra el teniente de infantería Porter.

de Boca del Río, atravesó también el Bravo, dejando en Matamoros al general Mejía con el batallón activo de México, varios piquetes de diversos cuerpos y el resto de la artillería. Temeroso Arista de que en ausencia suya fuera atacada la plaza, hizo que volviera á ella el batallón de Morelia.

La falta casi total de embarcaciones causó lentitud suma en el paso del río, y dió tiempo al enemigo para burlar en parte muy esencial el plan de Arista, dirigiéndose al Frontón de Santa Isabel antes que nuestro ejército le cortara el camino: lo cual hizo que, al venir á presentarnos batalla, de regreso del expresado punto, trajera consigo elementos de combate mucho mayores. El 2 de mayo tuvo Arista noticia del ya efectuado movimiento de Taylor con 2,000 de sus hombres; y calculando que presto volvería en auxilio del fuerte Brown, resolvió aguardarle, acampando en el llano de Palo Alto con el grueso de sus fuerzas, y disponiendo que el resto de ellas, ó sea el 4o. de infantería, el batallón de Puebla, dos compañías de Zapadores, 200 auxiliares de las Villas del Norte, el batallón de Morelia, nuevamente salido de Matamoros, y 4 piezas de artillería, á las órdenes de Ampudia, atacaran el mencionado fuerte Brown; lo cual tuvo efecto desde el 5 de Mayo, en combinación con el fuego de las baterías de la plaza, roto dos días antes. Escaso de gente y de víveres, muerto ó herido gravemente su jefe y tomadas algunas de sus defensas exteriores por nuestros soldados, estaba ya el fuerte

á punto de rendirse, (14) cuando Taylor vino del Frontón sobre el grueso del ejército de Arista, con 3 000 hombres, artillería no escasa y gran tren de carros; y Ampudia tuvo que abandonar sus posiciones sobre el fuerte para acudir á la batalla que se dió el 8 de mayo en Palo Alto. Hay que advertir que de este llano, por falta de agua, se había transladádo el 4 la gente de Arista á los Tanques del Ramireño, volviendo á ocupar su primera posición el mismo día de la batalla.

Aunque en alguna relación norte-americana leí que Taylor se había dirigido al Frontón de Santa Isabel, por considerarle amenazado, es de creerse que su movimiento no tuvo otro objeto principal que reforzar sus elementos de ataque, engrosando sus tropas con parte de las que había dejado en aquel punto, y recogiendo víveres y artillería para abástecer su campamento á la vista de Matamoros y proceder á embestir nuestra plaza. Las fuerzas con que lidió en Palo Alto, eran todas veteranas y se componían principalmente de batallones del 3o., 4o., 5o. y 8o. de infantería, de numerosa caballería, de la artillería ligera de Ringgold y de otra batería ligera al mando de Duncan. Aunque dice Taylor en su parte que sus citadas fuerzas no excedían de 2,300 hombres con 2 piezas de á 18 y 2 baterías ligeras, y que el ejér-

(14) Mandaba dicho fuerte el mayor Brown. de quien tomó su nombre. Al ser herido Brown dejó el mando al mayor Hawkins.

cito de Arista constaría de 6,000 hombres con 7 piezas, me inclino á creer, por otras relaciones, que la artillería enemiga era más considerable, y que el efectivo de su tropa no bajaba de 3,000 hombres, como lo dice el historiador norte-americano Spencer. (15) En cuanto á la nuestra, se componía de 3,000 hombres y 12 piezas de artillería, según el parte del general en jefe: y así es de creerse, si se tiene en cuenta que era de 5,200 el total de la gente reunida en Matamoros, y que la que combatió el 8 de mayo había dejado tropas en dicha plaza y destacamentos en el camino del fuerte Brown, como lo expresa el mismo Arista.

Este jefe y su cuerpo de ejército llegaron frente á Palo Alto á eso de la una de la tarde, hallando que el enemigo ya ocupaba tal punto. La línea mexicana de batalla se estableció con casi todas las fuerzas nuestras en una gran llanura, quedando su derecha en una eminencia, y su izquierda guarecida por un pantano de difícil acceso. La acción comenzó á las dos de la tarde con cañoneo vivísimo, y pocos momentos después se presentó allí el segundo en jefe Ampudia, con el grueso de la gente que hostilizaba al fuerte Brown. Pareció ser el objeto de Taylor tomar el camino de Matamoros ó del fuerte, y que para ocultar su movimiento incendió el pasto, muy crecido en aquellos lugares, for-

(15) Este mismo número le dió Arista en su parte, agregando que era menor más bien que mayor, con 20 piezas de los calibres de 16 y 18.

mando humareda espesísima delante de su línea de batalla. La táctica de Arista se encaminó á impedir tal movimiento, y el enemigo se mantuvo casi á la defensiva, ejercitando continuamente su artillería, protegida por la mitad de su infantería y por toda la caballería, y situándose el resto de sus fuerzas en una rambla á más de dos mil varas del lugar del combate. Arista mandó á Torrejón cargar con la mayor parte de la caballería por nuestro flanco izquierdo, en tanto que por el derecho se daría otra carga con varias columnas de infantería y el resto de la caballería; pero el fuego de cañón de la línea contraria y la existencia de un pantano, hicieron ineficaz la primera de estas operaciones, y obligaron á aplazar la segunda. Algunos de nuestros cuerpos, impacientados con la pérdida que sufrían, entraron en desorden y pidieron que se les hiciera avanzar ó retirarse: inmediatamente se les permitió cargar en unión de un grueso de caballería á las órdenes del coronel Montero, volviendo con ello á sus filas un batallón ya disperso; pero no se logró que el enemigo se replegara sobre su reserva; y, viniendo en esto la noche, terminó á las siete el combate, quedando cada ejército en su campo respectivo y á la vista del otro. Nuestras pérdidas ascendieron á 252 hombres entre muertos, heridos y dispersos. El comandante general de artillería, Requena, calculó en 3,000 los disparos de cañón del enemigo, y en 650 los de la artillería mexicana.

Tal es lo sustancial del parte de Arista, quien

asegura que nuestras fuerzas "no cedieron un solo palmo de terreno." Taylor asienta en su parte, que "las desalojó de su posición y acampó en el terreno," después de cinco horas de combate, sin más pérdida que 4 muertos y 40 heridos, contándose entre éstos el mayor Ringgold del 2o. de artillería, y otros dos oficiales de mérito. Acaso se explique tal contradicción fijándose en que Arista firmaba su parte en la noche del 8 en el campo de batalla, con el enemigo á la vista; en tanto que el parte de Taylor llevaba la fecha del 9 y ha podido extenderse en el lugar mismo que la víspera ocupaban nuestras fuerzas, movidas hacia Matamoros en la mañana del 9 con casi total abandono de sus heridos, á quienes recogió y asistió el enemigo. (16) Se ha dicho que éste, en la noche

---

(16) Robinson dice que el primer movimiento principal del ejército de Arista, tendió á circunvalar el chaparral que protegía la derecha de los norte-americanos y á atacar su tren de provisiones; lo cual impidió el 5o. de infantería avanzando, formado en cuadro, á recibir y rechazar la carga de nuestros dragones, á quienes causó graves pérdidas; que se rehicieron éstos y volvieron á cargar, siendo rechazados por el 3o. de infantería y diezmados por la artillería ligera del teniente Ridgely, destacada de la batería Ringgold; que nuestra izquierda fué destrozada por la artillería de Taylor, si bien su 8o. de infantería sufrió mucho con nuestros fuegos; y que el resultado de la jornada

que siguió á la batalla, se atrincheró con sus carros, y que en junta de guerra muchos de sus jefes opinaron por replegarse al Frontón de Santa Isabel; prevaleciendo, sin embargo, la voluntad de Taylor de seguir avanzando hacia el fuerte Brown. En resumen, la batalla de Palo Alto se redujo para las fuerzas mexicanas á estériles tentativas de cortar y envolver á los norte-americanos, y para éstos á la conservación de sus posiciones y al fuego de su artillería con que imposibilitaron todo ataque formal de parte nuestra, diezmando y desmoralizando hasta cierto punto al ejército de Arista, sin hacerle tampoco perder terreno. (17) Acaso bajo

---

fué que la derecha norte-americana ocupó el terreno que teníamos al principio de la acción.

Spencer dice que desde que comenzó la batalla, el cañoneo nos causó grande estrago: que Arista intentó dar una carga de caballería, pero se introdujo la confusión en nuestros dragones y se retiraron antes de llegar á las filas contrarias, sucediendo otro tanto cuando se quiso desbaratar el ala derecha de Taylor: que éste había hecho abocar dos piezas de artillería que enfilaron y destrozaron á nuestra gente; que después de dos horas de lucha se supendió la batalla, y, llegada la noche, uno y otro ejército se retiraron, aunque no mucho, del lugar de la acción.

(17) Si pudiera caber duda á este último respecto, la desvanecería lo exiguo del guarismo de muertos y heridos norte-americanos apunta-

el punto de vista de nuestros vecinos, Taylor haya calificado atinada y exactísimamente esa función de armas, cuando en el parte que fechó en Resaca de Guerrero el 9 en la noche, la llama "el cañoneo de ayer."

Arista, como he dicho, se movió con sus fuerzas hacia el Sur en la mañana del 9 sin ser detenido ni molestado, y con ánimo ya, según parece, de concentrarse en Matamoros, aunque no sin tentar la suerte de un nuevo combate. Juzgó que le ofrecía ventajas para ello el punto llamado Resaca de Guerrero, y á que Taylor y todas las relaciones norte-americanas dan el nombre de Resaca de la Palma; estaba cortado por una barranca grande y tenía bosques y aguas estancadas á los lados. Antes de medio día determinó el expresado general Arista esperar allí á Taylor, que se había movido de Palo Alto en seguimiento suyo. Se incurrió en el error de creer que no atacaría esa misma tarde, ni menos en la noche, y, en consecuencia, fueron desenganchadas las mulas de los cañones, descargado el parque (18) y tomadas algunas otras disposiciones cuyo efecto resultó funestísimo á la hora de la refriega. Aún no se tenía entre nosotros la idea de la celeridad de movimentos del enemigo: parte de sus fuerzas,

---

do por Taylor, y que ciertamente no habría sido de 44 hombres si se hubiera avanzado á desalojar de sus posiciones á nuestro ejército.

(18) En México se da el nombre de "parque" á las municiones de guerra.

ó sea un cuerpo de infantería ligera, había sido destacado hacia Matamoros desde temprano; y el grueso, á las inmediatas órdenes de Taylor, se puso en marcha más tarde, halló al ejército de Arista acampado en Resaca de Guerrero, y dió principio al ataque antes de que llegara la noche. "Mi avanzada, dice Taylor, descubrió que una barranca, al través del camino, había sido ocupada por el enemigo con artillería. Inmediatamente ordené que una batería de campaña, flanqueada y sostenida por el 3o., 4o. y 5o. regimientos, desplegados en guerrillas á derecha é izquierda, fuese á tomar la posición. Hubo durante algún tiempo vivo fuego de artillería y fusilería, hasta que las baterías enemigas fueron tomadas sucesivamente por un escuadrón de dragones y los regimientos de infantería que había en el campo. El enemigo fué desalojado de su posición y perseguido por un escuadrón de dragones, el batallón de artillería, el 3o. de infantería y una batería ligera, hasta el río. Nuestra victoria ha sido completa, quedando en poder nuestro 8 piezas de artillería con gran cantidad de municiones, 3 banderas y unos 100 prisioneros, entre ellos el general Vega y algunos oficiales. El enemigo ha repasado el río, y estoy seguro de que no volverá á molestarnos en esta orilla." Agrega que recogió gran número de mulas de carga, y que su propia pérdida en muertos y heridos fué muy grave, y aun no podía fijarse con exactitud: si bien cita ya entre los primeros á los tenientes Inge, Cochrane y Chadbour-

ne, del 2o. de Dragones y 4o. y 8o. de infantería: y entre los segundos á los tenientes coroneles Payne y Mackintosh, y á varios capitanes y tenientes de diversos cuerpos. Spencer asegura que los norte-americanos tuvieron 33 muertos y 89 heridos. (19) Robinson dice: "Esta batalla fué principalmente de bayoneta y sable, con ayuda de la artillería. Aquí fué donde May (capitán que mandaba un destacamento de caballería) dió su famosa carga: perdió, cuando menos, la mitad de su gente; pero tomó la batería por él asaltada, é hizo prisionero en ella al general Díaz de la Vega. El enemigo recobró su batería; pero al llegar la noche, quedaba en poder del 5o. regimiento de infantería de los Estados Unidos, que la tomó segunda vez á la bayoneta."

Al rendir Taylor su parte relativo á la victoria de Resaca, decía en él, acerca del ataque y defensa del fuerte Brown: "Cáusame especial satisfacción avisar que el punto fortificado frente á Matamoros, se ha mantenido heróicamente por sí mismo durante un cañoneo y bombardeo de ciento sesenta horas. Pero amarga tal satisfacción la pérdida de su indomable comandante, el mayor Brown, que murió hoy de resultas de una herida de bomba. Tal pérdida

---

(19) Asienta el mismo historiador que Arista había recibido en Resaca un refuerzo de 2,000 hombres, lo cual es á todas luces inexacto; pues, á lo sumo, se le reunirían allí algunos destacamentos ligeros.

sería considerable para el servicio en todas circunstancias; mas para el ejército de mi mando es verdaderamente irreparable. Un oficial superior y un subalterno muertos y diez soldados heridos, son las víctimas de tan nutrido bombardeo."

Estas últimas líneas cierran la historia de las operaciones de nuestro ejército del lado de allá del Bravo, y del fracaso del plan de Arista: fracaso que podemos creer que se debió muy principalmente á la demora de sus tropas en el paso del río para incomunicar entre sí el fuerte Brown y el frontón de Santa Isabel. Respecto del desastre de Resaca, se hizo al expresado jefe el cargo de mala elección de punto y de haberse dejado sorprender creyendo que se trataba de simples reconocimientos y escaramuzas, sin acudir personalmente á la defensa de su línea sino cuando estaba ya invadida y rota. Es innegable, por otra parte, que en el mal resultado de estos combates y de la posterior defensa de Monterrey, influyeron no poco las diferentes y hasta contrarias disposiciones de los jefes que, por voluntad del gobierno mexicano, se sucedían unos á otros rápidamente en el mando, y las desconfianzas y rivalidades que tales cambios excitaban, naturalmente, entre los mismos jefes y entre los subalternos.

Las fuerzas batidas en Resaca y las pocas que habían quedado hostilizando el campamento enemigo frente á Matamoros, atravesaron el Bravo, parte formadas y el resto en dispersión, pereciendo ahogados multitud de hombres; y

acabaron de reunirse el 10 en la expresada plaza. El 11 hubo canje de prisioneros sin comprender al general D. Rómulo Díaz de la Vega. Algunos de nuestros heridos de Palo-Alto habían sido traídos á Matamoros, quedando los demás en el campo: los de Resaca fueron conducidos á los hospitales de la misma ciudad en virtud del convenio celebrado con Taylor. Si éste, en la noche del 9, sigue en persecución de los vencidos, el ejército del Norte, sólo disminuido en una quinta parte de su efectivo, (20) habría acabado casi por completo en tal fecha. Declarada en junta de guerra indefendible la plaza, y negado por Taylor el armisticio que había solicitado Arista, evacuó éste á Matamoros, emprendiendo un movimiento retrógrado y dejando en dicha ciudad equipajes, depósitos, artillería clavada, parque inutilizado y unos 400 heridos abandonados á la generosidad del enemigo, que ocupó la ciudad el 18 de Mayo. (21)

---

(20) "Apuntes para la Historia de la Guerra, etc."

(21) Clamor de reprobación se alzó en todo el país contra el jefe del ejército del Norte por la desocupación de Matamoros, cuyo hecho á primera vista parecía, efectivamente, injustificable. La explicación de los de su especie rara vez se halla en letras de molde en la época misma de los sucesos, y no aparece sino mucho tiempo después. Hablando años adelante el general Arista con persona respetable, de cuyos labios mismos lo he oído, le dijo que la desmoralización y el terror pánico de sus tropas

Así, pues, en una campaña de nueve ó diez días habíamos perdido dos batallas y una plaza; nuestro mejor ejército retrocedía ante el invasor, y éste, victorioso, sentaba el pie en la orilla derecha del Bravo, disponiéndose á avanzar hacia el centro del país.

En tan breve campaña quedaban ya contrapuestos y determinados los principales rasgos característicos de ambos combatientes, así como su organización y sus elementos de ataque y defensa. El invasor, fuerte ya por la superioridad física de su raza, lo era aún más por la superioridad indisputable de su armamento en general, por lo numeroso y potente de su artillería y de sus caballos, por el arreglo y precisión de su parque, la abundancia de sus víveres, el completo y esmerado servicio de sus trenes y ambulancias, la rapidez é impetuosidad de sus movimentos y la subordinación y la confianza de la oficialidad respecto de sus jefes. En nuestras filas el valor y la decisión eran iguales ó superiores; mas la mutua confianza no

---

con motivo del resultado de las batallas de Palo-Alto y Resaca fueron tales, que habiendo caído casualmente de las bóvedas de la parroquia de Matamoros (en que había un piquete en observación del enemigo) una caja de guerra, al estrépito que hizo cundió la alarma en los cuarteles y se le desbandó gran parte de la gente hacia el campo. Si teniéndola en tal disposición hubiera resuelto sostenerse en aquella plaza, indudablemente se habría quedado sólo, desapareciendo por completo sus fuerzas.

existía entre jefes y oficiales; el armamento era antiguo y defectuoso; poca y de cortísimo alcance la artillería; casi del todo inútil la caballería; lentos y pesados los movimientos, ocasionando esto en los combates gran pérdida de vidas; por último, se carecía casi por completo de ambulancias, depósitos de víveres y todo lo necesario al buen servicio de un ejército en campaña. Cuando el nuestro atraviesa el Bravo para ir á atacar al enemigo, emplea en ello veinticuatro horas por tener que hacerlo en dos chalanes, y da tiempo á Taylor para emprender movimientos y elegir posiciones: cuando regresa derrotado, se ahogan multitud de soldados por la misma carencia de barcas: en Palo-Alto no hay un sólo médico ni un miserable botiquín para atender á los heridos: en Matamoros quedan abandonados equipajes, parque y cañones por falta de carros y de tiros. Este contraste, funestísimo para México, se sigue presentando con muy pocas excepciones hasta en las últimas batallas, y constituye, á mi juicio, la razón capital del triunfo del invasor.

*
* *

Después de escrito lo anterior, he reunido las noticias que voy á dar (22) y que sirven de complemento á este capítulo.

---

(22) Tomadas principalmente de la obra de Ripley "The war with Mexico," del "Manifiesto del general Ampudia sobre los primeros sucesos de la guerra," y de la "Relación Histórica" escrita por "un oficial de infantería."

Como se ha dicho. la fuerza de Taylor empezó á salir de Corpus-Christl el 8 de Marzo de 1,846. El 11 evacuó el expresado punto la retaguardia con el general en jefe, quien se adelantó inmediatamente para colocarse á vanguardia. Los bagajes y municiones habían sido enviados por mar al Frontón de Santa Isabel. El ejército atravesó el Arroyo Colorado el 20 y llegó el 24 á tres ó cuatro leguas de Matamoros; partiendo de allí, Taylor, con un tren de carros y una escolta de caballería, al Frontón, para comunicarse con los buques y establecer depósitos. Al acercarse á la población le fué entregada una protesta del prefecto de Ciudad Victoria, D. Jesús Cárdenas, contra la invasión, y vió que el caserío del Frontón era incendiado y que emigraba en masa el vecindario. Ocupado el puerto por los buques y establecidos los almacenes ó depósitos, Taylor regresó al punto donde había dejado el grueso de su gente, y acampó con ella el 28 á la vista de Matamoros. Quiso comunicarse con el general Mejía, que mandaba nuestra línea, y en solicitud de ello, el general Worth y sus ayudantes atravesaron el Bravo: Mejía se negó á tener entrevista con otro jefe que Taylor; pero envió al general Díaz de la Vega á conferenciar con Worth, quien le entregó comunicaciones de su general en jefe para Mejía, las autoridades políticas y el cónsul norteamericano en Matamoros.

Taylor hizo que la desembocadura del Bravo fuera bloqueada por los buques de guerra

que dieron escolta á los trasportes procedentes de Corpus-Christi, lo cual impidió el arribo de los buques nuestros con provisiones para la guarnición de Matamoros. Casi todo el ejército invasor, desde el 5 de Abril, se empleó en la construcción de parapetos ó trincheras frente á la plaza, y del gran reducto llamado después el fuerte Brown. La guarnición mexicana se empleaba igualmente en las fortificaciones de la plaza.

El historiador norte-americano Ripley, dice: "La ciudad de Matamoros se halla á unas mil yardas de la orilla meridional del Bravo, cuyo curso es por allí, como en toda su extensión, muy tortuoso y algo rápido. Los embarcaderos ó pasos para la orilla opuesta, antes de la ocupación norte-americana, eran dos, quedando el de más arriba frente á la parte occidental de Matamoros, y el otro, menos usado, á mayor distancia y abajo de la ciudad.

"Las fortificaciones mexicanas consistían principalmente en una línea de baterías destacadas entre los dos embarcaderos. El fuerte principal, denominado de Paredes, era un pentágono grande y saliente, sobre el embarcadero de arriba. Las demás fortificaciones eran abiertas por retaguardia y habían sido construidas para impedir el paso directo del río y hostilizar la línea americana: las que venían á quedar frente á ésta (23) tenían cañones de

---

(23) La línea y los fortines del Paso-real quedaban frente al enemigo.

diferentes calibres, y las baterías más bajas, obuses y morteros de escaso calibre en su totalidad."

De parte del enemigo, parece que la formación de parapetos y trincheras, de que no llegó á hacerse uso, no tuvo más objeto que proteger la construcción del fuerte Brown, terminada hasta el 30 de Abril. Se hallaba en un recodo de la orilla izquierda del Bravo, á tiro de cañón de á 18 de nuestra línea, y á cosa de mil quinientas yardas al Oriente de nuestro fuerte Paredes: formaba un pentágono con frentes bastionados, más grandes hacia el Sur que hacia el Norte; podía albergar á todo el ejército de Taylor, aunque sólo recibió una guarnición de 500 hombres; y estaba artillado con 4 obuses ó bomberos de á 18 y una batería de campaña de 4 piezas de á 6.

Al suceder Ampudia á Mejía en el mando de nuestra línea del Bravo, expulsó á Ciudad Victoria al cónsul norte-americano de Matamoros, y el 11 de Abril intimó á Taylor que levantara el campo y se retirara más allá del Nueces; á lo cual el invasor contestó en términos negativos.

Desde que las fuerzas de caballería de Torrejón y Canales pasaron á la orilla izquierda del Bravo, empezaron á hostilizar al enemigo, y á procurar impedirle que se comunicara libremente con el Frontón. El 10 de Abril, el cuartelmaestre, coronel Cross, había sido muerto á alguna distancia del campamento por guerrilleros nuestros; y al ir en auxilio ó en busca de dicho jefe un destacamento del 4o. de infantería con

el teniente Porter, cayó en otra emboscada en que perecieron el oficial y uno de los soldados. Al tener Taylor aviso del paso de las fuerzas de Torrejón, despachó á explorarlas un escuadrón de dragones al mando del capitán Thornton; y jefe y cuerpo fueron sorprendidos, atacados y hechos prisioneros por alguna de aquellas fuerzas en Carricitos, pereciendo el teniente Mason y quedando muertos ó heridos otros 16 hombres. El 28 de Abril, otro destacamento de las mismas fuerzas mexicanas, se batió con una partida de "Rangers" de los de Walker, apostada en la Resaca de San Antonio, como á la mitad del camino de Matamoros al Frontón, y le hizo 9 muertos y algunos prisioneros.

Taylor pidió con fecha 26 de Abril á los gobernadores de Luisiana y Texas un refuerzo de 5,000 voluntarios. Su plan consistía en atacar á las fuerzas de Torrejón y Canales que habían atravesado el río, y en seguida embestir á Matamoros. Considerando, sin embargo, en algún riesgo sus depósitos del Frontón, necesitando él mismo municiones de boca y guerra para su cuerpo de ejército, y no pudiendo comunicarse con aquel punto por medio de tropas poco numerosas, dejó el fuerte Brown cubierto con dos compañías de artillería y el 7o. regimento de infantería; y con el grueso de su gente y un tren de carros, salió él mismo el 1o. de Mayo para el Frontón, adonde llegó á otro día en la tarde.

Arista había sido definitivamente nombrado jefe de nuestro ejército del Norte, y su pri-

mera disposición fué prevenir á Ampudia que suspendiera todas las operaciones mientras él mismo llegaba á Matamoros, en lo cual tardó cosa de veinte días; permitiéndose con ello al enemigo construir su fuerte sin ser molestado. El grueso de nuestra infantería atravesó el río en dos brigadas: la 1a. al mando de Ampudia el 31 de Abril en la noche; y la 2a. al mando de Arista, en la mañana del 1o. de Mayo; ambas por el paso de Longoreño, abajo de Matamoros. Para proteger tal operación, fueron retiradas del rumbo de Palo-Alto y traídas á la margen izquierda del río las tropas de caballería de Torrejón y Canales, que se situaron sobre el mismo paso del río en San Rafael. Con ello quedó á Taylor y á su ejército enteramente libre el páso hacia el Frontón.

Nuestras hostilidades contra el fuerte Brown empezaron el 3 de Mayo. En esa mañana, 7 piezas de las fortificaciones de Matamoros rompieron contra él sus fuegos, y una de nuestras baterías más bajas le bombardeó durante el día, aunque con proyectiles muy pequeños. El fuego, contestado por el fuerte, continuó con alternativas todos los días siguientes, hasta el 9, sin causarnos mútuamente ningún daño, pues ni el alcance de las piezas de 18 dominaba bien la distancia entre las dos líneas. Todo el efecto de nuestros disparos se redujo á la muerte del comandante Brown y á poner fuera de combate á otros cuantos hombres; y el enemigo trató en vano de incendiar la ciudad, y acabó por no disparar contra ella. Como Arista aguarda-

ba el regreso de Taylor del Frontón, destinó una parte de su infantería de la margen izquierda del Bravo á hostilizar el fuerte, cuyo lado septentrional reconocieron oficiales nuestros en la mañana del 5 de Mayo; esa noche, cerca de los Tanques del Ramireño, fueron montadas baterías que unían sus fuegos á los de la plaza contra el fuerte, y el 6 la infantería intentó asaltarle por su frente hacia el Norte, y fué rechazada: en la tarde, después de algunas horas de bombardeo, se intimó rendición al fuerte, cuyos defensores contestaron estar resueltos á prolongar la resistencia. El fuego prosiguió, como he dicho, hasta el 9, sin otras tentativas de asalto.

Taylor, después de haber provisto á la seguridad del Frontón de Santa Isabel, cuya guarnición quedaba reforzada con varios cuerpos de voluntarios y uno de marinos, recogió municiones de boca y guerra y probablemente más tropas, y salió de allí para el fuerte Brown el 7 de Mayo en la tarde, aumentada su artillería con 6 obuses de á 12 y 2 piezas grandes de á 18, aunque se dice que los obuses no venían montados, sino en los carros.

Palo-Alto, teatro de la batalla, es una gran llanura á tres ó cuatro leguas de Matamoros, atravesada por el camino de esta ciudad al Frontón y por el cual tenían que regresar los norte-americanos al fuerte. Según Ripley, á las 12 del día 8 se avistaron con el ejército de Arista, hicieron alto y, después de proveerse de agua los soldados, Taylor formó su línea y

avanzó con ella, dejando su tren de carros escoltado por un escuadrón de dragones. El ala derecha de tal línea era mandada por el coronel Twiggs y constaba de los regimientos 3o., 4o. y 5o. de infantería con la batería ligera de Ringgold y las piezas de á 18 de Churchill, formaba el ala izquierda la 1a. brigada, compuesta de un batallón de artilería, el 8o. regimiento de infantería, y la batería ligerá de Duncan. La fuerza efectiva, fuera de la que había quedado con los carros, era de 2,111 hombres de fila con 10 piezas. (24) Esta línea avanzó á las dos de la tarde, yendo á la cabeza las primeras compañías de los cuerpos; y al llegar á unas 700 yardas de la lnea mexicana, nuestra artillería rompió el fuego. Taylor hizo alto y mandó avanzar sus cañones y que la gente se replegara y quedara sosteniéndolos fuera del alcance de nuestros tiros, que eran ineficaces aun contra la artillería enemiga. (25) Los fuegos de ésta destrozaban á nuestra gen-

---

(24) Las relaciones mexicanas aseguran que Taylor traía 3,000 hombres.

Arista, según estados publicados poco después, tenía en Palo-Alto 3,270 hombres, habiendo quedado frente al fuerte Brown 190, y en Matamoros 1,350, aparte de los Defensores voluntarios.

(25) Leo en la "Reseña Histórica:" "A nuestras piezas de mayor calibre se les tenía que dar elevación para que alcanzaran: y las pequeñas era una ridiculez dispararlas."

te, formada en muy extensa línea de batalla, cuyos claros eran inmediatamente llenados al toque de dianas y á los gritos de "¡viva México!" Después de una hora de cañoneo, Arista empezó á hacer maniobrar sus tropas. En el campo norte-americano formó en cuadro el 5o. de infantería contra la columna de Torrejón, que llegó á menos de tiro de fusil y le hizo algunos heridos: á otra columna nuestra que pareció querer cortar el tren de carros, hizo frente el 3o. de infantería, destacado por Twiggs; y al avanzar algún tanto nuestra artillería, se le opuso el teniente Ridgely con 2 de las piezas de Ringgold apoyadas en suficiente infantería. Cuando el incendio del pasto hizo suspender el cañoneo y Arista reformó su línea cambiando de frente á la izquierda, Taylor efectuó un cambio correspondiente, é hizo avanzar sus piezas de á 18 con el 5o. regimiento hacia la posición que la caballería de Torrejón había ocupado al principio de la batalla: las baterías de Ringgold y Duncan con la infantería respectiva avanzaron igualmente, y una hora después rompiose de nuevo el fuego con gravísimo daño de nuestra línea. Entonces fué, según Ripley, cuando Arista movió toda su ala derecha y parte de su reserva para envolver la izquierda enemiga, y destacó un cuerpo de caballería contra la derecha norte-americana, á cuyos movimentos hicieron frente la batería de Duncan, el escuadrón de Kers y el 8o. de infantería. Rechazado una y dos veces nuestro ataque, todas las piezas del enemigo juga-

ron entonces sobre la masa principal de nuestras fuerzas que mantenían su posición: la caballería mexicana retrocedió sobre la infantería, y la fuerza toda de Arista se retiró fuera del alcance de los cañones de Taylor, con excepción de algún cuerpo de caballería que avanzó á tiro de metralla de ellos, y, después de desbaratado, aún cargó en fracciones sobre el regimiento de artillería formado en cuadro para defender las piezas; constituyendo este noble esfuerzo el final de la batalla, á que puso término la noche.

Las relaciones de Ampudia, Requena, López Uraga y otros muchos jefes de cuerpos, están acordes en que oficiales y soldados, desde el principio del combate, pedían que se les hiciera avanzar sobre el enemigo, cuyos fuegos destrozaban á nuestra gente sin que ésta pudiera hacer nada de provecho; y en que Arista insistió en la conservación de la inmovilidad de su línea, no consintiendo en el ataque sino cuando no pudo ya contener á la tropa, desmoralizada en gran parte á la sazón. Todos, amigos y enemigos, convienen en que nuestro ejército del Norte dió allí brillantes muestras de su instrucción, serenidad y valor, ejecutando sus movimientos con la calma y la precisión que en una parada, y desafiando con total sangre fría una muerte casi inevitable y del todo estéril. Si con tropas tan excelentes, Arista, desde el principio de la acción, hubiera avanzado sobre las baterías enemigas que no podían causarle de más cerca mayor daño del que le causaban de

una á otra línea, y hubiera logrado tomarlas ó hacerlas retroceder, ¡cuán diferentes hubieran sido el resultado del día y el curso de la campaña toda! Por lo demás, Arista expuso allí la vida como el primero, y ni sus enemigos han podido ni querido decir lo contrario.

Taylor tuvo 11 muertos y 43 heridos, contándose entre los primeros el mayor Ringgold y el capitán Page. No sólo permaneció el ejército nuestro sobre el campo durante la noche, sino que, después de amanecer el día 9, se puso en marcha, á la vista del enemigo, sin ser molestado: quedando Ampudia allí una ó dos horas más con parte de las fuerzas para cubrir la retirada ó acabar de levantar el campo. El general en jefe enemigo formó junta de guerra para determinar si avanzaba ó no en seguimiento de Arista hácia el fuerte. La mayoría de los oficiales estuvo en contra y por permanecer á la defensiva atrincherándose en Palo-Alto; otros por retroceder al Frontón en espera de refuerzos: el teniente coronel Belknap y el capitán Duncan opinaron por el avance, y éste fué resuelto por Taylor. Dejóse el tren de carros allí con la 1a. brigada, 2 piezas de á 18 y 2 de á 12; los heridos, con una escolta de caballería, fueron enviados al Frontón; y hasta la una de la tarde se movió el grueso del ejército hácia el fuerte Brown, precedido de un cuerpo de 220 cazadores, con los capitanes MacCall y Smith. un piquete de dragones, y los "Rangers" de Walker. Esta descubierta vino por los flancos del camino, atravesando cha-

parrales, hasta entrar en un llano inmediato, al frente de la Resaca de Guerrero, en que Arista se había hecho fuerte. Un disparo de la batería nuestra avanzada, obligó á la descubierta á hacer alto en espera de la llegada de Taylor, quien mandó á Mac.Call adelantarse y reconocer la posición.

Parte de la infantería de Arista coronaba el borde septentrional de la barranca, atravesada por el camino del Frontón á Matameros á poco más de una legua de esta plaza, y que forma una curva irregular cuya parte convexa mira al Sur. Una batería de 3 piezas en dicho borde septentrional defendía el paso, sostenida por los fuegos cruzados y de flanco de otras 4 piezas situadas en uno y otro lado del camino, al Sur de la barranca, en cuya cavidad, hácia nuestra derecha, estaban resguardados los principales cuerpos de infantería: otra parte de esta arma cubría el borde meridional; y la caballería, del todo inútil, formaba á regular distancia, á retaguardia.

Los cazadores de Mac-Call y Smith se adelantaron por izquierda y derecha, haciendo retroceder á nuestra guardia avanzada hasta la orilla septentrional de la barranca. La batería de Ridgely fué establecida á la derecha del camino, á unas 300 yardas de la principal batería nuestra, con la cual cambió sus disparos, no obstante impedir el bosque las punterías. El 5o. regimiento y parte del 4o. se desplegaron en tiradores y entraron en acción por la izquierda, haciendo otro tanto el 3o. por la derecha, y sir-

viendo todos estos cuerpos de apoyo á la descubierta. La naturaleza del terreno, quebrado y cubierto de espesos matorrales y arbustos, impedía al enemigo el empleo de otros cañones que los de Ridgely, y la formación de cualquiera línea de ataque: sus batallones tuvieron que fraccionarse á lo sumo, entrando por la espesura en grupos muy pequeños de hombres y en total confusión, aunque simultáneamente y con un mismo objeto. El escuadrón de dragones del capitán May avanzó á galope, de orden de Taylor, y tomó la batería nuestra principal; pero tuvo que dejarla á nuestra infantería de la 2a. línea, que le obligó á retroceder, aunque llevándose prisonero al general D. Rómulo Díaz de la Vega. En esto, el teniente coronel Belknap entró en acción con el 8o. regimiento y parte del 5o., avanzando á paso de carga por el camino, atravesando la barranca, consumando la captura de nuestras piezas y haciendo abandonar á la gente de Arista sus posiciones. La resistencia se prolongó hasta la pérdida de la última pieza de artillería, á nuestra izquierda, entrando entonces el 4o. regimiento enemigo en el centro de nuestro campo y determinándose la derrota.

En opinión de algunos de los jefes mexicanos, el punto de la Resaca de Guerrero no se prestaba á una defensa eficaz: la artillería no podía disparar sin herir á nuestras guerrillas: muchos cuerpos de infantería permanecieron en la barranca hacia la derecha sin tomar parte en la acción: no había reservas, y nuestra izquier-

da, que fué lo verdaderamente invadido por el enemigo, carecía del resguardo y los defensores necesarios. Sobre todo, las tropas llevaban treinta horas de no tomar alimento, y se careció de dirección y de mando, porque Arista, no obstante los avisos y representaciones de Ampudia, se obstinó en creer que se trataba de simples reconocimientos y escaramuzas, y no dictó órdenes ni salió personalmente al fuego, á batirse con su acostumbrado valor, sino cuando todo estaba ya perdido. "Si el general en jefe —dice el autor de la "Reseña Histórica"—sitúa mejor sus cuerpos ó exige la cooperación de todos en la acción, se hubiera triunfado, pues la retirada solamente la causó el haber sido una vez rota la línea por el enemigo, sin que hubiera refuerzos ó reservas para rehacerse."

El escuadrón de dragones de Kers, las baterías de Duncan y Ridgely, el batallón de artillería y las compañías ligeras de Smith, fueron destacadas en persecución de los fugitivos, dispersándolos más ó menos en parte y obligándolos á atravesar el Bravo. Al llegar esas fuerzas norte-americanas á la vista de Matamoros, la artillería de la plaza les hizo fuego, al mismo tiempo que la del fuerte Brown disparaba sobre el paso del río; pero vino la noche y cesó en ambos lados el cañoneo. Las fuerzas perseguidoras reocuparon el antiguo campamento en la orilla izquierda del Bravo, y el grueso del ejército pernoctó en la Resaca de Guerrero.

La pérdida de Taylor consistió en 39 muertos inclusive 3 oficiales, y en 82 heridos, contándose

entre éstos 2 tenientes coroneles y otros 10 oficiales. Al día siguiente quemó el invasor sus muertos.

En la retirada nuestra, Canales, con sus escuadrones, pasó el río por el Tehuachal; Arista, con la caballería veterana, por Villanueva; los cuerpos que habían ocupado la derecha de la Resaca, pasaron por el Longoreño; muchos dispersos por la Anacua; Ampudia y Requena con parte del 4o. de infantería, por el Ramireño. Arista entró en Matamoros á las diez de la noche. Ampudia reunía dispersos en el fuerte Paredes. Los batallones de Puebla y Morelia que con 2 obuses habían permanecido en la Anacuita en observación del fuerte Brown, al mando del general Morlet, se retiraron también á Matamoros. Quedaron intactos estos dos cuerpos, el 1er. Activo de México, los Defensores de Matamoros, los escuadrones de Canales, la artillería de la plaza y varios piquetes, formando un total de más de 4,000 hombres. (26)

El día 10 hubo junta de guerra en que se resolvió desocupar la plaza, por haber manifestado Arista que no quedaban socorros en dinero para la tropa, ni habría víveres sino para catorce días, ni parque de cañón sino para cuatro horas de fuego, ni cartuchería de fusil sino para menos de dos millones de tiros, ni fuerza útil sino en número de 2,200 hombres, cuando se necesitarían 7,000 para la defensa. Ese mismo día se remitieron algunos auxilios á los pri-

---

(26) Según la "Relación Histórica" 5,000; según Ampudia, 3,500.

sioneros, y fueron al campo enemigo dos cirujanos para atender á los heridos, y algunos pelotones de soldados para enterrar á los muertos. El 11 se efectuó el canje de prsioneros, quedando libre el destacamento de Thornton, y quedando México á deber 22 prisioneros de la clase de tropa. Algunos jefes nuestros, heridos, vinieron juramentados de no volver á tomar las armas, y permanecieron presos el general Díaz de la Vega y los tenientes Vélez y Prada, por no haber querido juramentarse. Taylor nos remitió sin canje á los soldados nuestros heridos. Desde la noche del 11 quedaron desartilladas las trincheras de Matamoros. El 12 hubo alarma porque se dijo que el enemigo iba á pasar el río; y mientras la 2a. brigada de infantería cubría la línea, toda la 1a. brigada y la caballería salieron á situarse fuera de tiro; volviendo todos los cuerpos en la tarde á sus cuarteles.

El 17 hubo nueva junta de guerra, y opinaron en ella por la defensa de la plaza los generales Morlet, Jáuregui, García y Torrejón y el coronel López Uraga, primero que habló en tal sentido. Los generales Requena y Ampudia opinaron porque se solicitara una suspensión de armas. Acordado esto, á las once de la mañana salió Requena en comisión, y regresó á las doce con la negativa de Taylor, quien anunciaba que pasaría el río esa misma tarde. A consecuencia de ello, empezaron á salir carretas, mulas de carga y la 2a. brigada de infantería, que formó en el llano de Doña Rita, quedando en línea la 1a. Algunas piezas fueron sacadas al oscurecer, y á las nueve de la noche terminó

la desocupación de Matamoros y se emprendió definitivamente la retirada, dejando abandonados á los heridos, algún armamento de infantería, municiones y 3 cañones, dos de los cuales fueron arrojados al río y sacados poco después por el enemigo.

Desde el día 11 había vuelto Taylor al Frontón de Santa Isabel, adonde seguían llegando numerosos refuerzos de voluntarios; y de allí, para facilitar al grueso de sus tropas el paso del Bravo, despachó por tierra una expedición al rancho de la Burrita, á cinco ó seis leguas abajo de Matamoros, en combinación con alguna fuerza naval salida de Brazos de Santiago. El 14 regresó dicho general en jefe al fuerte Brown, trayendo nuevo acopio de municiones y artillería gruesa, entre ella dos morteros de sitio. Empleó los días 15, 16 y 17 en preparativos para el paso del Bravo, y en la mañana del 18 empezó su ejército á atravesarle á unas dos millas abajo de Matamoros, protegido por 3 baterías de campaña y 2 bomberos de á 18 establecidos en la orilla izquierda. La caballería y las compañías ligeras de infantería pasaron las primeras, hallaron que había sido evacuada la plaza, y ocuparon sus fortificaciones. El grueso de la gente de Taylor se volvió al fuerte de Brown, y atravesó después el río por el paso de arriba ó más inmediato á Matamoros. (27)

(27) En alguna relación contemporánea leo que en Matamoros, el mismo día de la entrada, hizo Taylor cesar en sus funciones á los em-

Antes de cerrar la parte complementaria de este capítulo, que abarca las primeras operaciones de la campaña hasta la perdida de nuestra línea del Bravo, diré que entre nuestros muertos en Palo-Alto y Resaca, se contaron los comandantes D. Antonio Rubín, D. Leonardo Picazo, D. Apolonio Barragán, D. José Dolores Ramírez, D. Manuel Arana y D. Pedro Apesteguía; los capitanes D. Guadalupe Cárdenas y D. Fernando Maruri; los tenientes D. Pedro Maturey, D. Francisco Rosas, D. Francisco Pacheco, D. Antonio Sousa y D. Anselmo Suárez; y los subtenientes D. Francisco Batalla, D. Manuel Mastareña. D. Leopoldo Mejía y D. José Martel.

Poco después de la retirada de nuestro ejército del Norte, de Matamoros hacia Monterrey, su general en jefe, Arista, fué destituido del mando y sometido á un consejo de guerra. (28)

---

pleados mexicanos; tomó noticia del estado de las rentas, se apoderó de las existencias de los estancos, y empezó á prepararse para seguir avanzando. Se agrega que recibió desde luego un refuerzo de 600 á 700 voluntarios, y que empezó á construir algunas fortificaciones provisionales entre Matamoros y la desembocadura del Bravo.

(28) Muchas, y en su mayor parte injustas y absurdas, fueron las acusaciones contra Arista, publicadas entonces por sus compañeros de armas y subalternos; y la opinión general falló que carecían de fundamento todas aquellas no

VII.

MONTERREY.

Retirada de nuestro Ejército del Norte. - Defensa y pérdida de Monterrey.—La capitulación.—Versión del enemigo.

Como se ha visto, el 18 de mayo de 1,846 ocupó Taylor á Matamoros. Las fuerzas nuestras, salidas de dicha plaza, se dividieron desde luego, tomando algunas, al mando del general Ca-

relativas á la lentitud de sus disposiciones en los primeros días del mando: á la inmovilidad de su ejército en Palo-Alto bajo el fuego de la artillería enemiga, y á la falta casi total de precauciones y dirección en la Resaca de Guerrero.

Aparte del "Manifiesto de Ampudia" que incluye comunicaciones de los principales jefes del ejército; y de la "Reseña Histórica" de los cuarenta días que ejerció el mando Arista, escrita por "un oficial de infantería" y acompañada de planos muy bien hechos de las batallas de Palo Alto y Resaca, hubo multitud de comunicados, cartas, rumores, etc., á que dieron publicidad los periódicos.

Los cargos principales contra Arista consistían: en haber suspendido, al hacerse cargo del mando, los movimientos y disposiciones de su predecesor Ampudia; en haber retirado de Pa-

nales, el rumbo de las Villas del Norte, y marchando el grueso del ejército hacia Linares, desde donde podría amparar á Monterrey ó á Ciudad Victoria. Al llegar el 19 al punto del Ebanito, se supo que 300 caballos habían salido de Matamoros en seguimiento de nuestras tropas; y más tarde se dijo que contramarcharon. (29) El 20 se acampó en la Nutria;

---

lo Alto las fuerzas de Torrejón y Canales para que protegieran el paso del Bravo por nuestra infantería; en no haber atacado la retaguardia de Taylor en su marcha al Frontón de Santa Isabel; en no haber cargado oportunamente sobre el enemigo el 8 de mayo en Palo Alto; en haber hecho descargar mulas y desenganchar tiros en la Resaca; en haber colocado allí indebidamente las tropas y en no haber empleado esfuerzo alguna para impedir la derrota; finalmente, en haber abandonado á Matamoros cuando tenía elementos sobrados para defender dicha plaza. A todos estos cargos solían agregarse los de que vendía ganados y víveres de sus haciendas al enemigo, hacía construir cartuchos sin bala para las tropas, y otros no menos absurdos y que después vimos reproducidos contra Santa Anna. D. Carlos Bustamante dió publicidad á muchas de tales especies en un "Boletín de Noticias" que redactaba á la sazón en México.

(29) Spencer dice que se persiguió á Arista hasta unas 60 millas de Matamoros. Agrega que el jefe mexicano había sacado de la plaza 11 piezas de artillería.

el 22 en el llano de la Esperanza; el 23 en la Gruñidora; el 24 en el aguaje de Todos Santos, y el 25 en la hacienda de la Vaquería: el 26 acamparon la caballería en la hacienda de la Trinidad, y la infantería en el rancho de Pomona: el 27 se llegó á la hacienda de Guadalupe, y el 28 á Linares, donde falleció momentos después el general García. El 3 de Junio llegó de México á dicho punto la orden de destitución del general Arista—error grave y de funestísimas consecuencias—y se encargó del mando el general D. Francisco Mejía. A principios de julio se supo en Linares que el enemigo se disponía á avanzar. (30)

---

(30) El ejército nuestro, salido de Matamoros, tuvo al día siguiente una baja de más de 1,000 hombresí habiéndose disuelto ó desbandado en gran parte las fuerzas de Canales y las presidiales. La retirada fué desastrosa: la infantería tuvo que venir tirando de piezas de artillería y carros: la caballería quedó casi en su totalidad sin caballos; hubo que inutilizar y enterrar algún parque, y la tropa toda padeció mucho por la falta de agua y de víveres: las mujeres, los asistentes y los oficiales venían á vanguardia, apoderándose de cuanto había que comer, y que algunos revendían después á la tropa á precios altísimos. Los generales García y Torrejón venían enfermos, y la división dejaba el camino sembrado de hombres y animales muertos, enfermos y rezagados.

Antes de llegar á la Vaquería, el general Mor-

Desde antes de entregar el mando, Arista, previendo la dirección que tomaría Taylor, había destacado para Monterrey la sección de Ingenieros á las órdenes del teniente coronel Zuloaga, y el batallón de Zapadores á las del teniente coronel D. Mariano Reyes, á fin de que hicieran algunas obras de fortificación. El 9 de julio, á las órdenes del general D. Tomás Requena, por enfermedad de Mejía, salió de Linares, en número de 1.800 hombres, el ejército; dirigiéndose á Monterrey con el expresado Requena, el primer regimiento, 2o. Ligero, 4o. y 10o. de Línea, dos compañías del 6o., cuerpos activos de México y Morelia, 7o., 8o. y Ligero de caballería, y 13 piezas de artillería; y, tomando en aquellos días el rumbo de Tampico para reforzar esta plaza, el ge-

---

let se hizo cargo del mando de las dos brigadas de infantería. La carencia de víveres cesó desde Pomona, El 29 de Mayo fué reducida en Linares la oficialidad en proporción de la tropa: ésta contaba 2,638 hombres á su llegada á dicho punto: disminuyéronse las compañías de los cuerpos con arreglo á la fuerza que á cada uno quedaba, y los oficiales sobrantes y algunos jefes fueron despachados á San Luis Potosí, y los reclutas, con algunos otros oficiales, á Monterrey. Dióse paga de marcha á todos, y la tropa volvió á recibir socorro, que no tenía desde Matamoros.

Arista entregó el mando del ejército el 4 de Junio, en Linares.

neral Morlet con el batallón activo de Puebla y el batallón y compañía Guarda-Costa de Tampico. Las fuerzas encaminadas á Monterrey pasaron por el rancho del Encadenado, Monte-Morelos, hacienda de la Concepción y Cadereyta Jiménez, donde se detuvieron del 12 al 21 de Julio, incorporándoseles allí el general en jefe Mejía y transladándolas á Monterrey.

Las fortificaciones de esta plaza iban á consistir principalmente en un reducto bastionado que encerraba el edificio de la Catedral nueva, otro reducto levantado en la Tenería, afuera de la ciudad, en la orilla izquierda del río, y alguna obra análoga en el pico más bajo del cerro del Obispado. El atrincheramiento de la parte oriental de la ciudad, en la margen del río, estaba encomendado al coronel Carrasco. El plan de Mejía, obedeciendo probablemente órdenes de México, y en atención, por otra parte, á lo exiguo de sus fuerzas, era puramente defensivo; pero, aun bajo tal respecto, algunos oficiales inteligentes calificaron de desacertada la elección de punto: y, en opinión suya, situada como lo está la capital de Nuevo León en un valle entre lomas y cerros, para ser defendible habría exigido una línea de fortificaciones mucho más extensa que la trazada. Agregaré aquí que el gobernador del Estado, D. Francisco Morales, no omitió esfuerzos para engrosar la guarnición y proporcionarle recursos.

Así las cosas, tuvo lugar en México el pronunciamiento de 4 de Agosto (1,849) que derri-

ló á Paredes y dió por resultado la nueva adopción del sistema federal y la vuelta de Santa Anna al país y al poder. Uno de los primeros efectos del cambio político, fué el nombramiento de Ampudia para el mando del ejército del Norte. El expresado jefe se transladó á Monterrey con fuerzas de San Luis Potosí, que hicieron ascender á 5,000 hombres con 32 cañones las destinadas á la defensa; y dispuso que los ingenieros Reyes y Robles perfeccionaran las obras de fortificación, y que se reconociera el camino hasta el rancho de Papagayos. Desde antes de esto habían sido apostados, en las lomas de Alacranes, los Auxiliares de Nuevo León; una brigada de infantería, á las órdenes del coronel López Uraga, en Cadereyta, y los regimientos de caballería de Guanajuato y Lanceros de Jalisco, y el general Romero con el cuerpo de su mando, en Marín, en expectativa del enemigo. Además de todos los cuerpos ya citados, había en Monterrey y sus inmediaciones los de infantería 3o. y 4o. Ligeros, 3o. de Línea y Activos de Aguascalientes, Querétaro y San Luis; y los de caballería 3o. regimiento, Guanajuato, San Luis y Jalisco.

El nuevo general en jefe quiso tomar la ofensiva, avanzando hasta Marín al frente del grueso de las fuerzas; pero, en junta de jefes y oficiales que convocó para consultar su determinación, se logró hacerle desistir de ella, y se acordó la prosecución de las fortificaciones de la ciudad en la primera línea, y que fueran comenzadas las de la segunda ó interiores. Y,

aunque siempre salió el general en jefe el 11 de Septiembre para Marín, fué solamente á practicar reconocimientos y dejar allí instrucciones á Torrejón; hecho lo cual, regresó el 12, replegándose á poco á Monterrey Uraga con su brigada y las demás fuerzas apostadas en los Alacranes y Marín, en observación del enemigo. Este, según Spencer, desde fines de Julio había ocupado á Reynosa, Camargo y Mier; el 8 de Agosto estableció su cuartel general en Camargo, y once días después se puso en marcha, llegando el 13 de Septiembre á Papagayos, donde se avistó por primera vez con avanzadas de los defensores de Monterrey; se concentró cerca del río de San Juan el 15, á veinticinco millas de la plaza, y el 18 se presentó ante ella. Según la versión mexicana ("Apuntes para la Historia de la Guerra"), el enemigo salió de Cerralvo el 14, y, tiroteándose con nuestras avanzadas que se replegaban, pasó por Alacranes y Marín, acampando posteriormente en Aguafría; llegó el 18 á San Francisco, y el 19 se presentó delante de Monterrey. (31)

En junta de guerra habida el 13 en esta plaza, se dispuso abandonar las obras de fortificación entre la Ciudadela y el cerro del Obispado, prosiguiendo las de estos dos puntos y de la Tenería, así como el atrincheramiento

---

(31) Este día llegó allí una remesa de 28,000 pesos y víveres, procedentes de México y del Saltillo.

interior. Posteriormente fué de nuevo modificado el sistema de defensa, mandándose destruir el reducto de la Tenería, que el capitán D. Luis Robles tuvo que reparar con toda actividad en la noche del 19. Estas órdenes y contraórdenes acusan la falta de un plan bien meditado y resueltamente adoptado que, efectivamente, se echa de menos en la defensa de Monterrey, desgraciada en su resultado, por admirables que hayan sido algunos de sus episodios.

Al presentarse el enemigo ante la plaza, se habían concentrado ya en ella nuestras avanzadas, inclusive la caballería de Torrejón, mandada situar en la falda del cerro del Obispado. Las columnas norte-americanas avanzaron hasta cerca de la Ciudadela sin responder á sus cañonazos, practicaron algún reconocimiento, y se retiraron al bosque de Santo Domingo, á una legua al Norte de la ciudad, estableciendo allí su cuartel general, y ocupando el 20 el pueblo de Guadalupe, sobre el camino de Cadereyta. En la tarde, la columna del general Worth se movió á cortarnos el camino del Saltillo, y una fuerza de caballería nuestra salió de la plaza y se situó en el Jagüey para impedírselo. El 21 se batieron entrambas fuerzas, retirándose la nuestra á Monterrey después de una brillante carga dada por el comandante del regimiento de Guanajuato. D. Mariano Morett. Dueño del camino del Saltillo el enemigo, obligó á un destacamento nuestro á retirarse de las lomas fren-

te al Obispado, quitándole 2 piezas de artillería y ocupando el fortín de la Federación, punto avanzado de la parte occidental de la plaza. Lo más recio de la lucha en ella, el mismo día 21, se empeñó al Sureste, en la línea defendida por el general Mejía, y principalmente en el reducto de la Tenería, que se perdió no obstante el auxilio del tercer Ligero; retirándose los defensores al Rincón del Diablo, á tiro de fusil del primer punto, y situándose Mejía en el puente de la Purísima, donde prosiguió la refriega, que presenciaba Taylor. Unos 300 hombres de Aguascalientes y Querétaro, al mando del teniente coronel Ferro y del comandante de batallón D. José María Herrera, y alguna artillería, dirigida por el oficial D. Patricio Gutiérrez, rechazaron allí á los norte-americanos que, bajo las lanzas del 3o. de caballería conducido por el general García Conde, se retiraron al bosque de Santo Domingo, dejando en la Tenería un pequeño destacamento y algunas piezas. (32)

Continuaron los trabajos de fortificación, y por un momento se creyó que podíamos tomar la ofensiva, y salió el general Romero con una

---

(32) La relación mexicana dice que el enemigo perdió en este combate cerca de 1,000 hombres, lo cual, indudablemente, es exagerado. Se agrega que, habiendo escaseado las municiones en lo más recio de la lucha, gritó el general Mejía: "No hace falta el parque mientras hay bayonetas."

brigada de caballería á hostilizar al enemigo. Pero éste, en la madrugada del 22, se apoderó del pico occidental y más alto del cerro del Obispado, sorprendiendo á 60 hombres que lo defendían; subió á él cañones, y desde allí y desde el fortín de la Federación rompió sus fuegos sobre el punto del Obispado, defendido por el teniente coronel Berra con 200 hombres y 3 piezas, y que se perdió esa misma tarde, por falta de refuerzos suficientes y oportunos, según se dijo; viniendo con ello á completarse la incomunicación de la plaza con el Saltillo. Concentráronse las tropas en la línea interior de fortificaciones, desamparando todos los puntos avanzados al Norte y Oeste y conservando solamente algunos del lado Sur, á la orilla del río, por su relativa proximidad á la plaza principal. En las avenidas del cerro del Obispado quedé una fuerza de 150 hombres, y otra de 500 en la Ciudadela, á las órdenes de Uraga. La concentración tuvo lugar á las on ce de la noche del 22.

Temprano se supo, el 23, que las fuerzas enemigas, situadas en el cerro del Obispado, habían sido reforzadas con infantería y artillería, y ocupado la Quinta de Arista, el Camposanto y otras posiciones contiguas. Se cañoneaba á la ciudad desde la Tenería y las lomas del Oeste, y á las diez de la mañana Taylor quedaba ya en posesión de todos los puestos abandonados por la guarnición la noche anterior. A las once embistió aquel por el lado del Oriente: la resistencia fué heroica, y se ci

ta el caso de una joven (doña Josefa Zozaya) que se presentó serenamente en alguno de los puntos atacados, animando y municionando á la tropa. A las cuatro de la tarde una gruesa columna de infantería, con artillería, descendió del cerro del Obispado; se dividió y tomó los dos caminos que conducen á la ciudad; horadó las casas y pentró en los atrincheramientos de la segunda línea, batiéndose de edificio á edificio con los defensores. Cesó el combate en la noche, y el enemigo arrojaba algunas bombas desde la plazuela de la Carne.

A las tres de la madrugada del 24, el coronel D. Francisco R. Moreno fué enviado, en calidad de parlamentario, al campo enemigo. Taylor suspendió las hostilidades y exigía que la guarnición se juramentara antes de evacuar la plaza; que dejara en ella sus armas, y que solamente los oficiales sacaran sus espadas. Se debe á Ampudia la justicia de consignar que, si había cometido errores en la defensa, en estos momentos supo estar á la altura de su posición y de la honra nacional, indignándose ante las exigencias del enemigo y declarando que, antes de acceder á ellas, perecería bajo los escombros de la ciudad. El general Worth, que había venido á nuestras líneas, propuso entonces que el mismo Taylor discutiera las condiciones de la capitulación, y á poco quedó acordada, fungiendo de comisionados mexicanos los generales Requena y García Conde y el gobernador D. Manuel María del Llano, y representando al invasor el cita-

do general Worth, el mayor general de los voluntarios de Texas, Pinkney Henderson, y el coronel de rifleros del Mississippi, Jefferson Davis. (33) Lo sustancial de la capitulación se redujo á que la guarnición se retiraría con armas y equipajes, una parada de cartuchos por plaza y una batería de 6 piezas municionadas con 24 tiros cada una; dejando el resto del material de guerra y comprometiéndose el invasor, por su parte, á no avanzar de la línea de los Muertos, Linares y Victoria durante siete semanas, que se invertirían en diligenciar la paz. (34) La crítica de que fué objeto la ca-

(33) El mismo que años después ha fungido de presidente de la Confederación del Sur.

(34) "Apuntes para la Historia de la Guerra." Robinson dice: "El art. 6o. previno que las tropas de los Estados Unidos no avanzarían de la línea detallada en el art. 3o. (Paso de la Rinconada, Linares y San Fernando de Parras) antes de la expiración de ocho semanas, ó hasta recibirse órdenes ó instrucciones de los gobiernos respectivos."

De la obra de Spencer y, relativamente á la defensa y capitulación de la plaza, extractamos lo siguiente, que abraza no pocas inexactitudes:

"En Monterrey, ciudad situada en la falda de la Sierra Madre, cerca del riachuelo de San Juan, y rodeada de un fértil valle, estaba Ampudia con más de 10,000 hombres, de ellos, 7,000 de tropa veterana, Taylor empezó por

pitulación en los Estados Unidos, y su reprobación más ó menos ostensible, pero indudable, de parte del gobierno de Polk, hablan al-

---

reconocer las fortificaciones, y encargó á Worth que cortara las comunicaciones de la plaza con el Saltillo y el interior. Worth se situó el 20 junto á una larga cadena de montañas, frente á una colina fortificada, la loma de la Independencia, al Norte del río, cerca de la loma de la Federación; é intentó un ataque á la parte oriental de la ciudad, tomando el fuerte de la Tenería. El ataque siguió los días 21, 22 y 23, y el 24 capituló la guarnición. La acción del 21 había comenzado con una carga de caballería á la extremidad de la ciudad, cerca del camino del Saltillo, y, cortadas las comunicaciones de Monterrey con el interior, los norte-americanos se apoderaron á viva fuerza de la loma de la Federación y luego de la loma de la Independencia, llave de la ciudad. Ampudia trató de recobrar esta última altura, pero fué rechazado. Los sitiadores avanzaron, horadando las casas, hasta llegar cerca de la plaza. En la mañana del 24 propusieron los sitiados capitular, y se permitió á Ampudia evacuar la ciudad y que la tropa llevara sus armas, sin más tren de campaña que una batería de 6 piezas y sus municiones necesarias. El 28 la ciudad y la Ciudadela, con 40 piezas y muchos pertrechos, quedaron en poder de Taylor. Tuvo éste 129 muertos y 368 heridos, y los mexicanos tuvieron 500 bajas."

to en favor de las honoríficas condiciones obtenidas por el general Ampudia. (35)

El 25, á las once de la mañana, evacuaron nuestras tropas la Ciudadela, en presencia de la columna del coronel Smith, que ocupó dicho fuerte, y se retiraron á la parte oriental de la ciudad. El 26 salieron para el Saltillo la 1a. brigada y dos cuerpos de caballería con el general en jefe, y el resto de la guarnición se puso en marcha el 27, emigrando gran parte del vecindario. Posteriormente el gobierno mexicano dispuso que las expresadas fuerzas se transladaran del Saltillo á San Luis Potosí, á formar la base del ejército que, pocos meses más tarde, lidió en la Angostura.

* * *

La primera noticia de que la plaza de Monterrey se perdía, fué enviada á San Luis por el general D. Rafael Vázquez, el 23 de Septiembre, desde Campo de los Muertos, en comunicación que decía:

"La noche del 20 del corriente tuve orden del general en jefe para salir de Monterrey á tomar la retaguardia del campo situado en Noyalar, frente á la hacienda de la Tenería: y habiéndolo verificado, situándome en el punto

(35) La defensa mereció elogios al vencedor, distinguiéndose en ella, entre otros jefes y oficiales, el general Mejía y el capitán D. Luis Robles.

to llamado "Topo chiquito," ví desde una altura que el enemigo se posesionó de la fortaleza del Obispado Viejo que domina precisamente la plaza, por cuyo motivo la creo perdida indudablemente, y lo comunico á V. S. para ponerlo en conocimiento del Supremo Gobierno, etc.; asegurándole que, después de una heroica defensa de dos días de fuego, salí con una fuerza de 600 caballos con que me encuentro en este rumbo, para que, si desgraciadamente se pierde la plaza, emprenda mi marcha para esa ciudad, porque me encuentro sin recursos á consecuencia de haber quedado dentro de la ciudad las cajas de los cuerpos y equipos de jefes y oficiales."

Ampudia dijo en su parte oficial, fechado el 25 de septiembre en Monterrey:

"Después de una defensa brillante en que el enemigo fué rechazado con pérdida de 1,500 hombres de varios puestos, logró posesionarse de los puntos dominantes del Obispado y otro al Sur de él, como asímismo de un baluarte destacado que se llama la Tenería, y llevando sus ataques por entre las casas que horadó con dirección al centro de la ciudad, consiguió situarse á medio tiro de fusil de la plaza principal, en cuya última línea estaban nuestras tropas, que recibían el daño de sus proyectiles huecos. En estas circunstancias fuí invitado por varios jefes para tratar de un acomodamiento que economizase pérdidas, pues de abrirse paso á la bayoneta hallándonos cercados nosotros de enimgos atrincherados, era con-

siguiente se dispersase la tropa y nada quedase del material.

"Pesadas por mí estas consideraciones, también tuve presente lo que padecía la ciudad con los ataques comenzados y los que se emprendiesen horadando casas, no menos que con el estrago de las bombas, la escasez que comenzaba á sentirse de parque, los víveres perdidos conforme se adelantaban las líneas del enemigo hácia el centro, lo distante de los recursos y, por último, que la prolongación por dos ó tres días, si acaso era posible, de tal estado de cosas, no podía producir un triunfo, consentí en abrir proposiciones que dieran por resultado el convenio de capitulación adjunto.

"Por él verá V. E. salvado el honor nacional y el del ejército, llamando la atención á que si no se concedía tanto como tal vez se esperaba, eso mismo confirma la superioridad del enemigo, no por su valor, que fué domado en la mayor parte de los combates, sino por su posición adentro de las manzanas de mampostería, horadadas, que circundaban la plaza é impedían los auxilios de víveres, leña y demás necesarios para la subsistencia. Con el mayor sentimiento se retira el ejército de esta capital, abundantemente regada con su sangre, dejando bajo la garantía de las ofertas de los generales americanos, los heridos de gravedad y la "suerte" del vecindario del Estado, cuyas autoridades "políticas" continuarán en el ejercicio de sus funciones.

"Mañana continúo mi movimiento al Salti-

llo, donde espero las órdenes del supremo gobierno."

He aquí el texto de la capitulación:

"Art. 1o. Como legítimo resultado de las operaciones sobre este lugar y la posición presente de los ejércitos beligerantes, se ha convenido que la ciudad, las fortificaciones, las fuerzas de artillería, las municiones de guerra y toda cualquiera propiedad pública, con las excepciones abajo estipuladas, serán entregadas al general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, que se halla al presente en Monterrey.

2o. A las fuerzas mexicanas les será permitido retener las armas siguientes: los oficiales sus espadas, la infantería sus armas y equipo, la caballería sus armas y equipo, la artillería una batería de campaña que no exceda de 6 piezas con 21 tiros.

3o. Las fuerzas mexicanas se retirarán dentro de 7 días contados desde esta fecha, más allá de la línea formada, Paso de la Rinconada. la ciudad de Linares y San Fernando de Presas.

4o. La Catedral nueva, nombrada Ciudadela de Monterrey, será evacuada por los mexicanos y ocupada por las fuerzas americanas, mañana á las 10 de ella.

5o. Con objeto de evitar encuentros desagradables y por conveniencia mutua, las tropas americanas no ocuparán la ciudad hasta la evacuación de ella de las fuerzas mexicanas, exceptuándose para ello las casas necesarias para hospital y almacenes.

6o. Las fuerzas de los Estados Unidos no avanzarán más allá de la línea especificada en el 2o. artículo, antes de ocho semanas ó el tiempo que se juzgue necesario para recibir las órdenes é instrucciones de los gobiernos respectivos.

7o. La propiedad del gobierno general será entregada y recibida por oficiales nombrados por los generales en jefe de ambos ejércitos.

8o. Cualquiera duda que ocurra sobre la inteligencia de los precedentes artículos, se resolverá de la manera más equitativa, y sobre principios de liberalidad para el ejército que se retira.

9o. y último. Se hará un saludo por la misma batería de la Catedral nueva nombrada Ciudadela, al tiempo de bajar la bandera mexicana."

Para terminar con las noticias de la versión mexicana respecto de la defensa de Monterrey, agregaré que se contaron entre nuestros muertos el teniente coronel D. Juan N. Nájera, los capitanes D. Ignacio Gutiérrez, D. Gervasio Cárdenas, D. Juan Servín, D. Gerónimo L. de Guevara y D. Epitacio González Angulo; los tenientes D. Miguel Mota Velasco, D. J. M. Bonilla, D. Ramón Gutiérrez, D. Rodrigo del Prago, D. Jesús González, D. Nicolás Solache y D. Ignacio Zorrilla; y el subteniente D. Leonides Landero.

Según la versión norte-americana, Taylor, después de procurar el aumento de los vapores necesarios al servicio militar en el Bravo, de enviar dos cuerpos á Reynosa y Camargo á establecer depósitos, y de seguir recibiendo refuerzos de voluntarios y municiones, concentró, el 24 de Julio, la división de Worth en Camargo, adonde trasladó su cuartel general, saliendo de Matamoros el 4 de Agosto y llegando el 8 á la expresada villa. En ella se reunieron las demás fuerzas enemigas, no sin haber dejado guarnición en las principales localidades sobre el Bravo; y se organizó la expedición sobre Monterrey.

Las tropas regulares ó veteranas formaron dos divisiones al mando de los generales Twiggs y Worth. De las tropas voluntarias, á causa de la escasez de medios de trasporte, sólo se formó una división compuesta de cuatro regimientos y cuyo mando fué dado al general Butler. (36) Las tropas empezaron á moverse de Camargo el 19 de Agosto, escogiéndose el camino de Cerralvo con preferencia al de China, y habían llegado en su totalidad á la primera de estas localidades para el 13 de Septiembre. Salieron de Cerralvo este día la división de Twiggs, y el 14 y 15 las de Worth

(36) No bajaban de 6,000 los voluntarios que quedaron en Camargo y demás localidades de la orilla del Bravo.

y de Butler. Dos regimientos de caballería de Texas habían avanzado de Camargo por el camino de China para venir á reunirse, en Marín, al ejército.

En la noche del 15, la división de Twiggs, después de haber pasado por Marín, acampó á orillas del río de San Juan, á unas veinticuatro millas al Noreste de Monterrey. Toda la fuerza de Taylor quedó concentrada allí el 17, y avanzó, unida, en la mañana del 18, sobre la expresada plaza, en número de 425 oficiales y 6.220 soldados. Un escuadrón de Regulares y dos regimientos de Voluntarios formaban la caballería: componíase la infantería de las tres divisiones de Twiggs, Worth y Butler; y la artillería constaba de cuatro baterías ligeras de á 3 piezas de á 6 y 1 de á 12; de una batería de 2 piezas de á 24, y de un mortero de 10 pulgadas; 19 piezas en junto.

En la mañana del 19 de Septiembre, Taylor con su guardia avanzada llegó á mil quinientas yardas de la Ciudadela de Monterrey, y á los disparos de ésta, retrocedió hasta el bosque de Santo Domingo, donde habían hecho alto sus tropas, y quedó el cuartel general establecido: hallándose dicho bosque á tres millas al Noreste de la ciudad.

Hállase ésta en un valle que la Sierra Madre limita por el Sur, el Poniente y parte del Norte, y que atraviesan el camino procedente de las Villas del Bravo para el Saltillo, San Luis y demás puntos del interior, y el riachuelo de San Juan de Monterrey, que corre de Sureste

á Noroeste, y á lo largo de cuya márgen septentrional se extiende el caserío. Sus fortificaciones principales eran: la Nueva Catedral ó Ciudadela, hácia el Norte, cerca del doble vértice de los caminos procedentes de Marín, Pesquería Grande y Monclova; queda á mil yardas del caserío; estaba artillada con 10 piezas desde el calibre de á 4 hasta el de 18; y tenía parapetos para la infantería y un foso seco de tres varas de anchura: al Noroeste, los reductos del Obispado y del Soldado; el primero en el declive de la loma de la Independencia, con parapetos y un bonete con plataformas para 4 piezas á barbeta; y el segundo, más al Sur, en alguna de las eminencias casi contiguas á la loma de la Federación; en trincheras que al Suroeste defendían, en su mayor parte, desde las calles, los pasos del río; y al Sureste en un sistema de medias lunas, cuyos principales reductos eran el de la Tenería con 5 piezas, el del Diablo con 3 piezas, y una tercera fortificación más próxima al río, con 4 piezas. Desde el fuerte más meridional se extendía una línea de trincheras ó parapetos á lo largo de la orilla del río hasta tocar en el puente de la Purísima, que era otro de los puntos más fortificados. El reducto de la Tenería dominaba los caminos de Marín y Cadereyta. Entre las lomas de la Independencia y de la Federación pasa el camino principal para el Saltillo, bifurcado á la salida de Monterrey en un ramal que se aleja al Sur de la loma de la Fe-

deración. Además de los mencionados reductos, en el interior de la ciudad estaba fortificado el Camposanto; en la plaza de la Capilla; y en casi todas las calles de Oriente á Poniente había trincheras; y en las azoteas de las casas, parapetos dominando el paso de las mismas calles y los vados del río de San Juan y del riachuelo que corre interiormente. En los diversos puntos militares de Monterrey había 42 cañones de diferentes calibres.

De los reconocimientos que Taylor hizo practicar el 19 en la tarde, dedujo que la loma de la Independencia, paralela á la loma de la Federación, y en que estaba el fuerte del Obispado, podía considerarse como llave de la ciudad y de sus principales obras defensivas, si era dable apoderarse de dicha primera loma atacándola desde alguna otra altura. Este ataque y la ocupación del camino hácia el Saltillo, para impedir la entrada de refuerzos y víveres y cortar la retirada á la guarnición, constituyeron la parte esencial del plan de Taylor, trazado en la mañana del 20 de Septiembre, y á cuya ejecución se procedió desde luego. Para relatarla con alguna claridad, agruparé los sucesos por sus fechas.

Día 20. Las divisiones de Twiggs y Butler permanecieron acampadas la mayor parte de este día en el bosque de Santo Domingo.

Worth y su división, reforzada con el regimiento texano de caballería del coronel Hays, salieron de dicho bosque á las dos de la tarde; atravesaron las sementeras al Norte de la pla-

za, é hicieron alto en Pesquería Grande. De aquí se adelantó Worth con parte de la caballería texana á reconocer las lomas de la Independencia y de la Federación, recibiendo vivo tiroteo de la infantería nuestra que bajó de tales alturas al observar sus movimientos; y teniendo que replegarse el jefe enemigo hácia el grueso de su división, que hizo avanzar y acampar más cerca de las lomas, y que estuvo siendo tiroteada en la noche, no obstante lo oscuro y lluvioso de ella.

Durante el reconocimiento de Worth, Ampudia reforzó los puntos occidentales de la ciudad y envió tropas de refuerzo á las lomas. Taylor, por su parte, para distraer la atención de la plaza é impedir la aglomeración de sus fuerzas sobre Worth, hizo desplegar al Norte las divisiones de Twiggs y de Butler mientras duró la luz. Worth comunicó al cuartel general el resultado de sus exploraciones, su intento de seguir avanzando en la dirección que le había sido señalada, y la probabilidad de hallar formal resistencia: indicando lo conveniente que sería llamar la atención de nuestras fuerzas con algún ataque simulado al Oriente de Monterrey. Taylor adoptó esta idea, y para cooperar á realizarla, fueron avanzados y colocados en la noche, á la derecha del camino del Norte y á mil doscientas yardas de la Ciudadela, los 2 bomberos de á 24 y el mortero.

Día 21. En la mañana fueron destacados, á reforzar á Worth, el teniente coronel May

con un cuerpo del 2o. de Dragones, y el gobernador Henderson con un cuerpo de texanos del Oeste. Ambos cuerpos hallaron dificultades en su marcha y regresaron al cuartel general. Para efectuar el simulacro de ataque del lado oriental, la división de Twiggs, á las órdenes del teniente coronel Garland, dejando algunas compañías de guardia en el campamento de Santo Domingo, avanzó hasta la batería de sitio establecida la noche anterior y que el 4o. de infantería quedó sosteniendo. El resto de la división de Twiggs, ó sean los regimientos 1o. y 3o. de infantería, un batallón de Maryland, los Voluntarios de Columbia y la batería de campaña de Bragg, se adelantaron hácia la parte más baja de la ciudad, con la mira de hacer la demostración proyectada y de tomar alguno de los reductos, si era posible. Al alejarse estas tropas de la batería de sitio, dió principio á sus fuegos contra la Ciudadela, sin resultado alguno, por no alcanzarla los bomberos y porque el mortero, careciendo de plataforma, se enterró á los primeros tiros.

Cuando se adelantó á la batería la columna de Garland, el mayor Mansfield y otros ingenieros, sostenidos por dos compañías de infantería, avanzaron con la mira de buscar y señalar puntos de ataque, y á poco enviaron aviso á Garland—detenido en este momento con su tropa fuera del alcance de nuestras piezas—de que podía continuar su marcha. Garland y su gente siguieron el camino que ha-

bían traído los ingenieros, y al presentar su flanco derecho á la Ciudadela y su flanco izquierdo y su frente á la Tenería, ambos fuertes les rompieron un fuego vivísimo de cañón. En algún desorden y confusión prosiguió la columna el avance hasta las pocas casas de la extremidad de un suburbio, creyendo que el reducto de la Tenería podía ser envuelto y tomado por retaguardia. La expresada media luna y la Ciudadela continuaban cañoneando al enemigo, y cuando éste se acercó al río por el suburbio, los casi ocultos parapetos de la orilla meridional le recibieron con fuego terrible de fusilería que aumentó su confusión. Ni oficiales ni soldados sabían dónde estaban. Mansfield, que había guiado el asalto, aunque herido ya, señalaba puntos, y oficiales y tropa se dirigían con él hacia ellos; pero desde las huertas, las azoteas de las casas inmediatas y los parapetos, contrarios invisibles acribillaban de frente á las tropas con fuego de fusilería, mientras el cañón de la Tenería y de la Ciudadela destrozaban sus flancos. Las tentativas contra cualquier punto que parecía posible tomar, sólo causaban mayor estrago y mortandad; y después de haber perecido multitud de oficiales y soldados, perplejas las tropas norteamericanas, y sin saber todavía dónde se hallaban, hicieron alto y acabaron por ir á refugiarse á una calle inmediata. Aunque la masa principal de ellas se mantuvo firme durante las tentativas de asalto, la mayor parte del batallón de Maryland y de los Voluntarios de Co-

lumbia habían abandonado sus banderas y huido hasta ponerse fuera de tiro. El teniente coronel Watson, 3 oficiales y unos 70 soldados permanecieron sosteniendo el honor del cuerpo, y el primero de ellos cayó mortalmente herido. La batería de Bragg había sido traída hasta el arrabal, é hizo unas cuantas descargas que resultaron ineficaces: su gente y sus caballos caían bajo el fuego de fusilería de los parapetos y de cañón de la Tenería. Al fin, se ordenó que toda la fuerza retrocediera á ponerse fuera de alcance, y este movimiento causó nuevas pérdidas, pues un cuerpo nuestro de lanceros, atravesando sementeras, vino á dar sobre dos compañías de las de Garland que se habían adelantado, les mató 2 oficiales y muchos soldados, é hizo huir al resto en confusión hácia el grueso de la columna.

En la confusión de los asaltos, dos compañías del 1o. de infantería con los capitanes Backus y Lamotte, habían avanzado á su izquierda y ocupado una curtiduría que los abrigaba contra el fuego de la plaza, y en cuyo patio vieron un cobertizo que iba á dar á la gola del reducto de la Tenería. Una fábrica de aguardiente en las inmediaciones había sido atrincherada con sacos de tierra y estaba guarnecida de tropas que empezaron á disparar sobre las compañías norte-americanas. Lamotte había caído herido, y como era imposible retirarse de allí con alguna seguridad mientras los contrarios ocuparan la fábrica, se procuró primeramente desalojarlos de ella. Habíase lo-

grado que abandonaran la azotea, y Backus estaba á punto de reiterarse para reunirse al grueso de su división, cuando la llegada de nuevas fuerzas de Taylor y la renovación por ellas del ataque á la Tenería, decidieron al expresado Backus á conservar su posición y á utilizarla, como luego veremos.

Sabedor Taylor de lo comprometida que estaba la columna de Garland, despachó á reforzarla el 4o. regimiento de infantería y el 3o. de la división de Butler, que había sido traída del bosque de Santo Domingo á la batería gruesa, y ésta siguió apoyada solamente por el 1o. regimiento de Kentucky. Tres compañías del 4o., al recibir la orden de avance, se adelantaron rápida é inconsideradamente hácia la Tenería, disparando sus fusiles contra el reducto, y éste les contestó con sus cañones, matándoles á la primera descarga una tercera parte de sus oficiales y soldados, y dispersando y poniendo en fuga á los demás.

El general Butler, entretanto, había mandado á la brigada de Quitman avanzar con el regimiento de Ohio en dirección del conflicto. El mismo Butler descendió con estas fuerzas recibiendo el terrible fuego de flanco de la Ciudadela; siguió el camino de la columna de Garland, entró en el arrabal, y por Mansfield supo el mal resultado del ataque. Taylor había llegado allí, á su turno, y al comprender el estado de las cosas, dispuso la inmediata retirada de todas las fuerzas hacia el cuartel general: retirada á que se iba á dar principio cuan

do una pura casualidad, felicísima para el invasor, cambió la situación respectiva de los contendientes y convirtió en triunfo la derrota de casi todas las tropas de Taylor.

Momentos después del descalabro de las dos compañías avanzadas del 4o. de infantería, el grueso de la brigada Quitman, acosada también por el fuego de la Ciudadela, se acercaba á la Tenería, á tiempo que el capitán Backus, ocupando la parte superior del cobertizo que del patio de la curtiduría iba á dar á la gola de aquel reducto, empezó á tirotear por la espalda á sus defensores. Viéndose con enemigo á vanguardia y á retaguardia, evacuaron el punto en momentos en que los Voluntarios, recorriendo á carrera abierta una distancia de cien yardas, salvaban la trinchera y ocupaban la media luna, en que había 5 piezas con municiones suficientes. De allí se dirigieron sin demora á la fábrica de aguardiente, de que también se posesionaron haciendo 30 prisioneros.

Luego que circuló la noticia de estas ventajas, se desistió de la retirada, y algunas compañías de los diversos regimientos, y las baterías de Bragg y Ridgely se reunieron en torno de la Tenería, que Taylor determinó conservar y utilizar para el paso de sus fuerzas hácia el interior de la ciudad. Butler trató, desde luego, de asaltar con el regimiento de Ohio el reducto del Diablo: pero lo halló perfectamente defendido y tuvo que retirarse, herido él mismo y muertos ó heridos muchos de sus soldados.

Entretanto, las fuerzas de Garland—que seguía éste mandando aun después de la llegada de Twiggs al teatro de los sucesos—se extendieron por su derecha y trataron de penetrar en la parte baja de la ciudad para dar un rodeo é ir á salir á retaguardia del reducto del Diablo. Bajo el vivo fuego de las trincheras en las calles laterales y de las azoteas de las casas, así como de la cabeza del puente de la Purísima y de los parapetos que se extendían á sus lados, avanzaron y se situaron en algunas de las casas, en los patios de otras y en las extremidades de las calles, perdiendo no poca gente y buscando en vano algún punto á propósito para el paso del río. Ridgely adelantó allí una sección de su batería; pero el fuego de ella resultó ineficaz contra el de piezas nuestras de mayor calibre. Un batallón mexicano de infantería vino á reforzar la guarnición del puente, y tuvo que retroceder ante el fuego de fusilería de las tropas de Garland; pero la artillería nuestra empezaba á funcionar más acertada y próximamente, echando abajo algunos muros de casas y patios en donde se había albergado el enemigo, y éste consideró insostenible su posición, desistió de atravesar el río, y retrocedió á la Tenería, cuyo reducto empezó á cañonear al del Diablo. En la tarde las tropas se ocuparon en recoger muertos y heridos y en reforzar el primero de los dos citados puntos, que, al caer la noche, cubrieron el 1o., 3o. y 4o de infantería y los cañones de Ridgely, regresando las demás fuer

zas al campamento en el bosque de Santo Domingo, amagado algunas horas antes por nuestra caballería, que estuvo simulando un ataque á las tropas norte-americanas de retaguardia.

Así, pues, la demostración intentada el 21 al Oriente de la plaza para favorecer las operaciones de Worth, se había convertido en verdadera batalla, la más reñida que hubo en todo el ataque y defensa de Monterrey, y que sin dar al enemigo otra ventaja que la ocupación de la Tenería, le costó un primer descalabro ante ese mismo fuerte, el fracaso de Butler contra el reducto del Diablo, y el retroceso de la columna de Garland ante el puente de la Purísima; teniendo en estas funciones el invasor una baja de 394 muertos y heridos, inclusive un general (Butler) y 96 oficiales.

Pasemos al Noroeste, para dar idea de las operaciones de Worth, el mismo día 21.

Al amanecer, el expresado jefe dejó su tren con la necesaria escolta donde había pernoctado, y con el grueso de su división avanzó por el sendero, la tarde antes reconocido, en dirección del camino del Saltillo. Formaban su descubierta y vanguardia el regimiento de Hays, de texanos á caballo, y el batallón Ligero de Smith en tiradores. Al rodear la parte saliente de la base de alguna loma, encontráronse los texanos con nuestro escuadrón de Guanajuato que, apoyado por suficiente infantería, ocupaba el punto en que se bifurca el expresado camino para el Saltillo, y cargó in-

mediatamente sobre la columna de Worth. Una parte de los texanos pasó á las sementeras á su izquierda, desmontando y parapetándose con las cercas, mientras los demás avanzaron al encuentro de nuestros lanceros, retrocediendo en seguida, y adelantándose éstos sobre el batallón de Smith. Pero la 1a. brigada de Worth formó en batalla al través del camino; fué traída allí una pieza por el teniente Hays; y ante el fuego vivísimo del frente y el que les hacían de flanco los texanos parapetados en las cercas, la caballería mexicana retrocedió á su turno perseguida por los mismos texanos, el batallón de Smith y la batería de Duncan; y como ya le había sido cortado el camino del Saltillo, se desbandó hácia las lomas inmediatas, siendo cazados multitud de hombres, y cayendo muerto de su caballo y despeñádose de la altura el teniente coronel D. Juan N. Nájera que había dirigido la carga, y no quiso rendirse, no obstante sus heridas. La infantería nuestra se había retirado sin combatir. (37) Worth estableció una batería en el punto de unión ó partida de los dos caminos para el Saltillo, hizo avanzar hasta allí su tren, y despachó algunas fuerzas de infantería al Este y al Oeste de la loma de la Federación. (38)

(37) No se olvide que todos estos pormenores pertenecen á la versión norte-americana.

(38) El tren de Worth, en su avance, tuvo que pasar entre las dos lomas de Federación é Independencia, cuyos fuegos mataron á 1

La batería de Duncan, montada en alguna de las alturas inmediatas, empezó á batir dicha loma, cuya cresta principal coronaba nuestra infantería con 2 piezas de á 9, sacadas del fuerte del Soldado. Desde un trapiche en que Worth había situado el tren y el grueso de su división, al Sur del sendero para el Saltillo, dicho jefe, á las doce del día, destacó una columna de 300 hombres del batallón de Artillería y texanos á pie, al mando del capitán Smith, la cual se dirigió por sementeras á la loma de la Federación, atravesó el río y se detuvo en la base. El 7o. regimiento de infantería emprendió también camino para situarse en la base opuesta de la loma, y ambas fuerzas, simultáneamente, ascendieron por sus lados respectivos, tiroteadas por los mexicanos que descendían á su encuentro hasta la mitad de la eminencia, y que desalojados de la cumbre, acabaron por retirarse hácia el fuerte del Soldado, en otra loma cercana, llevándose una de las piezas y abandonando la otra, que inmediatamente fué asestada y empleada contra ellos.

Momentos antes, el coronel Persifor Smith había sido destacado con el 5o. de infantería, contra el reducto del Soldado, y, avanzando sobre éste la citada fuerza de Smith y el 7o. de

---

oficial y 5 soldados de la escolta. Para ponerle en seguridad fué situado detrás del sendero hacia el Saltillo, en un trapiche fuera de tiro de las baterías mexicanas.

infantería, después de tomada la loma de la Federación, tomaron ambos cuerpos el parapeto inferior del Soldado, y la guarnición nuestra de este punto se retiró á la ciudad, dejando allí una pieza de á 9 y siendo perseguida por algunas partidas norte-americanas á quienes los cañones del Obispado hicieron á poco retroceder. El 5o. de infantería se extendió á lo largo de la loma, hácia el Sureste: el 7o. permaneció en el Soldado, y la columna de Smith en la parte más alta de la loma de la Federación. El tren y las demás tropas de Worth salieron del trapiche ó molino y vinieron á acampar y pernoctar en el desfiladero al pie de la loma de la Federación, cañoneadas por nuestras piezas de la loma de Independencia.

Con las operaciones de Worth el 21 quedaban, pues, ocupado el camino del Saltillo, cortada la salida á la guarniclón, y en poder del enemigo la repetida loma de la Federación y el reducto del Soldado.

Día 22. Del lado oriental de la ciudad, á mañana y tarde continuó el cañoneo entre los reductos de la Tenería y el Diablo. Al medio día la brigada de Quitman bajó del campamento en el bosque de Santo Domingo á relevar á la guarnición del primero de los mencionados reductos, la cual regresó al bosque. Ambas fuerzas, á su paso, recibieron el cañoneo de flanco de la Ciudadela, que les hizo algunos muertos y heridos.

A la madrugada del 22, organizó Worth su ataque á la loma de la Independencia, prin-

cipal fin de sus operaciones. Al mando del teniente coronel Childs salió del campamento en el desfiladero, á las tres de la mañana, la columna de asalto, compuesta de 3 compañías del batallón de artillería, otras tantas del 8o. de infantería y 200 texanos con el coronel Hays; cuya fuerza, con guías del país, se dirigió á la base Noroeste de la loma, quedando aquí el grueso de la gente y prosiguiendo con parte de ella el capitán Vinton á ocupar la base Noreste para ascender de este lado. El tiempo era oscuro y lluvioso, y no había avanzadas ni centinelas nuestras en toda la base de la loma. Cuando Childs calculó ser tiempo de que Vinton hubiera llegado á la base opuesta, empezó á subir sin hallar resistencia hasta cerca de la cumbre, cuando los nuestros le descubrieron é hicieron mortíferas descargas. Empezaba á rayar el alba, y los contendientes, al hacerse fuego, se guiaban por los fogonazos de los fusiles contrarios. Al llegar Vinton á la cima, atacó por la espalda á sus defensores, y éstos, al verse doblemente embestidos, cedieron el terreno, desbarrancando la pieza de á 12 que en él tenían, llevándose un obus de menos calibre, y yendo á refugiarse al reducto del Obispado, casi en la extremidad Sureste de la loma. Quedó ésta coronada por las fuerzas del mando de Childs y 3 compañías del 1o. de infantería que, con el teniente coronel Stanlford se habían movido en apoyo de las primeras, llegando á la base á poco de tomada la altura, y ascendiendo sin otra oposi-

ción que el cañoneo de flanco del Obispado. Algo más tarde subió por el lado opuesto el 5o. de infantería, procedente de la posición que tenía cerca del Soldado.

A favor de las nieblas de la mañana, varios oficiales del ejército invasor se adelantaron á reconocer el Obispado, contra el cual habían roto sus fuegos desde la cumbre de la Federación la pieza nuestra allí tomada y un obus de á 12, que lograron subir el teniente Roland y sus artilleros. El cañoneo y el tiroteo de las avanzadas de uno y otro punto se prolongaron hasta la una de la tarde. A esta hora un cuerpo nuestro de caballería emprendió un ataque formal á la loma y fué rechazado, principalmente por las compañías de los tenientes Bradfort y Ayers. Al avanzar estas compañías y en seguida las de Vinton y los texanos en persecución del cuerpo nuestro en retirada, se les unieron otras fuerzas norte-americanas, de la eminencia y de la pendiente de la loma, y contra el intento y los esfuerzos del teniente coronel Childs que tenía orden de mantenerse á la defensiva, toda la masa de tropas descendió sobre el Obispado, penetrando en él las compañías avanzadas y ocupando la fortificación, cuyos defensores, ya en muy escaso número por haber evacuado el punto la mayor parte de la guarnición, opusieron poca resistencia. Estaban clavados los cañones, pero fué inmediatamente abierto allí el oído de un obus, con el cual se empezó á disparar contra los fugitivos, perseguidos por varios destacamen-

tos ligeros casi hasta los suburbios de Monterrey. Worth, que desde el desfiladero había visto la toma del fuerte, se adelantó con sus demás tropas y la batería de Duncan, é hizo subir y colocar en el bonete nuevas piezas que empezaron á cañonear desde el Obispado á la parte de la guarnición mexicana que se trasladaba en aquellos momentos de la plaza de la Capilla á la Ciudadela. El 5o. de infantería volvió á situarse en las lomas cercanas á la de la Federación, y el tren fué llevado al Oeste del Obispado, y se eligieron allí posiciones para que pernoctara el grueso de la división.

La loma de la Independencia dominaba, como se ha dicho, la parte occidental de Monterrey, y aseguraba la entrada á la ciudad por este lado. Las piezas nuestras tomadas en tal loma fueron, además del obus de á 12 desbarrancado y recogido, 3 cañones de á 6 y de á 9 en el Obispado, con suficiente acopio de municiones. La importancia de la pérdida de estos puntos fué tan conocida de Ampudia, que intentó recobrarlos haciendo avanzar con tal objeto muy numerosas tropas que se retiraron ó detuvieron, por lo menos, al ser su descubierta rechazada por la gente de Worth. El mismo Ampudia, en la noche, retiró su gente de las baterías orientales y occidentales de la ciudad, y se concentró en la plaza y en las manzanas inmediatas.

Día 23. Al amanecer, observó Quitman desde la Tenería, que las fortificaciones inmediatas habían sido abandonadas; se apoderó de ellas,

y envió á Taylor aviso de lo que pasaba. El general en jefe mandó salir del bosque de Santo Domingo á las tropas y dispuso que Quitman penetrara en la ciudad por casas y huertas. De orden del expresado Quitman y con las precauciones necesarias, avanzaron el coronel Davis y sus Rifleros del Mississippi, sin hallar oposición, hasta que se aproximaron á algunas trincheras interiores, desde las cuales se les disparó con metralla, al mismo tiempo que la infantería que ocupaba las azoteas inmediatas les dirigió nutridísimo fuego de fusil. En apoyo de Davis y su cuerpo, acudieron del mismo lado gran parte del regimiento del Tennessee, despachado por Quitman, y que avanzó por las azoteas y el interior de las casas; y el regimiento texano del Este, enviado por Taylor y que entró por las calles, con su jefe el gobernador Henderson, á las once de la mañana. Unidas estas fuerzas á la de Davis, hicieron á las nuestras replegarse hasta muy cerca de la plaza, y fueron todavía aumentadas aquellas con la batería de Bragg y el 3o. de infantería, no obstante lo cual, por lo vivo del fuego que recibían, se hallaron en imposibilidad de seguir avanzando. Entonces Taylor, so pretexto de la necesidad de obrar combinadamente con Worth, las mandó retirar, y retrocedieron hasta los reductos exteriores de la Tenería y el Diablo, abandonando, á su vez, todas las manzanas que habían invadido y que no volvió á ocupar la guarnición.

Del lado occidental, poco antes de la invasión

de Quitman, las piezas del Obispado rompieron sus fuegos sobre la parte de Poniente de Monterrey, que también había sido desamparada; y una pieza de á 9 colocada al Sureste del reducto del Soldado, hacía llegar sus balas á la plaza de Armas. Durante el cañoneo, se presentó al pie de la loma de la Federación un porta-pliegos del gobernador Llano, quien solicitaba permiso para la salida de mujeres y niños de la ciudad; permiso que fué negado por Taylor.

Al oír Worth el fuego de las columnas de Quitman que invadían la parte oriental de Monterrey, se dispuso á invadir él mismo la occidental. Cubrió con 4 compañías y 2 piezas los molinos de Santa Catalina hácia el camino del Saltillo; dejó otra sección de infantería con la pieza de á 9 cerca del Soldado; concentró á inmediaciones del Obispado el grueso de sus tropas, les repartió instrumentos de zapa, y avanzó con ellas en seguida. Ocho compañías con el teniente coronel Childs entraron hasta la plaza de la Capilla, en dos de cuyos ángulos colocó el teniente Mackall piezas de artillería que hicieron á un escuadrón nuestro de observación retirarse hasta una trinchera cerca de la plazuela de la Carne. Avanzando por la calle del frente y alguna otra paralela, el 7o. de infantería y las compañías de Childs con las piezas, tomaron la mencionada trinchera y, bajo el fuego de fusil de las azoteas, ocuparon la plazuela de la Carne. Entretanto, el mortero fué traído del

rumbo del Obispado al Camposanto, en la plaza de la Capilla, donde se procedió á montarlo en batería, y quedó alguna infantería apoyándolo Worth, con su estado mayor y la batería de Duncan, dejando bien cubierto el camino desde el Obispado, vino hasta la trinchera cercana á la plazuela de la Carne, é hizo batir con las piezas allí establecidas los parapetos de algunas azoteas distantes, desde las cuales mantenían constante fuego de fusil las tropas de Ampudia.

Este jefe, una vez suspenso y, se puede decir, rechazado el ataque de Quitman por el lado de Oriente, había quedado en aptitud de emplear el grueso de sus tropas contra Worth, é instantáneamente reocuparon las trincheras y casas entre los asaltantes de Oeste y la plaza de Armas, y empezaron á barrer con fuego de artillería las calles intermedias. Pero ya mucha parte de la gente de Worth se había albergado casi en el corazón de la ciudad, se cubría con los edificios y avanzaba por ellos horadándolos, mientras los texanos de Hays hacían uso de sus rifles desde las calles y la parte exterior de las casas; y la guarnición, impelida por este movimiento de avance del enemigo, se fué, de nuevo, retirando hácia la plaza principal. En esto la artillería de Worth había ido siendo bien colocada en el Camposanto, en la plazuela de la Carne y frente á algún vado del río, y la infantería, al penetrar por el interior de las casas, había dado en algún corral con numeroso depósito de reses para la guar-

nición, las cuales fueron llevadas al Obispado. La fuerza dejada en los molinos de Santa Catalina vino á situarse como reserva en la plaza de la Capilla, y al cerrar la noche, el mortero, ya bien montado, empezó á arrojar bombas á la plaza. Worth se volvió con sus ayudantes al Obispado.

Día 24. En las primeras horas de la mañana un ayudante de Ampudia se presentó en el reducto del Diablo con pliegos de dicho general, del 23 en la tarde, proponiendo á Taylor la desocupación de la ciudad por sus defensores con todas sus armas y municiones de guerra. Taylor, que debía combinar este día con Worth un asalto decisivo, desechó la proposición y exigió la entrega de la guarnición como prisionera y de todas las propiedades públicas en Monterrey, exigiendo, además, que la resolución fuese comunicada á la línea de Worth antes de las doce. El expresado Worth, avisado por Ampudia de la apertura de pláticas, suspendió su ataque; pero no sus preparativos. La noche anterior sus tropas habían ocupado, en la plazuela de la Carne, un edificio desde el cual las piezas en él montadas, dominaban todas las azoteas hasta la plaza de Armas; y su artillería restante quedaba colocada en los puntos ya mencionados y en otros que enfilaban los pasos del río y las avenidas de la Ciudadela. En la mañana del 23 hizo Worth recoger, de la parte de la ciudad á disposición de sus fuerzas, todos los víveres posibles, inmediatamente llevados á la quinta de Arista, cer-

ca de la loma de Independencia. Ampudia reclamó esto como violación de la tregua; pero Worth desechó tal reclamación, quedó listo para renovar el ataque si era necesario, y conferenció con el citado Ampudia poco antes de las once de la mañana. A esa hora llego Taylor y se negó á toda plática que no tuviera por objeto el arreglo de los términos de una capitulación. Ampudia pidió tiempo para resolver y se le dió hasta la una de la tarde, advirtiéndole que si no eran aceptables sus proposiciones se renovaría el ataque.

Antes de la una avisó Ampudia estar dispuesto á negociar, y en la conferencia que hubo en seguida manifestó que la nueva administración mexicana había consentido en recibir comisionados de los Estados Unidos; que el cambio de gobierno le dejaba cierta libertad de apartarse de las órdenes que anteriormente había recibido acerca de la defensa de Monterrey; y que, en virtud de ambas circunstancias y de su propio deseo de evitar mayor efusión de sangre, renovaba sus proposiciones de la víspera. Taylor segunda vez las desechó, y estaba á punto de romper la conferencia, cuando el gobernador Llano propuso el nombramiento de una comisión mixta que entendiera en todo lo relativo á la capitulación. La idea fué adoptada por el jefe enemigo, quien nombró por su parte comisionados al general Worth, al coronel Davis y al gobernador Henderson: siendo nombrados por Ampudia los generales Ortega y Requena y el goberna-

dor Llano. Nuestros representantes insistían en que la guarnición saliera con toda su artillería, y estuvo otra vez á punto de fracasar la negociación, cuyo resultado final fué la capitulación que ya conoce el lector, y en la cual los comisionaidos de México, en expresión del enemigo, defendieron hasta lo último y una á una sus pretensiones.

En la mañana del 25 de Septiembre la guarnición mexicana evacuó la Ciudadela, y en los días siguientes salieron nuestras fuerzas para el Saltillo, trayendo 6 piezas de á 12. El 28 salió de Monterrey el último cuerpo de Ampudia, (39) y la división de Worth ocupó todos los puntos principales de la ciudad. El resto del ejército de Taylor conservó su campo en el bosque de Santo Domingo. Las bajas del invasor en sus operaciones contra aquella plaza consistieron en 12 oficiales y 108 soldados muertos y 31 oficiales y 337 soldados heridos: total, 488 hombres. La mayor parte de estas bajas tuvieron lugar el 21 en el ataque del lado oriental. Las de la división de Worth no excedieron de 55 durante el asedio.

En los Estados Unidos, al recibirse noticia pormenorizada de los sucesos, se vió que el ejército de Taylor había estado á punto de ser derrotado en Monterrey, y que su triunfo se debió tal vez á una simple casualidad: el descubrimiento de la gola de la Tenería hecho por el capitán Backus desde la curtiduría en que se

---

(39) El 27 según la versión mexicana.

albergó en la confusión del fracaso de las fuerzas de Garland. Al ser más ó menos expresamente desaprobada la capitulación, Taylor expuso en defensa de ella, entre otras razones y circunstancias, lo escaso del número de sus tropas para la completa circunvalación de la ciudad; (40) la posibilidad de que, exigiendo condiciones más duras, la guarnición se hubiera desbandado perdiéndose así armamento y municiones, además del efecto moral de la capitulación; por último, lo grave del peligro que para los mismos asaltantes resultaba de la prolongación del ataque, á causa del gran depósito de pólvora que había en la Catedral y que fácilmente pudo incendiarse haciendo volar la ciudad toda. Las disposiciones militares de Taylor en Monterrey fueron muy criticadas en los Estados Unidos: en tanto que las operaciones de Worth llamaron la atención y merecieron elogios por el espíritu de precaución y la firmeza y el buen éxito de que fueron acompañadas.

La defensa y la capitulación de Monterrey, según el testimonio y las apreciaciones del enemigo, honran á México y salvan del olvido los nombres del general Ampudia y sus compañeros de armas.

---

(40) Ya se dijo que el ejército de Taylor constaba de unos 6,500 hombres.

VIII.

MARCHA A LA ANGOSTURA.

Fin del armisticio de Monterrey.—Pérdida de Tampico.—Cambio de plan del invasor.—Nuestro ejército en San Luis Potosí.—Su marcha á la Angostura.

La suspensión de hostilidades, acordada en la capitulación de Monterrey en Septiembre de 1,846, se dió por terminada el 13 de Noviembre siguiente, previo aviso de Taylor al jefe de la línea mexicana más próxima; y una parte de las fuerzas norte-americanas que había en Monterrey procedió desde luego á ocupar el Saltillo, capital del Estado de Coahuila, y de cuya localidad los capitulados de Monterrey se habían replegado hasta San Luis Potosí. (41)

---

(41) Taylor dirigió de Monterrey, con fecha 5 de Noviembre, la siguiente comunicación á Santa Anna:

"Tengo el honor de participar á vd., que mi gobierno me ha prevenido termine la suspensión de hostilidades, y por lo tanto, me considero en libertad para traspasar la línea mencionada, desde el 13 del corriente, en cuya fecha presumo que habrá llegado á San Luis Potosí y á manos de vd. esta comunicación.

"Se me ha informado que varios americanos fueron hechos prisioneros en China y otros

El fin de la suspensión de las hostilidades fué resuelto por el gobierno de los Estados Unidos, de tiempo atras convencido de que

---

puntos, y se hallan todavía en San Luis en ese prop'o estado. Espero que vd. creerá conforme á justicia el mandar que sean puestos en libertad y permitirles que regresen á estas fuerzas de mi mando.

"Cuando se verificó el convenio á que me he referido, tenía la esperanza de que los términos en que se concibió abrirían camino para que entre ambas Repúblicas se celebrara una paz honrosa, y fundado en esta creencia, devolví inmediatamente los prisioneros de guerra que estaban en mi poder, entre los que se encontraban tres oficiales. Entonces no sabía que algunos americanos que se hallaban en esa situación, se habían remitido al interior. Confío en que mi proceder dará á vd. motivo fundado para acceder á mi pedido y á lo que dicta la humanidad, en obsequio de los prisioneros americanos que se me ha dicho están en San Luis.

"En el caso de que el mayor Graham, portador de esta comunicación, llegue hasta ese cuartel general, me tomo la libertad de recomendarlo á la fina atención de vd., y tendría mucho gusto en recibir por su conducto la respuesta que vd. tenga á bien dar, cualquiera que sea."

El mayor Graham no llegó á San Luis, y Santa-Anna contestó á Taylor en estos térmi-

las operaciones proseguidas desde la base del Bravo no obligarían á México á pedir la paz; y resuelto á tentar fortuna del lado de Orien-

---

nos, desde la expresada ciudad, con fecha 10 de Noviembre.

"A las diez de la mañana de hoy, y con oficio del señor gobernador del Estado de Coahuila de 8 de este mes, he recibido el de V. S. del 5 en que me participa que por orden de su gobierno está dispuesto á romper el convenio celebrado en Monterrey el 24 de Septiembre último, y en consecuencia, á traspasar el día 13 de este propio mes la línea señalada en aquel, en cuya fecha consideraba V. S. que habría yo recibido su nota relativa. Creído de que el término estipulado en dicho convenio debía ser guardado religosamente por ambas partes, no había dictado providencia alguna que tendiera á faltar á él; mas, atendida la obligación en que V. S. se considera á virtud de la orden de su gobierno, me limito á responderle: que puede cuando guste comenzar sus hostilidades, á que coresponderé debidamente.

"Respecto de prisioneros americanos, diré á V. S. que sólo existen en este cuartel general los 7 de que le acompaño lista nominal; y confiado en lo que V. S. me manifiesta de haber puesto en libertad á varios mexicanos, he determinado, para corresponder á su generosidad, hacer lo propio con los 7 referidos, y que la comisaría de este ejército los socorra con 70 pesos para sus alimentos en el camino.

te, ocupando el puerto de Veracruz, que ofrecería á su ejército una línea mucho más corta para llegar á la capital de la República. (42) Conveníale, para poner en práctica este segundo plan, posesionarse de nuevos puntos del Estado de Tamaulipas y muy especialmente del puerto de Tampico: todo lo cual tenía determinado desde Septiembre, en cuyo mes dictó ya algunas instrucciones que, ó no fueron recibidas por Taylor, ó no pudieron ser ejecutadas á causa de lo pactado en Monterrey; y esta última circunstancia ha debido pesar

---

"Dice V. S. que cuando se celebró en Monterrey el convenio citado, tenía la esperanza de que los términos en que se concibió abrieran un camino para que entre ambas Repúblicas se celebrase una paz honrosa. Prescindiendo de si ese convenio fué efecto de la necesidad ó de la noble mira que V. S. indica, me reduciré á decirle, que por el espíritu y decisión que advierto en todos los mexicanos, debe V. S. desechar toda idea de paz entretanto un sólo americano pise armado el territorio de esta República, y subsistan al frente de sus puertos las escuadras que los hostilizan. Sin embargo, el congreso extraordinario debe reunirse en la capital á fines del presente mes, y este augusto cuerpo resolverá lo que fuere más conveniente al honor y á los intereses de la nación."

(42) Informe del secretario de la Guerra al congreso, fecha 2 de Diciembre de 1,847.

no poco en la mala acogida que dió á la capitulación el gabinete de Washington. (43)

---

(43) El gobierno de Polk, más bien por parar los golpes de la oposición que por creer en la eficacia del paso, á la caída del gobierno de Paredes, hizo proposiciones al de Salas para abrir nuevas pláticas de paz, y á esto se refería Ampudia al negociar la capitulación de Monterrey. Salas se negó á resolver por sí mismo en el asunto y le aplazó para la reunión del congreso en Diciembre. La resolución de este cuerpo vino á ser, en sustancia, la que Santa-Anna había anunciado á Taylor: México no podría entrar en pláticas mientras su territorio y sus aguas no estuvieran libres de la presencia de las tropas y de los buques del invasor.

La capitulación de Monterrey se recibió en Washington cuando ya era allí sabida la resolución de Salas de someter al congreso las nuevas propuestas de paz, y el ejecutivo norte-americano había dirigido á Taylor la orden de activar más y más las operaciones militares á fin de que el resultado de ellas pudiera influir en la decisión de nuestro congreso. Esta circunstancia explica el disgusto con que fué acogida la expresada capitulación, y la prisa que el gobierno de los Estados Unidos se dió en mandar que cesaran sus efectos, declarándose la terminación del armisticio y la libertad en que los beligerantes quedaban de obrar como respectivamente les conviniera.

Alguna de sus disposiciones había encomendado á la escuadra, que llevaba ya varios meses de bloquear á Veracruz, Tampico y otros puertos nuestros del Golfo, la misión de cooperar, con las fuerzas que serían dirigidas por tierra, á la ocupación de Tampico, cuya barra sufrió inutil bombardeo en Junio de 1,846. Fortificada esta plaza desde la aproximación de los norte-americanos al Bravo, tenía una guarnición de 4,000 hombres, incluyendo la guardia nacional, con 25 piezas de artillería y 3 buques de guerra denominados "Unión," "Poblana" y "Queretana," aparte de varias embarcaciones pequeñas; todo á las órdenes del comandante general de Tamaulipas D. Anastasio Parrodi. Aunque el gobierno de México parecía resuelto á conservar y defender á Tampico á todo trance, el general Santa Anna, puesto ya al frente de las fuerzas militares, ordenó á mediados de Octubre su violenta desocupación, sea por ignorar el nuevo plan del enemigo, ó sea, como me inclino á creerlo, por calcular insuficientes los elementos de la defensa general para la conservación de un punto que tendría que sucumbir, más ó menos tarde, al ataque combinado de las columnas de Taylor y de la escuadra del Golfo. La plaza de que hablo fué evacuada por Parrodi el 27 de Octubre, y ocupada el 10 de Noviembre por 500 marinos del mando del comodoro Perry, quienes posteriormente la entregaron á las fuerzas de tierra allí dirigidas

por Taylor. (44) Lo violento de la desocupación hizo que se perdiera gran parte de los elementos de guerra allí reunidos: se demolieron los puntos artillados de la barra y se destruyeron en lo posible las demás fortificaciones, desmontando y embarcando piezas y parque, é inutilizando no pocos efectos, pues sólo había 300 mulas de trasporte cuando se necesitaban más de 800. Parte del material fué llevado hasta el pueblo de Pánuco en los buques de

---

(44) La ocupación de Tampico fué prescrita por el ejecutivo norte-americano en comunicación al general Taylor fecha 2 de Septiembre, interceptada por tropas nuestras y cuyo conocimiento probablemente determinó la resolución de Santa-Anna de que dicho puerto fuera precipitadamente abandonado. El comodoro Connor hacía ya preparativos en Antón Lizardo para ir á atacar á Tampico. En virtud de nuevas órdenes del ejecutivo, una parte de la escuadrilla estacionada en Veracruz, se dirigió con el mismo Connor ó con Perry, á la barra del Pánuco y ocupó la ciudad, abandonada ya por la guarnición mexicana. El general Patterson, que estaba en Camargo y había recibido órdenes directas de Washington para concurrir con sus tropas al ataque del mencionado punto, al tener noticia de su ocupación por los marinos, despachó para Tampico 6 compañías de artillería al mando del teniente coronel Belton, y poco después un regimiento de Voluntarios de Alabama.

guerra, y de allí, río arriba, en barcas pequeñas, regresando los buques y cayendo en manos del invasor, no obstante su venta hecha á particulares. Las tropas, pasando por Horcasitas y Santa Bárbara, llegaron á Tula el 14 de Noviembre á las órdenes de Urrea, quien por determinación de Santa-Anna, había relevado á Parrodi, el 29 de Octubre, en Laguna de la Puerta. La conducción de trenes y efectos había sido encargada al cirujano Marchante, quien tuvo que detenerse en Pánuco y que ir abandonando, por falta de trasportes, mucha parte de la carga, al enemigo que le perseguía. Con el resto y auxiliado por el comandante D. José Barreiro, que, llevando infantería y caballería, salió á su encuentro, pudo el convoy llegar á Tula el 25 de Diciembre.

Las tropas reunidas en Tula fueron reforzadas con una división, compuesta de los cuerpos de infantería "Fijo de México" y "Republicano," y de los de caballería "Fieles de Guanajuato," "Auxiliares de Pénjamo" y escuadrones de Jalisco y San Luis, á las órdenes del general Valencia. Este movimiento fué determinado por Santa-Anna á causa del de las fuerzas de Taylor que, al saberse el abandono de Tampico, se destacaron de Monterrey y el Saltillo en número de 3,000 hombres, dirigiéndose al expresado puerto y ocupando de paso á Ciudad Victoria, (45) de donde re-

(45) Según el informe del secretario de la Guerra, las fuerzas norte-americanas ocuparon á Ciudad Victoria el 23 de Enero de 1,847,

gresó Taylor á Monterrey, dejando dichas fuerzas á las órdenes del general Patterson. Santa-Anna, al verlas partir de los puntos de la línea enemiga más inmediatos, temió ser atacado por el flanco derecho de sus posiciones, y no sólo despachó la división de Valencia á Tula, sino que envió al general Mora y Villamil con una sección de ingenieros á fortificar la expresada ciudad, que al primer examen pericial resultó no ser defendible. Valencia, que allí mandaba, fué á poco relevado por el general D. Ciriaco Vázquez, y más adelante se abandonó también á Tula, viniendo una parte de las tropas á incorporarse al ejército de San Luis Potosí en su marcha á la Angostura.

Para hacer formar cabal idea de la línea enemiga, diré que la columna que al mando del general Wool se había movido de San Antonio Béjar con el objeto de invadir y conservar á Chihuahua, no había avanzado de Monclova; y como las posiciones que ya ocupaba el ejército de Taylor hacían menos importante la posesión de aquel Estado, se ordenó á las tropas destinadas á tal objeto venir á Parras, cuyo punto ocuparon, quedando desde allí á las inmediatas órdenes del mismo Taylor, y procediendo á establecer este jefe una línea defensiva cuyas dos extremidades eran

---

en número de 5,000 hombres. Spencer asienta que Taylor llegó á la expresada ciudad el 4 de Enero.

Parras y Tampico. Dejando guarniciones en Monterrey y Saltillo, en varios puntos en el camino de Camargo y en la desembocadura del Bravo, como reserva para afrontar cualquier movimiento hostil á su retaguardia, el repetido general en jefe avanzó en dirección de Tampico, ocupando á Ciudad Victoria como he dicho, y separándose allí de la gran parte de sus fuerzas que, á las órdenes de Patterson, debían proseguir hasta Tampico y constituir la base del ejército de Scott; hecho todo lo cual, regresó Taylor á Monterrey.

Nada confirmará ni ilustrará mejor lo hasta aquí indicado acerca de la línea y del nuevo plan de operaciones del enemigo, que los siguientes extractos del informe ó memoria del secretario de la Guerra al congreso de Washington, fecha 2 de Diciembre de 1,847, "....Tal era, dice, el estado de nuestros asuntos militares en México, cuando el general Scott, por instrucciones de este Departamento fechadas el 23 de Noviembre de 1,846, llegó á Río-Grande. Era del todo evidente que la conquista de las Californias y Nuevo-México y nuestra ocupación militar de los importantes Estados de Tamaulipas, Nuevo-León y Coahuila, no predispondrían al enemigo á aceptar razonables términos de areglo, y que convendría dirigir nuestras futuras operaciones contra partes más importantes de la República Mexicana; no siendo de suponerse que para la captura y posesión de la capital se pudiera emprender desde el Bravo—base hasta aquí de

nuestras operaciones—un movimiento tan ventajoso como desde alguna otra base que ofreciera distancia mucho más corta. La atención del gobierno, de consiguiente, se dirigió desde Septiembre á las medidas conducentes á la ocupación de los principales puntos de las costas del Golfo, y especialmente de Veracruz, como el más cercano y que ofrecía mejor camino para la expresada capital. Mientras la línea de la Sierra-Madre debía ser conservada, dejándose al arbitrio de las circunstancias el mayor ó menor avance de nuestras tropas en esta región, los principales movimientos ofensivos debían ser ejecutados en el corazón del país enemigo, en la nueva línea que partiría de Veracruz tan luego como pudiera establecerse. Se dispuso organizar una expedición con tal objeto, y el mayor general Scott fué nombrado para dirigirla; fincando en él, como oficial de más alto grado, la sobrevigilancia y dirección de todas nuestras operaciones militares en el país enemigo. Los preparativos para tal expedición, cuyo inmediato fin era la toma de Veracruz y Ulúa, hicieron necesario retirar muchas fuerzas de la primitiva línea de operaciones, y reducirla, de pronto, á condición meramente defensiva: el número y la calidad de las tropas que se debían tomar de dicha línea fueron, naturalmente, dejados al arbitrio del general en jefe, especialmente encargado de la expedición contra Veracruz. Durante los preparativos de ella, las fuerzas al mando de Taylor, notablemente reducidas en

número, y en su mayor parte compuestas ya de voluntarios, asumieron sus posiciones defensivas, abrazando el Saltillo, Monterrey y la línea de allí á Camargo, y á lo largo del Bravo hasta su desembocadura. (46) Sabedor de que el enemigo reunía fuerzas considerables á inmediaciones del Saltillo, el general Taylor, con la mira de fortalecer más este punto, hizo que sus avanzadas se extendieran á dieciocho millas de distancia, hasta Agua-Nueva, donde estableció su cuartel general á principios de Febrero. No dudando ya, el 20 de dicho mes, que el ejército mexicano en su totalidad había salido de San Luis y llegado á la Encarnación, á treinta millas de él solamente, y que seguía avanzando para atacarle, creyó ventajoso, para ocupar mejor posición, retirarse á Buena-Vista, siete millas al Sur del Saltillo." Agregaré al anterior extracto, que de antemano la ocupación del Saltillo había sido resuelta, por cubrir esa ciudad el camino directo para San Luis Potosí, donde se reunía el ejército mexicano, y por dominar una comarca productiva que podría abastecer de víveres á las fuerzas de Taylor.

Con lo expuesto, el lector queda al tanto de

---

(46) Spencer dice que al salir Taylor para Ciudad Victoria, dejó mandando en Monterrey y el Saltillo á Worth y á Butler; que Wool recibió orden de unirse á Worth en el Saltillo, y que los voluntarios dirigidos á Ciudad Victoria iban al mando de Quitman.

las intenciones y de la posición del invasor hasta los días próximos á la batalla de la Angostura; y voy ya á informarle de la reunión del ejército nuestro en San Luis Potosí, y de su marcha hasta el lugar en que se libró la expresada batalla.

Se ha dicho ya que la administración de Paredes cayó en virtud de los pronunciamientos de Guadalajara y la Ciudadela, cuyos principales efectos fueron la nueva adopción del sistema federal y la vuelta de Santa-Anna al país y al frente de sus destinos. Los buques de guerra norte-americanos, que bloqueaban nuestras costas del Golfo, permitieron, de orden de su gobierno, la entrada del expresado general á Veracruz á mediados de Agosto. (47)

---

(47) Spencer dice que, sabedor el gobierno de los Estados Unidos de que Santa-Anna se hallaba en la Habana como refugiado, y previendo que si venía á México podría favorecer los designios de Polk, ó por lo menos, hacer viva oposición al gobierno de Paredes, dispuso que el secretario de la Marina, Mr. Bancroft, expidiera órdenes para que se permitiera á Santa-Anna la entrada al país; y en consecuencia, el comodoro Connor, jefe de la escuadrilla bloqueadora de Veracruz, recibió una nota en que se le decía simplemente: "Si Santa-Anna trata de penetrar en los puertos mexicanos, déjesele paso libre." Santa-Anna se aprovechó de esta circunstancia á poco de la caída de Paredes; y en los Estados Unidos, al ver su

A su llegada á esta capital se dedicó activamente á la reorganización de nuestras fuerzas militares, de las que se llamó general en jefe; obrando con facultades casi ilimitadas en el ramo de guerra, y dejando que el general Salas ejerciera la presidencia hasta la nueva elección de primer magistrado, hecha por el congreso en Diciembre y que recayó en el mismo Santa-Anna, elevando á la vice-presidencia á D. Valentín Gómez Farías. Este se encargó del poder, y aquel se encontraba ya en San Luis, para donde hizo marchar desde Septiembre los restos de la antigua división de Paredes que habían quedado en México, llegando él mismo á la primera de dichas ciudades el 14 de Octubre, exasperado con la pérdida de Monterrey y mandando formar causa á Ampudia y á algunos de sus compañeros.

Ignoro si los directores de la nueva evolución política pudieron imaginarse que iban á reproducirse aquí las maravillosas escenas de la República francesa, decretando y obteniendo la victoria sobre sus invasores; ó si simplemente adoptaron la carta de 1,824 y la pasearon en carros triunfales coronada de un gorro frigio que más bien parecía montera de alcalde, por no serles posible de otro modo suscitar algún entusiasmo á la caída de una admi-

---

actividad y empeño en la organización de la defensa nacional, era muy lamentado el error político que le había permitido llegar á nuestras playas.

nistración que se había declarado monarquista. Lo cierto es, que cuando, con motivo de la guerra extranjera, se necesitaba más que nunca de un gobierno sencillo en su sistema, y unido y fuerte en su acción, se apelaba á la forma política más complicada y dificultosa; y en vez de llamar al pueblo á los cuarteles y campamentos, se le congregó en los clubs, se le habló de sus derechos contra los ricos y los frailes, y en los días en que, al fin, se le repartieron armas, parecieron empuñadas contra determinadas clases sociales más bien que contra el enemigo común; lo cual tuvo por consecuencia desde luego la formación de los cuerpos de guardia nacional denominados "Hidalgo," "Bravos," "Independencia" y "Victoria," compuestos de empleados públicos, dependientes del comercio y personas acomodadas que, al mismo tiempo que á la patria, querían defender sus intereses é individuos; y más tarde, el pronunciamiento de la mayor parte de tales fuerzas, cuando, amagada Veracruz, quiso el gobierno despacharlas en auxilio de aquella plaza, y que dejaran la capital y en ella sus intereses y familias á merced de los exaltados.

Santa-Anna sabía muy bien lo que podía esperar ó temer del sistema federal para la reunión de elementos de defensa; pero tenía que someterse á la ley de las circunstancias y que limitarse á sacar de ellas el partido menos malo posible; siendo de abonársele esto en cuenta contra los cargos que se le hicieron de

doblez y de haber empujado á los partidos á la lucha de armas para venir él á presentarse con carácter de mediador y pacificador, y desembarazarse de sus andaderas federales animadas y escritas. De pronto halló gastado casi en su totalidad el millón de pesos que de los bienes eclesiásticos se había proporcionado Paredes; y amparado y favorecido, por el sistema de gobierno, el egoísmo de algunos Estados, que, en ejercicio de su independencia y soberanía, no tuvieron á bien cooperar ni con soldados ni con dinero á la defensa de la República.

En San Luis Potosí se reunieron á formar la base del nuevo ejército del Norte los restos de la división de Paredes, trasladados de México, según he dicho, y los capitulados de Monterrey, componiendo entrambas fuerzas un total de 7,000 hombres. Al moverse Taylor á ocupar el Saltillo, se creyó que amagaba á San Luis y se procedió á fortificar la ciudad. Los Estados de Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Querétaro y Aguascalientes, el Distrito Federal y el mismo Estado de San Luis y su gobernador Adame, ayudaron activamente á la formación de las divisiones de Santa-Anna: á mediados de Noviembre llegaron de Guadalajara 2,000 soldados, entre permanentes y de guardia nacional, á las órdenes de los coroneles Perdigón Garay y Montenegro: el general Valencia, en sólo el Estado de Guanajuato, reunió un cuerpo de 5,000 auxiliares, parte del cual fué destacado á Tula de Tamauli-

pas, como ha visto el lector; los reemplazos ó contingentes de sangre de los demás Estados que contribuyeron á la defensa, fueron recibidos en San Luis en Diciembre y Enero. El general Santa-Anna se ocupaba activamente en instruir, equipar y armar á sus soldados, y para ello tuvo que vencer muy serias dificultades que, al cabo, quedaron en pie respecto de armamento, pues faltó, por no haberle en el país, ó á causa de la escasez de recursos pecuniarios para adquirirle, y la cual se hizo sentir desde Enero en toda su fuerza, obligando al general en jefe á comprometer su crédito privado para proporcionarse fondos, ocupando unas setenta barras de plata de particulares para los gastos del ejército. (48) Organizado ya éste y algunos días antes de su salida, se componía de tres divisiones de infantería llamadas de vanguardia, del centro y de retaguardia, al mando de los generales D. Francisco Pacheco, D. Manuel María Lombardini y D. Luis Guzmán; de cuatro brigadas de caballería á las órdenes de los generales D. José Vicente Miñón, D. Julián Juvera, D. Anastasio Torrejón y D. Manuel Andrade; y de la división de observación formada de infantería y caballería, á cuyo frente fueron puestos los ge-

---

(48) Dicha plata fué tomada con hipoteca de los bienes particulares de Santa-Anna; pagada por éste en Veracruz antes de embarcarse, y cargada al país cuando el general volvió al poder en 1,853.

nerales D. Ciriaco Vázquez y D. José Urrea. Había, además, el regimiento de Húsares á las órdenes del teniente coronel D. Miguel Andrade; el regimiento de Ingenieros á las del coronel D. Santiago Blanco; la Artillería, á las del general D. Antonio Corona, y el cuerpo médico de que era inspector D. Pedro Vander-Linden. Mandaba el estado mayor el general D. Manuel Micheltorena, y la dirección de ingenieros estaba á cargo del general D. Ignacio Mora y Villamil. La fuerza total efectiva ascendía á 21,537 hombres, contándose en este guarismo 13,272 infantes, 5,860 caballos y 518 artilleros, con unas 40 piezas de diversos calibres: el presupuesto mensual de gastos importaba 348,789 pesos.

No debían estas fuerzas dar principio á sus movimientos y operaciones hasta que terminara el invierno, ó sea á partir del mes de Marzo de 1,847, á causa de lo riguroso del clima y de la falta casi completa de habitaciones, víveres, leña y aun agua en la extensión de más de cincuenta leguas que tenían que atravesar para acercarse á las posiciones del enemigo en el Saltillo; y el general en jefe se proponía invertir este período de tiempo en mejorar la instrucción, el equipo y el armamento de sus soldados. Pero la escasez de recursos pecuniarios vino á impedirlo, no habiendo habido pagas durante un mes, y temiéndose á causa de ello la deserción ó sus creces; á lo cual se juntó la grita de los escritores de la capital contra el ejército y sus jefes, la-

putando la inacción á falta de decisión y propalando la idea de que el ejército reunido en San Luis, más bien amenazaba al sistema federal que al enemigo. Santa-Anna, de cuyos partes extractamos estas noticias, agrega que en los clubs se trataba de convertir á sus tropas en instrumento de una nueva revuelta; que se le había supuesto á él mismo de acuerdo con el invasor; (49) que á consecuencia de todo ello y persuadido ya, por lo considerable de la deserción, de que una expectativa más larga destruiría por completo al ejército antes de batirse, determinó su inmediata salida, y para proporcionarle auxilios comprometió su fortuna particular, su crédito y el de sus amigos, consiguiendo 180,000 pesos con que dió doce días de haber á las tropas. En la proclama que expidió en San Luis el 28 de Enero, les anunció que iban á moverse sobre la línea principal del enemigo; se refirió á la negligencia y el abandono con que habían sido vistas por aquellos mismos cuyo deber era atenderlas; confesó que emprendían la marcha por comarcas desiertas sin víveres ni provisiones, y agregó que el enemigo tenía bastantes y que se iba á quitárselos. En la orden general del mismo día se previno todo lo relativo á la salida, y se dispuso que toda la infantería fue-

---

(49) Con este motivo exclamaba Santa-Anna: "Una fatalidad parece que guía los destinos de la nación é impide que se junten todas las voluntades en la defensa común."

se al mando de Lombardini, y que en San Luis quedaran para su defensa, á las órdenes del comandante militar de la plaza, D. Juan Amador, los oficiales y soldados imposibilitados de prestar servicio activo, un destacamento pequeño que cada brigada debía dejar para resguardo de las fortificaciones, é instructores de reclutas para la fuerza que se seguiría levantando.

Al moverse de San Luis el ejército, su fuerza consistía en 13,432 infantes, repartidos en veintiocho batallones; en 4,328 caballos que formaban treinta y nueve escuadrones, y en un tren de artillería de 17 piezas, siendo de éstas, 3 de á 24, 3 de á 16, 5 de á 12, 5 de á 8 y 1 obus para granadas de 7 pulgadas, servidas las piezas por 413 artilleros; lo que daba al ejército un efectivo de 18,183 hombres, ó sea una diminución de más de 3,000 hombres respecto de los estados de fuerza formados cosa de un mes atrás. (50) "De esta fuerza (la de 18,183 hombres) se fué dejando, dice Santa-Anna, la que quedó en San Luis cubriendo las fortificaciones; algunos destacamentos en las poblaciones del tránsito; dos escuadrones para que escoltaran un corto parque de reserva; una brigada de dos batallones de infantería que con el general D. Ciriaco Vázquez quedó de

(50) Posible es que en el cómputo más reciente no se haya tenido en cuenta alguna fuerza de las de caballería anteriormente destacadas.

reserva en Matehuala y en observación respecto de Tula de Tamaulipas, y una brigada de caballería que á las órdenes de Urrea debía partir de la expresada Tula para hacer movimientos por Tamaulipas y hasta las inmediaciones de Monterrey, llamando por allí la atención del enemigo. Se determinó que el punto de reunión fuera la hacienda de la Encarnación, que se calculó sería la penúltima jornada." Agrega Santa-Anna que el ejército se movió de San Luis por brigadas, á fin de aprovechar las ventajas que pudiera proporcionar el territorio.

En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se dice que la caballería estaba afuera desde antes, en cuatro brigadas; dos de ellas con Torrejón y Juvera, escalonadas en Bocas y el Venado; otra que con Andrade había permanecido en el Cedral, avanzando luego hasta la Encarnación; y la que á las órdenes de Miñón había sorprendido en la misma Encarnación á un destacamento de más de 100 norte-americanos, á quienes hizo prisioneros, yendo después á situarse en la hacienda del Potosí. Se agrega que el 28 de Enero salieron de San Luis toda la artillería con sus trenes y el material de guerra, el batallón de Zapadores y la compañía de San Patricio; (51) el 29, 30 y 31 las divisiones de infantería de Pacheco, Lombardini y Ortega, y el 2 de Febre-

(51) Formada de los desertores del ejército enemigo, irlandeses casi todos.

ro el cuartel general: que la infantería hizo jornadas al Peñasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Seca, Solís y la Presa, encontrándose en Bocas y el Venado con las secciones de caballería en que venían los norteamericanos cogidos por Miñón: que en Matehuala se reunió al ejército la división de Parrodi, procedente de Tampico y Tula, compuesta de 1,000 hombres y que entró á formar parte de la 3a. de infantería á las órdenes de Ortega: que se siguió caminando á la hacienda de Vanegas, las Animas y el Salado: que la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose de antemano reunido al ejército las brigadas de Torrejón y Juvera que dejaron pasar por delante á la infantería, marchando desde entonces á retaguardia de ella: que el frío, la lluvia, el norte y un sol terrible alternaban causando enfermedades y muerte en comarcas en que no había habitaciones, árboles, víveres ni agua, y en que dormían á campo raso los soldados: que llegaron á la Encarnación las divisiones de infantería 1a., 2a. y 3a. en los días 17, 18 y 19 de Febrero, y las brigadas de caballería de Torrejón y Juvera el 20 y 21: que en la expresada hacienda ya se hallaba el general Andrade con su brigada de caballería y una fuerza de Presidiales; y que habían estado á tiro de fusil las avanzadas del enemigo. Santa-Anna asienta que al pasarse revista en la Encarnación, el total de nuestra fuerza allí era de 14,048 hombres (10,000 infantes y unos 4,000 caballos) resul-

tando una pérdida de 1,000 hombres por enfermedades y deserción. (52) Fíjese en esto el lector, pues las relaciones norte-americanas, inclusive los partes de Taylor, se obstinan en dar un efectivo de más de 20.000 hombres al ejército nuestro que se batió en la Angostura, haciendo punto omiso la revista pasada en la Encarnación el 20 ó 21 de Febrero, y ateniéndose únicamente á los Estados de fuerza formados en San Luis, para que resulte mayor la superioridad numérica de los combatientes y más meritorio el triunfo de nuestro enemigo. (53)

Se creía en la Encarnación que éste, en número de 6,000 hombres, con 30 piezas de artillería, estaba fortificado en Agua-Nueva, y resuelto á defender los puertos ó desfiladeros del Carnero y de la misma Agua-Nueva. El plan de Santa-Anna consistía en cortar del Salti-

---

(52) Claro es que Santa-Anna tenía en cuenta, aunque no lo expresaba, el guarismo de las tropas dejadas en San Luis y varios puntos del camino.

(53) El segundo en jefe norte americano, general Wool, dice en su parte que las fuerzas al mando de Santa-Anna en la Angostura, ascendían á 22,000 hombres, y que algunos prisioneros mexicanos las hacían subir á 24,000 fuera de la artillería; creyendo el mismo Wool que este segundo guarismo comprendía la división ó brigada de Miñón, que se decía ser de 2 á 3,000 hombres.

llo el ejército de Taylor, para obligarle á un combate desventajoso teniendo ya interrumpidas sus comunicaciones; ó si no salía de sus atrincheramientos, sitiarle en ellos.

No pudiéndose elegir las vías laterales á causa de lo más largo de la marcha y de la falta absoluta de víveres y agua, se determinó seguir el camino directo (mismo que co re desde San Luis hasta el Saltillo), forzar las posiciones del enemigo, y, después de pasado el último desfiladero, hacer un movimiento de conversión á la izquierda para ocupar el rancho de la Encantada á fin de procurarse agua, que no habría en más de dieciocho leguas. Para todo esto se contaba con que el enemigo ignoraría la marcha del grueso de nuestro ejército y seguiría creyendo que sus exploradores y avanzadas lo eran simplemente de la brigada de Urrea; pero un desertor de caballería, que desde la Encarnación se pasó á aquel, le impuso de cuanto convenía ocultarle. (54)

En la orden general del 20 al 21 de Febrero, firmada en la Encarnación por el general Micheltorena, jefe de estado mayor, (55) se previno que el ejército continuaría en marcha á las once de la mañana del 21, formando la vanguardia los batallones 1o., 2o., 3o. y 4o. Ligeros de

---

(54) Parte detallado de Santa-Anna.

(55) Así esta orden general como otra que antes mencioné, constan entre los documentos militares publicados por el gobierno de los Estados Unidos.

infantería á las órdenes de Ampudia, á fin de aprovechar las ventajas con que brindaran las circunstancias. Inmediatamente les seguiría el batallón de Zapadores, y á retaguardia de éste y á la cabeza de la 1a. división de infantería serían colocadas á las órdenes del jefe de ella, general Pacheco, la compañía de cazadores y 3 piezas de á 16 con sus respectivos artilleros, reserva y municiones compuestas de 100 tiros de bala rasa y otros tantos de metralla por cada pieza; llevando además 80 cajas de parque de fusil. Seguirían las divisiones de infantería del centro (general Lombardini) y de retaguardia (general Ortega), llevando respectivamente á su cabeza 5 piezas de á 12 la primera y 5 de á 8 la segunda, servidas y municionadas como las de la división de vanguardia, y conduciendo una y otra iguales cantidades de parque de infantería. Tras la última de estas divisiones iría la de caballería de retaguardia, llevando á su cabeza á los Húsares y en pos el tren general de artillería volante; á la que seguirían bagajes y toda clase de servicios anexos, como rancheros, lavanderos, etc., prohibiéndose el paso á las mujeres de los soldados. El jefe encargado de la comisaría era D. Pedro Rangel. Previnose igualmente que los cuerpos recibieran raciones para tres días, hasta el 23, guardando los soldados en sus mochilas, carne, totopo y piloncillo para comer donde hicieran alto, sin que se permitieran fogatas ni toques militares, y debiendo efectuarse en el más profundo silen-

cio el movimiento de marcha del 22 al rayar el alba; que los soldados bebieran y llevarán consigo toda el agua posible, procurando economizarla, pues en los puntos donde acamparan no la habría hasta las doce del día siguiente; y que los caballos y mulas recibieran dos raciones de cebada para llevarlas y tomarlas en la noche y á la alba, aflojándose únicamente las cinchas á los primeros y sin quitarse guarniciones á las segundas. Cada división llevaría sus respectivos médicos, ayudantes, medicinas y capellán. (56) Por último, se dió á reconocer á los generales D. Francisco Pérez y D. Luis Guzmán como segundos de Lombardini y de Ortega, y la caballería de Celaya y las compañías presidiales fueron puestas á las órdenes del conductor general del tren de bagajes.

El 21, á las doce del día, salió de la Encarnación el ejército, con pocas alteraciones respecto de lo prescrito en la orden general arriba extractada. Toda la caballería fué puesta al mando del general Juvéra, y cubrió la retaguardia una brigada de la misma arma, á las órdenes del general D. Manuel Andrade. Había que recorrer catorce leguas hasta las cercanías del puerto de Piñones (tres leguas

---

(56) Se dispuso que el capellán mayor hiciera celebrar el 22, por ser día de fiesta, misas á las 6, 7, 8 y 9 de la mañana, frente á las posiciones que á tales horas ocuparan las divisiones de infantería y caballería.

antes de Agua-Nueva) donde se pernoctaría el expresado 21 en orden de columna. Santa-Anna se adelantó con su estado mayor y el regimiento de Ingenieros, tomando el puesto de vanguardia detrás de los cuerpos ligeros; y después de haber pasado por el desfiladero de Piñones, hizo que la brigada ligera se situara en el puerto del Carnero, donde una fuerza enemiga estuvo tiroteándola. La noche del 21 quedaron, allí dicha brigada, y cerca del puerto de Piñones las demás tropas. Al amanecer el 22, continuó el ejército su marcha en la creencia de que tendría que forzar el desfiladero de Agua-Nueva que defendería el enemigo; pero encontró abandonado dicho punto. (57) Siguió Santa-Anna en marcha para tomar por la izquierda hacia el rancho de la Encantada, sobre el camino recto entre el Saltillo y Agua-Nueva, á cuatro ó cinco leguas de una y otra localidad; y entonces fué cuando se supo, por un mozo, que el enemigo se ha-

---

(57) "El enemigo,—dice el general Mora y Villamil en su parte—se suponía situado en Agua-Nueva y dispuesto á defenderl los desfiladeros de Puerto de Carnero y Agua-Nueva para sostenerse después en la hacienda (de Agua-Nueva) y dos grandes reductos cuadrados que se decía haber construido en la inmediación, lo que, en efecto, vimos era cierto respecto de uno." Agrega que las casas de la hacienda fueron incendiadas por el enemigo al retirarse.

bía movido de la hacienda de Agua-Nueva el 21, en dirección del Saltillo, dejando allí, para que escoltara gran cantidad de parque, una corta fuerza que acababa de retirarse en la mañana del 22. Fallaba, pues, el plan de Santa-Anna fundado en que se le resistiría en Agua-Nueva; pero aun no pe dió dicho jefe la esperanza del éxito, porque anticipadamente había ordenado al general D. José Vicente Miñón que, con la brigada de caballería de su mando, fuerte en 1,200 hombres, se situara en la mañana del 22 en la hacienda de Buena-Vista, á tres leguas cortas del Saltillo y detrás de las supuestas posiciones atrincheradas del enemigo. La fuerza de Miñón detendría la marcha de éste, ó, cuando menos, le pondría en expectativa, dándose así tiempo á la llegada del grueso de nuestro ejército. (58) Por lo mismo, se continuó el movimiento sin detenerse más que á tomar agua. Nuestra brigada ligera avistó la retaguardia norte-americana, y Santa-Anna, creyendo que iría muy precipitadamente, porque en la carretera dejaba guarniciones, útiles de fragua, ruedas de refacción y hasta carros, dispuso que los cuerpos ligeros de infantería, en unión del regimiento de Húsares, se adelantaran á atacarla; mandó avanzar su caballería, y poniéndose él mismo á la cabeza de estas fuerzas, llegó

---

(58) Todo lo aquí expuesto ha sido tomado casi textualmente del parte del general Santa-Anna.

con ellas á la Angostura, hallando que la masa principal del enemigo le aguardaba allí, formidablemente acampada.

Pero, antes de hablar de la lucha, conviene dar una rápida ojeada á los últimos movimientos y proyectos defensivos de Taylor, así como á sus elementos de combate, pasándonos por un sólo instante á su línea.

En sus diversos partes, dice en sustancia el jefe norte-americano, que habiendo adquirido el 20 de Febrero la seguridad de que las tropas mexicanas formaban ya un cuerpo considerable en la Encarnación, frente á Agua-Nueva, con el designio evidente de atacar sus posiciones, levantó de este último lugar su campo el 21 y estableció una fuerte línea enfrente de Buena-Vista, siete millas al Sur del Saltillo. Un destacamento de caballería dejado en Agua-Nueva para proteger la traslación de provisiones de guerra, fué obligado á retirarse en la noche; y en la mañana del 22 el ejército mexicano apareció delante de las nuevas posiciones de Taylor. Entrando éste en pormenores, se expresa así: "Las noticias que tuve del avance y concentración del gran cuerpo enemigo á mi frente, me obligaron á explorar con todo cuidado el terreno más allá del alcance de nuestras descubiertas, para cerciorarme del hecho. Una partida corta de exploradores texanos á las órdenes del mayor Mac-Culloch, despachada á la hacienda de la Encarnación en el camino de San Luis Potosí, había visto en ella tropas de caballería cuyo

efectivo se ignoraba. El 20 fué destacado el teniente coronel May á practicar un reconocimiento formal en la hacienda de la Hedlonda, en tanto que Mac-Culloch reconocía nuevamente la Encarnación; y el resultado de estas expediciones no dejó ya duda de que el enemigo, en la segunda de tales haciendas, estaba en alta fuerza á las órdenes de Santa-Anna, intentando avanzar y atacarnos. Como el campamento de Agua-Nueva podía ser flanqueado de uno y otro lado, y como la fuerza enemiga era muy superior á la nuestra, principalmente en el arma do caballería, después de reflexionarlo, resolví tomar posición á unas once millas á retaguardia y aguardar allí el ataque. Mi ejército levantó el campo y marchó en la tarde del 21, acampando en la nueva posición, casi enfrente de la hacienda de Buena-Vista; y con una corta fuerza salí para el Saltillo (esa misma tarde) á hacer algunos arreglos necesarios á la defensa de la ciudad, dejando al general Wool á la cabeza de las tropas." Indudable és que el Saltillo constituía uno de los puntos principales de la línea norteamericana: su guarda quedó encomendada al teniente coronel Warren y al capitán Webster con cuatro compañías escogidas de Voluntarios de Illinois. Un reducto que dominaba la mayor parte de sus entradas y que contaba con 2 obuses de á 24, fué guarnecido por una compañía del 1o. de Artillería, y cuidaban del tren y del cuartel general dos compañías de Rifleros del Mississippi á las órdenes del capi-

tán Rogers, con 1 pieza de batalla bajo la dirección del capitán Shover, del 3o. de Artillería.

Según los partes del general Wool, al moverse de Agua-Nueva las tropas norte-americanas, el 21, hicieron marchar delante el trén de provisiones y bagajes, y dejaron en dicho punto el regimiento de Voluntarios de Arkansas del coronel Yell en observación del ejército contrario, y para cuidar de los efectos y municiones que aun quedaban en la hacienda, mientras se obtenían medios de trasporte para llevarlos á Buena-Vista. Al llegar Taylor á la Encantada dispuso que el 2o. regimiento de Voluntarios de Kentucky, á las órdenes de su coronel Mac-Kee, y una sección de la batería del capitán Washington, permanecieran allí para sostener al coronel Yell, en caso de ser atacado. En otro punto llamado el Paso (la Angostura) entre la Encantada y Buena-Vista, se apostó el primer regimiento de Voluntarios de Illinois con su coronel Hardin. El resto de las fuerzas de Wool acampó cerca de la hacienda de Buena-Vista: Taylor salió, acompañado de varios cuerpos, para el Saltillo, á disponer la defensa de tal localidad, amagada por la caballería de Miñón, y fueron despachados á Agua-Nueva todos los carros disponibles á fin de completar el trasporte de los almacenes. En la misma tarde (21) dispuso Taylor desde el Saltillo, que el coronel Marshall con su regimiento y el 1o. de Dragones, fuera á Agua-Nueva á reforzar al coronel Yell,

á quien se previno que, en caso de ataque, destruyera todos los efectos que no pudiera llevar consigo, y que se retirara antes de las doce de la noche, debiendo hallar en la Encantada el apoyo de Mac-Kee y replegarse entrambos hasta Buena-Vista si los hostilizaba el enemigo hasta el primero de dichos puntos. Antes de moverse de Agua-Nueva las tropas del coronel Yell. fueron sorprendidas por las avanzadas mexicanas, y entonces se retiraron, con todo y refuerzo, á las órdenes del coronel Marshall, después de destruir algunos cereales y dejando unos cuantos carros que habían sido precipitadamente abandonados por sus conductores. Todas las fuerzas norte-americanas avanzadas, excepto el regimiento del coronel Hardin, llegaron á Buena-Vista antes de amanecer el 22.

Las fuerzas de Taylor, que iban á combatir en la Angostura y Buena-Vista, se componían del 1o. y 2o. de Dragones: 3o. y 4o. de Artillería; cuerpos de caballería de Arkansas y Kentucky; 2o. de infantería de Kentucky; Rifleros del Mississipi; brigada de Indiana con 3 regimientos; 1o. y 2o. de infantería de Illinois: Voluntarios de Texas y compañía de Exploradores de Mac.Culloch, con un total de muy cerca de 5,000 hombres, entre quienes había 334 oficiales. La parte veterana ó regular de dichas fuerzas se reducía á dos escuadrones de caballería y tres baterías ligeras con un efectivo de 453 hombres, siendo de voluntarios el resto; pero habiendo

entre ellos cuerpos tan valientes y bien organizados como el de Jefferson Davis (Rifleros del Mississippi). En cuanto á su artillería, no era inferior en número á la nuestra, y le era muy superior en sistema y principalmente en servicio. La superioridad numérica del ejército de Santa-Anna, muy considerable aun después de restar la parte de la exageración, resultó desde luego enteramente neutralizada por la elección del terreno de la batalla y la colocación de las baterías y de las tropas norteamericanas; todo lo cual fué obra de los conocimientos y de la voluntad de Taylor.

*
* *

Agrego algunas noticias complementarias.

Taylor había tendido á agrandar su línea, ocupando nuevas localidades en los Estados de Tamaulipas y Nuevo-León y Coahuila; pero el nuevo plan de operaciones adoptado en Washington, disminuyéndole considerablemente sus fuerzas, le obligó á evacuar algunas de las localidades que había recientemente guarnecido, á retirar de Parras la división de Wool, y á limitar su propia línea á los puntos del Bravo y á Monterrey y el Saltillo. Tampico quedaba de base de las operaciones del nuevo ejército que se dirigiría á Veracruz.

A disponer lo relativo á esta expedición se trasladó Scott en Noviembre á Brazos de Santiago, después de influir en que el ejecutivo ordenara la formación de otros nueve regi-

mientos de voluntarios, inclusive uno de caballería texana; y con fecha 25 del expresado mes, anunció á Taylor que iba á privarle de gran parte de sus fuerzas y á dejarle reducido á una actitud defensiva. A consecuencia de las órdenes é instrucciones del mismo Scott, Worth y su división, aumentada con cinco compañías de dragones y tres del 6o. de infantería de la columna de Wool, salieron del Saltillo hacia la boca del Bravo; y las divisiones de Twiggs y Patterson fueron despachadas á Tampico. Tayor hizo trasladar de Parras al Saltillo la división de Wool, compuesta de 3,000 hombres y 6 piezas de artillería; y, abandonando á Ciudad Victoria, se trasladó él mismo á Monterrey con el escuadrón del teniente coronel May, las baterías de Bragg y Sherman y el regimiento de Rifleros del Mississipi. Otros dos regimientos de voluntarios habían sido traídos de Monterrey al Saltillo pocos días antes, con motivo de alguna falsa alarma habida en la segunda de las mencionadas ciudades.

Taylor quedó resentido contra Scott, y, principalmente, contra la secretaría de Guerra, por la reducción de sus fuerzas y de su papel en la campaña de México; y creyó y dijo que, sin duda á causa de mala voluntad personal, se le dejaba comprometido y expuesto á un descalabro. Scott le dió explicaciones satisfactorias acerca de la importancia del nuevo plan de operaciones y de la urgente necesidad de aplicar á la expedición sobre Veracruz las prin-

cuales tropas disponibles. El mismo mayor general creía que tan luego como Santa-Anna tuviera noticia del amago á Veracruz, se movería hácia este rumbo con el ejército formado en San Luis, dejando inmediatamente de amenazar la línea de Taylor, quien quedaría así en completa seguridad.

Sin embargo, las primeras comunicaciones de Scott á Taylor acerca del nuevo plan de campaña del invasor, habían sido interceptadas (59) y comunicadas á Santa-Anna; y es de creerse que, además de la necesidad que él tenía de combatir desde luego para impedir la destrucción de su ejército por inanición, y acallar la grita de los partidos; y además, también, de su imposibilidad, por falta de recursos pecuniarios, de mover ese mismo ejército desde el Norte hasta el Sureste para oponerse á una nueva invasión, sirviéronle de espuela para avanzar sobre Taylor la considerable reducción de las tropas de este jefe y el consiguiente aumento de probabilidades de triunfo para el numeroso ejército agrupado en San Luis, si, desentendiéndose de la tormenta que amagaba á Veracruz, caía rápidamente él mismo sobre la línea defensiva enemiga en Nuevo-León y Coahuila. Lo cierto es que Santa-Anna se movió hácia el Saltillo con precisión y rapidez tales que asombraron á los invasores

(59) El teniente Richey que las llevaba, fué aprehendido y muerto en Villagrán con los 10 dragones de su escolta.

y los obligaron á reunir inmediatamente sus elementos todos de resistencia.

El 20 de Enero, los destacamentos de caballería de los mayores Borland y Gaines y del capitán Clay, que en número de 70 y pico de hombres habían salido á explorar el campo más acá del Saltillo, cayeron, sin disparar un tiro, en poder de la caballería del general Miñón, en la hacienda de la Encarnación ó sus cercanías, y fueron traídos hácia San Luis. En la mañana del 26, el capitán Heady con 70 hombres de caballería del Kentucky, reconocía el paso de las Palomas, no lejos del Saltillo, y cayó prisionero con toda su gente en manos de una guerrilla del teniente coronel Cruz. (60)

Estos sucesos acabaron de alarmar y de poner en guardia al enemigo. Taylor salió de Monterrey el 31 de Enero con las mismas fuerzas que le habían acompañado desde Ciudad Victoria, ó sea el escuadrón de May, el regimiento de voluntarios del Mississipi y las dos baterías de Bragg y Sherman, y llegó al Saltillo el 2 de Febrero. En esta ciudad formaban el principal núcleo de las tropas norte-americanas las divisiones de Wool y de Butler, la última sin su jefe, que había marchado á los Estados Unidos. Taylor dejó en el Saltillo

---

(60) Ya en la expedición á Ciudad Victoria, un destacamento del escuadrón de May había sido cortado y hecho prisionero al atravesar alguna región montañosa.

guarnición suficiente á las órdenes del teniente coronel Warren, y el día 5 del expresado mes hizo avanzar el grueso de su gente á Agua-Nueva, de donde, como hemos visto, retrocedió después á Buena-Vista para evitar el peligro de ser flanqueado por Santa-Anna.

Según Ripley, la fuerza enemiga que combatió en la Angostura, ascendía, fuera de jefes y oficiales, á 4,425 hombres con 15 piezas de artillería.

IX

LA ANGOSTURA.

Combate de 22 de Febrero.—Batalla habida el 23.—Conservan sus posiciones ambos ejércitos.

Casi al finalizar el anterior capítulo, vimos que el general Santa-Anna, al desembocar en la Angostura con los cuerpos ligeros de infantería y alguna fuerza de caballería, halló al enemigo fuertemente acampado en dicho punto.

El camino, que es casi directo de Sur á Norte desde San Luis hasta el Saltillo, luego que deja atrás los puertos ó desfiladeros de Agua-Nueva, Piñones y el Carnero, continúa en el centro de un valle formado por dos órdenes de montañas de la Sierra-Madre, y que se estrecha en el lugar llamado el Paso ó la Angostura, entre los puntos de la Encantada y

Buena-Vista. Aquí fué donde Taylor estableció el centro de su defensa en una fuerte batería principal, sostenida por algunas otras accesorias á los lados y por los principales cuerpos de su ejército, dejando alguna reserva con parque y bagajes en la hacienda de Buena-Vista, y cuidando de mantener expedito el tramo de camino de la expresada hacienda al Saltillo, base de toda su línea de defensa.

El aspecto del teatro de la batalla en el plano norte-americano, es el de un pulpo gigantesco á que sirven de brazos ó tentáculos las lomas y barrancas extendidas de una á otra línea de montañas, perpendicularmente al camino y cortándolo en no pocos lugares. "El camino en este punto, dice Taylor, se convierte en angosto desfiladero, quedando el valle á su derecha enteramente impracticable para la artillería, á causa de una serie de zanjas ó fosos profundos; en tanto que á la izquierda otra serie de altas lomas y de barrancas ó ramblas se extiende á larga distancia hácia las montañas que limitan el valle. Los pliegues del terreno inutilizaban casi por completo la artillería y caballería del enemigo, en tanto que su infantería perdía ante ellos mucho de su ventaja numérica." El general Mora y Villamil se ezpresa del terreno en estos términos: "El largo valle que desde Agua-Nueva conduce al Saltillo entre dos cadenas de montañas, se estrecha en ese paraje, y los torrentes que bajan de ambas cordilleras han formado varias ondulaciones paralelas, que todas son per-

pendiculares á la dirección del camino: en el fondo de cada una de estas ondulaciones están situadas las barrancas ó torrenteras, algunas de ellas intransitables y todas extremadamente dificultosas para la caballería y aun para la infantería. El enemigo tenía ocupada una de estas lomas en la parte de la ruta que da un torno hácia el Oriente, de manera que se presentaba al frente del camino por donde era necesario pasar desfilando: su flanco derecho era cubierto por una batería de 4 piezas, la que no se podía voltear en razón del sinnúmero de profundos y escarpados barrancos situados delante de la posición en aquel paraje: en el centro y enfilando el camino estaba colocada otra batería, y dos más lo estaban hácia su flanco izquierdo." Santa-Anna habla en iguales términos acerca del terreno, y agrega: "La posición enemiga estaba delante y atrás del camino: su derecha y el frente se hallaban cubiertos por una porción de barrancas intransitables aun para la infantería: en el punto más culminante tenían situada una batería de 4 piezas: sobre la loma se veían formados los batallones con otras dos baterías; una de éstas quedaba colocada en la parte baja del camino entre dos lomas, y en todo me pareció haber visto sobre 8,000 hombres con más de 20 piezas." El punto principal de la defensa parece haber sido elegido en la noche del 21, pues durante ella, con arreglo á las órdenes del segundo en jefe norte-americano, general Wool, el regimiento del coronel Hardin había levantado un parapeto en la eminencia allí

existente á un lado del camino, cavado un foso y formado otro parapeto que desde el camino se extendía sobre la derecha. En la mañana del 22 se hizo cavar otro foso y levantar otro parapeto al través del camino mismo, para seguridad de la artillería, dejando al pie de la eminencia lateral un portillo estrecho que debía cerrarse colocando allí dos carros cargados de piedra.

A las ocho de la mañana del 22 supo Wool que nuestro ejército estaba en Agua-Nueva, y dispuso que una sección de la artillería del capitán Washington avanzara á unirse al coronel Hardin en el punto empezado á fortificar por éste en la noche anterior, y cuyas obras defensivas se aumentaron y completaron en la mañana. A eso de las nueve, los exploradores que había en la Encantada, á tres y media millas de distancia del Paso, descubrieron que avanzaba Santa-Anna; se despachó aviso de ello á Taylor, que estaba en el Saltillo; y Wool dispuso que las tropas reunidas en Buena-Vista avanzaran al encuentro de su enemigo. La batería del capitán Washington fué colocada al través del camino, que barría con sus fuegos, quedando protegida á su izquierda por la eminencia de que he hablado, y á su derecha por los fosos abiertos con tal objeto. El 2o. regimiento de infantería de Kentucky, al mando del coronel Mac-Kee, fué situado en otra altura inmediata, á retaguardia de la batería de Washington; seis compañías del 1o. regimiento de Illinois con su coronel Hardin se situaron en la eminencia á la iz-

quierda; otras dos compañías del mismo regimiento con su teniente coronel Weatherford, ocuparon el parapeto, á la derecha de la batería; el 2o. regimiento de Illinois se colocó á la izquierda del de Kentucky; la brigada de Indiana, á las órdenes del brigadier general Lane, fué situada en una loma, inmediatamente á retaguardia de la línea del frente; y el escuadrón del capitán Steen quedó de reserva, á retaguardia de dicha brigada. Los regimientos de caballería de Kentucky y de Arkansas, con sus coroneles Marshall y Yell, y fueron apostadas á la izquierda de la segunda línea norteamericana hácia las montañas: á poco las compañías de rifleros de estos dos regimientos se desmontaron, y con otras de caballería y un batallón de Rifleros de la brigada de Indiana, conducido por el mayor Gorman, yendo toda la fuerza á las órdenes de Marshall, fueron á situarse en la extremidad de su línea izquierda, al pie mismo de las montañas. Esta colocación de fuerzas fué aprobada por Taylor al regresar del Saltillo, en la mañana del 22, trayendo consigo el escuadrón (del 2o. de Dragones) del teniente coronel May, las baterías de los capitanes Sherman y Bragg, y el regimiento de Rifleros del Mississippi, cuyas fuerzas quedaron formando parte de la reserva. (61) Taylor dice casi textualmente que

---

(61) Parte de Wool. Acaso el de Taylor es más claro relativamente á la colocación de las fuerzas.

la batería del capitán Washington del 4o. de artillería, fué colocada enfilando el camino, mientras los regimientos 1o. y 2o. de Illinois, á las órdenes de los coroneles Hardin y Bissell (cada cual con ocho compañías, y agregada al segundo de ellos las de voluntarios texanos del capitán Conner) y el 2o. de Kentucky con su coronel Mac-Kee, ocuparon las crestas de las lomas á la izquierda y retaguardia del centro; que los regimientos de caballería de Arkansas y Kentucky, mandados por los coroneles Yell, y Marshall, ocuparon la extrema izquierda norte-americana cerca de la base de la montaña; mientras la brigada de Indiana (compuesta de los regimientos 2o. y 3o., con sus coroneles Bowles y Lane) bajo el mando del brigadier Lane; los Rifleros del Mississippi con su coronel Davis; los escuadrones del 1o. y 2o. de Dragones, al mando del capitán Steen y del teniente coronel May, y las baterías ligeras de los capitanes Sherman y Bragg (62) del 3o. de artillería, quedaron formando la reserva.

El general Santa-Anna hizo alto fuera del alcance de las baterías norte-americanas, y tuvo que aguardar la llegada de su infantería, cuyos cuerpos el enemigo, por medio de sus anteojos, veía aparecer y aproximarse sucesivamente. A las once de la mañana el expre-

(62) Brayton Bragg, general de la Confederación del Sur en la guerra civil de los Estados Unidos.—(N. del E.)

sado jefe, desde la Encantada, envió á Taylor una intimación así concebida: "Está vd. rodeado por 20,000 hombres y, según todas las probabilidades, no puede evitar una derrota y la destrucción de sus tropas; pero, mereciéndome estimación particular, se lo aviso para que pueda rendirse á discreción bajo la seguridad de ser tratado como cumple al carácter mexicano; á cuyo fin se le concede el plazo de una hora desde la llegada de mi parlamentario al campo de vd. (63) Taylor contestó desde las cercanías de Buena-Vista: "En respuesta á la nota de vd. de hoy, intimándome que rinda mis fuerzas á discreción, debo decirle que rehuso acceder á su excitativa." Entretanto, Santa-Anna reconoció la posición del enemigo, hizo que también la estudiaran el director de ingenieros, general Mora y Villamil, y los jefes y oficiales Blanco (D. Santiago y D. Miguel), Corona y Robles, y cerciorado de los inconvenientes que habría en atacarla de frente, ha debido desde ese momento, siguiendo la opinión de los expresados jefes, formar su plan que consistió, en sustancia, en flanquearla. Advirtió que los contrarios habían descuidado ocupar una altura importante á la izquierda de la línea norte-americana y á la derecha nuestra, y dispuso que la brigada de tropas ligeras, al mando de Ampudia, se po-

(63) Traducido de la versión inglesa, que aparece entre los partes militares de los Estados Unidos.

sesionara de ella y la conservara hasta nueva orden. A medida que iban llegando los cuerpos de infantería, los situaba en dos líneas: hizo establecer una batería de piezas de á 16, sostenida por el batallón de Ingenieros en apoyo de nuestro flanco izquierdo y en contraposición á la del flanco derecho enemigo, y otras dos baterías de piezas de á 12 y de á 8 en el centro y derecha nuestros; dejó á retaguardia, por derecha é izquierda, la caballería del general Juvera y el cuerpo de Húsares, así como en el centro de la misma retaguardia al parque general, cubierto por la brigada del general Andrade; y entre el parque y las líneas de batalla situó su cuartel general. Mandó ocupar con infantería un cerro distante, á su izquierda, y éste ó algún otro movimiento suyo, en el mismo lado, alarmó á Taylor y le indujo á disponer que el 2o. regimiento de infantería de Kentucky y la batería del capitán Bragg, con un destacamento de caballería, se situara á la derecha de los fosos á alguna distancia á vanguardia de la batería del capitán Washington en el centro; siendo la batería del capitán Sherman conservada en reserva á retaguardia de la segunda línea.

La ejecución de la orden de Santa-Anna relativa á ocupar una altura á la izquierda del enemigo, dió lugar á que principiara el combate y constituyó su total objeto en la tarde del 22, tratando los mexicanos de hacerse dueños del punto y los norte-americanos de

impedirlo. La brigada ligera, compuesta de los batallones 1o., 2o., 3o. y 4o. Ligeros de infantería, al mando del general Ampudia, fué. según he dicho, especialmente encargada de tal operación; pero Ampudia quedó, además, nombrado jefe de la columna de la derecha de la batalla, y con tal carácter tuvo á sus órdenes la 1a. brigada de infantería de la división del centro: en cuya brigada, que mandaba el general López Uraga, prestaban sus servicios Bananeli, Calatayud, Rosas Landa y otros jefes igualmente apreciables. De parte del enemigo, el brigadier general José Lane, jefe de la brigada de Indiana, tuvo á su cargo el mando ó la inspección del ala izquierda de Taylor, que debía servir de blanco á los ataques de nuestra derecha.

El combate comenzó con el despliegue de nuestras fuerzas ligeras hácia la falda de las montañas, á la izquierda del enemigo, para flanquearle, y después apoderarnos de la llave de su posición ó sea la eminencia á la izquierda de la batería de Washington, y abrirnos de esta manera paso hácia el Saltillo. De contener tal movimiento fué encargado el coronel Marshall con su propio cuerpo y los de Rifleros de Arkansas y de Indiana, conducidos por el teniente coronel Reane y el mayor Gorman; en tanto que el general Lane, con el 2o. regimiento de Indiana y una sección de 3 piezas de artillería del capitán Washington, al mando del teniente O'Brien, fueron á situarse á la extremidad izquierda de su propia lí-

nea, frente á la llanura limitada por una gran barranca desde la montaña hasta el camino, llevando órdenes de impedir el avance de la brigada de Ampudia por la falda de la montaña. El despliegue de nuestra infantería ligera tuvo lugar á las dos de la tarde, situándose las primeras las compañías de tiradores de los capitanes D. Leonardo Márquez y D. Luis G. Osollo en las alturas de nuestra derecha; rompiendo en ellas sus fuegos, apoyados por el de un obus que las protegía desde el camino, sobre la sección del coronel Marshall, y ascendiendo hácia la cumbre de la montaña, seguidas de nuevos destacamentos de la brigada ligera mandada personalmente por Ampudia, y de la primera brigada de infantería de la división del centro. A causa de órdenes mal comunicadas, el coronel Marshall desocupó algunas lomas de que inmediatamente se posesionaron los nuestros. El tiroteo fué muy nutrido desde las cuatro de la tarde hasta el anochecer: sosteníanle de unas á otras alturas los contendientes, subiendo entrambos en dos líneas paralelas hácia la cima principal de la montaña, á la que llegaron primero los mexicanos, quedando en posesión de ella, y conservando los norte-americanos, en su propia línea, sus posiciones inferiores toda la noche del 22. Los primeros calcularon en 400 el número de muertos y heridos hechos á los segundos, quienes, á su turno, asientan que no tuvieron pérdida grave, y calculan en 60 ú 80 las bajas de Ampudia.

Convencido Taylor de que nada serio se emprendería ya sino al siguiente día, volvió, como á las seis de la tarde, al Saltillo, con los Rifleros del Mississippi y escuadrón del 2o. de Dragones, á disponer la defensa de la ciudad, á que se había aproximado desde esa mañana la caballería de Miñón. Las fuerzas de uno y otro bando, en el campo de la Angostura, vivaquearon esa noche sin lumbradas y sobre las armas. En cuanto á las posiciones de nuestra derecha en la montaña, fueron, durante la oscuridad, extendidas y nuevamente reforzadas con destacamentos considerables que al amanecer el 23 rompieron un fuego vivísimo sobre los rifleros norte-americanos, iniciándose así la batalla de este día memorable. Wool dice en su parte: "Sobre las dos de la mañana del 23 nuestras avanzadas fueron arrolladas por los mexicanos, y á la alba se renovó la acción entre la infantería ligera mexicana y nuestros rifleros en la vertiente de la montaña. El enemigo había logrado en la noche y en la madrugada ganar la cumbre misma de la montaña para pasar á nuestra izquierda y retaguardia, habiendo reforzado su extrema derecha con 1,500 ó 2,000 hombres de infantería." Taylor dice: "Dictadas mis disposiciones en el Saltillo, volví en la mañana del 23 á Buena-Vista, mandando avanzar todas las demás tropas disponibles. La acción había comenzado antes de mi llegada al campo. Durante la tarde y noche del 22, el enemigo había enviado un cuerpo de tropas lige-

res á la vertiente de la montaña, con el objeto de flanquear nuestra izquierda, y allí fué donde comenzó muy temprano la batalla del 23."

*
* *

Hemos visto que la batalla del 23 de Febrero (1,847) en la Angostura comenzó en el flanco de las montañas, á la izquierda de la posición enemiga y á la derecha de la nuestra, entre las tropas ligeras y demás fuerzas al mando de Ampudia, y los rifleros norteamericanos dirigidos por el coronel Marshall. Acudió á muy poco, á reforzar á este jefe, con otro batallón de rifleros, el mayor Trail, del 2o. de Voluntarios de Illinois.

Al amanecer montó Santa-Anna á caballo y examinó la línea enemiga, sin advertir en ella otra novedad que la formación ya indicada en mi anterior relación, de dos cuerpos de infantería y una batería, á la derecha y muy á vanguardia de su centro, como si se propusieran tales fuerzas atacar la izquierda mexicana. No siendo creíble que quisieran así desaprovechar las ventajas del terreno, y teniendo ya, por otra parte, formado nuestro jefe su plan, se decidió á mover la mayor parte de sus tropas á su derecha, escogida acaso por él para teatro principal de la batalla, como único paso posible hácia el flanco izquierdo y la retaguardia del contrario; aunque haciendo al mismo tiempo una tentativa de frente contra su centro. Adelantó, pues, las dos divisiones

de infantería de Pacheco y Lombardini (1a. y 2a.) dejando de reserva la 3a. al mando de Ortega: mandó al general Micheltorena y al coronel Corona establecer ó rectificar dos baterías, una de piezas de á 12 en nuestro centro, y otra de piezas de á 8 en nuestra derecha, oblicuando sobre la posición central norte-americana: formó dos columnas de ataque con las dos divisiones de infantería mencionadas, conduciendo á la de Lombardini sobre la izquierda del invasor y disponiendo que la de Pacheco, con la caballería, avanzara de frente, y que se formara con el regimiento de Ingenieros y batallones Fijo de México y Mixto de Puebla y Tampico otra columna á las órdenes del coronel D. Santiago Blanco, la cual, á eso de las ocho de la mañana apoyando el ala izquierda de la división de Pacheco, y protegida como ésta por la batería de Corona, avanzó con el arma al brazo por el camino directo hasta llegar á medio tiro de cañón de la batería de Washington, cuyos fuegos recibía de frente. Al notar Santa-Anna el destrozo causado en estas tropas, mandó suspender su marcha, y que permaneciera fuera de tiro, formada la columna de Blanco para utilizarla, como lo hizo más tarde, en el último y más terrible ataque al centro del enemigo. La columna de Pacheco fué llevada desde luego á nuestra derecha á operar en unión de la de Lombardini. Este primer movimiento de las columnas de Pacheco y de Blanco constituyó la única tentativa nuestra de frente ó por

nuestra izquierda sobre el centro y la derecha de Taylor; y me inclino á creer que el intento, de Santa-Anna, al hacerla, haya sido dividir la atención del enemigo, para obtener mejores resultados en las primeras operaciones emprendidas á nuestra derecha.

A esta parte del campo desde temprano había prestado atención el invasor, haciendo que el 2o. regimiento de infantería de Kentucky y la batería de Bragg, en virtud de instrucciones dadas al mayor Mansfield, fuesen traídos de su ala derecha y retaguardia, á tomar posiciones con el 2o. de Voluntarios de Illinois, del coronel Bissell, en la llanura desde el centro de la línea hasta el pie de las montañas en que se batía Ampudia con los rifleros de Marshall. Ya he dicho que toda la izquierda enemiga estaba á las órdenes del brigadier general José Lane, jefe de la brigada de Indiana y de las demás fuerzas que cubrían esa parte de la línea. Las tropas contendientes se dieron allí diversas cargas, hallando acaso mayores dificultades en la configuración y los accidentes del tereno que en la resistencia y decisión del adversario respectivo. En uno de los primeros choques fué herido el general Lombardini, y su división quedó al mando del segundo jefe de ella, general D. Francisco Pérez. Reorganizaba éste sus fuerzas algo diseminadas á causa de las escabrosidades del campo, cuando el enemigo dirigió buen golpe de gente sobre el batallón Mixto de Santa-Anna, perteneciente á la división de retaguardia, y que

avanzaba á la derecha de la de Lombardini ó del centro. (64, Con la tropa que de pronto pudo allí reunir Pérez, logró parar el golpe, y en seguida cargó á la bayoneta sobre los flancos del contrario. En estos momentos volvía Taylor del Saltillo con el regimiento del Mississippi y escuadrón de Dragones que le acompañaban. y se situaba en el centro de sus posiciones para dirigir desde allí á sus tropas. Las de su izquierda, opuestas á la sazón á las nuestras, consistían principalmente en la brigada de Indiana y la sección de artillería del teniente O'Brien. Su jefe, el brigadier general Lane, en virtud de las órdenes de Wool, para hacer más provechoso el fuego de la infantería. quiso acercarla á la nuestra y mandó á toda su línea que avanzara: la orden fué inmediatamente obedecida por el teniente O'Brien; pero la infantería, en vez de avanzar, retrocedió en desorden, y á despecho de los esfuerzos de su coronel y oficialidad. dejó abandonada la artillería y huyó del campo de batalla. (65) Al verse O'Brien sin el apoyo

---

(64) Parte del general Pérez.

(65) Parte del general Wool. El cuerpo desbandado fué el 2o. regimiento de Indiana. Algunos de los dispersos fueron recogidos por su coronel Bowles que con este pequeño grupo se agregó á los Rifleros del Mississippi y prestó buenos servicios en el resto del día. "Siento tener que decir—agrega Wool—que los más de los dispersos no volvieron al campo, y que muchos siguieron la fuga hasta el Saltillo."

de infantería alguna y sin poder hacer frente al grueso considerable que le iba encima con fuego destructor, se replegó al centro, dejando en nuestras manos una de sus piezas de artillería sin artilleros ni animales. A su turno, los rifleros de la sección del coronel Marshall, viéndose aislados del centro por la fuga del 2o. regimiento de Indiana y el consiguiente avance de la infantería y caballería mexicana sobre el terreno que había ocupado dicho regimiento, se retiraron de sus posiciones en la montaña donde habían estado batiéndose con las fuerzas de Ampudia, hasta el otro lado de la ancha y profunda rambla á retaguardia de la posición de Lane. Muchos de estos rifleros huyeron en desorden, siendo algunos inmediatamente reorganizados y traídos de nuevo al combate, y no deteniéndose otros hasta la hacienda de Buena-Vista, donde fueron reunidos por sus oficiales.

El enemigo había sido rechazado de su segunda línea, que ocuparon nuestras fuerzas, rompiendo ó continuando la batería de 3 piezas de á 8 de Micheltorena sus fuegos oblícuos sobre el centro; pero los de éste fueron tales, según Wool, que la columna nuestra que avanzaba con cerca de 6,000 hombres entre infantería y caballería, tuvo que mantenerse en la parte alta de la llanura, cerca de la base de la montaña; y en vez de volverse á su izquierda y de avanzar sobre el centro enemigo, continuó en marcha perpendicularmente sobre la extremidad izquierda de la línea norte-ame-

ricana, y atravesó la rambla por donde habían pasado los rifleros de Marshall en su fuga, sin apartarse para nada del pie de la montaña; lo cual, dicho sea entre paréntesis, puede haber sido obra no de la necesidad, sino del cálculo, pues no me inclino á creer que entrara en el de Santa-Anna obstinarse en tomar ante todo, el centro enemigo, si le era dable hacer pasar sus fuerzas lateralmente para batirle después por la retaguardia. Como quiera que sea, esta poderosa columna nuestra que por la falda de las montañas avanzaba hácia la hacienda de Buena-Vista, viéndose á punto de dejar inutilizada toda la fortificación central de Taylor y de obtener una victoria completa, inquietó de tal manera al enemigo, que procuró oponerle cuantos elementos propios halló á mano; y los coroneles Marshall y Yell con sus compañías de caballería y el coronel May con el escuadrón del 1o. y 2o. de Dragones y el del capitán Pike del regimiento de Arkansas, combinadamente con una brigada de infantería formada del regimiento del Mississippi, del 3o. de Indiana del coronel Lane y de un grupo del 2o. de Indiana al mando de su coronel Bowles y con la artillería de Bragg y 3 piezas de la de Sherman, lograron detener la marcha de esta columna que se dirigía á toda prisa á Buena-Vista; luciéndose en este hecho de armas los Rifleros del Mississippi conducidos por su coronel Jefferson Davis. Pero la caballería mexicana, á una parte de la cual había abierto paso la infantería

de Pérez, siguió avanzando hácia el Norte sin ser detenida como la infantera, y llegó al límite extremo de la retaguardia enemiga, donde habría debido darle la mano la división de caballería de Miñón si hubiera ocupado el puesto que le fué señalado en el plan de operaciones de Santa-Anna.

Al tratar de esta división dejo la palabra á Taylor en su parte de la batalla del 23: "Durante el día, dice, la caballería del general Miñón había ascendido á la elevada llanura que se extiende sobre el Saltillo, y ocupado el camino de la ciudad al campo de batalla, donde detuvo ó aprehendió á algunos de nuestros dispersos. Al aproximarse á la ciudad recibió los fuegos del capitán Webster desde el reducto guarnecido por su compañía, y entonces se movió hácia el lado oriental del valle y oblícuamente hácia Buena-Vista. A esta sazón el capitán Shover avanzó rápidamente con su pieza de artillería sostenida por una fuerza mixta de voluntarios á caballo, y disparó algunos tiros á la caballería mexicana con buen resultado. Dicha fuerza enemiga fué arrojada á las ramblas que guían al valle inferior, y perseguida de cerca por el capitán Shover, reforzado con la pieza de la batería del capitán Webster, á las órdenes del teniente Donaldson que había avanzado desde el reducto, sostenido por la compañía de voluntarios de Illinois del capitán Wheeler. El enemigo hizo uno ó dos esfuerzos para cargar sobre la artillería; pero fué finalmente recha-

zado en una masa confusa, y no volvió á aparecerse en la llanura." (66)

El ascenso de nuestra caballería del campo de la Angostura á Buena-Vista, en cuyas cercanías debió estar apostada la división de Miñón, bien merece noticias más pormenorizadas, y voy á darlas. Todas nuestras fuerzas de caballería en el citado campo de la Angostura habían sido puestas, según ya he dicho, á las órdenes del general D. Julián Juvera, quien al principio de la batalla marchó en unión de las columnas de Pacheco y de Blanco sobre la batería central enemiga, y se dirigió en seguida á nuestra derecha, venciendo á duras penas los obstáculos del terreno, y dando allí varias cargas á la izquierda norte-americana. Los cuerpos que iban á las más inmediatas órdenes de Juvera, siguieron por la base de las montañas el movimiento de flanco hasta muy corta distancia de la hacienda de Buena-Vista, donde se les opuso una fuerza contraria como de 500 dragones, á cuya vista organizó Juvera violentamente una batalla con sus expresados cuerpos, situando á la derecha una parte de la brigada de D. Manuel Andrade al mando del general D. Rafael Vázquez, el 5o. regimiento con su jefe accidental el general D. Angel Guzmán y una mitad del Regimiento de Húsares con su coronel D. Miguel

(66) De propósito he conservado la construcción algo sajona de este pasaje, temiendo alterarle en la traducción.

Andrade; ocupando la izquierda el regimiento de Coraceros con su coronel D. Francisco Güitián, y quedando á retaguardia y de reserva él activo de Morelia á las órdenes del general D. Manuel Andrade. (67) En esta disposición cargó la caballería mexicana sobre la norte-americana á las órdenes de los coroneles Marshall y Yell; pero como la configuración del terreno impidió que marcharan recta y paralelamente los cuerpos, tuvieron que oblicuar su movimiento hacia la derecha, sufriendo en tal virtud solamente el costado izquierdo el fuego de pistola con que á veinte varas de distancia recibió á la columna el enemigo: luchóse al arma blanca, quedando envuelta por un momento la fuerza contraria; pero ésta logró apoyarse en una barranca y presentar 3 piezas de artillería, ante cuyos fuegos hubo que replegarse á una loma á retaguardia; lo cual hizo Juvera reuniendo y reorganizando allí sus cuerpos "á excepción, dice, de una parte del regimiento de Coraceros, que con su bizarro comandante el coronel graduado D. Francisco Güitián, se confundió con el enemigo, y traspasando su campo, salió por el rumbo del Saltillo, después de sufrir la persecución de la mayor parte de una fuerza de caballería que existía dentro de la hacienda; hasta que al cabo de algunas horas pudo incorporarse al ejército atravesando las sierras inmediatas."

---

(67) Parte del general Juvera.

Wool dice, en sustancia, que una gran masa de caballería de la columna nuestra que avanzaba por la falda de las montañas, se reunió en un desfildero y pasó al través de nuestra infantería para efectuar su descenso á la hacienda de Buena-Vista, cerca de la cual había quedado el tren de municiones y bagajes de Taylor: que detenida tal columna por las fuerzas de la misma arma de los coroneles Marshall y Yell, se dividió, volviendo una parte á la montaña al amparo de la infantería, y atravesando el resto la hacienda. "Estos últimos, agrega, sufrieron el fuego de los soldados nuestros que se habían dispersado en las primeras horas de la batalla, y que poco después fueron reorganizados por sus oficiales. Los dragones del coronel May y una sección de artillería del teniente Reynolds llegaron en este momento y completaron la derrota de esa fracción de la caballería enemiga." No se necesita ahondar mucho para comprender que no pudo haber aquí derrota ni triunfo tratándose de un grupo de coraceros que, separado de sus filas y envuelto en las enemigas, se abre paso por ellas atravesando el campo contrario para volver al propio. Agregaré que en esta refriega á inmediaciones de Buena-Vista, pereció el cororel Yell á la cabeza de sus tropas.

Entre tanto, el grueso de nuestra caballería vuelto á la falda de las montañas, y las demás fuerzas que formaron la columna mexicana, que había rebasado la izquierda enemi-

ga cosa de dos millas, hácia su retaguardia, volvieron caras y comenzaron á desandar su camino, exponiendo su flanco derecho al muy nutrido fuego de la infantería y artillería norte-americana, apostadas paralelamente á la marcha de dicha columna en retirada. Por un momento, se creyó á esta fuerza cortada de su centro, y Taylor y Wool aseguran que Santa-Anna, viendo la crítica situación de ella y con el intento de salvarla, envió al primero un parlamentario á pregun'arle "qué era lo que deseaba;" que el expresado comandante en jefe nombró á su segundo para que se abocara con Santa-Anna y, en consecuencia, Wool se dirigió á nuestra línea en solicitud de hablar con el general presidente. "Pero en virtud, agrega el mismo Wool, de la negativa de hacer cesar el fuego sobre aquellas de nuestras tropas á quienes la noticia del armisticio aún no había s'do comunicada y que se batían reciamente con la infantería mexicana, declaré terminado el parlamento y regresé sin ver á Santa-Anna ó comunicarle la respuesta de Taylor." Por su parte, los jefes mexicanos consignan la aparición, inmotivada para ellos, del parlamentario norte-americano en nuestro campo intimando rendición. Parrodi, que mandaba la 7a. brigada de la 3a. división de infantería, dice que á las dos de la tarde nuestra ala derecha se retiraba por la falda de los cerros, y una fuerte columna enemiga hostilizaba tal movimiento, protegiéndole con buen éxito la batería y la infantería nuestras, á las órdenes de Pacheco, cuando un ayudante avi-

só á este jefe y á Parrodi que á su izquierda se presentaban enemigos pidiendo parlamento; que Pacheco hizo suspender los fuegos y recibió al general Wool ("Bull" dice el parte) y sus ayudantes, quienes intimaron rendición de orden de Taylor; y que tal intimación fué allí inmediatamente desechada por los citados Pacheco y Parrodi, continuando los fuegos. La explicación de este incidente se halla en los "Apuntes para la Historia de la Guerra:" leemos en esta obra, en el capítulo relativo á la batalla de la Angostura, que al dar nuestras fuerzas alguna carga, el teniente de plana mayor D. N. N. que iba en las primeras filas, quedó confundido entre los contrarios, y viéndose solo y no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se fingió parlamentario y fué llevado á la presencia de Taylor: que éste le hizo volver á nuestro campo en compañía de dos oficiales de su ejército para que se entendieran con Santa-Anna; pero N., que tenía sus razones para no presentársele, se separó de los comisionados antes de que cumplieran su encargo. A todo esto, la columna nuestra que se creyó cortada y retrocedía perdiendo alguna parte de su gente, dispersada ó empujada hacia las montañas por la infantería, caballería y artillería del enemigo, logró atravesar la rambla que limitaba la llanura de donde descendió poco antes, y volver á dicha llanura reuniéndose con el grueso del ejército mexicano.

Habían ya transcurrido muchas horas de lucha continua, obstinada y sangrienta, perdién-

dose y ganándose lomas y llanuras, estandartes y cañones; desbandándose cuerpos enteros del enemigo; diseminándose y dispersándose algunos de los nuestros á causa de las cargas y de los accidentes del terreno, sembrado de muertos y heridos que estorbaban el paso á los contendientes, cuando el jefe de nuestras armas, viendo declinar el día é indecisa todavía la victoria, quiso hacer un supremo esfuerzo para alcanzarla, y resolvió reunir todas sus tropas y atacar con ellas por última vez, partiendo de su propia derecha, el centro de las posiciones de Taylor. Al efecto. mandó montar una batería de piezas de á 24 y dispuso que la de piezas de á 8 avanzara á batir de flanco al contrario; llevó por sí mismo á la columna del coronel Blanco de su izquierda á su derecha; hizo que la infantería de Pacheco se uniera á los restos de la 2a. división; que avanzaran asimismo las reservas, y que la poderosa columna formada con todas estas tropas quedara al mando del general D. Francisco Pérez, bajo la inmediata inspección del mismo Santa-Anna, á quien, ya habían muerto de un metrallazo su primer caballo, y que, en otro de poca alzada, con un corneta de órdenes al lado, y sin distintivo militar en su persona, de cachucha y levita ó sobretodo, sin desenvainar la espada, llevaba en la diestra un látigo corto con que avivar el paso de su montura á la cabeza de sus columnas, ó con que señalarles las contrarias y el camino del combate y la gloria. Así condujo de una á otra loma á sus fuerzas, formándo-

las en batalla en el lugar mismo en que su genio militar, que suplía en él á toda instrucción, le hizo prever la aparición del enemigo que, al presenciar los preparativos de un nuevo ataque, quiso adelantarse á darlo más bien que recibirlo. Así le vieron y le vitorearon sus regimientos, á quienes electrizaban sus ojos de águila y las frases breves y enérgicas cuyo acento sobresalía entre los toques de fuego del clarín y el estampido de los cañones. Así le verá la historia, olvidando ante ese momento solemne en que Santa-Anna personificaba á todo un pueblo que defiende valerosamente su independencia, los errores y faltas del anciano que acaba de bajar al sepulcro entre las sombras de la pobreza y de la ceguera propias, y ante la ingratitud y la indiferencia de sus conciudadanos, más frías que la muerte!

Apenas formadas allí nuestras fuerzas, á cuya cabeza estaba el regimiento de Ingenieros, se presentó el enemigo en número de más de 3,000 hombres con 2 piezas de artillería, y se rompió de una y otra parte un fuego horrible, que comenzó por la derecha y se extendió á la izquierda de nuestra línea. Rechazada la carga de los norte-americanos, se les dió una á la bayoneta, se les quitaron las dos piezas, un armón y dos ó tres banderas (68) y unien-

(68) El coronel Blanco dice en su parte, que en medio de este combate, el capitán Noris y los oficiales Amarillas, Sixtos y Zenteno, con

do todos los cuerpos mexicanos su esfuerzo, arrojaron á la columna enemiga á una barranca inmediata, á su derecha, donde los disper-

---

unos 60 zapadores y alguna tropa del 12 de infantería, 1o. Ligero y otros cuerpos, se arrojaron sobre dos piezas del enemigo, que tomaron, así como un carro de municiones.

Del parte de Parrodi extracto lo siguiente, relativo á este último combate: "....Continuando nuestra derecha su movimiento retrógrado hasta la retaguardia de nuestra batería, tuvo ésta que retirarse, y al observarlo el enemigo, organizó nueva columna que con dos piezas se dirigió á atacar al 12 de infantería. Pacheco y Mejía inmediatamente trajeron tropas de izquierda y derecha: el batallón de Zapadores, el Activo de Celaya y 5o. de Línea se unieron al 12o. El enemigo hizo alto y contestó con metralla y fuego graneado. Parrodi mandó al 5o. hacer un cambio de frente á la izquierda para flanquear la fuerza enemiga, y ésta, sin dejar de combatir, empezó á ceder terreno: los del 12o. cargaron á la bayoneta, y secundando los demás cuerpos, arrojaron todos á la columna enemiga á un barranco inmediato á su derecha, quitándole sus dos piezas ligeras y un armón: los dispersos, refugiados en el barranco, fueron muertos por las tropas de Pacheco." Adviértase que las dos ó tres primeras líneas de este extracto se refieren á la retirada de la columna nuestra, que por la falda de las montañas rebasó la línea enemiga, y cuya caballería llegó á Buena-Vista.

sos perecieron á manos de los soldados de la división de Pacheco; pero de cuya barranca los perseguidores tuvieron que retirarse á muy poco ante los fuegos de la batería de Washington que la enfilaba.

Hablando de este combate, que fué indudablemente el de mayor importancia de los del día, dice el general Wool en su parte: "Concentrándose las fuerzas mexicanas sobre la izquierda, hicieron un empuje atrevido sobre nuestro centro, avanzando todas las de la izquierda y del frente. En este momento el teniente O'Brien recibió orden de adelantar su batería y oponerse al ataque: hízolo así bizarramente y mantuvo su posición hasta que la fuerza que le sostenía fué completamente derrotada á causa de la inmensa superioridad numérica del enemigo. Muertos ó heridos casi todos sus artilleros y animales, hallóse O'Brien en la necesidad de abandonar sus piezas y cayeron en poder de los mexicanos. Desde este punto el enemigo marchó sobre el centro, donde le hicieron frente el coronel MacKee, el 1o. de Illinois con el coronel Hardin, y el 2o. de Illinois con el coronel Bissell, todos á la vista de Taylor. Esta fué la parte más reñida y peligrosa de la batalla, y en los momentos en que nuestras tropas estaban á punto de cejar ante la fuerza contraria considerablemente superior, las baterías de los capitanes Sherman y Bragg, viniendo de la retaguardia oportunísimamente y bajo la dirección inmediata de Taylor, por medio de un fuego certe-

ro, detuvieron é hicieron retroceder con gran pérdida al enemigo que había llegado hasta las bocas de nuestros cañones. Una parte de sus lanceros tomó de flanco á nuestra infantería y la arrojó á la barranca enfrente de la batería de Washington, que la salvó con el oportuno y bien dirigido fuego de sus piezas. Este fué el último gran esfuerzo de Santa-Anna, etc." Taylor, testigo y actor en la misma categoría que nuestro general en jefe, dice á su turno: "El fuego había parcialmente cesado en el campo principal: el enemigo parecía limitar sus esfuerzos á la protección de su artillería, y yo había salido de la llanura por un momento, cuando fuí llamado á ella por un vivo fuego de fusilería. Al volver á dicha posición advertí que nuestra infantería (Illinois y 2o. de Kentucky) se batía con una fuerza enemiga muy superior—evidentemente sus reservas—y que había sido aquella dominada por el número. El momento era crítico. El capitán O'Brien con dos piezas había sufrido esta ruda carga hasta lo último, y fué finalmente obligado á dejar sus cañones en el campo, una vez derrotada por completo la infantería que le apoyaba. El capitán Bragg que llegaba de la izquierda, recibió orden de adelantar su batería. Sin ninguna infantería que le sostuviera, y en el inminente riesgo de perder sus cañones, este oficial entró rápidamente en acción estando los soldados mexicanos á pocos pasos de la boca de nuestras piezas. La primera descarga de metralla hizo vacilar al enemigo; la se-

gunda y tercera le hicieron retroceder en desórden y salvaron el día. El 2o. regimiento de Kentucky, que había avanzado sin apoyo, fué embestido y acosado de cerca por la caballería enemiga: tomando una barranca que guiaba hácia la batería de Washington, sus perseguidores se expusieron á los fuegos de ésta, que presto los contuvieron y obligaron á retroceder con pérdida. Entretanto, el resto de nuestra artillería se había apostado en la llanura, cubierta por los regimientos del Mississippi y 3o. de Indiana; el primero de los cuales ocupó el terreno á tiempo de poder disparar sobre el flanco derecho del enemigo y contribuir así á rechazarle. En este último conflicto perdimos al coronel Hardin del 1o. de Illinois, al coronel Mac-Kee y al teniente coronel Clay del 2o. de Kentucky, caídos al frente de sus fuerzas.... Ninguna otra tentativa hizo ya el enemigo para forzar nuestra posición, etc." Hasta aquí la versión norte-americana, respecto del último de los combates en la Angostura.

La versión mexicana se aparta algún tanto de lo expuesto. Santa-Anna dice lo que en seguida extracto: "La batalla había durado ya muchas horas y causado gran pérdida de gente. El enemigo se defendía con obstinación: algunas tropas se vieron obligadas á detener sus ataques, y algunos soldados, como bisoños, se dispersaron. Entonces me propuse hacer el último esfuerzo. A ese fin mandé montar una batería de piezas de á 24, y que la columna de ataque dispuesta por nuestro flanco

izquierdo, la cual ya no tenía objeto, viniese al derecho: que allí se reuniera á los restos del regimiento número 11 con el batallón de León y las reservas, todo al mando del general D. Francisco Pérez, á quien se dió orden, lo mismo que á Pacheco con su tropa, de que batiesen al enemigo hasta la extremidad, y se mandó que la batería de piezas de á 8 avanzara para tomar de flanco á la línea enemiga. Dió ésta la carga, y fué rechazada y vencida, quitándosele 3 de sus cañones, igual número de banderas y una fragua de campaña. La caballería, á la que hice cargar, y que lo efectuó valerosamente, llegó hasta las últimas posiciones: en éstas ya ni por el terreno ni por el cansancio y fatiga de tropa y caballos, me pareció prudente intentar desalojarlos: (69) la batalla terminó á las seis de la tarde, quedando nuestras tropas formadas en el campo que había sido ocupado por los americanos." El general Pérez dice en su parte, que al presentarse Santa-Anna con la columna de Blanco y constituir la gran columna de ataque á las órdenes del mismo Pérez, las tropas formaron en batalla avanzando á la loma inmediata: que, apenas organizada la línea, el enemigo, en número de cerca de 4,000 hombres con 2 piezas, atacó denodadamente; mas se le recibió con fuego extraordinariamente vivo, comenzado por la derecha y continuado por la izquierda, y la victoria fué completa otra vez.

(69) A los contrarios.

pues nuestros valientes soldados se lanzaron á la bayoneta, y de loma en loma, arrojaron al enemigo hasta su última posición, el retrincheramiento de Buena-Vista, distante más de media legua de su primera línea de batalla, dejando en nuestro poder las piezas con un carro de municiones y 3 banderas. Casi todos los demás jefes nuestros, en sus partes, dan á entender que en este último combate el enemigo fué desalojado hasta de la penúltima de sus posiciones, no quedándole otra que la de Buena-Vista. (70) La verdad es que mantuvo,

---

(70) El general Mora y Villamil se limita á decir: "Después de cinco ó seis horas de fuego, sostenido en un espacio de tiempo durante una copiosa lluvia de media hora, y aun no habiendo nosotros conseguido alguna ventaja, dispuso V. E. un último esfuerzo, para el cual la columna de nuestra izquierda se trasladó á la derecha: á ella se reunieron las reservas y el batallón que quedó cubriendo la altura de la izquierda, todo al mando del general D. Francisco Pérez: dióse la carga que sostuvo el enemigo con denuedo y firmeza: pero, cediendo por fin, mandó V. E. que la caballería completase la victoria. Esta no pudo conseguirse que fuera tan decisiva porque el terreno, según dije antes, impedía hasta el caminar; pero se hizo más de lo que pudiera esperarse, y las piezas, así como las banderas y el campo del enemigo ocupado por nuestras tropas, son las señales del triunfo, etc."

además, su posición central, y que en las narraciones de Santa-Anna y de Pérez se han mezclado y unido, según entiendo, las diferentes y sucesivas operaciones del ascenso de nuestra caballería á Buena-Vista, y del último ataque al centro enemigo; haciendo aparecer el primero de estos hechos como consecuencia del segundo, cuando éste fué posterior á aquel, según se ha visto. (71)

Resumiendo, para mayor claridad, todo lo aquí relatado acerca de la batalla, diré que comenzó la tarde del 22 con la invasión y defensa y la ocupación definitiva por nuestra brigada de infantería ligera de las alturas á la izquierda del enemigo: que siguió á otro día muy temprano en las vertientes de esas mismas alturas, entre nuestra expresada infantería y los rifleros de Marshall, sostenidos por las fuerzas del brigadier general Lane, jefe de toda la línea izquierda norte-americana: que á las ocho de la mañana Santa-Anna ensayó atacar por su frente el centro del enemigo, ó sea la batería de Washington, haciendo avanzar por el camino directo, ó paralelamente á él, la columna del coronel Blanco y la división de Pacheco, detenidas á poco por los fuegos de la mencionada batería: que entonces la división de Pacheco fué trasladada á nuestra derecha, ó sea la izquierda del enemigo, donde unida á

(71) Bien claramente lo indica, entre otros partes, el de Parrodi, extractado en una de mis notas en este mismo capítulo.

la división de Lombardini y demás fuerzas nuestras que obraban en esta parte del campo, dió y recibió diversas cargas, quitando al cabo 1 pieza de artillería, derrotando y haciendo huir en dispersión al 2o. regimiento de infantería de Indiana, obligando á los rifleros de Marshall á retroceder más que de prisa, y no sin algún desorden, de las posiciones que defendían contra las tropas de Ampudia; arrojando, con lo expuesto, de su segunda línea á los norte-americanos y abriendo así camino á la columna de infantería y caballería que se formó de muchas de las fuerzas de nuestra derecha, y que por la falda de las montañas avanzó rebasando en cosa de dos millas la izquierda de Taylor hácia su retaguardia, ó sea la hácienda de Buena-Vista, á la que llegó la caballería: que al verse esta columna atacada de frente y por su flanco izquierdo y muy alejada de su base de operaciones, efectuó un movimiento retrógrado, batiéndose con la infantería, caballería y artillería que aspiraban á cortarla y envolverla por completo, y volviendo, aunque no sin pérdidas, á la llanura de nuestra derecha: que aquí organizó entonces Santa-Anna su último ataque al centro enemigo, trayendo de nuestra izquierda la columna de Blanco, disponiendo de todas las reservas y formando la gran columna que con el general Pérez por jefe y á la vista del mismo Santa-Anna, se batió encarnizadamente con fuerzas también considerables, dirigidas por el mismo Taylor, les quitó 2 piezas de artille-

ría y algunas banderas, y tuvo que retroceder ó detenerse ante las baterías de refuerzo de Bragg y de Sherman, y ante los fuegos de la de Washington, no sin haber puesto nuevamente en fuga á la infantería de los Estados Unidos.

Todas las versiones convienen en que con este combate se terminó realmente la batalla cerca de las seis de la tarde, aunque el cañoneo se prolongó hasta cerrar la noche por completo; así como en que las fuerzas contendientes quedaron ocupando sus posiciones de la tarde. (72) Así, pues, Taylor conservaba su centro, ó sea la fortificación levantada la noche del 21 en el Paso (la verdadera Angostura), y su tren de provisiones y bagajes en la hacienda de Buena-Vista, ó sea su posición de retaguardia; habiendo perdido él y ganado Santa-Anna, además de los trofeos de guerra mencionados, (73) casi todo el terreno compren-

---

(72) El general Pérez dice en su parte: "A la vista de aquel punto (Buena-Vista) permanecí con toda la fuerza de mi mando hasta las siete de la noche, en que por orden de V. E. motivada en la falta de ranchos y de leña, me retiré con mis soldados, etc."

(73) Tres piezas de artillería con las municiones correspondientes en sus cajuelas y 4 carros del enemigo, recibió el oficial nuestro de parques. De las tres banderas, 2 fueron remitidas á México por Santa-Anna, y la otra destinada á la legislatura de San Luis Potosí.

dido entre el expresado centro norte-americano y la cadena de montañas á su izquierda; esto es, el teatro principal de la lucha, donde quedaban tendidos á centenares, muy atrás de nuestras últimas posiciones, los muertos y heridos del enemigo, ya desnudos y distinguiéndose por lo blanco de sus carnes los primeros. Nuestra pérdida, según los estados del ejército, fué de 594 muertos, (74) entre ellos 5 jefes y 21 oficiales; 1,039 heridos, inclusive 13 jefes y 92 oficiales, y unos 1,800 soldados dispersos. De este último guarismo habrá que deducir 294 prisioneros en poder de los norte-americanos, según Wool, quien agrega que recogieron un estandarte nuestro y gran número de armas, indudablemente las de nuestros muertos y heridos, puesto que el campo no había sido levantado. La pérdida de gente del enemigo, según Taylor, consistió en 267 muertos, 456 heridos y 23 dispersos, contándose entre los primeros 28 jefes y oficiales, y habiendo sido los más sentidos los coroneles Mac-Kee, Hardin y Yell, el teniente coronel Clay y el capitán Jorge Lincoln, ayudante de Wool.

¿A qué se debió que nuestra victoria de la Angostura fuese una victoria á medias, en que ni desalojamos por completo de sus posiciones al enemigo, ni pudimos utilizar por medio de esfuerzos subsiguientes las grandes ventajas

---

(74) Solamente el regimiento de Ingenieros perdió en los diversos combates del día la tercera parte de su fuerza.

conquistadas en dos días de combates? Santa-Anna lo atribuye principalmente á la falta de cooperación de la gruesa columna de caballería destinada á obrar sobre la retaguardia norte-americana; y hablando del último de los combates habidos el 23, dice en su parte oficial: "Este último esfuerzo de nuestra parte hubiera sido decisivo. á lo que comprendo, si el Sr. General Miñón concurriera á la batalla por la retaguardia del enemigo: mas no habiéndose así verificado, me veré en la dolorosa necesidad de mandar se sujete á un juicio para que explique su conducta." (75) Indudable es que la sola presencia de tal fuerza á inmediaciones de Buena-Vista en los momentos en que la caballería de la columna de nuestra derecha ascendió hasta la expresada posición de retaguardia del enemigo, habría consumado la victoria, facilitando el paso de todas nuestras fuerzas al Saltillo sin hacer caso de la posición central de Taylor, que venía á ser así tan inútil para él cuanto inofensiva para nosotros. Habrían sido tomadas la base de su línea de defensa y sus provisiones de boca, obligándole á retirase ó á aceptar nuevo terreno para la lucha, y poniendo á nuestros

(75) El general Miñón, que era hombre de indudable valor y de carácter nada blando, contradijo violentamente los cargos de Santa-Anna: y si consigo algo de lo que publicó en defensa propia, daré idea de ello á mis lectores.

soldados en aptitud de perseguirle ó de consumar su derrota; haciéndose buenas con ello la promesa de la proclama de San Luis de quitar al enemigo sus víveres y la intimación de rendirse que se le dirigió en la mañana del 22. Pero creemos poder asegurar que, aun faltando, como faltó, el ataque ó el simple amago de la caballería de Miñón á retaguardia, la victoria cabal habría podido ser obtenida por Santa-Anna al siguiente día 24, si hubiera contado con otras provisiones de boca que las existentes en los depósitos del enemigo. Que la falta absoluta é irremediable de ellas fué lo que principalmente obligó á levantar nuestro campo en la noche del 23, se halla por encima de contradicción ó de duda; (76) y en cuanto á la

(76) El general Pérez dice que la falta de ranchos y de leña motivó la orden de Santa-Anna de retirar las tropas "estenuadas de hambre y de sed." El mismo jefe dice: "Tiempo vendrá en que, descorriéndose el velo con que cubre la verdad el espíritu de partido, se reconozca el mérito de los soldados que en el invierno, sin prest, sin más que carne algunos días, han combatido con extraordinario denuedo, "estando cuarenta y ocho horas sin rancho," por los sacrosantos derechos de su patria." (*)

Parrodi, en su parte, hace notar que desde

(*) Dignos son de ensalzarse el valor y la decisión del soldado mexicano.—(N. del E.)

posibilidad de consumarse al otro día la victoria, sólo aduciré como pruebas lo muy á punto que estuvo de coronar nuestras armas el 23. (77) y la crítica situación en que los norte-americanos quedaron: situación demostrada por su inacción en el resto de la tarde del 23; por las disposiciones que tomaron en la noche, dejando casi desguarnecida la ciudad del Saltillo para reforzar su campo en la Angostura, y por la impotencia en que durante varios días permanecieron sin perseguir al ejército mexicano en

---

la noche del 21 los soldados no tomaron alimento alguno hasta la del 23, después de la batalla: pero es evidente que, para permanecer en el campo, habría habido necesidad de contar con provisiones, siquiera para todo el siguiente día.

Santa-Anna dice, hablando del ejército: "Después de una marcha de veinte leguas, sin agua en dieciseis de ellas, sin otro alimento que un sólo rancho tomado en la hacienda de la Encarnación, sufrió una fatiga durante dos días, combatiendo, y al fin triunfando. Con todo, las fuerzas físicas estaban apuradas, etc." Más adelante dice que en su retirada sólo permaneció tres días en Agua-Nueva, porque noventa reses, único auxilio con que contaba, se habían consumido el 25, y los caballos tampoco tenían con que alimentarse.

(77) Wool dice textualmente: "Sin nuestra artillería, no habríamos mantenido nuestra posición una sola hora."

su retirada. "Las tropas, dice el general Wool, quedaron sobre las armas en la posición que guardaban en la tarde. Las fuerzas del mayor Warren, consistentes en cuatro compañías de infantería de Illinois y un destacamento de la compañía del capitán Webster, á las órdenes del teniente Donaldson, fueron traídas del campamento del Saltillo. Se hicieron todos los preparativos para batirse de nuevo á otro día temprano, cuando al amanecer se descubrió que el enemigo se había retirado en la noche, etc." La aproximación de la noche, dice Taylor, nos permitió atender á los heridos, y dar descanso y alimento á los soldados. Aunque la noche era muy fría, las tropas en su mayor parte tuvieron que vivaquear sin fuego, esperando que la mañana siguiente renovaría el conflicto. Durante la noche, los heridos fueron trasladados al Saltillo, y hechos todos los preparativos para recibir al enemigo si volvía á atacarnos. Siete compañías de refresco fueron sacadas de la ciudad, y el brigadier gèneral Marshall, que había hecho una marcha forzada desde la Rinconada con un refuerzo de caballería de Kentucky y cuatro cañones de grueso calibre á las órdenes del capitán Prentiss del 1o. de artillería, estaba ya muy cerca cuando se descubrió que el enemigo había abandonado su posición durante la noche. A poco nuestros exploradores avisaron que se había retirado á Agua-Nueva. "La gran desigualdad numérica y lo exhausto de nuestras tropas, hicieron inconveniente y peligroso tratar de

perseguirle." Convengamos en que, si no es posible apellidar vencedor al ejército mexicano, no hubo vencedor en los campos de la Angostura.

¡Campos regados con la sangre de los invasores y de los defensores del territorio nacional! La lid que presenciásteis no fué indigna de los pueblos y de las razas que la sostuvieron, y á quienes Dios, árbitro de los destinos humanos, hizo y hará tal vez de nuevo encontrarse en el camino de sus aspiraciones y deberes. Aquí estáis en mi imaginación la noche que siguió á la batalla, sombríos y oscuros con lo alto de vuestras montañas y con la falta de fogatas en los cerros de los cansados y recelosos contendientes: resonando con el eco tardío de los últimos disparos, y las quejas de los heridos, y los gritos de las aves carnívoras: dejando ver entre centenares de cadáveres helados ya y endurecidos con el frío del invierno, algunos cuya frente, ceñuda ó tranquila, aparece en nimbo de luz á los mexicanos: mostrando tendidos en vuestras lomas, con los rostros vueltos á las últimas posiciones del enemigo, y deteniéndole con las manos que, inmóviles y rígidas, empuñan todavía la espada, á Azoños. Berra, Oronoz, Luyando, Peña, Santoyo, Rios! A los héroes de la jornada, que cayeron á la cabeza de sus soldados, personificando y obteniendo lo que tanto se vocea y tan raras veces se profesa y se alcanza: el patriotismo y la gloria!

Entre los jefes y oficiales mexicanos, muertos en la Angostura, se contaron los tenientes coroneles D. Francisco Berra y D. Félix Azoños; los comandantes D. Ignacio Peña, D. Ignacio Santoyo y D. Juan Luyando; los capitanes D. José María Oronoz, D. José Ruano, D. Gregorio Montañez, D. Francisco Avila, D. Julián de los Ríos, D. Cipriano García, D. Francisco P. León, D. Anastasio Contreras, D. José Castro, D. Guillermo Servín, D. Mariano Chávez y D. José María Castillo; los tenientes D. Manuel Derezo, D. Epitacio Alarid, D. Camilo Manto, D. Juan Menica, D. Juan Hernández, D. Cesáreo García, D. Ignacio Cabrera, D. Antonio Arce, D. Agustín Mercado, D. Francisco Huemes, D. Benigno A. Rivera y D. Luis Nava; y los subtenientes D. Luis Ibáñez, D. Francisco Obregón, D. Pedro Orihuela, D. Regino Leota, D. Emilio Ordóñez, D. Antonio Landa, D. Juan B. Larrondo, D. Juan Suárez, D. Pioquinto Redón, D. Julio Almaguen, D. Manuel Reyes, D. Remigio Lahora. D. Martín Salazar, D. Agustín Gómez, D. Jesús Marenco, D. Agustín Lindem, D. Francisco Choperena, D. Francisco Poceros y D. Antonio Castro.

He aquí el juicio textual del historiador norte-americano Ripley acerca de esta batalla:

"En los movimientos del general Santa-Anna y en los progresos de la batalla, se desarrollaron toda la energía de este jefe en sus preparativos, todo su talento en estrategia y para impresionar la imaginación de sus compa-

triotas, y todas las buenas cualidades de las tropas mexicanas; pero también, al mismo tiempo, toda su falta de poder moral y la inconstancia de resolución en las grandes crísis, característica de los ejércitos mexicanos y de sus jefes, y que, en extraña contradicción con la política nacional de su país, (78) ha hecho enteramente infructuosos sus esfuerzos militares contra un adversario poderoso ó resuelto.

"La celeridad y el sigilo de la marcha desde San Luis, casi no son sobrepujables. El movimiento de la Encarnación á Agua-Nueva y la marcha continuada hasta la Angostura, haciendo cerca de cincuenta millas en veinticuatro horas; y el comienzo inmediato de la batalla, cuando se recordará que en treinta y seis de los expresadas millas faltaba el agua, y que la gente sólo había tomado alimento escasísimo, prueban cuán terrible podría ser un ejército mexicano, con sólo que las tropas que le componen tuvieran la fuerza moral necesaria para conservar y utilizar las ventajas que su capacidad de sobrellevar fatigas y privaciones las pone en aptitud de obtener.

"En esta batalla, sin embargo, aunque el general Santa-Anna inmediatamente distinguió el punto que le ofrecía ventaja, y ganó la posi-

---

(78) Alude, probablemente, á la constancia con que fueron rechazadas los propuestas de los Estados Unidos relativas á nuevos límites y á tratar sobre la paz una vez emprendida la guerra.

ción que primero quiso; como después se ha asegurado por uno de sus mismos generales, (Miñón) hubo falta de combinación y se abandonó la prosecución de las ventajas obtenidas, fijando el general en jefe su atención en los movimientos de un sólo cuerpo más bien que en el conjunto de la batalla. De consiguiente, demoró el hacer avanzar sus reservas y el lanzar la masa más considerable en acción sobre el punto decisivo—que era indudablemente, la llanura, y, atravesada ésta, la eminencia y la izquierda de la Angostura—hasta que su ala derecha había sid derrotada y la artillería y las tropas americanas pudieron concentrarse sobre el segundo punto de ataque. Si hubiera asestado un fuerte golpe más al principio de la batalla y procurado despejar la llanura, posible es que obtuviera la victoria; y, cuando menos, habría adquirido mayor probabilidad de obtenerla. Pero, como entonces habría encontrado en posición y cerca de su artillería los tres regimientos que aislados en su avance fueron á un tiempo derrotados por el concurso de las masas mexicanas, y cuatro piezas ligeras le habrían tenido en jaque, todavía es dudoso que aun así hubiera triunfado."

X.

LA RETIRADA.

Columnas de Miñón y de Urrea.—Nuevas reflexiones acerca de la batalla de la Angostura.—Retirada de nuestro ejército á San Luis.

El general en jefe enemigo daba importancia suma al papel encomendado á las divisiones ó brigadas de caballería de Miñón y de Urrea, y dice en alguno de sus partes que Santa-Anna estaba tan seguro de su victoria en Buena-Vista, que las había destacado para impedir la retirada de los invasores y hacer mucho más fructífera tal victoria. La verdad es que si esa fué la idea de Santa-Anna respecto de la columna de Urrea, enviada hasta Marín en observación de las fuerzas norte-americanas de Monterrey, á la de Miñón había encomendado, como se ha visto, una parte verdaderamente activa en la batalla, cuyo éxito iba en mucho á depender de las operaciones de la caballería situada á retaguardia del enemigo, cortándole toda comunicación con el Saltillo. No es posible, pues, hablar de la batalla sin mencionar lo que ambas columnas hicieron en sus respectivos campos.

Las operaciones de la del general Miñón se hallan extractadas en unas cuantas líneas del parte de Taylor, insertas en mi anterior ca-

pítulo, y aparecen más pormenorizadas en los informes del teniente coronel Warren, del capitán Webster y del teniente Shover, encargados de la defensa del Saltillo.

Según el primero de estos oficiales, comandante del punto, la caballería de Miñón se dejó ver desde la tarde del 22 en la llanura oriental, á dos y media millas de la ciudad; y unas cuantas horas después desapareció en dirección del paso de las Palomas; reapareciendo el 23 y moviéndose por la falda de las montañas rumbo á Buena-Vista; interceptando á eso de medio día toda comunicación entre el Saltillo y Taylor, y retirándose de sus últimas posiciones á las dos ó las tres de la tarde ante los disparos de artillería de los destacamentos salidos de las fortificaciones del Saltillo á molestarle, para permanecer en la llanura de que antes se hizo mención, hasta el 24 al amanecer: á cuya hora se retiró definitivamente por el paso de las Palomas. Warren agrega que al avistarse esta fuerza nuestra el 22, fué guarnecida de tropas la iglesia parroquial y se levantaron trincheras en las calles.

El capitán Webster calcula en 1,800 hombres la caballería de Miñón, y dice que luego que comenzó la batalla del 23, dejó la posición que había ocupado en la noche, y empezó á moverse cerca de la falda de las montañas, en actitud hostil al reducto norte-americano, y para colocarse á retaguardia del ejército de Taylor. Que tan luego como se puso al alcance de los fuegos de Webster, éste le hizo al-

gunos disparos con sus obuses de á 24, causándole daño en hombres y caballos, y obligándole á retroceder; lo cual efectuó, aunque ocupando el camino del Saltillo á Buena-Vista, permaneciendo en él varias horas, y apresando á los dispersos norte-americanos que por allí aparecían. Que entre dos y tres de la tarde empezó de nuevo á moverse la caballería como para volver á su primera posición, ó sea á la llanura; y como podía hacerlo fuera del alcance de los fuegos del reducto, Webster mandó salir de trincheras una pieza á las órdenes del teniente Donaldson, apoyada por la compañía de voluntarios de Illinois del capitán Wheeler, para que, avanzando hasta donde le alcanzara la pronteccíón del reducto, disparara sobre la columna mexicana. Que el teniente Shover también avanzó con otra pieza de á 6, situándose convenientemente ambos cañones y obligando á Miñón á retirarse á toda prisa y con grave pérdida hasta el pie de la montaña, por donde siguió hasta la llanura, cerca del rancho de los Cerritos en que había acampado la noche anterior. Finalmente, que á otro día al amanecer, se vió á la expresada fuerza atravesar las montañas por el paso de las Palomas, y que su pérdida había consistido en cincuenta ó sesenta hombres.

El teniente de artillería Shover entra en más pormenores. Dice, entre otras cosas, que á eso de medio día, el 23, la caballería de Miñón se situó en el camino del Saltillo á Buena-Vista, fuera del alcance de los cañones del reducto,

y que no fué atacada desde luego, porque á esa misma hora se vió una gran polvareda y aparecieron á lo largo del expresado camino multitud de voluntarios de la caballería de Arkansas que huían del campo de batalla, seguidos á poco de voluntarios de infantería también fugitivos: que habían sido inútiles los esfuerzos de los oficiales de Rifleros del Mississippi por detenerlos: que muchos cayeron en poder de la caballería de Miñón, y que todos ellos iban anunciando la derrota del ejército norte-americano. Shover, desde una altura considerable y por medio de un buen anteojo, pudo conocer la falsedad de tal noticia, y, al ver que la caballería mexicana se movía oblícuamente hácia Buena-Vista, creyó llegado el momento de atacarla para arrojarla de la llanura ó atraerla hácia las posiciones norte-americanas del Saltillo. En consecuencia, el citado Shover avanzó á galope con una sola pieza sobre los 1,500 ó 1,800 ginetes, en su mayor parte lanceros, que se dirigían hácia la llanura inferior ó más baja. El expresado oficial á cierta distancia hizo alto y disparó algunos tiros al flanco de la columna, repitiendo tal operación y causando, dice, alguna confusión en las filas. De éstas partió en número como de 100 hombres, queriendo echarse sobre el cañón, una turba abigarrada de soldados y carreteros con espadas, rifles carabinas y pistolas, sin orden ni organización, y que fué rechazada, continuando el avance y los disparos de Shover, en cuyo apoyo el capitán

Webster acababa de destacar otra pieza de artillería. Aunque comprendiendo el mismo Shover que se había alejado demasiadamente de su propio centro para el caso de ser atacado del enemigo, y decidido á no obrar sino con suma precaución, como vió que la cabeza de la columna mexicana se había adelantado mucho por la falda de las montañas, y que á causa de la distancia y de las ramblas no podría volver rápidamente en auxilio de su retaguardia, resolvió atacar á ésta con intención de cortarla. Avanzó, pues, nuevamente, y al ver que un solo dragón, detenido cerca de una altura, examinaba sus movimientos, supuso que alguna fuerza mexicana cubierta por dicha altura se habría apostado allí para atacarle: entonces retrocedió, mandó avanzar su cañón; colocóle en otra eminencia inmediata, hizo fuego y puso en fuga á la fuerza que había allí realmente y que fué á reunirse á la de Miñón. Al ver que toda la columna mexicana se alejaba por la falda de las montañas entre las ramblas, y que más de la mitad de la gente quedaba todavía al alcance de sus fuegos, los continuó Shover, causando bastante daño á la caballería. Agrega que un escuadrón se detuvo como queriendo cargarle, y huyó también á poco, al recibir un nuevo cañonazo. Así la pieza de Shover como la de Donaldson, siguieron disparando sobre la columna de Miñón hasta perderla de vista, y entonces regresaron á sus posiciones en el Saltillo.

Resulta, pues, de los partes norte-america-

nos, que la expresada fuerza de caballería de Miñón, los días 22 y 23 de Febrero, se mantuvo á la vista del Saltillo sin emprender ataque alguno formal contra dicha plaza, ni avanzar sobre la hacienda de Buena-Vista lo necesario para obrar aquí combinadamente con las fuerzas de Santa-Anna. No he podido hasta ahora dar con parte alguno de Miñón, y si más adelante lo hallare, incluiré su extracto.

Fueron mucho más positivos y eficaces, aunque menos relacionados con el gran hecho de armas de la Angostura, los servicios del otro considerable cuerpo de caballería de observación destacado por Santa-Anna, á las órdenes de Urrea, y que en sus excursiones llegaba más allá de Monterrey. En parte fechado el 1o. de Marzo, en Agua-Nueva, decía Taylor: "El enemigo había plenamente contado con nuestra cabal derrota y hecho arreglos ó tomado disposiciones para cerrarnos la retirada y cortarnos del ejército, apostando con tal objeto cuerpos de caballería, no sólo á nuestra inmediata retaguardia, sino aun más abajo de Monterrey. Siento decir que cerca del pueblo de Marín lograron sus miras destruyendo un tren de provisiones y matando á considerable número de hombres de la escolta y animales de tiro. El coronel Morgan, del 2o. regimiento de Ohio, en su marcha de Cerralvo á Monterrey, fué molestado por la caballería mexicana, con la que tuvo diversos encuentros; pero, al fin, la dispersó con poca pérdida de nuestra parte. El capitán de volun-

tarios, Graham, fué mortalmente herido en uno de estos encuentros. Es para mí indudable que la derrota del principal cuerpo de ejército en Buena-Vista, dejará asegurada contra toda nueva interrupción nuestra línea de operaciones; pero aun me propongo, dentro de pocos días, transladar mi cuartel general á Monterrey, con la mira de hacer allí los arreglos necesarios, etc." Según el parte oficial de Urrea, este general con su división de caballería llegó á la vista de Marín el 23 de Febrero, y no pudiendo atacar á la fuerza enemiga allí situada, se limitó á molestarla en lo posible. En la noche del mismo 23, ó sea de la batalla de la Angostura, supo que iba de Cerralvo á Marín un convoy considerable de carros y mulas con carga y destacó á su encuentro dos secciones de su propia caballería: una de 50 hombres con el teniente coronel Narbona, y otra más numerosa á las órdenes del general D. Manuel Romero; las cuales el 24 muy temprano atacaron y destruyeron el convoy, quitando 120 carros y otras tantas mulas cargadas, y haciendo al enemigo unos 200 muertos y prisioneros, entre éstos el cuartel maestre Smith y otros dos oficiales. Las mulas fueron llevadas por el general Romero á la hacienda de Guadalupe: los carros quedaron á mucha distancia de Urrea y fueron en gran parte saqueados por gente de los pueblos y rancherías de las inmediaciones: al tener el expresado Urrea que retirarse de Marín—en auxilio de cuya guarnición habían ido de Mon-

terrey 350 norte-americanos—mandó quemar buen número de dichos carros por falta de animales para llevárselos. Todavía el 7 de Marzo, ó sea seis días después del parte en que Taylor se lisonjeaba de que el resultado de la Angostura dejaría aseguradas contra todo ataque sus propias líneas, Urrea embistió, cerca de Cerralvo, á otro convoy procedente de Monterrey, compuesto de 300 carros escoltados por 100 dragones con 2 piezas de artillería, derrotando esta fuerza y quemando 100 de los expresados carros, según carta del general Romero y parte oficial del mismo Urrea. Agregaré que este jefe siguió molestando activamente al enemigo, aun después de la translación de su cuartel general á Monterrey ó á sus inmediaciones; y que Taylor, irritado por la destrucción de éstos y otros convoyes, impuso á los pueblos de Nuevo León y Coahuila fortísimas contribuciones de guerra que cubrieran el valor de los efectos destruídos.

Al volver nuestra atención de los cuerpos auxiliares al principal, y antes de hablar de su retirada, hay que completar, acerca de la batalla, las reflexiones hechas en parte en mi anterior capítulo.

Queda dicho que la superioridad numérica de tal cuerpo de ejército respecto de su contrario, desapareció ó se neutralizó casi por completo ante la naturaleza del terreno hábilmente escogido por Taylor para la lucha. Fáltame preguntar si, á pesar de ello y de la falta de concurrencia de la caballería de Miñón, ha-

bría sido posible hacer pasar todas nuestras tropas al Saltillo por el camino mismo que siguió, á la falda de las montañas á nuestra derecha, la columna de infantería y caballería llegada cerca de Buena-Vista, si á efectuar tal movimiento se hubieran consagrado exclusivamente la atención y los elementos invertidos en los ataques al centro de las posiciones norte-americanas. El estudio y la solución de este probelma merecerían ocupar á los inteligentes en el arte de la guerra. Ellos, por lo demás, reprueban el plan de operaciones trazado por Taylor ó que le fué impuesto por su gobierno, al verle aventurarse con fuerzas muy inferiores tan lejos de su base del Bravo y de todo apoyo eficaz, y en circunstancias en que, lógicamente hablando, debió ser derrotado por Santa-Anna, á quien esperó con sus tropas reducidas á cuadro desde que Scott dispuso de las que debían formar la base del nuevo ejército que invadió nuestra costa oriental. En cuanto á Santa-Anna, los enemigos de su gobierno le preguntaban en aquellos días por qué fué á atacar á Taylor sin los elementos necesarios para vencerle; por qué avanzó hasta las posiciones del enemigo cuando carecía aun de los víveres necesarios para sitiarle en ellas durante dos ó tres días. La respuesta de entonces es la de ahora y será la de siempre: Santa-Anna se hallaba en la terrible disyuntiva de llevar desde luego al combate á un ejército que no contaba con otros elementos que sus armas y decisión, ó verle desaparecer por efecto de la pobreza y de la deserción si le

hacía aguardar mejores circunstancias para batirse. Si de este último modo hubiese obrado, se le haría responsable de todos los reveses y desdichas posteriores en la campaña. Optó por lo primero, como lo habría hecho en su caso todo hombre de corazón, y ya hemos visto que en las jornadas de 22 y 23 de Febrero, nuestro ejército fué pródigo de su arrojo y de su sangre, y estuvo á punto de obtener una victoria espléndida, que habría hecho cambiar por completo el curso de la guerra y nuestros destinos. Aquí debo asentar lo que la fracción más ilustrada de mis lectores habrá ya observado: que los parte oficiales norte-americanos son mucho más honoríficos á México que los de nuestros jefes; como que traen pormenores precisos acerca de sus propias fortificaciones, de la pérdida de algunas de sus posiciones y piezas de artillería, de la derrota y dispersión de varios de sus cuerpos, y de los temores é impotencia en que el enemigo quedó la noche del 23, aguardando para la mañana siguiente nuevo ataque y sin atreverse á perseguir á nuestras fuerzas en su retirada. Verdadera satisfacción he tenido al estudiar y al dar á conocer, aunque sea en extracto. los expresados documentos que esparcen luz completa y casi siempre favorable en la historia de los tristes días de la invasión que sufrimos. (79)

———

(79) Con excepción del parte de Taylor, que traducido insertó aquí el "Diario Oficial" en Mayo de 1,847, los documentos norte-america-

La retirada, según el parte de Santa-Anna, se determinó á causa de la falta absoluta de víveres, como he dicho, y teniendo en cuenta la necesidad de atender á los heridos y á la reparación y el alivio de los soldados. El movimiento retrógrado, efectuado algunas horas después de la batalla, en la noche del 23, no se extendió sino á Agua-Nueva, con el intento de sacar de sus posiciones al enemigo; ó de volver á atacarle en ellas. (80) Lo primero no tuvo efecto, pues Taylor permaneció tres días sin moverse de Buena-Vista, y se limitó á enviar á Santa-Anna un parlamentario para tratar respecto de heridos y prisioneros. En

---

nos que he tenido á la vista, entiendo que no son conocidos en México.

(80) Según los "Apuntes para la Historia de la Guerra," la retirada empezó á poco de haber obscurecido, por la artillería, trenes y carros, siguiendo las diversas brigadas y los cuerpos, y quedando encargado Torrejón de pernoctar en el campo de batalla con la 3a. brigada de caballería compuesta de un escuadrón del Ligero de dicha arma, de los regimientos 3o., 7o. y 8o., y del Activo de Guanajuato. Los medios de transporte eran muy escasos para la conducción de los heridos y los que allí quedaban temían ser devorados por los coyotes. Se empezó á llegar á Agua-Nueva después de las diez de la noche: la hacienda aún ardía, y no había allí más agua que la de un estanque inmundo al que se agolpaba la gente.

cuanto á lo segundo, la situación del ejército nuestro, lejos de mejorar, empeoró con la mala calidad ó la falta absoluta de los víveres, y con la terrible disentería que en él se propagó, inutilizando de pronto cerca de la mitad de la gente. Esto, los sucesos de la capital que exigían la presencia en ella de Santa-Anna y de una parte de las fuerzas, y lo próximo de la invasión norte-americana por nuestra costa oriental, determinaron la retirada definitiva del ejército del Norte hasta San Luis Potosí.

El parlamentario de Taylor vino á proponer á Santa-Anna el canje de prisioneros y que mandara recoger del campo sus heridos; y manifestó el deseo de los norte-americanos de que se restableciera la paz. Nuestro jefe le dijo que México no hacía otra cosa que defenderse de una invasión inícua; que no se trataría de paz mientras los invasores estuvieran del lado de acá del Bravo ó bloqueando nuestros puertos; y que en las jornadas del 22 y 23 acababan ellos de ver cómo se baten los mexicanos: que no había dejado más heridos que los que por muy graves, ó distantes, no fueron levantados, y que éstos podían ser llevados al Saltillo bajo la protección del derecho de gentes: en cuanto á prisioneros, aunque supuso que Taylor no podía tener otros que algunos infantes dispersos ó cansados, "contestando á la cortesía del enemigo ejercida con relación á los heridos, dice Santa-Anna, consentí, en nombre de la nación, en devolverle todos los

prisioneros, así los de la batalla como los de la Encarnación." Mandó desvendar los ojos al parlamentario para que viese la disciplina de las tropas, y le reprochó el incendio de Agua-Nueva y algunos otros desmanes del enemigo. (81)

Nuestro ejército permaneció tres días en Agua-Nueva, pero desde el 25 se consumieron las únicas 90 reses con que contaba; se carecía de forrajes para la caballada; á muchos de los heridos no se había podido hacer ni la primera curación, y la terrible disentería, efecto del clima, de las fatigas, de lo pésimo del agua tomada á veces, y probablemente asímismo de las emanaciones de los cadáveres en el cercano campo de batalla, iba aumentando sus estragos: todo lo cual hizo que, en junta de guerra habida el expresado día 25, se re-

---

(81) Según los "Apuntes para la Historia de la Guerra," los parlamentarios de Taylor fueron tres oficiales: hicieron grande elogio de la conducta de nuestro ejército en la batalla, ofreciendo refrescos y provisiones, y brindaron con un arreglo sobre suspensión de hostilidades y terminación de la guerra. Santa-Anna todo lo rehusó, limitándose á agradecer la asistencia dada á los heridos. Los parlamentarios vieron formados nuestros cuerpos, y algunos de caballería llamaron su atención; pero dijeron que en los Estados Unidos no se hacía gran aprecio de esta arma por su mucho costo y poca utilidad.

solviera emprender la marcha. "El 26, agrega Santa-Anna, habiendo previamente dado aviso al general Miñón para que siguiese el movimiento, emprendió el ejército la retirada para ocupar las primeras poblaciones que facilitan recursos, tales como la hacienda de San Juan de Vanegas, Catorce, el Cedral y Matehuala, así como Tula: aun dudo que en ellas podamos atender á los enfermos y heridos, y al restablecimiento de las pérdidas que hemos sufrido en estas fatigosas jornadas."

Taylor no se movió de sus posiciones de Buena-Vista sino después de tener noticia de la retirada formal de nuestro ejército, y ocupó á Agua-Nueva en la tarde del 27 de Febrero, haciendo que una sección de sus tropas avanzara, dos días después, hasta la Encarnación, á hostilizar á Santa-Anna. El expresado jefe enemigo da testimonio de la imposibilidad en que se hallaban las fuerzas mexicanas de volver al combate, careciendo de víveres y considerablemente mermadas por la disentería; que atacaba á soldados y oficiales, y dejaba señalado con un cordón de enfermos y de cadáveres el camino del ejército. Los heridos iban quedando en los hospitales del tránsito al cuidado de los médicos militares, y fueron, naturalmente, respetados por el enemigo, quien hizo subir nuestra pérdida en muertos y heridos en el campo de batalla, á un guarismo mucho mayor del que resulta de los partes oficiales mexicanos. No recuerdo si dije ya que Taylor, el 24, hizo llevar al Saltillo á los heridos

nuestros dejados en la Angostura. El mismo general dice en su parte de 6 de Marzo, lo que, á riesgo de repetir algunas noticias, voy á traducir para que el lector acabe de formarse idea exacta de la imposibilidad de perseguir á Santa-Anna en que, á su turno, se hallaban los invasores. "En la tarde del 26, dice, se reconoció de cerca la posición del enemigo (en Agua-Nueva) hallándola ocupada solamente por una corta sección de caballería, pues la infantería y la artillería se habían retirado á San Luis Potosí. El 27 nuestras tropas reocupaban su primitivo campo en Agua-Nueva, cuyo lugar desocupó á nuestra aproximación la retaguardia enemiga, dejando allí considerable número de heridos. Era mi ánimo atacar sus cuarteles en la Encarnación á otro día temprano; pero, visto el mal estado de nuestra caballada, no me pareció prudente emprender una marcha tan larga sin agua. Al fin, se movió un destacamento á la Encarnación el 1o. de Marzo, á las órdenes del coronel Belknap, quien halló en dicho punto unos 200 heridos y cosa de 60 soldados mexicanos, habiendo pasado el ejército en dirección de Matehuala, muy reducido en número y sufriendo considerablemente los efectos del hambre. Los muertos y enfermos iban quedando en el camino y llenaban las habitaciones de la hacienda."

El que quiera formar idea aproximada de la situación y de los padecimientos del ejército nuestro en la vía dolorosa que recorrió desde la Angostura hasta San Luis, lea su re-

lación en los "Apuntes para la Historia de la Guerra" y comprenderá cómo los que sobrevivieron á la batalla han podido envidiar á los que en ella sucumbieron. Al salir de Agua-Nueva se dispuso que tomaran la delantera los mutilados, en camillas formadas con horcones y fusiles, y muchos de los heridos venían en carretas tiradas por bueyes, marchando algunos jefes y oficiales en hombros de sus asistentes: del expresado punto se hizo jornada á la Encarnación. y allí se aguardó la llegada de toda la fuerza. siguiéndose la marcha el 26 y cubriendo la caballería la retirada. El 27 se caminó hasta el Salado: los comestibles se reducían á carne maleada y piloncillo, el agua era muy salobre, y allí se acabó de desarrollar la disentería. El 28 se llegó á las Animas, donde hubo un terrible temporal de lluvia y viento; el 29 al Cedral, donde se consiguieron algunas medicinas y menos malos alimentos, y al siguiente día á Matehuala, donde se dió algún descanso á las tropas y se recibieron las primeras noticias del pronunciamiento llamado de los polkos, en México. Salidas de Matehuala dos días después las fuerzas, llegaron el 8 de Marzo al Peñasco, y el 9 comenzaron á entrar en San Luis, donde pudo ya ser apreciada la enormidad de las bajas. Santa-Anna, que se había adelantado con su estado mayor, dejando á Ampudia el mando, que á poco recayó en Pacheco, hizo en San Luis refundición de cuerpos. puso á Mora y Villamil al frente de los que allí quedaban,

y, con parte del ejército, salió de dicha capital para México el 15 del expresado Marzo.

No pondré punto á este capítulo sin hablar de lo acaecido respecto del general Miñón en Matehuala. No habiéndose hallado dicho jefe en la junta de guerra celebrada en Agua-Nueva el 25 de Febrero y en la que los jefes opinaron en favor de la retirada definitiva del ejército extendiendo y fundando por escrito sus votos, hasta algunos días después expresó, también por escrito, su sentir, enteramente diverso de lo resuelto y en forma de enérgica protesta que subscribieron con él los jefes de su brigada. Sentado esto, inserto las siguientes líneas de los "Apuntes para la Historia de la Guerra" en el capítulo relativo á la retirada de la Angostura. "En Matehuala se verificó un suceso bastante notable, la prisión del general Miñón. Es público que en el parte dado sobre la batalla de la Angostura, se le atribuyó la falta de no haber atacado al enemigo según se le había prevenido, culpándole de que no se hubiera obtenido un triunfo completo. Este antecedente, unido á la protesta de que antes se hizo mención, y á varias observaciones que en el curso de la campaña había hecho Miñón á Santa-Anna, irritaron al último de tal manera, que se resolvió á sujetar á un juicio la conducta del general difamado "mandó aprehenderle y le puso en rigurosa incomunicación." Entiendo que su guarda fué encomendada al batallón de Zapadores, á cuyo coronel, D. Santiago Blanco, nombró Miñón

defensor suyo. Ignoro si se llegó á formar la causa, y repito que no he podido dar con lo que el acusado haya alegado en defensa propia, pues los únicos fragmentos que tengo de alguna publicación suya, no contienen sino terribles cargos contra Santa-Anna por su dirección de la campaña y especialmente por haberse movido de San Luis sin los recursos necesarios, y por haberse retirado después de la batalla; puntos ambos respecto de los cuales el lector puede formar juicio con las noticias y los datos consignados en el presente capítulo.

XI

INVASION DEL NOROESTE.

Chihuahua.—Expedición de Doniphan.—Acciones de Bracitos y Sacramento.—Nuevo México.—Expedición de Kearnay.—Levantamiento —California.—Operacions militares.—Noticias complementarias.

Como dije en la parte de noticias generales de esta campaña, en los Estados Unidos, además del cuerpo de ejército del Bravo con que operó Taylor, se organizaron otros dos: el del Centro, á las órdenes del general Wool, y el del Oeste, á las del general Kearnay ó Kear-

(82) De uno y otro modo hallamos escrito su nombre en los documentos oficiales.

ny. (82) El del Centro, formado en Texas, se fraccionó en dos partes, reforzando una de ellas á Taylor desde luego, y marchando la otra hácia Chihuahua; pero dirigiéndose á poco desde Monclova y Parras, con Wool, su jefe, á unirse también al ejército del Bravo, según se ha visto. Suponiéndose en los Estados Unidos á esta última y principal fracción del ejército del Centro en marcha todavía hácia Chihuahua, vino á reforzarla con poco menos de 1,000 hombres el coronel Doniphan: llegado á Paso del Norte en fines de Diciembre de 1,846, salió de dicho punto dos meses después; obtuvo los triunfos de Bracitos y Sacramento sobre los defensores de Chihuahua, cuya capital ocupó el 1o. de Marzo de 1,847; permaneció mes y medio en la expresada ciudad, y acabó por ir. á su turno, cumplido el tiempo de servicio de la mayor parte de su fuerza, á refundirse en las de Taylor, ó sean los restos del ejército del Bravo, á fines de Mayo. El ejército del Oeste, salido del Missouri en número de 2,000 hombres y al mando de Kearnay, penetró en Nuevo México en Agosto de 1,846: declarado parte de la Unión norte-americana el territorio y organizadas en él autoridades, Kearnay, con 300 dragones, salió de Santa Fe á fines de Septiembre hácia California; pero al tener noticia de que el coronel Fremont la ocupaba ya en sus puntos principales, d'spuso que la mayor parte de su propia fuerza permaneciera en Nuevo México, y que el resto, en calidad de escolta, le acom-

pañara á la Alta California, adonde se dirigió, llegando á San Diego y transladándose posteriormente á los Angeles y á Monterrey.

Aunque no con el detenimiento con que he seguido las operaciones del ejército del Bravo, daré alguna idea de las del coronel Doniphan, cuya sección debemos considerar como parte integrante del ejército del Centro; así como de las operaciones de la fracción del ejército del Oeste dejada en Nuevo México á las órdenes del coronel Price; y de los principales incidentes de la ocupación de California, efectuada por Fremont, cuyas fuerzas de hecho vinieron á constituir parte del mismo ejército del Oeste y que fueron eficazmente ayudadas por la marina norte-americana á las órdenes del comodoro Sloat y de su sucesor Stockton. Estas breves noticias no llegarán, en lo general, sino á la época en que se hizo efectivo el cambio de la base de operaciones del invasor, ó sea el principio de la campaña de Scott, para poder seguir sin tropiezo á este jefe, hasta la capital de la República, limitándome después á dar un vistazo á los sucesos posteriores en nuestros Estados Septentrionales hasta la celebración de la paz en 1.848.

El coronel Doniphan, después de expedicionar, de Octubre á Diciembre de 1.846, entre los indios Navajoes, con quienes celebró un tratado de paz, se acercó á Paso del Norte con 856 hombres y sin su artillería, que aun no le había alcanzado. Entre tanto en Chihuahua se organizaba en lo posible la defensa, y el

general Heredia, comandante general de dicho Estado, del que era gobernador D. Angel Trías, tenía también la misión de atacar á los invasores de Nuevo México. En Chihuahua se impuso un préstamo, se estableció fundición de cañones, se compusieron fusiles y armas viejas, se organizó la guardia nacional en la que se alistaron con el mayor entusiasmo los hijos de las familias más distinguidas, los artesanos y la gente del campo; y con esta fuerza y fracciones de varios cuerpos activos y veteranos del ejército, se formó la llamada división de operaciones sobre Nuevo México, de la que eran jefe y mayor general el expresado Heredia y el coronel Justiniani, y cuya caballería mandaba el general D. Pedro García Conde. Una sección de 500 hombres fué destacada al encuentro del enemigo; avanzando hasta Paso del Norte, recogió allí algunos piquetes de compañías presidiales; y ascendió entonces, con la reunión de otras fuerzas, al número de 1,200 hombres con 4 piezas, al mando del coronel Cuilty, quien se retiró por enfermedad, dejando en lugar suyo al teniente coronel D. Luis Vidal. Este salió de Paso del Norte con toda la brigada el 21 de Diciembre; en la Presa hizo construir algunas fortificaciones, y el 24 dispuso que su segundo el comandante Ponce avanzara con 600 hombres y 1 obús, cuyo destacamento descubrió el 25 á la vanguardia de Doniphan en un ancón del Bravo, en el punto de Temascalitos, á ocho leguas del Paso. Casi la sorprendió, y al co-

menzar el combate huyó parte de ella; pero á poco se reunió toda la gente de Doniphan, y la equivocación en un toque de guerra de los nuestros, ó su mala interpretación, hizo que se retirara la caballería de Ponce, dejando á la infantería comprometida: herido Ponce, le substituyó en el mando el capitán Carbajal, quien se retiró con las tropas, perdiendo el obús, salvando el parque y replegándose á la Presa, de donde Vidal, impuesto de lo acaecido, con los restos de toda la brigada retrocedió al Paso del Norte. Tal fué la acción llamada de Bracitos, en la que Doniphan dice habernos hecho 43 muertos y 150 heridos, y quitado muchas armas de infantería, además del obús, y cuyo resultado fué la ocupación de Paso del Norte por el enemigo el 26 de Diciembre, sin hallar resistencia, por haberse disuelto los voluntarios de aquella localidad, y retirádose Vidal con el resto de sus fuerzas hasta Chihuahua.

Deniphan supo, en Paso del Norte, que el general Wool, en vez de seguir su primer derrotero, se había detenido en Parras. Aguardó el primero de estos jefes la llegada de su artillería, trenes y provisiones, y el 8 de Febrero (1.847) comenzó á mover sus fuerzas, de Paso del Norte, en dirección de Chihuahua, con un efectivo de más de 1,000 hombres y algunos cañones, y escoltando un tren de 316 carros, pues esta invasión, además de militar, fué mercantil, para que no se desmintiera el carácter eminentemente positivo del invasor,

En Chihuahua se redoblaron los preparativos y se eligió para la última defensa de la capital el punto del Sacramento, á siete leguas de ella en el camino de Nuevo México, procediéndose á la construcción de algunas fortificaciones. El general García Conde salió de la expresada capital el 19 de Febrero con 800 caballos hasta la hacienda de Encinillas, á distancia de veintidós leguas, y de allí retrocedió á la hacienda del Sauz, donde, conocida ya la dirección que traía el enemigo, recibió orden de acudir al Sacramento. Para este campo habían salido también de Chihuahua, el 21 de Febrero, Heredia y Trías con el resto de la división, ó sea 70 hombres del 7o. de infantería, 250 del Activo de Chihuahua, 180 de la guardia nacional del mismo Estado, 50 del 2o. escuadrón de Durango, que iban á pie por falta de caballos, 106 dragones montados del mismo cuerpo, y 10 piezas de artillería de á 4, 6 y 8, con 119 artilleros. Reunidas todas las fuerzas en Sacramento el 27 de Febrero, ascendían á cerca de 2,000 hombres, á las órdenes de Heredia, quien nombró de segundo jefe á Trías y contaba con abundancia de víveres, municiones y dinero y con el entusiasmo de la gente, en su mayor parte bisoña é impresionable. El punto elegido, á muy corta distancia del rancho del Sacramento, era un valle entre dos cordilleras de montañas de la Sierra Madre y por el cual pasaba el camino: en las dos más próximas eminencias de los lados se apoyaron las extremidades de nues-

tra línea de fortificaciones que, formando una especie de martillo, cortaba el camino que forzosamente había de seguir el invasor, quien aparecía en lo alto de la loma cuyo ascenso hácia el Norte comenzaba en nuestros mismos reductos, artillados ya con las piezas y guarnecidos de la infantería. La caballería, en tres columnas, quedó formada al pie de la loma, cerca de los reductos.

Doniphn, salido de Paso del Norte, como he dicho, se adelantó sin contrariedad alguna, llegando el 27 de Febrero á la hacienda del Sauz, donde tuvo la primera noticia de las fortificaciones del Sacramento; y el 28 avanzó, formando su fuerza y trenes en cuatro columnas paralelas, para reducir en lo posible la extensión de su línea y protegerla más fácilmente por medio de su caballería, que hizo caminar á vanguardia. Siendo escampado el terreno, pudo, á distancia de una legua, reconocer nuestras fuerzas y sus posiciones á una milla, dice, del rancho del Sacramento, consistentes las últimas en cuatro atrincheramientos con cañones y culebrinas, y 27 reductos en todo el campo y á corta distancia unos de otros; estando la caballería al frente de ellos y protegida por la loma respectiva. Hizo que su caballería se extendiera por las alturas de su derecha, lo cual trató de impedir Heredia moviendo 1.000 caballos con 4 piezas; pero sin que esta fuerza llegara á tiempo de contener á aquella y de impedir el avance del gran tren

de carros. (83) Descubriendo Doniphan sus baterías, hizo fuego sobre nuestra caballería, y los cañones que la acompañaban le contestaron, quedando á poco desmontado uno de ellos y retirándose en seguida los dragones de García Conde cerca de los atrincheramientos. Los norte-americanos avanzaron evitando el fuego de las baterías de nuestra derecha, así como nuestros más fuertes reductos situados á la izquierda y próximos al camino. El capitán de artillería Weightman, con 2 obuses sostenidos por la caballería, y el capitán Parsons con otra fuerza, atacaron algunos de los reductos; y el mayor Clarke con el resto de las baterías y parte del 1o. regimiento, pie á tierra los dragones, detenían á la columna mexicana de caballería que procuraba pasar hácia la izquierda norte-americana á embestir sus wagones y retaguardia, y apagaban el fuego de los demás reductos, acometidos en seguida á la espada. Dominados éstos y acalladas las baterías de nuestro centro y derecha, quedaba haciendo fuego la de nuestra izquierda, apoyada por un grupo de 500 hombres, á quienes tiroteaba el mayor Clarke, mientras los coroneles Mitchell y Jackson, al frente de un batallón, subieron á atacarla, y el mayor Gilpin, con otro batallón, la flanqueaba; dando por resultado la combinación de estas fuerzas la fuga y dispersión de las nuestras. Según el mismo Doni-

(83) Las noticias contenidas en todo este párrafo están tomadas del parte de Doniphan.

phan, la división mexicana se componía de 1,200 caballos de Durango y Chihuahua y cuerpo de dragones de Veracruz; 1,200 infantes de Chihuahua, 300 artilleros con 10 cañones y 6 culebrinas, y 1,420 rancheros malamente armados de lazos, lanzas y machetes: constando la fuerza norte-americana de 924 hombres, 100 de los cuales no tomaron parte en la acción por estar cuidando de los caballos y trenes: y consistiendo nuestra pérdida en 300 muertos, otros tantos heridos, 40 prisioneros, 10 cañones y 6 culebrinas, 10 carros y gran acopio de víveres: y la pérdida del invasor en 1 muerto y 8 heridos. Parece desprendida de los cuentos de las "Mil y una noches" esta última parte del relato de Doniphan, que juzgo exagerado también en lo relativo al número de nuestras fuerzas, reductos y artillería, no constando ésta sino de 10 piezas, sin que en los partes mexicanos se haga mención de las 6 culebrinas.

Según el parte de Heredia y las noticias de los "Apuntes para la Historia de la Guerra," el enemigo apareció entre dos y tres de la tarde del 28 de Febrero, en lo alto de la loma, frente á la posición mexicana, con más de 1,300 hombres, á vanguardia su caballería, en el centro la infantería y artillería, y á retaguardia sus 316 carros y los prisioneros mexicanos de Bracitos y el Paso; hizo alto á tiro de cañón, y Heredia dispuso que nuestra caballería subiera á situarse á retaguardia de la infantería: se aguardaba un ataque de fren-

te; pero Doniphan tomó hácia su derecha; nuestra caballería fué á impedir tal movimiento, y en su avance rebasó la vanguardia norte-americana. Heredia salió de sus posiciones con la infantería y artillería para ir á establecer su línea de batalla en el nuevo frente de su contrario. Este, después de hacer alto, había formado también su batalla, descubrió sus cañones que ocultaba la caballería, rompió el fuego, y á sus primeras descargas, la caballería nuestra, compuesta en su mayor parte de gente bisoña, perdió su formación y se dispersó envolviendo y desordenando á la infantería. Fueron inútiles los esfuerzos de jefes y oficiales para restablecer la línea de batalla. Durante una suspensión de fuegos, dispuso Heredia que su infantería se replegara á los atrincheramientos; el enemigo avanzaba hácia los más próximos al cerro del Sacramento, y nuestra ya reorganizada caballería formaba á retaguardia de las fortificaciones. Habiéndose mandado subir 2 piezas al cerro inmediato para que cruzaran sus fuegos con los del reducto más próximo al camino, probablemente por mala interpretación de la orden, salieron de los reductos la infantería y casi todas las piezas, dejándolos desartillados, y se dirigieron al cerro. Heredia subió á hacer que retrocedieran piezas y tropa; pero se había desordenado ésta y se dispersaba en todas direcciones, dejando á medio camino las piezas. García Conde había quedado con la caballería á retaguardia de las fortificaciones, apoyándose en el primer reducto más inmedia-

to al cerro; Trías y sus ayudantes lograron reunir alguna fuerza de infantería y guarnecer dicho reducto, que era atacado: el enemigo, viendo herido ó muerto al jefe que le llevaba al asalto, vacila y huye; los nuestros se reaniman y cargan; pero los artilleros de 2 piezas que iban á caer en nuestro poder, logran disparar una de ellas á quemarropa sobre nuestra gente, que vuelve á desordenarse; el enemigo ataca nuevamente el reducto, lo toma y queda dueño del campo. En la defensa de éste último punto perecieron el valiente capitán Rosales y el subteniente Quintana, siendo llevado en hombros el cadáver del primero á Chihuahua por un soldado de su batallón. Quedaron en el teatro de la batalla nuestros muertos y heridos, los 10 cañones, víveres, parque y dinero. Trías y García Conde se retiraron por el camino de Chihuahua.

Las noticias que acabo de extractar de los "Apuntes para la Historia de la Guerra" están calcadas, casi en su totalidad, en el parte de Heredia. Este dice, en sustancia, que al avistarse los norte-americanos, mandó formar tres columnas de infantería á las órdenes del comandante D. Vicente Sánchez, y tres columnas de caballería al mando del general García Conde, y situó la artillería del modo más conveniente; que al querer contrarrestar el movimiento del invasor, hácia la derecha norteamericana, nuestra caballería se dispersó al tercer disparo de la artillería enemiga; que la infantería reocupó sus primeras posiciones sin

dejar una sola pieza en el cerro: que habiendo cargado las tropas de Doniphan sobre uno de nuestros reductos, fueron rechazadas por 50 hombres del 7o. de caballería y 30 del 2o. escuadrón de Durango, al mando del capitán de cazadores D. Rafael Rosales, que allí murió; que desordenada de nuevo la caballería, replegó Heredia sus cañones á una altura inmediata, con 200 infantes, y se sostuvo en ella hasta que fué enteramente abandonado de la tropa, pues sólo quedaron á su lado los coroneles Padilla y Justiniani y algunos otros jefes y oficiales, esforzándose inútilmente Trías y Sánchez en reunir la infantería, que se desbandó lo mismo que la caballería; que de esta arma sólo se batió, ya en la loma, el primer escuadrón de Durango al mando del capitán coronel Aponte, para salir del desorden en que había sido envuelto, mandó echar pie á tierra á los dragones; que únicamente se pudieron salvar 8 cargas de parque sacadas por la sierra, y que tuvimos de 80 á 100 muertos y heridos.

Heredia se retiró á Rosales, de donde probablemente rindió su parte, fecha 2 de Marzo (pues no expresa punto dicho documento, y en cuya localidad quedó establecido por de pronto el gobierno del Estado. El ministerio de la Guerra contestó en términos duros el parte de Heredia, anunciándole que se formaría causa á jefes y oficiales para castigar á los que resultaran culpables. En la noche del 28 de Febrero emigraron de Chihuahua multitud de familias hácia los montes, y el 1o. de

Marzo ocupó la ciudad el coronel Doniphan con sus fuerzas. En cartas particulares publicadas entonces, leo que confiscaron grandes depósitos de maíz; que por la falta de leña cortaron los árboles de la plaza principal, y que en las exequias hechas á alguno de sus jefes muertos en la acción del Sacramento, profanó la soldadesca la iglesia parroquial. Doniphan decía en su parte fechado en Chihuahua: "Tenemos orden del general Kearnay de quedar aquí á disposición del general Wool, de quien he sabido que está en el Saltillo circundado del enemigo. Nuestro intento es abrirnos paso hasta él, ó regresar por Bejar, pues nuestro tiempo de servicio espira á fines del próximo Mayo." Efectivamente, en el citado mes Doniphan evacuó á Chihuahua y fué á unirse con Taylor y Wool en Monterrey.

En Nuevo México, después de invadido el Estado por el ejército del Oeste, quedó, como se ha visto, la mayor parte de dicho ejército ocupando la capital Santa Fe, y algunas de sus otras localidades. Asumió allí desde luego la invasión el carácter de conquista, organizando el invasor autoridades y hallando para ello apoyo en los hijos del Estado que, más ó menos voluntariamente, se prestaron á sus miras. Pero las poblaciones en general le eran adversas, y la resistencia meramente pasiva al principio, se convirtió á poco en conspiración y abierta hostilidad, combatida y domada por medio de operaciones militares y con bastante derramamiento de sangre.

Los primeros indicios de alzamiento se hicieron notar en la parte septentrional del Estado, y los invasores atribuyeron á los descontentos de su dominación la tendencia á una matanza general de norte-americanos y de las autoridades y los empleados mexicanos que funcionaban bajo la bandera de los Estados Unidos. Prestó fundamento á la suposición la muerte dada al gobernador y á algunos otros norte-americanos é hijos del país, en San Fernando de Taos, Arroyo Hondo y Río Colorado; coincidiendo con estos hechos la reunión y organización de fuerzas mexicanas, de voluntarios en su totalidad, para atacar á Santa Fe, capital del Estado. El comandante militar Price, allegando sus principales tropas, se movió sobre sus contrarios en dirección de San Fernando de Taos; los derrotó sucesivamente en la Cañada, á inmediaciones de la Hoya y en Puebla de Taos; dió muerte ó puso en fuga á los principales jefes del alzamiento, y siguió mandando ya sin contradicción en esta parte de nuestro país, irrevocablemente perdida desde entonces para México. Tal es el resumen de los sucesos allí; pero no carecen de interés los pormenores que voy á estractar de los partes oficiales de Price, única fuente de mis noticias relativas á Nuevo México. (84)

(84) Para las noticias complementarias relativas á Nuevo México y California, me ha servido la obra de Ripley acerca de esta campaña.

El 15 de Diciembre de 1,846 recibió el citado jefe la primera noticia de la conspiración que fraguaban en San Fernando de Taos el indígena D. Tomás Ortiz y D. Diego Archuleta (Arechavaleta?) Se aprehendió por aquellos días á un oficial nuestro, y se le halló una lista de soldados mexicanos diseminados en las inmediaciones de Santa Fe. Muchas personas en quienes se sospechó connivencia fueron reducidas á prisión, y la sumaria instruída demostró que los sugetos más influentes en la parte septentrional del Estado no eran ajenos á la conspiración. Aunque se procuró aprehender á Ortiz y á Archuleta, fueron inútiles las tentativas, y se llegó á creer que habían huido hácia Chihuahua, y que eran ya irrealizables sus planes. Pero el gobernador norteamericano, Carlos Bent, salido de Santa Fe el 14 de Enero para San Fernando de Taos, fué allí aprehendido el 19 por algunos individuos de la misma ciudad y de Puebla de Taos, y muerto, en unión de otros cinco norte-americanos, del prefecto D. Cornelio Vigil, mexicano, y de otras dos personas de igual nacionalidad. El mismo día perecieron siete norteamericanos en Arroyo Hondo y dos en Río Colorado. La noticia de estos sucesos llegó á Santa Fe el 20 de Enero (1,847). Price inmediatamente llamó de Alburquerque al mayor Edmonson, del 2o. regimiento de voluntarios de caballería del Missouri, y al capitán Burgwin, con sus respectivas secciones; hizo quedar á Edmonson en Santa Fe, nombrando al

teniente coronel Willock comandante militar de la ciudad, y salió de ella el 23 de Enero con cinco ó seis compañías, una de las cuales era de dragones del Missouri, ó sea un efectivo de cerca de 400 hombres con 4 piezas de artillería, en busca de la fuerza mexicana.

Hallola el 24, en los suburbios de la Cañada, población erigida en un valle á inmediaciones del Bravo; ocupaban los nuestros las alturas convecinas y las primeras casas, desde cuyos patios, llenos de árboles frutales, le recibieron con vivo fuego de fusilería; intentando á poco atacar y cortar los carros de municiones y víveres de Price que habían quedado muy atrás de la tropa. Retirose la nuestra ante el fuego de cañón, ocupando el enemigo casas y alturas, y sin poder perseguirla por lo accidentado del terreno. Tuvo Price 2 muertos y 7 heridos, entre éstos el teniente Irvine; y la fuerza mexicana, que ascendía á 500 hombres, tuvo 36 muertos y no se sabe cuántos heridos, que probablemente recogió al retirarse. Esta misma fuerza ú otra, en número como de 400 hombres, se dejó ver al día siguiente en alturas más distantes, y también fué puesta en fuga por Price, que salió de la Cañada á atacarla y regresó á dicha población, dejándola definitivamente el 27 para avanzar hácia el Bravo, hasta Luceros, donde el 28 se le reunieron el capitán Burgwin con 2 compañías de dragones á pie y el teniente Wilson con una pieza de artillería. Contando ya Price con muy cerca de 500 hom-

bres y 5 cañones, marchó el 29 á la Hoya, donde supo que una partida de 60 á 80 hombres le aguardaba en los desfiladeros de las montañas que se levantan á ambos lados del cañón que guía al Embudo. Hallando este camino impracticable para la artillería y los carros, destacó al capitán Burgwin con su compañía de dragones y las de infantería de los capitanes St. Urbain y White en aquella dirección, quedando él en la Hoya con el resto de su brigada. Burgwin, que sólo llevaba 180 hombres, descubrió que los apostados en las alturas no bajaban de 600 á 700; que dominaban la parte angosta del desfiladero, y que las masas de cedros y las enormes rocas con que se guarecían, los hacían más temibles aún. Desmontando la caballería, subió con ella de frente St. Urbain á las alturas, y las demás fuerzas lo hicieron por los flancos, desalojando á los mexicanos, que comenzaron á retirarse hácia el Embudo. El fuego de fusilería se había oído en la Hoya, de donde llegó el capitán Stack con 25 dragones de refuerzo, que fueron muy útiles para acabar de ocupar las alturas. Retirados los mexicanos, Burgwin avanzó por el desfiladero, desembocó en el abierto valle en que está el Embudo, y entró sin resistencia en esta población, varios de cuyos vecinos con bandera blanca habían salido á encontrarle. Su pérdida en el desfiladero fué de 1 muerto y 1 herido, y de 20 muertos y 60 heridos la nuestra. El 30 de Enero llegó Burgwin á Trampas, donde aguardó al resto

de la brigada, que por llevar la artillería y los carros, tuvo que tomar un camino más hácia el Sur, y que llegó el 31 á la expresada localidad.

Una semana antes se había destacado de la brigada de Price el capitán Hendley con 80 hombres, hácia Mora, á reconocer á otra fuerza mexicana que se dijo haber en las inmediaciones de este punto y que resultó ser de 300 á 400 hombres, fortificados en el caserío. Los atacó Hendley, pero fué rechazado y muerto, y, después de destruir algunas casas y de causar á sus contrarios una pérdida de 30 hombres entre muertos y heridos, se retiró el destacamento á las Vegas, llevando varios prisioneros.

Price, con todas las tropas suyas reunidas en Trampas, se dirigió á las poblaciones de Taos, llegando á la cima de la montaña de este nombre el 1o. de Febrero, y acuartelándose el 2 en el pueblo de Río Chiquito, á la entrada del valle de Taos. Las marchas de estos dos días se hicieron sobre la nieve, fatigándose mucho la tropa, que á veces tenía que abrir camino para la artillería y los carros. El 3 atravesó por San Fernando, y sabiendo allí que el enemigo se había hecho fuerte en Puebla de Taos, siguió hasta dicha villa, y la halló circundada de muralla de adobes y con estacadas: en su recinto y cerca de los valles á Norte y Sur, había, dice, dos vastas construcciones de forma irregular, piramidal, que constaban de siete ú ocho pisos, y cada

una de las cuales era capaz de contener de 500 á 600 hombres. Aparte de esto había multitud de edificios pequeños y la iglesia parroquial, templo grande, situado en el ángulo del Noroeste. Price comenzó á batir la iglesia aquella misma tarde, pero sin resultado; y agotadas sus municiones y fatigada su gente, se retiró á San Fernando, volviendo á la mañana siguiente sobre Puebla. Situó una parte de sus tropas en los valles inmediatos, para impedir la retirada de los defensores de la villa, y con el resto y la artillería rompió sus fuegos sobre la iglesia, cruzando el de sus obuses por el frente y uno de los flancos, y disparando algunos tiros de metralla sobre las casas inmediatas. Rotas á hachazos é incendiadas las puertas del atrio y del templo, y después de arrojar granadas de mano, se introdujo su gente, encontrando las naves oscurecidas por el humo, circunstancia que evitó á los norte-americanos mucha pérdida de vidas, pero que no salvó al capitán Burgwin, muerto allí. Los mexicanos siguieron haciendo vivísimo fuego de fusilería desde las casas inmediatas en que habían abierto multitud de troneras; pero acabaron por retirarse á la parte occidental de la villa: muchos intentaron salir de ella y fueron perseguidos por la caballería norte-americana apostada en los valles y que mató á 31 de los fugitivos. Anocheció, y la gente de Price quedó acuartelada en los edificios de que había lanzado á sus contrarios. Estos ascendían á más de 600, y tuvie-

ron 159 muertos, ignorándose el número de sus heridos. Los norte-americanos tuvieron 7 muertos, entre ellos Burgwin, y 45 heridos, muchos de los cuales murieron poco después.

A la mañana siguiente los mexicanos solicitaron la paz, y Price consintió en otorgarla mediante la entrega de Tomás Ortiz, uno de los jefes principales é instigador de la muerte del gobernador Bent y de los demás norte-americanos sacrificados. Los otros jefes de la insurrección, dice el mismo Price en su parte, fueron Tafaya, Pablo Chavez, Pablo Montoya, y Cortés. El expresado Ortiz no fué hallado de pronto, y pereció, uno ó dos días después, á manos de un soldado, que le descubrió en una casa de San Fernando: Tafaya había sido muerto en el combate de la Cañada, y Chávez en la defensa de Puebla de Taos; Montoya fué ahorcado en San Fernando el 7 de Febrero, y Cortés, que había sido el jefe de los mexicanos sublevados en el valle de Mora, logró escaparse. Es de suponerse que fué una misma fuerza la que midió sus armas con el invasor en la Cañada, el desfiladero del Embudo, y Puebla. El parte de Price está fechado en Santa Fe el 15 de Febrero (1,847).

El secretario de la Guerra, en su informe al congreso, fecha 2 de Diciembre de 1,847, decía: "La mayor parte de las tropas primeramente enviadas á Nuevo-México, era de voluntarios del Missouri, enganchados por sólo un año. El término de su servicio espiró en Agosto, y desde Abril ó Mayo los nuevamente

enganchados salieron á reemplazar á aquellos, ascendiendo nuestra fuerza actual en Nuevo-México á 3.634 hombres, incluso un batallón que entre las tribus de indios cuida de los caminos de Santa Fe y Oregón." Y agrega el mismo funcionario: "Ocasionalmente, en el trascurso del último verano, algunas de nuestras partidas sueltas de ganado, á lo largo de nuestros puntos orientales (en Nuevo-México), fueron atacadas por bandas de mexicanos é indios, reunidos para cometer depredaciones, y ha habido pérdida de vidas por ambos lados."

Paso á hablar de los sucesos de California, y en toda la primera parte de la narración de ellos me limito á extractar las noticias de los "Apuntes para la Historia de la Guerra," pues los documentos que tengo del enemigo sólo tratan de la posterior expedición del general Kearnay y de los acontecimientos subsiguientes.

En Febrero de 1,846 se introdujo en California el ingeniero norte-americano, capitán Fremont, con una fuerza de rifleros montados, obteniendo permiso del comandante general Castro para recorrer la comarca, so pretexto de una comisión científica; y en Junio siguiente sorprendió y ocupó la plaza de Sonoma, apoderándose de su artillería; y, allegando á los aventureros norte-americanos esparcidos cerca del río Sacramento, en número de 400, proclamó la independencia de California. A principios de Julio la escuadra de los Estados Uni-

dos se posesionó de Monterrey, adonde se dirigieron Fremont y su gente. En Agosto ancló en San Pedro, y, con ayuda del mismo Fremont, el comodoro Stockton y sus marinos ocuparon la ciudad de los Angeles, emigrando las autoridades á Sonora, y siendo también ocupados por el enemigo los puertos de San Diego y Santa Bárbara. A fines de Septiembre el comandante Flores, con 500 mexicanos que logró reunir, hizo capitular á la guarnición de los Angeles y envió destacamentos sobre Santa Bárbara y San Diego. Debilitada así nuestra fuerza en los Angeles, fué amagada esta ciudad por los norte-americanos; pero los rechazó Flores á pocas leguas de ella, ocupó las principales poblaciones meridionales, y á fines de Octubre quedó nombrado gobernador y comandante general. Una sección de tropas suyas, á las órdenes del capitán Castro, se dirigió al Norte para proteger el levantamiento de las poblaciones de aquel rumbo, y el 16 de Noviembre, á ocho leguas de Monterrey, obtuvo un triunfo sobre parte de las fuerzas de Fremont.

El general Kearnay, en virtud de las órdenes de Washington, después de ocupar á Santa Fe y de organizar todo lo necesario en el Estado de Nuevo-México, salió de la expresada ciudad hácia California, el 25 de Septiembre, con 300 dragones á las órdenes del mayor Sumner; pero encontrando el 5 de Octubre á M. Carson, quien, con una escolta de 16 hombres, llevaba á los Estados Unidos pliegos de Stock-

ton y de Fremont, comunicando la ocupación de California, hizo regresar á Sumner con 200 de sus dragones, para que se quedaran en Nuevo México, y con los 100 restantes, á las órdenes del capitán Moore, y 2 obuses de montaña, siguió un camino hasta entonces no recorrido, á lo largo del Bravo, por espacio de más de 200 millas; se dirigió al Gila y marchó paralelamente al curso de este río hasta su confluencia con el Colorado del Oeste, á distancia de 500 millas; continuó por 40 abajo del Colorado y 60 al través del desierto, y llegó el 2 de Diciembre á un establecimiento ó colonia en la frontera de California. En sus partes, Kearnay da noticias pormenorizadas y curiosas acerca de su marcha, de las tribus de indios que visitó, de las márgenes del Gila, de los inmensos desiertos sin agua ni vegetación, y de los vestigios de las costumbres y prácticas de los antiguos aztecas en el modo de regar los terrenos y en las acequias y pozos que vino hallando. Dos días después de atravesar nuestra frontera y como á 40 millas de San Diego, encontró al capitán Gillespie, quien, con un corto destacamento de voluntarios, había sido enviado por el comodoro Stockton á dar noticias del levantamiento de los californios, los que tenían ya reunida una fuerza de 600 á 700 hombres, contra los invasores. Informado de que alguna sección de tal fuerza estaba en San Pascual, á ocho ó diez millas de allí, se dirigió Kearnay, en unión del destacamento, á atacarla el 6 de Diciembre, y la derro-

tó, aunque perdiendo á su ayudante el capitán Johnston, al capitán Moore, al teniente Hammond y 18 hombres entre sargentos, cabos y soldados, y resultando heridos de lanza el mismo Kearnay, los capitanes Gillespie y Gibson y 11 soldados. La tropa mexicana que allí se batió era de más de 100 dragones, á las órdenes del comandante D. Andrés Pico, y estuvo á punto de derrotar á los norte-americanos, á quienes quitó una pieza de artillería é hizo perder el campo en su primera carga; se llevó á sus muertos y heridos sin ser perseguida, y Kearnay admiró la ligereza y brío de sus caballos, y dice que los californios son los primeros jinetes del mundo. Al siguiente día el expresado jefe halló otra sección mexicana ocupando alturas cerca de San Bernardo; la arrojó de su posición y permaneció en dicha plaza hasta el 11 en que se le juntó una sección de marinos al mando del teniente Gray, enviada por Stockton en aux'lio suyo, y con la cual siguió para San Diego. dando punto á una marcha de 1,043 millas desde su salida de Santa Fe.

Stockton y Kearnay se movieron de San Diego el 29 de Diciembre con una fuerza de 500 hombres, compuesta de dragones á pie, voluntarios y marinos, y algunas piezas de artillería, con destino á los Angeles, y protegiendo á otra sección que, á las órdenes de Fremont, había salido de Monterrey á principios del mes, ocupado á Santa Bárbara y dirigídose igualmente sobre los Angeles. No se podía

oponer á estas brigadas sino 500 caballos y 3 piezas de montaña. Una sección corta, al mando del capitán D. José Carrillo, fué destinada á contener y hostilizar la vanguardia de Fremont, y el gobernador y comandante general Flores con el grueso de la gente marchó al encuentro de Kearnay y Stockton, situándose en las alturas dominantes del paso de los norteamericanos por el río de San Gabriel. Kearnay dejó á retaguardia sus carros y bagajes, atravesó el río, atacó á Flores, le desalojó después de recibir y rechazar una carga asaz brusca sobre su flanco izquierdo, y ocupó las alturas, pernoctando en ellas el 8 de Enero. Continuó en marcha el 9, tiroteado por la misma fuerza de Flores, que en las llanuras de la Mesa, tras hostilizarle durante más de dos horas con sus fuegos de cañón y de fusilería, cargóle reciamente, fué rechazada y se retiró llevándose sus muertos y heridos. Kearnay asienta que su pérdida en estos días consistió en 3 muertos, entre ellos el capitán Gillespie y el teniente de marina Rowlin, y en 11 heridos. Estos combates fueron los últimos sostenidos en California por los defensores de México, y el invasor ocupó, nueva y definitivamente, la ciudad de los Angeles, el 10 de Enero de 1,847, deponiendo á poco las armas casi todas las partidas nuestras que sostenían la guerra, y emigrando de nuevo las autoridades á Sonora. (85)

---

(85) En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" leemos que la fuerza con que Fremont

Hasta aquí los partes de Kearnay, en cuyo extracto he venido mezclando algunos datos de la relación mexicana. En el informe del secretario de la Guerra de los Estados Unidos, en Diciembre de 1,847, leo que el coronel Mason fué enviado en Noviembre de 1,846 á California, adonde llegó en Febrero siguiente, y que en Junio se encargó del mando de las fuerzas de tierra, asumiendo también el carácter de gobernador civil, y retirándose Kearnay, que de antemano tenía licencia de regresar á su país. El citado secretario de la Guerra, Marcy, hace notar que las operaciones militares, en California, previas á la llegada de Kearnay, habían sido dirigidas por los oficiales de la marina y el teniente coronel Fremont, y ejecutadas con fuerzas tomadas de la escua-

---

se dirigió á Santa Bárbara y los Angeles era de 700 rifleros montados y 4 piezas, y que la gente de Kearnay y de Stockton ascendía á 1,000 hombres con 8 cañones. En la misma obra se asienta que una conspiración habida en los Angeles, en virtud de manejos de los prisioneros de guerra, impidió que Flores, con el grueso de sus fuerzas, acudiera á atacar vigorosa y oportunamente á Kearnay cuando este jefe, á su llegada de Nuevo-México, tuvo con el comandante Pico, cerca de San Pascual, el encuentro de que se ha hablado; á cuya omisión forzosa se atribuye en mucha parte la pérdida posterior de los Angeles y de toda la Alta-California.

dra, en parte, y en parte organizadas en la comarca; y que la pacificación de ésta se efectuó antes de que ninguna de las fuerzas de tierra despachadas de los Estados Unidos, con excepción de la que escoltó á Kearnay y que no pasaba de 100 hombres, hubiese llegado á su destino; pues la compañía de artillería embarcada en Nueva York en Julio de 1,846, llegó hasta Febrero: el regimiento de voluntarios, también de Nueva-York, salido en Septiembre, llegó en Marzo; y un batallón al mando del coronel Cooke, procedente de Santa Fe y que vino por el camino del Gila con su tren d. carros, desviándose algún tanto de la ruta seguida por Kearnay, no se presentó en California sino en Enero de 1,847. Agrega Marcy que, de los últimos partes del gobernador Mason, fechados el 18 de Junio, resultaba que las tropas norte-americanas en California no excedían de 750 hombres, aparte del batallón procedente de Santa Fe, cuyo tiempo de servicio esplraba en Julio, no siendo probable su reenganche; y que, cuando los nuevos enganchados llegaran, dichas tropas ascenderían á un total de 1,000 hombres.

El despacho de Mason de 18 de Junio anunció que el buque norte-americano "Lexington" que iba á salir de Monterrey para Santa Bárbara, recibiría en este segundo puerto al tenlente coronel Berston y 2 compañías de los voluntarios de Nueva-York y los llevaría á la Paz, capital de la Baja-California, á que ocuparan dicha localidad. Mason agregó que el país con-

tinuaba tranquilo, pero descontento del cambio de nacionalidad "no obstante lo que se diga ó escriba en contrario;" y que en la parte meridional de la Alta-California se levantaría desde luego la gente si fuera posible á México enviar la más pequeña fuerza; no permaneciendo quietas las poblaciones sino por la falta de jefe y de un núcleo de tropas. Se quejó, por último, de las depredaciones de los bárbaros contra norte-americanos y nativos, é insistió en la necesidad del envío de tropas de caballería, y de dinero para el pago de reclamaciones contra los Estados Unidos desde la ocupación de California, por semillas, caballos y otras propiedades tomadas, ó facilitadas al ejército, pues las quejas de los reclamantes mexicanos y extranjeros causaban grave daño al crédito de la Unión. Si los partes de Kearnay revelan á un hombre observador, veraz y benévolo, los de Mason dan buena idea de la inteligencia de este jefe en materia de administración militar y civil.

Tales fueron, en resumen, los principales sucesos de la guerra con los Estados Unidos en Chihuahua, Nuevo-México y California, Estados ó territorios en los que la invasión tuvo, como he dicho, carácter de conquista, y de los cuales, á la celebración de la paz, perdió México, el tercero en gran parte, y en su totalidad el segundo. No es posible negar que en ellos la defensa fué vigorosa, especialmente en California, donde la área vastísima invadida sólo contaba una población de seis á ocho mil al-

mas: y que, si en todas las demás comarcas mexicanas la lucha se hubiera sostenido de nuestra parte en esa proporción, su resultado habría constituido para nosotros un timbre de gloria y una prenda de seguridad y grandeza.

***

El ejército del Centro, puesto á las órdenes de Wool y destinado á la invasión de Chihuahua, se componía de cinco compañías de dragones, una de artillería, tres del 6o de infantería, un regimiento de caballería de Arkansas, dos regimientos de infantería de Illinois y una compañía de infantería de Kentucky, con fuerza total de 3,000 hombres y 6 piezas de artillería, ó sea la batería de Washington, que formó después en el centro de la batalla norte-americana en la Angostura. Wool debía obrar con sujeción á Taylor, y salió de Puerto Lavaca, en Texas, el 8 de Agosto de 1,846 con el grueso de las tropas, dejando dos compañías de dragones en San Antonio de Béjar con el coronel Harney, quien reclutó allí nuevas fuerzas de indios y texanos, y se puede decir que perteneció desde el principio al ejército del Bravo.

Wool llegó el 8 de Octubre al Presidio y atravesó el Bravo el día 11, habiéndose retirado sin combatir las pocas fuerzas mexicanas que había en aquellas inmediaciones. El 24 del expresado mes llegó Wool á Santa Rosa, de donde tomó hácia el Sur el camino de Monclova

y Parras, con ánimo de penetrar en seguida en Durango y dirigirse, al fin, á Chihuahua. El 29 llegó á Monclova y se detuvo allí de orden de Taylor. Así este jefe como la Secretaría de Guerra, en consideración á lo largo de la marcha hasta Chihuahua y á la poca urgencia y utilidad de la ocupación inmediatá de tal Estado, resolvieron la incorporación de estas fuerzas al ejército de ocupación que había avanzado hasta el Saltillo; y, en virtud de ello, Wool salió de Monclova el 24 de Noviembre, llegó èl 5 de Diciembre á Parras, y permaneció en esta última localidad, hasta ir á unirse definitivamente con las tropas de Taylor en el Saltillo pocos días antes de la batalla de la Angostura.



El ejército del Oeste, puesto á las órdenes de Kearnay y destinado á la conquista de Nuevo México y California, constaba de ocho compañías de dragones, nueve de voluntarios de caballería, dos de voluntarios de artillería y dos de voluntarios de infantería, con un total de 1,800 hombres y las respectivas piezas. A fines de Julio de 1,846 se concentró cerca del fuerte Bent, á inmediaciones del río de Arkansas, y Kearnay expidió una proclama declarando sin rodeos que el objeto de sus operaciones en Nuevo México erá la agregación de este Departamento nuestro á los Estados Unidos y la mejora dè la condición de sus ha-

bitantes. Acaso como uno de los elementos de tal mejora, traía consigo mormones, que su gobierno le había autorizado á reclutar en número no excedente de la tercera parte de sus fuerzas.

El primer punto objetivo de la expedición era la capital de Nuevo México, Santa Fe, canal de un tráfico con las praderas de los Estados Unidos calculado en un millón de pesos anual. El gobernador y comandante general Armijo, con la gente que pudo reunir y que no excedía de 2,000 hombres, se situó en el cañón de Pecos, á cuatro ó cinco leguas de la ciudad, para impedir al enemigo la entrada; pero estalló la discordia entre los jefes de las diversas fuerzas, y se retiraron hácia el Sur y se disolvieron antes de la aparición de Kearnay. (86) Este general llegó el 14 de Agosto á

---

(86) Según las noticias publicadas en México, Armijo, con unos cuantos soldados presidiales, se retiró hasta Paso del Norte; y un auxilio de 400 hombres que le iba de Chihuahua, llegó después de buena hora.

También se publicó entonces aquí la siguiente carta de Mauricio Ugarte, fechada el 26 de Agosto (1,846) en el campo de Fray Cristóbal, y que contiene noticias curiosas, aunque muy exageradas, respecto de las fuerzas invasoras:

"El 14 de Agosto había reunido Armijo como 2,000 hombres de todas clases en la boca del cañón de Pecos, de los cuales eran de tropo 270 hombres, y 7 piezas de artillería con

Vegas, el 16 á San Miguel, y el 18 á Santa Fe, donde fué recibido por el vice-gobernador Vigil, y expidió el 22 otra proclama declarando su intento de ocupar y conservar á Nuevo México con sus antiguos límites en ambos lados del Bravo, y la resolución de los Estados

---

dos carretas de parque. El 15 se suscitó una disputa entre los jefes de las fuerzas auxiliares y el general, sobre varias opiniones respecto de la defensa: las fuerzas auxiliares, de resultas de ello, se disolvieron, y el general, con las tropas, se retiró para Galisteo. Le abandonaron las compañías presidiales, y clavando 7 piezas, se introdujo en la hacienda de Manzano con sólo 60 hombres del 2o. y 3o. de caballería permanente.... El 16 ocupó el enemigo á Santa Fe, al mando del coronel Kearnay: formaron 3,000 hombres y 16 piezas de artillería. Seis días después entrará la caravana en que viene un millón de pesos, escoltada por 1,000 hombres. Se enarboló en la plaza de Santa Fe el pabellón americano, y se nombró de gobernador á D. Santiago Magofin, é instaló el gobierno: salieron por distintas partes trozos de 200 á 300 hombres sin saberse con qué objeto. El clero, todas las autoridades políticas y presidiales y tropas que se les pasaron, prestaron juramento solemne de obediencia al nuevo gobierno. D. Enrique Conelli escribió á Armijo invitándole á nombre del nuevo gobierno para que volviera á Santa Fe á ocupar su puesto, ofreciéndole to-

Unidos de establecer allí un gobierno libre. En las poblaciones ocupadas fueron convocados los habitantes, se les declaró exonerados de toda obligación hácia México y convertidos en ciudadanos norte-americanos, y se les exigió juramento de fidelidad á los Estados Unidos, el cual, según Ripley, prestaron sin demora, aunque con muy poca gracia; todo lo cual tuvo su lado no escasamente cómico. Kearnay nombró en Santa Fe nuevos empleados civiles, en su mayor parte hijos del país, y mandó construir un reducto que dominaba la ciudad y que podía contener 300 hombres.

Después de alguna alarma causada por el rumor infundado de que Armijo volvía con tropas sobre Santa Fe, lo cual obligó á Kearnay á moverse con 900 hombres á su encuentro, el mencionado jefe invasor creyó asegurada la paz en todo el Departamento; estableció una administración civil semejante á la de los territorios en los Estados Unidos, nombró gobernador á Carlos Bent, y salió de Santa Fe para California el 25 de Septiembre.

Los historiadores norte-americanos trazan un cuadro sombrío del estado de barbarie á que la tiranía de Armijo y de los ricos y la superstición del clero católico, según los mis-

---

da clase de garantías, que no admitió. Parece que una sección de 600 dragones viene á situarse al último poblado para estorbar la salida del Departamento á toda clase de personas."

mos historiadores, tenían reducida á la población de Nuevo México; y á renglón séguido asientan que las tropas norte-americanas que allí quedaron, se componían en su mayor parte de voluntarios sin disciplina, con oficiales nombrados por ellos mismos ó incapaces de sujetarlos; que Santa Fe abundaba en garitos y tabernas establecidas por sus regeneradores, y que la conducta licenciosa de la soldadesca presto engendró en los habitantes un odio vivísimo contra los norte-americanos. En esto vino á parar el nuevo edén que las proclamas de Kearnay prometían, y el lector ha visto ya, en el posterior levantamiento de aquellas poblaciones. los naturales efectos de tan violenta situación.

*
* *

Respecto de California, conviene hacer constar aquí, que desde 1,842 (87) el comodoro norte-americano Thomas A Jones, que mandaba una escuadrilla en el Pacífico, á pretexto de que á su salida del Callao había visto en los periódicos noticias que le indujeron á suponer rotas las hostilidades entre México y los Estados Unidos, al llegar al puerto de Monterrey el 19 de Octubre con la fragata "United States" y la corbeta "Cyane," intimó rendi-

---

(87) Documentos de la Memoria de nuestro Ministro de Relaciones, Bocanegra, correspondiente á los años de 1,841 á 1,843.

ción á las autoridades y fuerzas locales y quedó en posesión del puerto durante dos ó tres días, haciendo desembarcar unos 150 marinos. Convencido al cabo de este tiempo de que no existía tal estado de guerra,—lo cual las autoridades mexicanas le habían hecho saber desde el principio,—devolvió el puerto, mandando enarbolar en él, de nuevo, el pabellón nacional, saludándole, y visitando á las autoridades. (88) Por los mismos días, el capitán de un buque mercante, el "Alerta," al llegar á nuestro puerto de San Diego, mandó clavar la artillería de tierra y echar en el fondeadero, para inutilizarlo, el lastre de su expresado buque. Por toda explicación de su conducta dijo que, sabedor de lo acaecido en Monterrey, creyó que se tratara de detener el "Alerta" en San Diego, y había tratado de asegurar su salida. (89)

---

(88) El general Micheltorena, que ejercía el mando superior en California, estimó los daños y perjuicios en 15,000 pesos que parece se mandaron pagar. Entablada la consiguiente reclamación por nuestro gobierno, el de los Estados Unidos, en debida satisfacción, relevó en Enero de 1,843 al comodoro Jones del mando de la escuadra del Pacífico, según los documentos ya citados.

(89) Alguno de los dueños del buque manifestó al ministro de los Estados Unidos en México, Waddy Thompson, estar dispuesto á pagar daños y perjuicios. (Documentos ya citados.)

Tan exento de malicia como estos dos casos, apareció en sus principios el de la sublevación del capitán de ingenieros topógrafos John C. Fremont. Empleado en exploraciones al Oeste de las Montañas Rocallosas para el descubrimiento de un nuevo camino hácia el Oregón, y extraviando sin duda el suyo, á fines de Enero de 1,846 llegó con su partida de 62 hombres á unas cien millas de Monterrey; los hizo detenerse en el valle de San Joaquín, y vino á la expresada ciudad á pedir al comandante Castro permiso para invernar en dicho valle. Según la versión norte americana, se le autorizó á ello; pero el cónsul de los Estados Unidos, Larkin, le avisó que Castro procuraba levantar á los pueblos en contra suya, y, al mismo tiempo, algunos colonos norte-americanos le ofrecieron con tal motivo sus servicios. Fremont avanzó con su gente á treinta millas de Monterrey, tomó posiciones en la Sierra Nevada, enarboló allí la bandera de los Estados Unidos y se preparó á la resistencia. Viendo que no era atacado, se dirigía al Oregón y fué alcanzado el 9 de Mayo por el teniente de marina, Gillespie, con carta de introducción del secretario de Estado, Buchanan, y cartas particulares del senador Benton, en que se le indicaba el deseo de su gobierno de que averiguara la existencia de planes extranjeros, ó sea británicos, con relación á California y estorbara su ejecución. Gillespie había atravesado el país desde Veracruz hasta Mazatlán, y parece que acentuó verbalmente lo

indicado en las cartas de Benton y atribuyó la poca claridad de ellas al temor de que cayeran en manos de las autoridades mexicanas. Lo cierto es que, relacionando Fremont las repetidas cartas con los informes y manifestaciones de Gillespie, determinó regresar á los establecimientos ó colonias cerca del Sacramento, y al acercarse á San Francisco, so pretexto de que Castro iba á expulsar á los colonos norte-americanos, convirtióse definitivamente en enemigo: sorprendió el 15 de Junio á Sonoma, haciendo prisioneros á Vallejo y algunos otros oficiales y habilitándose de fusiles, artillería, municiones y vestuario: se dirigió al interior, convocó á todos los colonos compatriotas suyos y los agregó á sus filas, declarando, al fin, la independencia de California; todo ello antes de que mediara allí conocimiento del estado formal de guerra entre México y los Estados Unidos.

A poco el comodoro Sloat, jefe de la escuadra del Pacífico, sabedor de los primeros sucesos de la guerra en la línea del Bravo, procedió á ocupar los puertos de California, empezando por Monterrey, del que con 250 marinos tomó posesión el 7 de Julio. En proclama fechada el 6 á bordo del "Savannah," decía á los californios, aludiendo al rompimiento de hostilidades en Tamaulipas y á la ocupación de Matamoros por Taylor: "Hallándose actualmente en guerra las dos naciones por este suceso, levantaré desde luego el estandarte de los Estados Unidos en Monterrey, y lo

llevaré por toda la California. Declaro á los habitantes de ella que, aunque armado de una fuerza poderosa, no vengo como enemigo de California, sino, al contrario, como su mayor amigo, pues en adelante será una parte de los Estados Unidos, etc."

Si Fremont se había mostrado previsor, no había sido menos previsor su gobierno. El secretario de Marina, Mr. Bancroft, desde el 24 de Junio de 1,845, ó sea un año antes, había dado á Sloat, entre varias instrucciones, éstas: "....Si México, sin embargo, entrare resueltamente en la vía de las hostilidades, cuidaréis de proteger las personas y los intereses de los ciudadanos de los Estados Unidos á inmediaciones de vuestra estación: y si obtenéis la seguridad completa de que el gobierno de México nos ha declarado la guerra, emplearéis la fuerza á vuestras órdenes del modo más ventajoso posible. Se dice que los puertos mexicanos en el Pacífico están abiertos y sin defensa. Si, pues, obtenéis la certidumbre de que México ha declarado la guerra á los Estados Unidos, desde luego os apoderaréis del puerto de San Francisco y bloquearéis ú ocuparéis los demás que podáis." Sloat, á su turno, no sólo dió cumplimiento á estas órdenes, posesionándose por sí mismo de Monterrey, como hemos visto, y haciendo que el capitán Montgomery se apoderara de San Francisco el 9 de Julio, sino que, anticipándose á órdenes y acontecimientos, de-

claró á California parte integrante de los Estados Unidos. (90)

Fremont, al tener noticia de las operaciones de Sloat, se dirigió de Sonoma á Monterrey con su gente. El expresado comodoro se proponía limitar las operaciones á la ocupación de los puertos; pero, habiendo entregado el mando de la escuadra al comodoro Stockton, éste se ligó con Fremont y no sólo se posesionó de San Pedro y Santa Bárbara, sino que empezó á obrar en tierra combinadamente con el ingeniero topógrafo, organizando la fuerza de éste en batallón de los Estados Unidos, y entrando con una y otro en los Angeles, capital de California, á mediados de Agosto. El 17 expidió allí Stockton una proclama anunciando la conquista y posesión militar del Departamento por los Estados Unidos, y prometiéndole un gobierno semejante al de los territorios norte-americanos, tan luego como pudiera ser establecido. Lo fué á poco, nominalmente al menos, quedando de gobernador el mismo Stockton, á quien debía substituir ó reemplazar Fremont, mientras el marino, creyendo enteramente asegurada allí la paz, cuando en rigor iba á empezar la guerra, se disponía á salir hácia Acapulco y demás puertos

(90) Temieron formalmente los invasores que la marina inglesa se opusiera á la ocupación de los puertos de California, y solamente después de algunos días se tranquilizaron á tal respecto.

meridionales. En esto llegó Kearnay y se suscitaron celos y rivalidades entre él y Stockton y Fremont, relativamente al ejercicio de la autoridad civil y militar en California. Triunfó Kearnay, sostenido por la Secretaría de Guerra, y ejerció allí el mando hasta la llegada del coronel Mason.

El ya teniente coronel Fremont desobedeció las órdenes de Kearnay; desafió á Mason, aunque no llegó á efectuarse el duelo; y se retiró á los Estados Unidos, donde un consejo de guerra le declaró reo de insubordinación militar y le despojó de su grado en el ejército.

Al hacerse la paz, el gobierno libre ofrecido á los californios, se había reducido á una dominación militar sin otro alcance que el de sus cañones; y el poquísimo orden que allí quedaba en lo civil y administrativo, se debía á la observancia de algo de las antiguas leyes y de los procedimientos de la tierra, según testimonio de los mismos invasores.

XII

LA GUERRA CIVIL.

Pronunciamiento en México.—Santa Anna viene á encargarse del gobierno.—Reflexiones.

Debo consagrar aquí dos palabras á los sucesos de nuestra capital en fines de Febrero y casi todo Marzo de 1,847, por lo que puedan haber influído en la suerte de la guerra.

El partido exaltado era dueño de la situación, y con motivo del amago de nuestra costa oriental por los norte-americanos, á quienes se creía en vísperas de atacar á Túxpam y Veracruz, el gobierno dispuso enviar en auxilio de esas comarcas á los cuerpos de guardia nacional del Distrito compuestos de artesanos, empleados, comerciantes y gente, en suma, reputada adversa á los actos de la administración. Acababa ésta de asestar un golpe á los bienes eclesiásticos no obstante la oposición que en las cámaras dirigió hábil y elocuentemente D. Mariano Otero, jefe, en unión de Gómez Pedraza, del partido moderado, verdadero contrario del gobierno de Gómez Farías, á quien la mayoría del congreso parecía ya resuelta á quitar de la presidencia. Comunicóse al cuerpo de guardia nacional "Independencia" la orden de salir de México, debiendo seguirle, según se dijo, los de Bravos, Victoria, Mina é Hidalgo. El primero de los ex-

presados constaba de 1,000 plazas á las órdenes del coronel Anaya, y tenía en el edificio de la Universidad su cuartel, ocupado en la tarde del 26 de Febrero por otro cuerpo de la confianza del gobierno. Los milicianos de "Independencia" se congregaron en el Coliseo Viejo y se trasladaron en columna al Hospital de Terceros: reunida gran parte de la gente de los demás mencionados cuerpos en otros puntos, amanecieron el 27 pronunciados en todos ellos los polkos en número de 3,250, sin artillería, á las órdenes del general Peña y Barragán, ocupando una extensa línea desde San Cosme hasta la Profesa. Su primitivo plan quedó reformado á poco, limitándose definitivamente á eliminar á Gómez Farías del gobierno. Las fuerzas de éste constaban de 3,300 hombres y 22 piezas de artillería, al mando de los generales Canalizo y Rangel. Una parte de las tropas veteranas se declaró neutral.

Los contendientes se tirotearon de torre á torre y de esquina á esquina por espacio de muchos días, sin más combates serios que los ocasionados por el ataque de la casa de Pinillos, rumbo de San Cosme, por Rangel, y el avance de los polkos á quitar una pieza de artillería situada en la calle del Refugio. La nueva revolución fracasó en Puebla y Toluca. de cuyo último rumbo vino, sin embargo, el general Salas con alguna fuerza en auxilio de los pronunciados en México. Reducido á prisión D. Manuel Gómez Pedraza, se temió por su vida, y los diputados pertenecientes al partido moderado dictaron un acuerdo firmado por

más de cuarenta representantes, llamando á Santa-Anna al desempeño de la presidencia (91) y le despacharon comisionados. Santa-Anna mandó suspender las hostilidades, llegó el 20 de Marzo á Guadalupe, hizo poner en libertad á Gómez Pedraza, y el 21 recibió á la comisión del congreso que, presidida por Otero, fué á tomarle juramento, quedando desde luego el expresado general en ejercicio de sus nuevas funciones. (92)

Por estos mismos días sucumbía Veracruz sin haber recibido auxilios de la capital; y el espíritu de partido culpó de ello á los pronunciados é hizo aparecer al clero como instigador y director de la revolución. Preciso es reco-

---

(91) Se recordará que Santa-Anna había sido electo presidente y que Gómez Farías, como vice-presidente, gobernaba en ausencia de aquel, puesto á la cabeza del ejército.

(92) Según Ripley, pocos días antes de que estallara la revolución, llegó al gobierno una nota del secretario norte-americano de Estado, Mr. Buchanan, fecha 18 de Enero de 1,847, ofreciendo de nuevo la paz y proponiendo que los comisionados que se nombrarían para ajustarla, se reunieran en la Habana ó en Jalapa. La respuesta fué igual á las anteriormente dadas: México no podría nombrar comisioñados sin prévia aceptación de las condiciones preliminares relativas á la salida de las tropas norte-americanas de nuestro territorio y á la desocupación de nuestros puertos por la marina de los Estados Unidos.

nocer que si la intención del gobierno fué auxiliar á Veracruz, no anduvo acertado en la elección de los medios, que forzosamente habían de producir el conflicto que aquí presenciamos. Lo demás no pasa de simple vulgaridad ante el criterio histórico, que, observando el descontento general, la lucha del partido moderado contra los radicales que eran dueños de la situación, la legítima repugnancia en individuos cuya profesión no era la militar, á abandonar sus intereses y familias al arbitrio de quienes habrían preferido desarmarlos, y para un servicio ajeno á sus compromisos, no puede ni por un momento admitirse la hipótesis de que hombres como Pedraza y Otero y como muchos de los jefes y oficiales—cuya lista es hoy curiosísimo repasar—recibieran órdenes ó inspiraciones de dos ó tres mayordomos de monjas.

XIII.

GOLFO DE MEXICO.

Bloqueo de Veracruz.—Inútiles tentativas de la marina norte americana contra Alvarado y San Juan Bautista de Tabasco. Tuxpam.

Desde el principio de la guerra se comprendió que nuestra débil é insignificante marina, útil apenas para el resguardo de las extensísimas costas mexicanas en tiempo de paz,

vendría á ser del todo inútil en el de hostilidades, y difícilmente podría librarse de las garras del enemigo. La suerte de algunos de nuestros buques en Tampico tenía que ser corrida por los existentes en Veracruz; y, con el fin de evitarlo, la administración de Paredes vendió al gobierno español de Cuba nuestros dos vapores de guerra "Moctezuma" y "Guadalupe," y mandó retirar al río de Alvarado los bergantines "Mexicano," "Veracruzano Libre" y "Zempoalteca;" las goletas "Aguila" y "Libertad;" el pailebot "Morelos," y las cañoneras "Guerrero," "Queretana" y "Victoria." (93)

Aunque desde fines de 1,845 hubo buques de guerra norte-americanos en las aguas de Veracruz, el bloqueo no tuvo principio sino el 20 de Mayo de 1,846, en cuyo día el comandante Fiterkugh, á bordo del vapor "Mississippi," pasó el aviso respectivo á los buques neutrales presentes en aquellas aguas. Hasta principios de Agosto de 1,846, la escuadra bloqueadora se limitó á impedir la entrada á los buques mercantes y á capturar dos ó tres de ellos. La tripulación de dos de los de guerra sostuvo algún tiroteo con los vecinos de la Antigua que, apoyados en un destacamento militar, le impidieron proveerse de víveres frescos. En Agosto y Octubre del expresado año, intentó inútilmente la escuadra apoderarse del fortín de Alvarado que defendían los jefes y

(93) Lerdo de Tejada. "Apuntes históricos de Veracruz."

oficiales de nuestra marina y los voluntarios de dicha localidad y de Tlacotalpam: poco antes ó después incendió la goleta nacional "Criolla" y á fines de Octubre ó principios de Noviembre trajo á Antón Lizardo varios buques menores, también nacionales, capturados en el río de Tabasco. A su turno, había perdido tres ó cuatro buques de los suyos, que naufragaron en Túxpam, Isla Verde y playa de Mocambo, así como una lancha que se acercó en busca de víveres; siendo aprehendidos en la orilla algunos de los náufragos. Por otra parte, varios buques franceses y españoles habían logrado burlar el bloqueo.

Las expediciones contra Alvarado y San Juan Bautista de Tabasco constituyeron un verdadero fracaso para la marina de guerra enemiga, y merecen que nos detengamos á recordarlas.

Desde Julio había el comodoro Connor fijado su atención en el primero de estos puertos, al Sur de Veracruz, en la desembocadura del río de Alvarado, refugio de los buques nuestros que acabo de mencionar; y, aprovechando algunos días de calma, se acercó el 7 de Agosto con su escuadra, dirigió desde el buque almirante algunos cañonazos al fuerte que protegía la entrada, y destacó á reconocerla una lancha cuya tripulación se tiroteó con la poca tropa mexicana que había en la playa. Hallando dificultosa la ejecución de sus intentos y que la guarnición se aumentaba con la llegada de refuerzos de Tlacotalpam y otras poblaciones inmediatas, Connor se retiró á otro día, so

pretexto de la vuelta del mal tiempo y de la creciente del río. Su segunda tentativa, hecha el 15 de Octubre, no obtuvo mejor éxito. "Algunos buques pequeños, dice Ripley, entraron por el río y cambiaron sus fuegos con las baterías de las márgenes; pero el vapor que remolcaba á la segunda división baró en la barra y dejó á aquella sin apoyo. El vapor "Mississippi" que debió cañonear las baterías según estaba resuelto, no pudo aproximarse lo necesario para causar daño al enemigo, y á causa de todas estas circunstancias, se retiró la escuadra. La misma disposición que habían mostrado la primera vez los habitantes de las inmediaciones mostraron ahora, y como la fuerza americana se retiraba, cantaron victoria, etc.... El resultado no pudo menos de ser mortificante al comodoro americano, aunque no sufrió pérdida, y aunque era de poquísima importancia el objeto de la expedición. Si ésta hubiera sido afortunada, ciertamente en nada habría influido por entonces en las operaciones de la guerra."

No es justo querer amenguar y desvirtuar así las pocas ventajas y satisfacciones del desvalido. Los dignos defensores de Alvarado que aún viven nos dan esta otra relación de los hechos:

Al presentarse allí por primera vez la escuadra, se componía de cuatro buques de alto bordo y cuatro cañoneras, y empleó la mayor parte del día en movimientos, maniobras, cambio de tropas y preparativos de desembarco. Habiendo cambiado el tiempo en la noche, con

chubascos por el Noroeste, el enemigo levó anclas y se retiró á Antón Lizardo, ó sea su punto de partida. No había entonces para la defensa sino un fortín en la barra, con 2 carronadas de marina muy mal montadas, 2 cañones en la boca del río, y un bergantín con 5 cañones, destinado, en unión de unos piquetes de guardia nacional de Tlacotalpam y Alvarado, á proteger la población. En vista de dicha primera tentativa, el gobernador y comandante general del Estado de Veracruz empezó á dictar providencias y ordenó la construcción de un nuevo fortín por la marina, dirigiendo la obra el capitán de fragata D. Pedro Díaz Mirón y el segundo teniente D. Juan Lainé.

El 15 de Octubre amaneció frente á la barra la escuadra, compuesta de cuatro fragatas, dos de ellas de vapor y dos de vela; y una escuadrilla de buques menores que formaron dos divisiones, mandando el comodoro Connor la 1a., en que había un vapor y tres cañoneras con un total de 15 cañones; y quedando á las órdenes del comodoro Perry la 2a., que tenía otro vapor y dos cañoneras con 11 cañones en junto. Esta vez, para la defensa de la barra, no había más que un fortín en obra, con 6 piezas montadas, de ellas cinco del calibre de á 12 y una carronada de á 24; y 1 cañón de á 30 montado en colisa en el centro del fuerte. Toda la artillería era de marina, con malos bragueros, y en malísimo estado todos sus útiles; y se hallaba servida por 30 marineros y 1 sargento y 8 soldados de infantería. Además

de tan exígua fuerza, había allí algunos empleados civiles, dos contramaestres, el jefe de escuadra D. Tomás Marín, comandante principal; los capitanes de fragata D. Pedro Díaz Mirón y D. Víctor Mateos; los segundos tenientes D. Juan Lainé, D. Esteban Castillo, D. Sixto Cortazar, D. Juan Díaz y D. Eduardo Naptoré, y el aspirante D. Juan Foester. En la población había piquetes de la guardia nacional de Alvarado, de Tlacotalpam, de Cosamaloapan y de Acayúcam. (94)

Como á las dos de la tarde, las escuadrillas ó divisiones enemigas, trayendo los buques consigo lanchas y botes de desembarco, forzaron la barra, protegidas por la artillería de las cuatro fragatas acoderadas cerca de la expresada barra, y cuyos fuegos, por el calibre de las piezas, cruzaban nuestra batería. El corto alcance de ésta hizo que sus respuestas fueran ineficaces al principio; pero, más y más acortadas las distancias, nuestros cañones empezaron á causar daño al enemigo. Comprendiendo que eran insuficientes para atender á las dos escuadrillas con alguna ventaja, el comandante del fortín, segundo teniente Lainé, dispuso que sus disparos todos se dirigieran al buque almirante, que recibió con ello averías de consideración en su parte material y perdió alguna gente de su tripulación y de su fuerza. A consecuencia de lo expuesto, el expresado buque

(94) Entiendo que también había alguna fuerza del batallón de Jamiltepec enviada de Veracruz en auxilio de Alvarado.

ordenó la retirada, que efectuaron las embarcaciones todas, favorecidas por la mucha corriente y el buen estado de la barra, a que debieron su salvación las cañoneras de vela.

Poquísimo daño nos causaron los fuegos de la escuadra, porque casi todos sus proyectiles se enterraban en la arena. Contose, sin embargo, entre nuestros muertos, el oficial segundo del ministerio político de marina D. Luis Díaz.

Buscando, tal vez, alguna compensación á este fracaso, á otro día, ó sea el 16 de Octubre, el comodoro Connor, que había regresado á Antón Lizardo, envió á Tabasco una expedición compuesta del vapor "Mississippi" y de todos los buques menores, al mando del comodoro Perry. La escuadrilla llegó el 23 á la boca del río, y, dejando anclado allí el vapor, entró Perry con las embarcaciones menores, se apoderó de Frontera, y capturó una goleta y dos buques mercantes. A otro día siguió río arriba, y el 25 llegó sin oposición ante San Juan Bautista, apoderándose de cinco buques mercantes que había en el puerto, é intimando rendición á la ciudad. Como ésta se mostró decidida á defenderse, rompió Perry sus fuegos é hizo desembarcar marinos y tropa que en la playa estuvieron tiroteándose con la guarnición y los vecinos, mientras los cañones de la escuadrilla bombardeaban la capital de Tabasco. Tropa y marinos del enemigo se reembarcaron al cerrar la noche. A la mañana siguiente la guarnición rompió de nuevo desde la playa sus fuegos, á que respondieron

los cañones de la escuadrilla; y los comerciantes extranjeros solicitaron del comodoro una suspensión de hostilidades, manifestándole que la mayor parte de las propiedades sujetas á daño en la ciudad les pertenecía. Perry se avino á suspender las hostilidades á condición de no ser agredido desde la playa al retirarse. Pero mientras se disponía á hacerlo, varó una de sus presas, y desde dos casas de la orilla los mexicanos le dirigieron vivo fuego de fusilería que hirió mortalmente al teniente Morris y á varios marineros; con cuyo motivo la escuadrilla volvió á hacer fuego de cañón. Después de tal incidente, Perry y sus buques se retiraron con las presas de algún valor, y llegaron á Antón Lizardo. Esta es, casi textualmente, la versión del enemigo, y de ella resulta cuando menos, que la mar'na norte-americana no logró apoderarse de San Juan Bautista de Tabasco.

Según la versión mexicana, la guarnición de la ciudad constaba de dos compañías de infantería y caballería de Línea, 23 artilleros, y el batallón de Acayucam; ó sea un total de menos de 300 hombres, á las ódenes del teniente coronel D. Juan B. Traconis: el invasor intimó rendición á la plaza el 24, la bombardeó el 25, é intentó asaltarla el 26 con las tropas que había desembarcado y que fueron tres veces rechazadas por el expresado Traconis y su puñado de valientes: por último, la escuadrilla enemiga se retiró á Veracruz, dejando en Frontera 2 buques para que continuaran el bloqueo,

y llevándose las embarcaciones nuestras que había capturado en el río. (95)

Anticipándome al curso de los sucesos, diré aquí respecto de Tabasco, que continuó el bloqueo de Frontera, y que el enemigo dirigió una nueva expedición á San Juan Bautista, en Junio de 1,847, y se posesionó de tal plaza, si bien teniendo que abandonarla pocos días después. Al hablar de las últimas operaciones militares, daré algunos pormenores acerca de la segunda defensa de Tabasco; agregando solamente por ahora, que en Mayo de 1,847 algunos de los buques apostados en Frontera se dirigieron á la sonda de Campeche.

En cuanto á Alvarado, al formalizarse el asedio de Veracruz, la guarnición de aquel puerto se retiró á reforzar la de éste. Los buques viejos nuestros, refugiados en el río, habían sido desartillados para armar el fortín de que ya se habló; y sus valerosos marinos se emplearon utilísimamente en la defensa de Veracruz. A la caída de esta plaza, Scott envió á Twiggs con una brigada á ocupar á Alvarado, cuyo punto había sido abandonado y, á la llegada de las fuerzas de tierra enemigas, estaba ya en poder de la marina de los Estados Unidos.

Los buques menores de ella salieron de la

---

(95) No he podido conseguir el parte oficial mexicano de la defensa de San Juan Bautista, en Octubre de 1,846, y no de 1,847 como erróneamente se dice en los "Apuntes para la Historia de la Guerra."

isla de Lobos el 13 de Abril de 1,847 sobre Túxpam, que tenía una guarnición de 600 hombres á las órdenes del general Cos, y algunas baterías con 7 cañones, cuatro de ellos de grueso calibre, recogidos del naufragio del buque de guerra enemigo "Truxton" cerca de aquella costa (96) La escuadrilla, reunida en la boca del río de Túxpam el 17 de Abril, atravesó la barra en la mañana del 18, y destacó unas 30 lanchas que, con tropas de desembarco y 4 piezas ligeras de artillería, entraron por el río y embistieron nuestras baterías, cañoneadas al mismo tiempo por los vapores. Las expresadas baterías fueron tomadas después de alguna resistencia, que no podía prolongarse á causa de la disparidad de fuerzas, y que costó al invasor 2 muertos y 11 heridos, entre ellos 4 oficiales. Las fortificaciones fueron destruidas, y recobradas las 4 piezas grandes del "Truxton."

No dejaré de mencionar aquí que, durante las excursiones de la marina norte-americana en nuestro Golfo, se practicó algún reconocimiento del río Coatzacoalcos, á fin de calcular la posibilidad de abrir el canal interoceánico por el istmo de Tehuantepec, "de cuyo proyecto—dice Ripley—se había ya hablado, tratándose de los planes políticos de los Estados Unidos para el caso de la conquista y retención de México."

---

(96) Todas estas noticias sobre Túxpam están tomadas de la versión norte-americana, pues no he podido hallar otras.

XIV

DESEMBARCO DE SCOTT.

Llegada y desembarco del nuevo ejercito invasor.—Establece su linea de asedio contra Veracruz.—Estado de la plaza.—Combates extramuros

Llego en mi narración á otro de los hechos gloriosos, aunque estériles en resultado material, que registra la historia de la invasión de México por los Estados Unidos: la defensa de Veracruz.

Desde Diciembre de 1,846 se aumentó el número de los buques de guerra, y á principios de Marzo de 1,847 comenzaron á llegar las tropas de desembarco. Estas y el material de guerra venían directamente de Nueva-Orleans, Brazos de Santiago y Tampico, y de la isla de Lobos, situada como á sesenta leguas al Noroeste de Veracruz, cerca de Cabo Rojo, y último punto de reunión y de partida del ejército puesto á las órdenes del mayor general Winfield Scott para las nuevas operaciones contra México. (97) Según Spencer, fueron 163

(97) Scott, con fecha 3 de Enero de 1,847, desde Camargo ó sus inmediaciones, previno al general Butler, segundo de Taylor, que moviera hácia la boca del Bravo, ó Brazos de Santiago, para formar la báse del nuevo ejército invasor, 500 caballos de las tropas regu

los trasportes empleados en tal movimiento: el "Boletín" de Veracruz dice que el 4 de Marzo

---

lares, y 500 de las voluntarias; las dos baterías de artillería ligera, regular, de Duncan y de Taylor; y 4,000 infantes, también del ejército, incluyendo cuerpos de artillería, á las ódenes del general Worth; con más 4,000 voluntarios de infantería. Debían deducirse de estos guarismos las tropas regulares ó voluntarias ya existentes en Ciudad Victoria, Tampico y Matamoros, y algunas escoltas. Los nuevos regimientos de voluntarios que ya había levantado el ejecutivo en virtud de la autorización de Mayo de 1,846 (y que no deben confundirse con los diez regimientos aumentados poco después al ejército regular ó de línea) debían acudir también á Brazos de Santiago para salir con todas las fuerzas de la expedición á Veracruz.

Las tropas pedidas á Butler empezaron á moverse desde el Saltillo el 9 de Enero, y á llegar el 22 á Brazos de Santiago. Entre ellas iba parte de la infantería de Wool. A mediados del mismo mes Taylor dirigió á Tampico las divisiones de Twiggs y de Patterson.

Scott salió de Brazos de Santiago el 15 de Febrero, con destino á Veracruz, pasando por Tampico é isla de Lobos. Antes de ir á Brazos estuvo en Nueva-Orleans, arreglando con el cuartel-maestre, general Jessup, los preparativos de su campaña. Además de un gran tren de sitio de bomberos de á 24 y de obuses de 8 pulgadas, había pedido de 40 á 50

fondearon en Antón Lizardo 14; el 5, otros 8; y que en los días 6, 7 y 8 siguieron fondeando al i

---

morteros, de 80 á 100,000 bombas, y 144 lanchas ó botes de desembarco. El punto general de reunión fué la mencionada isla de Lobos, á unas 60 millas al Sur de Tampico, y llegó á ella Scott el 21 de Febrero. El 25 salió Worth de Brazos de Santiago, donde sólo quedaban por embarcar dos cuerpos. Las divisiones de Twiggs y Patterson se embarcaron en Tampico el 28.

Scott organizó en la isla de Lobos su ejército en una división de Regulares, formada por las brigadas de Worth y de Twiggs: y en una división de Voluntarios, al mando de Patterson, con las tres brigadas de Pillow, Quitman y Shields.

La 1a. brigada de Regulares se componía de la batería de Duncan, los regimientos 2o. y 3o. de artillería, 4o., 5o., 6o. y 8o. de infantería, y dos compañías de voluntarios agregadas. La 2a. brigada se componía de la batería de Taylor, los regimientos 1o. y 4o. de artillería, 1o., 2o., 3o. y 7o. de infantería y el d. Rifleros á caballo.

De las brigadas de Voluntarios, la de Pillow constaba de la batería de Steptoe y los regimientos 1o. y 2o. del Tennessee y 1o. y 2o. de Pensylvania: la de Quitman de los regimientos de Carolina del Sur, Georgia y Alabama; y la de Shields de un regimiento de Nueva York y dos de Illinois.

Había, además, la caballería compuesta de

buques hasta completar el número de 76, en su mayor parte trasportes. La escuadra estaba á las órdenes del comodoro Connor, á quien relevó pocos días después el comodoro Perry.

Practicados del 5 al 8 de Marzo algunos reconocimientos á corta distancia de la costa, á las siete de la mañana del 9 comenzó el enemigo á moverse de Antón Lizardo sobre Sacrificios, donde fondeó toda la escuadra á las dos y media de la tarde; y á las cinco de ella empezó

---

destacamentos del 1o. y 2o. de Dragones, y un regimiento del Tennessee.

La fuerza numérica total excedía de 12,000 hombres.

La orden general relativa al desembarco, asignaba á la brigada Worth la 1a. línea, á la división de Patterson la 2a., y á la brigada Twiggs la 3a.

El 2 de Marzo, á la llegada de Worth á la isla de Lobos, todas las fuerzas ya reunidas, salieron de allí para Antón Lizardo, donde el 6 quedaban en su mayor parte en aptitud de desembarcar.

El 7, Scott, acompañado de Connor y de muchos otros jefes y oficiales del ejército y de la escuadra, á bordo de un vaporcito, reconoció la costa para elegir punto de desembarco. Al pasar la embarcación cerca de Ulúa, le dispararon de este fuerte algunos cañonazos, pero sin resultado.

A causa del mal estado del tiempo, no pudo ser observado en el desembarco el orden prescrito.

á efectuarse el desembarco en la playa entre Collado y Mocambo, atracando muy de cerca, frente á Collado, 3 vapores y 5 goletas que protegieron la operación, efectuada en botes de la escuadra, dirigendo algunos cañonazos á la caballería de la guardia nacional de la Orilla; sin que la plaza pudiera impedir ó entorpecer siquiera el desembarco, por carecer de las fuerzas volantes necesarias. Entre las norte-americanas desembarcadas esa tarde figuraba la brigada del general Shields (de la división de Voluntarios) ó sean los antiguos voluntarios de Tampico, 3 compañías del regimiento de infantería de Illinois, y el regimiento de nuevos voluntarios de Nueva-York. Vino también á tierra con estas primeras fuerzas un destacamento de marinos á las órdenes del capitán Edson, á compartir las fatigas del ejército. Se carecía de tiendas de campaña, carros y bestias de silla y de tiro. La caballería regular y la de voluntarios del Tennessee eran esperadas de un momento á otro, procedentes de Brazos y de Tampico: lós caballos de jefes y oficiales, inclusive el de Scott, no habían llegado: y en cuanto al material de guerra, dicho general se quejaba en sus primeros despachos de no tener consigo ni la décima parte del que debió estar listo desde fines de Diciembre, y esto cuando se acercaba ya la estación del vómito prieto.

Vinieron los nortes á aumentar las dificultades del ejército, soplando con pocas interrupciones desde el día 10 hasta los últimos del asedio; incomunicando frecuentemente á las fuer-

zas de tierra con la escuadra, y retardando la llegada de las tropas, todavía en alta mar, y la traslación de ellas y de la artillería y municiones de Antón Lizardo á la playa. Desde ésta se vió el 14 varar en un arrecife más allá de la isla de Sacrificios, un trasporte que después se supo traía á una parte del 2o. de Dragones con el coronel Harney, jefe de la caballería regular; hombres y caballos fueron sacados de dicho buque por los botes de la escuadra: muchos de los caballos de esta fuerza y de otras murieron en la travesía ó quedaron inútiles. El 17 se quejaba Scott de las dificultades con que luchaba para desembarcar gente y efectos de guerra por medio de botes y lanchas en playa enteramente abierta, sin puerto ni muelle. El 18 decía que la parte del material ya recibido, acaso bastaría para tomar á Veracruz, pero que era del todo insuficiente contra el castillo de San Juan de Ulúa. Estaba ya desembarcado en la expresada fecha buen número de morteros y cañones; habían llegado algunas bestias de tiro y la batería del teniente coronel Duncan, si bien ésta con pérdida de muchos caballos; y aún faltaba parte de casi todos los regimientos, detenida en Tampico, isla de Lobos y alta mar. El 20, habiendo sido visitado Scott, durante alguna suspensión del norte, por los comodoros Connor y Perry—el segundo de los cuales relevó al primero á otro día—convino con ellos en que la escuadra pondría en tierra seis ú ocho de sus cañones de mayor calibre con la dotación necesaria de oficiales y marinos para

el servicio de una batería; y en que la misma escuadra, llegado el momento, cooperaría con el fuego de sus buques más pequeños al bombardeo de la ciudad. Ya el 21 había llegado parte de la caballería del Tennesse y desembarcado el 2o. de Dragones, aunque sin caballos más que para una compañía: aún no llegaba el 1o. de Dragones, ni se sabía de 40 de los morteros indispensables para el ataque á Ulúa; y la caballería estaba haciendo suma falta para reconocimientos y acopio de víveres frescos y de animales de tiro, así como para limpiar de guerrillas el terreno entre las baterías y la plaza. Finalmente, para el 21 se habían ya recibido 13 de los morteros, aunque el desembarco de algunos de ellos y de las bombas tropezó todavía con dificultades á causa del norte, siendo necesario que, del 22 en adelante, varias veces las baterías aminoraran sus fuegos por falta de proyectiles.

Scott llamó "Campo de Washington" al sitio en que estableció su cuartel general en la playa, á la vista de Veracruz, inmediatamente después del desembarco del 9, y desde dicho campo fecha todos sus partes. El ejército de que era jefe se componía de dos divisiones, siendo de tropas veteranas ó regulares la primera, y de voluntarios la segunda. Aquella constaba de dos brigadas á las órdenes de los generales Worth y Twiggs, reuniendo el primero de éstos el mando de la división. El general Patterson mandaba la segunda, ó de voluntarios, formada de tres brigadas cuyos jefes eran los generales Pillow, Quitman y

Shields. El coronel Harney mandaba la caballería regular; el coronel Totten era jefe de ingenieros; el coronel Bankhead era el jefe de la artillería, y fungió de comandante de las baterías establecidas contra la plaza; el teniente coronel Hitchcock era inspector general; el mayor Turnbull, jefe de los ingenieros topógrafos; el mayor Mackee, cuartel-maestre; el capitán Grayson, comisario; y el general Lawson, jefe del cuerpo-médico. Se ha dicho generalmente que el efectivo del ejército era de 12,000 hombres, y aunque en alguna época creí exagerado tal número, he tenido posteriormente á la vista el plano mismo de Veracruz y de las baterías, levantado por los ingenieros norte-americanos, y de que se servía el general Scott; (98) y en sus anotaciones veo que el campamento quedó formado así:

Dragones á las órdenes del coronel Harney, 325.

División 1a. ó de Regulares.

Brigada Worth.—Batería de artillería ligera de Duncan; batería de obuses de montaña, de Talcott; 2o. y 3o. regimientos de artillería; 4o., 5o., 6o. y 8o. regimientos de infantería; destacamento de marinos; 2 compañías de voluntarios de Luisiana y de Kentucky. Total, 3,364 hombres.

Brigada Twiggs.—Batería de artillería ligera de Taylor; regimiento de Rifleros á caballo;

---

(98) Existe dicho plano, en poder de un amigo mío que se contó entre los defensores de Veracruz.

1o. y 4o. regimientos de artillería; 1o., 2o., 3o. y 7o. regimientos de infantería. Total, 2,665 hombres.

División Paterson, de Voluntarios.—Batería de artillería ligera de Wall; 1o. y 2o. regimientos de voluntarios del Tennessee; 1o. y 2o. de los de Pensylvania; 3o. y 4o. de los de Illinóis; 1 regimiento de Alabama; 1 de Carolina del Sur; 1 de Georgia; 1 de Nueva-York, y 1 batallón de Tampico. Total, 6,662 hombres.

Departamentos del cuartel-maestre y de la comisaría.

Se ve por la anterior noticia, que pasaba de 13,000 hombres el efectivo del ejército norteamericano frente á Veracruz.

El plan de Scott, según se expresa en sus primeros partes, consistía en atacar sucesivamente la plaza y el castillo de Ulúa, circunvalando y bombardeando la primera en combinación con la escuadra; y, una vez tomada Veracruz, dirigiendo sus baterías de tierra sobre el fuerte, á que también harían fuego los buques. Al principio creyó é indicó que este segundo ataque se podría emprender, de parte de su ejército, desde los baluartes de la plaza que miran al castillo: después aseguró, de acuerdo con la opinión de sus ingenieros, que el bombardeo de Ulúa, para el cual hemos visto que faltaba el material de guerra necesario, debía tener lugar desde el exterior de Veracruz. (99) Ignoraba que plaza y castillo de-

---

(99) En su parte de 21 de Marzo decía Scott: "Creo con los ingenieros, que las mejores po-

pendieran de un mismo jefe: la intimación que dirigió el 22 de Marzo se contraía únicamente á la primera: por la respuesta del general Morales supo que ambos puntos reconocían un mismo mando militar: y más adelante vió, no sin grata sorpresa á mi juicio, que sus operaciones sobre la plaza le hacían á un mismo tiempo dueño del fuerte, que indudablemente pudo haberse defendido de cuenta propia después de la rendición de la ciudad; si bien á la larga, habría sido ineficaz su defensa, debiendo bastar la carencia de víveres y los fuegos de la escuadra para someterle, á juzgar por lo acaecido en Noviembre de 1,838 cuando fué tomado por los franceses. Consecuente Scott con su plan, desde el 10 de Marzo hizo que las tropas desembarcadas comenzaran sus reconocimientos y obras de zapa, abriendo camino cubierto y levantando trincheras y baterías en línea paralela al Cementerio, á distancia de 700 á 800 yardas de la plaza; (100) cuyos tra-

---

siciones para bombardear á Ulúa están afuera de Veracruz; no obstante, la toma de la plaza nos evitaría el fuego de flanco y acortaría nuestra línea de ataque, de seis millas ahora, reduciéndola á la mitad, concentrando el ejército y haciéndole así mucho más fuerte contra cualquiera agresión interior ó exterior."

(100) La línea del asedio quedó establecida hácia el Sur de Veracruz, desde el punto de desembarco en la playa, hasta Vergara; y la formaban la división de Worth junto al mar;

bajos se ejecutaban principalmente de noche, por suspender los defensores de Veracruz sus fuegos cuando oscurecía.

Antes de alejarme momentáneamente del "Campo de Washington," asentaré que desde el 10 de Marzo, el cónsul de España en Veracruz, Sr. Escalante, se dirigió por escrito á Scott pidiéndole garantías para las personas y propiedades de los súbditos españoles residentes en la ciudad; y que el expresado jefe le contestó el 13 ofreciéndole dichas garantías en la medida de lo posible, supuestas la confusión y las dificultades que surgirían del bombardeo y del asalto; y le envió cartas de resguardo para el mismo Escalante y para los cónsules inglés, francés y prusiano.

Tiempo es ya de fijar nuestra atención en la plaza. Pero antes diré que, al comenzar el asedio, el comandante general del Estado, general D. Juan Morales, quedó con el simple carácter de comandante de ella, teniendo bájo su jurisdicción á Ulúa, y haciéndose cargo de

---

la división de Patterson en el centro, y la división de Twiggs al Poniènte.

Los reconocimientos del enemigo por la parte oriental comenzaron desde los Hornos. Las baterías del ejército fueron establecidas delante y á ambos lados del Cementerio, en la parte que ve á la ciudad. La batería de marina se estableció al Poniente de las del ejército. El camino cubierto partía desde los médanos más cercanos á la playa, hasta las baterías del Cementerio.

la comandancia general D. Gregorio Gómez Palomino, quien se situó en el Puente Nacional en unión del gobernador del Estado, general D. Juan Soto, y del general D. Rómulo Díaz de la Vega, jefe de la división de Oriente, compuesta por entonces de poquísima tropa de línea y de algunos cuerpos activos y de voluntarios, de diversas localidades del mismo Estado. Entiendo que á este mando militar pertenecieron, desde que la plaza quedó incomunicada, las fuerzas llamadas de la Orilla, compuestas de jarochos en gran parte, y que en número de 1,500 á 2,000 hombres con el incremento que tuvieron después de comenzado el asedio, divididas en varias secciones, y reconociendo por principal jefe inmediato al coronel D. Mariano Cenobio, hostilizaron, aunque muy débilmente, extramuros de Veracruz, al enemigo, desde el momento de su desembarco hasta la rendición de la ciudad. (101)

En Veracruz, el comandante militar Morales tenía de segundo en el mando de la guarnición al general D. José Juan Landero; de comandante de la fortaleza de San Juan de Ulúa, al general D. José Durán, y de comandante de ingenieros al entonces teniente coronel D. Ma-

(101) Al principio, estas fuerzas de la Orilla obraron en unión de los escuadrones activos de Cuernavaca, Jalapa, Orizaba y Veracruz, componiendo la llamada "Sección de extramuros," que ha debido depender de las órdenes del general Morales mientras no quedó circunvalada Veracruz.

nuel Robles Pezuela. Como el ayuntamiento de la ciudad tomó tan activa parte en su defensa, conviene decir que lo formaban el alcalde 1o. D. Manuel Gutiérrez Zamora, el 2o. D. Ramón Vicente Vila, el síndico 1o. D. José Luelmo, y los regidores D. Eugenio Batres, D. Manuel Velardo, D. J. Portilla, D. Lorenzo Rivera, D. Ildefonso Raimundo Cardeña y D. Angel de Lascurain y Gómez. Era prefecto departamental este último, y fungían de coronel y de mayor de la guardia nacional, Luelmo y Gutiérrez Zamora, presidiendo por tal causa Vila el ayuntamiento.

El estado de la plaza distaba mucho de lo conveniente en vísperas de ser atacada por fuerzas superiores en toda clase de elementos. Según las noticias publicadas por el ministerio de la Guerra, á fines de 1,846 había en Veracruz 89 piezas de artillería montadas y 55 desmontadas, y en Ulúa 135 de las primeras y 12 de las segundas. (102) Las fortificacio-

(102) En Veracruz las piezas montadas eran 11 cañones de bronce de á 24; 20 de á 16; 6 de á 12; 4 de á 8; 4 de á 4; 4 de montaña; 5 morteros de á 12; 7 obuses de á 8; 3 bomberos de hierro de á 24; 3 idem de á 24; 5 de á 12 y 9 de á 8; 6 morteros de hierro de á 13 y 2 de á 9.—Total, 89 piezas.

En Ulúa las piezas montadas eran 39 cañones de bronce de á 24; 4 de á 16; 4 de á 8; 2 morteros de á 14; 10 bomberos de hierro de á 84; 10 de á 68; 16 de á 42; 48 cañones de hierro de á 24, y 2 de á 16.—Total, 135 piezas.

nes de entrambos puntos, no obstante las obras de reparación dirigidas por los jefes científicos Aguado y Zamora, mostraban sumo deterioro: fué preciso el resultado de una suscrición particular para la reposición y el arreglo del cureñaje del castillo, y con el producto de una función de teatro, dada por aficionados, se improvisó un hospital de sangre. Desde 1,846 la guarnición había sido aumentada con los regimientos de infantería 3o. 11o., 3o. Ligero y batallones de Oaxaca y de Puebla, que sucesivamente bajaron del interior, y el batallón de guardia nacional que formaron los hijos de Veracruz á las órdenes de Luelmo. Al regresar Santa-Anna de su destierro hizo internar casi todo el 11o. de infantería, ya aclimatado en la costa, y que fué á batirse en la Angostura. Las fuerzas á la sazón allí existentes sólo ascendían en su totalidad á 4,390 hombres; de los cuales 1,030, compuestos de artillería, de los batallones activos de Puebla y Jamiltepec y de algunas compañías de los de Tampico, Túxpam y Alvarado, guarnecían á Ulúa; y el resto, que constaba de los regimientos 2o. y 8o., de los batallones de Tehuantepec, Libres de Puebla, Oaxaca, guardia nacional de Orizaba y de Veracruz, matriculados de marina, compañías de artillería y zapadores, y piquetes y compañías del 11o., de Coatepec, de Vergara y de voluntarios de la Orilla, en número

---

Varias piezas, de las de bronce, y entre ellas una fundida en tiempo de Carlos V, fueron enviadas por Scott á los Estados Unidos.

total de 3,360 hombres, cubrían las fortificaciones de la ciudad. (103)

Paralizado el comercio á consecuencia de nueve ó diez meses de bloqueo, las entradas del erario federal en el puerto no eran suficientes para atender á la guarnición, que nada podía recibir de México ni del gobierno del Estado, y cuyos jefes y oficiales estaban á ración de tropa, no obstante los esfuerzos del

---

(103) En Ulúa, artilleros 450; batallón activo de Puebla, 180; idem de Jamiltepec, 150; 3 compañías de los batallones de Tampico, Túxpam y Alvarado, 250. Total, 1,030 hombres.

En Veracruz, 2o. regimiento, 40; un piquete de artillería, 150; matriculados de marina, 80; la compañía de la guardia nacional de artillería, 80; una compaña de zapadores, 100; el 8o. regimiento, 140; un piquete del 11o. regimiento, 41; el batallón de Tehuantepec, 60; un piquete del 3o. Ligero, 150; el batallón de Libres de Puebla, 350; el de guardia nacional de Orizaba, 500; el de idem idem de Veracruz, 800; el batallón de Oaxaca, 400; compañías de Coatepec, Vergara y voluntarios de la Orilla y extramuros, 109; algunos otros piquetes y partidas, 360. Total, 3,360 hombres.

En ambos puntos, 4,390 hombres.

El batallón de guardia nacional de Jalapa y el Activo de caballería de la misma ciudad, se situaron en Santa Fe y el Puente Nacional, por no haber podido entrar en Veracruz después del desembarco de Scott.

administrador de la aduana marítima, D. Manuel María Pérez, que había empeñado su crédito personal para atender á la expresada guarnición, y teniendo ya agotados el ayuntamiento sus fondos. Y cuando la fuerza armada carecía de lo necesario hasta para el rancho, se deja suponer que mal podrían erogarse gastos más considerables para contar con todo aquello que tendiera á hacer fructuosa la defensa. Iba á constar ésta de tres líneas en el recinto de la ciudad, y en que la guarnición, muy económicamente repartida, apenas cubría los puntos dominantes; quedando por toda reserva la necesaria para acudir á un sólo punto atacado, y siendo insuficientes los artilleros para las piezas, de las cuales había algunas de á 18 y 24 en cureñas para cañones de á 12 y 18. Baluartes hubo con troneras cubiertas de sacos de tierra por falta de piezas; siendo de calibres diversos las existentes en cada punto, y contando cada una con sólo treinta y tantos tiros, por falta de pólvora y de lienzo con que hacer los cartuchos. Afortunadamente, en medio de un recio norte, arribó á la vista del puerto y pudo forzar el bloqueo, la barca francesa "Anax," abrigándose en la ensenada de la Antigua y logrando entrar en la bahía con 2,000 quintales de pólvora; y aunque encalló á poco en la zapata del castillo, se salvó más de la mitad de dicho efecto, del que una parte fué remitido al interior, y el resto abasteció á las guarniciones de Ulúa y Veracruz. De no llegar tal embarcación, la pólvora existente

apenas habría alcanzado para seis horas de fuego. (104)

A los pormenores expuestos hay que agregar la gravísima circunstancia, consignada en el parte oficial de las operaciones, de que, con mucha anterioridad, los principales ingenieros opinaron que la defensa principal de la plaza debía prepararse del lado del mar, como efectivamente se hizo; descuidando la línea de tierra, que se creyó no podría quedar asegurada sino cuando se construyeran obras avanzadas y se contara con un cuerpo de ejército auxiliar afuera de la ciudad. El teniente coronel Robles; director á la sazón del camino de hierro hácia México, ideó y propuso el establecimiento de una línea de fortificación exterior apoyada en los Hornos, el Cementerio y la Casamata, y que, formada en gran parte con las maderas acopiadas para el ferrocarril, habría podido retardar unos quince días el ataque formal del enemigo. Si se recuerda la fecha en que comenzaron á llegar al Estado de Veracruz las fuerzas despachadas del interior y que constituyeron el ejército nuestro derrotado en Cerro-Gordo, se comprenderá que la idea de Robles, á haber sido puesta en práctica, si bien no habría evitado en definitiva la pérdida de Vera-

---

(104) Muchas de las noticias del interior de la plaza han sido tomadas de los partes de los generales Morales y Landero; del "Boletín" de Veracruz, y del "Tributo á la Verdad," opúsculo anónimo muy notable publicado poco después de la rendición de la ciudad.

cruz, habría indudablemente prolongado su defensa con el auxilio exterior de las tropas procedentes de México, y causado gravísimo daño á los invasores. Con el tacto y la cordura que la prensa suele emplear en ocasiones de conflicto, algún periódico dijo que Robles fraguaba un buen negocio para la empresa ferrocarrilera, y el digno jefe, ofendido de tal suposición, desistió de su plan, á que se oponían, sin duda, por otra parte, la escasez de tropas y la falta de recursos pecuniarios. Lo cierto es que los preparativos del lado de tierra fueron casi nulos hasta última hora, y que se efectuó de dicho lado el ataque principal de los norteamericanos, quienes no hicieron funcionar sus buques sino como auxiliares del fuego de sus baterías terrestres.

En Veracruz, á principios de Marzo, aún se confiaba en recibir auxilios de México, y al llegar allí la noticia del pronunciamiento de los llamados polkos, causó malísimo efecto en los defensores de aquella plaza, cuyo jefe decía el 5 al ministerio de la Guerra: "Un puñado de valientes, descalzos, mal vestidos, pero sin más afecciones que las que inspira el verdadero patriotismo son todos mis recursos: los elementos que pudieran cooperar á un absoluto triunfo se me han escaseado mientras más afanosamente los he pedido; y entretanto, en esa capital la discordia civil hace derramar la sangre de los que podrían verterla honoríficamente en defensa de la patria. Veracruz ha quedado reducida á sus propias fuerzas, como si realmente no perteneciera á la Unión nacio-

nal." Esta última frase resumía la verdadera situación de la plaza, y la siguiente del mismo jefe, el único plan de operaciones posible: "En la actualidad no me queda otro recurso que batirme hasta sucumbir con la única fuerza de que puedo disponer." Pero si Morales era un militar valiente y digno, los veracruzanos abundaban igualmente en patriotismo y resolución, y se decidieron á ayudarle y á consumar en unión suya el sacrificio. Considerables fueron los donativos de particulares: las señoras cosían saquillos y cartuchos de cañón y aprontaban sábanas, vendas é hilas para atender á los heridos; y casi todos los hombres capaces de tomar las armas pertenecían á la guardia nacional de la ciudad, y cubrían sus respectivos puntos desde los primeros momentos de peligro. Se ha visto ya que algunas de las demás poblaciones del Estado enviaron allí sus fuerzas disponibles, y merece mención especial el batallón de guardia nacional de Orizaba, á las órdenes de su coronel D. José Gutiérrez Villanueva, después sacerdote católico. El gobernador Soto, que no cesaba de pedir auxilios al gobierno general, ni de promover cuanto pudiera cooperar á la defensa, logró reunir una cantidad de dinero que llevó en libranzas D. José María Mata, ya en los días del asedio, yendo por mar desde la Antigua. (105) El 7 de Marzo había salido de Ja-

(105) Salió de Veracruz la noche del 24 de Marzo, regresando al Puente Nacional el 25. Mata era uno de los jefes de la guardia nacional de Jalapa.

lapa hácia el Puente el batallón de guardia nacional de dicha ciudad; Coatepec enviaba el día 21 otros 100 hombres á las órdenes de D. Juan Manuel Galván; de Córdova y Huatusco salían 300 infantes, y de Coscomatepec 80 caballos; Orizaba, que había ya despachado 63 mulas con galleta, arroz, manteca, etc., hácia el mismo Puente, para que se procuraran introducir estos víveres en Veracruz, reunió é hizo salir el 22, á las órdenes de su jefe político D. Francisco Márquez, otros 200 caballos de su guardia nacional y del Resguardo del Tabaco, llevando 6 carros con víveres y 2,000 pesos para las fuerzas de Cenobio. De los demás Estados de la Federación, los de Oaxaca y Puebla auxiliaron á Veracruz con gente y dinero; la legislatura del segundo, al recibirse la noticia del desembarco del enemigo, decretó un auxilio pecuniario, y el gobernador D. Juan Múgica y Osorio aprontó de su peculio los 20,000 pesos enviados á la plaza. A propósito de Puebla, su batallón de Libres, al mando del coronel D. Pedro Mguel de Herrera, fué uno de los mejores cuerpos que formaron la guarnición de Veracruz. En cuanto al gobierno general, en oficio del ministerio de la Guerra, fecha 7 de Marzo, no obstante las gestiones de los comisionados D. Joaquín de Muñoz y Muñoz y D. Antonio María de Rivera, avisó que no podía auxiliar á aquella plaza ni con un hombre ni con un peso.

Desde que llegó á Antón Lizardo el grueso de la escuadra enemiga, ingenieros, artilleros, toda la tropa permanente y los individuos de la

guardia nacional, trabajaron día y noche en el aumento de las fortificaciones, dirigendo Robles la fatiga con su inteligencia y actividad de costumbre; y aun los vecinos no comprometidos en el servicio militar, se ofrecían de exploradores é iban á introducir ganado y á desempeñar otras comisiones extramuros. Las puertas de la ciudad se cerraron, excepto la de la Merced, por donde salían, hasta á pie, multitud de familias.

Antes de dar noticia de las operaciones militares, conviene ver lo que el ayuntamiento de Veracruz hizo en auxilio de la guarnición durante el asedio, cooperando eficazmente á la defensa. Dicho cuerpo, desde los momentos del desembarco del enemigo, se declaró en sesión permanente, con aquellos de sus individuos cuya presencia no era indispensable en los puntos fortificados, á fin de atender á todas las emergencias del conflicto y auxiliar y secundar á los defensores. Dispuso desde luego responder con sus fondos de cuanto la comandancia militar tomara en el comercio para las obras y demás gastos de la defensa. En los dos primeros días proporcionó caballos á los jefes, ayudantes y oficiales que carecían de ellos: para estimular la entrada de víveres suspendió el cobro de pensiones sobre reses y puestos en la carnicería y plaza de verduras: alistó la compañía de bomberos con dos bombas de incendio para que funcionase en los casos necesarios, y proveyó de alimentos al batallón de guardia nacional de la ciudad. En su reunión del 12, y á petición de la comandancia,

nombró una comisión que ajustara provisiones de boca para toda la guarnición, garantizando su valor con las rentas de propios: en la del 13 mandó proporcionar á la misma autoridad militar los cajones y pipas vacías que fuera dable conseguir: garantizó el importe de zapatos para el 2o. regimiento de infantería, y mandó dar caballos á Jarauta y á otro jefe, que iban á salir en desempeño de una comisión del servicio. En su reunión del 14 mandó expedir certificados y cubrir la parte de contado de unos 1,000 pesos á que ascendió el costo de arroz, garbanzo, frijol, maíz y otros efectos tomados para las tropas: en la del 15 dictó análogas disposiciones respecto de otros 500 pesos de efectos: en la del 16 y 17 siguió proporcionando armas y caballos, á solicitud del comandante militar; entregó una cantidad de dinero al jefe de ingenieros, y acordó que la harina existente en los almacenes de la Alhóndiga fuese destinada á las necesidades de la guarnición: en la del 20 facilitó aperos y numerario para establecer una pesca bajo las baterías de la plaza y de Ulúa, por haberse ya consumido las reses que había en la ciudad: por último, en la del 25 proveyó con brines y dinero á la construcción de cartuchería de cañón; y durante toda su sesión permanente no se dió caso de que rehusara ni su garantía ni sus pasos y gestiones á la menor indicación del jefe de la plaza.

Por su parte, el expresado jefe expidió dos bandos, disponiendo en el primero que todos los ciudadanos no inscritos en la guardia na-

cional se presentaran dentro de veinticuatro horas á la autoridad civil para ser destinados al servicio de las armas, ó empleados en las obras de fortificación, hospitales de sangre y dotación de las bombas de incendio, según su aptitud respectiva; y declarando en el segundo, libres de todo derecho los víveres introducidos, y á los introductores bajo la protección de la sección de operaciones situada extramuros. Del parte oficial de la defensa, posteriormente dado por el general Landero, resulta que el día del desmbarco del enemigo, había en la plaza la dotación de cien tiros por pieza de artillería, doscientos mil tiros de fusil, y los quintales de pólvora á granel salvados del naufragio de la "Anax," que habrían sido suficientes para rechazar tres asaltos; y que no había carne, leña n carbón, ni más recursos para los heridos que lo proporcionado por el vecindario. Ya se ha visto que el ayuntamiento proveyó en seguida á algunas de estas necesidades: el gobierno del Estado empezó á proporcionar raciones de carne, y ésta pudo durar algunos días después del principio de la incomunicación absoluta de la plaza, merced á que el capitán Jiménez, el regidor Portilla y los dependientes del Resguardo del Tabaco y de la oficina de correos, Cordera y Vidaña, salían á lazar las reses que bajaban de los médanos. Volviendo al parque, como la dotación de los cañones se consumió por completo en el primer día de fuego, con singular actividad y bajo los disparos del enemigo se construían los cartuchos que debían servir

al siguiente día. Continuaban, entretanto, los trabajos de fortificación, ocupándose en ellos la tropa y el presidio; y se veía á los forzados ayudar de día y de noche en cuadrillas de á doce, sin cadena. La guardia nacional hacía el mismo servicio que los veteranos, durmiendo en tarimas y en el suelo, y comiendo del rancho que el ayuntamiento suministraba para todos.

Dada idea del estado de la plaza, únicamente me falta en este capítulo hablar del principio de las hostilidades, y de los combates habidos extramuros durante el asedio.

Ya hemos visto que á la hora del desembarco, los buques enemigos atracados frente á Collado hicieron fuego la tarde del 9 de Marzo á las fuerzas de caballería de la Orilla. El general Morales dice en sus partes, que á las dos de la madrugada del 10, continuando el desembarco, la sección de extramuros, compuesta de los escuadrones activos de Cuernavaca, Jalapa, Orizaba y Veracruz, y de la caballería y parte de la infantería de la Orilla, comenzó á hostilizar á los norte-amer quienes al amanecer, avanzaron en columnas, tomando posiciones en los médanos, en dirección de Malibran. Veracruz y Ulúa empezaron á hacerles fuego de artillería en la mañana del 10. Del 11 al 13 el enemigo se posesionó de las Pozas y Vergara, y en alguna de las escaramuzas de estos días pereció el capitán de guardia nacional D. Ignacio Platas. En la mañana del 11 la escuadra lanzó algunas granadas sobre la ciudad, y en la tarde el

comandante militar Morales, al frente de una columna de 1,000 hombres, en que iban las compañías de granaderos y cazadores del batallón de guardia nacional de Veracruz, salió á practicar un reconocimiento. En la noche del 12 entraron 600 hombres de la guarnición de Alvarado, á las órdenes del coronel Aguayo, y el 13 la compañía de guardia nacional de Vergara, y los vecinos de los ranchos y carboneras inmediatas á dicho punto, que había sido ya ocupado, completándose con ello la circunvalación de la plaza. El mismo día 13, algunos irlandeses desertaron de las filas de Scott y se presentaron á los defensores de Veracruz. El fuego de Ulúa y de los baluartes de la ciudad era de bala rasa, granadas y bombas, para entorpecer las obras de zapa del invasor, á quien tiroteaban las guerrillas en los médanos y en la entrada al camino de los Pocitos.

Según los partes norte-americanos, la 2a. brigada de tropas regulares, á las órdenes del general Twiggs. se puso en marcha el 11, de la playa hácia el interior, atravesando el camino de fierro y extendiéndose entre las vías que parten de Veracruz á Orizaba y á Jalapa; y después de algunas escaramuzas y de rechazar diversos ataques de las fuerzas mexicanas de la Orilla, en los cuales hubo muchos heridos por una y otra parte, acampó en Vergara, conservando esta posición durante el asedio de Veracruz. A inmediaciones de Vergara fué sorprendido por alguna avanzada, en la noche del 15, un correo mexicano á quien los invasores quitaron caballo y balija hallan-

do en ésta pliegos con la noticia del triunfo de Taylor en la Angostura, cuyo suceso mandó Scott que celebraran ejército y escuadra. Una parte de estas fuerzas, situadas en Vergara, fué atraída el 24 de Marzo por los guerrilleros hácia el puente de Enmedio, que resultó fortificado y guarnecido, trabándose allí formal combate que terminó con la ocupación de dicho puente por la sección del coronel Smith.

Desde la mañana del 10, la 2a. división del ejército (Voluntarios, al mando de Patterson) se había movido del lugar de desembarco hácia los médanos al Noroeste, y, atravesando el terreno ya ocupado por la 1a. brigada veterana ó regular al mando del general Worth, que formaba la derecha de la línea norte-americana, destacó Patterson al general Pillow con los regimientos 1o. y 2o. del Tennessee y 1o. y 2o. de Pennsylvania, hácia las alturas dominantes de la laguna de los Cocos, á desalojar á la fuerza mexicana posesionada de las ruinas de Malibran; haciendo colocar simultáneamente, en el médano más avanzado, una pieza de artillería contra la Casamata, ocupada asimismo por fuerzas de la Orilla. Unos cuantos disparos hicieron evacuar este segundo punto, y momentos después, el general Pillow, internándose en el chaparral, halló á la infantería mexicana á inmediaciones de las ruinas y la desalojó con pérdida de alguna gente: en seguida, acabando de atravesar el chaparral, tomó posesión de la Casamata, donde había cohetes de aviso y gran cantidad de botes de metralla. Dejando allí alguna gente, avanzó con-

tra diversa sección de infantería y caballería mexicana, que ocupaba el punto de intersección del ferrocarril con el camino de Medellín, haciéndola desacampar y persiguiéndola por un terreno quebrado hasta la cresta de las alturas al Suroeste de la plaza: allí se detuvo la expresada sección y, siendo nuevamente atacada, se dispersó bajo la protección de los cañones de Veracruz, vivaqueando en dichas alturas la fuerza de Pillow.

En la mañana del 11 mandó Patterson al general Quitman con los regimientos de Georgia y Carolina del Sur, y siete compañías del de Alabama, á relevar á Pillow; y al mismo tiempo destacó al general Shields con el regimiento de Nueva-York y tres compañías del 4o. regimiento de Illinois, á que avanzaran y estuvieran dispuestos á ocupar posiciones tan luego como el mismo Patterson reconociera el terreno. En los momentos de relevar Quitman á Pillow, un destacamento de infantería mexicana se acercó haciéndoles fuego, y la plaza rompía el suyo sobre el grueso de las fuerzas de Patterson. Quitman hizo frente á nuestra infantería y á una partida de lanceros que cargaba por alguno de sus flancos, y ambas fuerzas fueron ahuyentadas, no sin muertos y heridos por las dos partes. El mismo día 11 y el 13 dos destacamentos del cuerpo de voluntarios de Nueva-York sostuvieron otros tantos combates con gente de la Orilla, siendo análogo el resultado y dispersándose ó refugiándose en la plaza los vencidos.

Como no he de volver á hablar de las con-

tiendas habidas extramuros, agregaré aquí que el comandante de la caballería veterana, coronel Harney, con un escuadrón de dragones y 50 hombres á pie, se dirigió el 25 de Marzo hácia el río de Medellín en busca de alguna fuerza mexicana de caballería que se dijo haber en aquel rumbo. No halló oposición hasta cerca del puente de la Morena, fortificado y guarnecido con unos 500 hombres y 2 piezas de artillería. Al aproximarse vió algunas partidas pequeñas de caballería, y de los parapetos del puente, á distancia de 60 yardas, le hicieron fuego, matándole é hiriéndole á algunos soldados. Harney retrocedió y envió á pedir dos cañones al campamento. Una fuerza de caballería desmontada, en número de 40 hombres, había oído el fuego desde la playa, y vino en apoyo del destacamento de Harney, á quien se unieron asímismo las dos piezas pedidas, varias compañías de infantería á las órdenes del coronel Haskell, y un regimiento de voluntarios de Tennessee conducido por el mismo general Patterson, quien no quiso tomar, y dejó á Harney, el mando de todas estas tropas. Después de algún tiroteo y del ataque en forma, el puente fué ocupado por los norte-americanos, y los defensores se retiraron é hicieron fuertes nuevamente á cierta distancia de su primera línea: atacados y desalojados segunda vez, la infantería se dispersó en el monte, y los lanceros en gran parte quedaron muertos ó desmontados en la persecución que se les hizo

hasta cerca de Medellín. En este punto dió Harney tres horas de descanso á sus soldados, y regresó con ellos al campamento á otro día muy temprano, habiendo consistido su pérdida en 2 muertos y 9 heridos.

Según las comunicaciones del gobernador Soto, desde el Puente Nacional, dirigidas al ministerio de la Guerra, el comandante militar de Veracruz se quejaba, en los días del bombardeo, de que, contando como contaba el coronel Cenobio con una fuerza de más de 1.000 hombres y debiendo oir el fuego que el enemigo hacía á todas horas contra la plaza, no acudiera á atacarlo en su campamento. El expresado general Soto hacía notar, con sobra de razón, que, atendidos número y calidad de fuerzas, no era fácil que las de la Orilla, que por cierto no permanecieron ociosas, según acabamos de ver, atacaran formalmente al ejército de los Estados Unidos. (106)

---

(106) En las escaramuzas de los días 11 y 12 de Marzo, pereció el capitán Alburtis, del 2o. de infantería, y fué herido el teniente coronel Dickenson.

Cuando la guarnición de Alvarado evacuó este punto para acudir á reforzar la de Veracruz, los pocos buques viejos que allí teníamos y que habían sido desartillados, como se ha dicho, fueron echados á pique por el general D. Tomás Marín para obstruir la entrada por el río á la marina enemiga.

XV

BOMBARDEO DE VERACRUZ.

Intimación de Scott.—Se rompen los fuegos.—Partes del jefe de las baterías del ejército invasor.—Horrores en el interior de la plaza.—Rasgos de valor.—Los cónsules extranjeros.—Preliminares de la capitulación.

Al mismo tiempo que empleaba Scott una gran parte de sus tropas en rechazar y perseguir á nuestras fuerzas de la Orilla, ocupar las poblaciones y los puntos más inmediatos á Veracruz, y conservar libre y seguro el terreno entre su propio campamento y la plaza, dedicaba á sus ingenieros y al resto del ejército á la construcción del camino cubierto, macizos y trincheras indispensables para la erección de sus baterías, de las cuales llegó á establecer cinco; siendo servidas cuatro de ellas por artilleros del ejército de tierra, y la restante por marinos.

Con excepción de las granadas dirigidas por los buques de guerra el 11 de Marzo, se puede decir que el enemigo no había roto sus fuegos sobre la plaza. Esta y Ulúa disparaban sobre él casi constantemente con la mira de dificultar sus labores. De la circunstancia de no habérsele causado sino poquísimo daño, se ha deducido la inconveniencia de tal anticipación de fuegos, y se ha querido hasta ridi-

culizarla, sin tener presente que la abundancia de pólvora desde la llegada de la "Anax" eximía de la obligación de economizarla: que la actividad consiguiente al ataque de nuestros baluartes sobre el campamento del invasor, debía conservar mejor que una prolongada y completa inacción la moral de los defensores de la ciudad: por último, que el enemigo temía á los disparos de nuestras piezas, puesto que de preferencia trabajaba durante la noche, y que no atribuyó sino á la inteligencia de sus propios ingenieros en la construcción de sus fortificaciones, el hecho de no haber tenido en ellas pérdida de vidas en los días que precedieron al bombardeo de Veracruz. Por lo demás, la guarnición, al mantener en actividad sus baluartes, no se figuraba ni proponía otra cosa que aumentar las dificultades de los sitiadores: dedicada continuamente á la mejora y vigilancia de sus propias obras defensivas, aun se hacía la ilusión de sufrir y rechazar un asalto que, cuando menos, habría centuplicado al invasor sus pérdidas y aquilatado la gloria de la resistencia.

En la mañana del 22 de Marzo quedaron listas en el "Campo de Washington" las trincheras y plataformas con 7 morteros ya montados, y en disposición las expresadas obras de recibir todas las demás piezas necesarias. En consecuencia, á las dos de esa misma tarde, Scott dirigió, por medio de un oficial parlamentario, al comandante militar de Veracruz, un pliego intimándole la rendición de la pla-

za y señalándole dos horas de plazo para la respuesta. En su comunicación decía el jefe norte-americano que, agregado al bloqueo del puerto por la marina de guerra al mando de Connor, el completo cerco de la ciudad por las fuerzas de tierra, y establecidas ya las baterías y provistas de los medios de someter expeditamente la plaza, sin que pudiera recibir refuerzo ni auxilio de especie alguna, excitaba á su gobernador y comandante en jefe á que la rindiera á las armas de los Estados Unidos. "Deseoso—agregaba—de ahorrar á la bella ciudad de Veracruz el inminente peligro de la demolición; á sus dignos defensores la inútil efusión de sangre, y á sus habitantes pacíficos, inclusive mujeres y niños, los inevitables horrores de un asalto, dirijo esta intimación á la inteligencia, dignidad y patriotismo, no menos que á los humanos sentimientos del mismo funcionario." Decía ignorar si el castillo de Ulúa estaba también á las órdenes del jefe de la plaza, ó si tenía jefe aparte; pero deseaba estipular que si la ciudad capitulaba y era ocupada por los norte-americanos, no se haría fuego desde ella, ni desde sus murallas y baluartes, sobre el castillo, mientras éste no disparara sobre la plaza. Tal fué en sustancia la intimación del general enemigo, á quien Morales contestó en términos en que parecía dar por supuesto que se le pedía la rendición de plaza y castillo, diciendo que estaban una y otro bajo su mando; que era deber suyo defender entrambos puntos á toda cos-

ta, y que, como contaba para ello con los elementos necesarios así lo haría hasta la última extremidad; pudiendo Scott, en consecuencia, dar principio á sus operaciones cuando á bien lo tuviera. Este último jefe, en su despacho relativo, hace notar á su gobierno que la intimación no se refería sino á la plaza, por carecerse todavía del material de guerra necesario para atacar á Ulúa.

El mismo día 22 de Marzo, el comodoro Perry, de acuerdo con Scott, mandó cesar la comunicación hasta entonces permitida entre los buques de guerra neutrales anclados á la vista de Veracruz, y la ciudad y el castillo; dando aviso de ello á los comandantes del buque inglés "Daring" y de los buques franceses y españoles allí existentes.

Al regreso del parlamentario norte-americano con la respuesta del general Morales, como á las cuatro de la tarde, mandó Scott romper el fuego de sus baterías números 1, 2 y 3 contra la plaza; y en virtud de lo anteriormente acordado entre el mismo jefe y los comodoros Connor y Perry, momentos después, los buques menores de la escuadra—dos vapores y cinco goletas—se aproximaron á distancia de poco más de una milla de la ciudad y, estando algo á cubierto de los fuegos del castillo, rompieron también los suyos sobre Veracruz. El de las baterías comenzó únicamente con los siete morteros que había montados esa tarde, y continuó, lo mismo que el de los buques, con pocas interrupciones hasta las nueve de la mañana del 23, á cuya hora el comodoro Perry

hizo retirar los expresados buques, juzgando, dice Scott, muy peligrosa su posición. (107) A las doce del día 23 había ya en las baterías de tierra 10 morteros en plena actividad; y pa-

---

(107) La versión mexicana dice que el 23 el vapor "Mississippi" remolcó algunos buques hasta frente á los Hornos, y que uno y otros rompieron desde allí el fuego, siendo á poco obligados á retirarse por los disparos de Ulúa y del baluarte de Santiago que estaba al mando de nuestro valiente oficial de marina D. Blas Godines. (*) Uno de los mejores vapores del enemigo fué puesto fuera de combate, retirándose visiblemente maltratado, y fué enviado á Nueva-Orleans ó algún otro puerto de los Estados Unidos para su reparación.

Acerca de la posición de las baterías del ejército de Scott, dice Ripley: "En la noche del 18 se escampó terreno cerca del Camposanto, delante de la paralela y las baterías. De éstas, la número 1 fué establecida detrás de un médano, á unas 300 yardas al Oriente del Camposanto. La paralela corre desde allí á lo largo de su frente. La batería número 2 fué establecida al pie y enfrente de un médano, á unas 150 yardas á retaguardia y á la izquierda de la batería número 1. La batería número 3 quedaba á lo largo de la paralela é inmediatamente al Oeste del Camposanto."

(*) D. Blas Godines era español: en el bombardeo de Ulúa por los franceses en 1,838, voló con el caballero alto del castillo, y perdió una pierna y un brazo.—(N. del E).

ra la mañana siguiente se alistaba la batería núm. 4, compuesta de 4 cañones de á 24 y de 2 piezas á la Paixhan, de 8 pulgadas. Se alistaba asimismo la batería de marina, que llevaba el número 5, formada de 3 piezas de á 32 y 3 piezas á la Paixhan, de 8 pulgadas, habiendo sido desembarcados de la escuadra cañones, oficiales y soldados de marina para servirla. Las baterías de morteros quedaban á distancia de 700 á 800 yardas de la ciudad. No había habido, hasta el 23, en las baterías, sino 1 oficial y 1 soldado muertos y 4 soldados heridos. Habían llegado ya 13 morteros y aun faltaban 27, aparte de cañones de grueso calibre. Todas estas noticias, á partir de las relativas á la intimación, se hallan en el despacho de Scott de 23 de Marzo.

En el de fecha 24 se asienta que la batería número 5 (la de marina) á las órdenes del capitán Aulick, segundo jefe de la escuadra, rompió sus fuegos á las diez de esa mañana, y había agotado sus municiones á las dos de la tarde, á cuya hora fué relevado Aulick por el capitán Mayo. Este, al desembarcar, trajo consigo nuevo repuesto de municiones. Aulick tuvo de pérdida 4 soldados muertos y 1 oficial, el teniente Baldwin, levemente herido.

En su parte del 25 avisa Scott que todas las baterías habían estado en plena actividad, y que, en opinión suya, ese día la plaza solicitaría capitular. "Si así no fuere—agrega—organizaré columnas para tomarla por asalto." En el mismo despacho asienta lo que voy á extractar: "....En la noche del 24 he recibido

una comunicación de los cónsules inglés, francés, español y prusiano, pidiéndome una tregua para que los neutrales, en unión de mujeres y niños, puedan salir de la plaza. Voy á contestar: 1o., que la tregua solamente puede ser otorgada á solicitud del gobernador Morales y con el objeto de que se rinda: 2o., que al enviar sus resguardos á los cónsules desde el día 13, les advertí los peligros á que iban á quedar expuestos los moradores de la ciudad: 3o., que aunque en aquella fecha yo había rehusado permitir que persona alguna saliera por mi línea de ataque, el bloqueo había sido relajado para los cónsules y demás neutrales á fin de que pudieran trasladarse á los buques de guerra de sus naciones respectivas hasta el día 22: y 4o., que en mi intimación al gobernador, de cuyo documento les incluiré copia, había yo previsto las desgracias y calamidades de la ciudad, inclusive lo relativo á mujeres y niños, antes de disparar sobre ella un sólo cañonazo." Agregaba Scott que la cesación de comunicaciones entre la ciudad y los buques de guerra neutrales fué dispuesta por creerse que tal comunicación debía ser moral y materialmente favorable á sus contrarios; y que por la nota de los cónsules se vería que las baterías norte-americanas causaban terrible daño, lo cual sabía ya de otras fuentes y no tardaría en hacer que Morales pidiera capitulación. La nota á que Scott se refiere en su despacho, iba firmada por los Sres. T. Giffard, cónsul inglés: A. Gloux, francés; F. de Escalante, español, y Enrique d'Olei-

re, prusiano. En su respuesta á ella el repetido Scott, con fecha 25, no sólo dijo lo que hemos visto que se proponía, sino que expresa con mayor claridad y precisión, que no otorgará tregua á la plaza á menos de su formal propuesta de rendirse, y que continuará con todo vigor el asedio.

De los partes posteriores del general en jefe enemigo y de los documentos que los acompañan, resulta que los cónsules, al recibir la respuesta de Scott, enviaron copia de ella al jefe de la plaza, pidiéndole que se dirigiera á su contrario en solicitud de la tregua para la salida de las familias y, en consecuencia, para un arreglo; aunque, naturalmente, no expresaban esto último. Lo expuesto dió lugar á la apertura de negociaciones y á la suspensión de las hostilidades el 26. Pero, antes de avanzar en la narración de los sucesos, para que el lector comprenda los horrores del bombardeo y la situación de la plaza, voy á darle un extracto de los partes del jefe de las baterías norte-americanas del ejército, y de las operaciones y los padecimientos de los defensores y habitantes de Veracruz, según las publicaciones contemporáneas y mis noticias particulares.

El coronel Bankhead, jefe de la artillería, mandaba las baterías del ejército de tierra números 1, 2, 3 y 4. He aquí lo sustancial de sus partes:

Marzo 24.—El día 22, luego que las fortificaciones estuvieron suficientemente adelantadas para recibir 7 morteros, se colocaron éstos

en batería. A las dos de la tarde quedé listo para romper el fuego sobre la plaza. Al recibirse la orden para ello, á las cuatro y cuarto, lo rompieron las baterías números 1, 2 y 3. A partir de ese momento, el fuego ha sido incesante de día y de noche. En la tarde del 22 fué muerto el capitán Winton, que mandaba la batería número 3. La ciudad y el castillo nos dirigen bala rasa, bombas y cohetes á la Congréve. Lo escaso de las pérdidas nuestras de hombres se debe á la excelente construcción de nuestras fortificaciones. Ayer á las doce del día, logré colocar en batería ótros 3 morteros; mas lo recio del norte impidió el desembarco de bombas, y hubo que limitar el fuego á un disparo cada cinco minutos. Anoche moví tres cañones de á 24 para la batería número 4, con sus correspondientes dotaciones, y quedaron colocadas dichas piezas. Otro cañón de á 24 y 2 obuses de 8 pulgadas serán trasladados esta noche; y mañana por la mañana—si hoy acopiamos bombas, pues el viento ha calmado lo suficiente para poder desembarcarlas—harán fuego las cuatro baterías con 10 morteros, 4 cañones de á 24 y 2 obuses de 8 pulgadas, con mayor vigor y efecto. En la mañana de hoy, en la batería número 1, hubo 1 artillero muerto y 3 gravemente heridos. Una bomba cayó en la batería número 3, hiriendo á 4 artilleros y rompiendo la cureña de un mortero, que fué arrojado á treinta pies de la plataforma. Sigo haciendo un disparo cada cinco minutos; pero recibiré bombas esta

noche y, luego que oscurezca, serán distribuidas á las baterías.

Marzo 25.—Han continuado nuestros fuegos con más vigor, y no se sabe con qué efecto, aparte del incendio de un edificio cerca de alguna de las iglesias: hay casi certidumbre de que todas las bombas caen dentro de la ciudad. Durante la última noche, otro cañón de á 24 y otros 2 obusese de 8 pulgadas, con sus respectivas municiones, fueron trasladados de los almacenes de depósito á la batería número 4, y montados en ella, con excepción de uno de los obuses, cuya plataforma no estaba acabada de construir. Con los 4 cañones de á 24 y 1 obus, comenzó á disparar, á las siete de la mañana de hoy, esta batería, y en unión de las 3 de morteros, ha sostenido un fuego activo y constante, que cesó esta tarde á consecuencia del paso de un parlamentario de la ciudad con bandera blanca. Evidentemente ha sido hoy más destructor el fuego, y han estado ardiendo varias casas. Cuatro plataformas adicionales para morteros quedaron hoy construidas, y antes de amanecer recibirán sus respectivas piezas, que llegarán esta noche y podrán romper sus fuegos mañana. Se enviará esta noche repuesto de municiones á las trincheras. Con 14 morteros, 4 cañones de á 24 y 2 obuses de 8 pulgadas, se puede obrar mañana decisivamente sobre la plaza. No hemos sufrido hoy daño alguno en baterías y trincheras.

Marzo 28.—El 25 quedó montado el obús de 8 pulgadas, cuya plataforma no estaba con-

cluida el 24. El mismo día 25, desde las siete ú ocho de la mañana que se rompió el fuego con todas las expresadas piezas—10 morteros, 4 cañones de á 24 y 2 obuses de 8 pulgadas—la plaza sostuvo muy nutrido y bien dirigido fuego de bala rasa y bombas: muchos de sus proyectiles entraron por las troneras, aunque sin causar daño. El mortero desmontado quedó remontado, y se recibió gran acopio de bombas en la noche. En la mañana del 25 se hicieron 180 disparos de bomba y bala rasa por hora, continuando así el fuego hasta las tres ó cuatro de la tarde, en que el paso del parlamentario causó una suspensión de hora y media ó dos horas. Se renovó el fuego y continuó toda la noche hasta las ocho de la mañana del 26, en que paró en todas las baterías, de orden del cuartel general, á consecuencia de haber solicitado la plaza capitular. Durante el 26 se construyeron plataformas para otros 4 morteros y quedaron éstos colocados en ellas, haciendo un total de 14. Los artilleros permanecieron inactivos ese día, pues estando el tiempo muy tempestuoso, no pudieron reparar en las baterías los estragos del norte. El 27 se ocuparon en extraer de las trincheras la arena que las había casi cubierto. Este día los ingenieros construyeron otras 3 plataformas para morteros, y éstos eran llevados en la tarde á las trincheras, cuando se dió orden de volverlos al depósito, por ser ya innecesarios. El 28 permanecieron los artilleros en las baterías, listos, como las piezas, para todo servicio. Estimo en cosa de 2,500 el núme-

ro total de bombas y balas disparadas desde las baterías. (108)

Tal es el extracto de los partes del jefe de la artillería enemiga, que, como he dicho, sólo se refieren á las baterías del ejército números 1, 2, 3 y 4, y que, por haber sido rendidos en las primeras horas del día en que están fechados y relatar á veces como de tiempo presente los sucesos del día anterior, pueden ocasionar alguna confusión respecto del curso de las operaciones. En cuanto á las de la batería número 5, servida por los marinos, carezco de pormenores. y hallo únicamente que se componía de 3 piezas de á 32 y 3 á la Paixhan de 8 pulgadas; que rompió sus fuegos en la mañana del 24, y que a las dos de esa misma tarde contaba 4 muertos y un herido. Las noticias de la plaza dicen que la expresada batería de marina quedaba en un médano á distancia de 700 varas al Su del baluarte de Santa Bárbara, y cosa de quince varas más alto que la muralla. (109) Aparte de

---

(108) Si se agrega á este número el de los disparos de la batería de marina y de los buques, tal vez no resulte exagerado el cálculo hecho en la plaza y de que adelante hablaré.

(109) Respecto de los puntos de situación de las baterías norte-americanas, decía el general Morales en su parte de 24 de Marzo, que el enemigo había roto sus fuegos el 22 á las cuatro y media de la tarde "desde las baterías que estableció por el rumbo de los Hornos;" y agregaba: "Hoy ha multiplicado sus

las bajas de que acabo de hablar, el general Scott tuvo del 9 al 28 de Marzo, en el servicio de las demás baterías y en los combates con las fuerzas nuestras de la Orilla, un total de 11 muertos y 56 heridos, contándose 2 capitanes entre los primeros, y el teniente coronel Dickenson y otros dos oficiales entre los segundos.

Paso ahora á extractar la versión mexicana del bombardeo de Veracruz.

Según ella, al romper el enemigo sus fuegos á las cuatro y media de la tarde del 22 de Marzo, estallaron las dos primeras bombas en la plaza de Armas y el Correo, quedando al punto desiertas las calles y todos los defensores en sus puestos. Contestaron el fuego Ulúa y los baluartes de Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara, que miraban á las baterías de los asediantes, siendo el último de dichos puntos el que estaba frente á las piezas enemigas que debían abrir brecha. Una de las bombas mantenidas en el aire, parecía constantemente dirigida al convento de San Agustín, edificio fortísimo por sus muros y bóvedas, y, además, blindado en la parte que servía de depósito de pólvora. Iban las demás bombas sobre los cuarteles, hospitales de caridad y de sangre, pana-

---

fuegos á bala rasa desde otra nueva batería "situada al pie del médano del Perro." Las primeras de que hablaba eran los números 1, 2, 3 y 4, pertenecientes al ejército, y la última era la número 5, llamada de marina.

derías indicadas por sus chimeneas, y edificios particulares, algunos de los cuales comenzaron desde luego á incendiarse. (110) Las primeras víctimas fueron mujeres y niños. Los hospitales é iglesias se llenaban de heridos; algunos de los que había en Santo Domingo perecieron á la explosión de las bombas que atravesaron la bóveda; y los transladados de allí á la iglesia de San Francisco y capilla del Tercer Orden, corrieron á poco igual suerte; repitiéndose esto el 24 en los hospitales de Belem y Loreto, y dándose caso de que un solo proyectil matara á diez y nueve personas, á consecuencia de lo cual, los heridos que conservaban algún vigor se levantaron y huyeron despavoridos por las calles.

Al amanecer el 23 se suspendió el fuego; pero á poco siguió con más vigor. Este día ya no hubo carne ni pan; y el rancho, de sólo frijol, se tomó hasta las diez de la noche, á la luz de las bombas y de los incendios. La parte inerme del vecindario se había ido agrupando del lado de la Caleta y se refugiaba en almacenes y zaguanes; pero muy luego los proyectiles caían en todos los puntos de la ciudad y no hubo ya en ella lugar seguro, permaneciendo las familias en constante vigilan-

---

(110) A juzgar por lo extractado de los partes norte-americanos, ni era tan activo el fuego de las baterías que mantuviera constantemente varias bombas en el aire, ni la puntería tan precisa que pudieran ser dirigidas á determinados edificios.

cia y sin alimento, después de haber perdido muchas de ellas sus casas y sin quedarles más bienes que la ropa que llevaban vestida. Este mismo día se unió al fuego de las baterías el de los buques situados frente á los Hornos y desalojados á poco por los cañones de Ulúa y del baluarte de Santiago. Aumentáronse los casos de incendio. inapagable en las fincas deshabitadas, en las que no era visible sino cuando había ya tomado incremento. En todo el repetido día mantuvo el enemigo de cuatro á seis bombas en el aire, (111) dirigiendo siempre una á San Agustín y las demás á San Francisco, Santo Domingo, residencia del general Morales y otros edificios. Parte del de Santo Domingo se había incendiado esa mañana.

El 24 la batería de marina establecida al Sur del baluarte de Santa Bárbara, rompió sobre él sus fuegos, empezando á desmantelarlo y á abrir brecha en la parte del muro unida á su semi-gola derecha. Otras piezas disparaban sobre el baluarte de Santa Gertrudis. Los ingenieros acudieron á cerrar la brecha con vigas y sacos de tierra, y la artillería de Santa Bárbara se retiró á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenazaba desplomarse. El teniente de marina D. Sebastián Holzinger mandaba el citado punto, sin dejar de hacer fuego sino cuando le faltaban muni-

---

(111) "Tributo á la verdad," pág. 31. Repito aquí la observación hecha con referencia á los partes del enemigo.

ciones, que personalmente iba á recoger de los demás baluartes; y, como una bala enemiga rompiera la driza de la bandera del suyo, haciéndola caer desprendida, subióse al merlón para atarla de nuevo: una segunda bala arrancó el merlón y con él rodó Holzinger adentro del baluarte; pero se levantó el valeroso jefe y prendió la bandera en el asta, teniéndosela durante la operación—efectuada bajo una lluvia de balas—un jovencito de diez y seis años, entonces subteniente de la guardia nacional de Orizaba, y hoy general D. Francisco A. Vélez. El referido baluarte de Santa Bárbara apagó varias veces los fuegos de la batería enemiga, desmontándole algunas piezas; y la conducta de Holzinger fué, pocos días después, elogiada por el vencedor. (112)

Entre diez y once de la mañana del mismo día 24, se interrumpió el fuego, y tres columnas enemigas con sus respectivas banderas, descendían de los médanos, moviéndose en dirección del Matadero. Creyóse inminente el asalto, y la plaza tocó alarma; pero las columnas se ocultaron á la vista, prosiguió el fuego, y continuaron los sitiadores trabajando en establecer nuevas baterías entre el Cementerio y los Hornos.

Ese día llegó á Veracruz D. José María Mata con las libranzas que remitió el gobernador

---

(112) Los oficiales de Scott preguntaban en Veracruz si el baluarte de Santa Bárbara había estado servido por artilleros extranjeros.

del Estado. El enemigo y la plaza se dirigían cohetes á la Congréve, y en la segunda las víctimas fueron numerosas, contándose entre ellas el mayor de órdenes de la 1a. línea, D. Félix Valdés, y algunos soldados del escuadrón de Veracruz. En la noche cayó una bomba en el laboratorio de pólvora que había en el baluarte de Santiago, é incendió tres quintales de ella y más de veinte bombas cargadas, que estallaron, haciendo volar el edificio y destrozando á todos los operarios, con excepción de un sargento. Otra bomba cayó en el repuesto del cuartel en que estaba el comandante militar, y al tenerse aviso de ello, Robles, que se hallaba allí á la sazón, penetró con sus ayudantes y algunos ingenieros y quitó y extrajo por sí mismo con serenidad todavía mayor que el peligro, las mechas incendiarias.

El 25 á las siete de la mañana, dos vapores y siete cañoneras se acoderaron detrás de los Hornos y empezaron á disparar sobre la plaza; pero ésta y Ulúa los desalojaron dos horas después, quedando muy maltratado uno de dichos vapores. (113) Multitud de balas y pro-

(113) Scott en sus despachos no menciona otros fuegos de la escuadra que los rotos en la tarde del 22 y que duraron hasta la mañana del 23. Probable es que en los despachos del comodoro Perry—de los cuales carezco—se dé noticia de las operaciones de los buques en los demás días del bombardeo.

yectiles cayeron en la plazuela de la Caleta, la Pastora y el baluarte de San Juan. El de Santa Bárbara y lienzos y bóvedas de varios cuarteles amenazaban derrumbarse. En el muelle y en casi toda la línea fortificada, y hasta en Ulúa, perecieron muchos artilleros y soldados del Activo de Oaxaca. Desde la puerta de la Merced hasta la Parroquia no había una sola casa ilesa, y estaban ya en ruinas en gran parte, impidiendo los escombros el tránsito: de la Parroquia hácia la Caleta aunque no en igual grado, habían sufrido también deterioro todos los edificios: no se podía caminar por las aceras, á causa de que se estaban desprendiendo los balcones; y en las noches no había alumbrado. Multitud de familias, cuyas habitaciones quedaron arruinadas por completo, seguían refugiadas en las bodegas de algunas casas de comercio; y el cónsul español. Escalante, había alojado en la suya á ancianos, mujeres y niños, proporcionándoles alimentos.

El 26 en la mañana continuó el fuego. Perdióse ya en la plaza toda esperanza de asalto, y los defensores seguían muriendo en sus puestos con la conciencia y el despecho de no poder inferir gran daño á sus contrarios, y con el dolor de presenciar la ruina, el hambre y hasta la pérdida de vidas en sus infelices familias. (114) Considerable número de heri-

---

(114) Un francés llamado Clairac, maestro de obras en el Ferrocarril, y á quien Robles empleaba en las fortificaciones, al ir de és-

dos, sin asistencia pósible, en los hospitales, casas y calles; muertos insepultos entre las ruinas de los edificios y al lado de los valientes que seguían exponiendo sus vidas; el incendio á un tiempo en gran número de lugares; la falta de alimentos para soldados y paisanos; el llanto de los huérfanos, madres y viudas, y la explosión incesante de las bombas; por último, la brecha abierta en la muralla y de que el enemigo parecía intentar no aprovecharse, sino cuando hubiera acabado la guarnición, habían hecho á los principales jefes—con excepción de Robles, que no fué llamado á las primeras juntas—discutir y admitir lo inútil de la prolongación de la defensa, y resolverse á abrir pláticas para saber las condiciones del vencedor. Al conocerlas y figurase que trataba de humillar á los mismos á quienes calificaba de valientes, se había adoptado la resolución de romper, en unión de las tropas de Ulúa, la línea enemiga; pero un furioso norte equinoccial, desatando sus ráfagas y levantando hasta el cielo las olas, asoció la cólera de la naturaleza á la ira y matanza de los hombres, haciendo imposible la concentración de las fuerzas del castillo en la plaza y hasta la simple comunicación entre uno y otra.

Scott, al imponer sus condiciones preliminares, en la tarde del 26, suspendió el fuego

---

tas á su casa, encontró muertos de bomba á su esposa y á sus hijos y perdió el juicio durante algún tiempo.

de sus baterías, aumentadas ya con número considerable de piezas, para continuarle á las seis de la mañana del 27, si tales condiciones no eran aceptadas. Esa misma tarde, con permiso de la autoridad militar, una comisión de extranjeros, bajo la protección de la bandera francesa, salió á pedir amparo á los buques de guerra de sus naciones respectivas anclados en Sacrificios; sin haber logrado su objeto, porque se lo impidió la escuadra norte-americana, y hasta se dice que el comodoro amenazó con mandar hacer fuego sobre los comisionados. Se oyeron detonaciones de fusilería del lado de los médanos, y por un momento se creyó en la llegada de auxilios. En la noche se volvió á hablar de la conveniencia y posibilidad de una salida rompiendo la línea enemiga, y la mayor parte de los guardias nacionales optaban por ella, no obstante el temor de dejar comprometidas á sus familias. En la tropa permanente aparecían ya síntomas de desmoralización. Los guardias nacionales de Orizaba, los granaderos de Oaxaca y muchos oficiales de la guardia nacional de Veracruz, se pronunciaban abiertamente por la salida, aun sin contar con las tropas del castillo. El comandante militar Morales consiguió calmar los ánimos; proclamó la unión en espera de los acontecimientos; celebró á media noche, el 26, una junta de guerra, é hizo en ella dimisión del mando, de que se encargó inmediatamente su segundo el general D. José Juan Landero; transladándose más tarde Morales á Ulúa, en unión del

mayor de la guardia nacional de Veracruz, D. Manuel Gutiérrez Zamora.

Antes de amanecer el 27, los cónsules extranjeros, de acuerdo con las autoridades de la plaza y acompañados del alcalde 2o., se dirigieron al campamento norte-americano, otra vez en solicitud de que se permitiera la salida á neutrales, ancianos, mujeres y niños; pero Scott, sin darles audiencia, les hizo saber que á nadie dejaría salir mientras no se rindiese la plaza. (115) Al amanecer el citado día, casi toda la parte femenina de la población, multiud de niños y algunos extranjeros, se agrupaban frente á las casas de los cónsules español y francés, aguardando la oportunidad de salir bajo su amparo. A eso de las nueve de la mañana, aunque no se había roto de nuevo el fuego y continuaban las negociaciones de capitulación, se desconfiaba del resultado de ellas, se temían los efectos de la diversidad de pareceres y resoluciones de los individuos de la guarnición, y la ansiedad y el terror crecían en las familias, que vagaban por las calles cargando sus envoltorios de ropa y buscando salida. Algunas se embarcaron en lanchas con la mira de refugiarse en los buques de guerra neutrales; pero la escuadra las hizo retroceder á la playa. Momentos hubo en que la autoridad civil estuvo tentada de ponerse á la cabeza de la pobla-

---

(115) En los partes de Scott no hallo mención alguna de este nuevo paso de los cónsules.

ción inerme, y salir con ella á servir de blanco á los tiros del enemigo.

Las publicaciones contemporáneas expresan la hondísima indignación que la resistencia de Scott y del comodoro Perry á dejar salir de la ciudad á los neutrales é inermes, posteriormente al principio de las hostilidades, causó en aquel vecindario. En todo el país se calificó por entonces de bárbara tal conducta, y aun parte de la prensa de los mismos Estados Unidos la criticó más ó menos severamente. Vistas las cosas muchos años después, á la luz de la razón y de la lógica, parece natural que la parte inerme de la población que por imposibilidad de emigrar á tiempo, afrontó de pronto los horrores del bombardeo, tratara de librarse de ellos cuando había empezado á experimentarlos; y el comportamiento de los cónsules extranjeros mereció bien de Veracruz y de la humanidad. Pero, á su turno, Scott y Perry, sin comprometer su responsabilidad militar, no pudieron obrar de diverso modo. El primero de estos jefes, en sus notas á los cónsules y al comandante militar, anunció el bombardeo y el asalto y las consecuencias probables y terribles de uno y de otro para la población inerme, dejándole salida hasta el momento de comenzar sus propias operaciones: más tarde, sus deberes de humanidad, antes que á apiadarse del vecindario de Veracruz, le obligaban á economizar la sangre y las fatigas de sus propios soldados. Tales son las reglas y los efectos de la guerra, cruel y atroz en sí misma, y que en

el caso de que se trata no reconocía otro origen que la ambición de nuestros vecinos.

En la madrugada del 27 de Marzo se calculaba en 1,000 el número de muertos y heridos en la plaza, y en una cantidad de cuatro á cinco millones de pesos la pérdida material de edificios y mercancías á la acción de más de 16,000 balas y proyectiles lanzados por el invasor en cinco días de fuego. Según el parte oficial del general Landero, los muertos de la clase de tropa llegarían á 350 y los de la población inerme á 400, pasando de 200 los heridos y debiendo ser incompletos estos guarismos por haber muchos cadáveres bajo los escombros. La existencia de pólvora en la plaza quedaba agotada, y había sido preciso traer una parte de la de Ulúa. Del 10 al 26 inclusive había lanzado Veracruz al campo norte-americano, según noticia oficial, 6,267 balas de hierro de los calibres de á 8, 12, 16, 22 1|2 y 24, y 2,219 bombas y granadas, de 14 y de 9 pulgadas las primeras, y de 8 y 5 3|4 y para cañones de á 22 1|2 las segundas. El enemigo, según los datos insertos en el "Tributo á la Verdad," había lanzado sobre la plaza desde las baterías del ejército 3,000 bombas de 10 pulgadas, (116) 200 granadas de 8, y 500 balas de á 25 libras; desde la batería de marina 1,000 granadas de á 68 libras, 800 balas de á 32 y 200 balas huecas; y desde sus buques 1,000 balas huecas y

---

(116) Las medidas en los datos mexicanos son castellanas; é inglesas, naturalmente, en los datos del enemigo.

sólidas: ó sea en junto 6,700 proyectiles y balas, pesando 463,600 libras.

Viniendo á los preliminares de la capitulación, repetiré, por principio de ellos, que al recibir los cónsules extranjeros la respuesta negativa de Scott, fecha 25 de Marzo, á su solicitud en favor de neutrales é inermes, dirigieron copia de aquella al jefe de la plaza, pidiéndole que él mismo procurara la tregua necesaria para la salida de unos y otros; lo cual implicaba la apertura de negociaciones para la rendición de Veracruz, dado que el jefe enemigo había protestado no suspender las hostilidades sin la propuesta formal de tal rendición. Esto y el tristísimo estado de la ciudad y de su guarnición, de que he procurado dar idea, motivaron que el comandante militar, general Morales, dirigiera á Scott el 26 una comunicación que, por enfermedad del expresado Morales, firmaba su segundo el general D. José Juan Landero, acompañándole el último ocurso de los cónsules é invitándole á entrar en un arreglo honroso con la guarnición, y á que nombrara para ello tres comisionados que en algún punto intermedio pudieran reunirse con los de la plaza á tratar de dicho arreglo. Como al recibirse en el "Campo de Washington" la propuesta de Morales lo terrible del norte impedía comunicarse con la escuadra, se decidió Scott á tratar por sí solo, sin consultar al comodoro Perry; mandó cesar los fuegos de sus baterías, y nombró en la tarde del mismo 26 de Marzo comisionados suyos á los generales Worth y Pillow y al jefe de in-

genieros coronel Totten. El 28, después de arregladas las bases de la capitulación, Perry envió á tierra á su segundo Aulick, y entonces dispuso Scott asociarle, en representación de la escuadra, con los demás comisionados suyos. Los de la plaza fueron los coroneles D. José Gutiérrez Villanueva y D. Pedro Miguel de Herrera y el teniente coronel de ingenieros D. Manuel Robles; quienes llevaron de intérprete el joven D. Joaquín de Castillo y Cos. Las entrevistas tuvieron lugar en el Puente ó Punta de los Hornos.

XVI

CAPITULACION DE VERACRUZ.

Causas de la capitulación.—Junta de guerra.—Propuestas de nuestros comisionados.—Resoluciones de Scott.- Texto de la capitulación.—Ocupa la plaza el enemigo.—Reflecciones y algunas otras noticias.

Desde antes que el enemigo desembarcara en las playas de Veracruz comenzaron á emigrar las familias, refugiándose en pueblos y rancherías, á más ó menos distancia de la plaza, las que no tenían los recursos necesarios para venir hasta Orizaba ó Jalapa. La última de estas ciudades, más en contacto entonces con el puerto, rebosaba en población á causa de la afluencia de tales familias; y como la mayor parte de ellas había dejado á sus varo-

nes en el servicio militar, y como, además, se comprendía claramente que del resultado de la defensa de Veracruz iban á depender la detención ó la internación de los invasores, era general y profunda la ansiedad del vecindario, que se agrupaba en número considerable en la casa de correos á la llegada de las diligencias, y desde los puntos más elevados de la ciudad tendía sus anteojos de larga vista hácia la costa. Sabido es que desde poco más allá de las Vigas, en el descenso de la mesa central, á la izquierda del camino de México que pasa por Perote, la vista en algunos sitios alcanza hasta el mar, que cuando se mantiene despejado el horizonte, aparece como una cinta de color azul muy bajo, destacándose de su fondo en tres pequeñas masas blanquecinas la fortaleza de Ulúa y el caserío y el cementerio de Veracruz, y brillando á veces con el sol aun las velas de los buques y de los botes.

Las noticias del desembarco de los norteamericanos y del establecimiento de sus baterías impresionaron hondamente á la población de Jalapa, cuyas autoridades, en unión de las del Estado, después de haber hecho salir á la guardia nacional, que se detuvo en el Puente y en Santa Fe, procuraban acopiar y remitir al puerto los auxilios posibles, convocando, además, á los vecinos y ejercitándolos por las tardes en el manejo de las armas. Esperábase todavía la llegada de tropas y recursos del interior; pero pasaba el tiempo trayendo consi-

go el triste convencimiento de que el grupo de valientes apostado en las murallas de la primera ciudad fundada por Cortés en el Nuevo-Mundo, iba á medir por sí solo sus fuerzas con un enemigo poderoso, en presencia de la apatía é indiferencia de la nación. De pronto, en el silencio y la oscuridad de la noche, oíamos sordos truenos lejanísimos á la parte de Oriente, y veíamos surcar leves relámpagos el horizonte, á veces por espacio de horas enteras. ¿Eran la voz y el brillo de la tempestad, ó de los cañones? Al disiparse toda duda de que los fuegos se habían roto ya, aun partieron de Jalapa algunos jóvenes decididos á compartir el peligro. Días antes habíamos visto salir, entre otros, á D. Pedro y D. Francisco de Landero y Cos, D. Joaquín de Castillo y D. Juan Sánchez Bárcena. (117) Del 26 al 27 de Marzo rompió el norte, y nada vimos ya ni oímos, creciendo el desasosiego y la angustia, que vino á convertir en duelo profundísimo, dos ó tres días después, la noticia indudable de la capitulación de la plaza. (118)

---

(117) Veracruzanos los tres primeros y jalapeño el último, que llegó á ser un ingeniero mecánico muy notable, y ha muerto hace pocos años. D. Francisco de Landero ha sido después uno de los mejores gobernadores del Estado de Veracruz, y ministro de Hacienda: él y Castillo, que era el tipo de los caballeros, fungieron de ayudantes del general Morales y del teniente coronel Robles.

(118) Una carta del respetable comerciante

Las causas decisivas de ella aparecen condensadas en el siguiente pasaje del parte rendido posteriormente por el general Landero: "Tan grande como era el entusiasmo para defenderse, y sin haber disminuido en manera alguna con la presencia y hostilidades de un enemigo tan superior en número y recursos, fué grande la consternación de las familias cuando los señores cónsules extranjeros, con la mejor intención, solicitaron del enemigo una suspensión para la salida de los neutrales; en la suposición de que se accediera á una demanda tan justa, y de la cual se aprovecharían las familias que estaban en Veracruz: pues estos pasos fueron los preliminares de un desconcierto entre algunos jefes que, aunque decididos á continuar la defensa, trataron de investigar los recursos que quedaban para resistir, entretanto llegaban los auxilios que mandaba el gobierno y que se suponían en camino: y entonces se tuvo el doloroso conocimiento de que las municiones de cañón que quedaban bastarían apenas para algunas horas de fuego: que los únicos víveres que existían en la plaza, de los que comía la guarnición, se reducían al resto de semillas que el Excmo. Ayuntamiento había acopiado, y de las cuales la población pobre tenía que participar también,

---

D. Dionisio José de Velasco, dirigida de Medellín á D. Bernardo Sayago, de Jalapa, y abierta en el Puente Nacional por el gobernador D. Juan Soto, contenía la primera noticia fidedigna de la capitulación de Veracruz.

pues había quedado reducida á no tener alimento por su ruina total; y en semejante situación, la defensa por más tiempo equivalía á presentar víctimas voluntarias sin fruto alguno, cuando los auxilios de México ni aun estaban anunciados de una manera positiva." (119)

---

(119) Confirmando y ampliando lo que en mi primer artículo sobre Veracruz dije acerca del proyecto de defensa exterior concebido por Robles, me escribe un vecino respetable de aquella ciudad y que fué testigo y actor en los sucesos de 1,847:

"El general Robles, entonces teniente coronel de ingenieros y comandante de ingenieros de la plaza, propuso fortificar las inmediaciones de Veracruz; esto es, el cerco de médanos más altos de la ciudad, y que la circundan formando cordillera, de Punta de Hornos ó los Hornos á Casamata, y de este punto á lós médanos del Perro y del Encanto. No siendo practicable tal idea por falta de dinero y de hombres, se fijó en fortificar el Camposanto y el médano del Perro: asegurando que con cuarenta mil pesos se terminaría la obra y con 500 hombres quedaría guarnecida, retardándose el ataque de la ciudad, cuando menos, quince días, y dándose con ello más tiempo al país para reunir medios de hostilizar al enemigo y de socorrer á la plaza; aparte de que la mayor permanencia del enemigo á la intemperie bajo el clima de Veracruz, le acarrearía las pérdidas consiguientes por las enfer-

La primera junta formal de guerra para tratar de la capitulación, tuvo lugar en la noche del 25 de Marzo; y contra el acuerdo tomado en ella, protestó Robles, que no fué invitado á la reunión por contársele entre los partidarios más decididos de la prolongación de la defensa. Muy temprano el 26 se dirigió á Scott la comunicación firmada por el general Landero, todavía á nombre del comandante militar Morales, invitándole á un arreglo y al nombramiento de comisionados. Ya dije quiénes lo fueron de parte de los invasores y de la plaza, y agregaré que los de ésta, investidos de su comisión en nueva junta celebrada el 26, rompieron el mismo día las negociaciones, al convencerse de que el enemigo estaba

---

medades de esta zona. Tal proyecto fué desaprobado y aun atacado por la prensa del puerto, que sólo comprendió el acierto de los medios propuestos, cuando el enemigo plantó sus baterías en el Cementerio y el médano del Perro, lugares que elegía para la defensa el Sr. Robles."

La misma persona agrega:

"Siendo después comandante militar de Veracruz el general Robles, envió al ministerio de la Guerra una interesante Memoria sobre si Veracruz y Ulúa deberían defenderse en caso de guerra extranjera, y sobre los medios de defensa y ofensa que deberían adoptarse para impedir que cayeran en poder del enemigo, ó para que le fuera costosísima su ocupación."

resuelto á no admitir otras condiciones que aquellas que los usos de la guerra no le permitían rechazar.

Las instrucciones dadas por Scott el 26 temprano á sus comisionados para fijar las bases de arreglo, no diferían mucho de los términos en que se llegó á ajustar la capitulación, y sólo hallo de notable en ellas lo que en seguida extracto: "Si los comisionados mexicanos por falta de poderes se excusan de tratar sobre la rendición de Ulúa, los norte-americanos les urgirán para que pidan tales poderes, y les otorgarán cualquier plazo necesario con tal objeto; pero si dichos poderes no fueren pedidos ú obtenidos, los comisionados norte-americanos pueden consentir en que el punto en cuestión sea sometido al infrascrito en solicitud de nuevas instrucciones." Parece esto indicar que Scott aún no estaba del todo confiado en que las pláticas abiertas para la rendición de la plaza le procuraran al mismo tiempo la posesión del castillo. Por lo demás, todavía el 27, el general Landero, en respuesta á un recado verbal del mismo Scott, decía á éste por escrito, que al dejar el general Morales el mando de la plaza, había conservado el de Ulúa; sin que la jurisdicción militar del primero se extendiera, de consiguiente, al expresado fuerte; en cuya virtud, mientras Landero no conociese los artículos de la capitulación, no podía dirigirlos á Morales para que éste dijera si los aceptaba ó no en lo relativo al castillo; lo cual avisaba el mismo Landero á fin de que tal circunstancia no pusiera obstáculo á los arreglos.

Los comisionados mexicanos, por medio de los norte-americanos, dirigieron el 26, desde luego, seis proposiciones al mayor general Scott. En v' tud de la 1a., la guarnición se retiraría libremente á Orizaba ó Jalapa: por la 2a., saldría con todos los honores de guerra, banderas desplegadas y tambor batiente, llevando municiones y bagajes, depósitos y la dotación de piezas de artillería correspondientes á la fuerza: por la 3a., el pabellón mexicano permanecería enarbolado en el baluarte de Santiago hasta perderse de vista la guarnición, y antes de arriarle, sería saludado con veintiún cañonazos en el mismo baluarte, sin que hasta entonces entraran las fuerzas norte-americanas en la plaza: por la 4a., los habitantes de Veracruz continuarían en la libre posesión de sus bienes muebles é inmuebles, en cuyo goce no serían perturbados; ni en las prácticas de su religión: por la 5a., los guardias nacionales de Veracruz podrían retirarse á sus casas sin ser molestados con motivo de su conducta en la defensa de la plaza: la 6a. se refería á saber si, en el caso de que Scott por no admitir las proposiciones anteriores siguiera hostilizando á Veracruz, permitiría la salida á los neutrales/y á las mujeres y los niños de familias mexicanas.

Scott contestó que la 1a. de tales proposiciones era inadmisible, no debiendo la guarnición retirarse sino en calidad de prisionera de guerra; pero que podría hacerlo en el plazo que se pactara, empeñando los oficiales, por sí y por sus soldados, palabra de honor de no

servir en esta guerra hasta ser debidamente canjeados. Respecto de la 2a., que se concederían á la guarnición los honores de la guerra; pero debiendo entregar todas sus armas, salvo que los oficiales conservarían sus espadas. Acerca de la 3a., que se haría lo propuesto, hasta donde fuera posible á los comisionados arreglarlo, para halagar el legítimo orgullo de los defensores de la plaza. Manifestóse absolutamente conforme con la 4a., comprometiéndose á ponerla en práctica. En cuanto á la 5a., refirió su determinación á lo dicho acerca de la 1a. Llegando á la 6a., declaró inadmisible la pretensión de nuestros comisionados, sin más explicación. Agregó que con sus primitivas instrucciones y estas aclaraciones podría quedar arreglada la capitulación para evitar mayor efusión de sangre, siempre que los comisionados de una y otra parte pudieran reunirse á las diez de la mañana del 27 en el mismo lugar que el 26, y proceder sin demora á la conclusión del arreglo. La comunicación que contenía estas resoluciones fué dirigida á Landero el 27 muy temprano, advirtiéndosele que se aguardaría su respuesta hasta las nueve de esa mañana. (120)

Los comisionados nuestros, que, como dije, habían roto las negociaciones el 26, recibieron nuevas órdenes é instrucciones del general Landero, quien declaró en junta de guerra, en

---

(120) Corespondencia oficial de Scott con su gobierno.

las primeras horas del 27, en atención á la falta de municiones y víveres y á la consiguiente imposibilidad de prolongar la resistencia, la necesidad imperiosa de dar punto á aquel estado de cosas. Satisface y admira el brío de nuestros negociadores que en el campo mismo del enemigo, ante los ensangrentados escombros de una ciudad arruinada por sus bombas, y ante el hambre y la impotencia de sus propios compañeros de armas, no se limitan á dejar incólume el honor de México, sino que exigen del vencedor para el vencido homenajes que solamente le podía otorgar y le ha otorgado la historia. Y tal exigencia era compartida de no pocos de los defensores de Veracruz, aun después de las últimas declaraciones de su comandante Landero: el general Morales y algunos otros jefes se habían ido á Ulúa para no capitular, y no era escaso el número de gente que aun pretendía salir á viva fuerza y que, ya firmado el arreglo, ocultó ó hizo pedazos sus armas por no entregarlas. Al fin, la capitulación quedó firmada el mismo día 27, y fué ratificada el 28, constando de los siguientes artículos que traduzco del texto inglés lo más literalmente posible:

1o. Toda la guarnición ó guarniciones se rendirán al ejército de los Estados Unidos en calidad de prisioneras de guerra, el 29 del corriente á las diez de la mañana: se les concederá salir con los honores de la guerra, y entregarán las armas á los oficiales que designe el general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos y en el lugar que los comisionados señalen.

2o. Los oficiales mexicanos conservarán sus armas y equipajes, inclusive caballos y útiles de montar: y se les concederán, así á los del ejército como á los voluntarios, y también á la tropa, cinco días para retirarse á sus casas, bajo palabra de lo que antes se expresa.

3o. Al mismo tiempo de la entrega de las armas estipulada en el artículo 1o., se arriarán las banderas mexicanas de los baluartes y demás puntos al saludo de sus baterías respectivas; é inmediatamente después, los baluartes de Santiago y Concepción y el Castillo de Ulúa serán ocupados por las fuerzas de los Estados Unidos.

4o. El destino de los prisioneros veteranos después de la entrega de armas y de empeñada la palabra, queda al arbitrio de su general en jefe, y á los voluntarios se les permitirá volverse á sus casas; dando los oficiales de todas armas y de toda clase de fuerzas la palabra acostumbrada de que ni la tropa ni ellos mismos volverán al servicio mientras no sean debidamente canjeados.

5o. Todo el material de guerra y todo género de propiedades públicas en la ciudad, castillo de Ulúa y dependencias, pertenecen á los Estados Unidos: pero el armamento que no se destruya ó demerite en la prosecución de la actual guerra, puede ser devuelto á México al celebrarse un tratado de paz definitivo.

6o. Se permitirá á los enfermos y heridos mexicanos permanecer en la ciudad con los médicos militares y asistentes necesarios.

7o. Se garantiza protección absoluta á las

personas y propiedades en la ciudad: y claramente se sobreentiende que ningún edificio ni propiedad particular puede ser tomado ni usado por las fuerzas de los Estados Unidos sin previo arreglo con el propietario y por su justo precio.

8o. Se garantiza solemnemente libertad absoluta respecto del culto y ceremonias religiosas. (121)

---

(121) He aquí el texto castellano, publicado en el "Boletín" de Veracruz, número 16, comunicado por el general Landero, y que consta en el "Diario del Gobierno," de 4 de Abril de 1,847:

"Punta de Hornos, extramuros de la ciudad de Veracruz.—Sábado, Marzo 27 de 1,847.—Términos de la capitulación convenida por los comisionados siguientes: Generales W. J. Worth y J. Pillow y coronel J. G. Totten, ingeniero en jefe, por la parte del mayor general Scott, general en jefe de los ejércitos de los Estados Unidos; y el coronel D. José Gutiérrez Villanueva, teniente coronel de ingenieros D. Manuel Robles y coronel D. Pedro Herrera, nombrados por el general de brigada D. José Juan Landero, comandante general de Veracruz, el castillo de San Juan de Ulúa y sus dependencias, para la rendición de las mencionadas fortalezas con sus armamentos, municiones de guerra, guarniciones y armas, á las de los Estados Unidos.

1o. Toda la guarnición ó guarniciones se rendirán á las armas de los Estados Unidos como

Tales fueron los términos de la capitulación de Veracruz, honorífica, ciertamente, para su guarnición, y que no se comprende cómo pu-

---

prisioneros de guerra el 29 del corriente á las 10 de la mañana, permitiéndoseles evacuar la plaza con todos los honores de la guerra, y entregar las armas á los oficiales designados por el general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, en el punto que se conviniere por los comisonados.

2o. Los oficiales mexicanos conservarán sus armas y efectos particulares incluyendo caballos y arneses, y se les permitirá, tanto á veteranos como á nacionales, así como á toda clase de tropa, cinco días para retirarse á sus respectivos hogares, bajo la palabra que después se especificará.

3o. Al tiempo de entregar las armas como está prevenido en el art. 1o., se arriarán los pabellones mexicanos de los varios fuertes y puestos, saludados por sus propias baterías; é inmediatamente después, los baluartes de Santiago y Concepción y el castillo de San Juan de Ulúa serán ocupados por las fuerzas de los Estados Unidos.

4o. El general mexicano dispondrá de la fuerza veterana prisionera después de la entrega y palabra, según estimare conveniente: á los nacionales se les permitirá regresar á sus hogares. Los oficiales de todas armas, por sí y sus subordinados, empeñarán la palabra acostumbrada de no volver á servir hasta no ser canjeados en debida forma.

do ser blanco de las murmuraciones y del enojo de los hombres del gobierno federal y de su círculo. Así y todo, la figura más prominente y gloriosa en la defensa de la plaza, el

---

5o. Todo el material de guerra y toda propiedad pública de cualquiera clase que fuere encontrada en la ciudad, el castillo de San Juan de Ulúa y sus dependencias, pertenecerán á los Estados Unidos; pero el armamento perteneciente á los mismos puntos, que no sufra detrimento en la prosecución de la presente guerra, podrá considerarse restituible á México por un definitivo tratado de paz.

6o. Se permitirá á los enfermos y heridos mexicanos permanecer en la ciudad con los facultativos, asistentes y oficiales del ejército que se considere necesarios para su tratamiento y cuidado.

7o. Se garantiza sólemnefente una completa protección á los habitantes de la ciudad y sus propiedades; entendiéndose terminantemente que ningún edificio ni propiedad particular será tomada ó usada por las fuerzas de los Estados Unidos sin previo convenio con los propietarios y por sus justos precios.

8o. Se garantiza solemnemente la absoluta libertad en el culto y ceremonias religiosas.

(Firmado por los comisionados). El capitán Aulick, comisionado nombrado por el comodoro Perry por parte de la escuadra (no habiendo podido el general en jefe comunicarse con ella por causa del mal tiempo, hasta después que las comisiones canjearon sus po-

teniente coronel Robles, tuvo que salir poco después á la defensa de la capitulación, diciendo entre otras cosas: "Los comisionados nunca pudieron imaginar que la condición de que los oficiales y tropa prisioneros, en lugar de quedar en poder del enemigo, quedasen en libertad dando "su palabra de no tomar las armas hasta ser debidamente canjeados," se tomase como un vergonzoso juramento de no servir á su país. En las historias de las guerras europeas de este siglo se habían visto muchos ejemplos de capitulaciones de plazas con esta misma condición, considerada siempre como una concesión, y más aún en que esta gracia era sólo acordada a los oficiales, quedando la tropa prisionera; y lo mismo se quiso exigir en Veracruz, costando no poco trabajo á la comisión obtener la libertad de los soldados." El cargo á que estas líneas se refieren era simplemente un absurdo que acusaba ignorancia absoluta de los usos modernos de la guerra; pero lo grave del caso fué que nuestro gobierno, en la práctica, hizo punto omiso la palabra empeñada, y, más ó menos directamente, y sin respeto á sí mismo, obligó á los capitulados á continuar en el servicio de las armas. En el mismo escrito de que tomé las líneas insertas, aseguraba Robles que en

---

ueres) hallándose presente por invitación del general Scott, estando conforme con el resultado y aprobándolo, añade su firma. (Firmado). – Aprobado por ambos generales y firmado por duplicado por los comisionados."

la reunión del 27 de Marzo los comisionados mexicanos obtuvieron que quedaran exceptuados de la capitulación cuarenta y ocho jefes y oficiales á quienes la plaza designaría; y en cuyo número se contó él muy debidamente.

Ratificada el 28 la capitulación, (122) fueron desde luego desamparados los puntos militares de que, al otro día, iba á tomar posesión el enemigo; permaneciendo en Veracruz dos jefes, dos oficiales de artillería que sirvieran de oficiales de detall, un comisario de artillería y dos guarda-almacenes, para formar el inventario de cuanto quedara perteneciente á la plaza y al castillo.

El ayuntamiento dió por terminada su sesión permanente el mismo día 28, disolviéndose después de acordar que los créditos de poca entidad pendientes contra los fondos de propios y que no constaran en sus actas, fuesen reconocidos con sólo aparecer autorizados por el presidente ó alguno de los capitulares presentes: que para obtener del general norteamericano las mayores consideraciones posibles en favor del vecindario y el cumplimiento efectivo de las garantías ajustadas en la capitulación, permanecería en la ciudad el alcalde 2o.; y que se pondría á disposición de vecinos honrados, para distribuirse á familias pobres, el resto de los víveres comprados para la guarnición, siendo nombrados con tal ob·

(122) Según la correspondencia oficial de Scott, la capitulación fué firmada y canjeada en las últimas horas de la noche del 28.

jefe D. Juan Murillo y Carmona, D. Felipe Carrau y D. José María Blanco. Estos señores desempeñaron su comisión y distribuyeron, además, por encargo del regidor D. Eugenio Batres, más de seiscientos pesos, producto de una suscrición de los comerciantes neutrales, espontáneamente promovida por el Sr. Alcefeld, socio de la casa de Meyer, Hube y Compañía, y otro extranjero. El triste estado de la población era tal, que el mismo Scott mandó dar diez mil raciones á los pobres, y más adelante hizo que se les aplicara una parte del producto de la contribución impuesta sobre fincas.

A las ocho de la mañana del 29 de Marzo (1.847) fué arriado el pabellón mexicano en Ulúa y los baluartes de la plaza, al pavoroso saludo de nuestra artillería; y á las diez la guarnición, que, desde una hora antes había estado formada en las calles que se dirigen á la puerta de la Merced, salió en marcha para el llano de los Cocos, en cuyo centro ondeaba la bandera de los Estados Unidos, con otra blanca al lado. Ocho mil norte-americanos con cuatro baterías formaban el cuadro en cuyo interior los defensores de Veracruz dejaron sus fusiles en pabellones; presenciando el acto el general Worth, que trató con cabal cortesanía á nuestros jefes, á quienes sirvieron de intérpretes el teniente coronel Robles y su ayudante D. Joaquín de Castillo. Los oficiales conservaron sus espadas; dióse á reconocer de jefe de la fuerza capitulada al coronel D. José Francisco López, y se recibió la

orden de marchar por Medellín para evitar el paso cerca del campamento de los voluntarios norte-americanos. En aquellos momentos se enarboló en Ulúa y en los baluartes de Veracruz el pabellón enemigo, al estruendo de la artillería de sus buques y de la nuestra, ya en poder suyo.

El general Worth quedó de gobernador y comandante militar de plaza y castillo: organizó en la primera un consejo municipal; un tribunal de comercio, y otro para negocios del fuero común; organizó también la aduana marítima, y declaró vigentes los aranceles de los Estados Unidos. A otro día de la ocupación, empezó á publicarse allí el periódico "The American Eagle." Scott, con parte de sus fuerzas, fué á instalarse en Manga de Clavo, hacienda de Santa-Anna; y encomendó al coronel Totten, en premio de sus servicios, la conducción á Washington de los despachos relativos á la ocupación de Veracruz y Ulúa. Desde el 29 había comenzado á organizar el avance al interior, que aun tardaría algunos días en realizarse, en espera de medios de trasporte: y, entretanto, se proponía despachar una expedición por mar y tierra sobre Alvarado, sin perjuicio de la marcha hácia México. (123) En su proclama de 30 de Marzo, con motivo del triunfo y encareciendo sus resultados, hablaba de 5,000 prisioneros con sus armas respectivas, y de la adquisición de 400 piezas de artillería. Las noticias que ha visto ya el lector,

(123) Corespondencia de Scott, ya citada.

y que son del todo exactas respecto de guarnición y de cañones, le autorizan para opinar, como yo, que el mayor-general enemigo redondeó demasiadamente sus números.

Volviendo á los vencidos, consigno aquí la siguiente orden general extraordinaria del 29 al 30 de Marzo, dada en Medellín por el general Landero, y que señaló el destino de las fuerzas capituladas:

"La brigada de artillería y el batallón activo de Puebla marcharán á la ciudad de Orizaba, donde esperarán órdenes.

"Los regimientos 2o. y 8o. de infantería marharán á situarse en Córdoba.

"Los piquetes del Ligero y Undécimo, así como las compañías de Zapadores, se situarán en Jalapa.

"Los de Túxpam y Tampico marcharán á Túxpam; y los de Oaxaca, Jamiltepec y Tehuantepec, á sus respectivas demarcaciones, por el rumbo de Orizaba.

"El batallón de Alvarado y los piquetes de caballería permanecerán en esta villa."

El mismo general Landero, con fecha 31 de Marzo, dirigió copia de la capitulación de Veracruz al general Canalizo, jefe del ejército de Oriente que se estaba ya reuniendo en Jalapa con las fuerzas de la división de Oriente que había mandado Díaz de la Vega, y los que iban llegando procedentes de México y San Luis Potosí. El expresado general Canalizo trascribió la capitulación al ministerio de la Guerra el 1o. de Abril; pero desde el Puente Nacional y con fecha 28 de Marzo, había di-

rigido á México noticia de ella el general Díaz de la Vega, indicando la conveniencia de defender el punto de Cerro-Gordo.

No terminaré este capítulo sin consignar algunas otras noticias y reflexiones relativas á los sucesos de Veracruz.

Los comerciantes extranjeros de la ciudad salieron hasta el campo de Malibran á despedirse de los defensores, y les dirigieron una carta, después impresa, encareciendo su valor y decisión y la disciplina militar de que habían dado pruebas respetando y protegiendo las propiedades particulares y al vecindario inerme en aquellos días de conflicto. La carta estaba fechada el 28 de Marzo, y entre sus cincuenta y nueve firmantes hallamos los nombres, todavía bastante conocidos, de los Sres. Juan B. Sisós, H. Hoppenstedt, Eduardo Stribós, J. Garruste, Carlos Rudolph, José Antonio de Mendizábal, Juan Manuel de Sevilla y Fernando Formento. Los capitulados pernoctaron en Medellín el 30, y á otro día se pusieron en marcha para los puntos que les habían sido señalados. Los que se presentaron á la comandancia militar de Jalapa en solicitud de auxilios pecuniarios, sólo obtuvieron la declaración de que se reservaban para quienes acudieran á batirse en Cerro-Gordo.

Tal declaración fué una de las primeras señales del enojo oficial con motivo de la defensa y capitulación de Veracruz. Olvidando ó desconociendo nuestro gobierno que había él mismo retirado de la plaza gran parte de las tropas en ella aclimatadas (el 11o. de in-

fantería) ofreciendo solemnemente auxilios eficaces y oportunos que, llegada la ocasión, no pudo acaso impartir con motivo de la revolución por sus propios actos provocada en México; y desconociendo, además, la conveniencia de reanimar el espíritu nacional con el encomio de la conducta de los defensores de Veracruz, cuyo heroismo el enemigo era el primero en reconocer, tomó un camino errado desestimándola: dando á entender que, si no había los elementos necesarios a la defensa, habría sido prefrible no comprometer á la guarnición; mandando que se presentaran presos en la fortaleza de Perote los generales Morales, Landero y Durán; acusando casi de infidencia al alcalde Vila que se quedó unos cuantos días en la ciudad por acuerdo del ayuntamiento; y reputando desventajosa la capitulación, cuyas cláusulas principales fueron criticadas en términos que provocaron las explicaciones de Robles, y consideradas letra muerta en el hecho de negar auxilios á los capitulados, y de obligarlos más ó menos directamente, según he dicho, á empuñar de nuevo las armas antes de estar libres de su compromiso; con lo cual se orilló á un fin trágico á algunos de los mismos capitulados aprehendidos después por los invasores. Amén de lo expuesto, el general presidente dijo en una proclama á sus tropas, que "iban á lavar la deshonra de Veracruz;" y aunque para mí es indudable que la hacía consistir en hallarse tal punto en poder del enemigo, las circunstancias todas que acabo de enume-

ral y otras que omito, indujeron á que se diese á la frase un significado de ignominia para los defensores de la plaza.

Profunda fué la indignación causada por tales incidentes, y en un manifiesto publicado en Jalapa y que firmaron el 4 de Abril los principales individuos de la guardia nacional allí residentes, se decía: "Probaremos á toda la nación que el general Santa Anna es injusto en su opinión: que la resistencia que opusimos y dió por resultado la capitulación, es honra nuestra y oprobio de los que nos abandonaron; y que la guarnición prefirió sucumbir con gloria á salvarse sin honor desde antes de ser atacada." Entre los firmantes figuraban Gutiérrez Zamora, Luelmo, Serna, Ituarte (José Luis) y los hermanos Landero. La autoridad civil de Jalapa prohibió á los impresores la publicación de los datos anunciados en el manifiesto, lo cual vino á enconar más los ánimos. Resonaban de boca en boca los cargos de despecho y traición dirigidos á Santa-Anna, que al regresar de la Habana había hallado en Veracruz resuelta oposición á sus caprichos y duras lecciones á su amor propio; y de quien se agregaba que si la escuadra bloquedora le permitió la entrada, fué porque los Estados Unidos contaban con él para la consecución de sus miras respecto de nuestro país. La conducta de este personaje en la Angostura, Cerro-Gordo y Valle de México, y el testimonio mismo del general Scott, demuestran que, si incurrió en ligerezas y erores más ó menos graves, expuso constantemente su vida

y no perdonó esfuerzo en la defensa nacional. "Nos equivocamos nosotros, como acaso se equivocaron los mexicanos también, al juzgar de las intenciones verdaderas del general Santa-Anna, á quien ellos llamaron y nuestro gobierno permitió regresar." (124) El hombre de quien tal decía el enemigo, podrá haberse engañado; pero ciertamente distó muchísimo de ser traidor á su patria.

Teniendo en cuenta lo que es el corazón humano, no parece remoto que en la injusticia con que Santa-Anna juzgó la defensa de Veracruz influyeran sus malas impresiones del recibimiento que allí se le hizo. Pueden haber influido también los rudísimos ataques dirigidos á su gobierno y persona por la prensa veracruzana antes del bombardeo y durante él; cuando, al verse abandonados, los defensores ponían el grito en el cielo contra el país todo, proclamando la necesidad de que el Estado se segregara de la Federación mexicana para atender exclusivamente por sí mismo á sus propios intereses. Esta idea, acompañada de un odio vivísimo á Santa-Anna y al ejército, campeaba, no sólo en el "Boletín de Veracruz," (125) sino también en el "Tributo á

(124) Manifiesto del general Scott expedido en Jalapa el 11 de Mayo de 1,847.

(125) El último "Boletín de Veracruz" decía el 28 de Marzo de 1,847:

"Al perderse esta ciudad y al abandonarla sus hijos, con los escombros de sus derribados edificios van á formar el cimiento de una

la Verdad," folleto muy notable publicado en aquellos días, y del cual he tomado parte de las noticias aquí dadas y de las que daré al ha-

---

nueva era, con una iglesia cristiana, menos rica, pero más nacional, virtuosa y respetable que la que ha negado á sus hijos los auxilios en su mayor agonía: vamos á marcar con los tizones de nuestros almacenes incendiados y con los calcinados huesos de nuestros hijos, la raya negra que será el límite donde cumplirán su destino los hombres de las revoluciones de México, los hombres del robo y de las traiciones; y de entre estas dos marcas regadas con sangre, crecerán robustas la verde oliva de la paz y la blanca palma de la pureza, del honor y los principios nacionales."

El "Boletín" al estampar las anteriores líneas, no advertía que con los fondos de la Iglesia se armó y equipó el ejército que luchó en la Angostura; que mal podía aquella haber enviado recursos pecuniarios á Veracruz en los días en que se decretaba la ocupación de sus rentas: que los representantes tal vez únicos de la Iglesia en la plaza atacada, cura párroco Jiménez y comendador de la Merced, Cabeza de Vaca, nó obstante su avanzada edad, impartían toda clase de auxilios á los heridos, bajo los fuegos del enemigo; por último, que esa iglesia cristiana que se trataba de sustituir á la católica, tendría que ser, por la naturaleza de las cosas, el más eficaz colaborador de los destructores de Veracruz en su obra de absorción de nuestra República.

blar del desastre de Cerro-Gordo. Por lo demás, aun sin este desastre, que vino á imponer terrible castigo á la jactancia de los que iban á lavar la deshonra de Veracruz, el tiempo y la opinión nacional no habrían tardado en hacer justicia á los defensores de la plaza, si bien reprobando en toda época sus momentáneas tendencias de segregación, tan nocivas á la salvación y al povenir de México. "Somos testigos—decía Scott en su manifiesto ya citado—y como parte afectada no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentado con admiración que el heroico comportamiento de la guarnición de Veracruz en la valiente defensa que hizo, fué infamado por el general que acaba de ser derrotado y puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buena Vista; que este general premió á los pronunciados en México siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó á los que singularmente acababan de distinguirse resistiendo más allá de lo que podía esperarse, con una decisión admirable." (126) Antes y después de estas palabras del jefe enemigo, la prensa toda de la República exaltó el mérito de los que no habían vacilado en sacrificarse por la patria: y hasta la presente generación, tan indiferente y olvidadiza, ve con respeto á los antiguos guardias nacionales de Veracruz que aun viven entre

---

(126) El manifiesto de Scott fué publicado en castellano.

nosotros, y les envidia los laureles que entonces conquistaron. (127)

---

(127) En los Estados Unidos, aunque no se desconoció el gran efecto moral de la adquisición de Veracruz y Ulúa por medio de las armas, se creyó y se dijo por muchos, que tales puntos con sólo el bloqueo y el sitio habrían caído unos cuantos días después en poder del invasor, sin costarle una gota de sangre. Por otra parte, no se juzgaba indispensable la ocupación de Veracruz para el avance del ejército de Scott al interior del país; y se agrega que si dicho ejército hubiera sido algo más numeroso, habría podido dejar una parte de su fuerza á inmediaciones de aquella plaza para impedir la salida y el aumento de la guarnición mexicana, mientras el grueso de la gente de Scott penetraba hácia la capital. Por último, en los mismos Estados Unidos se creía que si Santa-Anna hubiera obtenido un triunfo completo en la Angostura, habría mandado desartillar y abandonar á Veracruz y Ulúa para salvar y utilizar en otros puntos del interior el material de guerra y la gente; no pudiendo ser dudosa, á la corta ó á la larga, la toma de plaza y castillo por el invasor, y no siendo su conservación necesaria á México por de pronto, supuesta nuestra carencia de marina de guerra con que hacer levantar el bloqueo. En concepto de quienes así opinaban, Santa-Anna no mandó ejecutar respecto de Veracruz lo que se hizo respecto de Tampico, por temor al malísimo efecto que tal medida

Para dar punto á esta materia, agregaré que dos años después, el 27 de Marzo de 1,849, tuvo lugar en el cementerio general de Veracruz el acto solemne de dar allí sepultura á los restos de las víctimas del bombardeo, cuyos cadáveres, durante el fuego, habían sido indistintamente enterrados en los atrios y patios de templos y cuarteles, y hasta en las calles. Exhumados tales restos en los días 25 y 26 del mes y año á que me refiero, y depositados en la iglesia parroquial, fueron de allí llevados con grave pompa, el 27 en la tarde, al cementerio, acompañándolos las autoridades, el vecindario y los mutilados y heridos de 1,847, y estando cerrado el comercio y de luto la ciudad. Por nombramiento oficial pronunció el respetado y querido Robles un discurso alusivo; y ocuparon después la tribuna diversos poetas y oradores, hablando espontáneamente de aquellos días de angustia y gloria, inolvidables para los mexicanos.

---

habría causado aquí en la opinión pública, tan inclinada á hallar en la conducta del expresado jefe indicios de connivencia con el enemigo.

XVII

VISPERAS EN CERRO-GORDO.

Formación de nuestro ejército de Oriente.—Elección y descripción del punto de Cerro-Gordo.—Opiniones de Robles.—Llegada de los invasores á Plan del Río.—Reconocimientos.—Plan de ataque de Scott.—Combate del 17 de Abril.

El general Santa-Anna, que con el carácter de presidente propietario había entrado el 21 de Marzo de 1,847 á ejercer la suprema magistratura, pidió el 29 autorización al congreso para salir de nuevo á campaña, y el expresado cuerpo nombró presidente sustituto al general D. Pedro María Anaya el 1o. de Abril; partiendo Santa-Anna de la capital el día 2, y llegando el 5 á Jalapa y á su hacienda del Lencero, á tres leguas de dicha ciudad en el camino de Jalapa hácia Veracruz.

La capitulación de esta plaza fué sabida en México el 30 de Marzo, y desde el 28 había salido para Jalapa, al mando del general Rangel, una brigada compuesta de los Granaderos de la Guardia, 6o. regimiento de infantería, batallones "Libertad" y "Galeana" y dos cuerpos de caballería, con 8 piezas de artillería. Tomó el mismo rumbo, aunque sin haber entrado en la capital, pues de Zumpango pasó á San Juan Teotihuacán, la división formada con los restos del ejército del Nor-

te, que vinieron de San Luis Potosí, y cuya división constaba de dos brigadas de infantería al mando de los generales D. Ciriaco Vázquez y D. Pedro Ampudia, y una de caballería al mando del general D. Julián Juvera, con un total de 5,650 hombres. Santa-Anna, durante su breve permanencia en la capital, había dictado ó preparado multitud de disposiciones encaminadas á activar la defensa nacional; siendo las más notables las relativas al alistamiento militar de todos los ciudadanos, á la cooperación de los Estados con sus respectivas fuerzas, y á la internación ó destrucción de ganados y semillas de los puntos expuestos á la próxima ocupación del enemigo.

En proclama expedida en Jalapa el 29 de Marzo, había anunciado Canalizo estar nombrado general en jefe del ejército de Oriente, cuya base formaron, como he dicho, las fuerzas poco considerables que con el nombre de división de Oriente estuvieron á las órdenes del general D. Rómulo Díaz de la Vega. "Más de 12,000 valientes, decía Canalizo en su proclama, me siguen á marchas dobles, de Puebla, México y de lo muy escogido del ejército del Norte, para unir sus esfuerzos á los denodados que heróicamente han sostenido la fortaleza de Ulúa y plaza de Veracruz." El mismo general, en los últimos días de Marzo, excitaba al jefe político de Jalapa á que los pueblos de su departamento procedieran á fortificar el Puente Nacional y los puntos de Corral-Falso y Cerro-Gordo. La idea de de-

fender el Puente fué desechada luego, evacuándolo el 5 ó el 6 de Abril las pocas fuerzas que allí se hallaban, y yendo á situarse en Cerro-Gordo en unión de las que, procedentes del interior, iban llegando á Jalapa. (128) Esta ciudad vió entrar y salir sucesivamente en el espacio de pocos días, además de la brigada de Rangel y de la división formada con los restos del ejército del Norte, la brigada Pinzon, el grueso de la caballería que más tarde constituyó la división especial de Canalizo, y á lo último la brigada Arteaga, compuesta de los batallones activos y de guardia nacional de Puebla. Con estos cuerpos,—excepto la brigada que acabo de mencionar y que no llegó sino en los momentos de la batalla del 18 de Abril, no tomando ya parte en ella—y con las tropas del Puente y los guardias nacionales de Coatepec, Jalapa,, etc., estableció Santa-Anna su campamento en Cerro-Gordo,, resuelto á disputar allí el paso al enemigo, que había salido de Veracruz y detenídose en completa inacción, al menos aparente, en Plan del Río, á dos ó tres leguas de distancia de Cerro-Gordo.

En el movimiento y reunión de estas fuerzas se procedió con actividad suma. Casi todas las

---

(128) En el Puente fueron abandonadas cuatro piezas de artillería, que Santa-Anna mandó en seguida recoger. El 5 de Abril llegó á Jalapa una sección de tropas de Puebla, y el 6 la brigada salida de México á las órdenes de Rangel.

procedentes del interior eran aguerridas y descendían ya quemadas por el doble fuego del sol y de la pólvora; y en cuanto al número total de las reunidas en Cerro-Gordo, aunque no lo hallo citado con precisión en los datos y relaciones de aquella época, la simple mención de algunos pormenores que recuerdo, ó de que se habla en los "Apuntes para la Historia de la Guerra," dará idea de los elementos activos allí opuestos al invasor. Hallábanse, efectivamente, entre otros cuerpos, los de infantería 3o., 4o., 5o., 6o., y 11o. de Línea, los 1o., 2o., 3o. y 4o. Ligeros, y los batallones de Granaderos, Atlixco, Libertad, Zacapoaxtla, Matamoros y Tepeaca; y figuraban en la caballería los regimientos 5o. y 9o., los de Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Húsares, Jalapa, Chalchicomula y Orizaba. El general Santa-Anna dijo en su parte fechado en Orizaba el 22 de Abril: "Yo había logrado reunir en Cerro-Gordo 3,000 infantes permanentes y activos y poco más de 2,000 de la guardia nacional de este Estado y el de Puebla.... Se encontraba en aquel campo la división de caballería que puse á las órdenes del E. S. general D. Valentín Canalizo, etc." Esta división, según se dijo entonces, podía ascender á unos 3,000 hombres; pero, suponiendo que no pasara de 2,000, la relación de Santa-Anna acusaría la existencia de 7,000 á sus órdenes. Por otra parte, sin tener en cuenta la brigada de Rangel, la infantería de la división formada con los restos del ejército de la Angostura contaba 4,000, y agregándoles los 2,000 guardias

nacionales de que habla Santa-Anna y los 2.000 de caballería de Canalizo, tenemos un total de 8,000 hombres. Por último, de la noticia de las fuerzas que ocupaban nuestra posición, publicada en los "Apuntes para la Historia de la Guerra," resulta un número efectivo de 5,840 infantes. Sumados éstos con la caballería, las dotaciones de artillería y la gente de las ambulancias, no parece exagerado suponer que nuestro ejército, sin contar la brigada Arteaga, se componía de cerca de 9,000 hombres, (129) con más de 40 piezas de artillería. (130) Esto último se comprueba con la enumeración de los cañones montados en los diversos puntos de nuestra línea fortificada. Al hablar de la reunión de tales fuerzas se hace preciso recordar que el gobierno, en su sistema de reprobar la capitulación de Veracruz, después de ordenar que los generales Morales, Landero y Durán se presentaran presos en la fortaleza de Perote, como lo hicieron,

---

(129) Canalizo dice que eran más de 12,000.—(N. del E.)

(130) Aunque Santa-Anna en su "Informe" con motivo de la acusación del diputado Gamboa, dijo que las fuerzas que logró reunir en Cerro-Gordo, sin contar la brigada Arteaga, no pasaron de 6,000 infantes y de 1,500 caballos, resulta que este último guarismo casi le contaba por sí sola la brigada de caballería del ejército del Norte, habiendo que agregarle la fuerza de los demás cuerpos de la misma arma reunidos en Cerro-Gordo.

y que los jefes y oficiales juramentados fueran á San Andrés Chalchicomula, resolvió que los soldados que estuvieran en el mismo caso se agregaran á los cuerpos dirigidos á Cerro-Gordo, y así lo anunció Canalizo en su proclama. En virtud de tal resolución, los Libres de Puebla fueron repartidos en la brigada de D. Ciriciaco Vazquez, y el coronel D. Pedro Miguel de Herrera, jefe del cuerpo y que se oponía á su disolución, quedó arrestado. Muchos de los oficiales de Veracruz, no queriendo ó no pudiendo ir á Chalchicomula sin socorros para el camino y en la previsión de que se les forzaría á servir con quebranto de su palabra empeñada, tomaron en la mayor miseria el rumbo que cada cual creyó conveniente.

La ranchería de Cerro-Gordo está á seis ó siete leguas de Jalapa en el camino hácia Veracruz, antes de llegar de la primera de dichas ciudades á Plan del Río, y en una mesa que en su borde oriental forma un escalón á cuyo pie se halla este último punto. Lo más notable de aquella comarca es el árido cerro del Telégrafo, ó Cerro-Gordo, que se eleva á la izquierda y á corta distancia del referido camino, teniendo á su derecha otro cerro menos alto, llamado la Atalaya: ambos dominan la cañada y las lomas circunvecinas, y al Norte y al Este de ellos hay barrancas y bosques que los hacían suponer inaccesibles por ambos frentes. El camino nacional ó carretero, que por largo trecho corre casi paralelamente al río del Plan, á corta distancia y á la derecha

de los expresados cerros se aleja hácia el Noreste para descender, después de un gran rodeo, casi perpendicularmente sobre el río, que corta en el Plan, donde Scott tenía su campamento. Del punto mismo desde el cual la carretera se desvía del río hácia el Noreste, parte el "camino viejo" del Plan, que sigue más inmediata y paralelamente al río, y que no es transitado desde la construcción del nacional.

Antes de la llegada de Santa-Anna á Jalapa, el comandante de ingenieros Robles había convencido al general Canalizo de que no se debía fortificar formalmente á Cerro-Gordo, ni aventurar allí batalla, por multitud de consideraciones que pueden condensarse en estas: la falta de agua por lo quebrado del suelo entre el río y el camino carretero; (131) la suma extensión de la posición y la consiguiente dificultad de auxiliar con la necesaria presteza los puntos atacados por el enemigo; la imposibilidad de que maniobrara la caballería, en cuya arma éramos numéricamente superiores al invasor; el poco efecto de nuestros fuegos por lo acidentado y boscoso de los terrenos circundantes que facilitaban la ca-

(131) Aunque de éste á aquel hay dos senderos, por donde huyó gran parte de nuestra gente el día de la derrota, lo acantilado de la barranca impedía la conducción del agua al campamento; y Santa-Anna dice que la hizo llegar desde su hacienda del Lencero por una cañería de tres leguas.

ga de las columnas de Scott á muy corta distancia de nuestros puntos; la posibilidad de que la posición fuera flanqueada y envuelta; y, por último, en el caso de derrota, la imposibilidad de salvar la artillería y de efectuar una retirada en orden. Opinaba Robles que se fortificara ligeramente á Cerro-Gordo á fin de quebrantar allí un tanto al enemigo con hostilidades poco formales, y que la batalla le fuera presentada más hácia el interior, en las lomas de Corral-Falso, donde tenía vasto campo para obrar nuestra caballería; donde el enemigo se hallaría en necesidad de formar sus columnas de ataque á la vista y sufriendo desde gran distancia el fuego de nuestra artillería: y donde, en último resultado, quedarían aseguradas la retirada de nuestra gente y la salvación del material de guerra. Canalizo se había adherido á las opiniones de Robles; pero Santa-Anna fué de diverso parecer, resolviendo dar batalla en Cerro-Gordo y estableciendo allí definitivamente su campo.

El referido Robles, como jefe de ingenieros, formó entonces el proyecto de fortificaciones, é incluyó en él un espinazo, ó sea el cerro de la Atalaya, que flanqueaba al Telégrafo, clave de la posición, quedando como he dicho, á la derecha y á corta distancia de este último cerro. El cuartel general suprimió la fortificación del Atalaya, y Robles consideró tan grave y trascendental la supresión, que protestó contra ella enérgicamente por escrito, aunque sin resultado alguno. Alegábase en apoyo de la resolución del cuartel general la inutilidad

de fortificar el Atalaya siendo mucho menos alto que el Telégrafo, y quedando dominado por los fuegos de éste y limitado al Norte y al Oriente por barancas y bosques que, en expresión del general en jefe, no podían atravesar ni conejos.

El cerro del Telégrafo que, como se ha dicho, domina completamente la cañada en que corre el camino carretero, así como todas las alturas comarcanas, constituyó el centro del campamento mexicano: fué talada su cima, estableciéndose una batería cerca de ella: en sus vertientes y en las lomas de su base se construyeron parapetos frente á las principales avenidas, y también se hizo tala de árboles para que nuestros fuegos barrieran el terreno que tendría que recorrer el enemigo al acercarse. La batería llamada del camino se erigió al Sureste del Telégrafo, sobre la vía carretera, cerca del punto en que se le aparta el camino viejo del Plan; fué cortada la vía, se levantó cerca de allí y casi paralelamente á ella un parapeto para sólo infantería en apoyo de dicha batería, y se formó un camino cubierto para pasar á las posiciones avanzadas de nuestra derecha. A riesgo de ser nimio, insistiré, para la mejor inteligencia de mis lectores, en que el lugar de esta batería era el mismo en que la carretera, tomando al Noreste, empieza á formar ángulo con el río y con el camino viejo del Plan. Siguiendo esta antigua ruta hacia el Este, á más de media milla de la batería del camino, se establecieron otras tres, llamadas de la izquierda, del centro

y de la derecha, en la extremidad de tres alturas ó promontorios que se extienden al Oriente y al Norte en forma de tres dedos abiertos de una mano, viniendo á ser el borde de la mesa de Cerro-Gordo y el escalón á cuyo pie se halla Plan del Río. De estas tres baterías, las del centro y derecha impedían el acceso del enemigo por el camino viejo, y la de la izquierda, ó sea del promontorio que se adelantaba hacia el Norte, dominaba la carretera. Esta y el camino viejo eran reputados por el cuartel general las únicas vías posibles para el avance de los norte-americanos, y parece indudable que si Scott en su marcha al interior se hubiera visto precisado á seguir alguna de las dos expresadas vías, para llegar al centro de nuestra posición habría tenido que tomar préviamente una ó dos de las tres baterías avanzadas á que acabo de referirme; fortísimas por su disposición y por la configuración del terreno, como se advierte á primera vista en los planos, y como se demostró el 18 de Abril á costa de la brigada de voluntarios que quiso apoderarse de ellas y fué rechazada y destrozada por sus fuegos. A poco más de media milla de la batería del camino, á la izquierda y formando la extremidad opuesta de nuestra línea, se situó la reserva, al Suroeste del Telégrafo: y en este mismo punto, cerca de la carretera, con motivo de la aparición del enemigo y del combate habido en la tarde del 17, se estableció esa noche, bajo la inmediata dirección de Santa-Anna, una nueva y última batería, frente á alguna de las ba-

rrancas boscosas cercanas y por donde se presentaron el 18 los asaltantes. El plano oficial norte-americano que tengo á la vista asigna 5 cañones á esta batería que llamaremos de la reserva; 6 á la del cerro del Telégrafo, 6 á la del camino, y 17 á las tres de la extremidad derecha de nuestra línea; 34 piezas en junto. (132) Robles, hasta el 9 de Abril, había construido algunos parapetos en el Telégrafo; pero desde esa fecha, por disposición de Santa-Anna, se encargó exclusivamente de la fortificación de las lomas de la derecha, ó sea lo que se llamó nuestra línea avanzada; encomendándose al teniente coronel de ingenieros D. Juan Cano las obras del camino y de la izquierda.

De lo indicado hasta aquí resulta que nuestra línea tenía cosa de milla y media de extensión. Cubríanla en las fortificaciones de su derecha los batallones de Atlixco y 5o. de infantería con un efectivo de más de 500 hombres al mando del general Pinzón; los batallones "Libertad" y "Zacapoaxtla" con 700 al mando del capitán de fragata D. Buenaventura Araujo; las compañías de guardia nacional de Jalapa, Coatepec y Teziutlán con 250 al mando del coronel Badillo; (133) y los

---

(132) Según los "Apuntes para la Historia de la Guerra," eran 25 las piezas que había en el ala derecha de nuestra línea.

(133) Los nacionales de Jalapa y Coatepec tenían de jefe inmediato al capitán D. José María Mata.

batallones de Matamoros y Tepeaca con 450 hombres; estando toda esta parte de la línea, con 25 piezas de artillería, á las órdenes del general Jarero. (134) Con la batería del camino ó á sus inmediaciones, había 1,369 hombres de los batallones 6o. de infantería y Granaderos, al mando del general D. Rómulo Díaz de la Vega. Ocupaba el cerro del Telégrafo el coronel Azpeitia con 100 hombres del 3o. de infantería, y fué nombrado jefe de este punto el general D. Ciriaco Vázquez, teniendo de segundo al coronel López Uraga, y estando los artilleros de la batería respectiva á las inmediatas órdenes del coronel Palacios. Convertido el Telégrafo en punto principal del ataque del enemigo, reforzáronle el 17 varios cuerpos de la reserva, y otros de igual procedencia y de los apostados con Díaz de la Vega cerca de la batería del camino, acudieron también á defenderlo el 18 á la hora del conflicto, cambiando así de posición durante ambas funciones de armas. La reserva, situada cerca del camino carretero y de la ranchería, formando la extremidad izquierda de nuestra línea, se componía de los batallones

(134) Según la versión de los "Apuntes para la Historia de la Guerra," la fuerza de Pinzón con 7 piezas cubría la batería de la derecha: la fuerza de Araujo con 8 piezas la batería del centro; y la fuerza de Badillo con 9 piezas, la batería de la izquierda. Los batallones de Matamoros y Tepeaca con 1 pieza quedaron de reserva de las tres baterías.

1o., 2o., 3o. y 4o. Ligeros y 4o. y 11o. de Línea, con un efectivo de 2,480 infantes. A retaguardia suya y por ambos lados del camino, se situó la división de caballería de Canalizo, llegada del Corral-Falso el 15 de Abril; y vinieron á engrosar á última hora dicha reserva los 1,000 hombres de la brigada Arteaga aparecidos en el campo el 18 al terminarse la acción.

El general Santa-Anna se mostraba satisfecho de las fortificaciones y de la tropa, y confiado en el éxito de la batalla que diariamente esperaba con suma impaciencia; pero en sus explicaciones posteriores con motivo de las acusaciones del diputado Gamboa, dijo que aquellas satisfacción y confianza suyas habían sido aparentes para infundir ánimo á sus soldados; que por buenos que estimara los puntos naturales de la defensa, habrían requerido trabajos de fortificación á que no dió lugar el pronto avance del enemigo: que la resistencia debió haber comenzado en el Puente Nacional, abandonado de los guardias nacionales que le guarnecían; que nada había hecho el gobierno para proveer al ejército de víveres y municiones de guerra; que en la fortaleza de Percte no halló pólvora ni botes de metralla; que tuvo que costear de su peculio el lienzo necesario para la cartuchería de cañón; que dió su propia garantía á D. Bernardo Sayago, de Jalapa, para la provisión de efectos de boca. y que tuvo que dar también el ganado de sus haciendas para alimento del soldado.

A la llegada de la caballería el 15 de Abril,

dispuso Santa-Anna que Canalizo con parte de ella, tomando uno de los senderos que del camino carretero conducen al río, avanzara á reconocer el campamento enemigo, que se descubría desde la batería más saliente de las tres de nuestra extremidad derecha. Hiciéronse desde ella disparos de artillería contra varias guerrilas norte-americanas aparecidas á gran distancia, en una loma. Pero nuestra caballería, después de perder algunos dragones que se despeñaron en las escabrosidades del sendero, tuvo que regresar sin haber logrado su objeto. Tiempo es ya, sin embargo, de que nosotros demos un vistazo á los movimientos, posiciones é intenciones del enemigo.

He dicho que las tropas de línea ó regulares de éste, componían una división en dos brigadas á las órdenes de Worth y Twiggs. Pocos días después de la ocupación de Veracruz, Scott elevó estas dos brigadas á la categoría de divisones, quedando de 1a. división de Regulares la brigada de Worth, quien acababa de recibir el grado de mayor general; y la 2a. división de Regulares la brigada de Twiggs. Las dos nuevas brigadas de la 1a. división fueron puestas al mando de los coroneles Garland y Clarke; y las dos nuevas brigadas de la 2a. división tuvieron de jefes al general Smith y al coronel Riley.

El general Twiggs, con la segunda división de regulares, saliendo de Veracruz ó de sus inmediaciones el 8 de Abril, había llegado á Plan del Río el 11, retirándose de allí alguna fuerza nuestra al aparecer la caballería ene-

miga que venía á vanguardia á las órdenes del coronel Harney. Twiggs y su división acamparon esa noche en el expresado punto, proponiéndose el general efectuar al siguiente día un reconocimiento en forma, y aun atacarnos desde luego si lo juzgaba practicable. Avanzó, efectivamente, el 12; pero, advirtiendo que nuestras posiciones quedaban todavía á gran distancia y que alejaba demasiado á sus tropas del río, regresó al Plan con el grueso de ellas, dejando el resto en el punto de su avance, (135) y aplazando para las cuatro de la tarde del 13 el ataque. El 12 llegaron al Plan dos brigadas de la división de voluntarios á las órdenes de los generales Pillow y Shields, y por enfermedad del mayor general Patterson asumió Twiggs el mando de toda la fuerza. Como los voluntarios deseaban tomar parte en la acción y estaban muy estropeados de su marcha desde Veracruz, á solicitud de sus jefes aplazó Twiggs nuevamente el ataque para el 14. Cuando había ya formalizado su plan y señalado movimientos

---

(135) Durante el reconocimiento del 12, alguna de las baterías de nuestra extremidad derecha hizo fuegos sobre el enemigo, y quedó gravemente herido el teniente coronel Johnston, jefe de los ingenieros topógrafos. (*)

(*) Albert Sydney Johnston, general que se distinguió mucho en la guerra entre el Norte y el Sur, tomando parte á favor de los confederados, y murió en el campo de batalla de Shiloh en 1,862.—(N. del E.)

y funciones á sus diversos cuerpos, recibió de Patterson, en la noche del 13, orden de suspender toda operación ofensiva hasta la llegada de Scott, ó hasta nueva disposición del mismo Patterson, y tuvo que permanecer inactivo hasta el 17 por la mañana, recibiendo en la tarde del 16 las primeras órdenes verbales del general en jefe para el avance del ejército, reunido ya en su totalidad en Plan del Río, en la expresada fecha. (136)

Damos idea de las posiciones de una y otra fuerza y del plan de Scott. su orden general de 17 de Abril, y los siguientes párrafos de su parte oficial, fechado el 23 en Jalapa:

"El plano adjunto indica las posiciones de uno y otro ejército. La tierra-caliente ó baja, termina en Plan del Río, lugar del campamento norte-americano, desde donde sube inmedia-

(136) La división de Worth se había detenido en el Puente Nacional, y á última hora avanzó á Plan del Río.

La salida de las tropas de Veracruz fué apresurada por el temor de que se cebara en ellas el vómito, y con el intento de sacarlas de la zona de tal enfermedad. Worth entregó á otro jefe el mando de aquella plaza, cuya nueva guarnición se compuso de alguno de los cuerpos de la división de Twiggs.

Los invasores en Plan del Río, aun después de sus primeros reconocimientos, no tenían idea exacta, ni aproximada siquiera, del número de las tropas de Santa-Anna, que ellos calculaban en 3 ó 4,000 hombres.

tamente el camino en largo rodeo entre elevadas alturas, cuyos puntos dominantes habían sido en su totalidad fortificados y guarnecidos por el enemigo. Su derecha, atrincherada, quedaba sobre un precipicio, dominando la impracticable barranca que sirve de lecho al río, y sus atrincheramientos se extendían sin interrupción hasta el camino, sobre el cual colocó una batería formidable. Al otro lado, la escarpada y considerable altura de Cerro-Gordo dominaba en todas direcciones sus avenidas. El grueso del ejército mexicano acampaba en la cañada ó terreno plano con una batería de 5 piezas á media milla á retaguardia de dicha altura, hacia Jalapa.

"Habiendo yo resuelto, si era posible, flanquear la izquierda del enemigo y atacarle por retaguardia mientras amenazaba ó atacaba su frente, mandé que se hicieran diariamente reconocimientos con la mira de hallar sendero ó paso para que una fuerza nuestra desembocara sobre el camino de Jalapa y cortará la retirada.

"El reconocimiento comenzado por el teniente Beauregard, fué continuado por el capitán Lee, ambos del cuerpo de ingenieros, (137) y se abrió un camino al través de escarpas y oquedades, fuera de la vista del enemigo, aun-

---

(137) Estos dos oficiales, especialmente el segundo, figuraron muy notablemente, ya de generales, en la guerra separatista de los Estados Unidos.

que al alcance de sus fuegos luego que nos descubriera: hasta que, llegando á las líneas mexicanas, no fué ya posible avanzar en el reconocimiento sin combatir. El deseado punto de desembocadura, ó sea el camino de Jalapa, no pudo, de consiguiente, ser alcanzado, aunque se creyó que ya quedaría á corta y fácil distancia: y para ganar dicho punto vino á ser necesario tomar la altura de Cerro-Gordo. En consecuencia, se hicieron para la batalla las disposiciones contenidas en la orden general núm. 111 que incluyo, etc."

El documento á que se refiere Scott fué por él expedido en Plan del Río, el 17 de Abril, según he dicho, y lo traduzco é inserto aquí "in extenso," porque constituye clave necesarísima para comprender con toda claridad los hechos de armas habidos en la tarde del mismo día y en la mañana del 18.

"Toda la línea de trincheras y baterías del enemigo será á un mismo tiempo atacada de frente y por la espalda mañana temprano, probablemente antes de las diez de la mañana.

"La 2a. división de regulares (de Twiggs) queda avanzada á la distancia conveniente para moverse y aparecer por la espalda de la izquierda enemiga. Dicha división tiene instrucciones de avanzar mañana antes del alba y de tomar posiciones al través del camino nacional, á retaguardia del enemigo, para impedirle la retirada hácia Jalapa. Puede ser reforzada hoy, si inesperadamente la atacaren, por uno ó dos regimientos de la brigada de voluntarios de Shields. Si así no fuere, estos dos

regimientos de voluntarios, con el mismo objeto de reforzarla, marcharán mañana temprano, con la luz natural, bajo el mando del brigadier general Shields, quien quedará á las órdenes del brigadier general Twiggs si avanza con él, ó del general en jefe si éste se halla presente.

"El regimiento restante de dicha brigada de voluntarios recibirá instrucciones en el curso del presente día.

"La primera división de regulares (de Worth) seguirá el movimiento contra la izquierda del enemigo mañana á la salida del sol.

"Como ya está arreglado, la brigada del brigadier general Pillow marchará á las seis de la mañana á lo largo del camino que cuidadosamente ha reconocido, y, estando preparada, tan pronto como oiga el fuego á nuestra derecha, ó antes, si las circunstancias la favorecieren, penetrará en la línea de las baterías enemigas por el punto que pueda escoger y que convendrá sea el más próximo posible al río. Una vez á retaguardia de dicha línea, avanzará á derecha ó izquierda, ó por ambos lados, á atacar por la espalda las baterías; ó, si fueren abandonadas, perseguirá con vigor al enemigo hasta nueva orden.

"La batería de campaña de Wall y la caballería se mantendrán de reserva en el camino nacional, algo afuera de la vista y del alcance de las baterías del enemigo, ocupando tal posición á las nueve de la mañana.

"Una vez tomadas ó abandonadas las ba-

terías del enemigo, todas nuestras divisiones y cuerpos le perseguirán vigorosamente.

"La persecución puede prolongarse por espacio de muchas millas hacia Jalapa, hasta que haya que suspenderla por causa de oscuridad ó de puntos fortificados. En consecuencia, el cuerpo de ejército no volverá á este campamento, sino que será seguido mañana en la tarde, ó á otro día temprano, de los trenes de bagajes de los diversos cuerpos. Para ello los oficiales y soldados más débiles de cada cuerpo serán dejados á cuidar del campo y de sus efectos, y á que carguen éstos en sus carros. En el curso del día se designará comandante para tal fuerza.

"Tan luego como se sepa que las fortificaciones del enemigo han sido tomadas, ó que la persecución general ha comenzado, un wagón por cada regimiento y batería y otro por la caballería seguirán el movimiento, para recibir, bajo la dirección de los cirujanos militares á los heridos y cansados que deban volver al hospital general.

"El jefe del cuerpo-médico organizará este importante servicio y designará el hospital y los médicos que deban ser dejados en él.

"Todo individuo en marcha para atacar ó perseguir al enemigo, llevará las acostumbradas provisiones de boca y guerra, para dos días cuando menos."

Como se deduce de las primeras líneas de esta orden, ha de haber sido expedida después que la 2a. división de regulares, al mando de Twiggs, salió de Plan del Río, lo cual efec

tuó á las ocho de la mañana del 17, recorriendo una senda de tres á cuatro millas de extensión, abierta en su mayor parte el 16, y que, desviándose del camino caretero, iba á dar al norte de Cerro-Gordo. Desde las baterías de nuestra derecha algo vieron ó sintieron de este movimiento del enemigo, (138) y el general Pinzón envió á Santa-Anna aviso que le llegó tarde, pues al recibirse había pasado ya el primer combate.

La expresada 2a. división de regulares se componía de dos brigadas, la primera de las cuales, puesta á las órdenes del coronel Harney desde la tarde del 16, por enfermedad del brigadier general Smith, constaba del 1o. de artillería, coronel Childs; del regimiento de Rifleros á caballo, mayor Sumner; y del 7o. de infantería, coronel Plymton. La segunda brigada, al mando del coronel Riley, constaba del 4o. de artillería, mayor Gardner; del 2o. de infantería, capitán Morris, y del 3o. de infantería, capitán Alexander. De las dos baterías de esta división, la de grueso calibre era mandada por el capitán Taylor, y la de obuses de montaña por el mayor Talcott. La fuerza de voluntarios puesta á las órdenes de Twiggs, y que no tomó parte en el combate del 17, fué la brigada Shields, al mando de este general y formada de los regimientos 3o. y 4o. de Illinois, coroneles Baker y Foreman,

---

(138) Según alguna versión, hasta se le hizo fuego desde ellas, como adelante se verá.

y del regimiento de Nueva York, coronel Burnett.

A las once de la mañana del 17 quedaba Twiggs en sus posiciones, al Noreste de los cerros del Telégrafo y de la Atalaya. No le era ya posible seguir avanzando á cortar por retaguardia el camino de Jalapa sin ser descubierto desde el Telégrafo; en consecuencia, dispuso ocupar las alturas inmediatas á dicho cerro, estableciendo en alguna de ellas su batería de piezas de grueso calibre, y dió las órdenes necesarias al coronel Harney, jefe de la 2a. brigada de regulares, quien hizo destacar al teniente Gardner con la 1a. compañía del 7o. de infantería, hacia el Atalaya, á fin de que reconociera desde allí la comarca. Con esta fuerza se encontró la mexicana que, conducida por el general Alcorta, practicaba reconocimientos en la misma dirección, y como á las doce del día se rompió el fuego entre la descubierta de Alcorta y la compañía de Gardner. Esta fué inmediatamente reforzada por los regimientos de Rifleros á caballo y 1o. de artillería, y más tarde por el resto del 7o. de infantería, haciéndose el combate más y más vivo. La batería de Talcott, de obuses de montaña y para cohetes a la Congréve, seguía á la 1a. brigada de regulares y destacó 2 piezas que á las órdenes del teniente Reno quedaron establecidas en el Atalaya, al ser ocupado este cerro por el enemigo, y desde allí estuvieron disparando sobre nuestras tropas. Las demás piezas de esa batería, á las órdenes de los tenientes Callender y Gordon, se apostaron en

la extremidad derecha de la línea enemiga, protegiendo el paso ó garganta por donde se nos aproximó la fuerza de Harney, y permaneciendo allí en la noche. Santa-Anna, desde los primeros disparos, acudió con su estado mayor al Telégrafo, donde estuvo dirigiendo la acción. Descendió de dicho cerro el 3o. de infantería á reforzar á Alcorta: se mandó que subiesen á aquella posición otros cuerpos, escalonándose los Ligeros en la falda; que el 4o. de Línea cubriera uno de los flancos más amenazados; que en la cumbre y en los parapetos quedaran una parte del 3o. de Línea y el 11o. de infantería; que la reserva formara en columna sobre el camino nacional, y que el 6o. de infantería acudiera de la guardia ó reserva de la batería del camino, á cubrir nuestra derecha.

Parece indudable que, si el intento de Twiggs se limitaba por el momento á una simple exploración de las avenidas de nuestro principal punto fortificado y á la ocupación del Atalaya para el establecimiento de baterías, habiendo acudido toda la 1a. brigada enemiga á sostener á la compañía de Gardner en su encuentro con la fuerza nuestra de Alcorta, se trabó una verdadera y sangrienta función de armas en cuyo curso los norte americanos atacaron el Telégrafo y fueron rechazados de esta posición, si bien quedaron dueños del cerro de la Atalaya. En apoyo de esta opinión mía voy a hacer varias citas de la versión mexicana, y á extractar algunas noticias de los partes oficiales del enemigo.

En la relación anónima de un oficial nuestro publicada en los periódicos, pocos días después de la batalla, se lee: "En la mañana del 17, desde la línea avanzada de la derecha se observó que los americanos, siguiendo la carretera hasta donde pudieron adelantarse sin ser vistos, avanzaban por en medio del bosque á la izquierda del camino, cubiertos por el bosque y por una altura no fortificada, dirigiéndose á flanquear las posiciones mexicanas, dejando á su izquierda el camino carretero. Al pasar del camino al bosque, fueron descubiertos por la batería de la izquierda en un espacio de 40 á 50 pies, y se les hizo fuego de bala rasa con una pieza de á 12. Media hora después, la artillería del Telégrafo anunció la aproximación del enemigo á dicho punto, y pasados algunos momentos se trabó la batalla en la falda del cerro, por su frente é izquierda. No habiendo fortificación alguna entre el cerro y la batería del glácis (la del camino), y estando todo el intermedio cubierto por un bosque muy espeso, los americanos pudieron libremente avanzar á ocupar la izquierda de la batería del glácis, lo cual efectuaron mientras los nuestros, adelantándose por la falda del Telégrafo, sostenían el parque por este punto. Pero al ver de la batería del glácis ocupado el bosque á su izquierda, destacaron cuatro compañías del 6o. de infantería que desalojaron al enemigo. Entretanto, habíamos logrado rechazar á los americanos que se hallaban en la falda del cerro, y emprendieron la retirada molestados por el fuego de

artillería, metralla y bala rasa, de la línea avanzada de la izquierda." En los "Apuntes para la Historia de la Guerra," dice otro oficial nuestro, testigo y actor en Cerro-Gordo: "Un fuego vivísimo se sostenía por ambas partes, y los empujes de los americanos sobre nuestras líneas eran rechazados con el mayor vigor. La batería de la cumbre, mandada por el teniente Holzinger, jugaba diestramente haciendo mucho estrago sobre los americanos que, divididos en tres secciones, cargaban sobre la izquierda, centro y derecha de la posición, consiguiendo avanzar más por la izquierda, pero sin lograr nunca una ventaja decidida. Resistidos en este último punto por el 4o. de Línea, hacían sobre él un fuego terrible que puso fuera de combate á multitud de soldados y oficiales de este cuerpo. En los demás puntos se les resistía con el mismo esfuerzo, y prolongándose de hora en hora aquella lucha, terminó al fin, porque rechazados los enemigos por todas partes, se retiraron algunos al mismo cerro de la Atalaya, y los demás se internaron en las boscosas cañadas que se descubrían á la izquierda de nuestras posiciones." Por último, Santa-Anna decía al gobierno en la misma tarde: "Hoy á las doce del día ha comenzado el enemigo por atacar una de mis posiciones en el cerro del Telégrafo, y he tenido que sostener una lucha de cuatro horas contra la mayor parte de sus fuerzas, mandadas en persona por el general Scott, habiendo logrado rechazar á éste con gran pérdida, pues ha dejado en el campo, porción de muer-

tos y heridos. Por mi parte, han resultado 1 oficial y 25 soldados muertos y 122 heridos de todas clases. Según se advierte, los esfuerzos de los invasores continuarán mañana y la lucha será encarnizada, etc."

Los partes de Scott, Twiggs y Harney (139) están contestes en que el motivo y el objeto del combate del 17 no fueron otros que la necesidad de continuar en el avance para establecer desde lugeo una batería contra el Telégrafo ó Cerro-Gordo, y para envolver y atacar esta posición y desembocar en el camino de Jalapa, á fin de cortar la retirada á nuestro ejército, lo cual no debía tener lugar sino el 18

(139) El general Scott dice en su parte:

"La división Twiggs, reforzada con la brigada de voluntarios de Shields, avanzó á ocupar sus posiciones el 17, y fué necesario entrar en acción tomando el terreno en que había de vivaquear, y la altura opuesta para nuestra batería de piezas de batir. Se verá que muchos de nuestro oficiales y soldados fueron muertos ó heridos en este recio combate, bizarramente comenzado por una compañía del 7o. de Infantería al mando del primer teniente Gardner, cuyos servicios elogian mucho sus jefes. Acudiendo el coronel Harney con los regimientos de Rifleros y 1o. de artillería, rechazó al enemigo y ocupó la altura en que esa noche fué colocada una batería compuesta de 1 cañón de á 24 y 2 obuses de á 24 bajo la inspección del capitán Lee, de ingenieros, y á las órdenes del teniente Hagner."

según el espíritu y la letra misma de la orden general del comandante en jefe. Pero ya en el parte de Harney, se menciona la tentativa hecha el 17 contra el Telégrafo. Después de asentar que la compañía de Gardner mantuvo bizarramente su posición, sufriendo terribles ataques hasta ser reforzada por los Rifleros del mayor Sumner y el cuerpo de artillería de Childs, quienes arrojaron de su primera posición á los mexicanos tras recio combate y los persiguieron mientras no hicieron éstos alto cerca de una eminencia próxima á Cerro-Gordo (el Atalaya) que fué atacada, tomada y conservada por dichas fuerzas norte-americanas no obstante tres cargas sucesivas de los nuestros para recobrarla, agrega: "Una parte de las tropas del coronel Childs (1o. de artillería) llevada de su celo é impetuosidad, descendió de la altura (el Atalaya) para ascender á Cerro-Gordo; pero, como no se intentaba atacar desde luego este punto, se le mandó retroceder y se reunió al general Twiggs." Es de advertir desde luego, que si la fuerza de Childs se retirara oportunamente, habría ido á ingresar en la brigada de Harney á que pertenecía, y no al cuartel de Twiggs, lo cual parece indicar que había sido cortada. El coronel Childs, jefe inmediato de la fuerza comprometida, ha tenido que ser más explícito y habla en estos términos: "Los dos mencionados regimientos (Rifleros y 1o. de artillería) quedando más cerca del enemigo, avanzaron en línea, bajo muy vivo fuego, lanzando á los mexicanos de una á otra eminencia hasta su prin-

cipal punto, que se juzgaba inexpugnable, Cerro-Gordo. El 1o. de artillería, trasponiendo la cima de enfrente (el Atalaya) llegó á quedar separado de la izquierda de los Rifleros, y suponiendo que, comenzada la acción, sólo terminaría con la toma de la eminencia que teníamos delante, y oyendo continuo fuego sobre mi izquierda, el 1o. de artillería descendió por el flanco de la altura (el Atalaya) y comenzó á subir á Cerro-Gordo, bajo un fuego terrible. Al verme á 150 yardas de las baterías del enemigo, advertí que ningunas otras fuerzas habían avanzado sobre la altura ni llegado hasta allí, con excepción de una parte de 3 compañías de mi propio regimiento, y la cual sólo ascendía á unos 60 hombres; habiendo recibido, el capitán Magruder y el teniente Johnston, orden del mayor Sumner de permanecer donde estaban, con su compañía el primero y con la del teniente Haskins el segundo, á retaguardia de la cresta de la eminencia frente á Cerro-Gordo. El capitán Magruder, procurando después reunírseme, pasó con 9 de sus soldados bajo una lluvia de balas de la infantería enemiga, y el mayor Sumner, viniendo en auxilio mío, fué herido. (140) Mantuve mi posición hasta nuevos y repetidos toques de llamada, y viendo que el ataque final no debía ser emprendido, retrocedí con sólo

---

(140) Recibió en la cabeza una bala de escopeta, y fué inmediatamente llevado á retaguardia de la línea, dejando al mayor Loring el mando de su regimiento.

la gente necesaria para llevarnos á los heridos, habiendo tenido 9 muertos y 23 heridos. Antes de dejar mi posición se me juntó el capitán Nauman, que por grave indisposición no había podido alcanzarme con su compañía. Debo agregar que el teniente Gibbs, de Rifleros, con 10 ó 12 hombres, hallándose cortado de su regimiento, se unió al 1o. de artillería y mató de un pistoletazo á un soldado del enemigo, pues tan de cerca así nos batimos." De esta narración de Childs se deduce ya que el regimiento de Rifleros, ó cuando menos una parte de él, acudían en auxilio del 1o. de artillería, puesto que el mayor Sumner, que mandaba aquel regimiento, fué herido al ir á prestar dicho auxilio, y es de suponerse que no iba sólo, sino con alguna fracción de su fuerza. Hasta aquí, sin embargo, nada hay que haga sospechar que el ataque al Telégrafo no fué sino inspiración exclusiva del 1o. de artillería y de su coronel Childs; pero en el parte del coronel Riley, jefe de la 2a. brigada de regulares, adquiere importancia mucho mayor el suceso. Esta brigada se posesionó de alturas más distantes de Cerro-Gordo que el Atalaya, y se dispuso que se detuviera en ellas por no ser necesaria su ayuda para la ocupación y conservación del segundo de dichos cerros, á las cuales estuvo pronta á cooperar. Pero antes que le llegara la orden de permanecer en sus posiciones, una parte del 2o. de infantería avanzó hasta colocarse á la izquierda de los Rifleros. "Pocos minutos después, dice el coronel Riley, me pidió el coronel Harney que hiciera mover mi

fuerza en torno de la altura para sostener al coronel Childs, comandante del 1o. de artillería, que estaba reciamente comprometido en el lado opuesto y necesitaba ayuda, mientras su fuerza (la de Harney) iba á atacar directamente la cima de la altura ("whilst a direct attack would be made by his command over the crest of the hill.") La compañía avanzada del 2o. de infantería fué, en tal virtud, dirigida al terreno en torno de la loma, é hizo alto al pie de la altura en que la fuerza del Coronel Childs estaba comprometida, con el objeto de concentrar el regimiento antes de asaltar la altura. El resto del 2o. de infantería, permaneciendo todavía en el punto en que había sido dejado, no llegó á la nueva posición. Habiéndose suspendido el ataque y retirado la fuerza del coronel Childs, hizo alto (el 2o. de infantería) y ocupó posiciones sobre el camino, cerca de las baterías." Parece resultar de este pasaje, no obstante su oscuridad, que, una vez comprometido el 1o. de artillería en su ascención al Telégrafo, antes de hacerle retrogradar, se pensó en sostenerle y secundarle con toda la 1a. brigada de regulares y que, de hecho, le prestó ayuda un destacamento de la 2a. brigada. Agregaré aquí que el capitán Morris, comandante del 2o. de infantería, dice en su parte, que al acudir este cuerpo á sostener á Childs, tuvo 3 heridos, que fueron el teniente Jarvis y 2 soldados.

De todo lo expuesto creo poder deducir, que si el ataque del 17 al Telégrafo, no fué tan formal como lo hizo aparecer la versión mexicana, tampoco tuvo la falta de importancia

que quiso darle el enemigo; y que no hay temeridad en suponer que si hubiera hallado débil la defensa de nuestro punto, el general Twiggs, que tan impaciente por obrar de cuenta propia se mostró desde su llegada á Plan del Río, habría ejecutado desde la misma tarde del 17 las principales operaciones determinadas en la orden general de Scott para la mañana del 18, haciendo con ello innecesario el ataque á nuestras baterías de la extremidad derecha de la línea mexicana.

El combate, como se ha visto, fué largo y sangriento, causándonos una pérdida de 26 muertos y 122 heridos. En cuanto á la del enemigo, no es fácil precisarla, porque casi todos sus partes se limitan á mencionar el total de la que tuvo en las dos funciones de armas del 17 y del 18. Contrayéndose á la primera de ellas, dijo Twiggs que, además del mayor Sumner y del teniente Maury, del regimiento de Rifleros, que fueron gravemente heridos, y de los tenientes Gordon y Gibbs, de la misma arma, que lo fueron ligeramente, ocurrieron otras 50 desgracias ("casualties") principalmente en el 1o. de artillería y regimiento de Rifleros. Acabamos de ver, en efecto, por la narración de Childs, que sólo el penúltimo de estos dos cuerpos tuvo 9 muertos y 23 heridos en su tentativa contra el Telégrafo. (141)

---

(141) Escrito lo que antecede, hallo en el estado general de muertos y heridos del ene-

La brigada de voluntarios de Shields llegó al campo al terminar el combate, cuyo resultado positivo para los norte-americanos fué la ocupación y conservación del cerro de la Atalaya. Pernoctaron en él los Rifleros y el 7o. de infantería, quedando este último cuerpo en la línea establecida poco más abajo de la cima, á 600 yardas de las baterías mexicanas. El 4o. de artillería de la 2a. brigada de regulares, se empleó en montar las piezas de grueso calibre en el Atalaya; y el 2o. de infantería, perteneciente á la misma 2a. brigada, se estableció sobre el paso hacia el camino de Jalapa, conservando toda la noche tal posición.

Al despachar Santa-Anna su extraordinario á México, envió órdenes á los comandantes militares de Perote y Jalapa, á fin de que se le remitieran del primer punto artillería gruesa y municiones, y de que la brigada Arteaga, compuesta de los cuerpos activos y de guardia nacional de Puebla, que había llegado á la segunda de las expresadas poblaciones el mismo día 17, siguiera inmediatamente en marcha á Cerro-Gordo, como lo hizo. En Jalapa se había oído de tres á cuatro de la tarde clara y distintamente el cañoneo, y causaron júbilo indecible las noticias de que era portador el extraordinario; pero se comprendía que la suer-

---

migo, que su pérdida en el combate del 17 ascendió á 16 de los primeros y 73 de los segundos.

te de la guerra y del país iba á ser jugada al término de aquella noche de esperanzas y temores en que pocos párpados se cerraron al sueño.

XVIII

CERRO GORDO.

Preparativos de la batalla de 18 de Abril.—En nuestras baterías de la derecha es rechazado el enemigo—Marcha de sus columnas hacia el Norte y el Poniente.—Ataque y toma del Telegrafo y de nuestra batería de reserva.—Rendición de nuestras baterías del camino y de la derecha. Derrota y fuga de nuestras fuerzas del centro y de la izquierda.

Ocupado el cerro del Atalaya por el enemigo, empleó éste la noche del 17 en establecer allí las plataformas necesarias y las piezas de grueso calibre de la batería de Taylor, consistentes en un cañón de á 24 y dos obuses ó bomberos también de á 24, á que el teniente Hayden, con los peones ó zapadores de la división de Twiggs, se ocupó en abrir camino. Ayudó el 1o. de artillería, bajo la dirección del capitán de ingenierós Lee, á montar dichas piezas, que quedaron listas para funcionar á la mañana siguiente, servidas por el capitán Steptoe y el teniente Brown del 3o. de artillería, y los tenientes Hagner y Seymour del 1o. de la misma arma. Ya he dicho que desde la tarde

situaron en el expresado cerro algunas de las piezas de montaña de la batería de Talcott. La operación de establecer la batería gruesa no se hizo sin sufrir algunos disparos de la nuestra del Telégrafo. En la misma noche, venciendo graves dificultades, bajo la dirección del teniente de ingenieros Tower y del teniente de artillería Laidley, colocó el enemigo un obus de 8 pulgadas en la margen del río, frente á la batería más próxima de las tres de la extremidad derecha de nuestra línea; desempeñando tal faena un destacamento de tres ó cuatro compañías del regimiento de voluntarios de Nueva York á las órdenes del mayor Burnham, y quedando encargado de la pieza el teniente Ripley del 2o. de artillería.

Tampoco en nuestro campo se pasó en inacción la noche. Aunque satisfecho hasta cierto punto del resultado del combate de la tarde, Santa-Anna ha debido comprender el grave peligro de su ejército ante la aparición de los invasores á la espalda de nuestras posiciones, que él creía enteramente asegurada con los obstáculos naturales del terreno. No se había figurado que tendría que habérselas con Scott en su mismo centro antes de perder las tres baterías de su derecha, cuya existencia venía ahora á ser inútil si el enemigo lograba ocupar el centro y la extremidad izquierda de nuestra línea. No se desanimó, sin embargo, y con la mayor actividad empleó desde luego cuantos medios hubo á su arbitrio para robustecer la defensa. "Dispuse—dice en su Informe sobre las acusaciones de Gamboa—la vís-

pera de la batalla, después de la función de armas que tuvo lugar este día, que al cerro del Telégrafo se subieran y colocaran nuestras piezas de mayor calibre, y que reunidos en él los peones y herramientas que hubiera, se trabajara sin cesar en los atrincheramientos designados, lo que se verificó aun en la noche y en los momentos del combate. En la madrugada yo mismo establecí una batería de 5 piezas en un cerro pequeño que se halla á la orilla izquierda del camino principal y en línea paralela con el del Telégrafo, calculando puntualmente que por allí podríamos ser flanqueados: ella estuvo sostenida al principio por el 11o. batallón á las órdenes del señor general graduado D. Francisco Pérez, y por la división de caballería al mando del Exemo. Sr. D. Valentín Canalizo, que se conservó formada en la calzada del camino: el frente de esta batería estaba algo despejado, y aunque con incomodidad, la caballería podía obrar en un caso preciso; por esto previne á S. E. el general Canalizo, que si se presentaba el enemigo por aquellos claros, procurara hostilizarlo de la manera posible para darle protección á nuestra batería." Las piezas llevadas al Telégrafo fueron 2 de á 12 y 1 de á 16, y esta última llegó solamente á la mitad de la altura por su lado izquierdo. Los jefes de ingenieros Robles y Cano estuvieron trabajando en las fortificaciones, y quedaron reforzando la guarnición del mismo cerro el 4o. de Línea y el 1o. y 2o. Ligeros, habiéndose retirado á sus cam-

pamentos respectivos los demás cuerpos que sostuvieron la acción del 17. (142)

Al amanecer el 18, la artillería norte-americana del Atalaya rompió el fuego sobre el Telégrafo, y al oírle, el general Pillow, jefe de la 1a. brigada de voluntarios, que de su campamento había avanzado hasta cerca del punto más septentrional del camino carretero entre Cerro-Gordo y Plan del Río, retrocediendo hacia el Surceste, se dirigió á las baterías de nuestra extremidad derecha, sobre las cuales disparaba el obus colocado desde la noche anterior en la márgen izquierda del río, á las órdenes del teniente Laidley. La fuerza de Pillow congregada para la toma de tales baterías se formó de los cuerpos de infantería 1o. y 2o. del Tennessee y 1o. y 2o. de Pennsylvania; de un corto destacamento de caballería del Tennessee al mando del capitán Caswel, y de la compañía del capitán Williams del cuerpo de voluntarios de Kentucky. Dividióse la fuerza en dos columnas de ataque, teniendo cada una de ellas suficiente reserva, y guiándolas los coroneles Haskell y Wynkoop: debían atacar estos jefes respectivamente las

(142) El historiador norte-americano Ripley, así en el texto como en el plano relativos á la batalla, da el nombre de cerro del Telégrafo al cerro de la Atalaya; de lo cual se originan no pocos erores y confusiones. Ya el lector sabe que la altura principal, llamada Cerro-Gordo, lleva también el nombre de "cerro del Telégrafo."

baterías nuestras del centro y de la derecha, ó sea las dos más próximas al río. Pillow dice en su parte, que no pudo situarse frente á nuestras posiciones antes de que el ataque al Telégrafo comenzara: que su intento era embestir simultáneamente las dos baterías designadas por sus oficiales de ingenieros (tenientes Tower y Mac-Clellan) como las que convenía tomar para envolver si era posible toda la línea fortificada de nuestra derecha: que antes de completar las disposiciones necesarias para el asalto, fué descubierto su movimiento por los defensores de los puntos y empezó á sufrir vivo fuego de fusilería y metralla: que en tal situación, estuvo perplejo entre retirarse del alcance de nuestros cañones á perfeccionar sus disposiciones para el asalto, ó efectuarlo desde luego con la fuerza que ya tenía lista; pero que se resolvió por esto último, temeroso del efecto moral que la retirada habría producido en gente bisoña no acostumbrada al fuego: que, en consecuencia, mandó al coronel Haskell, jefe de la columna destinada contra la batería del centro, que la atacara vigorosamente y la tomara á la bayoneta: que dicha columna avanzó al asalto con energía y entusiasmo; pero, á causa de serios obstáculos, como espesura de arbustos y abrojos y el concentrado y terrible fuego de cañones y de la considerable fuerza de infantería que los sostuvo, se vió en la necesidad de retirarse con gran pérdida de oficiales y soldados. Esta columna se componía del 2o. de infantería del Tennessee de que era coronel

el mismo Haskell, de la compañía del capitán Williams del Kentucky, y de la compañía del capitán Naylor del 2o. regimiento de Pennsylvania. Durante la acción fué gravemente herido el general Pillow, y se encargó del mando de la brigada el coronel Campbell. La columna del coronel Winkoop, que debía embestir la batería de la derecha, se había colocado, entretanto, en buenas posiciones para emprender desde ellas el ataque; pero notando su jefe que el fuego del lado de Cerro-Gordo había cesado, creyó conveniente suspender sus operaciones hasta volver á oírle, ó hasta recibirse nuevas órdenes del general en jefe. El coronel Campbell, encargado, como he dicho, del mando de la brigada, mantuvo en posiciones más distantes la columna rechazada de la batería del centro, y dictaba disposiciones para atacarla segunda vez cuando recibió orden de Pillow de permanecer á la expectativa del resultado del ataque al Telégrafo, cuya toma hizo á poco innecesarias nuevas tentativas contra el ala derecha de nuestra línea. Las bajas de esta brigada de voluntarios ascendieron en muertos y heridos á 106, contándose entre los primeros los tenientes Cowarden, Nelson y Gill, y entre los segundos el general Pillow, el teniente coronel Cummings, el mayor Ferguson, los capitanes Maldin, Johnson y Murray, y los tenientes Herman, Hale, Yearwood, Forrest y Sutherland. Pérdida tan considerable del enemigo da clara idea de la decidida resistencia que halló en nuestras tropas. Ya he dicho que guarnecían la batería del centro, compues-

ta de 8 piezas y que fué la atacada, los batallones "Libertad" y "Zacapoaxtla" con un efectivo de 700 hombres al mando del capitán de fragata Araujo; y que la batería de la derecha, que debió ser embestida por la columna de Wynkoop, contaba 7 piezas y una guarnición de 500 hombres de los batallones de Atlixco y 5o. de infantería, á las órdenes del general D. Luis Pinzón. Hablando del ataque de la batería del centro, se dice en los "Apuntes para la Historia de la Guerra" que el capitán de marina Godines, que mandaba allí nuestra artillería, convino con sus compañeros de las demás posiciones nuestras en dejar que avanzara sobre cualquiera de ellas el enemigo sin hacerle fuego sino á muy corta distancia, y teniendo á prevención cargadas con metralla las piezas: que la columna norte-americana se aproximaba más y más sin que de nuestra línea saliera un sólo tiro; y que, no bien estuvo á conveniente distancia, cuando una descarga cerrada de nuestras piezas, que cruzaban sus fuegos en aquel punto, acompañada de vivo fuego de fusilería de las tres posiciones, hizo horrible estrago en el enemigo, desordenándolo y poniéndolo en fuga. De los muertos y heridos nuestros en estos puntos, no hallo noticia en las relaciones contemporáneas ni en el parte del general Pinzón, de que me ocuparé al entrar en algunas consideraciones generales respecto de la batalla.

Cuando, al amanecer, rompieron las baterías norte-americanas del Atalaya sus fuegos contra el Telégrafo, aún levantaban en su falda

parapetos Robles y Cano, y Santa-Anna rectificaba la posición de las 5 piezas de la batería de reserva sostenida por la caballería que formaba sobre el camino, y por los cuerpos de Infantería 11o. de Línea y 3o. y 4o. Ligeros. Al Telégrafo habían vuelto á subir los batallones 1o. y 2o. Ligeros que en la madrugada bajaron á tomar alimento: el 4o. de Línea se situó en la misma posición que defendió la tarde anterior, ó sea á la izquierda, y el 6o. ocupó nuevamente la derecha. Al formalizarse el ataque del enemigo, Santa-Anna, que se dirigía á las posiciones de la extremidad derecha de toda su línea, retrocedió, llegando al pie mismo del cerro, cuando el fuego de fusilería por la proximidad de los combatientes, sustituía al de cañón, é hizo que los batallones 3o. y 4o. Ligeros pasaran de la reserva al Telégrafo, á reforzar la guarnición de este punto. (143)

La base principal del ataque del enemigo era el cerro de la Atalaya, desde el cual disparaban sus piezas de grueso calibre y su batería de obuses de montaña y para cohetes á la Congréve, y se desprendió su primera columna compuesta de la 1a. brigada de la 2a. división de regulares, al mando del coronel Harney, reforzada por el 3o. de Infantería con su comandante el capitán Alexander, y conducida por el teniente de ingenieros Smith con su compañía de zapadores, contra el Telégrafo. Pero las demás fuerzas procedentes de Plan

(143) "Apuntes para la Historia de la Guerra," pág. 179.

del Río, con excepción de la 1a. división de regulares al mando de Worth, que formaba la retaguardia, y de la brigada de voluntarios de Pillow que se dirigió sobre las baterías de nuestra derecha, habían prolongado hacia el Poniente, como á un cuarto de milla al Norte de los cerros, la línea trazada en su marcha del 17, y de la prolongación de tal línea se desprendieron casi simultáneamente otras dos gruesas columnas: la del coronel Riley formada por la 2a. brigada de la 2a. división de regulares, conducida por el capitán de ingenieros Lee, que concurrió al ataque del Telégrafo por la izquierda de esta posición y descendió al mismo tiempo á embestir nuestra batería de reserva por su frente; y la del general Shields, compuesta de la 3a. brigada de voluntarios, que remontándose mucho más al Norte y atravesando una gran barranca, descendió directamente sobre el camino de Jalapa y el flanco izquierdo de nuestra batería de reserva, cortando la retirada á nuestras fuerzas. Así, pues, la primera de estas columnas, ó sea la de Harney, se dirigió exclusivamente sobre el Telégrafo por su frente; la de Riley se dirigió sobre el mismo cerro por su izquierda ó retaguardia, y sobre el frente de nuestra batería de reserva: y la de Shields, trazando extensa curva hacia el Norte y al Poniente, sin ocuparse para nada del Telégrafo, trajo el único objeto de flanquear la expresada batería de reserva y cortar el camino, secundando á la columna de Riley que, desde el momento en que llegara frente á la batería y la tomara, que-

daba dominando la caretera, impidiendo su uso á todas las fuerzas nuestras que con anterioridad no se hubieran retirado, y dejando cortadas y en absoluta impotencia la batería llamada del camino y las de la extremidad derecha de la línea mexicana. Tales fueron sustancialmente la aplicación y el desarrollo del plan de Scott en lo relativo al centro y la izquierda de nuestras posiciones; y antes de entrar en pormenores haré notar que el ataque á las baterías de la derecha, cuyo resultado ya vimos, era accidental y no esencial en las miras del jefe norte-americano, y que, desgraciadamente, ni la grave pérdida del enemigo en esos puntos ni la brillante defensa de ellos podían influir formalmente en el conjunto de las operaciones.

Al organizar el coronel Harney su columna contra el Telégrafo, dispuso que los Rifleros á las órdenes de su coronel Loring se movieran hacia la izquierda é iniciaran el ataque para que le secundara el grueso de la brigada. Colocó el 7o. de infantería á su derecha, el 3o. de la misma arma á su izquierda, y los artilleros á retaguardia de estos cuerpos y apoyándolos. Como observó Harney que algunos de los de nuestra reserva se dirigían á reforzar el Telégrafo, no aguardó al ataque de los Rifleros—quienes se limitaron de pronto á contener á las fuerzas nuestras que acudían al cerro—y puso desde luego en movimiento su columna, descendiendo del Atalaya y empezando á subir al Telégrafo bajo un fuego vivísimo de metralla y fusilería de las posicio-

nes nuestras en la falda y la pendiente de dicha altura. Refiere que abajo de la cima, en torno de ella y como á sesenta yardas de la base, había un parapeto de piedra guarnecido de tropas que oponían obstinada resistencia y le hicieron fuego hasta que la gente de su columna llegó al parapeto mismo y en él se cruzaron por un momento las bayonetas: que más cerca de la cumbre ó del fuerte principal, había otra obra defensiva en que halló nueva y desesperada resistencia su avance; pero que, vencida también, fueron á continuación tomado el fuerte, deribada nuestra bandera, enarbolada la del invasor, y vueltas las piezas de nuestra batería sobre sus defensores puestos ya en fuga. El teniente Richardson, que fué de los primeros que allí entraron, volvió y disparó sobre nuestra gente la primera de nuestras piezas, encomendadas en seguida al capitán Magruder. Los Rifleros de Loring, que al principio se ocuparon en contener á las fuerzas de Santa-Anna que iban en auxilio del Telégrafo, y que sin ello habrían podido atacar de flanco con la columna de Harney, se unieron en gran parte á ésta al aproximarse á la cumbre, y el primero de los oficiales de tal cuerpo que entró en el fuerte, según el relato de Loring, fué el teniente Ewell, muerto allí en lucha personal con el último de los defensores. El 7o. de infantería, coronel Plympton, que formaba la derecha de la columna, recibió vivísimo fuego por su propia derecha: se extendió por su izquierda y frente, y antes de llegar á la cumbre tuvo que detenerse á to-

mar aliento, á rechazar á las tropas mexicanas que trataban de envolverle por su flanco izquierdo, y á rehacer su línea toda que había sufrido grave daño con el fuego de nuestras posiciones, quedando allí mortalmente herido el teniente Dana. La situación de este cuerpo debe haber sido crítica según el parte de Plympton, quien asienta que mandó al mayor Bainbridge esperar con los soldados de su derecha, mientras él inspeccionaba el centro y la izquierda: y que á esta sazón se repitió la orden de ataque y el fuerte fué tomado por el esfuerzo simultáneo del 7o., desalojando con gran matanza á los mexicanos, y siendo en tales momentos derribada por el sargento Henry su bandera y enarbolada la del regimiento por los sargentos Bradford, Brady y Murphy, á quienes su ayudante Page había dejado en la cumbre al trasponerla en persecución de los fugitivos. Agrega que los primeros oficiales que entraron en la posición, fueron los capitanes Paul, Whiting y Hanson, y los tenientes Hensaw, Little, Page, Gantt y Gardner. El 1o. de artillería, coronel Childs, y la mayor parte del 3o. de infantería perteneciente á la 2a. brigada de regulares, figuraban en la columna de Harney. En cuanto á las baterías del Atalaya, estuvieron disparando hasta que dicha columna y parte de la de Riley llegaron á la cumbre del Telégrafo: los cohetes eran dirigidos hacia nuestra izquierda, abajo de la cima, sobre el espacio ocupado por tropas nuestras, y las granadas y bala rasa sobre nuestra derecha y algunos parapetos y baterías. Ya

hemos visto que se peleó á veces á la bayoneta y cuerpo á cuerpo. El teniente de ingenieros Smith mató por su propia mano á dos soldados nuestros, y otro tanto hizo el teniente Van Dorn. Ocupadas la cumbre y batería principal del Telégrafo, destacó Harney al 7o. de infantería sobre la cañada y el camino nacional, á que cooperara con las columnas de Riley y de Shields en el resto de las operaciones.

La columna de Riley, compuesta de la 2a. brigada de la 2a. división de regulares, se movió en dirección de la izquierda del Telégrafo sobre el camino de Jalapa, guiada por el capitán de ingenieros Lee, á quien escoltaba la compañía del teniente Benjamín del 4o. de artillería. Avanzó dicha columna bajo los fuegos de las baterías del cerro y de la infantería mexicana apostada en su pendiente y en las lomas vecinas á la izquierda de Riley. Cuando el 2o. de infantería, que formaba parte de la brigada, llegó en su marcha hasta el pie de las lomas y del cerro, fueron destacadas dos compañías de tal cuerpo á desalojar á nuestros tiradores; y se previno al mayor Gardner, comandante del 4o. de artillería, que luego que la cabeza de este regimiento llegara al mismo punto, destacara de él otra fuerza equivalente con el mismo objeto indicado. El resto de la columna continuó en su primera dirección sobre el camino de Jalapa y sobre nuestra batería de reserva, hasta hacer alto de órden de Twiggs, quien mandó entonces destacar sucesivamente las compañías de los capi-

tanes Smith y Anderson del 2o. de infantería y todo el resto del 4o. de artillería, á que sostuvieran á las compañías primeramente destacadas. El resto del 2o. de infantería se desprendió en seguida con igual misión. Las dos compañías del 2o. de infantería últimamente mencionadas se unieron á las primeras, que se batían ya con las tropas mexicanas, y, juntas, atacaron el reverso ó espalda del Telégrafo, hicieron retroceder á sus defensores con gran pérdida de vidas, y llegaron á la cumbre al mismo tiempo que la ocupaba por el frente la columna de Harney: reunidas allí ambas fuerzas, persiguieron juntas á los fugitivos hasta más acá del cerro. De las compañías del 2o. de infantería y 4o. de artillería últimamente desprendidas de la columna de Riley, sólo la del teniente Lyon, del primero de dichos cuerpos, llegó cerca de la cumbre á tiempo de batirse. "Desde la cumbre—dice Riley—descubrí que las baterías de la llanura (144) que todavía nos hacían fuego, podían ser envueltas por la derecha y tomadas. Inmediatamente mandé al 2o. de infantería avanzar con el capitán Canby, á que atacara y tomara las baterías, y dispuse que toda mi brigada se moviera sobre el campo enemigo. Momentos después de dadas estas órdenes, mi ayudante Tilden me trajo la del general Twiggs de moverme con mi brigada sobre la

(144) Nuestra batería de la reserva, que daba frente al Este y tenía 3 cañones en su derecha y 2 en su izquierda.

izquierda contraria. El movimiento ya comenzado en tal dirección, fué apresurado en consecuencia; pero la dificultad de comunicar órdenes por lo quebrado del terreno detuvo algún tiempo la reunión de toda mi fuerza. Las baterías en el campo fueron abandonadas por el enemigo después de unos cuantos tiros sobre la gente nuestra que se les acercaba: la de la derecha, de 3 cañones, fué ocupada por la descubierta de mi brigada; y la de la izquierda, de 2 cañones, por un cuerpo de voluntarios (de la columna de Shields). Una parte de la compañía de Lyon fué lanzada en persecución de los fugitivos, y la compañía de Shureman quedó cuidando los objetos hallados en el campo enemigo." Según el relato del mayor Gardner, comandante del 4o. de artillería, la parte de este cuerpo que subió por la espalda del Telégrafo lo hizo bajo el inmediato mando de Twiggs. El capitán Morris, jefe del 2o. de infantería, asienta que, después de destacadas las compañías que encumbraron el cerro, el resto de dicho regimiento había seguido avanzando sobre el camino de Jalapa y, ya tomado el Telégrafo, se dirigió sobre la batería nuestra de la reserva. Las dos compañías del 3o. de infantería que no engrosaron la columna de Harney, formaron parte de la de Riley, y fueron las del capitán Gordon y teniente Richardson. Por último, dos secciones de la batería de Talcott, á las órdenes de los tenientes Callender y Gordon, estuvieron dispuestas para seguir el movimiento de la columna de Riley, no pudiendo efec-

tuarlo á causa de lo quebrado ó boscoso del terreno y de la colocación de nuestras propias piezas; y sólo avanzaron después, en persecución de los fugitivos.

Sólo me falta hablar de la columna de Shields, que se formó de la 3a. brigada de voluntarios á las órdenes del mencionado general; dió, como queda indicado, mucho mayor rodeo al Norte y al Oeste del Telégrafo, y vino á descender, atravesando barrancas y bosques, sobre el flanco izquierdo de nuestra batería de la reserva y sobre el camino de Jalapa, á retaguardia de todas nuestras posiciones. Al salir esta fuerza al escampado frente á la batería y cuando se formaba para atacarla, cayó gravemente herido el general Shields, y fué llevado á la retaguardia, encargándose del mando de la brigada el coronel Baker, comandante del 4o. regimiento de Illinois. "Hice entonces—dice este jefe—desplegar una compañía en tiradores, y dispuse sobre la línea enemiga una carga que dieron con vigor y buen éxito las compañías á quienes el terreno permitió avanzar, y que fueron prontamente sostenidas y reforzadas por el resto del 4o. regimiento de Illinois al mando del mayor Harris. El 3o. de Illinois con su coronel Foreman, y el regimiento de Nueva York con su coronel Burnett, recibieron orden mía de moverse á derecha é izquierda sobre el enemigo, cuya derrota vino á ser completa, huyendo en gran confusión la fuerza, y dejando en nuestro poder cañones, bagajes, dinero y víveres." La pérdida de la brigada ascendió á 70

hombres entre muertos y heridos, contándose entre éstos el general Shields, el capitán Pearson y los tenientes Scott, Johnson, Maltby, Foreman y Rose; y entre los muertos los tenientes Murphy y Cowardin del 4o. de Illinois. Esta columna vino á quedar más cerca del camino carretero que las demás, y siguió por él desde luego en persecución de los vencidos.

Hasta aquí mi extracto de los partes rendidos por los jefes de las tres columnas y por los comandantes de los principales cuerpos de ellas. El general Twiggs confirma en globo lo dicho acerca del objeto y de las operaciones de las repetidas columnas. De su relato se deduce que la de Riley fué expresamente dirigida sobre el camino y sobre nuestra batería de la reserva, á cuyo frente llegaron el capitán de ingenieros Lee y la compañía del teniente Benjamín del 4o. de artillería, mientras el grueso de esta fuerza concurría al ataque del Telégrafo por su espalda. Scott, en su segundo parte, dice sustancialmente lo mismo, en cuanto á las operaciones de los tres principales destacamentos; y en su primer despacho, contrayéndose á la columna de Harney y á la toma del cerro por ella; se expresa así: "He presenciado la ejecución: la brigada ascendió por la larga y áspera pendiente de Cerro-Gordo sin detenerse, y bajo un tremendo fuego de artillería y fusilería; con la mayor expedición llegó á los parapetos, desalojó al enemigo, plantó las banderas del 1o. de ar[illegible] y 7o. de in-

fantería cuando aún ondeaba el pabellón enemigo, y, después de algunos minutos de vivo fuego, terminó á la bayoneta su conquista." El mismo Scott agrega: "La división Worth llegó á esta sazón y destacó al teniente coronel Smith con su batallón ligero á reforzar ó sostener á los asaltantes, pero ya no era tiempo de ello. Al llegar el general Worth á la cima del Telégrafo pocos momentos antes que yo, y al ver una bandera blanca en las más próximas posiciones del enemigo en las baterías de abajo, (145) envió á los coroneles Harney y Childs á abrir pláticas. La rendición tuvo lugar una ó dos horas después y, ya efectuada, salió el mayor general Patterson á tomar el mando de las columnas perseguidoras." En estas breves palabras de Scott quedan indicados los dos últimos sucesos importantes del día, ó sea la capitulación de toda la parte de nuestra línea desde la batería llamada del camino hasta las baterías de la extremidad derecha en que acababa de ser rechazada la columna de Pillow; y la fuga y el desbandamiento de todas las fuerzas nuestras del centro é izquierda, perseguidas por los invasores en el camino nacional hasta cerca de Jalapa. Pero antes de tratar de tales sucesos conviene completar las noticias del ataque y pérdida de nuestro centro é izquierda, acudiendo para ello á la versión mexicana.

El autor de la relación anónima de que to-

---

(145) Nuestra batería central ó del camino, llave de las posiciones de nuestra derecha.

mé algún pasaje en mi anterior capítulo, dice hablando de nuestra izquierda: "Esta. el 18 á las siete de la mañana, observó que los norteamericanos se movían sobre el Telégrafo siguiendo el mismo camino que el 17, y les rompió el fuego de bala rasa con piezas de á 6 y de á 12. Media hora después se presentaron á la vista del cerro, atacándolo por su frente y ocupando el bosque de la izquierda de la batería del glácis (la del camino). Dos compañías del 6o. de infantería, reforzadas con otras tropas y ayudadas del fuego de la misma batería, los desalojaron del bosque.... La batalla se mantuvo en el Telégrafo, adonde cargaba el grueso del enemigo, atacando por diversos puntos y logrando una de sus columnas apoderarse del parapeto de la izquierda. En este momento, muerto el general Vázquez, entró la confusión y se emprendió la retirada en desorden, abandonando la posición al enemigo. La pérdida del Telégrafo le hizo dueño de toda la cañada á retaguardia de las demás posiciones. Las fuerzas nuestras que había en ella se retiraron violentamente. La batería del glácis, dominado por el cerro, empezó á sufrir el fuego de su artillería sin poderlo contestar bien por la diferencia de alturas; quedando, además, cortada por los norteamericanos que inmediatamente ocuparon la cañada. Las líneas avanzadas (nuestra derecha) quedaban cortadas de igual modo, pues estando ya en poder del enemigo la batería del glácis, era dueño del único camino de comunicación que tenían, y se encontraban con su retaguardia sin defensa y careciendo de

víveres y agua. Tales circunstancias decidieron la victoria del enemigo, quedando en posesión de todos los puntos fortificados, y haciendo prisioneras á las fuerzas nuestras que cubrían las líneas avanzadas, y que fueron llevadas el mismo día á Plan del Río."

Según los "Apuntes para la Historia de la Guerra," á la columna de Harney, que atacó de frente el Telégrafo, hacían resistencia el 3o. de Línea, el 2o. Ligero y parte del 4o. Ligero; y defendían la izquierda y la derecha del cerro el 4o. de Línea y el 6o. de infantería. El campo aparecía incendiado en diversos puntos por los proyectiles del enemigo. En el ataque á los parapetos murieron gloriosamente el coronel Palacios que mandaba la artillería del cerro, y el general D. Ciriaco Vázquez, jefe del punto. Su segundo, el general López Uraga, se hallaba á la cabeza del 4o. de Línea en la falda izquierda, y no habiendo momento que perder, tomó el mando del punto el general Bananeli, cuyo cuerpo, el 3o. Ligero, había permanecido como reserva, cubierto de los fuegos con la misma cima del cerro. Destruida casi toda la fuerza del 2o. Ligero y del 3o. y 4o. de Línea, y apoderado de las obras bajas de la posición el enemigo, subía rápidamente á la cumbre, de donde comenzaban á huir nuestros soldados. Entonces Bananeli mandó al 3o. Ligero calar bayoneta; pero al hallarse este cuerpo sorprendido casi por el enemigo, tan superior en número y que ya lo rodeaba, se aterrorizó y desordenó, envolviendo y arrastrando consigo á su jefe y oficialidad que, en unión de los je-

fes de ingenieros y espada en mano, trataba de contener á la tropa. (146) "Sobre la cumbre del cerro—dice la relación de los "Apuntes"—se veía entonces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo como la erupción violenta de un volcán arrojando lava y ceniza de su seno, y derramándolas sobre su superficie. Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los americanos alrededor de la cima del Telégrafo, flameaba aún nuestro pabellón abandonado. Pero bien pronto en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellón de las estrellas, y por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo, por fin, el nuestro, desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores y los ayes lastimeros y la grita confusa de los vencidos. Eran los tres cuartos para las diez de la mañana." (147) El enemi-

(146) Bananeli, que era hombre de sumo valor y de carácter muy fuerte, fué derribado y pisoteado por los fugitivos, y á consecuencia de ello y de heridas anteriores, quedó enfermo, muriendo algún tiempo después en México.

(147) Esta hermosa y terrífica descripción es de D. Francisco Urquidi, entonces ayudante de Santa-Anna.

go descendió por la falda derecha sobre la batería del camino, á que se había replegado el Co. de infantería, y de la que no llegaron á hacer uso entonces nuestras fuerzas; y, cortadas éstas, capituló el general Jarero con toda la parte de nuestra línea desde la expresada batería hasta la extremidad de nuestra derecha. Entretanto, á nuestra izquierda, la brigada Arteaga que había llegado de Jalapa en aquellos momentos, el 11o. de infantería y los restos de los cuerpos 2o., 3o. y 4o. Ligeros y 3o. y 4o. de Línea, se revolvían confusamente en un corto espacio frente al cuartel general. La columna de Shields, (148) atravesando los breñales y barrancas, se aproximaba á la batería de reserva. Santa-Anna ordenó á Canalizo que atacara á dicha columna; pero el bosque impidió á la caballería cargar, y ésta, al advertir que la cabeza de aquella se dirigía á cortar el camino, se retiró velozmente hacia Jalapa. El fuego de los invasores acabó con los artilleros de la batería de reserva, á quienes auxiliaba, á pie, una partida de coraceros cuyo jefe Velasco murió allí valerosamente. Todavía hicieron el último esfuerzo Robles y los oficiales de artillería Malagón, Argüelles y Holzinger, convirtiendo las piezas hacia la izquierda sobre la cabeza de

---

(148) En la obra que extracto se dice que la columna de Worth; pero queda visto que las fuerzas de este jefe no tomaron parte en la acción, y no se trata aquí sino de la 3a. brigada de voluntarios.

la columna: pero se precipitaron sobre ellas los tiradores de Shields, y las volvieron en contra nuestra. Santa-Anna, que se dirigía por el camino á la izquierda de la batería, lo halló cortado; retrocedió ante las descargas de los voluntarios, y con los jefes y oficiales que le acompañaban, tomó por uno de los desfiladeros que conducen al río del Plan, siguiéndole en horrible confusión los restos del ejército bajo los cañonazos del vencedor. El coche del mismo general, que salía para Jalapa, fué acribillado á balazos, quedando muertas las mulas y en poder del enemigo dicho carruaje y un carro con 16,000 pesos, recibidos el día anterior para la tropa.

En su "Informe" con motivo de las acusaciones de Gamboa, dice Santa-Anna (página 39) refiriéndose á la batalla del 18 y á la posición del Telégrafo ya atacada: "Juzgué necesario reforzar aquella importante posición, é hice marchar prontamente á los batallones 3o. y 4o. Ligeros que estaban en reserva: en seguida al de Granaderos de la Guardia, y últimamente, no teniendo disponible otra fuerza, al 11o. de Línea, pues el enemigo redoblaba sus esfuerzos para ocuparla. Este cuerpo iba á la medianía del cerro, cuando lo ví envuelto por los que de arriba se precipitaban huyendo, habiendo acontecido lo mismo á los Granaderos. En esta sazón, el señor general D. Manuel Arteaga se me presentó con las fuerzas que conducía de Puebla, á quien apenas tuve lugar de ordenarle que se colocara en el cerro pequeño de nuestra izquierda y sos-

tuviera aquella batería, considerándola en peligro; mas al llegar este jefe al punto que le señalé, la caballería, haciendo un amago de carga á una columna enemiga que se aproximaba, se marchó en retirada por el camino principal, y el refuerzo de Puebla que esto vió, imitó á los demás, pudiendo haber servido bien si antes de una hora se presenta en el campo. El invasor, apoderado del cerro dominante, usó de nuestros cañones, y á metrallazos aumentó la confusión de tal modo, que nuestra tropa sólo atendió á salir del peligro por dos veredas de nuestra derecha que del cantil de la barranca conducían al río. En tal estado de cosas, no me quedaba más arbitrio que seguir con la parte presente de mi estado mayor las huellas de los que me abandonaban, ó caer prisionero; y me decidí por el primer extremo en momentos de avanzar el enemigo sobre dichas veredas: tomé, pues, la más próxima, que por estrecha y pendiente transité con dificultad, y llegando al río, emprendí la subida de otra igual, que me condujo á un planío despejado: aquí dispuse la reunión de los dispersos que aún podían oír el toque de llamada y tropa, y ordené al señor general D. Pedro Ampudia que marchara con ellos á la hacienda del Encero, (149) para donde me dirigí considerando que la caballería haría alto en aquellas hermosas llanuras, y

(149) Así se llama por corrupción á esta hacienda, cuyo primitivo y verdadero nombre es "el Lencero."

que con su apoyo se podían recoger la mayor parte de los infantes que vagaban por las cercarías; pero el señor general Canalizo continuó al paraje de la Banderilla, cinco leguas adelante del Encero, y por tal circunstancia me ví en la necesidad de pernoctar en la hacienda de Tusamapa, y partir á la madrugada del siguiente día para la ciudad de Orizaba á encontrarme con el señor general D. Antonio León, que del Estado de Oaxaca conducía una brigada para Cerro-Gordo. Las demás fuerzas que cubrían las posiciones avanzadas y atrincheradas de nuestro flanco derecho, á las órdenes de los señores generales Jarero y Pinzón, no quedándoles otro recurso, capitularon, consumándose así el triunfo del invasor, etc."

De lo expuesto hasta aquí, resulta que la defensa del Telégrafo se hizo en regla; que, perdido este punto, nuestra batería del camino quedó imposibilitada de obrar, perdiéndose también, y con ella forzosamente las posiciones de nuestra derecha, no obstante que acababan de rechazar á los voluntarios de Pillow; y que la verdadera derrota con todos sus horrores sólo tuvo lugar en nuestras posiciones de la izquierda. Natural y debido parece que hubieran sido obstinadamente defendidas, antes que por la caballería—á quien se comprende que no dejaba obrar el terreno—por la brigada Arteaga y por los restos de la reserva de infantería y de los cuerpos de la misma arma que se retiraron del Telégrafo. Pero es evidente que la pérdida del punto principal de nuestra defensa causó la desmoralización

y el terror de las tropas de la izquierda, haciendo huir á los que ni aún se habían batido, é impidiendo á los jefes contener el desorden. Así sucede en casi todas las derrotas. Por lo demás, es indudable que al asentar Scott, en alguno de sus partes, que Santa-Ana, con los generales Canalizo y Almonte y una fuerza de 6 á 8,000 hombres, huyó hacia Jalapa antes de ser tomado Cerro-Gordo (el Telégrafo), no estuvo en lo cierto, pues vemos que el general en jefe mexicano se retiró del campo cuando estaba ya consumada su pérdida.

Tomados el Telégrafo y la batería de la reserva, en fuga la parte del ejército que cubría estos dos puntos, é imposibilitada de obrar la batería del camino, quedaba impotente, dominada y vencida de hecho toda el ala derecha de nuestra línea desde dicha batería del camino hasta las tres de su extremidad opuesta. Carecían ya de objeto esas fortificaciones, y no sólo de retirada, sino también de víveres y agua las fuerzas que las cubrían y que tuvieron forzosamente que capitular desde luego. Al llegar á este punto, he tropezado en mi investigación de documentos con una verdadera anomalía. El general Pinzón, que era uno de los jefes de esa parte de la línea cuyo mando principal tenía Jarero, en relación oficial dirigida al ministerio de la Guerra hasta el 27 de Julio de 1,848, asienta que después de la derrota de nuestro centro é izquierda se replegaron á las posiciones de la derecha el 6o. de infantería y los restos del 5o.: que todos los

jefes y oficiales convinieron en que Pinzón dictara el medio de salir del cerco del enemigo; que dispuso para ello formar columna con los cuerpos, en cuyo acto se le presentó un comisionado de los invasores intimándole rendición; que se negó á efectuarla y, á consecuencia de ello, le cargó una columna norteamericana que, cogida entre dos fuegos por los batallones de Atlixco y Zacapoaxtla, tuvo 297 hombres de pérdida, inclusive un general, y fué puesta en fuga; que inmediatamente después quiso realizar Pinzón su salida; pero se halló abandonado de la mayor parte de su gente y circundado de fuerzas contrarias, presentándole á la sazón nuevos comisionados, y entonces capitularon él y sus compañeros, siendo llevados ese día á Plan del Río y al siguiente á Jalapa, de dónde, no estando ya vigilados, por la sierra de Jico se dirigieron á Puebla. (150) Según tal relación, el ataque de nuestras baterías de la derecha, por Pillow, no tuvo lugar sino después de la toma del Telégrafo y de la ocupación del camino carretero por el invasor. Cuando uno halla tales contradicciones respecto de la realidad de los hechos en documentos oficiales y bajo la firma de testigos y actores de cuya honradez no hay que dudar, se desalienta y desconfía midiendo lo difícil que es, en los estudios históricos, obtener y expresar la verdad. Esta, sin embar-

(150) No se comprende que después de triunfar Pinzón, se pusiera en dispersión su gente, y él capitulara.—(N. del E.)

go, en el caso de que se trata, hállase en todas las demás relaciones de la versión mexicana y en los partes militares del enemigo, y, á mayor abundamiento, se infiere en buena lógica y aun con el simple sentido común. No es comprensible, en efecto, que, perdida la batalla en los puntos capitales de nuestra línea, ya que Pinzón y su gente se decidieran á sacrificarse en una resistencia sin objeto, el enemigo, que tenía virtualmente en su poder estas posiciones, hubiera querido comprometer ante ellas toda una brigada suya por el sólo gusto de tomarlas á la bayoneta en pocos minutos, cuando el hambre y la sed antes de veinticuatro horas habrían obligado á los defensores á rendirse. (151) Conste, pues, que el ataque á nuestras baterías de la derecha fué anterior á la toma del Telégrafo, ó simultáneo cuando más, y explique quien pueda el contrario aserto de un jefe que, por lo demás, dió buenas pruebas de valor aquel día. En es-

---

(151) Y en el caso de que Pillow hubiera emprendido su ataque después del triunfo de sus compañeros de armas en nuestro centro é izquierda, y cuando ya se había intimado rendición á la batería del camino y á toda nuestra ala derecha, como asegura Pinzón, no es creíble que las fuerzas enemigas descendidas del Telégrafo sobre la expresada batería del camino, al oír los fuegos de Pillow, no hubieran intentado tomarla desde luego y avanzar sobre la retaguardia de las baterías mismas atacadas por las tropas de Pillow.

ta parte de la línea y en virtud de su capitulación, quedaron en poder de Scott casi todos los prisioneros y muchos de los cañones y demás armas recogidas, de que hace mención en sus despachos.

Resulta de todo lo referido, que por el camino de Jalapa se retiraron la división de caballería de Canalizo y la brigada Arteaga, y que por los senderos ó desfiladeros que conducen al río del Plan, se fugaron en confusión, adelantándose y siguiendo á los principales jefes, los restos de los cuerpos de infantería desalojados del Telégrafo, y de los que formaban á última hora nuestra reserva. Sobre tales restos se conformó con asestar sus cañones desde la orilla de la barranca el enemigo, causándoles más ó menos destrozo; pero sobre la división de Canalizo y la brigada Arteaga, destacó inmediata y sucesivamente la mayor parte de la división de Twiggs y de la brigada de Shields, persiguiéndolas empeñosamente hasta las inmediaciones de Jalapa. El primero de estos generales, tan luego como fué tomada nuestra batería de la reserva, se puso en marcha con parte de los tres regimientos de la brigada del segundo y una sección de dos piezas de la batería de Taylor á las órdenes del teniente Martín; reuniéndoseles en el resto de la mañana las demás piezas de dicha batería, conducidas por el teniente Irons. Llegó Twiggs con estas fuerzas al Lencero, y de allí las hacía retroceder á Cerro-Gordo cuando, terminada la capitulación del ala derecha de nuestra línea, Scott encomendó á Patterson el mando

de las tropas adelantadas en persecución de las nuestras, y este jefe, avanzando con la caballería, ordenó á aquellas seguir en marcha hacia Jalapa. El coronel Baker, jefe accidental de la brigada Shields, dice: "Dejando fuerza suficiente en torno de las baterías (de la reserva) avancé personalmente por el camnio carretero y hallé fracciones de los regimientos de Nueva York y 3o. y 4o. de Illinois mandadas por el general Twiggs en persona, en seguimiento del enemigo: la batería de Taylor iba también con la columna. Me adelanté hasta Dos Ríos, y allí Taylor rompió sus fuegos sobre la retaguardia de los fugitivos cuya columna subía la loma del Lencero. (152) Ha-

(152) En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se dice que Santa-Anna, acompañado de los generales Pérez, Argüelles y Romero: de los jefes y oficiales Schiaffino, Escobar, Galindo (Félix), Vega, Rosas, Quintana y Arriaga, y de los Sres. Trias, Armendariz y Urquidi, después de atravesar el río y de llegar á la loma opuesta, dispuso que los generales Ampudia y Rangel y el coronel Ramírez, reunieran allí á los dispersos, y él y su comitiva, tomando hacia la derecha, se dirigieron al Lencero, casi paralelamente al camino nacional. "Entretanto—se agrega—una partida de caballería enemiga había salido de Cerro-Gordo por el camino de Jalapa en persecución de la caballería nuestra, y casi á un tiempo iba á llegar al Encero. Al descubrirse recíprocamente, los americanos dispararon algunos ti-

biendo yo hecho alto y retrocedido sobre milla y media de orden del general Twiggs, me encontré con el mayor general Patterson y la caballería, y este jefe me mandó avanzar nuevamente."—"Tan presto—dice Patterson—como los Dragones se reunieron al principal cuerpo de ejército sobre el camino de Jalapa, con arreglo á las instrucciones recibidas en el campo, del mayor general Scott, me moví con ellos lo más rápidamente posible en persecución del enemigo. Alcanzando en Corral-Falso al general Twiggs, le previne que siguiera adelante con su división, parte de la cual se estaba ya volviendo. En la tarde llegué, por último, al Lencero, donde el estropeo de la caballería me obligó á permanecer esa noche. El capitán Blake con un escuadrón siguió persiguiendo por espacio de algunas millas, y regresó con varios prisioneros. El 2o. de Dragones con el mayor Beall, y una compañía del 1o. de Dragones con el capitán Kearnay, se distinguieron mucho en la persecución á la infantería y caballería enemigas. El coronel Baker había avanzado cerca del Lencero con una pequeña parte de la brigada Shields algún tiempo antes de mi llegada; pero se retiraba cuando fué llamada la 2a. división de regulares. En la mañana del 19, dejando al general Twiggs el mando de la infantería y artillería, me moví con la caballería y entré en

---

ros de cañón, y el general Santa-Anna, dejando la vereda que llevaba, tomó hacia la izquierda en dirección perpendicular á aquella."

Jalapa con una diputación de sus autoridades que había venido á solicitar protección para el vecindario." Agregaré que la división Worth, que no había tomado parte en las operaciones militares del día, siguió á retaguardia el avance de Patterson y Twiggs; que nuestra brigada Arteaga se desorganizó y disolvió casi por completo en el camino de Cerro-Gordo á Jalapa, y que la división de Canalizo, aunque en bastante desorden, se reunió en su mayor parte en la Banderilla, á dos leguas más acá de Jalapa, pernoctando el 18 en la Hoya.

Scott asegura que la fuerza de los Estados Unidos en Cerro-Gordo constaba de 8.500 hombres incluyendo las reservas, y calcula en 12.000 hombres la fuerza de México que apenas llegaría á 9,000 según hemos visto. Agrega que hizo unos 3,000 prisioneros y tomó de 4 á 5,000 armas de infantería y 43 piezas de artillería; que sus pérdidas en los días 17 y 18 consistieron en 431 hombres entre muertos y heridos, contándose 63 de los primeros y 368 de los segundos, y juntamente en unos y otros 33 oficiales y 398 soldados; que la pérdida nuestra no bajaría de 1,000 á 1.200 hombres. Deduciendo de la pérdida total norte-americana 16 muertos y 73 heridos en el combate del 17, resulta que la del 18 consistió en 47 de los primeros y 295 de los segundos; conviniendo recordar á este respecto, que solamente las brigadas de Pillow y de Shields tuvieron entre muertos y heridos 106 aquella y 70 ésta. Acerca de los prisioneros de Scott que, por la falta relativa de víveres y lo considerable de la

fuerza que habría debido emplearse en su custodia de Cerro-Gordo á Veracruz, determinó dejarlos en libertad bajo palabra, que los principales jefes no quisieron dár sino limitada á su presentación en el expresado puerto y á su traslación á los Estados Unidos en caso necesario. Entre los citados prisioneros había cinco ó seis generales y se contaban Vega y Jarero. No siendo útiles á su gente las armas de infantería quitadas á la nuestra, resolvió Scott destruirlas; y en cuanto á nuestra artillería, toda de bronce, tomó de ella una batería de campaña y dejó las piezas de calibre más grueso en Cerro-Gordo para trasladarlas posteriormente adonde le conviniera. Entre las grandes ventajas materiales de su victoria enumeraba Scott, en su despacho de 23 de Abril, la ocupación de Jalapa, la Hoya y Perote, y la adquisición de 66 cañones y morteros en la fortaleza del último de los mencionados puntos.

Tal fué la batalla y derrota nuestra de Cerro-Gordo, que el desengaño de las esperanzas cifradas en los elementos de defensa allí reunidos y el espíritu de partido, hicieron exageradamente aparecer como una gran mengua para el ejército en general, y especialmente para Santa-Anna. Se dijo que el primero había huido sin batirse, y se repitieron con mayor encarnizamiento contra el segundo los cargos de ineptitud y traición de que venía siendo objeto desde el principio de la campaña. Algunos de los jefes, lastimados de la calificación que de su conducta hizo el caudillo, le atacaron por la prensa, y en las declaraciones de ellos apoyó

Gamboa la parte de sus acusaciones relativas á Cerro-Gordo. Los cargos pueden condensarse en que omitió nuestro general en jefe la fortificación del Atalaya contra el dictamen de los ingenieros, y en que ignoró hasta última hora el movimiento de flanco de los invasores respecto de nuestra posición. Santa-Anna se defendió débilmente negando que se le hubieran expuesto opiniones contrarias á su plan de defensa, lo cual es cierto é indudable; y echando la culpa del resultado á la carencia de elementos suficientes de resistencia de parte suya; á la mala organización del ejército, compuesto casi en su totalidad de gente forzada, y, finalmente, á la impericia de los guardias nacionales. Todo lo que tiene de fundada la penúltima de estas alegaciones, falta á la última, pues los únicos guardias nacionales que tomaron parte en la batalla formaban en nuestra ala derecha, de la cual fué rechazado el enemigo: la brigada Arteaga no llegó al campo sino cuando estaba casi consumada la derrota, y su falta, que consistió en no haberse sobrepuesto al desorden que invadía ya nuestra reserva, fué puramente negativa. La verdad es que la ocupación y fortificación del Atalaya no habría impedido, sino retardado, á lo sumo, el desastre: que desde el momento en que nuestra línea podía ser flanqueada y atacada por su reverso, resultaba ineficaz su defensa: que muchas de las consideraciones de Santa-Anna explicativas de la derrota, fueron las mismas que había Robles alegado contra la elección del campo de batalla; y que si ésta

se hubiera dado en Corral-Falso, aunque sus resultados fueran menos funestos, probablemente la habríamos también perdido por las causas apuntadas desde la narración de los combates á inmediaciones de Matamoros, y que se refieren á las diferencias esenciales de la organización, el armamento y los recursos todos de uno y otro ejército, á la superioridad física de una raza sobre otra y á la superioridad de instrucción de los jefes norte-americanos respecto de los nuestros, aunque algunos de éstos no les fueran inferiores en actividad y, sobre todo, en valor personal. Si los conocimientos facultativos de nuestros ingenieros no desmerecían, tal ventaja resultaba estéril desde el punto en que el enemigo no daba paso que no consultara con los suyos, en tanto que era desoído ó desechado en el cuartel general mexicano el dictamen de los nuestros. Por duras y dolorosas que sean estas verdades, habrá que decirlas cuando se escriba la historia de aquellos días y, sobre todo, habrá que meditarlas para buscar la modificación ó la compensación de los hechos de que se deriban, si se quiere evitar, en lo futuro, en circunstancias análogas la repetición de los desastres sufridos. Por lo demás, Santa-Anna, derrotado en Cerro-Gordo y huyendo con un pequeño grupo de oficiales hasta Orizaba, á favor de las sombras de la noche y al través de ríos, barrancas y bosques, no obstante sus imperfecciones y sus faltas, por su empeño y decisión, por su actividad y energía inquebrantable, tiene que ser para el historiador lo que

fué en la Angostura, lo que será más adelante en nuestro Valle: el primero de los defensores de México. En cuanto al ejército, se batió bizarramente el 17; y en la mañana del 18, no sólo rechazó y destrozó á la columna de Pillow en las posiciones de la derecha, sino que, atacado de frente y de flanco en Cerro-Gordo, defendió palmo á palmo la altura, y no la abandonó, sino saltando sobre cadáveres, empujado por la masa irresistible de sus contrarios. Se podría suponer que han ponderado éstos nuestra defensa en solicitud de su propia gloria; pero sus quinientos muertos y heridos y los huesos de otros tantos mexicanos, por lo menos, que quedaron blanqueando el campo, atestiguan que el camino de Veracruz á Jalapa no estuvo sembrado de rosas para los invasores. (153)

---

(153) En el estado de oficiales muertos publicado en aquellos días, figuran en la batalla de Cerro-Gordo, además del general D. Ciriaco Vázquez y del coronel D. Rafael Palacios, los comandantes D. Prudencio Velasco y D. José María Osorno; los capitanes D. Manuel Herrerías, D. Manuel Palafox, D. Ambrosio Martínez, D. Felipe Velázquez, D. Agustín Sánchez y D. Antonio Sánchez; los tenientes D. José María Moctezuma, D. Ramón Blanco y D. Ignacio Quintana; y los subtenientes D. Eusebio Bear, D. Nicolás de la Portilla y D. Vicente León.

En la defensa de Veracruz, además del comandante D. Félix Valdés y del capitán D.

Poco tiempo después de estos sucesos, pasando yo por la cañada de Cerro-Gordo en dirección á la costa, una tarde nublada y triste, se me apareció á mi izquierda, á corta distancia de la carretera, como una sombra fúnebre, el árido y escarpado cerro del Telégrafo, cuyo aspecto me oprimió el alma con la idea de la catástrofe de que había sido teatro. Parecióme un gran túmulo levantado por la naturaleza á las víctimas de la batalla, y en cuya cima aún permanecía tendido el general Vázquez, envuelto en la bandera por él gloriosamente defendida, y que cayó con él, sirviéndole de sudario!

XIX

DESPUES DE CERRO GORDO.

Noticias conplementarias de Cerro Gordo.—Ocupación de Jalapa y Perote.—Manifiesto de Scott.—Algo sobre la Doctrina de Monroe.

No conozco otros documentos oficiales nuestros relativos á los sucesos de Cerro-Gordo, que el breve parte de Santa-Anna de 17 de Abril que cité en mi penúltimo capítulo; el que fechó el mismo jefe en Orizaba el 22 del pro-

---

José Platas, habían muerto el capitán D. José María Villasana y el subteniente D. Manuel Busio de la Cruz.

pio mes; el que Canalizo había dirigido el 18 al gobierno desde la Banderilla, cerca de Jalapa, y el del general Pinzón rendido más de un año después (el 27 de Julio de 1,848) y de que me ocupé algo extensamente al hablar de nuestra derrota.

En el segundo de sus mencionados partes, Santa-Anna se limitó á decir que, habiendo Scott repetido el ataque del 17 en la madrugada del 18 con todas sus fuerzas, compuestas de 12,000 hombres, logró su intento de forzar el paso, tras una lucha de tres horas en que se peleó por ambas partes con valor y desesperación: que por la nuestra se había logrado reunir en Cerro-Gordo, 3,000 infantes permanentes y activos y poco más de 2,000 de la guardia nacional de los Estados de Veracruz y Puebla. "Pero estos últimos, asentaba, aún no sabían bien el manejo del arma, y su inexperiencia nos fué funesta. (154) Se encontraba en aquel campo la división de caballería que puse á las órdenes del señor general D. Valentín Canalizo; pero el terreno no le permitió obrar, y se retiró para Jalapa en los momentos en que comenzó á ceder nuestra infantería." Agregaba no saber qué pérdida tuvo el ejército, porque, cercado él mismo por los soldados de Scott, se halló en inminente peligro y apenas pudo salvarse con seis de sus ayudantes, pernoctando el 18 en la hacienda de

---

(154) Santa-Anna repitió esta declaración en su "Informe," y el lector recordará lo que acerca de ella dije en mi anterior capítulo.

Tusamapa y llegando el 21 al anochecer, á Orizaba, donde estableció su cuartel general. (155) En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" (pág. 187), se dice que Santa-Anna, en la noche del 20, dirigió, desde Huatusco, un extraordinario al gobierno, con un parte muy vago y "seguramente muy injusto" de la batalla: probablemente contenía las inculpaciones que poco después provocaron algunos de los ataques de que hablé en mi último capítulo; pero, si se publicó tal documento, no le he hallado en los periódicos de aquel tiempo. (156)

---

(155) Según la narración publicada en los "Apuntes para la Historia de la Guerra," acompañaron al general Santa-Anna los generales, jefes, oficiales y particulares mencionados en alguna de las notas de mi último capítulo. En Tusamapa se les presentaron dos ó tres soldados del 11o. llevando la caja de su cuerpo con algún dinero. De la expresada hacienda hubo que salir esa misma noche (el 18) al saberse que se aproximaba una partida enemiga. el 19 atravesaron el río de la Junta y llegaron al rancho del Volador. El 20 llegaron á Huatusco, donde fueron muy bien recibidos y pernoctaron; y el 21, pasando por Coscomatepec, llegaron á Orizaba, cuyos vecinos más notables salieron al encuentro del general presidente.

(156) Entre los militares que atacaron por medio de la prensa á Santa-Anna en aquellos días, se contaban los generales Miñón y López Uraga: el primero criticó las operaciones todas/

El general Canalizo decía el 18 de Abril, desde la Banderilla, después de hablar de la pérdida del Telégrafo y del desorden que tal suceso causó en nuestras posiciones de la izquierda: "Estaba exceptuada de este desorden la caballería; pero, cortada por una columna enemiga que se interpuso sobre el camino, apoyada del bosque de la izquierda, fué necesario abrirnos paso á viva fuerza para no quedar prisioneros, y eso me imposibilitó de reunirme con el Excmo. Sr. presidente general en jefe, y lo mismo á los señores generales ocupados en el sostén de la batería situada frente al cuartel general.... De pronto diré á V. E. que con los pocos restos de la infantería y la caballería que he reunido, de que daré un detalle exacto más adelante, sigo mi marcha, pernoctando esta noche en la Hoya, y seguiré hasta recibir las órdenes del supremo gobierno, por no poder defender ningún punto del tránsito, en razón de que, perdido el total de artillería y todo el material de guerra, no tengo municiones ni para reponer por una vez las de las cartucheras."

La caballería de Canalizo y la brigada Arteaga, si no se hubieran desmoralizado por completo, con sólo hacer alto en algún punto del camino de Cerro-Gordo á Jalapa habrían bastado para detener durante muchas horas, ó acaso uno ó dos días, á los vencedores en su marcha, puesto que ambas fuerzas formaban

---

de Santa-Anna, y el segundo se contrajo á los sucesos de Cerro-Gordo.

que trajo allí la orden del inmediato avan
de la brigada Arteaga, llegada pocas horas a
tes á Jalapa.

El 18 aún no se hablaba sino de los escas
pormenores de la función de la víspera, cuan
á eso de las once de la mañana empezaron
circular rumores de la completa derrota
nuestro ejército, con referencia al comercian
D. Manuel Hidalgo que llegaba del camp
mento, y á quien la autoridad local, por pro
ta providencia, arrestó. A las doce, la vis
de los primeros dispersos no dejó duda re
pecto de la catástrofe, y se empezó á not
en las calles el tránsito precipitado de ofici
les y soldados de caballería que, como si
enemigo les viniera picando la espalda, huía
por el camino de México sin dar descanso
las cabalgaduras ni detenerse á tomar alime
to. El general Gómez Palomino salía en lit
ra hacia la Hoya. Las autoridades políticas
judiciales hacían empacar los archivos y
disponían á emigrar. (157) El ayuntamien
se reunió y nombró una comisión de su se
que fuera al encuentro de Scott á pedirle g
rantías para la ciudad. Dicha comisión, de q
formaba parte mi padre, salió á las tres y m
dia de la tarde, en carretela abierta, por
haberse proporcionado otro carruaje, y á tie
po que los infantes dispersos de la brigad

---

(157) El gobernador D. Juan Soto y los em
pleados de su secretaría, así como algun
miembros de la Legislatura del Estado, se tra
ladaron á Huatusco.

rteaga, ébrios con el aguardiente de los ten-
ajos que habían saqueado en los suburbios
vadían las calles dando gritos de furor y dis-
arando sus armas. Algunos de los que ve-
ían por el camino, al cruzarse con los co-
isionados que iban al campo enemigo, los
amaban á grandes voces traidores, les ten-
ían los fusiles y aun llegaron alguna vez á
acerles fuego. La comisión fué bien acogida
el general Patterson en el Lencero, y re-
resó en la noche, (158) que se pasó sin alum-
rado en las calles y resonando en la oscuri-
ad los gritos de los fugitivos de Cerro-Gor-
o y los golpes que daban en las puertas de
iendas y casas queriendo abrirlas.

A las diez de la mañana del 19, en medio
e un silencio que hacía más completo la au-
encia de gente en las calles, resonaban pavo-
osamente en el empedrado los cascos de los
risones del enemigo, cuya caballería fué la
rimera que entró por la garita de Veracruz, for-
ando en la plaza de Armas y repartiéndose des-
ués en diversos cuarteles. Frente á las casas
municipales desmontaron los generales Patter-
on y Twiggs (159) y otros jefes y oficiales.

---

(158) Patterson asienta que al entrar en Ja-
pa el 19 le acompañaban los comisionados;
as no cabe duda de que regresaron en la no
he del 18.

(159) Según los partes oficiales, Patterson, al
vanzar del Lencero á Jalapa, encomendó á
wiggs el mando de la infantería y artillería;
ero recuerdo que el expresado Twiggs, dejando
guramente sus fuerzas en el Lencero, llegó

que trajo allí la orden del inmediato avan
de la brigada Arteaga, llegada pocas horas a
tes á Jalapa.

El 18 aún no se hablaba sino de los escas
pormenores de la función de la víspera, cuand
á eso de las once de la mañana empezaron
circular rumores de la completa derrota
nuestro ejército, con referencia al comercian
D. Manuel Hidalgo que llegaba del camp
mento, y á quien la autoridad local, por pro
ta providencia, arrestó. A las doce, la vist
de los primeros dispersos no dejó duda re
pecto de la catástrofe, y se empezó á not
en las calles el tránsito precipitado de ofici
les y soldados de caballería que, como si
enemigo les viniera picando la espalda, huía
por el camino de México sin dar descanso
las cabalgaduras ni detenerse á tomar alime
to. El general Gómez Palomino salía en lit
ra hacia la Hoya. Las autoridades políticas
judiciales hacían empacar los archivos y
disponían á emigrar. (157) El ayuntamien
se reunió y nombró una comisión de su se
que fuera al encuentro de Scott á pedirle g
rantías para la ciudad. Dicha comisión, de qu
formaba parte mi padre, salió á las tres y m
dia de la tarde, en carretela abierta, por
haberse proporcionado otro carruaje, y á tien
po que los infantes dispersos de la brigad

(157) El gobernador D. Juan Soto y los em
pleados de su secretaría, así como alguno
miembros de la Legislatura del Estado, se tras
ladaron á Huatusco.

Arteaga, ébrios con el aguardiente de los tenlajos que habían saqueado en los suburbios nvadían las calles dando gritos de furor y disparando sus armas. Algunos de los que veían por el camino. al cruzarse con los comisionados que iban al campo enemigo, los lamaban á grandes voces traidores. les tenlían los fusiles y aun llegaron alguna vez á hacerles fuego. La comisión fué bien acogida el general Patterson en el Lencero, y regresó en la noche, (158) que se pasó sin alumbrado en las calles y resonando en la oscuridad los gritos de los fugitivos de Cerro-Gordo y los golpes que daban en las puertas de iendas y casas queriendo abrirlas.

A las diez de la mañana del 19. en medio e un silencio que hacía más completo la auencia de gente en las calles, resonaban pavorosamente en el empedrado los cascos de los risones del enemigo, cuya caballería fué la rimera que entró por la garita de Veracruz, formando en la plaza de Armas y repartiéndose después en diversos cuarteles. Frente á las casas municipales desmontaron los generales Patterson y Twiggs (159) y otros jefes y oficiales.

---

(158) Pattersen asienta que al entrar en Jalapa el 19 le acompañaban los comisionados: mas no cabe duda de que regresaron en la noche del 18.

(159) Según los partes oficiales, Patterson, al avanzar del Lencero á Jalapa. encomendó á Twiggs el mando de la infantería y artillería; pero recuerdo que el expresado Twiggs, dejando seguramente sus fuerzas en el Lencero, llegó

entrando en la sala de cabildos, donde estaba reunido el ayuntamiento, y que algunos vecinos curiosos invadimos. Ocupó Patterson el asiento principal bajo el dosel, y, por medio del intérprete, dijo á los munícipes que el ejército de los Estados Unidos velaría por la seguridad de la población y castigaría severamente, al mismo tiempo, cualquier acto de hostilidad de parte de los habitantes: excitó á la corporación á continuar en el ejercicio de sus atribuciones y deberes; pidió noticias respecto de cuarteles y alojamientos, y dictó ó hizo dictar disposiciones para el abasto de las tropas. Era Patterson hombre como de cincuenta años, no muy alto, afeitado de barba, grave y reposado en su fisonomía y ademanes. Twiggs era grueso y de elevada estatura, con la barba y el cabello largos y blanqueándole, brusco en sus movimientos, de carácter impetuoso y resuelto, y usaba el uniforme y la gorra azul de todos los regulares, sin más distintivo de su grado que las abultadas estrellas en las anchas presillas. (160) En el porte de

á Jalapa en unión de Patterson ó pocos momentos después de este jefe.

(160) Twiggs, como casi todos los jefes y oficiales que vinieron con los invasores, era del Sur (del Estado de Georgia). Cuando estalló la guerra civil en 1,861, se declaró por los confederados; les entregó todo el material de guerra que había en Galveston, donde él mandaba, y fué declarado traidor por el gobierno de Washington.—(N. del E.)

aquella gente, grave y fría casi toda, no aparecía el orgullo, ni siquiera la satisfacción de la victoria que nuestras razas meridionales no habrían sabido ni querido ocultar. Recuerdo la estrañeza que me causó ver á alguno de los jefes suplir expeditamente con los dedos el uso más vulgar del pañuelo; y que mi irreflexiva sonrisa se heló ante aquella reunión discordante de funcionarios nuestros mudos y abatidos, y de batalladores anglo-sajones triunfantes y poderosos, que daban sus órdenes en lengua extraña y áspera, nunca oída en tal sitio ni por nuestros antepasados ni por nosotros!

La infantería y artillería de Twiggs salidas de Cerro-Gordo en persecución de nuestra gente; la 1a. división de regulares al mando de Worth que, sin haber tomado parte en la batalla, siguió en marcha el 18, y el resto de las fuerzas que había quedado levantando el campo, fueron llegando á Jalapa en el curso de la semana. Scott fechó allí su segundo parte el 23 de Abril, y desde antes había hecho avanzar á Worth hacia Perote. No conocí sino meses después al general en jefe enemigo, especie de corpulento león de piedra, con el rostro picado de viruelas, de fisonomía tranquila y vulgar, y que en su traje y porte no se distinguía de los demás jefes. Fueron traídos á Jalapa los heridos nuestros y norte-americanos de Cerro-Gordo, que eran numerosísimos y, además de llenar los hospitales, ocuparon algunas casas, causando probablemente su aglomeración y el consiguiente desaseo, una terrible

epidemia de disentería que afligió á la población por espacio de varios meses. (161) La oficialidad enemiga ocupó edificios públicos y casas de particulares vacías, sin exigir alojamiento en las habitadas: el pan, la carne y demás víveres eran largamente pagados á los abastecedores y vendedores; y no se dieron en los primeros días casos de violencia de parte de la tropa, no obstante el abuso de las bebidas embriagantes, cuyo expendio se trató en vano de limitar, y las burlas y los desmanes de nuestro pueblo que abusaba del carácter confiado y bonachón de los invasores, hasta despojándolos á veces de sus armas. Diríase que el clima benigno y el risueño y magnífico aspecto de aquel edén nuestro que calma las pasiones violentas, enerva toda actividad física y predispone el ánimo á la quietud y á la benevolencia, habían amansado á los hombres del Norte tras las fatigas y emociones de la marcha y de los combates en otra zona árida y ardiente. La verdad es que tal actitud entraba en los planes del enemigo para adormecer el espíritu de hostilidad de nuestras poblaciones del Oriente y del centro, y que el reverso de la medalla apareció después para Jalapa, como para los demás puntos caídos en poder de los vencedores.

---

(161) Estuvo dando asistencia á los heridos mexicanos el jefe de nuestro cuerpo-médico militar D. Pedro Van-der-Linden, y les hizo suministrar auxilios pecuniarios la entonces rica familia de Echeverría, oriunda de Jalapa.

En Perote, de cuya fortaleza era gobernador el general D. Antonio Gaona, se supo la derrota de Cerro-Gordo el 18 en la tarde, á la llegada del extraordinario del general Gómez Palomino pidiendo cábria y carros para desmontar y trasladar allí la artillería de la Hoya. Gaona contestó que iban ya en camino los carros, pero que él salvaba su responsabilidad por el abandono de tal punto. Al amanecer el 19 empezaron á llegar á Perote los dispersos, generales, jefes, oficiales y soldados, y la fuerza de caballería de Canalizo que había pernoctado el 18 en las Vigas. (162) A las tres de la tarde este general ordenó á Gaona que evacuara completamente el castillo en el resto del día. En el expresado fuerte, además de una guarnición de 250 nacionales de Tlapacoya, Jalacingo y Perote y 25 artilleros, había 50 enfermos, unas 30 mujeres de la tropa y 150 presos y sentenciados, algunos de ellos á la última pena. Los enfermos fueron recogidos por el alcalde de Perote, y la plata labrada y los ornamentos de la capilla enviados al cura párroco esa misma tarde. "A las nueve de la noche—dice el autor del "Tributo á la Verdad" —no había en la fortaleza más que cuatro personas y el general Morales: todas las puertas abiertas y ni una luz: tanto movimiento, miedo y confusión en tan pocas horas había cambia-

(162) Aunque Canalizo en su despacho anunció que pernoctaría en la Hoya, parece que gran parte de su gente llegó hasta el pueblo de las Vigas en la citada fecha.

do en un profundo silencio y soledad. Cerca de las once de la noche vinieron á la fortaleza los jefes de ingenieros Robles y Cano y el teniente de zapadores D. Manuel Fuertes, que se acostaron á la luz de la luna en los canapés de la casa del gobernador, porque en el pueblo no había donde hospedarse. Desde la madrugada del día 20 principió á ponerse en marcha el resto del ejército con mulas de carga y carros: á las nueve de la mañana vino á la fortaleza el general D. Antonio Castro con unos 300 dragones que se llevaron el tabaco y naipes que había allí depositados: y mil pesos que en el registro que hicieron halló escondidos un sargento, se los quitó un capitán y se fué con ellos no se sabe adónde.... Los presidiarios, no teniendo quien les impidiera la salida, se fueron todos, llevándose cada uno lo que pudo coger. Los criminales, inclusos los sentenciados á la última pena, salieron custodiados por los nacionales de Jalacingo, cuyo alcalde, por no tener con qué mantenerlos, los puso en libertad. Quedaron en el pueblo de Perote el general Landero con su familia, el general Durán con su esposa, y el teniente coronel de artillería Velázquez; este último para hacer entrega de la fortaleza, según él mismo nos dijo después. Landero se fué al pueblo de Altotonga, Durán á un pueblo de la Sierra y Velázquez á Puebla.... A las diez del día 20 aún no acababan de salir los restos del ejército de Perote, porque allí, como en el camino, no había más orden ni arreglo de marcha que la voluntad y posibilidad de cada

uno; así es que desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche estuvieron llegando á Tepeyahualco, donde hubo muchas dificultades para encontrar alimento. Desde este punto hasta Nopalúcan se caminó en dispersión, llegando cada uno como podía: en este pueblo alcanzamos á los generales Canalizo, Alcorta, Gaona, Juvera, Arteaga, Zenea y otros, y como cuarenta coroneles, jefes y oficiales." El autor de este relato agrega que en Nopalúcan recibió Canalizo un extraordinario del gobierno para Santa-Anna, cuyo paradero se ignoraba; y que abiertos los pliegos, por creerse que contendrían órdenes relativas al ejército, se halló que no había en ellos sino generalidades y excitativas á la constancia y al patriotismo con motivo de la derrota. También agrega que antes de llegar á Puebla, recibieron el mismo Canalizo y Gaona, órdenes de Santa-Anna de proteger la fortaleza de Perote el primero, y de ponerla en buen estado de defensa el segundo y sostenerse en ella mientras el general en jefe podía auxiliarle: de todo lo cual se burla el narrador del "Tributo á la Verdad," haciendo notar de paso, que Santa-Anna expidió tales órdenes desde Huatusco ú Orizaba, y sabiendo positivamente que Gaona no tenía pólvora ni para un sólo tiro de cañón. (163)

(163) En su parte fechado en Orizaba el 22 de Abril decía, efectivamente, el general Santa-Anna al gobierno:

"Parece que el enemigo, aprovechando su triunfo y el aturdimiento en que observa á los

El general Worth y su división ocuparon el pueblo y la fortaleza de Perote, á las doce del día 22 de Abril, recibiendo del coronel Velázquez, comisionado de la autoridad mexicana, el armamento y el material de guerra del castillo, consistentes, principalmente, en 66 cañones y morteros de fierro y de bronce de diversos calibres, en buen estado de servicio; 11,167 balas de cañón, 13,325 bombas y granadas de mano, y 500 fusiles, 300 de ellos inservibles. Entre los morteros de bronce, los había de 18 3|4, 12, 7 1|2 y 7 pulgadas (inglesas): 2,413 de las granadas estaban cargadas: había herramienta y algunos otros útiles y materiales de maestranza, y de todo se formó minucioso inventario que firmaron el repetido coronel Velázquez y los capitanes Hart, del 2o. de artillería, y Lee, de ingenieros.

---

pueblos, se propone seguir hasta esa capital; pero estoy dictando providencias para organizar aquí una fuerza respetable, sobre la que ya existe al mando del general D. Antonio León, y puede V. E. asegurar al E. Sr. Presidente sustituto, que con algunos auxilios que reciba de los Estados limítrofes ó del mismo supremo gobierno, podré hostilizar al enemigo por su retaguardia de una manera que le sea sensible, entretanto se logra su destrucción. Ya he librado órdenes al general Canalizo para que con la caballería proteja la fortaleza de Perote, y al general Gaona que la ponga en el mejor estado de defensa, entretanto puedo auxiliarlo."

Asienta Worth en su parte, que los mexicanos, en su retirada hasta allí, no llevaban cañones ni iban en formación, excepto unos 3,000 caballos en el más deplorable estado, al mando de Ampudia: que la infantería, en número como de 2,000 hombres, pasó en pelotones, generalmente sin armas, pues los pocos soldados que llevaban alguna, la daban por dos ó tres reales luego que hallaban comprador: que la derrota y el pánico eran completos, y quedaba libre el camino, siendo posible, pero dudoso, que los fugitivos se detuvieran en Puebla: que había ya reunido á precio cómodo 300 cargas de trigo, y esa noche (el 22), enviaba un destacamento de caballería á la hacienda de Tenestepec á recoger más, en lo cual le ayudaban activamente las autoridades comarcanas, á quienes, en una breve entrevista, instruyó de las miras y de los sentimientos del ejército norte-americano bajo todos respectos: que hallaba general prevención contra Santa-Anna, á quien se suponía oculto en los montes: que si Scott tuviera los medios de moverse rápidamente mientras duraba el terror, la retaguardia quedaría asegurada con poquísimas fuerzas: que podría hacerse de mulas en aquellos alrededores para enviarlas á Jalapa ó conservarlas allí: que la fortaleza era capaz de albergar á 2,000 hombres, y tenía vastos almacenes, hospitales y provisión de excelente agua dentro de sus muros: (164) que los generales

(164) La fortaleza de San Carlos de Perote, que domina extensísimos llanos al Norte de la montaña del Cofre, fué construida bajo el

Landero y Morales allí confinados con motivo de la capitulación de Veracruz, á la salida de la guarnición mexicana quedaron en libertad de irse adonde les conviniera; sucediendo otro tanto con los prisioneros norte-americanos, algunos de los cuales, pertenecientes al regimiento de la Carolina del Sur, capturados cerca de la expresada plaza de Veracurz, se agregaron á las fuerzas de Worth; por último, que el teniente de marina Rogers, prisionero también, había sido anteriormente remitido á México.

Desde luego hallará el lector la inexactitud de algunas de estas noticias, recordando que la fuerza nuestra de caballería al mando de C...

---

gobierno del Marqués de Croix en el último tercio del siglo XVIII, cuando, por temor á los ingleses, se trajo artillería gruesa á Ulúa, se aumentaron las fortificaciones de este castillo y de Veracruz, y vinieron algunos regimientos de España. La expresada fortaleza de San Carlos, utilísima como punto de depósito de tropas, víveres y material de guerra para la defensa de la costa de Veracruz, y que también servía de prisión de Estado, fué mandada destruir por el gobierno federal en el período de 1,857 á 60; pero, como su demolición habría costado muchos miles de pesos, se contentaron los destructores, con quemar ó arrancar las puertas y quitar los techos de teja, permaneciendo hasta hoy abandonada, pero casi intacta en sus muros y bóvedas, aquella gran fábrica.

nalizo no de Ampudia—no llegaría ni á 2,000 hombres á su tránsito por Perote; y que mal podían ser 2.000 los infantes fugitivos por aquel rumbo, cuando, aparte de los 225 de la guarnición del castillo, sólo podían proceder de la brigada Arteaga, compuesta de 1,000 hombres ántes de desorganizarse; no habiendo tiempo, por lo demás, para que alguna parte de la infantería que capituló en Cerro-Gordo ó se dispersó por los senderos que conducen al río del Plan, pasara por Perote antes del 22 de Abril, cuando, á mayor abundamiento, las fuerzas enemigas ocupaban todo el camino.

Agregaré aquí que Worth, encerrando gran acopio de víveres y municiones de guerra en la fortaleza de San Carlos y guarneciéndola con una fuerza de 300 á 400 hombres para no abandonarla ya durante el resto de la campaña, avanzó hasta Tepeyahualco, pueblo á seis ó siete leguas más acá de Perote, en el camino de este último punto á Puebla, estableciendo un campo atrincherado en dicha localidad. (165)

(165) A la llegada de Quitman á Perote, se movió de allí Worth el 8 de Mayo. La guarnición dejada en el castillo se compuso del 1o. regimiento de Pensylvania y una compañía del 3o. de Infantería. Worth traía consigo, además de su división, un mediano tren de sitio, una sección de bomberos de á 12 de la batería de campaña de Wall, y un escuadrón de caballería. Quitman siguió el movimiento de Worth el día 9 con sus dos regimientos res-

Tales fueron los inmediatos resultados de nuestra derrota en Cerro-Gordo combinados con otras circunstancias tambien aciagas y que dejo indicadas. Lo cierto es que el invasor después de la batalla del 18 de Abril, tuvo abierto el camino hasta Puebla, bien que no ocupara esta ciudad sino en los últimos días de Mayo. Tal facilidad para internarse no ha de haber sorprendido á Scott, quien al dar su primer parte de la batalla, envió á Washington la proclama expedida por Santa-Anna con motivo de la capitulación de Veracruz y en que decía este jefe: "Si el enemigo avanza un paso más, la independencia nacional se hundirá en los abismos del pasado;" llamando Scott la atención de su gobierno sobre tal frase y agregando: "Hemos dado este paso." Parece, pues, que había tomado á lo serio lo que simplemente era una de nuestras acostumbradas hipérboles, y que en opinión suya estaba ya casi consumada la conquista de México.

El mismo Scott dirigió en Jalapa el 11 de Mayo (1,847) un manifiesto á los mexicanos, escrito y publicado en castellano, expresando el deseo de la paz, y al mismo tiempo la resolución de proseguir la guerra si no era dable obtener aquella por medio de arreglos satisfactorios.

Tal documento, que terminaba anunciando el próximo avance de las tropas norte-ameri-

---

tantes y la segunda sección de la batería de Wall.

cenas sobre Puebla y México, tendía á sembrar la desconfianza contra nuestro gobierno, y respecto del resultado de la defensa, y á ganar simpatías á los invasores pintándolos resueltos á respetar la propiedad particular y la de la Iglesia, la fe religiosa y la libertad civil de los ciudadanos, y á ser, en suma, protectores del pueblo contra las vejaciones y expoliaciones de los partidos y del ejército. (166) Hablando de éste, elogia el valor y la abnegación del soldado que, sin elemento alguno de comodidad, acudía á los campos de batalla sabiendo que, herido, quedaría abandonado á la caridad del vencedor, y, muerto, no logra-

---

(166) "Nosotros, decía Scott, no hemos profanado vuestros templos, ni abusado de vuestras mujeres, ni ocupado vuestra propiedad. Lo decimos con orgullo y lo acreditamos con vuestros mismos obispos y con los curas de Tampico, Túxpan, Matamoros, Monterrey, Veracruz y Jalapa; con todos los religiosos y autoridades civiles y vecinos todos de los pueblos que hemos ocupado. Nosotros adoramos al mismo Dios, y una gran parte de nuestro ejército, así como de la población de los Estados Unidos, somos católicos como vosotros: castigamos el delito donde quiera que le hallamos, y premiamos al mérito y á la virtud. El ejército de los Estados Unidos respeta y respetará siempre la propiedad particular de toda clase y la propiedad de la Iglesia mexicana; y ¡desgraciado de aquel que así no lo hiciese donde nosotros estemos!"

ría una miserable sepultura; (167) y criticaba la conducta de los jefes que, colmados de honores y beneficios por la nación, la abandonaban en los momentos en que más necesitaba de sus servicios. A vueltas de razones más ó menos especiosas, contenía grandes verdades el manifiesto, cuyo efecto se vió á poco en la ocupación de la segunda ciudad de la República por el enemigo sin disparar un sólo tiro. Las benévolas y conciliadoras frases de Scott y el buen sentido práctico que dominaba en muchas de ellas, venían formando penoso contraste con las amenazas que para la masa pacífica y trabajadora de nuestra sociedad envolvían estas otras de Santa-Anna dirigidas desde Orizaba al gobierno en su parte relativo á Cerro-Gordo: "No puedo dejar de manifestar á V. E. que estoy admirado de la apatía y egoísmo de nuestros conciudadanos en las actuales circunstancias; y juzgo ya necesario para salvar al país, que los supremos poderes de la nación dicten severas y ejecutivas providencias para que cada uno cumpla con aquellos deberes que la sociedad y las leyes imponen." Para todo lo que no fuera la falanje, innumerable entre nosotros, que ejerce el gobierno y la administración y que aspira á ejercerlos; para todo lo que no fuese esta falanje ó el reducido círculo de ciudadanos ilustrados y patriotas que comprenden y practican los deberes que un país impone á sus

(167) Este elogio del soldado mexicano, valiente y sufrido, es muy merecido.—(N. del E.)

hijos: para la gran masa ignorante ó desmoralizada por cuarenta años de guerra civil, y que se compone de agricultores y comerciantes expoliados, de artesanos y obreros sin emulación ni trabajo, cogidos en leva para el servicio de las armas, y de indígenas en la miseria y el aislamiento, considerando á la gente blanca ó mestiza como usurpadora del territorio, el contraste á que me refiero entre la promesa de las ventaja de la libertad civil casi nunca disfrutada aquí, y la amenaza de nuevos sacrificios y violencias, tenía que ser favorable á los invasores y que dar sus frutos, como desgraciadamente los dió.

En alguno de mis artículos relativos á la defensa de Veracruz, dije ya que era altamente encomiada por el jefe enemigo en el documento á que aquí me refiero, y en el cual, atacándose y queriéndose desprestigiar por completo al general Santa-Anna, se dejó consignada una de las pruebas más valiosas de su inculpabilidad, al asentarse por el caudillo mismo de la invasión, que el gobierno de los Estados Unidos se equivocó al franquear á aquel personaje nuestro la entrada á México, con la esperanza de que no hubiera llevado adelante la resistencia.

Hasta aquí, el documento en que me ocupo obedecía al plan general, no inhábil ciertamente, de Scott, que tendía á separar al pueblo mexicano de su gobierno y á infundirle confianza en los invasores; y á cuyo plan concurrían el pacífico comportamiento de las tropas en Jalapa, y las entrevistas del general Worth con las autoridades de Perote.

Por lo demás, en el manifiesto de Scott aparecían más ó menos embozadas, las principales deducciones y aplicaciones de la Doctrina de Monroe sintetizada en la frase "América para los americanos," y que cada día se va haciendo más sustanciosa y significativa. Ya el presidente Polk la había invocado en sus discursos, hablando de México, y, posteriormente, en el de 7 de Diciembre de 1,847, tratando de lo mucho que convendría á los Estados Unidos anexarse la California invadida, alegó el temor de que en caso contrario viniera á convertirse en colonia europea ó en Estado independiente, pero debil y sometido á algún protectorado extranjero. Discurriendo en el mismo mensaje acerca de la eventualidad de que la paz no se ajustara con algún gobierno liberal mexicano sólidamente establecido bajo la influencia norte-americana, y de que nuestro país, por el temor de nuevas revoluciones y de la continuación del desorden y la anarquía, á la retirada de los invasores se echara en brazos de algún monarca europeo que le protegiera, avanzó á decir: "Esto, por nuestra propia seguridad y en la prosecución de nuestra adoptada política, nos veríamos obligados á resistirlo. Nunca podríamos consentir que México se convirtiera así en monarquía gobernada por un príncipe extranjero." Por ahora y antes de tan autorizadas y concluyentes declaraciones, hablando de los esfuerzos del gabinete de Washington para arreglar la cuestión de Texas con la administración del general Herrera derrocada en 1,845 y sustitui-

da por la de Paredes, se expresaba Scott en estos términos: "El nuevo gobierno desconoció los intereses nacionales, así como los continentales americanos, y eligió, además, las influencias extrañas más opuestas á estos intereses y más funestas para el porvenir de la libertad mexicana y del sistema republicano "que los Estados Unidos tienen el deber de conservar" y proteger. El deber, el honor y el propio decoro nos pusieron en la necesidad de no perder un tiempo que violentaban los hombres del partido monárquico, porque era preciso no desperdiciar momento:' y obramos con la actividad y decisión necesarias en casos tan urgentes. para evitar así "la complicación de intereses" que podría hacer más difícil y comprometida nuestra situación." Que es como si dijera en lenguaje claro y sencillo. que la elevación del partido monárquico al gobierno de México fué la causa principal de la guerra, y que los Estados Unidos se apresuraron á hacérnosla mientras estábamos solos y para no tener que medir más tarde sus armas con las nuestras y las de Europa. Pero continuemos con el manifiesto. "Lo pasado, agregaba, no puede ya remediarse; pero lo futuro puede precaverse todavía: repetidas veces os he manifestado que el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos desean la paz, desean vuestra sincera amistad. Abandonad, pues, rancias preocupaciones: dejad de ser el juguete de la ambición particular, y conducíos como una gran nación americana: dejad de una vez esos hábitos de colonos y sabed ser verdaderamen-

te libres y verdaderamente republicanos, y muy pronto podéis ser muy ricos y felices, pues tenéis todos los elementos para serlo; mas pensad que sois americanos y "que no ha de venir de Europa vuestra felicidad."

No entra en el plan ni en el género de estos estudios examinar hasta dónde pueda ser satisfactorio ó mortificante para un pueblo el goce de una felicidad determinada, impuesta por un vecino fuerte y resuelto. Pero es, sí, curioso hoy, después de tantos y tan graves sucesos, exhumar y examinar las manifestaciones de la política norte-americana hace treinta años, y ver cómo se ligaron y continuaron con el espíritu y las frases mismas de las notas de Seward en 1.864 y 65; y curioso y triste es también advertir que, después de casi un tercio de siglo y de los acontecimientos de que nuestra nación ha sido teatro, el papel de los Estados Unidos respecto de México, no sólo es hoy el mismo que entonces, sino que se halla libre del contrapeso que en aquella época pudieran oponerle las esperanzas cifradas en la política europea como protectora de la nacionalidad mexicana, y el temor, ó, cuando menos, la mesura que la expectativa de la acción del Antiguo Continente en los asuntos del Nuevo inspiraba á los sostenedores del "Destino manifiesto." En efecto, lo que alarmaba hace catorce años á nuestros vecinos, (168) desapareció para siempre; pero la Doctrina de Monroe, no aplicable ya contra ejércitos ni tr-

(168) Este capítulo fué escrito en 1,879.

nos, comienza á ser invocada contra el comercio europeo en México y hasta contra la empresa de comunicación interoceánica de Lesseps, sin duda á causa de lo que uno y otra puedan tener de monárquico. Un notable escritor de la escuela positivista—radicalmente opuesta á la que sigo, si bien suelen una y otra concordar en el sentido práctico de ciertas apreciaciones políticas—acaba de hacer notar cuerda y donosamente, que la frase sacramental "América para los americanos" no tiene otra significación directa y genuina que la de "América para los Estados Unidos," lo cual explica todo. (169) Si las rivalidades y los intereses creados por la guerra separatista han hasta aquí impedido que el coloso siga exten-

(169) En apoyo de la verdad de lo dicho; hay que recordar que en el país vecino no se da el nombre de "americanos" sino á sus propios habitantes: casi todos los hijos de la América española son denominados allí "españoles," ó "mexicanos," "peruanos," "cubanos," etc. Y por efecto de una costumbre que pudiéramos calificar de fatal, en los mismos pueblos hispano-americanos y especialmente en el nuestro, por más americanos que sean los hijos y los productos de todo el Nuevo Continente, no se designa ya por "americano" sino lo que pertenece á los Estados Unidos. Antes se decía ciudadano "norte-americano," algodón "norte-americano," etc.; hoy se dice ciudadano "americano," algodón "americano," sin que esto produzca error ó simple duda.

diéndose hacia el Sur á costa nuestra, ¿quién—á no contar con la intervención favorable de la Providencia—podrá pensar con ánimo sereno en el porvenir de México? (170)

---

(170) Generalmente se ha dicho y creído que el manifiesto de Scott fué escrito por alguno de los mexicanos más opuestos á la administración de Santa-Anna ó pertenecientes al partido anexionista que empezaba á formarse aquí. Lo cierto es que, habiendo aparecido bajo la firma del jefe del ejército invasor las alusiones ó indicaciones aquí citadas en aplicación de la Doctrina de Monroe, su responsabilidad pesa directa é indudablemente sobre el gobierno á quien Scott representaba en México, y el cual, en lo privado, no llevó á bien que el expresado comandante en jefe se hubiera engolfado en tales honduras, como lo manifestó el secretario de la Guerra Mr. Marcy al mismo Scott en alguno de sus despachos ó cartas particulares. De luego á luego resultaba que mientras el ejecutivo de los Estados Unidos siempre alegó por causa única de la guerra la resistencia de México á satisfacer sus reclamaciones y á arreglar la cuestión de límites en los términos que pretendían nuestros vecinos, Scott dejó entender en su manifiesto que el principal fin de las hostilidades fué acabar con la preponderancia del partido monárquico que, erigido en gobierno, trataba de destruir la forma republicana en nuestro país.

XX

JALAPA.

Usos y costumbres del invasor.—Las guerrillas en el Estado de Veracruz.—Convoyes del general Cadwalader y del mayor Lally.—Fusilamiento de Alcalde y García.

Hemos dejado en Perote y Tepeyahualco la vanguardia del invasor, cuyo cuartel general, antes de terminar el mes de Mayo de 1,847, quedó en Puebla, sirviéndole esta ciudad de base y punto de partida para la invasión del Valle de México.

Préviamente al examen de esta última faz de la guerra, y á fin de expeditar el camino que nos falta que recorrer, me propongo en el presente capítulo dar un vistazo al porte de los norte-americanos en Jalapa y á los principales hechos de las guerrillas en el Estado de Veracruz; y en el capítulo siguiente hablaré de la entrada y permanencia del enemigo en la ciudad de Puebla, y de algunas de sus correrías en el Estado del mismo nombre. De este modo podremos más desembarazadamente llegar á sus últimas operaciones militares en el corazón del país, y seguirlas sin interrumpir su narración ni estar saltando de un punto á otro, lo cual causa fatiga y confusión al narrador y á sus lectores.

Queda asentado que el aspecto de Jalapa en

los primeros días de la invasión, distaba mucho de ser el de una ciudad conquistada. Los dispersos de nuestro ejército se habían internado sin dar allí el espectáculo de su vagancia y miseria: algunos de los capitulados de Veracruz y Cerro-Gordo que residían en la ciudad, eran considerados y respetados: las autoridades municipales funcionaban libremente con el apoyo de la militar: el nuevo Pactolo nacido del erario de los Estados Unidos, corría con sonoro estrépito dando animación al comercio, facilitando todo género de negocios y llevando cierto desahogo hasta á los hogares más pobres, sin que se experimentaran otras dificultades que la escasez de plata para los cambios, y de efectos, como harina, azúcar, sal y cereales, para llenar prontamente los pedidos. Aquella música del oro, la más agradable á los oídos modernos, y acaso también á los antiguos, no bastaba, sin embargo, á ahogar algunas notas disonantes cuyo recuerdo nos altera los nervios después de más de treinta años. Había allí viudas y huérfanos que lloraban: la lengua de Prescott, de Daniel Webster y de Washington Irving carecía de elegancia y sonoridad en boca de nuestros amos: las quejas de una patria ensangrentada y amancillada parecían dejarse oír en las brisas de aquellos verjeles: á inmediaciones de los hospitales el ruido estridente y casi continuo de la sierra, los gritos de los amputados, á quienes no se aplicaba todavía el cloroformo, y la vista de los haces de piernas y brazos sacados para su cremación ó enterramiento, ate-

rrorizaban á los vecinos, quienes, para dar variedad á sus emociones, tenían el espectáculo de las comitivas fúnebres en que tras un sencillo ataúd de pino pintado de negro y llevado en hombros, marchaban silenciosos y cabizbajos oficiales ó soldados al compás de una sinfonía de pitos que es lo más triste que he oído. En la noche del primer día de fiesta, como para alegrar nuestros atribulados ánimos, ejecutaron en forma alguna piezas las bandas militares á la puerta de los cuarteles. Sólo quien haya oído tal música puede apreciar en su doble sentido el agudísimo epigrama de nuestro Carpio.

Mayor solaz ofrecía, indudablemente, la abigarrada masa de los voluntarios que, con trajes á cual más caprichoso y usando muchos el sombrero de palma del país, en sus múltiples formas, á caballo ó á pie, entraban ó salían de la ciudad, ó recorrían las calles agrupándose y acostándose en las banquetas donde quiera que se sentían cansados; fumando sus pipas ó mascando tabaco de Virginia; comiendo pan con velas de sebo en vez de mantequilla, y saboreando piñas y tunas con todo y corteza. Aficionáronse desde luego á los alimentos y frutas de la tierra, y para comprarlos vendían la harina y el tocino que les repartían los proveedores del ejército; pero á lo que mayor y más decidida afición mostraron, fué al aguardiente de caña, cuyo abuso no podía ser evitado no obstante las cortapisas y fortísimas contribuciones puestas á su expendio: unos cuantos sorbos de este líquido bastaban para tras-

tornarles la razón haciéndolos caer en accesos de furor ó de lacrimoso sentimentalismo, y predisponiéndolos á perder sus armas ó la vida, pues alguna gente del pueblo bajo no tenía escrúpulo en llevarlos de uno en uno á los suburbios ó al campo, y allí matarlos. La afición á la embriaguez no era exclusiva de los voluntarios, sino extensiva á los soldados de línea y á no pocos de sus oficiales. De una comida con que obsequiaron éstos el día de San Juan Bautista á algún jefe, salieron los concurrentes, á caballo, casi sin poder tenerse en la silla, á apostar carreras en el paseo del camino de Coatepec; y, sin embargo, la gente curiosa que los siguió con la poco caritativa esperanza de ver á todos en el suelo, no presenció la caída de uno solo.

Aparte de este vicio, en que los hijos del país no habíamos todavía progresado, nada irregular había en la conducta de los invasores. Absteníanse de molestar á los vecinos, guardaban compostura en los templos, (171) socorrían á los mendigos y simpatizaban con los vendedores de frutas y baratijas; y queriendo éstos darse á entender y pretendiendo aquellos aprender y hablar la lengua de la tierra, se

(171) En los primeros días algunos voluntarios entraban con las gorras puestas y fumando sus pipas; pero se quejó la autoridad eclesiástica, é inmediatamente cesó este abuso. Aparte de los irlandeses, venían pocos católicos. Muchos soldados protestantes traían consigo la Biblia.

formó un dialecto cuyos vocablos y modismos, si se escribieran y reunieran, constituirían un libro curiosísimo para los filólogos. Lo que más llamaba la atención en tal gente, era el respeto á las mujeres, tradicional en los pueblos de su raza: con excepción de algún caso de rapto, inmediata y severamente castigado, casi nada dieron que decir allí en esta línea los invasores, y se puede asentar que la prostitución no estaba en auge entre ellos. Deseosos de sociedad femenil y no pudiendo visitar sino poquísimas casas particulares, improvisaron tertulias á que solamente concurrían hembras de airada vida, tratadas y cortejadas allí, sin embargo, con las fórmulas de la más exquisita cortesanía, lo cual daba que reír grandemente á los mozos de mi tiempo. Algunas de esas sirenas de brocha gorda hicieron presa, y á la retirada del ejército se fueron con él á los Estados Unidos, casadas más ó menos civilmente. Por lo demás, si los voluntarios eran, en lo general, gente ordinaria, pocos soldados de la tropa regular no sabían leer y escribir; los oficiales de unos y otra conocían y practicaban sus obligaciones militares, y algunos, principalmente entre los artilleros é ingenieros, eran finos é instruídos y de muy agradable trato.

La organización del ejército, formado de tropas veteranas y de voluntarios enganchados por tiempo fijo; la política y el tacto con que los jefes evitaban todo motivo ú ocasión de pugna ó simple disgusto entre unas y otros; la abundancia y distribución casi siempre acer-

tada de sus recursos; la juventud y el vigor físico de los oficiales inferiores; las canas y la gravedad de los superiores, formados probablemente en los últimos hechos de armas contra los ingleses, en la escuela militar de West-Point y en las campañas contra las tribus indígenas; el lujo de ambulancias y trenes, el tamaño y potencia de sus caballos y la calidad de sus armas y municiones de guerra, nos llamaban contínuamente la atención, desconsolándonos el contraste que todo ello ofrecía con lo que estábamos acostumbrados á ver en este género. Si sus frisones carecían de la rapidez y soltura de movimientos de nuestros caballos, su carga, por el simple peso asaltante, debía ser irresistible para la mejor infantería. Si sus carros no tenían la solidez de los nuestros, eran mucho más livianos y recorrían con extraordinaria rapidez largas distancias, facilitando en sumo grado la marcha de tropas y convoyes. La superioridad de su artillería estribaba en el abundante número y en el grueso calibre de las piezas con relación á su tamaño, en la ligereza del montaje y en la instrucción y copiosa dotación de sus artilleros. En cuanto á las armas de fuego, cortas ó manuables, eran todas de percusión: las yogas que usaba la caballería se cargaban instantáneamente levantando la parte inferior del cañón: los rifles de la infantería, aunque del calibre de catorce adarmes, se cargaban con bala y tres postas y tenían un alcance mucho mayor que el de nuestros fusiles y mira más ajustada y segura: llamaba la atención por lo grueso el

pistón de estas armas, y, necesariamente, el casquillo ó cápsula fulminante era grande, y tal su potencia, que por sí sólo hacía salir del cañón un taco de los nuestros comunes. La cartuchería estaba cuidadosamente construida con papel fortísimo é hilos de cáñamo delgado que dividían las balas de la pólvora. Esta, por último, era de la llamada "cortadilla," de gran fuerza y poco susceptible de humedecerse. Si las armas de fuego de que hablo han quedado en atraso ante las modernas, representaban entonces un gran adelanto respecto de las nuestras, y entiendo que aún hoy no serían despreciables su seguridad y la sencillez de su manejo, que no exige la instrucción ni el cuidado que los fusiles últimamente inventados.

Al lado de todas estas ventajas, había defectos y circunstancias desfavorables para el invasor, y que eran notorias. El desaseo de sus cuarteles y aun de las casas ocupadas por oficiales, llamaba la atención: los pisos de éstas quedaban casi entapizados de camisas y calcetines inservibles, y no era raro ver desde las calles en los balcones baterías completas de vasos de barro destinados á los usos más bajos, formando contraste con los tiestos de flores de las jalapeñas. Facilitábase la adquisición de armas norte-americanas de fuego, como rifles, yogas y pistolas giratorias de cinco tiros, que, los voluntarios principalmente, vendían á precio cómodo. En la adquisición y el reparto de forrajes y de efectos alimenticios para la tropa solían abundar el desor-

den y la mala fe: de lo primero suministran gravísimas pruebas, entre otros documentos, los partes oficiales del teniente coronel Mackintosh, jefe de uno de los convoyes salidos de Veracruz para Puebla; y en cuanto á lo segundo, era muy común que los compradores de sal, azúcar, harina y otros artículos para el ejército, exigiesen de los vendedores recibo por sumas de dinero mucho mayores que el importe. Se puede asegurar que faltaban frecuentemente la economía y el cuidado en el manejo de fondos, y que á causa de ello la guerra de México costó á los Estados Unidos el doble de lo debido. Por último, eran también patentes la falta de armonía entre los generales y de subordinación de alguno ó algunos de ellos al comandante en jefe, quien tuvo serias dificultades y disgustos por tal causa. (172)

Unas y otros fueron viniendo á poco para el vecindario de Jalapa y sus autoridades municipales, como consecuencia precisa del estado de guerra, de la pugna latente entre invasores é invadidos, y de la formación de las guerrillas. Desde los primeros días Scott había dicho en alguna de sus proclamas: "....Mis órdenes,

(172) Aun en la tropa, no siempre la subordinación de los soldados á sus oficiales era completa. En un campamento cerca de Veracruz, el general Patterson se halló en la necesidad de cerrar á golpes con algún voluntario, y hemos visto á los de Walker, en Jalapa, tender sus rifles sobre el mayor Lally en un momento de exaltación.

sabidas de todos, son terminantes y rigurosas. En virtud de ellas han sido ya castigados algunos americanos con multa impuesta á beneficio de los mexicanos, y con prisión: y ha sido ahorcado uno por rapto. ¿No es esto una prueba de buena fe y severa disciplina? Pues se darán otras siempre que se descubra que ha sido perjudicado algún mexicano. Por otra parte, los perjuicios que hicieren los individuos ó partidarios de México que no pertenezcan á las fuerzas públicas, á los individuos, partidas sueltas, trenes de carros, tiros de caballos ó mulas de carga, ó cualquiera persona ó propiedad de este ejército, en contravención á las leyes de la guerra, serán castigados con rigor, y si los culpables mismos no fueren entregados por las autoridades mexicanas, "recaerá el escarmiento en ciudadades, villas y vecindarios enteros." (173) Terribles como eran estas prevenciones, comenzaron á ser

(173) Del 20 al 29 de Abril había expedido el cuartel general diversas órdenes, nombrando al general Twiggs gobernador y al coronel Childs comandante militar de Jalapa, de que se formó un departamento con todo el espacio entre Plan del Río y la Hoya; mandando cerrar las casas de juego; que todos los oficiales mexicanos no juramentados se presentaran á la autoridad militar; que los vecinos entregaran los fusiles pertenecientes al ejército mexicano, y que los alcaldes municipales fueran pecuniariamente responsables de los robos.

aplicadas. El importe de algunos equipajes de la oficialidad, robados ó extraviados en caminos inmediatos, fué exigido de los munícipes á prorrata: el homicidio de algún soldado ó correo causó la detención ó prisión momentánea del alcalde D. José María Ruiz en la casa del comandante militar: de los ranchos cercanos eran traídos por partidas sueltas forrajes, caballos, mulas y hombres: apareciendo en los suburbios de la ciudad el cadáver de un norte-americano asesinado sin que se pudiera descubrir al homicida, la patrulla que le buscaba fusiló á un infeliz zapatero que en alguna accesoria no distante trabajaba en su oficio, rodeado de su mujer y sus hijos: la compañía de voluntarios de caballería del capitán Walker, especie de contraguerrilla dependiente del mando militar de Perote, hacía rápidos descensos y era el azote de todas aquellas regiones: en uno de tales descensos avanzó hasta Coatepec, estuvo á punto de apoderarse del gobernador Soto, y á su regreso á Jalapa, traían sus rifleros los paramentos y vasos sagrados de la iglesia del Corazón de Jesús que saquearon en la expresada villa. (174) ¡En esto ha-

(174) Walker murió más adelante en Huamantla. Su fuerza, formada de la hez de los voluntarios, dejó memoria amarguísima en todas aquellas comarcas.

Lo mismo se puede decir de casi toda la fuerza de voluntarios de Wynkoop. Un erudito amigo mío residente en Bruselas, me comunica á tal respecto el siguiente pasaje de la

bían venido á parar las promesas solemnes del manifiesto de Scott! La existencia de autoridades mexicanas llegó á ser casi imposible, y en

obra alemana "Cartas sobre la Guerra entre Norte-América y México" por Carlos de Grone, teniente del ejército prusiano, Brunswick, 1,850. págs. 62 y 63:

"Desde los primeros días de nuestra entrada en Jalapa hubo algunos soldados heridos y aun muertos, aisladamente, por los habitantes de la ciudad: los robos y excesos que aquellos cometían, fueron probablemente la causa. El alcalde aseguró que le era imposible evitar esos actos, ni los hurtos de cosas pertenecientes á los americanos. Entre las tropas del mayor Lally se reforzó la disciplina al grado de hacer cesar el saqueo y los robos con asalto: lo cual no hizo sino alentar á los voluntarios llegados de Perote, que mandaba el coronel Wynkoop. La numerosa canalla que formaba su tropa cometía diariamente los actos más escandalosos; por ejemplo, asaltar y robar á las señoras en las calles, hurtos en las casas, fracturas de puertas, saqueo de las iglesias, etc. En el hotel de Veracruz, donde yo estaba alojado al principio, vivían, además del coronel, cosa de diez oficiales suyos. Siete de éstos se fueron sin pagar sus cuentas, y de los cinco cuartos en que los oficiales estaban alojados, se robaron la ropa de cama, las cortinas, toallas y hasta la ropa de uso del hotelero que estaba secándose en el jardín: por último, cuatro camisas mías. Varias veces ví soldados

algunos períodos fueron completamente sustituidas por comisiones militares. Por otra parte, la ciudad tuvo mucho que sufrir de la entrada y salida de invasores y de guerrillas pues no estuvo constantemente ocupada por los primeros, y se puede decir que llegó á ver con igual horror á unos y á otras.

Más afortunada Veracruz, gozó de paz y seguridad desde su ocupación hasta el reembarque de los norte-americanos. (175) Según Ler-

---

de las tropas americanas con sarapes mexicanos, sillas, frenos y otros objetos, enteramente nuevos y sin duda robados, ir á dicho hotel para venderlos á sus oficiales, y á éstos comprárselos."

El barón de Grone, en su calidad de viajero subió de Veracruz á Jalapa con el convoy del mayor Lally, y tuvo que batirse en el camino con nuestras guerrillas, como se dice más adelante en este mismo capítulo.

(175) Otro tanto se puede asentar respecto de Orizaba, ocupada poco tiempo después de la salida de la división que formó allí Santa-Anna, por una sección de voluntarios norte-americanos, á la que reemplazaron tropas de línea, no retiradas sino después que se firmó la paz. Los invasores no cometieron allí excesos; pero solían expedicionar en partidas sueltas á Córdoba, y volver cargados de gallinas, frutas y otros efectos que no podían ser considerados como botín de guerra. Era uno de los alcaldes municipales de Orizaba en aquella época D. José Joaquín Pesado.

do ("Apuntes históricos de Veracruz"), aunque sometida durante dieciseis meses, poco ó nada tuvo que sufrir bajo otros respectos: limitada allí la política de los invasores á conservar el punto mientras se hacía la paz, y á disponer de las rentas del gobierno general, procuraban atraerse simpatías impidiendo á la soldadesca cometer desórdenes, pagando todo lo que tomaban, cuidando de la conservación de los establecimientos de beneficencia y demás ramos del servicio municipal, sin separar de sus destinos á los mexicanos que antes los ocupaban; administrando imparcial justicia, aboliendo el estanco del tabaco y los impuestos sobre el comercio interior, y dejando á todos los habitantes pacíficos en completa libertad de entregarse á sus ocupaciones. En cuanto al comercio con el extranjero, aparte de los obstáculos que hubo para enviar mercancías al interior á causa del riesgo que corrían de ser quitadas por las guerrillas, y también por lo caro de los fletes, (176) á la sombra del arancel de los Estados Unidos allí vigente, pudieron importarse, pagando muy bajos derechos, toda clase de efectos, aun de los prohibidoh por las leyes del país. Por lo que hace á autoridades, después de Worth, tuvo allí el mando político y militar el coronel Wilson hasta Diciembre de 1,847 que le recibió Twiggs: recogiéndole el primero de estos dos

(176) Se llegó á pagar 60 y 70 pesos por flete de carga de dieciseis arrobas, en mulas y carros.

jefes el 25 de Marzo siguiente, al regreso de Twiggs á los Estados Unidos. El concejo municipal que había sustituido al ayuntamiento, subsistió hasta el 3 de Marzo de 1,848, siendo disuelto en esta fecha por el repetido Twiggs y reemplazado por una junta de cinco oficiales del ejército; pero ya el 30 del mismo mes, por efecto de la paz, volvían á ejercer en Veracruz sus funciones todas las autoridades mexicanas que existían en Marzo de 1,847.

Precaria y nómade fué la existencia de las del Estado con posterioridad á la batalla de Cerro-Gordo. El gobernador Soto, con el consejo de gobierno se trasladó de Jalapa á Huatusco, yendo después á Misantla: reunió allí una corta fuerza con la cual y el grueso de las guerrillas hostilizó á alguno de los convoyes procedentes de Veracruz, y se dirigió en seguida á la costa de Sotavento, vagando por los pueblos no ocupados del enemigo. El comandante general D. Tomás Marín, careciendo de tropas regulares, tuvo que permanecer de simple espectador de los hechos de los guerrilleros, no obstante su propio brío y pericia. La legislatura se reunió en Huatusco de Julio á Septiembre de 1,847, y dictó algunas medidas para la reorganización de la guardia nacional; la requisición de armas por medio de juntas de armamento y defensa que debían instalarse en todas las cabeceras de departamento; la recompensa de los inutilizados en la campaña, y la excitativa á los Estados vecinos á fin de que enviaran fuerzas al de Veracruz, como aquel en que indudablemente se podía con más

seguro éxito hacer la guerra á los invasores. Pero todas estas providencias quedaban sin efecto, por la falta absoluta de recursos y el cansancio y la apatía que la misma guerra iba causando en las poblaciones.

La resistencia en casi todo el rumbo de Oriente. desde que Santa-Anna subió á Puebla con las tropas que había reunido en Orizaba, vino á fincar casi exclusivamente en las guerrillas. Formáronse en los Estados de Veracruz. Puebla y México, como se habían formado en el de Tamaulipas, donde, á las órdenes de los generales Urrea. Romero y Canales, causaban gravísimo daño al enemigo desde los días siguientes á la batalla de la Angostura. De los notables hechos de las de Puebla, al mando del general D. Joaquín Rea, me he de ocupar en alguno de mis próximos capítulos. Las de Veracruz, organizadas con autorización y por excitativa del gobernador Soto. tuvieron de principales jefes á los coroneles D. Juan Clímaco Rebolledo. de Coatepec. y D. Mariano Cenobio, de la costa: á los clérigos españoles D. Celedonio Domeco de Jarauta y D. José Antonio Martínez; (177) á D. Juan Aburto, D. P. Es-

(177) Ambos individuos, que indudablemente habían errado vocación, eran activos y valientes, y se hicieron temer mucho de propios y extraños. A fines de 1,847 se retiraron del camino de Veracruz á los Llanos de Apam y á inmediaciones de Pachuca. Martínez pereció en Zacualtipan atacado por una partida norte-americana en Febrero de 1,848: y Jarau-

coto, D. Leonardo Licona, D. Vicente Quirasco, D. Manuel y D. J. M. García, D. Vicente Salcedo, D. Francisco Mendoza, D. N. Alvarado, D. J. M. Vázquez y D. Jacinto Robleda. Este último formó una guerrilla de 30 jóvenes de Veracruz á quienes suministraban municiones, no sin grave peligro personal, D. Felipe Robleda (178) y algunos otros vecinos. Casi toda la demás gente de armas, que se cree nunca excedió de 800 hombres, era de Coatepec, Orizaba y algunos pueblos inmediatos á la costa. Sabido es que tales guerrillas, de caballería casi en su totalidad, eran fuerzas volantes parecidas á las de nuestra guerra de insurrección, y á las que en España prestaron buenos servicios en tiempo de la invasión francesa; y que su misión principal se encaminaba á hostilizar á tropas y convoyes del enemigo en su tránsito de Veracruz á Puebla y México, ó del interior á la costa. "Para que obraran—dice Lerdo, en su obra ya citada—con algún orden y concierto en sus operaciones, previno el gobernador que todos los guerrilleros estuvieran bajo el mando de Rebolledo, á quien se

---

ta que, después de firmada la paz, se pronunció con Doblado por la continuación de la guerra, fué fusilado en Julio del mismo año.

Rebolledo, años después, ejerció los mandos civil y militar del Territorio de la Baja-California, y entiendo que allí murió.

(178) Teniente de la compañía de granaderos del batallón de guerdia nacional de Veracruz, durante el asedio de dicha plaza.

nombró jefe de las líneas entre el puerto y Jalapa y Orizaba. Esta disposición no fué obedecida, obrando cada partida á voluntad de su jefe, lo que ocasionó que, por una parte, no hicieran al enemigo todo el daño que pudieran haberle hecho, mientras que, por otra, causaban grandes perjuicios al comercio y á algunos de los desgraciados arrieros mexicanos que transitaban por aquel rumbo; valiéndose los guerrilleros para esto de la providencia que se había dictado prohibiendo todo tráfico con los puntos ocupados por los norte-americanos." Y antes había el mismo escritor asentado, hablando de las guerrillas: "Provocando duras represalias de parte de los norte-americanos, no tardaron en difundir la muerte y la desolación en todos los pueblos y campos inmediatos á los caminos que por Jalapa y Orizaba conducen á la capital." Terribles fueron, realmente, las represalias. Los invasores, para perseguir á las guerrillas, organizaron algunas fuerzas por el estilo de la de Walker, y, no pudiendo dar con los guerrilleros, desconfiaban de los habitantes de ranchos y haciendas, incendiaban algunas fincas y mataban á muchas personas pacíficas, dejando desiertos por el terror no pocos poblados.

De la relación que el repetido Lerdo hace de las guerrillas en el Estado de Veracruz, y que es la más extensa que conozco, voy á extractar estas otras noticias. La primera guerrilla organizada fué la de Rebolledo, quien á principios de Mayo se había apoderado ya de

dos hatajos de mulas cargadas. Del 22 al 30 del mismo mes, según parte del expresado Rebolledo al gobernador Soto, las guerrillas de Jarauta, García y Vázquez tuvieron varios encuentros con el enemigo, matándole 102 hombres y quitándole 126 caballos y mulas aparejadas y de tiro, 28 barriles de vino y aguardiente, 23 bultos de diversas mercancías, 4 cajones de parque y 6 carros. Un convoy salido de Veracruz para Jalapa á fines del mismo Mayo, (179) escoltado por 800 norte-americanos, fué atacado en Paso de Ovejas y perdió mucha gente entre muertos y heridos, 40 carros que fueron incendiados, 1 bandera, 1 caja de guerra, 40 tiendas de campaña y otros efectos; y temiendo que toda su fuerza sucumbiera, salió de Veracruz á auxiliarle con 500 hombres el general Cadwalader. El 31 de Mayo atacó también Rebolledo á un destacamento norte-americano en el rancho de las Animas, á inmediaciones de Jalapa, y le quitó más de 200 mulas y caballos frisones, haciéndole 1 muerto y 3 heridos. Por estos días suspendieron sus viajes las diligencias de México á Veracruz, así por haber tomado Jarauta los caballos y mulas de las postas, como por la ninguna seguridad que había para los pasajeros, pues las guerrillas atacaban á todo el que transitaba entre Veracruz y Jalapa, y se dió el caso de incendiar literas y obligar á los viajeros á ir á pie hasta el puerto. Un nuevo

(179) El del teniente coronel Mackintosh, salido para Puebla, y puesto desde Paso de Ovejas al mando del general Cadwalader.

convoy salido de Veracruz en Septiembre, (180) fué atacado el 19 en Santa Fe. En 30 de Noviembre siguiente, avisó Cenobio al comandante general Marín haber tomado un hatajo de mulas cargadas que custodiaba el enemigo, y repartido el botín á los 150 hombres de su fuerza. En el mismo Noviembre, á consecuencia de lo mucho que se habían acercado las guerrillas, dejaron de entrar en Veracruz leche y verduras, y fué preciso que el gobernador civil y militar Wilson proporcionara escoltas á los rancheros introductores de dichos efectos. El 4 de Enero de 1,848 las guerrillas atacaron en Santa Fe otro convoy y le quitaron 180 mulas cargadas de mercancías de varios comerciantes, por valor de 125,000 pesos. (181) Todavía después de firmada la paz, en Febrero y Marzo, atacaron en el mismo punto de Santa Fe un nuevo tren de efectos, apoderándose de sedería por valor de 8.000 pesos: en la Antigua quitaron unos hatajos de mulas cargadas, matando ó hiriendo á los arrieros porque llevaban licencia de los norte-americanos para la portación de armas, y acometieron en la Soledad á un destacamento de los Estados Unidos quitándole 3 carros y haciéndole 13 muertos y otros tantos heridos. Además de lo expuesto, habían destruido en el camino de

(180) Probablemente se refiere esta noticia al del mayor Lally, salido el 6 de Agosto.

(181) Gran parte de estos efectos pertenecía á D. Francisco Fernández Agudo, comerciante rico de Jalapa.

Veracruz á Jalapa el puente de Plan del Río "con lo cual—dice Lerdo—no perjudicaron tanto á los americanos como al gobierno mexicano, porque su posición en 1,854 y la construcción de un puente provisional de madera que se hizo allí antes, costaron á la República más de 80,000 pesos." A propósito de puentes, agregaré que el Nacional, importantísima construcción realizada bajo el gobierno español en el mismo camino, estuvo á punto de ser también destruido, y acaso no lo fué por falta de los elementos necesarios.

En los partes oficiales norte-americanos que poseo, no hallo, relativamente á los hechos de las guerrillas en el Estado de Veracruz, otras noticias que las contenidas en los despachos del teniente coronel Mackintosh, del general Cadwalader y del mayor Lally, jefes los dos primeros del convoy salido de Veracruz á principios de Junio de 1,847, y comandante el último del que se puso en marcha en Agosto del mismo año. Tales noticias, sin embargo, abrazan las principales operaciones de estas fuerzas mexicanas contra el enemigo.

El teniente coronel Mackintosh con dos compañías montadas del 3o. de Dragones, una á pie del mismo regimiento, y otras seis de infantería, ó sea un total de más de 600 hombres, y conduciendo un tren de 128 carros y cerca de 500 mulas de carga en que venían dinero en cantidad de 300 á 500,000 pesos y municiones de guerra para el ejército, salió de Veracruz el 5 de Junio con destino al cuartel general, á la sazón en Puebla. Se había divulgado la noti-

cia de lo considerable de los fondos conducidos, lo cual hizo que se reunieran casi todas las guerrillas á atacar el convoy Por otra parte, el calor excesivo, la circunstancia de ser en su mayor parte gente del Norte la de la escolta; la de ser mexicanos los carreteros y no entender la lengua de oficiales y soldados, y hasta la falta de previsión y de orden que resultó en el acopio y distribución de raciones y forrajes, hicieron dificultosa la marcha casi desde el momento de emprenderla. El convoy á unas tres millas de Veracruz empezó á ser tiroteado y á tener que abandonar algunos de sus carros. El segundo día récorrió el trayecto de San Juan á Santa Fe y sufrió un ataque más serio, que fué rechazado, aunque hubo que abandonar nuevos wagones, uno de los cuales saquearon los guerrilleros: se pasó el contenido de la mayor parte de los vehículos inutilizados á los útiles, quedando así sobrecargados éstos. Siguióse avanzando el tercer día con las precauciones necesarias, viniendo la tropa á la cabeza y retaguardia y á los lados del convoy, que ocupaba grandísimo espacio. Al pasar frente á un escampado en cuyo fondo había espeso bosque, se recibió el fuego de las fuerzas mexicanas apostadas en el monte, y aunque fueron atacadas y desalojadas, hubo vacilación de parte de las compañías sobre ellas destacadas por Mackintosh. Ocupó este jefe las alturas convecinas y pernoctó en ellas; pero se convenció de lo insuficiente de su fuerza y pidió á Veracruz auxilio de gente y de carros, aunque siguiendo él á

otro día en marcha hasta Paso de Ovejas, adonde llegaron el 7, después de nuevas escaramuzas, 104 carros y 417 mulas de carga; habiendo quedado de Veracruz allí, inutilizados y abandonados 24 carros, (182) cuya carga en parte fué trasladada á los demás, y en parte tomada por las guerrillas y los rancheros comarcanos. En los diversos combates y tiroteos tuvo la tropa norte-americana 6 muertos y 19 heridos, sin contar las muchas bajas de los carreteros.

Las comunicaicones de Mackintosh y de sus subalternos dan idea del desorden y barullo que solían reinar en la administración del ejército y á que me he referido en este mismo capítulo. El convoy se había puesto en marcha sin las raciones y el forraje necesarios para la escolta y los animales, ignorándolo el jefe, á quien tampoco se había hecho saber ni el monto de los caudales cargados, ni el número de mulas, ni el contenido de los carros.

El 11 de Junio fué alcanzado Mackintosh en Paso de Ovejas, donde había tenido que detenerse, por el general Cadwalader, salido de Veracruz el 8 con 500 hombres y 2 obuses de la batería del regimiento de Cazadores; y este jefe asumió el mando del convoy, que se puso de nuevo en marcha esa misma tarde. Al llegar al Puente Nacional, halló á las guerrillas posesionadas de dicho punto y de las alturas dominantes que no podían ser tomadas

(182) Cuarenta, según la versión mexicana que acabo de citar.

sin atravesarlo. La infantería, apoyada en los obuses, embistió y ocupó bajo un fuego vivísimo los parapetos del puente: las alturas de la derecha fueron también tomadas por la compañía del capitán Pitman del 9o. de infantería, y por otro destacamento á las órdenes del capitán Hooker. Hubo allí una pérdida de 32 hombres entre muertos y heridos, aparte de los carreteros, y asienta Cadwalader que si la acción no hubiera tenido lugar ya de noche, su propio daño habría sido mucho mayor, á causa de lo fuerte de la posición atacada.

El 13, después de enviar bien escoltados á los heridos hacia Veracruz, siguió el convoy para Plan del Río, siendo tiroteado desde las chaparrales al lado del camino; pasó por Cerro-Gordo el 14, no sin que las tropas, por precaución, ocuparan préviamente las principales alturas; y el 15 llegó á Jalapa, donde fué reforzado por la brigada del coronel Childs, que guarnecía y desocupó á dicha ciudad, y que se componía de cuatro compañías del 2o. de Dragones, el primer regimiento de artillería incluyendo la batería del capitán Magruder, de 2 bomberos de á 12 y 1 obus de montaña, y el 2o. regimiento de voluntarios de Pensylvania al mando inmediato y respectivo del capitán Blake, del mayor Dimick y del coronel Roberts. No se menciona el número de soldados de la brigada.

Antes de salir de Jalapa el 18 con el convoy y este nuevo refuerzo, supo Cadwalader que una reunión de tropas mexicanas considerable le aguardaba en las alturas de la Hoya,

en cuyo pueblo pernoctaron los norte-americanos el 19. (183) Al acercarse á otro día temprano á la garganta formada por los cerros, á la salida del pueblo, en dirección á México, los hallaron realmente ocupados por numerosa tropa. Avanzaron cuatro compañías con el capitán Winder, del 1o. de artillería, reforzadas á poco por otras dos á las órdenes del mayor Dimick, y tomando esta fuerza la retaguardia á la mexicana, la obligó á replegarse al través del camino carretero, donde se encontró con la norte-americana que el coronel Wynkoop, comandante militar de Perote, había traído de dicho punto después de ponerse de acuerdo con Cadwalader, por medio de correos, para obrar en combinación con éste el 20 muy temprano, á la espalda de sus contrarios. El expresado Wynkoop, al saber que una fuerza como de 300 hombres se había interpuesto en la Hoya para atacar el convoy, dió aviso al jefe de éste; recogió los caballos útiles que había en la hacienda de San Antonio; salió del castillo de San Carlos á las diez de la noche del 19 con los rifleros Walker y unos 200 infantes de su propio regimiento, el 1o. de voluntarios de Pennsylvania, ó sea un total de 250 hombres: hizo en la madrugada del 20 replegarse de las Vigas á las avanzadas de Alvarez, y se halló en el camino carretero al pie de los cerros de la Ho-

(183) Parece que la fuerza mexicana á que se hace referencia era del ejército, y se componía principalmente de 400 caballos á las órdenes de un coronel ó general Alvarez.

ya en el momento requerido. Desalojada de las alturas la fuerza mexicana por las compañías que sobre ellas destacó Cadwálader, al replegarse sobre la vía pública se encontró, como he dicho, con la sección de Wynkoop, y se rompieron nutrido fuego una y otra. El avance del grueso de la brigada de Childs puso definitivamente en retirada á los mexicanos en número como de 700, perseguidos por espacio de más de dos millas; y dejaron 7 ú 8 muertos en el campo, llevándose á sus heridos. Momentos antes, al obligarlos á abandonar las alturas de la Hoya, las tropas procedentes de Veracruz les habían hecho cuatro muertos y seis prisioneros. De la pérdida norte-americana no se habla en los partes, y sólo hallo que en la marcha de la madrugada del 20, de las Vigas á la Hoya, 8 dragones de los de Walker cayeron en una zanja, matándose ó inutilizándose los caballos.

El convoy acampó la noche del 20 cerca del pueblo de las Vigas, y á las doce del día siguiente llegó á Perote, donde fué preciso comprar y reunir mulas de tiro, y donde Cadwalader recibió de Veracruz orden del general Pillow de no moverse de allí hasta la llegada de este jefe, que tuvo lugar el 1o. de Julio. Uno ó dos días después salió de Perote para Puebla el convoy, á las órdenes del mencionado Pillow.

En el intermedio de la subida de estas fuerzas hasta Puebla y de las del mayor Lally á Jalapa, llegó á Perote el 1o. de Agosto (1,847), procedente de Veracruz, el general Pierce con

2,400 hombres de todas armas, después de haber sido atacado cinco veces en el camino. Dice en su parte respectivo que el puente de San Juan quedaba ya destruido: que murieron de vómito 9 de sus soldados, y 3 de resultas de heridas, y que debía salir de Perote el 2 de Agosto y hacer cinco días de marcha hasta Puebla, de donde salió con algunas fuerzas á encontrarle en Ojo de Agua el general Persifor Smith.

El mayor Lally, comandante del 9o. de infantería, salió de Veracruz hacia el interior el 6 de Agosto con una brigada de 1,000 hombres, compuesta de once compañías del 4o., 5o., 11o., 12o. y 10o. de infantería y Cazadores, y dos compañías de caballería de los voluntarios de Georgia y Luisiana, y trayendo una batería de 2 obuses de 6 pulgadas al mando del teniente Sears del 2o. de artillería. Se le agregaron en el camino los días 15 y 17 la compañía de infantería del capitán Besançon y un piquete de 13 caballos de los voluntarios de Luisiana. Toda la expresada fuerza escoltaba un tren de 64 carros y, para protegerlos, la dividió y colocó Lally á vanguardia y retaguardia, dejando en el centro una reserva de dos compañías y haciendo que la caballería caminara á los lados del convoy. La vanguardia ó ala izquierda quedó al mando del capitán Hutter del 6o. de infantería, y la retaguardia ó ala derecha, á las órdenes del capitán Winans, del 15o. de la misma arma.

Lally llegó á Jalapa el 20 de Agosto sin perder—dice—un sólo carro, habiendo sufrido y

rechazado cuatro ataques principales: el primero en Paso de Ovejas, el segundo en el Puente Nacional, el tercero en Cerro-Gordo, y el cuarto en las Animas, á media legua de Jalapa. Dice también que el rumor de que en este convoy venía mucho dinero para el ejército, causó la reunión muy considerable de fuerzas mexicanas y el empeño con que le hostilizaron, no bajando seguramente de 1,500 hombres en los tres primeros ataques, y siendo menos numerosas en el último. Las formaban, agrega, todas las guerrillas del Estado de Veracruz á las órdenes del gobernador Soto y de algunos jefes del ejército mexicano, entre quienes figuraba un general Moreno, firmante de cierta orden del día hallada en la ropa de alguno de nuestros muertos en Cerro Gordo.

El primer ataque tuvo lugar en Paso de Ovejas el 10 de Agosto. Después de algún tiroteo habido en la mañana, los guerrilleros, que en parte se habían posesionado de unas ruinas en determinada altura á la derecha del camino, embistieron á un mismo tiempo frente, centro y retaguardia del convoy. Los obuses dispararon con metralla sobre la gente de las ruinas, desalojada á poco por el ala izquierda norteamericana que se había adelantado, con excepción de dos compañías dejadas para proteger la cabeza del convoy: en ésta, en la retaguardia y en el centro, fueron rechazados los respectivos ataques de las guerrillas durante más de una hora, por los capitanes Winans y Hutter y por el teniente Clinton

Lear, quedando heridos 2 oficiales y 9 soldados.

El 12 de Agosto hubo una nueva función de armas al llegar el convoy al Puente Nacional, guarnecido por las guerrillas, lo mismo que las alturas inmediatas. Formaron columna y avanzaron sobre el puente, á las doce y media del día, con las dos piezas movidas á brazo, tres compañías del 11o., 12o. y 15o. de Infantería á las órdenes de sus capitanes ó tenientes Loring, Clarke y Wilkins, bajo muy vivo fuego de los cerros y del puente mismo á cuyo parapeto no pudieron llegar las piezas; siendo en seguida llevadas hasta la cabeza del convoy y colocadas en eminencias á izquierda y derecha, para que desde allí dispararan, como lo hicieron, sobre las diversas posiciones de las guerrillas. El fuego de una de estas piezas y el avance de la infantería desalojaron á los ocupantes del parapeto en el puente; y las citadas compañías se mantuvieron en él durante algunas horas de fuego, hasta que, batidas las alturas más distantes por la otra pieza de artillería á las órdenes inmediatas del teniente Sears, otro destacamento de infantería atravesó por completo el puente. y los norte americanos, al anochecer, tomaron posesión del pueblo; retirándose de las alturas las fuerzas contrarias, que antes no pudieron ser atacadas por la infantería por impedirlo el río, cuyas orillas son allí muy acantiladas, y no haberse descubierto vado ó sendero. En este combate murió el oficial Twiggs, ayudante é hijo ó sobrino del general del mis-

mo apellido; y pelearon los viajeros barón Von Grone, alemán, y Johnson, inglés, el segundo de los cuales fué muerto á otro día en Plan del Río. (184) La pérdida total de los norteamericanos consistió en el expresado oficial Twiggs y 12 soldados muertos, y 4 oficiales y 43 soldados heridos, siete de ellos mortalmente. Permaneció Lally en el Puente Nacional hasta la mañana del 14, para dar tiempo á que, si venía de Veracruz algún refuerzo, se le uniera allí, y llegó á Plan del Río esa misma tarde.

Determinó detener en este último punto el tren para aprovechar pasturas y forrajes que ya se le escaseaban, y dar algún descanso á los enfermos que se le habían reunido en gran número, principalmente por lo alto de la temperatura y lo penoso de las marchas del día anterior. Dejados allí dichos enfermos y una compañía de infantes á cuidar de carros y mulas de carga, se adelantó Lally en la mañana del 15 con el grueso de su gente á reconocer á los contrarios y desalojarlos de las posiciones que indudablemente habrían ocupado en Cerro Gordo. Halló, en efecto, á las guerrillas guarneciendo no solamente los tres puntos salientes ó promontorios en que hubo las tres baterías que constituyeron la extremidad de-

---

(184) El barón de Grone era en 1,850 teniente del ejército prusiano y autor de las "Cartas sobre la Guerra entre Norte-América y México," citadas en otra nota de este mismo capítulo.

recha de nuestra línea defensiva en Abril, sino también los parapetos á lo largo del camino, á su izquierda, y el chaparral y las alturas á la derecha, entre la vía carretera y la que siguió Twiggs por el monte la víspera de la batalla: había, además, una sólida trinchera de cuatro pies de espesor, al través del camino nacional, como á 300 yardas del Telégrafo. Lally, que había organizado casi toda su gente útil en un solo cuerpo de infantería á las órdenes del capitán Hutter, del 6o. regimiento, avanzó, recibiendo desde luego el fuego de las alturas de su derecha; hizo que su artillería disparara sobre ellas, y que cuatro compañías de infantes las ocuparan. Otro golpe de tres compañías á las órdenes del teniente Ridge'y y llevando de guía al teniente Clutz, de voluntarios de Pennsylvania, que se había hallado en el ataque de Pillow el 18 de Abril, fué enviado contra las tres antiguas baterías de la izquierda; tomó la del centro como á las cuatro de la tarde, sufriendo los disparos de un cañón de á 9 que por lo alto de su puntería no le causó gran daño; y, convirtiendo entonces sus propios fuegos sobre las otras dos baterías y los parapetos á lo largo del camino, hizo huir de todos estos puntos á las guerrillas, que abandonaron 2 obuses de á 9 desmontados y clavados, y copiosa cartuchería de fusil. Ocupadas por Hutter las demás alturas de la izquierda y destruída en la noche, por el teniente Leigh y sus cazadores, la trinchera levantada al través del camino, á la mañana siguiente llegó Lally á la

ranchería de Cerro Gordo. é hizo que sus tropas pernoctaran el 16 en las lomas inmediatas á la carretera. Su pérdida fué de 2 muertos y 11 heridos: hizo 4 prisioneros y por ellos supo que las bajas de las guerrillas habían sido numerosas.

Desde el 15. á la llegada del doctor Cooper. á quien escoltaban 13 dragones de voluntarios de Luisiana, supo Lally que se aproximaba un refuerzo salido de Veracruz, y envió á su encuentro al capitán Besançon al frente de 50 caballos: este destacamento halló ocupado de nuevo el Puente Nacional por las guerrillas, é infiriendo que el refuerzo habría tenido que retroceder, se volvió á Plan del Río. (185) De

(185) Según las noticias pocos días después publicadas en el "Picayune" de Nueva Orleans, al ser atacado en Paso de Ovejas el mayor Lally, pidió á Veracruz refuerzos, y de dicha ciudad salieron en auxilio suyo tres compañías de infantes y algunos dragones al mando del capitán Wells, del 12o. regimiento de infantería. El 14 de Agosto acampó esta fuerza en el Puente Nacional, y á otro día envió Wells al Doctor Cooper y al teniente Henderson, escoltados por unos cuantos dragones. á que dieran aviso á Lally de la aproximación del refuerzo. El capitán Wells no volvió á saber de sus enviados, á quienes dió por muertos: avanzó algunas millas más; tuvo algunas escaramuzas con las guerrillas. y uno ó dos días después. retrocedió y se vió atacado de un golpe de ellas en el mismo Puente Nacional. "Ce-

este último punto se puso en marcha el 17 todo el tren de carros y mulas, después de haber pasado allí tres noches.

En la tarde del 19, en el rancho de las Animas, á milla y media de Jalapa, fué por cuarta y última vez atacado el convoy por las guerrillas, posesionadas de una cerca en altura dominante á la izquierda. Lally hizo retirar su propia descubierta de caballería, les dirigió algunos disparos de artillería con me-

---

ca del puente—dice la relación del Picayune" --no se veía un solo mexicano, cuando de repente, un enjambre de ellos, mezcladas caballería é infantería, se les apareció, empezando un fuego vivísimo con escopetas, fusiles y dos piezas pequeñas, y de cuando en cuando cohetes á la Congréve. Los cañones y cohetes se disparaban desde el fuerte de la loma á la izquierda del camino. El capitán Wells contestó el fuego; pero viendo que los enemigos eran mucho más numerosos, dió la orden de retirarse. Como le habían matado casi todas sus mulas, tuvo que dejar cuatro ó cinco carros en el campo, y en consecuencia, su gente sufrió algo en su vuelta á Veracruz. Incluyendo el piquete del teniente Henderson y los que perecieron de calor y fatiga, el número total de muertos ascendió á 40 hombres. Agregado á la expedición, como aficionado, se encontraba M. A. Hayes, del "Delta" de Nueva Orleans." Ya hemos visto que el Doctor Cooper y el teniente Henderson llegaron á unirse al mayor Lally.

tralla, les cargó con infantería á lo largo de las lomas de su izquierda. y después de una hora de fuego, tuvo expedito el camino á costa de 2 muertos y 6 heridos. El mismo Lally se contó entre los últimos. recibiendo en el cuello un balazo que por mucho tiempo le tuvo sin movimiento la cabeza; dejando con tal motivo desde luego el mando del convoy á su ayudante general el capitán Alword. Como era ya de noche é ignoraba qué recibimiento se les haría en Jalapa, (168) envió Lally al teniente Russell de su estado mayor, con una comunicación para el alcalde municipal. Las guerrillas desalojadas de las Animas, habían entrado, en parte al menos, á la ciudad, y algunos de sus hombres de á caballo se tirotearon con Russell y le hirieron en la calle Principal, quedando sin respuesta la comunicación de Lally, quien pernoctó en las Animas con su gente sobre las armas, y á otro día temprano (el 20 de Agosto) entró en Jalapa con una pérdida total, de Veracruz á allí, de 93 muertos y heridos y 13 dispersos: en junto 106 hombres. Como además llevaba cerca de 200 enfermos, tuvo que detenerse algún tiem-

---

(186) No había tropas ni autoridades norteamericanas allí. El tiroteo se empezó á oir á las seis de la tarde y causó mucha alarma y agitación en el vecindario. Se dijo entonces que el ayudante de Lally, acometido y herido en las calles, lo fué por la guerrilla de D. Gorgonio Guzmán.

po en la expresada ciudad á fin de reorganizar su brigada.

Poquísimos casos se dieron de que las guerrillas fueran sorprendidas por las fuerzas norte-americanas encargadas de perseguirlas. Uno hubo, sin embargo, que estuvo á punto de costar la vida al jefe principal de aquellas; que tuvo por consecuencia la muerte de dos buenos oficiales, y que causó emociones y dejó recuerdos inolvidables en el Estado de Veracruz.

Por el 19 ó 20 de Noviembre (1847) una partida volante norte-americana cayó á inmediaciones de Jacomulco sobre alguna de las guerrillas de Rebolledo, y aprehendió y trajo á Jalapa al expresado coronel, al teniente del 11o. regimiento de infantería D. Ambrosio Alcalde, (187) al teniente de algún cuerpo de Veracruz, D. Antonio García, al teniente ó capitán de la guardia nacional de Jalapa. D. Rafael Covarrubias, y á otro ú otros dos oficiales, dejándolos con centinelas de vista en dos piezas de la Posada Veracruzana. Comparecieron ante una comisión militar que empezó á juzgarlos sumariamente y, hallando que García y Alcalde, en la capitulación de Veracruz. empeñaron palabra de no empuñar de nuevo las armas hasta ser canjeados, condenó el 23 á muerte á estos dos oficiales. Rebolledo, Covarrubias y los demás presos. que no estaban

(187) Hijo del coronel D. Diego María Alcalde. antiguo gobernador de la fortaleza de Perote, y que residía á la sazón en Puebla.

en el mismo caso, lograron dar largas á su causa y ser llevados á la fortaleza de Perote; no obstante que los jueces querían condenar también á muerte al primero, por su carácter de jefe, y mal prevenidos de resultas del gesto irónico natural y permanente en Rebolledo. (188)

Los parientes de Alcalde, apadrinados por el Sr. Kennedy—escocés rico y respetable que llevaba muchos años de residir en Jalapa, y á quien esta ciudad debió notables servicios en toda la época de la invasión—dieron pasos inmediatamente en solicitud de que se conmutara la pena á aquel joven y á su compañero de infortunio. Vieron al gobernador y comandante militar (coronel Hughes, si mal no recuerdo) y al mayor general Patterson, que estaba allí á la sazón; pero uno y otro les manifestaron que la sentencia de la corte marcial había sido ya confirmada y no tenían ellos facultad para revocarla. Hughes indicó, sin embargo, la idea de que el ayuntamiento solicitara la conmutación; y en el acto nombró este cuerpo una comisión compuesta del alcalde 1o. D. José María Ruiz, de los regidores D. José Ruiz Sánchez, D. Macario Ahumada y D. José Luis Rodríguez, y del síndico D José María Rodríguez Roa, quienes, acompañados del Sr. Kennedy, que sirvió de intér-

---

(188) Su defensor, D. Diego Kennedy, trabajó no poco en persuadir á los individuos del consejo de guerra de que Rebolledo no se burlaba de ellos como creían.

prete, obtuvieron larga y cordial audiencia de Patterson, aunque sin lograr su objeto; no obstante, las circunstancias que alegaron de haber obligado el gobierno á sus oficiales juramentados á continuar en el servicio; de la miseria y el desamparo en que se vieron después de la capitulación de Veracruz; de no haber sido aprehendidos Alcalde y García en acción de guerra, sino desempeñando alguna comisión del gobernador Soto, y hasta de la poca edad del primero de ellos, que sólo tenía de veinte á veintiún años. Patterson repitió su primera respuesta, y agregó que la sentencia era justa, porque se había probado á los reos su perjurio; que el perdón en aquellas circunstancias sería perjudicial á los mismos mexicanos, porque en los combates subsecuentes no se daría cuartel á los prisioneros, sabiéndose que podían quebrantar impunemente su palabra; que si lo otorgara perdería él entre sus subordinados el prestigio indispensable para tenerlos á raya: que esa misma mañana había hecho ahorcar á dos negros de un cuerpo de voluntarios, por el delito de homicidio, sin atender á las instancias de su propia oficialidad en favor de los reos, y que si ahora accediera á los deseos de la corporación municipal, quedaría sin el poder necesario para hacer respetar, como era su propósito, las vidas y propiedades de los vecinos. Nada lograron tampoco las autoridades eclesiásticas: ni las señoras que en masa se presentaron esa tarde en la casa del gobernador Hughes, y en cuyo nombre habló elocuentemente D. José

Ignacio Esteva; ni el aspecto de una preciosa niña de pocos meses, hija de Alcalde, presentada en brazos de la madre á los invasores.

Los dos oficiales condenados á muerte fueron transladados esa misma tarde, de la Posada Veracruzana en que estaban con los demás presos, á la capilla de la cárcel de ciudad, en las casas consistoriales, donde se confesaron en la noche, García con el cura Campomanes y Alcalde con el padre Aguilar, guardián del convento de San Francisco. A otro día muy temprano (24 de Noviembre de 1.847) recibieron la sagrada comunión, y en seguida las visitas de sus parientes y amigos. Ambos oficiales estaban serenos y resignados; se afeitaron y vistieron de riguroso uniforme, se desayunaron frugalmente, y Alcalde se hizo retratar por el pintor Castillo. Díjome que le enviara alguna pieza de ropa, y nunca olvidaré su voz dulce y tranquila, ni su apretado abrazo de despedida hasta la eternidad. La escolta aguardaba ya en la calle á los reos, que á pie y acompañados de un sacerdote, fueron llevados á la plazuela de San José y colocados á corta distancia de la pared del cuartel. Alcalde sólo á instancias del sacerdote se dejó vendar los ojos, y en pie y victoreando á México, recibió en unión de García la descarga de los rifles norte-americanos. En el lugar mismo en que cayeron las víctimas, se erigió después una modesta columna á su memoria.

Aquellos ensangrentados cadáveres, á los ojos del pueblo, que generalmente no discurre con otra lógica que la del corazón, no eran

de oficiales que expiaron la violación de su palabra, sino de firmes defensores de la independencia inmolados por el enemigo extranjero. El aspecto de unos y otro le llenó de dolor y le inflamó en ira al mismo tiempo. ¿No eran dignos de envidia los que con las armas en la mano se habían lanzado á montes y caminos, abandonando la quietud y seguridad del hogar, y luchando con la miseria y la muerte? ¿No había humillación y oprobio en oír el acento extraño en que recibíamos órdenes, y en presenciar espectáculos como el del patíbulo allí levantado? De él fueron piadosamente recogidos los cuerpos, puestos en ataúdes, y llevados á la iglesia parroquial, donde se les colocó entre gruesos cirios sobre una mesa cubierta de paño negro, mientras las naves resonaban con los rezos y el llanto de las mujeres. Mi padre solicitó la honra de recibir y tener en casa los cadáveres hasta la hora del entierro; pero el cura Campomanes dijo que la casa de Dios era primero que la de todos y cualquiera de los vecinos. Cerráronse las tiendas y habitaciones, y se vistió de luto la gente. En la tarde, á las notas de una música á la sordina, y abriendo la marcha, bajo cruz y ciriales, los sacerdotes con ornamentos negros, fueron los ataúdes llevados en hombros de personas decentes, seguidas de casi la totalidad del vecindario, desde la iglesia hasta el cementerio, pasando por las calles 1a. y 2a. Principal, en la última de las cuales vivía Patterson. Este jefe y su estado mayor salieron á los balcones, y se des-

cubrieron silenciosa y gravemente al paso de los cadáveres y de la numerosísima y enlutada comitiva que constituía una protesta muda, pero indudable, de simpatía y cariño á los fusilados y de adhesión á la propia nacionalidad. En el cementerio, acabadas las preces y en el momento de la inhumación, alguno de los presentes dió un viva á México, que fué calurosamente repetido por la concurrencia toda antes de disolverse. Ni ésta ni las demás demostraciones patrióticas de aquel día parecieron irritar ni causar extrañeza alguna á los invasores.

XXI

OCUPACION DE PUEBLA.

Base de nuestro nuevo ejército.—Movimiento de Santa-Anna con las tropas reunidas en Orizaba y San Andrés.—Escaramuza en Amozoc. Entrada de la división Worth en Puebla.—Reflexiones.

En alguno de mis últimos capítulos dejé al general Santa-Anna en Orizaba, á donde llegó sin tropas después de la derrota de Cerro Gordo.

Hallábase en dicha ciudad la brigada que Oaxaca despachó al mando del general D. Antonio León en auxilio del invadido Estado de Veracruz, y que constaba de unos 1,000 hombres con 2 piezas de artillería. Con los dis-

persos que iban afluyendo allí, se formaron otros dos batallones de Infantería de á 500 hombres, y una y otra fuerza constituyeron la base del nuevo ejército de operaciones, á que perteneció desde luego la caballería retirada de Cerro Gordo con Canalizo y que, puesta por el gobierno á disposición de Santa-Anna, fué mandada situar por éste en San Andrés Chalchicomula, á las órdenes del general Alcorta.

Con el empeño y actividad que le eran genales, se dedicó Santa-Anna á la organización é instrucción de las tropas en Orizaba. Ya en 1o. de Mayo había dirigido varias comunicaciones al gobierno pidiéndole vestuario, armamento y recursos pecuniarios "para cubrir—decía—las necesidades de este ejército que con mil trabajos y afanes se está reorganizando en esta ciudad y otros pueblos inmediatos, y asciende ya á 4,000 hombres." De 30.000 pesos que se le habían situado en Puebla, sólo recibió en Orizaba 21,000, por haberse destinado el resto á la caballería despachada á San Andrés Chalchicomula. Con fecha 3 de Mayo le avisó el ministerio de la Guerra haber dado orden de que se le reunieran una batería procedente de San Luis Potosí y otras dos piezas de á 4 con la correspondiente dotación de hombres y municiones, y de que se le remitiera todo el armamento disponible en los almacenes del parque general; agregando que en el resto de la semana le irían fondos, municiones y vestuario. El convoy con la artillería y demás efectos salió de México el 9 del citado Mayo (1,847) al mando

del general D. Joaquín Rangel. Se dió orden igualmente al comandante general de Puebla, D. Nicolás Bravo, de remitir á Orizaba todo el parque perteneciente al ejército de Oriente y que existiera en aquel Estado. Si Santa-Anna, al hablar de las tropas que había ya reunido en Orizaba y pueblos inmediatos, no incluyó la caballería situada en San Andrés exageraba el número de aquellas, que sólo ascendía, según después dijo en su "Informe," á 1,800 hombres. (189) En cuanto á recursos el autor del "Tributo á la Verdad" dijo en aquellos días, hablando de Santa-Anna: "Sumando todas las cantidades que le mandaron, las que recibió en Orizaba y Puebla, y el producto del maíz que vendió del obispado, en quince días había recibido para los pocos soldados que tenía, 102,000 pesos."

La posición de las fuerzas de Santa-Anna en Orizaba y San Andrés, era, indudablemente, buena para flanquear al enemigo en su avance á Puebla; pero no creo, como otros, que haya influído en la detención de los invasores en Perote y Tepeyahualco; detención de unos

---

(189) "Mis fuerzas constaban de la brigada del señor general D. Antonio León de 900 hombres pertenecientes á la guardia nacional de Oaxaca, de otro tanto número de los dispersos de Cerro Gordo, y de la caballería que se retiró de este punto y logré reunir y conservar en San Andrés Chalchicomula." etc. "Informe sobre las acusaciones de Gamboa, pág. 44."

cuantos días, y que se explica simplemente por la necesidad de reunir mulas y víveres, y de concentrar las tropas antes de hacer que se adelantara la vanguardia.

Fuese con el objeto de impedir en lo posible la pérdida de Puebla organizando su defensa, como él aseguraba, ó bien como dijeron sus enemigos, por aproximarse á México y desbaratar las intrigas que para despojarle de la presidencia de la República y del mando del ejército se fraguaban aquí desde los días siguientes á la derrota de Cerro Gordo, Santa-Anna dió en Orizaba la odren de marchar hácia Puebla, y como por el 7 de Mayo salió de allí la brigada de Oaxaca al mando del general León, siguiéndola á otro día la que se formó de los dispersos y que mandaba el general Pérez, y partiendo de San Andrés Chalchicomula la caballería del general Alcorta. La infantería se dirigió por las cumbres de Aculcingo, Cañada de Ixtapan y Amozoc; y la caballería, luego que llegó al Palmar, siguió él mismo camino, cubriendo la retaguardia de la infantería. En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se dice que el movimiento comenzó el 12; pero ya con fecha 9 Santa-Anna daba aviso de él desde San Agustín del Palmar, al gobierno. En comunicación posterior, dirigida de Amozoc el 11, dice que en el trayecto de Acacingo á aquel punto, supo el 10. por sus espías, que el enemigo se movió de Tepeyahualco sobre Virreyes, donde pernocté, intentando, al parecer, llegar el 11 á Nopalucan para proseguir á Puebla; que la

fuerza invasora se componía de 4,000 hombres de línea de todas armas con 13 piezas de artillería y 80 carros de víveres y municiones; que la nuestra, en su tránsito hasta Amozoc, no había podido aumentarse porque halló á los pueblos desarmados, asegurando sus autoridades á Santa-Anna que el gobierno del Estado recogió previamente las armas. "Esta tarde—agregaba—entraré en la ciudad de Puebla y veré de lo que puedo proveerme para tantas necesidades; y, no estando todavía en disposición de comprometer un combate, me transladaré á San Martín Texmelucan, donde pienso encontrar la artillería, dinero y efectes que el supremo gobierno me envía. En este lugar espero también recibir la cartuchería de fusil que de esa capital se me mandó y ha ido á resultar á la ciudad de Matamoros, creo que por medida precautoria del señor comandante general." Terminaba pidiendo más tropa regular, más armas y 1,000 caballos de remonta.

El ministerio de la Guerra, en respuesta de 13 de Mayo, aprobó su movimiento y sus planes, insistiendo en la conveniencia de no presentar acción al enemigo hasta que nuestras fuerzas se hallaran en estado de poder obrar con buen éxito. Anunciaba que se le enviarían á San Martín todos los auxilios posibles de hombres, armas, vestuario y caudales; le facultaba para que hiciera requisición de caballos mientras el gobierno podía reunir aquí los necesarios y asentaba lo siguiente, que explica las providencias inmediatas y el plan de

defensa del gobierno: "De Michoacán, Guanajuato y Querétaro se han mandado venir tropas de infantería y caballería, y que, si no siguen poniendo obstáculos sus respectivos gobiernos, harán entre ellas un total, por lo bajo, de 6 á 7,000 hombres con que serán reforzadas las que V. E. manda: se activarán las medidas ya adoptadas anteriormente para reemplazos del ejército y para hacer servir en la guerra la guardia nacional de los Estados; y como que al enemigo no le será fácil avanzar en sus proyectos de internación mientras su ejército no reciba nuevos refuerzos, V. E. por ese rumbo, otras secciones por otros, y las ligeras de guerrillas destinadas á la guerra de caminos y montañas, podrán contener los progresos del invasor." Son dignas de notarse, de paso, estas otras afirmaciones del ministro de la Guerra, general Gutiérrez, en demostración de lo inadecuado del sistema político vigente para la eficacia de la defensa: "Si la autorización otorgada al gobierno hubiese sido más amplia y menos tardía, y si los Estados hubieran prestado la eficaz cooperación que era de esperar, ya tendríamos hoy repuesto y reorganizado nuestro ejército en un pie capaz de salvar muy luego á la República; pero el gobierno ha tenido y tiene que luchar con toda clase de obstáculos y dificultades que entorpecen su acción: de aquí la imposibilidad de oponer á nuestros injustos enemigos la pronta, fuerte, enérgica, simultánea y general resistencia que debía haber encontrado en nosotros, etc."

Como se ha visto, Santa-Anna y sus fuerzas han debido llegar á Puebla en la tarde del 11 de Mayo. El Estado, y principalmente su capital, habían contribuido á la defensa del país con el batallón de Libres que formó parte de la guarnición de Veracruz, con los recursos pecuniarios suministrados á dicha plaza, y con la brigada Arteaga que llegó á Cerro-Gordo en los momentos de la pérdida de la batalla. Al presentarse en Puebla los dispersos de esta brigada, difundieron el desaliento y el temor en el vecindario; y las autoridades, que veían muy mermados los recursos del Estado por causa de los auxilios de gente y dinero ya impartidos, no hallando, por otra parte, en la masa de la población el espíritu necesario para resistir á los invasores, habían dispuesto abandonarles la ciudad, sin embargo de que el comandante general Bravo tenía dada una proclama invitando al pueblo á tomar las armas y defenderse. (190) No fué

(190) La salida de las autoridades de Puebla, desde muchos días antes de la llegada de Santa-Anna, había sido resuelta. El gobernador Isunza, con fecha 30 de Abril, comunicaba al gobierno general las noticias recibidas acerca de la sección enemiga situada en Tepeyahualco, y agregaba: "No obstante lo que manifesté en mi nota de ayer, he suspendido la traslación del gobierno, que, como llevo dicho, estoy resuelto á no verificar hasta tanto que la proximidad de las fuerzas invasoras me obligue á ello.

parte á extirpar el desaliento la llegada de Santa-Anna, quien se alojó en el palacio del gobierno, ejercido á la sazón por el Lic. D. José Rafael Isunza. Este funcionario, en la junta inmediatamente celebrada, manifestó que carecía absolutamente de elementos, pues 4 piezas de artillería y cosa de 3,000 fusiles que pertenecían al Estado, se habían perdido en Cerro-Gordo; y que sin armas, sin municiones, y escasa la tesorería de recursos, no podría esperarse resultado alguno favorable. (191) Irritado Santa-Anna con tal manifestación, mandó hacer requisición de caballos: impuso un préstamo de 30,000 pesos, sin recoger sino 10,000 del comercio, y 3,000 del clero, según el "Tributo á la Verdad;" ó bien un total de 5,000 según el mismo Santa-Anna en su "Informe," en que asegura que el préstamo impuesto fué de 10,000 pesos, y dice respecto de la resolución que tenía de defender á Puebla: "Mi satisfacción habría sido completa si los que ahora me acusan de su abandono hubieran excitado al E. S. gobernador D. José Rafael Izunsa y al E. S. D. Nicolás Bravo, comandante general del Estado, á que prepararan algunos medios de defensa, como pudieron y debieron hacerlo para cumplir con lo que la nación debía esperar de las primeras autoridades del segundo Estado de la República. Pero, lejos de esto, S. E. el general Bravo, al retirarse para la capital de México, había mandado

(191) "Apuntes para la Historia de la Guerra," pág. 193.

llevar á la villa de Matamoros todo el material de guerra con cuya existencia yo contaba para hacer frente al general Worth que mandaba la vanguardia del ejército enemigo y se encontraba ya en las goteras de Puebla. El señor general de brigada D. Cosme Furlong, que había sucedido al Sr. Bravo, estaba dando disposiciones para dejar la ciudad. El E. S. gobernador, que tuvo tiempo y facilidad de reunir algunos cuerpos de guardia nacional con que todavía contaba el Estado y que podían dar una fuerza de 2,000 hombres, según me había informado su antecesor cuando bajé á Cerro-Gordo, no había dispuesto de estas fuerzas, y únicamente puso á mis órdenes unos piquetes que no llegaban á 200 hombres: en vez de animar al pueblo á que concurriera á la defensa de la misma ciudad, había permitido al prefecto la publicación de un bando tal como lo habría dictado el general Scott, previniendo lo que se debía observar respecto de los enemigos. El ayuntamiento tenía nombrada una comisión que saliera á recibirlos y á pedir garantías. Yo no pude más que manifestar mi indignación por esa conducta, ordenando que el prefecto fuera suspenso inmediatamente y sometido á un juicio; y me desengañé con bastante tristeza de que no había ni el entusiasmo ni el patriotismo que esperaba: todos parecían resignados á recibir el yugo del invasor, y en vista de tal espectáculo, y no quedándome que hacer, adelanté mi infantería y los 5 cañones sin dotaciones que conducía, y poniéndome al frente de la caballería, salí al encuentro del

enemigo para entretenerlo en Amozoc." Los funcionarios así acusados por Santa-Anna, dieron en aquellos días sus descargos, y el ministerio de la Guerra, en comunicación de 13 de Mayo, había ya dicho al mismo general con motivo de sus primeras quejas: "Las causas secretas de esa especie de apatía que V. E. tan justamente observa y admira, son la consecuencia natural de nuestras anteriores discordias, de las maniobras de los enemigos interiores, y del desaliento que producen las desgracias."

Entretanto, Worth avanzaba con las fuerzas suyas de Tepeyahualco y Perote, y se había recibido en Puebla la siguiente intimación que, traducida, tomo de los periódicos de aquel tiempo: "Nopalúcan, Mayo 12 de 1.847.—Al E. S. gobernador y municipalidad de Puebla.—Señores: El infrascrito avisa que, obedeciendo las órdenes de su superior el mayor general en jefe del ejército de la Unión, en la mañana del 15 del que rige, con la fuerza de su mando tomará posesión militarmente de la ciudad de Puebla. Si no hace resistencia, desea, antes de hallarse á sus inmediaciones, conferenciar con los funcionarios civiles con objeto de concertar con ellos y tomar las medidas convenientes y mejores para la seguridad de las personas é intereses, así como las propiedades de los vecinos. La santa religión que profesan, así como todas sus formas y observancia, serán respetadas, y sostenidas las autoridades civiles para el mantenimiento de la administración y de las leyes. El infrascrito tie-

ne el honor, etc.—El mayor general Worth." Los mismos periódicos dijeron haberle sido contestado que se dirigiera á Santa-Anna, y que manifestó Worth que no lo haría.

Según parte oficial del primero de estos jefes, fechado el 15 de Mayo en San Martín Texmelúcan, el enemigo pernoctó en Amozoc el 13, y el 14 debió Santa-Anna avanzar á reunirse con nuestra infantería y artillería llegadas á San Martín. Pero se quedó en Puebla con la caballería "para hacer un movimiento con el ánimo de sorprender un convoy de cerca de 200 carros que caminaban custodiados con muy poca fuerza, á unirse á la primera división del ejército enemigo; llevando el movimiento el doble objeto de desafiar á éste para que, saliendo de Amozoc á un terreno conveniente, se librara una batalla." (192) El convoy estaba la noche del 13 en Nopalúcan, y calculó Santa-Anna encontrarle el 14 más acá de Acajete en terreno á propósito para que obrara la caba-

(192) Desde luego ocurre que si Santa-Anna hubiera podido pensar seriamente en esto, habría acudido á las inmediaciones de Amozoc con todas sus fuerzas, y no simplemente con la caballería.

La fuerza y el convoy que Santa-Anna quería atacar eran los de Quitman, que venían con una jornada de retardo respecto de la división de Worth. La caballería de Santa-Anna, en su movimiento, fué á dar con entrambas fuerzas enemigas, y tuvo que huir de ellas á toda prisa.

llería; pero se había movido aquel desde el principio de la madrugada, y á las ocho y media de la mañana, cuando nuestra fuerza flanqueaba á Amozoc para tomar el camino real, ya estaba el convoy próximo á este pueblo y á cubierto de nuestra caballería en un callejón cubierto de arboleda. El enemigo destacó inmediatamente en su auxilio unos 1,000 infantes con 6 piezas de artillería, canoneando á la columna de Santa-Anna que siguió en marcha una legua más allá de Amozoc, y desde allí contramarchó á Puebla, adonde llegó á las cuatro y media de la tarde con baja de 3 soldados muertos y 1 herido, y de 4 caballos muertos. Santa-Anna agrega en su parte: "Aunque el guía que me conducía, por haber equivocado el camino, nos condujo á tiro de metralla del pueblo de Amozoc, y flanqueamos completamente ese pueblo, dando á entender al enemigo con este atrevido movimiento el desprecio con que lo veíamos, él no se resolvió á alejarse del lugar en que tenía todo su apoyo, una vez que vió asegurado el convoy; y tanto yo como todos mis subordinados, nos regresamos con el sentimiento de que el enemigo no hubiera admitido nuestro reto en campo raso."

En los "Apuntes para la Historia de la Guerra," se dice que nuestra caballería constaba de 2,000 hombres, y se explica así el lance: "En la altura de Chachapa, desde la cual se descubre el pueblo de Amozoc, la caballería se enteró de que había sido mal conducida por el guía, y se encontró de repente á la vista de la gruesa división de vanguardia de los ene-

nigos. Veloz y prevenida ésta, sale á formar un semi-círculo, defendida por la fortificación pasajera que le ofrecían unos cercados y las zanjas de las labores, y apoya su línea de batalla con 12 piezas de artillería. En este momento el general Santa-Anna manda desfilar por la izquierda, disminuyendo el frente de á dos. Toma la altura del pueblo la cabeza de la columna: la retaguardia venía á una legua por lo prolongado de este desfile. El todo de ella (de la columna) formaba una S á tiro de pistola de los soldados enemigos, que ceñían el pueblo como una faja azul, por el color de sus uniformes. Los que se había intentado acuchillar ya estaban incorporados una hora hacia, á sus compañeros, porque emprendieron su marcha desde las siete de la noche anterior y anduvieron diez leguas durante ella: resultó, pues, que nuestras tropas fueran las sorprendidas, cuando comprometidas en un desfiladero, á tiro de pistola, empezaron á sufrir un vivísimo fuego de cañón que no podían contestar, porque pasaban desfilando con dificultad y de uno en uno por delante de una batería de cañones. En consecuencia, tuvieron que regresar por la falda de la Malinche, internándose en un bosque lleno de barrancos y ramajes que lo hacían inaccesible, devorados de sed y muertos de cansancio. Después de haber andado nueve leguas en el óvalo descrito, llegaron como á las cinco de la tarde á Puebla, fatigados, entristecidos y con algunos compañeros de menos."

El autor del "Tributo á la Verdad" dice que la caballería de Santa-Anna se presentó á las

nueve de la mañana, como á una legua de Amozoc, por el camino de Puebla: que Worth mandó tocar generala y se aprestó al combate, situando la mitad de su infantería con 2 cañones sobre el camino de Puebla, y destacando el resto de sus infantes con otras 2 piezas hacia Acajete, á proteger á una brigada de voluntarios que de este punto debía llegar á Amozoc esa mañana: que formaban el centro norte-americano 5 cañones, la reserva de artilleros y el general Worth y sus ayudantes, á las orillas del pueblo (Amozoc) del lado por donde pasaba la caballería mexicana que, á tiro de cañón, llevaba el rumbo de Acajete, por lo cual se creyó que iba al encuentro de la brigada de voluntarios. "El general Santa-Anna—continúa el mismo escritor—pasó por la falda de los cerros de Oriente con una fuerza como de 2,000 caballos, pues ocupaba más de una legua de terreno, distinguiéndose perfectamente toda su línea y la de los enemigos desde la altura del rancho de San Nicolás, donde nos hallábamos. Cuando la medianía de la caballería pasaba frente al centro de la línea del enemigo, rompió éste el fuego de su artillería, á cuyo segundo tiro perdieron los nuestros la formación, y al tercero se dispersaron á escape en distintas direcciones; lo que, visto por el enemigo, puso en juego las demás piezas, descargando sobre los fugitivos, á pesar de estar fuera de alcance, de cuarenta á cincuenta tiros más. Una hora después, como á las diez y media, llegó á las orillas del pueblo la brigada de voluntarios, que al oír de lejos el fuego, aligeró la marcha de tal modo, que

venía á la carrera para socorrer á la brigada de Worth que suponía atacada.... A las doce del día todo estaba en Amozoc tranquilo... con la sola diferencia de haber cogido los enemigos 5 prisioneros mexicanos de caballería, que eran un oficial, tres soldados y un fraile antonino, capellán de un escuadrón de dragones, y algunas pistolas y sables de oficiales que, con 2 soldados muertos, hallaron en el campo." Se agrega en esta narración que á las tres y media de la tarde marchaban de Amozoc hacia Puebla, 1,000 infantes, 100 caballos y 4 piezas de artillería de la división del enemigo.

A la llegada de nuestra caballería á Puebla dió el vecindario indicios de decidirse á la defensa. "Toda la población de esta hermosa ciudad—dice Santa-Anna—se conmovió al entrar mi división, dando señales del más vivo entusiasmo. Yo tuve trabajo para caminar, porque millares de ciudadanos me rodeaban victoreando á la independencia y á la República, y pronunciando palabras que explicaban el odio que profesan á nuestros invasores. En estos momentos diversas emociones tuvo mi corazón, porque veía á un pueblo animado que me pedía con empeño armas para defenderse, dando las más patentes señales de amor á la libertad de su patria; y porque reflexionaba en la responsabilidad que han contraído los que, pudiendo, no han sacado todo el partido posible de la buena disposición de ese mismo pueblo. Lo que ha faltado en aquella ciudad, son hombres que lo muevan en provecho de la causa nacional." En los "Apuntes para la His-

toria de la Guerra," se dice que en la garita de Puebla, aguardando el resultado de las operaciones de la caballería, estaba el populacho; que al regreso de la tropa y al aspecto de su jefe y de los heridos, prorrumpió en vivas y mueras y pidió armas; que Santa-Anna le dirigió algunas palabras, y, tomando por calles excusadas, siguió en marcha para San Martín; y agrega: "El populacho de Puebla continúa gritando frenético: no encuentra ya objeto, y repentinamente, á falta de enemigo á quien combatir, se precipita á la Alameda.... comienza á arrancar los rosales, á derribar los curiosos balaustrados, á destruirlo todo; y habría arrancado de raíz todos los árboles á no haber intervenido prudentemente las autoridades locales." Santa-Anna dice desde San Martín Texmelúcan en su parte fecha 15, de que he estado haciendo mención: "No obstante que se sabía que el enemigo debía moverse muy temprano para Puebla, yo quise que la división de caballería pernoctase anoche en la misma ciudad; y al amanecer de hoy emprendió su marcha para este pueblo, al que llegué yo igualmente esta mañana." Ya hemos visto, por la relación del "Tributo á la Verdad," que una parte no pequeña de los invasores se movió de Amozoc sobre Puebla en la misma tarde del 14. (193)

---

(193) Dice que en la del 21; pero éste es un error de fecha de que dentro de un momento hablaré. El movimiento á que aquí me refiero, según el "Tributo," se efectuó pocas horas

Con esta fecha daba en México el general Valencia una proclama anunciando que, por disposición del supremo gobierno, se pondría á la cabeza de un cuerpo de ejército, de que formaría parte la guardia nacional del Distrito, para cooperar á la defensa de Puebla.

La legislatura de aquel Estado, el mismo día 14 de Mayo, expidió un decreto confiriendo amplísimas facultades al ejecutivo, y se trasladó éste á Atlixco, dejando en representación suya en la ciudad de Puebla al secretario D. Manuel Orozco y Berra. Un segundo y último decreto cerrando sus sesiones ordinarias, fué expedido en la madrugada del 15 por la expresada corporación, que se disolvió en seguida. El secretario Orozco y Berra y las demás autoridades salieron en la mañana temprano para Atlixco, y una comisión del ayuntamiento se dirigió á Chachapa á conferenciar con el general Worh y á pedirle garantías para la ciudad, que el mismo día 15 de Mayo (1,847) fué ocupada por el ejército norte-americano. (194)

———

después del cañoneo de Amozoc, y éste no cabe duda que tuvo lugar en la mañana del 14. según el parte de Santa-Anna, á que debemos atenernos.

(194) En todas las versiones relativas á los movimientos de Santa-Anna desde Orizaba hasta San Martín, y á la ocupación de Puebla por el invasor, hay notable discrepancia en las fechas, y errores inconcebibles tratándose de sucesos importantes y recientes, y de puntos

De las diversas relaciones que tengo á la vista voy á tomar algunos pormenores de la entrada del expresado ejército. Desde las primeras horas de la mañana apareció Worth á la cabeza de su división frente á la garita de Amozoc, y á eso de las diez y media una sec-

---

tan conocidos é inmediatos á los narradores. En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se asienta que las fuerzas de Santa-Anna empezaron á salir de Orizaba y San Andrés Chalchicomula el 12 y el 14 de Mayo; se indica que llegaron á Puebla del 16 al 18, y se asegura que la escaramuza de Amozoc tuvo efecto el 21 y la entrada del enemigo en Puebla el 25. En el "Tributo á la Verdad" se asigna al suceso de Amozoc la misma fecha del 21, y la del 22 á la ocupación de Puebla. Lerdo de Tejada, en sus "Apuntes históricos de Veracruz," habla también de tal ocupación como efectuada el 22 de Mayo. Yo, respecto de fechas, me he atenido á los partes oficiales de Santa-Anna y á la noticia que el "Nacional," de Atlixco, periódico del gobierno del Estado, publicó acerca de la entrada de los norte-americanos en Puebla, y que es la que insertaron casi todos los periódicos de la República y hasta el "Times" de Londres. La versión mía concuerda, además, con los términos de la intimación del general Worth y con los recuerdos de personas verídicas residentes en Puebla en aquellos días. Años después de escrito lo anterior, hallo que Ripley asigna la misma fecha del 15 de Mayo á la entrada en Puebla.

ción de 100 hombres de caballería se adelantó. entrando por las calles del Alguacil Mayor y San Cristóbal, etc., hasta la plaza, y se dirigió por la carrera de Santo Domingo al cuartel de San José. Una hora después entró el grueso de la división, ó sea unos siete cuerpos de infantería con un total de cerca de 4,200 hombres, 13 piezas de artillería, entre las cuales se contaban 2 obuses, 2 cañones de á 24 y un mortero, y cosa de 200 carros; trayendo banda de música la mayor parte de los cuerpos y viniendo en los carros alguna fracción considerable de la gente. El uniforme de los infantes consistía en pantalón y chaqueta de paño burdo azul claro, y cachuchas bajas de lo mismo, que algunos soldados habían sustituido con sombreros de palma. (195) Los carros venían casi vacíos, y se creyó que su principal objeto era el trasporte de la tropa. Casi todos los jefes de los cuerpos eran hombres ya encanecidos. La infantería y la artillería formaron en tor-

---

(195) A juzgar por la relación publicada en Atlixco, los espectadores poblanos, acostumbrados á la uniformidad y el buen aspecto de nuestros tropas de línea, extrañaron mucho la irregularidad y la traza churrigueresca de no pocos de los invasores, admirándose de que hombres como éstos hubieran derrotado repetidas veces á nuestro ejército. Con tal motivo, Mansfield, en su historia de la guerra, hace notar que la superioridad de los norte-americanos estribaba principalmente en la instrucción y el porte de sus jefes y oficiales.

no del centro de la plaza, y los carros quedaron tendidos desde la calle de Mercaderes hasta el puente de Noche Buena: los soldados dejaron sus armas en pabellones y con toda confianza se echaron á dormir en el suelo, pues venían muy cansados. La guardia nuestra que había en palacio se puso sobre las armas durante la entrada de los invasores. Las campanas guardaban silencio y los templos permanecían cerrados por disposición del obispo; también lo estaban las tiendas de ropa y las casas particulares, y aunque al principio solamente la plebe obstruía las calles presenciando la llegada de los hijos del Norte, á poco, dominando la curiosidad y el interés al temor, se abrieron y llenaron de gente los balcones, se improvisaron por todas partes vendimias, y una masa compacta de seis ú ocho mil personas rodeó á la infantería que descansaba en la plaza, y se confundió con los soldados, que empezaron desde luego á comunicarse y á fraternizar con los hijos de la tierra. A las tres de la tarde la tropa ocupó los cuarteles y conventos de Santo Domingo y San Luis, y los carros se acomodaron acá y allá, según fué posible, permaneciendo la fuerza acuartelada toda la noche. Los generales Worth y Quitman ocuparon el palacio de gobierno, cuya guardia fué relevada, y la oficialidad se esparció en posadas, fondas y cafés. Esa misma tarde y al día siguiente fueron ocupados el convento de la Merced y los cerros de Loreto, Guadalupe y San Juan. "La población entre tanto—decía una carta

—no ha desmentido su estoicismo: el pueblo no manifiesta respeto ni tampoco mucho odio á los invasores. Estos se manejan, no sólo con circunspección y mesura, sino también con afabilidad y deferencia." A otro día de la entrada se abrieron las iglesias por excitativa de Worth, quien con su estado mayor visitó al obispo (I. S. Vázquez): y al pagarle la visita media hora después el prelado, recibió de la guardia honores de general, acompañándole á su regreso el jefe y sus ayudantes hasta la puerta del obispado.

Según el "Tributo á la Verdad" el general Worth expidió diversos bandos, uno de ellos garantizando la propiedad de la Iglesia y el respeto al culto y á sus ministros, é imponiendo severos castigos á los contraventores: otro llamando á empeñar palabra de no tomar las armas á todos los generales, jefes y oficiales de nuestro ejército ó milicianos residentes en la ciudad, debiendo salir de ella los que no quisieran presentarse, pues, de lo contrario, serían juzgados como espías y castigados conforme á las leyes de la guerra: otro declarando que en la capital y demás puntos del Estado ocupados por fuerzas de los Estados Unidos no se obedecerían los decretos y disposiciones de la Legislatura y del gobernador, debiendo considerarse dichos puntos bajo la protección del ejército norte-americano y, de consiguiente, libres de estancos, del pago de alcabala y derechos y de toda clase de exacciones: otro, por último, disponiendo que en el caso de que sus propias

fuerzas necesitaran víveres de que no pudieran proveerse por sí mismas, los facilitarían las autoridades municipales, siéndoles pagados por su precio. Permitió que el cuerpo de policía volviera á la ciudad á desempeñar en ella sus funciones, y que el ayuntamiento levantara y armara otra fuerza de 100 hombres para custodia de las cárceles. Confirmando y ampliando algunas noticias ya apuntadas aquí, dice la misma relación, hablando de Worth: "Tomó posesión de los cerros de San Juan y Loreto é iglesia de la Merced, cuyos puntos fortificó y artilló, guarneciéndolos y llevando á ellos acopio de víveres. Situó su infantería en los cuarteles de San José, del Activo de Puebla, Hospicio y cárcel nueva de San Javier, donde alojó la caballería, conservando en el centro de la ciudad sólo la guardia de palacio, compuesta de unos 30 infantes, con 15 dragones y 1 obús de campaña. Los almacenes de la proveeduría se establecieron en el edificio de la aduana.... Los enemigos han tenido, desde que llegaron allí, cuanto han necesitado, sin necesidad de buscarlo; porque los corredores, algunos comerciantes y no pocos hacendados, públicamente iban á ofrecer y vender los efectos que ellos habían menester, y aun vinieron de México agentes de comerciantes que hicieron con ellos contratas de víveres y dinero."

Dicho queda que el gobierno y las demás autoridades del Estado se situaron en Atlixco. Allí estuvieron algún tiempo, y al saber Isunza por sus exploradores la aproximación

del enemigo, hizo salir hasta el Puente de los Molinos, al mando del coronel D. Pedro Miguel Herrera, la pequeña fuerza con que contaba y que se componía de 200 hombres, resto del batallón de Libres, y de algunos guerrilleros á caballo. Acompañaba el secretario Orozco y Berra á esta sección que trató de contener á los norte-americanos en el expresado punto y fué derrotada; á consecuencia de lo cual el gobierno emigró nuevamente á Izúcar de Matamoros y de allí á Zacatlán, donde permaneció sin ser molestado. Pronunciósele el general Barbero con parte de la guardia nacional en Chignahuapan, y el coronel Herrera fué á reprimir tal movimiento. El gobernador Isunza marchó á Querétaro en Noviembre (1,847) para asistir á las conferencias relativas á la paz; y regresó á México cuando ya el tratado estaba á punto de ajustarse, haciendo entonces renuncia del gobierno del Estado.

Poco después de la ocupación de Puebla por la división de Worth, llegó á dicha ciudad, procedente de Jalapa, el comandante en jefe Scott y estableció en ella su cuartel general, consagrándose á la instrucción y al mejoramiento de su tropa, en espera de la llegada de refuerzos. La tardanza de éstos y las gestiones del enviado norte-americano Trist en el sentido de un arreglo pacífico, detuvieron ó dieron pretexto al ejército invasor para detenerse en Puebla desde mediados de Mayo hasta muy entrado Agosto. Realmente era aquel un puñado de hombres que no podía seguir avanzando, y que debía haber allí

sucumbido ante una más hábil organización y direceión de los elementos defensivos y ofensivos de la República. Para reforzarle de pronto, fué preciso interrumpir ó cortar la línea militar cuyo punto de partida estaba en Veracruz, quedando abandonada Jalapa y convertido Perote ó, mejor dicho, el castillo de San Carlos, en simple lugar de depósito. Scott dirigía comunicaciones y enviados á Washington, y el gobierno de los Estados Unidos, reconociendo al cabo la necesidad de aumentar las fuerzas de dicho jefe, hizo que se le destinaran algunas otras de las que habían quedado á Taylor en Tamaulipas y Nuevo León y que el congreso autorizara el alistamiento de otros nueve regimientos, con cuyo objeto se establecieron oficinas de enganche en las principales ciudades norte-americanas. El resultado de estas medidas apenas aumentó, en realidad, el efectivo del ejército de Scott, quien había tenido que despedir á la numerosa gente enganchada cuyo tiempo de servicio espiró en aquellos días; pero siempre con los refuerzos de Cadwalader, Pillow y Pierce, de que se ha hablado en mi último capítulo, pudo disponer de un cuerpo de 10 á 12,000 hombres al decidirse á marchar sobre el Valle de México.

Los citados refuerzos de Cadwalader y de Pillow, á las órdenes del segundo de estos generales, deben haber llegado á Puebla por el 6 ú 8 de Julio. (196) El de Pierce, que cons-

---

(196) El general Cadwalader, salido de Veracruz con fuerzas propias en auxilio del con-

taba de 2,400 hombres, ha debido llegar del 7 al 8 de Agosto. Dije en mi anterior capítulo que de Puebla salió con alguna gente á encontrar en Ojo de Agua á las tropas de Pierce el general Persifor Smith. Estando este jefe en el expresado punto á fines de Julio en espera de Pierce, destacó al general Ruff con su escuadrón sobre San Juan de los Llanos, donde se habían concentrado algunas guerrillas, según supo el mismo Smith á su tránsito por la hacienda del Pinar. Ruff penetró en San Juan, sorprendiendo allí á unos 200 guerrilleros á caballo y 100 infantes, y haciéndoles 40 muertos y 50 heridos. La mayor parte de los dispersos de esa fuerza se refugió en Huamantla, teatro de luchas que más adelante mencionaré, y á cuyo punto se dirigió el coronel Childs, destacado también de las tropas de Smith, el 2 de Agosto, en persecución de los fugitivos. El capitán Ruff, después del golpe dado á San Juan de los Llanos, avanzó hasta Perote á recoger noticias de la división esperada y la correspondencia que con ella venía para el cuartel general. Los coroneles Burnett y Childs cubrían á Virreyes y el Pinar. El general Pierce y sus tropas se reunieron sin contratiempo alguno con las demás fuerzas de Scott.

---

voy de Mackintosh, recogió las de este jefe en Paso de Ovejas y las del coronel Childs en Jalapa. El general Pillow, también salido de Veracruz con fuerzas propias, asumió en Perote el mando de todas las expresadas, que calculo ascenderían á cerca de 4,000 hombres.

Una de las providencias, de ese jefe, que más disgustaron al vecindario de Puebla y que menos honran, ciertamente, á los invasores, fué la de formar una contra-guerrilla compuesta de criminales y presidiarios, y la cual, á las órdenes de un tal Domínguez, se incorporó al ejército norte-americano á su salida sobre México, y acompañaba al mismo Scott en sus excursiones. (197) Estimóse tal hecho como una injuria al país, y como la demostración práctica de lo que había que esperar de las protestas de justicia y moralidad contenidas en las proclamas del enemigo.

La caída de Puebla sin defensa en poder de la división de Worth, causó escándalo y profunda pena en toda la República. Cierto es que aquel Estado no fué de los que se mostraron indiferentes y egoistas en la lucha, y que, antes de ser invadido, envió al de Veracruz su contingente de sangre y de dinero. Mas ¿cómo, por escasos que fueran los elementos que le quedaban, á poco de hallarse animado del espíritu de resistencia, no habría podido evitar la pérdida de su capital, cuando ésta por sí sola, desafió y detuvo á sus puertas en fines de 1,844 al ejército de Santa-Anna, doble en número respecto del de Worth? La anarquía, el desorden y las contiendas fratricidas de tantos años acaban por enervar el ánimo de los pueblos, convertidos en víctimas de los

---

(197) A Jalapa llegó con ella dicho jefe el 2 de Noviembre de 1,847, causando verdadera indignación á los habitantes.

ambiciosos y de los trastornadores. Preciso es que nuestros políticos se convenzan de que la patria no es el ser abstracto que sirve de pretexto á sus combinaciones é intrigas: para la gran mayoría de sus hijos es la familia, el hogar, el templo, el taller, el suelo y el cielo hospitalarios, la seguridad individual y común, el goce de todos los demás bienes de la libertad civil. Ya se ha hecho notar que en masas ignorantes, expoliadas y arruinadas por las exacciones, la leva y los desmanes todos de la tiranía bajo múltiples formas, las simples ideas del honor y del deber patriótico no son bastantes á impulsarlas contra el enemigo extranjero si éste llega en son de libertador de ellas, y de hecho destruye algunos de los instrumentos de su ruina. Se ha hecho ya notar igualmente, que el manifiesto de Scott en Jalapa contribuyó no menos que el éxito desgraciado de nuestras armas en Veracruz y Cerro Gordo, á franquear la entrada en Puebla á los invasores.

Por lo demás, este fué, en concepto mío, el momento de la crisis en la lucha entre los Estados Unidos y México. La vanguardia norte-americana, fiando su propia suerte á la audacia y á la fortuna, se había internado en país enemigo, cortando su línea militar, aislándose de la costa, sin elementos suficientes para llegar hasta la capital de la República, y exponiéndose en determinado punto á los ataques de todos sus contrarios. Si éstos, en vez de concentrarse á defender la ciudad de México, que ni peligro corría entonces de ser

XXIII

VALLE DE MEXICO.

Preparativos y plan de defensa de la ciudad de México.—Marcha y llegada de Scott.—Preliminares de los sucesos de Padierna.—Apéndice á las noticias relativas al enemigo.

Hay que recordar, para la inteligencia de algunos puntos de que, aunque sea de paso, debo ocuparme, que Santa-Anna conservaba

---

nuestro Valle, atendidas la superioridad numérica de nuestras fuerzas y la dificultad de alimentarlas y conservarlas agrupadas cuando era casi total la carencia de recursos pecuniarios: que derrotado aquí el ejército norte-americano, habría sido facil cortarle la retirada que él tampoco emprendería con el deshonor de la derrota, prefiriendo la continuación de la lucha hasta perecer: finalmente, que en caso de tomar Scott algún punto y de ofrecer la paz, Santa-Anna, si resolvía no aceptarla, ganaba tiempo, cuando menos, para rehacerse y renovar la contienda. Cuando el lector se imponga de los preparativos hechos para la defensa de la capital, comprenderá el valor de los cálculos y planes de Santa-Anna, quien probablemente habría triunfado aquí sin los incidentes que surgieron y que trastornaron á última hora todo su sistema defensivo

el doble carácter de presidente interino de la República y general en jefe del ejército, por más que el general Anaya fungiera de presidente sustituto desde la salida del primero hacia Cerro-Gordo.

Santa-Anna había dejado instrucicones ú órdenes para que se proveyera á la defensa de la capital; pero aunque el ejecutivo parecía contemporizar con las ideas de aquel jefe, carecía de los elementos necesarios para realizarlas, como se declaró en junta de guerra convocada por Anaya á muy poco de haberse encargado del poder. Según las opiniones allí vertidas, la defensa de la capital exigía gastos imposibles de erogar, un tren de artillería que faltaba, y fuerzas superiores á las existentes en todo el país. En consecuencia, el ejecutivo se limitó á ordenar algunos reconocimientos y la fortificación de varios puntos del camino, y á impulsar la formación de guerrillas. Como no desistía abiertamente de la defensa de la ciudad, trató de vencer por medio de comunicaciones oficiales y de cartas y enviados, la resistencia de los Estados á prestar su cooperación al gobierno: y logró la venida de los cuerpos de guardia nacional de Querétaro, Morelia y Toluca. (205) Traía entre manos un plan de deserción de los irlandeses que venían en el ejército invasor y que, al cabo, sólo en corto número se pasaron al

(205) La guardia nacional del Estado de México no llegó aquí sino por el 7 ú 8 de septiembre de 1,847.

dad, con el 1o. regimiento de artillería y el 2o. de voluntarios de Pensylvania.

El 28 del mismo Mayo entró Scott en Puebla con la caballería, y Twiggs y su división llegaron el 29.

Con fecha 3 de Junio, Scott previno al coronel Childs que abandonara á Jalapa y viniera á Puebla con sus fuerzas, transladando el hospital militar de aquel punto á Perote.- El 18 de Junio salieron de Jalapa Childs y sus fuerzas, agregándose á las de Cadwalader procedentes de Veracruz: y pocos días después el general Pillow, que las alcanzó en Perote con la columna que él mismo traía de Veracruz, tomó en el expresado pueblo, el mando de la totalidad de las tropas y vino con ellas á Puebla.

Jalapa quedó sin guarnición norte-americana hasta la llegada del mayor Lally y sus fuerzas, por el 20 de Agosto.

Agregaré aquí que al saberse en Washington el resultado de las batallas de la Angostura y Cerro Gordo, se dispuso que las tropas destinadas á reforzar la línea de Taylor, respecto de la cual había habido serios temores, se dirigieran á Veracruz con destino á engrosar el ejército de Scott. Parte de dichas fuerzas llegó á Puebla antes del avance del enemigo al Valle de México, y el resto vino después de la toma de nuestra capital. Scott, en los primeros días de su permanencia en Puebla, estuvo ignorando tal disposición, porque el portador de los despachos en que se le comunicaba, había salido de Veracruz con escasa escolta y fué muerto en el camino.

XXII

PLATICAS EN PUEBLA.

Llegada del comisionado Trist; su riña y reconciliación con Scott.—Nota de Buchannan á nuestro Gobierno. Conducta del Ejecutivo y del Congreso con motivo de dicha nota.—Propuestas y negociaciones secretas.

En alguno de mis primeros capítulos se ha visto que el mayor general Scott, candidato del partido whig para la presidencia de los Estados Unidos, casi á raíz de que se le confiara el mando en jefe de las tropas invasoras en México, se disgustó con los hombres de la Casa Blanca por efecto de sus propias dilaciones para el desempeño de su comisión militar, y por el tono que empleó en sus comunicaciones y pretensiones con el gobierno. El partido demócrata, que era quien ejercía el poder, no veía con buenos ojos al pretendiente político y éste atribuía á tal prevención los obstáculos y dificultades con que tropezaba en el arreglo de su expedición sobre Veracruz y en el curso de sus operaciones de guerra en nuestro territorio. Celoso el ejecutivo de la suma de autoridad que venía á ejercer Scott á causa de su grado y antigüedad en el ejército, procuró que el congreso creara una especie de tenencia ó capitanía general conferible á persona no perteneciente á la milicia.

vo comandante del ejército de San Luis un temible competidor.

Bajo tales impresiones, al retirarse de Puebla con parte de las fuerzas organizadas en Orizaba y San Andrés, dirigió Santa-Anna al ejecutivo una comunicación fechada en Ayotla el 18 de Mayo y en que, diciéndose sabedor de las sospechas y calumnias de que era blanco y de la alarma que había causado en la capital la resolución de defenderla, adoptada en junta de guerra en San Martín Texmelúcan y comunicada por el mismo Santa-Anna el 16, hablaba de su intento de convocar, á su llegada á México, una nueva y más numerosa junta de guerra presidida por el general más antiguo, para acatar su resolución; y hacía conocer al ejecutivo su propio plan, resumido en los dos principales puntos de continuar la resistencia al invasor hasta obtener cumplida justicia, y de salvar militarmente la capital como uno de los medios indispensables para la consecución de aquel objeto; expresando, por último, la firme resolución de renunciar la presidencia y el mando del ejército si su programa no obtenía la aprobación del ejecutivo, ó si, obteniéndola, se creía que su persona pudiera constituir obstáculo á la realización de dicho programa. Pedía una declaración formal y leal respecto de estos puntos, y comisionó á D. Manuel Baranda, D. Ignacio Trigueros y D. José Fernando Ramírez, que habían ido á Ayotla á su encuentro, para que ampliaran sus ideas. En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se asienta que es-

los señores, después de explicarle la conducta del gobierno, los motivos del nombramiento de Valencia y los planes que haría fracasar su venida á la capital, quisieron inducirle á permanecer en el mando del ejército y dejar á Anaya al frente del gobierno; pero que alguien dijo á Santa-Anna que debía recobrarle sin ceder á las intrigas de sus enemigos, y que el expresado jefe, receloso del poder que supuso había adquirido Valencia, casi asaltó la capital á otro día, y sin noticiar nada á Anaya, se apoderó del mando político, rompiendo con el partido moderado. Lo cierto es que con fecha 19 de Mayo el general Gutiérrez, ministro de la Guerra, contestó á Santa-Anna asegurándole que el presidente Anaya abundaba en sus ideas en cuanto á la guerra y á salvar á toda costa la capital, como lo había manifestado varias veces; y agregaba textualmente: "Respecto de la resolución de V. E. para separarse del mando supremo si se cree necesario, sólo puede decirse á V. E. que la decisión del Excmo. señor presidente sustituto es la de poner dicho mando á disposición de V. E. en el momento que llegue á esta capital, y de invitarle formalmente á recibirse de él, pues así lo cree de su deber." Lo cierto es también que el 20, al asistir Santa-Anna á la junta de generales habida en México y de que voy á hablar en seguida, aún no se había hecho cargo nuevamente de la presidencia.

Antes de pasar adelante, inserto estas líneas del "Informe" de Santa-Anna sobre las acusaciones de Gamboa: "Los mismos motivos que

Washington sus mutuas quejas, (200) á que las secretarías de Estado y de Guerra proveyeron á su tiempo, fijando ó acentuando á cada uno sus deberes y atribuciones, y aconsejándoles la prudencia y el dominio de sus pasiones privadas en obsequio del servicio público. Pero antes de llegar á Puebla estos consejos y admoniciones oficiales, Scott y Trist se habían reconciliado y convertido en grandes amigos con la mediación del general Smith que lo era de ambos, y en fuerza de su interés particular respectivo, si hemos de dar crédito al historiador norte-americano Ripley, que no desperdicia ocasión de atacarlos.

Según tal escritor, Trist llegó á convencerse de que no podría ejecutar cosa alguna en desempeño de su misión y que le hiciera salir airoso de ella, sin el beneplácito y la cooperación de Scott; y, á su turno, el comandante en jefe, que se había ceñido ya los lauros militares de Veracruz y Cerro Gordo y se veía sin los elementos necesarios á juicio suyo para invadir el Valle de México, empezaba á creer que el ajuste de una paz ventajosa—para el cual le sería no sólo útil, sino indispensable el comisionado—agradaría al gobierno de los Estados Unidos que por entonces

(200) En alguna de las comunicaciones de Scott á tal respecto, pidió este jefe su propio relevo, que le fué concedido muchos meses después, cuando así convino al ejecutivo á causa de la pugna entre el mismo Scott y algunos de los otros jefes.

parecía inclinado al desenlace pacífico de la cuestión; y acrecería la importancia política de Scott en el seno del partido whig, tan opuesto siempre á la guerra, y su popularidad en la Unión toda, asegurándole por diversos medios el triunfo de su candidatura presidencial. En tal estado de ánimo de uno y otro personaje, sobrevinieron propuestas confidenciales de Santa-Anna para tratar, y esto decidió la reconciliación de que se habla y en que sirvió de intermediario el general Smith.

Casi simultáneamente, según parece, se entablaron las pláticas privadas á que acabo de referirme, y las oficiales de que aún no he hablado, y que fueron abiertas con motivo de la entrega de la nota de Buchannan á nuestro gobierno. Daré idea de los preliminares y consecuencias de tal entrega, para decir después dos palabras acerca de la parte secreta de la negociación.

Refiérese que el comisionado norte-americano, en atalaya de cualquiera ocasión favorable de dar principio á sus oficios, tuvo en Puebla conversaciones con algunos mexicanos y extranjeros influentes, acerca de las ventajas de un arreglo, y se manifestó dispuesto á remitir á nuestro Ministro de Relaciones la consabida nota de Buchannan por conducto del representante británico Mr. Bankhead si éste no tenía inconveniente en entregarla á cuyo efecto le dirigió un despacho el 6 de Junio (1.847) explorando su disposición respecto de tal paso. El ministro inglés envió á Puebla al secretario de la legación, Mr. Thorn-

por entonces al establecimiento de fuertes destacados en las gargantas ó puntos de preciso tránsito para el enemigo, en caso de que intentara venir á la capital debiendo ser esa la primera línea: que la segunda se formara en la circunferencia de la misma capital: que el director de ingenieros presentara un plan de fortificaciones correspondiente á ambas líneas: que se organizaran cuerpos de ejército que en todas direcciones flanquearan y atacaran al enemigo: que las secciones de guerrillas obraran combinadamente con dichos cuerpos: que se formara un ejértico que se denominaría de Oriente y se compondría de las milicias de los Estados de México, Querétaro, Puebla, Oaxaca, Veracruz, Tabasco y Chiapas, á las órdenes del general D. Nicolás Bravo, nombrándose de segundo suyo al general D. Manuel Rincón: que el ejército del Norte fuera reforzado con los cuerpos existentes y que siguiera levantándose en San Luis Potosí, Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Zacatecas, marchando á ponerse á su cabeza el general Valencia y como sgundo suyo el general Salas; por último, que la ciudad de México fuera la base general de las operaciones y, por consecuencia, defendida á toda costa. La junta, respecto de los puntos resueltos, no hizo otra cosa que seguir y aprobar las indicaciones de Santa-Anna, y no deja de ser curioso que en sentido absoluto determinara la continuación de la guerra—lo cual sólo corespondía al congreso ó al ejecutivo—en vez de limitarse á discutir como cuerpo facultativo la conveniencia

ó posibilidad y los medios de tal continuación. A lo que no se decidió fué á tomar en cuenta la doble renuncia de Santa-Anna, y este personaje, después de la disensión y resolución de lo relativo á la guerra, tuvo necesidad de manifestar que sin embargo de sus instancias para que se le permitiera retirarse á la vida privada, el presidente sustituto Anaya insistía en los términos de su respuesta del 19 y en que el presidente interino se volviera á encargar del mando supremo, alegando, además, el expresado sistituto su poca salud; por todo lo cual el interino "haciendo un nuevo sacrificio, se hallaba dispuesto á volver á tomar las riendas del gobierno." Después de las protestas de apoyarle y de "no permitir jamás que llegue la República al extremo vergonzoso de pasar por una paz que sería la ruina y la ignominia de la República misma," se disolvió la junta, en que fungió de secretario el hasta allí ministro de la Guerra D. José Ignacio Gutiérrez.

Dejando á un lado las irregularidades y la parte reprobable de lo aquí referido, resultan en limpio los hechos importantes de la resurrección política de Santa-Anna, que se había creído nulificado desde la derrota de Cerro-Gordo: de la preponderancia del partido de la guerra sobre él liberal moderado que tendía á la celebración de la paz: y de la resolución de defender la ciudad de México, á cuyo fin tendieron desde este momento los actos y las medidas todas del gobierno.

Puesto á la cabeza de él Santa-Anna, trató

y éste á Pillow, á quien ambos atendían y consideraban por su importancia en el partido demócrata y su amistad particular con el presidente Polk. El mayor general Scott se inclinó desde luego á la admisión de la propuesta. A las objeciones de Pillow de que el empleo del cohecho era reprobable en sí mismo, de que no se compadecía con la práctica del gobierno de los Estados Unidos, y de que no podría contar con el apoyo ó la aprobación del pueblo norte-americano, Scott replicó que el cohecho no era culpable de suyo en este caso, puesto que quien lo solicitaba se había puesto precio á sí mismo, demostrando con ello que ya estaba corrompido: que el gobierno de los Estados Unidos había sancionado el gasto secreto de cinco millones de pesos en el arreglo de la cuestión de los límites al Noroeste; y acostumbraba hacer á los jefes de las tribus indígenas y de Bermería regalos que no eran otra cosa que cohechos. En cuanto á las dificultades de la falta de dinero, y de la inversión aquí de una parte de los tres millones asignados para los gastos de la paz con México, (201) y cuya inversión requería comprobantes sujetos á la publicidad si la exigía el congreso de los Estados Unidos, Scott ma-

(201) Trist había venido autorizado á girar, en caso necesario, hasta el total de esta cantidad contra el erario de los Estados Unidos.

(202) "The War with México," tomo II, pág. 154.

nifestó que la erogación se efectuaría con cargo á alguno de los departamentos ó secciones del ejército, y que él estaba dispuesto á asumir toda la responsabilidad y á dar explicaciones del gasto ante la comisión de investigación que el congreso pudiera nombrar á tal respecto. (202) En vista de las razones de Scott, Pillow cedió y convino en que se siguiera esta negociación, más bien que marchar sobre México y dar otra batalla para obtener la paz ó la posesión de la capital. "Arreglado así el asunto, dice Ripley, fueron enviadas por Mr. Trist comunicaciones en cifra, cuya clave había sido recibida de México, á los agentes secretos de Santa-Anna, notificándole por conducto de ellos, que su proposición era aceptada, y los diez mil pesos estipulados de contado inmediatamente fueron pagados del dinero que para gastos secretos tenía el general Scott á su disposición."

En junta con los generales Pillow, Quitman, Twiggs, Shields y Cadwalader, y á que no concurrieron Smith por ausente de Puebla y Worth por no haber sido invitado, (203) propuso Scott la disyuntiva de avanzar desde luego sobre México, ó aguardar la llegada de la columna de Pierce; y habló de las negociaciones con Santa-Anna, explorando acerca de

(203) Se habían ya disgustado Worth y Scott á causa de que éste desaprobó ó llevó á mal las bases del arreglo hecho por aquel con las autoridades de Puebla, á su entrada en la ciudad.

tres principales alturas de Tepeapulco, Morelos y Moctezuma. (210)

Fueron la base de las fuerzas reunidas en México el antiguo ejército de Oriente, traído en parte de Orizaba y Chalchicomula por Santa-Anna, y el ejército del Norte, que había permanecido en San Luis á las órdenes de Mora y Villamil y que á principios de Julio salió de dicha ciudad con Valencia, su nuevo jefe, llegando el 26 á Guadalupe. Constaba este segundo ejército—el primero por su antigüedad y servicios—de las tres divisiones de vanguardia, centro y reserva, mandadas por los generales Mejía, Parrodi y Salas; y en alguna relación hallo que se componían de los regimientos de infantería Fijo de México y Activo de Celaya, Guanajuato y Auxiliares de Celaya, la se-

---

San Luis, y de los cuerpos de caballería 7o. y San Luis la primera; del 10o. y 12o. de infantería, Guardacosta de Tampico, Querétaro, Ce-

(210) Las obras militares del Peñón fueron dirigidas por Robles, y á tal respecto hallo lo siguiente en las noticias escritas que me ha dado un amigo íntimo del expresado jefe:

"Santa-Anna dijo á Robles en México: "He nombrado á vd. para fortificar el Peñón; y como no quiero otra protesta como la de Cerro-Gordo, ni que se diga que por no hacer á vd. caso se pierden las posiciones, fortifique ésta con toda libertad, como mejor le parezca."—Siendo así, mi general, contestó Robles, aseguro á vd. que si los norte-americanos toman á México, no será por el Peñón."

gunda; y del regimiento de Ingenieros, batallones Mixto de Santa-Anna y Activo de Aguascalientes, y cuerpos de caballería 2o., 3o. y 8o. la tercera: trayendo toda esta fuerza un efectivo de algo más de 4,000 hombres con 24 piezas de artillería. Débese contar entre las tropas aquí reunidas la división de caballería del general D. Juan Álvarez, no obstante que casi siempre estuvo destacada en observación de los invasores.

Santa-Anna nombró jefe del ejército de Oriente al general Bravo y segundo al general D. Manuel Rincón; pero, disgustados ambos con algunas providencias del gobierno, renunciaron á poco, sustituyendo á Bravo el general Lombardini. Confirmó, además, Santa-Anna, como he dicho, el nombramiento de Valencia para jefe del ejército del Norte, dándole de segundo á Salas. A la aproximación del enemigo, tomó el general presidente el mando de todo el ejército, cesando la denominación del de Oriente (211) y el mando de Lombardini; se dió á Bravo el de la línea de Mexicalcingo, Churubusco y San Antonio; y el ejército del Norte, con alguna segregación ó cambio de cuerpos, siguió figurando á las órdenes de Valencia. Entonces, aparte del expresado ejército del Norte y de la división de caballería de Álvarez, se formaron las siguientes bri-

(211) En algunos, aunque muy pocos, documentos oficiales se siguió dando la denominación de ejército de Oriente á todas las fuerzas reunidas en México.

bien éxito, hacerle internar al Valle de México antes de que se le unieran nuevas tropas procedentes de los Estados Unidos, y decidirle á atacar cualquiera de nuestros puntos fortificados que, como se verá en el capítulo siguiente, contaban con la fuerza propia necesaria á su defensa, y con el auxilio eficaz y oportuno de toda una división (la de Valencia) cuyo empleo no debía ser otro que cargar sobre la retaguardia del enemigo cuando éste embistiera alguno de los puntos de nuestra línea. Derrotado aquí Scott, la destrucción de su ejército era casi segura, por su inferioridad numérica; y para el remoto caso de que tomara el punto atacado, quedaba el jefe norte-americano comprometido á ofrecer el armisticio y la paz, dando margen á que Santa-Anna, si no le convenía aceptarlos, pudiera hacer aparecer como triunfo su propia derrota, en el hecho de que el vencedor se apresurara á ofrecer una paz no solicitada por el vencido. Hábil era este plan, ciertamente, y paréceme indudable que con él logró Santa-Anna su primer objeto, ó sea la detención del invasor en Puebla hasta el 7 de Agosto: pues aunque Ripley la hace consistir en el acuerdo tomado en junta de guerra, de aguardar allí la llegada de las tropas de Pierce, es casi seguro que si con las que tenía Scott reunidas á mediados de Junio avanza sobre México, habría pod'do ocupar esta capital casi sin disparar un tiro, desprovista de ejército y fortificaciones como entonces se hallaba.

Pero lo hábil del plan y de su ejecución en la parte realizada no extirpa lo inmoral ni lo indecoroso de sus medios, no aceptables ni en el género de los ardides y la travesura á que fué Santa-Anna tan inclinado en su juventud. El carácter secreto y misterioso de las pláticas; la propuesta de recibir, también secreta y misteriosamente, dinero de manos del enemigo para vencer resistencia en el camino de la paz; la indicación de que ésta se facilitaría con la toma por Scott de alguna de nuestras obras de fortificación en la capital; finalmente, la percepción por los agentes secretos, de una cantidad miserable, fijada probablemente en proporción tan exigua para facilitar su entrega y que ésta sirviera como de sello al compromiso del invasor, son hechos impropios del jefe de una nación, y que extienden sombras y manchas sobre el buen nombre de la nación misma, por más que el enemigo haya, al cabo, comprendido los verdaderos fines de la negociación y lo tupido de la red que se le tendió. Ni individual ni colectivamente podemos apartarnos de la rectitud y la honradez en los negocios más ó menos árduos, sean privados ó públicos. (204)

---

(204) Ripley discurre larga y acertadamente acerca de las propuestas y excitativas de Santa-Anna, haciendo notar que eran para éste las ventajas todas del pacto y todas sus desventajas para Scott: que en interés del primero estaba, luego que tuvo reunidos sus elementos de defensa de México, atraer al segundo á

XXIII

VALLE DE MEXICO.

Preparativos y plan de defensa de la ciudad de México. —Marcha y llegada de Scott —Preliminares de los sucesos de Padierna.—Apéndice á las noticias relativas al enemigo.

Hay que recordar, para la inteligencia de algunos puntos de que, aunque sea de paso, debo ocuparme, que Santa-Anna conservaba

---

nuestro Valle, atendidas la superioridad numérica de nuestras fuerzas y la dificultad de alimentarlas y conservarlas agrupadas cuando era casi total la carencia de recursos pecuniarios: que derrotado aquí el ejército norte-americano, habría sido facil cortarle la retirada que él tampoco emprendería con el deshonor de la derrota, prefiriendo la continuación de la lucha hasta perecer: finalmente, que en caso de tomar Scott algún punto y de ofrecer la paz, Santa-Anna, si resolvía no aceptarla, ganaba tiempo, cuando menos, para rehacerse y renovar la contienda. Cuando el lector se imponga de los preparativos hechos para la defensa de la capital, comprenderá el valor de los cálculos y planes de Santa-Anna, quien probablemente habría triunfado aquí sin los incidentes que surgieron y que trastornaron á última hora todo su sistema defensivo

el doble carácter de presidente interino de la República y general en jefe del ejército, por más que el general Anaya fungiera de presidente sustituto desde la salida del primero hacia Cerro-Gordo.

Santa-Anna había dejado instruciciones ú órdenes para que se proveyera á la defensa de la capital; pero aunque el ejecutivo parecía contemporizar con las ideas de aquel jefe, carecía de los elementos necesarios para realizarlas, como se declaró en junta de guerra convocada por Anaya á muy poco de haberse encargado del poder. Según las opiniones allí vertidas, la defensa de la capital exigía gastos imposibles de erogar, un tren de artillería que faltaba, y fuerzas superiores á las existentes en todo el país. En consecuencia, el ejecutivo se limitó á ordenar algunos reconocimientos y la fortificación de varios puntos del camino, y á impulsar la formación de guerrillas. Como no desistía abiertamente de la defensa de la ciudad, trató de vencer por medio de comunicaciones oficiales y de cartas y enviados, la resistencia de los Estados á prestar su cooperación al gobierno: y logró la venida de los cuerpos de guardia nacional de Querétaro, Morelia y Toluca. (205) Traía entre manos un plan de deserción de los irlandeses que venían en el ejército invasor y que, al cabo, sólo en corto número se pasaron al

(205) La guardia nacional del Estado de México no llegó aquí sino por el 7 ú 8 de septiembre de 1,847.

nuestro; y se proponía aprovechar las ofertas de mediación de la Gran Bretaña hechas por su ministro aquí, Mr. Bankhead y que, como tantas cosas útiles, se atascaron en el pantano de los trámites é irresoluciones de nuestros congresos. El de entonces, que aprobó el 18 de Mayo (1,847) el Acta de reformas de la Constitución vigente, se ocupó en la idea de la traslación del gobierno á algún punto del interior, y llegó á resolver que la efectuara á Querétaro, en virtud de lo cual empezaron á moverse varios archivos y oficinas. (206) No obstante algunas de las medidas del ejecutivo en el sentido de la prosecución de la guerra, y á pesar de lo consecuente que fué con el general derrotado en Cerro-Gordo, al extremo de que se le tachara de complaciente y debil por no haber despojado del mando militar á Santa-Anna, era indudable que el gobierno de Anaya, que aplaudía y apoyaba las intenciones de aquel jefe de mantenerse á la defensiva, tenía poca fe en los resultados de la continuación de la campaña, no pensaba en oponer resistencia

---

(206) Cuando en ésta (en la capital) esperaba, dice Santa-Anna, en su "Detall de las operaciones," encontrar grandes preparativos de defensa, sólo advertí síntomas de revolución, que se conjuró, afortunadamente, con mi oportuna presencia. Me impuse con pesar igualmente, de que estaba resuelto su abandono, juzgándola sin elementos para defenderse; y que el Tabaco, archivos y otras cosas habían comenzado á salir para el interior."

formal en la ciudad de México al invasor, y tenía, más ó menos ocultamente, á la paz que, al cabo, se vino á ajustar á consecuencia de nuevos descalabros. Tal circunstancia y la exaltación de los émulos y enemigos del principal caudillo, que le atacaban abiertamente por medio de la prensa y conspiraban en contra suya, traían disgustado é inquieto á Santa-Anna desde Orizaba. Defendíale y sosteníale el ejecutivo; y para tener á raya á los que conspiraban, como efectivamente lo consiguió. atrajo á su propia causa al general Valencia, á quien se suponía jefe de ellos, y á quien dió el mando del ejército del Norte, residente en San Luis Potosí y trsaladado á poco al Valle de México. Pero el hecho mismo del nombramiento de Valencia, enmigo ó malqueriente de Santa-Anna desde que éste le impidió tomar en Tula de Tamaulipas la ofensiva contra los invasores, aumentó el disgusto y la inquietud del segundo de los expresados generales, quien, no obstante haber después asegurado en su "Informe" que él mismo, con posterioridad á la derrota de Cerro-Gordo, confirió á Valencia el mando de que se habla, (207) no dió, en realidad, á la resolución del ejecutivo otra interpretación que la de que sus enemigos ganaban terreno, en el hecho de oponerle en el nue-

(207) Santa-Anna á este respecto no hizo más que confirmar, después de su llegada á México, el nombramiento de Valencia, aunque sin darse por entendido de que había sido hecho por el presidente sustituto.

ve comandante del ejército de San Luis un temible competidor.

Bajo tales impresiones, al retirarse de Puebla con parte de las fuerzas organizadas en Orizaba y San Andrés, dirigió Santa-Anna al ejecutivo una comunicación fechada en Ayotla el 18 de Mayo y en que, diciéndose sabedor de las sospechas y calumnias de que era blanco y de la alarma que había causado en la capital la resolución de defenderla, adoptada en junta de guerra en San Martín Texmelúcan y comunicada por el mismo Santa-Anna el 16, hablaba de su intento de convocar, á su llegada á México, una nueva y más numerosa junta de guerra presidida por el general más antiguo, para acatar su resolución; y hacía conocer al ejecutivo su propio plan, resumido en los dos principales puntos, de continuar la resistencia al invasor hasta obtener cumplida justicia, y de salvar militarmente la capital como uno de los medios indispensables para la consecución de aquel objeto; expresando, por último, la firme resolución de renunciar la presidencia y el mando del ejército si su programa no obtenía la aprobación del ejecutivo, ó si, obteniéndola, se creía que su persona pudiera constituir obstáculo á la realización de dicho programa. Pedía una declaración formal y leal respecto de estos puntos, y comisionó á D. Manuel Baranda, D. Ignacio Trigueros y D. José Fernando Ramírez, que habían ido á Ayotla á su encuentro, para que ampliaran sus ideas. En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se asienta que es-

tos señores, después de explicarle la conducta del gobierno, los motivos del nombramiento de Valencia y los planes que haría fracasar su venida á la capital, quisieron inducirle á permanecer en el mando del ejército y dejar á Anaya al frente del gobierno; pero que alguien dijo á Santa-Anna que debía recobrarle sin ceder á las intrigas de sus enemigos, y que el expresado jefe, receloso del poder que supuso había adquirido Valencia, casi asaltó la capital á otro día, y sin noticiar nada á Anaya, se apoderó del mando político, rompiendo con el partido moderado. Lo cierto es que con fecha 19 de Mayo el general Gutiérrez, ministro de la Guerra, contestó á Santa-Anna asegurándole que el presidente Anaya abundaba en sus ideas en cuanto á la guerra y á salvar á toda costa la capital, como lo había manifestado varias veces; y agregaba textualmente: "Respecto de la resolución de V. E. para separarse del mando supremo si se cree necesario, sólo puede decírse á V. E. que la decisión del Excmo. señor presidente sustituto es la de poner dicho mando á disposición de V. E. en el momento que llegue á esta capital, y de invitarle formalmente á recibirse de él, pues así lo cree de su deber." Lo cierto es también que el 20, al asistir Santa-Anna á la junta de generales habida en México y de que voy á hablar en seguida, aún no se había hecho cargo nuevamente de la presidencia.

Antes de pasar adelante, inserto estas líneas del "Informe" de Santa-Anna sobre las acusaciones de Gamboa: "Los mismos motivos que

me impidieron hacer la defensa de Puebla, influyeron para no poder defender el camino que conduce de esa ciudad á Venta de Córdoba, porque el gabinete, dominado por D. Luis de la Rosa, nada tenía dispuesto en ese sentido, con excepción de alguna arboleda que encontré derribada en el Pinar de Río Frío; antes bien estaba resuelto á abandonar la capital de la República. Cuando á ella llegué, las oficinas generales estaban preparando su marcha, y el ayuntamiento dispuesto á dar los mismos pasos que el de Puebla, porque todos creían ver llegar la vanguardia del ejército enemigo. Los habitantes de México han presenciado estos hechos: han sido testigos de que no existía una sola brigada que oponer: vieron que no se había levantado obra alguna de fortificación; y, en una palabra, nadie ignora que en aquellos días se había prescindido de toda idea de resistencia. Sin embargo, no me desalenté por hallar las cosas en ese estado, ni menos porque las facciones estuvieran preparando una revolución para arebatarme el poder: reuní una junta de generales, en la que se acordó unánimemente que se defendiera la capital, y, al efecto, que yo reasumiera el poder, etc." Presto vamos á ver cuál fué el plan de defensa adoptado.

A la junta de guerra convocada á petición de Santa-Anna por el presidente sustituto, asistieron, además de aquel general de división, los de igual rango D. Nicolás Bravo, que presidió com más antiguo; D. Ignacio Mora y Villamil, D. Manuel Rincón, D. Felipe Codallos, D.

Gabriel Valencia y D. José María Tornel; y los de brigada D. Ignacio Inclán, D. Antonio Gaona, D. Lino Alcorta, D. Benito Quijano, D. Gregorio Gómez Palomino, D. Mariano Salas, D. Antonio Vizcaíno, D. Pedro Ampudia, D. Domingo Noriega, D. Julián Juvera, D. Manuel Lombardini y director de ingenieros D. Casimiro Liceaga. (208) Santa-Anna tomó allí la palabra, y después de hablar de sus propios merecimientos y de las intrigas de sus enemigos, propuso ante la junta los mismos puntos que había sometido al ejecutivo, agregando que si renunciaba la presidencia y el mando del ejército, prestaría gustoso sus servicios á las órdenes del nuevo jefe, ó saldría del país si ésto podía servir para quitar pretextos y restablecer la unión general. Después de hablar los generales Bravo, Valencia, Tornel, Codallos, Inclán, Rincón, Mora y Quijano, se adoptaron por unanimidad las dos resoluciones principales de la continuación de la guerra y de la defensa de la capital. En seguida se examinó cuál debería ser el plan de operaciones, y después de convenir en la necesidad de reorganizar y disciplinar el ejército, se aprobó la opinión de Valencia, Tornel, Rincón, Liceaga, Alcorta, Ampudia y algunos otros generales, de que el referido plan se contrajera

(208) Aunque éstos son los nombres que constan al margen del acta, se deduce de sus pormenores que también asistieron el general Gutiérrez y un general González; probablemente González Mendoza.

por entonces al establecimiento de fuertes destacados en las gargantas ó puntos de preciso tránsito para el enemigo, en caso de que intentara venir á la capital debiendo ser esa la primera línea: que la segunda se formara en la circunferencia de la misma capital: que el director de ingenieros presentara un plan de fortificaciones correspondiente á ambas líneas: que se organizaran cuerpos de ejército que en todas direcciones flanquearan y atacaran al enemigo: que las secciones de guerrillas obraran combinadamente con dichos cuerpos: que se formara un ejértico que se denominaría de Oriente y se compondría de las milicias de los Estados de México, Querétaro, Puebla, Oaxaca, Veracruz, Tabasco y Chiapas, á las órdenes del general D. Nicolás Bravo, nombrándose de segundo suyo al general D. Manuel Rincón: que el ejército del Norte fuera reforzado con los cuerpos existentes y que siguiera levantándose en San Luis Potosí, Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Zacatecas, marchando á ponerse á su cabeza el general Valencia y como sgundo suyo el general Salas: por último, que la ciudad de México fuera la base general de las operaciones y, por consecuencia, defendida á toda costa. La junta, respecto de los puntos resueltos, no hizo otra cosa que seguir y aprobar las indicaciones de Santa-Anna, y no deja de ser curioso que en sentido absoluto determinara la continuación de la guerra—lo cual sólo corespondía al congreso ó al ejecutivo—en vez de limitarse á discutir como cuerpo facultativo la conveniencia

ó posibilidad y los medios de tal continuación. A lo que no se decidió fué á tomar en cuenta la doble renuncia de Santa-Anna. y este personaje, después de la discusión y resolución de lo relativo á la guerra, tuvo necesidad de manifestar que sin embargo de sus instancias para que se le permitiera retirarse á la vida privada, el presidente sustituto Anaya insistía en los términos de su respuesta del 19 y en que el presidente interino se volviera á encargar del mando supremo, alegando, además, el expresado sistituto su poca salud: por todo lo cual el interino "haciendo un nuevo sacrificio, se hallaba dispuesto á volver á tomar las riendas del gobierno." Después de las protestas de apoyarle y de "no permitir jamás que llegue la República al extremo vergonzoso de pasar por una paz que sería la ruina y la ignominia de la República misma," se disolvió la junta, en que fungió de secretario el hasta allí ministro de la Guerra D. José Ignacio Gutiérrez.

Dejando á un lado las irregularidades y la parte reprobable de lo aquí referido, resultan en limpio los hechos importantes de la resurrección política de Santa-Anna. que se había creído nulificado desde la derrota de Cerro-Gordo: de la preponderancia del partido de la guerra sobre el liberal moderado que tendía á la celebración de la paz: y de la resolución de defender la ciudad de México, á cuyo fin tendieron desde este momento los actos y las medidas todas del gobierno.

Puesto á la cabeza de él Santa-Anna, trató

de realizar el plan de defensa aprobado en la junta de generales. Tuvo que luchar desde luego con la escasez de recursos pecuniarios, pues sólo quedaban disponibles ciento ochenta mil pesos del millón y medio que había proporcionado el clero dos meses antes; pero en fuerza de afanes se procuró nuevos fondos y pudo atender á lo más necesario. Hizo poner mano en las obras de fortificación, encomendadas al cuerpo de ingenieros de que era otra vez director D. Ignacio Mora y Villamil, y cuyos jefes los generales Liceaga, Monterde y Blanco (D. Miguel) y tenientes coroneles Cano y Robles, trabajaron activa y empeñosamente en los puntos que les fueron asignados en la primera y segunda línea. Siendo pobrísimos los cuadros del ejército, fué preciso acudir á los cupos y á los cuerpos de guardia nacional, y, no habiendo en los almacenes vestuario, fornituras, monturas ni utensilio alguno, se hizo indispensable construir todo por medio de contratas. No había tampoco fusiles y se determinó comprarlos á cualquier precio: con los que así se obtuvieron, muchos sin bayoneta, y con los recompuestos en la maestranza, se logró que toda la fuerza quedara armada. Dispúsose que el director general de artillería D. Martín Carrera hiciese elaborar el material de guerra necesario, en lo cual se trabajó sin descanso. De San Luis Potosí y del Sur fueron traídas no pocas piezas de artillería, y aun las que había de hierro en mal estado se compusieron y utilizaron, fundiéndose, además, algunas nuevas, con lo que se

alistaron hasta más de noventa. Por todas partes se abrían talleres para el equipo de las tropas: en las plazas y afueras de la ciudad eran instruidos diariamente los reclutas: los jefes se esmeraban en los adelantos de sus cuerpos, y en pocas semanas se organizaron nuevas y lucidas brigadas. (209)

Los principales puntos fortificados fueron el Peñón Viejo, que defendía á la ciudad por el Oriente; Mexicalcingo, hacienda de San Antonio y convento y puente de Churubusco, al Sur: al Suroeste Chapultepec, cuya artillería dominaba los caminos que vienen del Oeste á las garitas de Beleén y San Cosme, fortificadas también, lo mismo que la de Santo Tomás. Por el Norte, aunque se empezó á fortificar los cerros de Zacoalco y Guerrero cerca de Guadalupe, á lo último la defensa se limitaba á las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo. Se creyó que el Peñón, avanzado sobre el camino de Puebla, sería el primer punto de ataque del enemigo, y por tal causa allí se ejecutaron las obras más importantes, en sus

---

(209) La mayor parte de estas noticias obran en el "Detall de las operaciones" de Santa-Anna.

Las piezas de artillería reunidas fueron 104, según los "Apuntes para la Historia de la Guerra." Los cañones á la Paixhan que fundió nuestro teniente coronel de artillería D. Bruno Aguilar, resultaron tan buenos como los que traía el enemigo.

tres principales alturas de Tepeapulco, Morelos y Moctezuma. (210)

Fueron la base de las fuerzas reunidas en México el antiguo ejército de Oriente, traído en parte de Orizaba y Chalchicomula por Santa-Anna, y el ejército del Norte, que había permanecido en San Luis á las órdenes de Mora y Villamil y que á principios de Julio salió de dicha ciudad con Valencia, su nuevo jefe, llegando el 26 á Guadalupe. Constaba este segundo ejército—el primero por su antigüedad y servicios—de las tres divisiones de vanguardia, centro y reserva, mandadas por los generales Mejía, Parrodi y Salas; y en alguna relación hallo que se componían de los regimientos de infantería Fijo de México y Activo de Celaya, Guanajuato y Auxiliares de Celaya la se-

---

San Luis, y de los cuerpos de caballería 7o. y San Luis la primera: del 10o. y 12o. de infantería, Guardacosta de Tampico, Querétaro, Ce-

(210) Las obras militares del Peñón fueron dirigidas por Robles, y á tal respecto hallo lo siguiente en las noticías escritas que me ha dado un amigo íntimo del expresado jefe:

"Santa-Anna dijo á Robles en México: "He nombrado á vd. para fortificar el Peñón; y como no quiero otra protesta como la de Cerro-Gordo, ni que se diga que por no hacer á vd. caso se pierden las posiciones, fortifique ésta con toda libertad, como mejor le parezca."—Siendo así, mi general, contestó Robles, aseguro á vd. que si los norte-americanos toman á México, no será por el Peñón."

gunda; y del regimiento de Ingenieros, batallones Mixto de Santa-Anna y Activo de Aguascalientes, y cuerpos de caballería 2o., 3o. y 8o. la tercera; trayendo toda esta fuerza un efectivo de algo más de 4,000 hombres con 24 piezas de artillería. Débese contar entre las tropas aquí reunidas la división de caballería del general D. Juan Alvarez, no obstante que casi siempre estuvo destacada en observación de los invasores.

Santa-Anna nombró jefe del ejército de Oriente al general Bravo y segundo al general D. Manuel Rincón; pero, disgustados ambos con algunas providencias del gobierno, renunciaron á poco, sustituyendo á Bravo el general Lombardini. Confirmó, además, Santa-Anna, como he dicho, el nombramiento de Valencia para jefe del ejército del Norte, dándole de segundo á Salas. A la aproximación del enemigo, tomó el general presidente el mando de todo el ejército, cesando la denominación del de Oriente (211) y el mando de Lombardini; se dió á Bravo el de la línea de Mexicalcingo, Churubusco y San Antonio; y el ejército del Norte, con alguna segregación ó cambio de cuerpos, siguió figurando á las órdenes de Valencia. Entonces, aparte del expresado ejército del Norte y de la división de caballería de Alvarez, se formaron las siguientes bri-

(211) En algunos, aunque muy pocos, documentos oficiales se siguió dando la denominación de ejército de Oriente á todas las fuerzas reunidas en México.

gadas, de que disponía directamente Santa-Anna:

La del general Terrés, compuesta del 1o. Activo de México, Activo de Lagos y 2o. Ligero de infantería.

La del general Martínez, compuesta del Activo de Morelia y del cuerpo de Inválidos.

La del general Rangel, con los cuerpos de Granaderos de la Guardia, Mixto de Santa-Anna, batallón de San Blas, Nacionales de Morelia y Compañías de San Patricio.

La del general Pérez con los cuerpos 1o., 3o. y 4o. Ligeros y 11o. de Línea.

La del general León con los Activos de Oaxaca y Querétaro, Nacionales de Querétaro y de Mina (estos últimos de la guardia nacional del Distrito) y 10o. de infantería.

La del general Anaya con los demás cuerpos de la guardia nacional del Distrito, ó sea Independencia, Bravos, Victoria é Hidalgo.

Por último, la del coronel Zerecero, formada de piquetes de Aldama, Galeana y Matamoros, del batallón de Acapulco y de una parte de los de Tlapa y Libertad.

Algunos otros cuerpos procedentes del Sur hubo en San Antonio y Coyoacán á las órdenes del general Andrade. (212)

El efectivo de todas las fuerzas, incluyendo la división de caballería de Alvarez, ascendía á 20,000 hombres con unas 100 piezas de ar-

---

(212) "Apuntes para la Historia de la Guerra."

tillería. (213) Esta arma tenía de director al general Carrera y de comandante general al coronel D. José Gil Partearroyo: los coroneles Aguado é Iglesias mandaban un batallón de artilleros á pie y la artillería de á caballo.

El plan de Santa-Anna era puramente defensivo, y consistía en guardar con el grueso de su artillería y de sus fuerzas los puntos de su primera línea de fortificaciones, contando como cuerpos volantes exteriores con la d-

(213) Estos guarismos andan en boca de Santa-Anna y de casi todos los jefes é historiadores. Conviene, sin embargo, respecto de la artillería, recordar que el mismo Santa-Anna, al principio de su "Detall de las operaciones," dice que fueron 90 las piezas alistadas. En cuanto á las tropas, según noticia oficial del ministerio de la Guerra fecha 30 de Agosto de 1,847, ascendían el 9 de Julio anterior las reunidas en la ciudad, incluyendo el ejército del Norte, y aparte de la división de caballería de D. Juan Alvarez, á 17,448 hombres, inclusive 7 generales, 164 jefes, 1,251 oficiales y 16,026 soldados. La expresada división de caballería contaba 2,762 hombres entre 1 general, 27 jefes, 287 oficiales y 2,447 soldados. Así, pues, el total de las fuerzas de Santa-Anna en México ascendía á 20,210 hombres según estados oficiales. Téngase esto presente cuando veamos hasta dónde los jefes enemigos se lanzaron á los espacios imaginarios al hablar del número de nuestras tropas en el Valle de México.

visión de caballería de Alvarez y el ejército del Norte á las órdenes de Valencia. Santa-Anna había mandado situar á D. Juan Alvarez con su expresada división en Anacamilpa, á fin de que tomara la retaguardia del enemigo interponiéndosele del lado de Puebla luego que el ejército de Scott avanzara más acá de San Martín Texmelúcan; y se previno al mismo Alvarez que le viniera siguiendo y hostilizando en lo posible, y que le atacara decididamente cuando le viera empeñado sobre alguno de nuestros puntos fortificados; aprovechando en todo caso los descuidos y obrando siempre con la debida prudencia. El objeto principal del ejército del Norte, trasladado á Texcoco el 10 de Agosto, era observar al enemigo, debiendo replegarse á Guadalupe si Scott tomaba la dirección del primero de dichos puntos; ó atacar por retaguardia á los invasores si se decidían á embestir el Peñón; en cuyo caso cargaría también sobre ellos la división de caballería de Alvarez, á quien se previno que obrara de acuerdo y combinadamente con Valencia. Resulta, pues, que ninguno de estos dos jefes debía presentar ni empeñar acción sino en el caso previsto y señalado por el cuartel general; esto es, atacando á los norte-americanos por la espalda cuando éstos embistieran alguna de las posiciones de nuestra línea. Todavía la misión de Alvarez era más extensa y complicada y su división podría hallarse comprometida á batirse en forma si, al seguir y hostilizar á la retaguardia enemiga en su marcha de San Martín á México tratando de

utilizar sus descuidos, llegaba á verse acometida de los mismos á quienes perseguía, ó de nuevas fuerzas extranjeras procedentes de Puebla. Pero la misión de Valencia, sencillísima é inequívocamente determinada, se reducía á permanecer, como he dicho, en observación del enemigo para no cargarle sino en el momento en que atacara éste el Peñón, que se creyó sería el primero y principal punto objetivo de sus operaciones. (214) Conviene advertir que el hecho de haber desistido el general Scott de atacar el Peñón y de haberse corrido con su gente al Sur y al Oeste de la ciudad, no alteró sustancialmente el plan de defensa ni la misión respectiva de las divisiones de Alvarez y Valencia, que, si bien cambiando de lugar por efecto de los movimientos del adversario, siguieron destinadas exclusivamente á observarle y á no cargar sobre él sino en las circunstancias y el momento previstos y señalados. Más adelante veremos cómo la segunda de tales divisiones traspasó su linde en Padierna, y cómo la primera no llegó á tocar el suyo en Molino del Rey, nulificándose con ello entrambas, trastornando y desbaratando todo el plan de defensa, y cargando en grandísima parte con la responsabilidad del mal éxito de la misma defensa.

---

(214) También entraba en las instrucciones y órdenes dadas á Valencia, como luego veremos, la de cortar la retirada hacia Puebla, al enemigo en el caso de que fuera aquí rechazado.

A las dos de la tarde del 9 de Agosto se disparó en la ciudad de México el cañonazo de alarma con motivo de la aproximación del enemigo, ó, al menos, de su salida de Puebla: las bandas de los cuerpos tocaron dianas, los cuarteles de la guardia nacional se llenaron de gente, y el entusiasmo y la esperanza animaban todos los semblantes. La brigada del general León ocupaba ya el Peñón Viejo, y el día 11 acudieron á reforzarle los batallones de guardia nacional del Distrito denominados Hidalgo, Victoria, Independencia y Bravos, (215) á las órdenes del general Anaya: marchando á la cabeza del primero el comandante D. Félix Galindo que se había ya batido en la Angostura y Cerro-Gordo, y al frente del último su coronel Gorostiza, distinguido en la diplomacia y el más ilustre de nuestros autores dramáticos. A su tránsito por las calles más céntricas recibieron estos cuerpos verdadera ovación, y su campamento, al que enviaron los padres de la Profesa su vela de lona del Corpus para tiendas de campaña, se convirtió en lugar de cita y paseo de casi todas las familias. El arzobispo Irisarri expedía una pastoral excitando á implorar el auxilio divino en favor de nuestros combatientes. El 14 ó 15 tuvo lugar en el expresado punto del Peñón la ben-

(215) Victoria se componía de individuos del comercio y de diversas profesiones; Hidalgo de empleados públicos y personas exceptuadas del servicio militar; Independencia y Bravos de artesanos.

dición y entrega de banderas á los batallones Patria, Unión y Mina, cuyos coroneles eran D. Fernando Martínez, D. N. Aguayo y D. Lúcas Balderas. Situado allí Santa-Anna para quedar enfrente del enemigo y dirigir con presteza y seguridad las operaciones, se le presentaron los generales de división D. Manuel Rincón y D. José Joaquín de Herrera á ofrecerle sus servicios: dió al primero el mando de las fortificaciones principales del cerro, y nombró segundo en jefe del ejército á Herrera, y cuartel maestre al general D. José María Tornel. El general D. Nicolás Bravo, que también se había presentado, estaba hecho cargo de la línea de Mexicalcingo, San Antonio y Churubusco, según he dicho. El 9 había aprobado Santa-Anna los términos de la contrata de los extranjeros—en su mayor parte irlandeses y desertores del ejército enemigo—que se comprometieron á prestarnos sus servicios durante seis meses, formando la Legión extranjera 5 Compañías de San Patricio: reconocieron por comandante al coronel D. Francisco R. Moreno, y después veremos que se batieron como leones, y que los que cayeron vivos en manos del vencedor fueron sometidos á los más inhumanos suplicios.

La primera noticia oficial del movimiento del enemigo sobre la capital, se recibió aquí en comunicación fecha 9 de Agosto del nuevo comandante general de Puebla, Canalizo, que había quedado en Atlixco con parte de la caballería del antiguo ejército de Oriente: según dicha comunicación. Scott había salido de Puebla con 10,000 hombres, 40 piezas de artillería, 700

carros y 500 mulas de carga. Una carta particular de Atlixco de igual fecha, dirigida al Ministro de Relaciones Pacheco, calculaba en 14,000 el número de los norte-americanos reunidos en Puebla, y en 11,000 el de los que avanzaban; agregando que en los días 7 y 8 salieron de la expresada ciudad las divisiones de Twiggs y de Quitman, y que el 9 saldría el resto de las fuerzas.

Según partes oficiales recibidos, el capitán de guerrillas D. Laureano García, entre el puente de San Martín y Río Frío, tiroteó el 10 á 60 dragones que venían á retaguardia de alguna de las divisiones de Scott. El mismo día el comandante Colin, con la guerrilla de Tlalmanalco, batió en Huexoculco á un destacamento de 25 norte-americanos, quitándole las reses que conducía y haciéndole 6 muertos y 2 prisioneros que remitió á México en unión de 11 caballos ensillados y algunas armas. El expresado Colin atacó el 13 á una sección de caballería salida de Chalco hacia Tlalmanalco y que pasó á la hacienda y Ferrería de San Rafael, y le hizo, según su parte, 12 muertos, entre ellos el jefe, y otros tantos heridos; teniendo que retirarse nuestro guerrillero con baja de 1 muerto y 4 heridos, á la llegada de la infantería enemiga salida de Chalco en unión de la caballería y que se había detenido en Tlalmanalco. (216) Díjose aquí que hasta

(216) Entre los documentos del enemigo, hay un parte del capitán Hoffman, del 6o. de infantería, relativo á este suceso. Hoffman sa-

el 13 las divisiones enemigas se iban reuniendo en Ayotla, y que una parte de las fuerzas se acercaba á Santa Marta y por el camino de San Isidro á Texcoco; y en la misma fecha avisó Valencia que, según sus últimas noticias, el invasor trataba de emprender algo esa noche por la laguna, pues había ocupado todas las canoas arrimadas en Ayotla y bajado de sus carros tablones que estaba calafateando con al-

---

lió de Chalco con 4 compañías del expresado cuerpo en apoyo del teniente Hamilton que con 45 dragones iba á registrar la fundición ó Ferrería de San Rafael. El primero de estos oficiales aguardó en el pueblo al segundo, que fué atacado en la Ferrería ó cerca de ella por la guerrilla mexicana y perdió algunos hombres, siendo él mismo gravemente herido y viniendo sólo hasta el pueblo en solicitud del auxilio del capitán Hoffman. Este dice que entretanto, y antes de que él acudiera con sus infantes al lugar del conflicto, los dragones de Hamilton habían puesto en fuga á los guerrilleros; y agrega: "De las noticias que se me han dado, aunque no he podido averiguar su exactitud, resulta que el negocio fué mal dirigido al principio, y que hubo mucha confusión entre la gente: después hubo algún orden y el resultado fué favorable. Se habla con sumo elogio de la conducta del teniente Hamilton. El teniente Graham, al presentárseme, acusó de cobardía al teniente Adde y pidió su arresto." Hamilton, á causa de lo grave de su herida, fué dejado en la Ferrería para que le asistieran.

quitrán. El 14, unos exploradores desprendidos de las lomas de Santa Marta se acercaron al Peñón, y el capitán D. Juan Cervantes salió de las obras avanzadas de dicho punto y los hizo retirarse. Esa misma noche se aseguró que el enemigo se hallaba en San Isidro, Ayotla y Chalco, y que 4,000 de sus hombres con 6 cañones habían tomado el rumbo de Tlalpam y quedaban en el pueblo de San Gregorio. El 15, el segundo en jefe de nuestro ejército, general D. José Joaquín de Herrera, avisó que no quedaba ya fuerza enemiga á inmediaciones del Peñón. El 16 ó el 17 se presentó con bandera blanca en dicho punto una partida de 50 norte-americanos, trayendo salvoconducto de Scott para la fuerza mexicana que había de escoltar al representante español en su traslación de México á Veracruz. El enemigo seguía dirigiéndose al Sur, y había cometido desmanes contra el vecindario de Chalco, según comunicación del general D. Juan Alvarez fechada el 17 en el expresado pueblo. El 18 se supo que los invasores, hostilizados de nuestras guerrillas en su marcha de Xochimilco á Tlalpam, quedaban ya en esta última localidad.

La división de Valencia, salida de Guadalupe hacia Texcoco el 10 de Agosto, pernoctó en esa fecha en Tepexpa y Hacienda Grande, y en la mañana del 12 acabó de llegar á Texcoco, situando avanzadas de caballería en la hacienda de Chapingo y extendiendo sus reconocimientos hasta el cerro de Chimalhuacán y el Molino de Flores. El 13 llegó á las inme-

diaciones de Texcoco Alvarez con su división de caballería, y conferenció el 14 con Valencia. El primero de estos jefes recibió allí orden de ir á situarse á inmediaciones de Ayotla, donde había quedado alguna fuerza de la división de Twiggs, y el 16 estaba la de Alvarez á retaguardia del grueso del enemigo y recibía algunos disparos de cañón que no le causaron gran daño. Entretanto, perdida ya toda esperanza de que fuera atacado el Peñón, la división de Valencia, que había adelantado rumbo á Ayotla su caballería á las órdenes de Torrejón para llamar la atención del enemigo, regresó de Texcoco á Guadalupe el 16, trasladándose el 17 á San Angel.

Voy á dar aquí un breve resumen de las instrucciones y órdenes comunicadas á Alvarez y Valencia del 9 al 16 de Agosto, y de los primeros movimientos de sus divisiones, tomando estas noticias de los documentos oficiales y privados que después se publicaron con motivo de los sucesos de Padierna.

Con fecha 9 de Agosto se ordenó á Valencia moverse de Guadalupe, base de sus operaciones, para Texcoco, á fin de que observara más de cerca al enemigo; las obras de fortificación empezadas en el primero de dichos puntos deberían continuarse, principalmente la del cerro de Guerrero; y la artillería que no pudiera llevar consigo la división, sería remitida á la capital. Valencia, con fecha 11, desde Texcoco, avisó que la vanguardia enemiga había pernoctado el 10 en la hacienda de Buenavista, y pidió que se le señalaran más terminantemen-

te sus operaciones y se le diera norma expresa de ellas. El mismo día 11 le contestó el ministerio de la Guerra que su misión era la de observar al enemigo desde Texcoco para atacarle por retaguardia cuando embistiera decididamente el Peñón, y cortarle la retirada hacia Puebla: debiendo cooperar á ambos objetos la división de Alvarez según las órdenes que ya se le habían comunicado: si el enemigo cargaba con todas sus fuerzas sobre Texcoco, debería Valencia replegarse en buen orden á Guadalupe, "pues es indudable que no debe empeñarse un suceso que pudiera ser desventajoso y que nos quite la superioridad que tenemos sobre el enemigo." De otra comunicación del ministerio de la Guerra, fecha 13, resulta que Alvarez había propuesto á Valencia un plan de operaciones que el segundo envió en copia al gobierno, manifestándole las rázones que tuvo para no aceptarle. En respuesta se le dice que eran muy fundadas tales razones "porque, estando tanto V. E. como dicho señor general, sujetos á las instrucciones que con fecha 11 del corriente se le remitieron por este ministerio, no se pueden emprender aquellos movimientos que pueden alterar el plan de operaciones que lleva S. E. (el presidente) en sus movimientos militares. Muy laudable es, y el E. Sr. presidente se complace de que el E. Sr. Alvarez y V. E. combinen sus movimientos: mas esto ya se deja entender que es de una manera que no modifique ó altere la base fundamental de las instrucciones, pues que si esto se verificara, se rompería el hilo de la com-

binación y no podría llevarse adelante con buen éxito."

Como Valencia, en carta particular del 13, avisaba desde Texcoco al presidente, que había logrado convencer á Alvarez para que emprendiera su marcha á aquel rumbo con todas sus fuerzas, y que ambos jefes empezarían á obrar según fuera necesario, Santa-Anna el 14 dijo, también en respuesta particular, al primero: "Comprendo.... que vd. le ha persuadido á que abandone el camino carretero que debía haber llevado á retaguardia del enemigo, y lo ha hecho situar por un flanco de éste hasta diez leguas, cuando debía tenerlo á la retaguardia según las instrucciones que expresamente se le dieron; y como esto trastorna mis planes en una parte considerable, he de merecer á vd. se enmiende esta falta, dejando que el general Alvarez vaya á cumplir con lo que el gobierno le tenía prevenido y ahora le repite, desaprobándole, como es consiguiente, su conducta; pues ha quedado el enemigo libre para comunicarse con Puebla que es su base de operaciones, y recibir de allí los auxilios que quiera, sin ser hostilizado como ya debía serlo por su retaguardia.... quedando, en fin, libre para obrar como guste contra este punto (el Peñón) ó Mexicalcingo." Agregaba Santa-Anna "Las operaciones militares sobre un campo de batalla dirigidas por muchas cabezas, no pueden tener buen resultado. Aquí tiene vd. ya un caso que Dios quiera no nos traiga funestas consecuencias; y para ver si se enmien-

da en lo posible, (217) marcha el ayudante portador con un pliego para el general Alvarez y con ésta para vd., cuyos conceptos espero oiga con docilidad, etc." Valencia replicó el mismo día, quejándose de no haber sido comprendido, y sin dar respecto del plan de Alvarez ni de la conducta que éste, por instigaciones suyas, había seguido, otra explicación que la siguiente: "Dije á vd. en la primera (carta) la combinación que me proponía el Sr. Alvarez y la contestación que le dí, no conviniendo en sus ideas, y sí que marchara, conforme á las mías y á las prevenciones de vd., á retaguardia del enemigo." Era indudable, sin embargo, que Alvarez había abandonado tal retaguardia, y parece haberlo hecho por instigaciones de Valencia, pues con fecha 12 le decía desde Anacamilpa: "Supuesto que los servicios de esta división pueden ser más útiles por ese rumbo, por el próximo ataque que vd. calcula darán á la capital los enemigos, cambia mi propósito, y al amanecer de mañana emprendo mi marcha para Texcoco, donde aguardo las noticias que tenga á bien comunicarme, pues deseo que ambos coadyuvemos á las glorias de la patria y al exterminio de nuestros invasores. Por el camino de Río Frío marcha una partida de nacionales con el objeto de que vaya observando el movimiento de la retaguardia enemiga." El ministerio de la Gue-

(217) Olvidaba Santa-Anna al hablar con tanto énfasis, su vergonzosa derrota en San Jacinto.

rra, en oficio del 14, previno á Valencia que hiciera avanzar su caballería en observación de las fuerzas enemigas, para cerciorarse de si tomaban efectivamente el rumbo de Tlálpam, en cuyo caso la división del Norte debería seguir sus pasos por Ixtapalapam á Chalco, conservando cierta distancia para no comprometer un lance, etc.; y el mismo día contestó aquel jefe manifestándose dispuesto á cumplir la orden; pero haciendo observaciones sobre la imposibilidad de que las tropas avanzaran más de seis leguas sin quedar expuestas á graves riesgos por la naturaleza del terreno y por los puntos que ocupaba el enemigo, pues había fuerzas de éste en San Isidro, Ayotla, Buena Vista, hacienda de la Compañía, Chalco y San Juan de Dios. Con motivo de que aquella misma mañana algunas detonaciones por el rumbo de Ixtapalapam, y nubes de humo como las que se forman con el fuego graneado de fusilería, vistas desde la azotea de la hacienda de Chapingo, hicieron creer que era atacado el Peñón y pusieron en movimiento á la división de Valencia que avanzó hasta cerciorarse de que no había tal ataque, el mismo jefe propuso una combinación de señales por medio de banderas y cohetes de luz, la cual fué adoptada por el cuartel general. Con fecha 15 el ministerio de la Guerra insiste en su orden últimamente citada, explicando que la mente de Santa-Anna no fué que la división del Norte avanzara hasta Chalco ó Tuyahualco, sino que algún destacamento suyo de caballería se colo-

cara á tres ó cuatro leguas del grueso de la gente para vigilar más de cerca al enemigo. En cuanto á las dificultades del terreno, por donde hubieran pasados los trenes del invasor podrían pasar los nuestros. El presidente confiaba en los conocimientos y pericia de Valencia para que en los casos que ocurriesen procediera según los dictados de su patriotismo y del mejor servicio de la nación, "limitándose únicamente V. E. á obrar bajo las bases generales que se le han dado y que están, como V. E. sabe, reducidas á tres puntos cardinales: auxiliar oportunamente el punto atacado por el enemigo; cortar la retirada de éste si es batido; replegarse V. E. á Guadalupe si el invasor intentarse con todas sus fuerzas atacarlo en Texcoco."

Era ya evidente que Scott, después de reconocer y de no atreverse á atacar nuestras fuertes posiciones del Peñón y Mexicacingo, había cambiado su plan de ataque, escogiendo nuestro punto igualmente fortificado de San Antonio, parte avanzada de nuestra línea del Sur, para dar principio á sus operaciones. Hubo, pues, que variar ó modificar, al menos, en términos análogos el plan de defensa. La brigada Anaya, de cuerpos de la guardia nacional del Distrito, que había ido á reforzar el Peñón, se transladó á Churubusco, de donde los batallones de Hidalgo y Victoria fueron destacados á San Antonio. También Santa-Anna transladó su cuartel general á Churubusco, dejando á la brigada del general León en el primero de estos tres puntos;

mandado por el general D. José Joaquín de Herrera. La brigada del general Pérez, que constaba de más de 3,000 hombres, fué situada en Coyoacán, y á la división de Valencia, que se había ya retirado de Texcoco á Guadalupe, se le dió orden de ir á acampar en San Angel, como lo hizo; quedando así cubierta la línea que formaban al Sur y al Suroeste de la plaza de Mexicalcingo, Puente y Convento de Churubusco, Coyoacán y San Angel; línea que apoyaba y servía de reserva al punto avanzado de San Antonio. "Este—dice Santa-Anna— se encontraba bien fortificado y guarnecido, y como todas nuestras fuerzas inmediatas podían obrar con ventaja y oportunidad, llegué á desear que allí fuera el campo de batalla." Los días que tardó Scott en dirigirse del Oriente al Sur de la ciudad, se utilizaron de nuestra parte en la terminación y mejora de algunas de las fortificaciones nuevamente amagadas; pero el cambio de plan de ataque del enemigo no nos fué favorable, pues de embestirnos por el Oriente, habría tenido que concentrar todos sus elementos sobre el Peñón, que era la más fuerte de nuestras posiciones, y á cuya defensa podían acudir casi todas las tropas nuestras del Sur y Poniente sin dejar en peligro los puntos desguarnecidos; en tanto que la línea ahora amenazada era muy extensa y, como se vió en la práctica, prestaba al enemigo la ventaja de simular varios ataques á un mismo tiempo, y, por el temor de desamparar y perder algunos puntos, quitaba á Santa-Anna la libertad de acu-

dir con fuerzas copiosas á la defensa del formal y verdaderamente atacado.

Tiempo es ya de consagrar alguna atención al enemigo.

El 5 de Agosto expedía Scott, en Puebla, su orden general número 246 determinando la marcha de su ejército hacia la capital de la República en el orden siguiente: el día 7 saldría de allí la 2a. división; el día 8 la 4a.; el día 9 la primera, y el 10 la 3a. El comandante de la brigada de caballería, el de los trenes y el de ingenieros recibirían instrucciones especiales. Quedaban nombrados el coronel Childs gobernador civil y militar de Puebla y segundo suyo el capitán de Hart; y á última hora se designaría la fuerza que había de quedar de guarnición y en que deberían ir ingresando los enfermos allí dejados, á medida que se restablecieran.

Antes de seguir adelante, conviene decir que el ejército norte-americano salido de Puebla sobre México, se componía de cuatro divisiones casi en su totalidad de infantería, con sus baterías respectivas; una brigada de caballería, un batallón de marinos agregado á la 4a. división, y el cuerpo ó las compañías de ingenieros. De las cuatro divisiones, las tres primeras eran de tropa veterana ó regular, y la última se componía de voluntarios. No hallo datos fijos respecto del monto de la fuerza y del número de sus cañones; pero es para mí creíble que el efectivo del ejército no bajaba de 12,000 hombres con más de 30 piezas de artillería y un tren de 500 ó 600 carros

y otras tantas mulas de carga. (218) Por más que haya de resultarme imperfecta la noticia de la organización de las tropas, voy á ensayar el darla, en favor de la claridad de mi narración, como lo hice al referir las operaciones militares en Veracruz y Cerro Gordo.

Primera División, de Regulares, general Worth.

1a. brigada, teniente coronel Garland.—2o. y 3o. de artillería y 4o. de infantería.

2a. brigada, coronel Clarke.—5o., 6o. y 8o. de infantería.

Batallón Ligero del teniente coronel Smith.

Artillería ligera del teniente coronel Duncan.

Segunda División, de Regulares, general Twiggs.

1a. brigada, general Persifor Smith.—1o. de artillería, 3o. de infantería y Rifleros.

2a. brigada, teniente coronel Riley.—4o. de artillería, 2o. y 7o. de infantería.

Batería de Taylor.

Tercera División, de Regulares, general Pillow.

1a. brigada, general Pierce.—9o., 12o. y 15o. de infantería.

2a. brigada, general Cadwalader.—Cazadores, 11o. y 14o. de infantería.

Batería de Magruder.

Batería de Callender, de obuses de montaña y para cohetes á la Congréve.

---

(218) Ripley asigna al ejército un efectivo de 10,500 hombres.

Cuarta División, de Voluntarios, general Quitman.

1a. brigada, general Shields.—Regimientos de Nueva York y Carolina del Sur.

2a. brigada, coronel Roberts.—2o. regimiento de Pennsylvania.

Batallón de marinos.

Fuerza de dragones auxiliares del capitán Gaither.

Batería del capitán Steptoe.

Brigada de caballería del coronel Harney.—2o. y 3o. de Dragones, y Rifleros y Voluntarios á caballo.

Cuerpo de ingenieros á las órdenes del mayor Smith.

En la precedente noticia se hace mención de 23 cuerpos de infantería y artillería, cuya fuerza respectiva, por baja que haya sido, si la calculamos de 400 plazas en promedio, nos da un guarismo de 9,200. (219) Agregando las fuerzas de caballería, ó sea la brigada de Har-

---

(219) Sabido es que en el ejército invasor había cuerpos ó regimientos hasta de 1,000 hombres, como el regimiento de Rifleros del Mississippi que mandaba Jefferson Davis en la batalla de la Angostura.

La brigada de caballería, ya debilitada por haber enviado destacamentos á las divisiones de infantería, según el parte de Harney, aun contaba el 19 de Agosto nueve compañías: de las cuales, seis eran del 2o. de Dragones, una de Rifleros y otra de Voluntarios á caballo.

ney y el cuerpo de Gaither, dotaciones de las baterías, efectivo de las compañías de ingenieros, contraguerrilla poblana, plana mayor, cuerpo médico, ambulancias, etc., no me parece que el ejército de Scott, sin contar el numerosísimo personal empleado en la conducción de carros y mulas, haya podido bajar de 12,000 hombres, por más que generalmente se haya dicho que fueron 10,000 los venidos al Valle de México. Sentado esto, volvamos á la marcha del enemigo.

El 7 salió de Puebla la 2a. división, de Regulares, general Twiggs, precedida de la brigada de caballería de Harney: el día 8 la 4a. división, de Voluntarios, general Quitman, con el batallón ó destacamento de marinos: el 9 la 1a. división, de Regulares, general Worth: y el 10 la 3a. división, de Regulares, general Pillow. El 8 salió Scott á alcanzar á la división de vanguardia, y siguió avanzando con ella. No distaban las divisiones una de otra sino el espacio correspondiente á cinco horas de marcha, y al descender al Valle de México se acercaron más entre sí, dirigiéndose á la extremidad del lago de Chalco y teniendo el de Texcoco á su derecha. En los días 12 y 13 hizo ejecutar Scott algunos reconocimientos del Peñón, "montaña aislada—dice—á ocho millas de México, de gran altura, poderosamente fortificada en su c a (tres órdenes de trincheras ú obras) y cuya base en torno quedaba anegada con las lluvias y con alzar las compuertas de los lagos y canales: esta montaña está inmediata al camino nacional y do

mina la principal entrada á la ciudad por el Oriente: indudable es que podría haber sido tomada, pero con grande y desproporcionada pérdida, etc." "Otro reconocimiento—agrega—se hizo el 13 en Mexicalcingo, á la izquierda del Peñón; pueblo con un puente fortificado al través del canal que va del lago de Xochimilco á la ciudad, y á cinco millas de ésta. Fácil habría sido (simulando un ataque al Peñón) forzar el paso; pero del otro lado del puente nos habríamos hallado á cuatro millas de este camino (el de San Agustín ó Tlálpam) en un sendero angosto y flanqueado de agua y pantanos á derecha é izquierda. Estas dificultades, vistas de cerca, me decidieron á volver al proyecto largamente meditado de rodear ó esquivar las fuertes defensas orientales de la ciudad, pasando al Sur de los lagos de Chalco y Xochimilco por la falda de colinas y montañas, para llegar á este punto (Tlálpam) y desde aquí operar en terreno firme, aunque muy quebrado, al Sur y al Suroeste de la capital que, más ó menos, hemos tenido á la vista desde el 10 del corriente." En virtud de este cambio de dirección, la caballería de Harney y la 1a. división, general Worth, formaron la vanguardia encaminada á Tlálpam el 15, siguiéndolas inmediatamente las divisiones 3a. y 4a., generales Pillow y Quitman; y la 2a. división, general Twiggs, fué dejada en Ayotla hasta el 16, como amagando al Peñón y Mixcalcingo, para engañarnos todo el tiempo posible. El 16, al retroceder de Ayotla hacia Chalco esta última

división, se avistó con numerosa fuerza nuestra que Scott dice era la de Valencia, y que no fué sino la caballería de Alvarez, que se retiró después de recibir unos cuantos disparos de la batería de Taylor, anexa á la división de Twiggs. (220) "Ninguna otra molestia —agrega Scott—ha sido experimentada, salvo algunos disparos de las guerrillas desde las alturas; y la marcha de veintisiete millas por una ruta que el enemigo creía intransitable, queda ya hecha por todo el ejército." El parte del expresado jefe es de 19 de Agosto, y sus fuerzas habían empezado á llegar á Tlálpam el 17. No obstante su aserto, es indudable que en toda la marcha de Xochimilco á dicho punto, se vió seria y casi continuamente hostilizado por las guerrillas, y todavía el 17, al llegar á Tlálpam la caballería de Harney, su descubierta tuvo que tirotearse con alguna partida mexicana en las goteras de la ciudad. (221)

---

(220) Este jefe, en parte fechado en Chalco el mismo 16, dice que se encontró con una división mexicana de 1,500 á 5,000 caballos y 9 batallones de infantería: que se retiró tal división al avanzar los nort-americanos, y que sólo hubo tiempo de hacerle algunos disparos matándole un oficial y cinco ó seis soldados.

(221) Parte del mayor Sumner, del 2o. de Dragones. Este mismo jefe, hablando de la marcha del ejército de Puebla á México, dice: "A nuestra llegada á la hacienda de Buenavista, al pie de la vertiente occidental de

Una vez en Tlálpam el ejército enemigo, procedió á los reconocimientos indispensables para elegir camino hacia la capital.

Sobre la vía carretera de México á Tlalpam estaba el punto atrincherado de la hacienda de San Antonio, y fué reconocido el 18 por el mayor Smith, jefe del cuerpo de ingenieros, acompañado del capitán Mason y de los tenientes Stevens y Tower, y escoltado ó sostenido por una brigada de infantería, una batería de campaña y algunos escuadrones de caballería. Al avanzar en el reconocimiento, los dragones que servían de escolta inmediata á Smith, llegaron hasta la puerta de golpe ó trancas de la hacienda y recibieron dos cañonazos del punto fortificado, pereciendo el capitán Thornton, comandante de la escolta

---

las montañas, encontramos el 10 del corriente al enemigo. Apareció en número considerable, á media milla frente á nosotros, y nos disponíamos á cargar sobre él cuando desapareció. Nos acuartelamos en la hacienda, y á poco reapareció el enemigo é hizo replegarse á algunos dragones nuestros que habían avanzado. El coronel Harney me ordenó entonces que le persiguiera con un escuadrón, sosteniéndome el resto del regimiento. El enemigo huyó con tal celeridad, que á paso rápido no pude alcanzarle en un espacio de milla y media." Probablemente el mayor Sumner se refiere á la guerrilla de Colín que el 10 de Agosto quitó unas reses é hizo 6 muertos y 2 prisioneros á un destacamento norte-americano.

avanzada, y resultando contuso el guía de la división de Worth, Mr. Fitzwater, que iba al lado de Smith. Este jefe mandó al capitán Stevens á reconocer el terreno á la derecha de la calzada, y al capitán Mason y al teniente Tower á reconocer el de la izquierda. Aunque de pronto se creyó que ambos eran intransitables, en el curso del día se advirtió que el de la izquierda podía ser utilizado en parte, como lo fué el día 20, pues por él se dirigió el ala izquierda de la división de Worth sobre Churubusco. Del reconocimiento facultativo en general, resultó que el punto atrincherado de San Antonio sólo podía ser embestido de frente, desde la calzada, enteramente dominada por sus fuegos y flanqueada por zanjas algo profundas, llenas de agua, y por terrenos más ó menos pantanosos.

Durante el reconocimiento, el mayor Smith, hablando con los indígenas de algún rancho, supo la existencia del camino de herradura que, partiendo de Tlálpam, va por la hacienda de Peña Pobre y á través del llamado Pedregal, que es un manto de lava volcánica, á desembocar cerca de Padierna, en el camino carretero de San Angel al pueblo de Contreras y á la fábrica de mantas de la Magdalena. Parece que Scott ya tenía idea de tal camino de herradura, y que en tanto que el mayor Smith reconocía la calzada y posición nuestra de San Antonio, el capitán Lee, acompañado del teniente Beauregard, se dirigió con fuerte escolta á examinar aquel sendero. El resultado del examen de Lee y las noticias

recogidas por Smith, hicieron preferirle á la calzada de San Antonio para el avance del ejército, y, en consecuencia, el 19 muy temprano, 500 hombres de la división de Pillow, salieron de Tlálpam bajo la dirección de Lee á extender el reconocimiento, y á hacer el sendero transitable para la artillería. Más tarde se les unió el mayor Smith con los tenientes Beauregard y Tower y las compañías de zapadores, y avanzaron el resto de la división de Pillow, toda la de Twiggs, y la caballería de Harney. Scott, en su parte de 19 de Agosto, después de decir que el punto de San Antonio estaba fuertemente defendido con atrincheramientos, artillería gruesa y guarnición numerosa; que no podía ser envuelto sino por la izquierda, marchando sobre el Pedregal, ni embestido de frente sino por la calzada, y que se había dado á Worth orden de no atacarle y de permanecer simplemente amagándole, se expresa así respecto de la exploración del sendero y del avance por él de sus fuerzas al Noroeste de Tlálpam: (222) "El mismo día (el 18) fué comenzado un reconocimiento á la izquierda de San Agustín, al principio entre ásperas colinas, y más allá sobre el campo mismo de rocas y lava que se extiende hasta las montañas, á unas cinco millas de San Antonio hácia la Magdalena. Tal reconocimiento fué continuado hoy por el capitán

(222) Conviene recordar que la ciudad de Tlálpam se llamó antiguamente San Agustín y conserva ambos nombres.

Lee con los tenientes Beauregard y Tower, todos ellos del cuerpo de ingenieros, á quienes se unió en la tarde el mayor Smith, del mismo cuerpo. Habiendo llegado á Tlálpam otras divisiones, la de Pillow avanzó á hacer practicable para cañones de grueso calibre el sendero, y la de Twiggs avanzó aún más, de frente, para cubrir ó proteger los trabajos; pues en el reconocimiento parcial de ayer, el capitán Lee descubrió en aquella dirección un numeroso cuerpo de observación, y la escolta de caballería é infantería que acompañaba al expresado Lee, y que iba á las órdenes del capitán Kearnay y del teniente coronel Graham, se tiroteó con un destacamento de dicho cuerpo enemigo."

Para saber qué cuerpo nuestro era éste, hay que volver al campamento mexicano.

Dije ya que Santa-Anna, luego que el enemigo se situó en Tlalpam amagando el lado Sur de la ciudad, hizo venir del Peñón á Churubusco y San Antonio á la brigada Anaya; estableció á la de Pérez en Coyoacán, y mandó que la división de Valencia se trasladara de Guadalupe á San Angel. Acudiendo aquí de nuevo á la correspondencia oficial y particular publicada, voy á explicar, extractándola en lo necesario, cómo la división del Norte que debió conservar en San Angel su papel de observadora, avanzó á Padierna, se fortificó allí, y creó un nuevo punto de defensa consagrándose á guarnecerlo, en vez de quedar expedita para cargar sobre el enemigo cuando éste embistiera á Churubusco ó Chapultepec.

En oficio del ministerio de la Guerra, fechado el 15 de Agosto en el Peñón, después de decirse que el enemigo se dirige á Tlalpam no habiendo dejado en Ayotla sino 1,000 hombres con 6 piezas de artillería, y que, de consiguiente, la línea de San Antonio iba á verse amagada y el general presidente resolvía reforzarla, se previno á Valencia que el 16 contramarchara con su división de Texcoco á Guadalupe, y el 17 continuara á Coyoacán, donde establecería su cuartel general y esperaría nuevas órdenes. Se le avisa que con igual fecha se prevenía al general Alvarez que luego que evacuara á Ayotla el enemigo, se situara en Buenavista para continuar su marcha á retaguardia del invasor y ocupar á Chalco una vez salidos de allí los nórte-americanos, á fin de que éstos tuvieran siempre á retaguardia una fuerza respetable que los hostilizara interrumpiendo, cuando menos, sus comunicaciones con Puebla. El 16 se dirigió á Valencia nuevo oficio escrito ya en la Venta de San Mateo Churubusco, insistiendo en la necesidad de que el ejército del Norte efectuara su marcha para situarse en San Angel. (223)

En oficio del 17, ya fechado en San Angel, avisó Valencia que había hecho reconocer el punto de Padierna (rancho más allá de aquel pueblo en el camino para Contreras y la Magdalena) adonde llega el sendero procedente de Peña Pobre y que se creía vulgarmente ser la

(223) De Coyoacán se hablaba en la primera de estas comunicaciones.

única vía directa de Tlalpam á San Angel. El reconocimiento de dicho punto de Padierna y de sus avenidas posibles fué practicado por el general González Mendoza, y se halló que hay cuatro veredas además de aquella vía, y que una de tales veredas, la de los Reyes, podía servir para artillería, yendo todas á salir á San Angel por distintos rumbos. "Para atender á éstos—decía textualmente Valencia—y al punto de la Magdalena que se halla á legua y media de esta población, tiene uno que debilitarse y desmembrarse, quedando débil en todas partes; y si sólo atiende uno al de Padierna, cuando vuelva por sí está cortado completamente y abandonado en el monte sin recursos y sin repliegue. He examinado también si en este punto puede uno en alguna otra parte resistir, y me he convencido a mi pesar de que no hay ni donde maniobrar, y que esta población, aun cuando fuera susceptible de fortificación, ya el tiempo no da lugar para ello, pues el enemigo por las veredas se halla á cosa de una legua de este punto, que es lo que dista Tlalpam. En tal concepto, yo creo que debo cambiar de posición al amanecer, replegándome hacia Panzacola si está fortificado, ó á otro punto en que siquiera pueda maniobrar, á menos que esta noche misma se me reforzase con 2,000 infantes para con ellos atender á las veredas dichas."

El mismo día 17, el ministro de la Guerra, Alcorta, contestó á Valencia que, estando en Tlalpam nada más que la vanguardia del enemigo, no era probable que este emprendiera

marcha para San Angel el 18. Aun no se sabía, por otra parte, si pretendería forzar el punto de San Antonio. Santa-Anna, en consecuencia, no creía urgente ni honroso el inmediato abandono de San Angel, y quería que permaneciera allí Valencia hasta saberse positivamente que el enemigo tomaba aquella dirección; "pero si, contra toda probabilidad, lo verificase mañana con la vanguardia citada, en ese caso, y sólo en ese caso, emprenda V. E. la marcha para Tacubaya, etc."

En la tarde del 18, algún movimiento de tropas y artillería del enemigo a izquierda y derecha de San Antonio, hizo temer á Santa-Anna que este punto fuera atacado al siguiente día. En tal virtud, á las tres de esa misma tarde escribió Alcorta á Valencia: "Previene el E. Sr. presidente que en la madrugada del día de mañana marche V. E. con las fuerzas del ejército de su mando á situarse en el pueblo de Coyoacán, donde permanecerá: adelantando su artillería al fuerte de Churubusco y á la fortificación del puente del mismo nombre."

Valencia recibió á las cinco de la tarde (el 18) la anterior prevención, con la cual se cruzó un oficio del mismo jefe, despachado probablemente dos ó tres horas antes, y en que, sin tener para nada en cuenta sus opiniones del 17 sobre lo indefendible de los puntos de Padierna y San Angel, avisa haber sabido á las once de la mañana que el enemigo se movía sobre San Antonio: que a poco rato destacó el mismo invasor una fuerza de 200 caballos y 1,000 infantes con 2 piezas para reconocer la

posición de Padierna, y dicha fuerza fué tiroteada por nuestras guerrillas que le mataron un hombre y un caballo; a consecuencia de lo cual, la caballería se abrigó en la falda del cerro de Zacatepec, y la infantería se volvió á Peña Pobre. Según los espías de Valencia en Tlalpam, todo el empeño de los norteamericanos "es inquirir cómo pueden pasar por este pueblo, lo que creo por ser un movimiento tan militar para ellos; mas también puedo asegurar á V. E. que después de los trabajos á que han dado lugar, tanto en las veredas como en el campo retrincherado que he levantado en Padierna, creo muy difícil logren su intento."

Como dije, Valencia recibió á las cinco de la tarde del 18 la prevención de replegarse á Coyoacán que á las tres le había dirigido Alcorta, y contestó inmediatamente, alegando para no cumplirla su conciencia militar y patriótica, y que la causa nacional iba por medio en el abandono de la posición de Padierna y de la salida del sendero procedente de Tlalpam. "Para mí—agregaba—es claro como la luz del día, que el enemigo emprenderá su ataque, si no es mañana, lo será pasado; pero haciéndolo á la vez por dos puntos naturales, cuales son el de San Antonio y Churubusco, y el que defiende el ejército de mi mando: que al uno dará ataque falso, mientras que al otro se hará con todo tesón: pero que si encontrara abandonado uno de ellos al comenzar á moverse, suspendería su movimiento sobre el cubierto hasta dar lugar á sus fuerzas a que, haciendo

una marcha violenta, se pusieran en aptitud de batir por el flanco al que quedaba y envolver su posición. De tal modo creo sucederá si se abadona esta entrada, y el ejército mexicano se verá atacado por su flanco y su frente, á la vez que al enemigo. si no le parece obrar así, queda el campo libre para acercarse sobre la ciudad impunemente, marchando los que hayan venido por este pueblo en aptitud de dirigirse en seguida para México, ya sea por el camino recto al Niño Perdido. o ya por el de Mixcoac á la Piedad ó Tacubaya." Terminaba expresando lo sensible que le era manifestar lo expuesto. y esperando que el presidente lo recibiera "como una de las pruebas de alta lealtad á que está obligado un general en jefe en tales casos." Juntamente con esta comunicación oficial, Valencia dirigió á Tornel y á Santa-Anna cartas particulares en que amistosa y empeñosísimamente los conjura á que den oído á sus razones, expresadas por un deber de conciencia y no por espíritu de insubordinación, y á que se revoque la orden relativa al abandono de Padierna. Decía á Santa-Anna, entre otras cosas: "anoche yo mismo le consultaba á vd. el movimiento que me previene ahora, porque así me pareció lo exigían las circunstancias de aquella hora después de practicado el breve reconocimiento de la posición que me había permitido el tiempo, y la dificultad para ponerme fuerte y retrincherarme á fin de resistir al enemigo si al amanecer intentaba avanzar. Mas ahora es al contrario: lo he visto y reconocido todo bien: tengo un

campo de batalla retrincherado, y casi toca á las probabilidades para la victoria; y por otro lado, me he convencido hasta la evidencia que su abandono sería nuestra pérdida."

Santa-Anna, en carta particular del 18 en la noche, le decía en respuesta: "No queriendo indicar á vd., porque lo tiene bien sabido, la necesidad de la unidad en el mando y en la acción, para el acierto en las operaciones de la guerra, me limito á manifestarle que textualmente se le previno lo que anunciaba y recomendaba como más conveniente, y que me ha sorprendido el que haya cambiado de juicio en tan pocas horas, cuando los datos y los movimientos del enemigo no hicieron más que confirmar hoy lo que vd. pensaba ayer. Sin embargo al establecerse un problema, no quiero que se resuelva en mengua de mi patriotismo, en que no cedo á nadie; y prefiero exponerme á todas las contingencias que puedan venir antes que dejar lugar á que pueda decirse que no se obró mejor, porque yo quería que se obrara bien y en regla. Hágase lo que vd. desea, y que cada uno cargue con la responsabilidad que le corresponda." En la respuesta oficial, también del 18 en la noche, se recuerdan á Valencia los asertos de su nota del 17 acerca de lo indefendible de los puntos de Padierna y San Angel, y de la necesidad en que la división del Norte estaba de replegarse cuanto antes y se le hace notar que á consecuencia y en virtud de tales asertos se le dirigió la orden de replegarse temprano el 19 á Coyoacán, destacando á Churubusco su artillería. Extra-

ñándole los términos de su última comunicación del 18, se le hace también notar la flagrante contradicción que envuelve respecto de lo que había él mismo manifestado un día antes y que corroboraban los movimientos posteriores del enemigo, y se le agrega: "Mas, sea de esto lo que fuere, el ciudadano presidente no puede manifestarse indiferente á las razones vertidas por V. E., porque en su patriotismo y conciencia militar no se considera inferior á los de todo otro mexicano: por esto, pues, conviene en que V. E. permanezca en la actual posición que ocupa, supuesto que se ha encontrado con un campo atrincherado en los reconocimientos que hoy ha practicado, y que tiene V. E. todas las probabilidades de obrar, defenderse y cubrir todos los objetos de su puesto: así como S. E. el presidente y general en jefe lo hará por cuantos medios le fuere posible con las fuerzas que tiene inmediatamente á sus órdenes para poder rechazar al enemigo si lo atacase, como es probable, según los movimientos hechos por el invasor en esta tarde, pues que está decidido á defender á todo trance la independencia y el honor nacional, etc."

Hasta aquí lo que los documentos oficiales y privados á que me refiero, explican en cuanto al cambio de papel de la división del Norte, que de cuerpo de observación destinado á cargar sobre el enemigo cuando éste embistiera alguno de los puntos de nuestra línea, se convirtió en guarnición de uno de tales puntos, haciendo variar con ello enteramente el

plan general de la defensa. Santa-Anna en su "Detail de las operaciones" dice: "Malicié por algunos reconocimientos del enemigo que intentaba dirigirse para Tacubaya, y se ordenó al general Valencia que se replegase á Coyoacán y artillase los puntos de Churubusco con sus piezas, considerándolo en San Angel, como debió estar, en espera de posteriores prevenciones. Mi plan de concentración sobre la 2a. línea se iba haciendo indispensable, y preciso era también preparar una retirada segura á las tropas y trenes de San Antonio. La sorpresa é indignación que el general Valencia me causó desobedeciendo mi orden, bien pueden explicarlas el general Tornel y el ministro de la Guerra que me presentó su contestación á las once de la noche del 18 de Agosto citado. Los mismos señores generales podrán igualmente revelar el anuncio que hice desde aquel momento, á consecuencia de una conducta tan irregular que echaba por tierra mis combinaciones. Mi primera resolución fue que se le destituyera del mando y se repitiera la orden á su segundo; pero los señores generales citados me calmaron con juiciosas reflexiones, hijas de la mejor intención, y después de una conferencia dilatada. en obvio de escándalos al frente del enemigo, vine en ceder que sólo se le advirtiera: "que sin aprobarle su conducta arbitraria, obrara bajo su responsabilidad como le pareciera:" lisonjeándome, es verdad, de que esto bastaría á hacerle volver sobre sus pasos; pero desgraciadamente no fué así: él continuó inalterable por el camino de perdi-

ción que se había trazado, y los resultados hoy los deplora toda la nación." La indignación de Santa-Anna ante la inobediencia del jefe de la división del Norte fué real y efectiva, y Valencia indudablemente habría sido depuesto del mando sin el temor de una formal sublevación: esto es lo que pasó entre bastidores y que todos sabemos; pero hay que atender á que, no obstante lo que dice Santa-Anna en su "Detall," en la comunicación oficial relativa "se autorizó á Valencia á permanecer en Padierna y defender este punto;" y á que sólo en la carta particular del presidente se expresó que cada cual cargaría con la responsabilidad que le correspondiera.

Por lo demás, resulta inequívocamente que Valencia se apartó por completo del plan de defensa adoptado, imposibilitando su ejecución; que desobedeció una orden formal, y probablemente acertada, del superior suyo y de todo el ejército; que se daba título y ejercía actos de general en jefe cuando sólo tenía el mando de una división; y que si Santa-Anna toleró su conducta y aun se conformó ó resignó oficialmente con ella, fué por evitar males mayores y no pudiendo hacer otra cosa.

Hasta aquí, el paralelo del proceder de uno y otro personaje viene siendo favorable á Santa-Anna cuyo buen juicio, templanza y dominio de sí mismo contrastan con la volubilidad y la impetuosidad de quien desde la campaña de Coahuila y Tamaulipas había querido sobreponérsele en la dirección de las operaciones; de quien después de la derrota de Cerro-Gor-

do parecía convertido en centro y cabeza de los conspiradores; de quien acababa de apartar á Alvarez de las instrucciones y órdenes del cuartel general, y hacía, finalmente, impracticable el sistema defensivo ideado por el mismo Santa-Anna, aprobado entonces por todos sus compañeros de armas, y que aun se cree que habría podido salvar á la capital; sin que, por otra parte, se deba sospechar que Valencia, al desobedecer al general presidente á impulsos de su inspiración y de su conciencia militar, cediera al espíritu hasta cierto punto natural y explicable entre émulos y enemigos, de crearle dificultades y de sacrificarle en aras de su propia ambición y de la gloria á que él mismo aspiraba y que se sentía capaz de alcanzar. Desgracia nuestra fué, sí, que en ocasión tan crítica dos hombres de buenas dotes militares, de carácter igualmente fuerte y altivo, ambiciosos entrambos y tan capaces para mandar cuanto incapaces de obedecer; pudiendo tal vez haber salvado cada uno de ellos por sí sólo la situación, se hallaran mútuamente empeñados en una labor misma, á que precisamente había de faltar la unidad de idea y de acción, resultando de la disgregación y el choque de sus elementos respectivos la catástrofe que hemos presenciado y cuyos efectos deplorables aún no se agotan.

*
* *

Años después de escrito lo que antecede, voy á agregarle, tomadas de la versión norte-americana, algunas noticias relativas á las fortifi-

caiones de la capital, y también al cambio de plan de ataque de Scott y ásumarcha desde Buenavista, por la margen meridional de los lagos de Chalco y Xochimilco, hasta Tlalpam, base de sus operaciones contra México.

Formaban la fortificación de esta plaza las líneas exterior é interior.

La primera estribaba principalmente en los obstáculos naturales (aguas y alturas) al Norte, Oriente y Sur, y su punto más fuerte y llave sola, en concepto de los defensores, era el Peñón Viejo, montaña que domina por completo la carretera que, procedente de Puebla, entra por la garita de San Lázaro; única vía por donde se juzgaba posible la aproximación del enemigo á la ciudad. No le era dable, en efecto, penetrar á la derecha entre dicha montaña perfectamente fortificada y el lago de Texcoco para venir al lado del Norte, á causa de lo estrecho é inundado ó pantanoso del paso, enteramente dominado por el Peñón; y para aproximársenos por el expresado rumbo Norte, tenía que rodear hacia el Oriente el extensísimo lago de Texcoco y que encontrarse con la división de Valencia antes de descender sobre Guadalupe, cuyas principales alturas habían sido empezadas á fortificar. Si se decidía á acercarse por el Suroeste del Peñón aprovechando la calzada de Ixtapalapam, que parte del camino carretero de Puebla á inmediaciones de Santa Marta, venía á dar á Mexicalcingo, punto bien fortificado y artillado, y podía quedar entre sus fuegos y el ataque á retaguardia por las tropas nuestras que del Peñón no

dejarían de salir en seguimiento suyo por la calzada misma de Ixtapalapam, que no tenía á uno y otro lado sino terrenos anegados ó pantanosos. Para venir á dar al Sur de México tenía que seguir la ruta que, descendiendo de Buena Vista y Chalco y estrechándose entre la extremidad meridional del lago de Chalco y las montañas del Sur, le traería por Tuyahualco y Xochimilco á Tlalpam, ó la antigua San Agustín de las Cuevas; pero tal ruta, en concepto de propios y extraños, era enteramente impracticable para un ejército con tren de artillería y carros, sobre todo, durante la estación de lluvias. En la confianza de ello, mientras del lado oriental del Valle había la fortificación principal del Peñón, la de la garita de la Candelaria sobre el canal procedente de Xochimilco, y la obra bastante fuerte de Mexicalcingo, del lado Sur no existían sino los reductos de la hacienda de San Antonio y del convento y el puente de Churubusco entre Mé-
Acapulco. Debo decir que la línea podía con-
xico y Tlalpam, sobre el camino que viene de
siderarse completa al Oeste con el castillo de Chapultepec.

De la garita fortificada de Belem y de la inmediata Ciudadela, copiosamente artillada, partía del lado de Poniente la segunda ó más céntrica línea de defensa, continuada hacia el Sur en las garitas del Niño Perdido y de San Antonio Abad; hacia el Oriente en la garita de San Lázaro; y hacia el Norte y Noroeste en las garitas de Peralvillo y Vallejo, el fuerte de Santiago Tlaltelolco y las obras de

Santo Tomás y de la garita de San Cosme. La mayor parte de estos puntos estaban relacionados entre sí por medio de fosos, canales, parapetos y trincheras, más ó menos artillados y guarnecidos.

Una simple ojeada á la carta de nuestro Valle, hace ver las calzadas que converjen á las garitas aquí mencionadas; y se puede asegurar que á uno y otro lado de aquellas, el terreno estaba natural ó artificialmente anegado en varias partes, siendo en otras pantanoso é inconsistente, ó cortado por multitud de zanjas, canales y acotamientos; y no habiendo más entradas á la ciudad para caballería y artillería que las que proporcionan dichas calzadas. La misma carta deja ver la importancia de los obstáculos naturales de las cordilleras de montañas que rodean el Valle, de los tres grandes lagos de Texcoco, Chalco y Xochimilco, y del Pedregal ó terrenos cubiertos de lava volcánica al Sur y al Suroeste.

El plan y la construción de las fortificaciones han sido muy elogiados del enemigo. (224) Hace éste notar lo hábilmente que en la línea exterior de Norte, Oriente y Sur fueron eslabonadas entre sí, aprovechando los obstáculos naturales y arficiales ya mencionados. Hace notar igualmente que ambas líneas, exterior é interior, eran mucho menos fuertes que al Este en los lados de Norte, Oeste y Sur, en virtud del cálculo, no muy aventura-

---

(224) Ripley. Obra citada, tomo II, págs. 177 y siguientes.

do por cierto, de que si el enemigo desistía de atacar por el Este y pretendía hacerlo por cualquiera otro lado, tendría que emprender un rodeo considerable que daría tiempo á los defensores de la plaza para completar y reforzar las obras nuevamente amagadas.

Dada la anterior idea de nuestras fortificaciones en general, comprenderá el lector que el plan de ellas tuvo por base la convicción de que el enemigo no podía atacar sino por el lado oriental, mucho más defendido, de consiguiente, que los demás.

El mismo Scott, que antes de venir al Valle se había fijado en la conveniencia de esquivar nuestra defensa del lado Oriente y de penetrar por el Sur para atacar por el Oeste, al llegar aquí con su ejército, quedó convencido, por los informes y noticias de sus escuchas y exploradores nativos, de que aquel plan suyo primitivo era irrealizable; y resolvió, en consecuencia, reconocer nuestras posiciones orientales para elegir entre ellas la que ofreciera mayores probabilidades de menor resistencia. Los reconocimientos, que tuvieron lugar el 12 y 13 de Agosto, se contrajeron principalmente al Peñón y Mexicalcingo.

Respecto del primero de estos puntos, halló el enemigo que la montaña quedaba inmediatamente al Sur del camino de Puebla, circundada de terrenos inundados: que las orillas pantanosas del lago de Texcoco empezaban casi desde el mismo camino á su derecha, ó sea del lado septentrional: que había, en calidad de obra avanzada, dos sólidos atrin-

cheramientos con fosos y troneras para cañones al pie de la montaña, sobre la carretera, para barrerla; y otro reducto defendía el estrecho paso entre ella y el lago de Texcoco, no obstante quedar dominado tal paso por los fuegos de la altura: que en las bases oriental y meridional de la montaña se extendía no interrumpida línea de parapetos relacionados con fosos cenagosos y corrientes de agua: que la le las inundaciones llegaba casi al pie de tales obras: que en las alturas había otros reductos y parapetos con fácil y expedita comunicación entre sí por medio de senderos abiertos en las escabrosidades de la montaña: que la posición toda contaba 26 piezas de artillería de diversos calibres, desde el de 4 hasta el de 32: que era casi imposible asaltarla, y que dominarla por medio de trabajos de ingeniería iba á requerir mucho tiempo y gravísimas dificultades; por último, que su adquisición no podría dejar de costar una pérdida de 300 á 500 hombres.

Como no había que pensar, de consiguiente, en atacar el Peñón, y como para venir al lado Norte de la ciudad habría que rodear, según he dicho, todo el lago de Texcoco por medio de una marcha larguísima en terrenos que carecían de leña y agua potable, para encontrarse en el camino con la división de Valencia, y al Norte de Guadalupe con las alturas empezadas á fortificar, y más cerca de la capital con los puntos de la segunda línea, bien eslabonados desde San Lázaro hasta Santiago Tlaltelolco, se procedió á reconocer á Mexi-

calcingo, pueblo situado sobre el canal procedente de Xochimilco; adelantándose con tropas el general Smith por la calzada de Ixtapalapam hasta cerca de dicho punto, en que había reductos y parapetos con fosos y suficiente artillería; siendo excesivamente pantanosos, ó estando inundados ambos lados de la calzada.

A pesar de tales inconvenientes, convencido Scott por las relaciones de sus exploradores indígenas, según he manifestado, de que, al menos durante la estación de lluvias, era imposible á todo su ejército con trenes y artillería la entrada á nuestro Valle por el angosto espácio de terreno entre la orilla meridional del lago de Chalco y las regiones montañosas del Sur, determinó que Worth y su división, llevando canoas embargadas en Chalco para salvar los tramos anegados, siguieran tal camino á fin de avanzar en seguida de Sur á Norte. sobre Mexicalcingo, y atacarle por retaguardia, mientras las demás divisiones le embestían por la calzada de Ixtapalapan. No obstante que Worth se mostró adverso á este plan, por considerar peligrosísimo el aislamiento de su división, y muy inseguro el resultado de tan largo rodeo sin conocimiento de los obstáculos con que en él se tropezara; y expresando, por otra parte, la convicción de que si el mencionado camino era transitable para toda una división, debía serlo para todo el ejército; no obstante ello, repito, las órdenes para el doble movimiento y ataque, resuelto por Scott desde el

día 13, fueron formalmente dadas por dicho jefe en junta de guerra habida el 14 de Agosto en Ayotla. Por lo demás, casi todos los generales juzgaban aventuradísimo el ataque por la calzada de Ixtapalapam, donde, como hice ya notar, el invasor debía quedar sin retirada posible con sólo que algunas tropas nuestras avanzaran por la calzada misma, á retaguardia del enemigo.

Desde el 13, y no obstante lo ya resuelto por Scott, se había obtenido de este jefe autorización para que el teniente coronel Duncan, muy amigo de Worth, saliera con una escolta á reconocer la ruta que la división de este general debía seguir el 15. Por más que el comandante en jefe no diera importancia alguna á tal reconocimiento al autorizarlo. Duncan regresó al cuartel general el 14 en la tarde, asegurando que el terreno era enteramente practicable para todo el ejército desde Chalco hasta Tuyahualco, punto á que llegó dicho oficial, y en el cual, por noticias y sus propias observaciones, había obtenido seguridad absoluta de la posibilidad del tránsito de todas las tropas desde el expresado Tuyahualco hasta Tlalpam. (225) Esto hizo cambiar por completo el último plan de Scott, y que, desistiendo de atacar á Mexicalcingo, dictara

---

(225) Más de 600 hombres, escalonados entre Chalco y Chimalpa y Tuyahualco, protegieron el reconocimiento de Duncan, á cuyo resultado se debió el cambio del plan de ataque de Scott.

en la tarde ó noche del 14 nuevas órdenes relativas á la marcha de la totalidad del ejército por la ruta que debía traerle á Tlalpam, ó sea del lado Sur de la capital.

A consecuencia de las nuevas disposiciones de Scott, las tropas suyas acampadas en Buenavista avanzaron desde luego á Chalco y Chimalpa, y la división de Twiggs, que estába ya en Ayotla, retrocedió para tomar también el mismo rumbo. En el vértice del ángulo formado por el camino carretero que viene hacia Ayotla, y el que de Buenavista desciende á Chalco, se había situado la caballería de Alvarez, que fué desalojada por la artillería de la división de Twiggs al retroceder ésta de Ayotla, como precedentemente se ha visto. La división de Worth, después de hacer practicables algunos pasos, en lo cual forzó á trabajar á los indígenas de los pueblos inmediatos, llegó á Tlálpam el 17 de Agosto en la tarde; quedando el cuartel general y la división de Pillow en Xochimilco, y las divisiones de Quitman y Twiggs á algunas millas á retaguardia. En la mañana del 18 se transladaron á Tlálpan Scott y las fuerzas de Pillow, y las de Worth avanzaron de dicha ciudad hacia la hacienda fortificada de San Antonio, y ocuparon la de Coapa. Las divisiones de Quitman y Twiggs llegaron á Tlalpam el 19.

Resulta de lo expuesto, que si Scott, por creer impracticable el camino que, al fin, tomó para entrar al Valle de México por el Sur, estuvo á punto de emprender un ataque aven-

turadísimo á Mexicalcingo, Santa-Anna y sus ingenieros, por su parte, habían descuidado el paso entre el lago de Chalco y las montañas del Mediodía, creyéndolo también defendido por sí mismo á causa de anegación ó inconsistencia del terrno. No tuvimos nosotros un Duncan que oportunamente nos advirtiera tan grave y trascendental error, que vino á inutilizar por completo el sistema todo de nuestras fortificaciones del lado de Oriente, y á constituir el primer fracaso en la defensa de la plaza.

*
* *

El historiador norte-americano Ripley, que había ya admirado la actividad de Santa-Anna al formar el ejército nuestro derrotado en Cerro Gordo, se expresa así respecto de sus preparativos en defensa de la capital:

"Mucho hubo que admirar en los preparativos para la defensa de la capital de México, y mucho qué hizo notable en la historia la condición de los negocios. La congregación de una gran fuerza en defensa de la causa de una nación es ya en sí misma un sublime espectáculo. En el presente caso, cuando los esfuerzos todos de México en la lucha habían tropezado con la derrota y el desastre; cuando sus mejores ejércitos, guiados por sus primeros generales, habían sido destruídos; cuando, al comenzar los preparativos, el enemigo estaba á unos cuantos días de marcha de la capital; cuando la discordia y los celos reina-

ban en los consejos nacionales, y el presidente era abiertamente acusado por muchos, y las diversas facciones eran resuéltamente hostiles en todo, excepto el principio común de la defensa del territorio nacional y del odio á los Estados Unidos; cuando el erario estaba en quiebra y sólo se obtenía dinero por medio de préstamos forzosos y de enormes sacrificios, el que hayan sido la ciudad de México poderosamente fortificada y reunidos, armados, equipados y disciplinados más de 35,000 hombres (226) para su defensa, todo ello en el corto espacio de tres meses, por la energía y el genio de un solo hombre, y de un hombre impopular en sumo grado, convirtió los preparativos en verdaderamente notables y casi sin paralelo. Cualesquiera que puedan haber sido los vicios, las faltas, las ligerezas ó las desventuras de Santa-Anna, le hace acreedor á la fama esta sola empresa."

(226) Ya se ha visto que no excedían de 20,000 hombres los reunidos.

XXIV

PADIERNA.

Noticias topográficas.—Combates en la tarde del 19 de Agosto.—Inacción de Santa-Anna y de sus fuerzas de observación.—Ataque y toma del punto en la madrugada del 20.

Para seguir y comprender claramente el objeto y el curso de las operaciones de Scott en el Valle de México desde que, variando su plan de ataque por el Oriente á causa de lo temible de las fortificaciones del Peñón, se transladó al Sur y estableció su cuartel general en Tlalpam, conviene recordar que nuestra capital, situada al norte de la últimamente expresada localidad, tiene al Suroeste la villa de San Angel; y que los caminos de México á uno y otro punto forman un ángulo agudo cuyo vértice es la misma capital. Trazando otra línea recta de Tlalpam á San Angel, la figura geométrica quedaría convertida en triángulo, cuya hipotenusa sería esta última línea. Scott quiso trazarla y la trazó, efectivamente, con el avance de la mayor parte de su ejército de Tlalpam á las inmediaciones de San Angel: en cuyo avance llevó la doble mira de flanquear nuestra posición de San Antonio por su derecha, y de hacerse de otra vía carretera—la de San Angel—en que no hallaría obstáculo de fortificación, y por la cual podría acercarse á la capital es-

quivando el fuerte de Chapultepec, y viniendo á salir á espaldas de nuestras posiciones de San Antonio y Churubusco, como Valencia lo indicaba en sus comunicaciones á Santa-Anna.

De San Angel, población, como he dicho, al Suroeste y á cerca de tres leguas de México, el camino carretero que parte de la capital sigue hacia el pueblo de Contreras y Fábrica de la Magdalena, puntos ambos al Suroeste del primero.

Saliendo de San Angel para Contreras, á no muy largo trecho de camino, á la izquierda y á corta distancia de la carretera, está el rancho de Padierna, dando frente al Pedregal ó manto de lava, y al sendero procedente de la hacienda de Peña Pobre, situada cerca de Tlalpam, al Noroeste de dicha ciudad. Entre el rancho de Padierna y la carretera, hay una barranca ú hondonada que se forma desde Contreras hacia el Noreste, y en cuyo fondo corren aguas procedentes de la Magdalena. Viniendo de San Angel, á la derecha de esta hondonada y del camino carretero y á espaldas del rancho de Padierna, se halla la loma que los indígenas llaman de Pelón Cuahutitla, y que fué el punto fortificado y guarnecido por el ejército del Norte ó sea la división de Valencia.

A la derecha de la carretera procedente de San Angel, y al Noroeste y como á media milla de la loma fortificada y casi á igual distancia de aquella vía, está el pueblecito de San Gerónimo, viniendo á quedar casi á espaldas de la expresada loma. El terreno, así

entre la carretera y el pueblecito, como entre éste y la loma, es sumamente quebrado y ofrece continuada serie de lomas y barrancas, á través de las cuales sólo hay senderos transitables á pie, con excepción de alguno de herradura.

Casi á la altura misma de San Gerónimo, y á la derecha y muy cerca de la carretera que va á Contreras, se halla el rancho, ó más bien edificio único de Ansaldo, al Oriente y como á cuatrocientas yardas del cual, desemboca otro de los senderos procedentes de Peña Pobre; ó, verdaderamente, un ramal del que va á salir á Padierna.

Al Suroeste de San Angel y al Norte de San Gerónimo se extienden las lomas del Toro, que sirvieron de punto de observación á las tropas de Santa-Anna la tarde del 19 de Agosto.

El sendero principal de Peña Pobre viene de Sur á Oeste hasta la altura y como á una milla de distancia de Padierna, y allí se bifurca, yendo una de sus dos ramas de Oriente á Poniente hasta el expresado rancho de Padierna, y la otra hacia el Noroeste hasta la altura de Ansaldo, y recorriendo ambas el Pedregal, que se extiende al Poniente y al Norte sin más límite que la hondonada ó barranca por donde corre el riachuelo de la Magdalena. (227)

---

(227) Al apuntar éstas noticias del terreno en las cuales, para mayor claridad ó menor confusión, me limito á los puntos cuyo conocimiento es indispensable á quien quiera se-

Pronto vamos á ver cómo el enemigo, viniendo de Tlalpam por Peña Pobre hasta la altura de Padierna, atacó de frente el rancho y la loma atrincherada; y al comprender que no podría tomarla de este modo, dirigió la mayor parte de sus fuerzas por el sendero que va á salir cerca de Ansaldo y las hizo avanzar hasta el pueblo de San Gerónimo, donde pernoctaron el 19 de Agosto (1,847) flanqueando desde luego la loma fortificada; y de cuyo pueblo salieron en la madrugada del 20 á atacar y tomar por la espalda la misma loma.

Desde que el ejército del Norte se transladó de Guadalupe á San Angel, ó sea el 17 de Agosto, hizo reconocer Valencia por los oficiales de plana mayor, Segura y Cadena y por el General González Mendoza, y visitó él mismo, la loma y el rancho de Padierna, internándose por el Pedregal hacia Peña Pobre y escogiendo la expresada loma para fortificarla, como lo efectuó; no obstante que el reconocimiento facultativo del terreno parece no haber sido del todo favorable á la elección del punto. En la mañana del 18, el cuerpo de Zapadores á las órdenes del general D. Santiago Blanco, fué á establecer trincheras y baterías, y la brigada del general Mejía cubrió esa noche la loma. En el curso del día hubo tiroteo en el sendero de Peña Pobre á

---

guir las operaciones de Scott, me he atenido al plano mexicano de preferencia al norteamericano, por creer más exacto el primero en todo lo relativo á Padierna.

Padierna, entre alguna avanzada norte-americana que lo exploraba, y la guerrilla formada por D. Agustín Reina con los individuos de la guardia nacional de San Angel, armados por Valencia. El 19 muy temprano se transladó de dicha villa el grueso del ejército del Norte á la loma fortificada, y fué destacado el coronel Barreiro hacia el cerro de Zacatepec, en observación del enemigo. Las fuerzas, según los "Apuntes para la Historia de la Guerra," quedaron establecidas de este modo: "En el rancho de Padierna, con una avanzada de caballería del 7o. y otra de infantería al mando del capitán Solís, estaba el 1o. de Línea á las órdenes de D. Nicolás Mendoza, en el reventón pedregoso..... al frente de la loma de Pelón Cuahutitla. A la izquierda estaba el cuerpo de San Luis Potosí, y á la derecha los Auxiliares y Activos de Celaya, Guanajuato y Querétaro, que componían la brigada del mando del teniente coronel Cabrera. En el lugar de las baterías estaba el general Mejía y el estado mayor de Valencia; formando una segunda línea los batallones 10o., 12o., Fijo de México y Guardacosta de Tampico. La reserva se colocó en Ansaldo, teniendo á sus órdenes el general Salas, que la mandaba, los cuerpos de Zapadores, Mixto de Santa-Anna y Aguascalientes, parte de la caballería, que constaba del 2o., 3o. y 8o. de Línea, y el Activo de Guanajuato; y apoyaban la derecha los regimientos 7o. y San Luis." A poco de haber empezado el combate, la reserva fué retirada de

Ansaldo y colocada cerca de las baterías, y la caballería del mando del general Torrejón, perteneciente á la división del Norte, avanzó á colocarse entre la loma y Ansaldo. La expresada división, en sus tres armas de infantería, caballería y artillería, constaba de unos 4,000 hombres con 24 piezas, ocho de las cuales eran de grueso calibre. (228) Conviene fijarse en esto, porque después se verá que en sus partes el enemigo dió un guarismo considerabilísimo á las tropas nuestras que combatieron en Padierna.

Dije en mi último capítulo que el reconocimiento del sendero de Peña Pobre hacia San Angel, de parte de los norte-americanos, tuvo principio el 18 de Agosto. El 19 en la mañana se adelantaron á continuarlo las compañías de ingenieros con las dos divisiones de regulares de Twiggs y de Pillow, las baterías de Magruder y de Callender, y la brigada de caballería de Harney, asumiendo el general Pillow el mando en jefe de todas estas fuerzas. El coronel Smith, jefe de los ingenieros, avanzó con la división de Twiggs cerca de una milla más allá de la altura á que había llegado el reconocimiento de la tarde anterior, ó sea como á media milla del campo nuestro de Padierna; y al ver la ancha y profunda barranca que protegía nuestro frente y que debía ser atravesada sin que

(228) En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se asienta que la división no excedía de 3,700 hombres.

con ello se llegara todavía á la loma fortificada, se inclinó á que las fuerzas tomaran hacia la derecha, á fin de salvar la barranca más al Norte y fuera del alcance de las baterías de Valencia; con cuyo movimiento se podría atacar por la espalda ó de flanco la posición mexicana y aislarla desde luego de las fuerzas que de la capital acudieran en su auxilio. El mismo Smith exploró el terreno á su derecha y lo halló transitable para caballería y artillería en un espacio de media milla; pero después dificultosísimo aun para la infantería. Entre una y dos de la tarde se dispuso el avance de las baterías de Magruder y Callender, lo más cerca posible del rancho de Padierna y de la orilla de la barranca, y varias compañías del regimiento de Rifleros fueron destacadas al frente y derecha á ahuyentar á nuestros tiradores. Momentos antes habían éstos hecho fuego sobre el capitán de ingenieros Mac-Clellan y el oficial de su escolta, quienes se replegaron con sus caballos heridos.

La batería del capitán Magruder, de piezas de campaña de á 6 y de á 12, y la batería del teniente Callender, de obuses de montaña y para cohetes á la Congréve, quedaron, no sin fatiga, colocadas por el capitán de ingenieros Lee, frente á Padierna y á la loma, y ésta rompió desde luego sobre ellas el fuego de sus piezas de mayor calibre. Las brigadas de Smith y de Pierce (de las divisiones 2a. y 3a.) sostenían especialmente las dos baterías norte-americanas que, al cabo de algunas horas

de mutuo cañoneo, dominadas enteramente por las mexicanas, tuvieron que retirarse á terreno cubierto de nuestros fuegos, después de sufrir graves pérdidas. Desde el principio fué herido el teniente Callender y le reemplazó el teniente Reno llevando refuerzo de artilleros; esta batería, que disparó unos cien cohetes, tuvo, además del accidente de su jefe, 3 muertos y 5 heridos, é inutilizadas dos de sus piezas. La batería de Magruder, reforzada con un destacamento del 1o. de artillería y de 3 compañías del 3o. de infantería á las órdenes del teniente Haskins, tuvo tres piezas desmontadas, 1 oficial muerto (el teniente Johnstone), 5 soldados heridos y 10 caballos muertos ó heridos, sin incluir las bajas del destacamento de Haskins. Ambas baterías permanecieron á principios de la noche del 19 en el punto al que se retiraron en la tarde.

Al empezar el combate, Pillow, que mandaba en jefe, ordenó á Twiggs avanzar con su división, para que con una de las dos brigadas de ella, la de Smith, sostenida por las baterías de Magruder y Callender, atacaran de frente la loma fortificada; y con la otra, la de Riley, flanqueara la misma posición por su izquierda y fuera á atacarla por retaguardia. La brigada de Smith, en su avance y las baterías con sus fuegos, no obtuvieron otro resultado que el abandono del rancho de Padierna por las tropas nuestras que había en él y que se replegaron á la loma fortificada. Según el parte de Magruder, el expresado rancho, al anochecer, fué recobrado por

una fuerza mexicana como de 250 hombres, que desalojó de allí á 50 norte-americanos; pero, á instancias del mismo Magruder, el capitán Craig, que sostenía la batería de campaña, acudió con dos compañías á atacar de flanco á los nuestros, y, conducido por el teniente Fiztgerald, recobró, á su turno, el rancho, haciendo huir á sus últimos ocupantes hacia la loma. (229)

La brigada de Riley, en virtud de las órdenes dadas á Twiggs por Pillow, empezó á avanzar hacia la derecha de las baterías norte-americanas, guiada por el teniente de ingenieros Tower; y, después de atravesar el campo de lava, yendo á pie jefes y oficiales, por el sendero ó ramal que va á salir como á cuatrocientas yardas al Oriente del rancho de Ansaldo, llegó al límite del Pedregal, atravesó desde luego la barranca y el riachuelo y en seguida la carretera de San Angel á Contreras, y se dirigió al pueblecito de San Gerónimo, no sin recibir el fuego de alguna de las baterías de Valencia y tener que rechazar el ataque de las fuerzas, principalmente de caballería, destacadas de la loma fortificada á impedir ó dificultar su paso. Para hacer frente á sus contrarios, ó intentando ella misma atacar la loma de Padierna, se detuvo en ramblas y eminencias más ó menos in-

---

(229) La versión de los "Apuntes para la Historia de la Guerra" habla del recobro del punto al anochecer, y dice que fué conservado por las tropas mexicanas hasta la madrugada del 20.

mediatas, y no entró en San Gerónimo sino momentos después de que alguna otra fuerza de Scott de las destacadas, como vamos á ver, en apoyo del mismo Riley, había ocupado el pueblo. Púdose ahora ver prácticamente el desacierto de haber retirado de Ansaldo la reserva nuestra que habría debido detener la marcha de esta brigada enemiga y acaso batirla, en vez de ir á engrosar la guarnición de la loma, cuyas ventajas naturales la ponían á cubierto de todo ataque decisivo por su frente.

Al notarse en el cuartel general enemigo que la brigada Riley, en su marcha hacia el pueblo de San Gerónimo, quedaba ya á gran distancia sin facilidad de recibir auxilio oportuno; que algunas tropas mexicanas de las procedentes de la capital se le acercaban á retaguardia, y que al mismo tiempo otras en número considerable destacadas de nuestro campo atrincherado, la dejaban enteramente cortada de las demás fuerzas de Scott; se previno á la brigada de Smith—ffue nada de provecho había podido hacer en su ataque de frente—que saliera á apoyar á la de Riley, mientras la de Pierce (de la división de Pillow) seguía sosteniendo las baterías. El general Persifor Smith avanzó, pues, sobre la derecha, con el teniente de ingenieros Smith y con su brigada compuesta del 1o. de artillería, del 3o. de infantería y del regimiento de Rifleros, aunque incompletos. Mientras pasaba detrás de las baterías de Magruder, reforzada por él con el destacamento de Haskins de 20 hombres del 1o. de artillería y tres compañías del

3o. de infantería, renovó dicha batería sus fuegos para proteger la marcha de esta brigada, que con suma dificultad atravesó el campo de lava, llegó á Ansaldo, vió á las tropas de Santa-Anna ocupando ya las lomas del Toro, y se dirigió, como la brigada de Riley, al pueblo de San Gerónimo, aunque dejando el 1o. de artillería en el expresado rancho de Ansaldo. (230)

Entre tanto, había llegado al campo de Scott frente á Padierna, ó sea al pie del cerro de Zacatepec, la brigada de voluntarios de Shields, 1a. de la división de Quitman y compuesta de los regimientos de Nueva York y Carolina del Sur, y fué destacada también sobre la derecha norte-americana, ó sea sobre el flanco izquierdo de la loma de Padierna, después de haberlo sido la brigada Cadwalader, 2a. de la división de Pillow. De modo que, con excepción de la brigada Pierce (1a. de la misma división) y de las compañías sueltas que siguieron sosteniendo las baterías de Callender y Magruder, habían avanzado sobre el flanco izquierdo de nuestro campo de Padierna, ó sea hacia el pueblo de San Gerónimo, todas las tropas de infantería reunidas en el campo de Scott; es decir, las brigadas de Riley, Smith, Cadwalader y Shields.

La penúltima fué la que primeramente entró en el pueblo, por haberse detenido en sus

(230) En los partes oficiales norte-americanos, inclusive los de Scott, se confunden continuamente los nombres de San Gerónimo, Ansaldo y Contreras.

afueras Riley y Smith, intentando acercarse á nuestro campo atrincherado y haciendo frente á los ataques de los destacamentos de Valencia. Al entrar la brigada Smith halló en San Gerónimo á la de Cadwalader, y el primero de estos generales tomó el mando en jefe, reconoció por sí mismo la localidad y dispuso la colocación de las fuerzas. "El pueblo—dice—está al otro lado del camino, y entre ambos corre un arroyo en el fondo de una barranca: sobre el camino, entre éste y el arroyo, hay una huerta y casa (el rancho de Ansaldo) rodeadas de fuerte cerca de piedra. El pueblo está cortado de callejones formados por cercas ó muros de las huertas, cuyos árboles pueden ocultar á la gente. En el centro hay una antigua iglesia de mampostería. Envié á la fuerza de Cadwalader a la otra extremidad del pueblo, dando su frente al enemigo: coloqué el 3o. de infantería y los Rifleros por compañías frente á la izquierda, sobre el flanco derecho: hice ocupar la iglesia por la compañía de ingenieros del teniente Smith y la del capitán Irwin del 11o. regimiento, y coloqué el 1o. de artillería del mayor Dimick en la huerta sobre el camino (Ansaldo) para asegurar esta avenida y retaguardia nuestra." La brigada Riley llegó á San Gerónimo después de puesto el sol. "Dispuse entonces—continúa el general Smith—un ataque sobre la derecha del enemigo, (231) con dos columnas,

---

(231) Se refiere á las tropas de Santa-Anna situadas en las lomas del Toro.

la de Riley á nuestra izquierda, y la de Cadwalader á la derecha del primero, escalonadas ambas fuerzas; pero antes que las tropas acabaran de salir de las arboledas, había oscurecido al extremo de que no podían ya ser vistas las líneas del enemigo, y dí contraorden respecto del ataque. De nuevo el general Cadwalader tomó posiciones á la otra orilla del pueblo, é hicieron otro tanto la brigada de Riley paralelamente á aquel, en una extensa línea interior; los Rifleros con el mayor Loring á su derecha, y el 3o. de infantería en el cementerio de la iglesia." Después de todo esto llegó á las inmediaciones de San Gerónimo la brigada de voluntarios de Shields, y fué mandada situar en Ansaldo. La noche era oscura, fría y lluviosa, y las tropas quedaron á la intemperie, no habiendo abrigo de techo sino para los heridos.

Las hostilidades habían cesado en toda la línea á la venida de la noche. Del campo de Scott, frente á Padierna, se habían trasladado á San Gerónimo y sus cercanías toda la división de Twiggs, compuesta de las brigadas de Smith y de Riley; la mayor parte de la división de Pillow, ó sea toda su 2a. brigada al mando de Cadwalader, y uno de los regimientos (el 5o. de infantería) de su 1a. brigada, conducido por el coronel Morgan; y, por último, la brigada Shields, 1a. de la división de voluntarios de Quitman. La brigada de caballería de Harney que, por lo escabroso del terreno, había sido simple espectadora de los combates en la tarde, se retiró en la noche á

Tlalpam, de donde debían salir en la madrugada del 20 para Padierna, una de las dos brigadas de la división de Worth y la brigada restante de la división de voluntarios de Quitman. Sólo quedaron en el expresado campo de Scott, con algunas compañías sueltas, el general Pierce y los regimientos 9o. y 12o. de su brigada, á las órdenes inmediatas del coronel Ramson, sosteniendo las baterías. También pernoctaron allí el general Pillow, á cuya división pertenecían dichos cuerpos, y el general Twiggs por no poder atravesar á pie el Pedregal para reunirse con la división de su mando, compuesta de las dos brigadas de Riley y de Smith. El último de estos dos jefes, repito, en ausencia de los generales de división, se hizo cargo en San Gerónimo del mando de todas las fuerzas avanzadas, y formó su plan de ataque, que consistía en ir á tomar de madrugada por la espalda, en combinación con algún amago de frente, la loma de Padierna, dejando asegurada la retaguardia de sus propias fuerzas en el mencionado pueblo de San Gerónimo. Indispensable á la realización de este plan era dar conocimiento de él á Scott, sin lo cual no se obtendría el oportuno amago de frente; y el capitán de ingenieros Lee se encargó de tan delicada comisión.

Resumo la versión norte-americana de los combates de esa tarde en Padierna, extractando y reproduciendo parcialmente la relación oficial de Scott escrita en Tlalpam la noche del 19. Según dicho comandante en jefe, las divisiones de Pillow y de Twiggs, en su avance

por el sendero de Peña Pobre á San Angel, llegaron como á las tres de la tarde (232) frente á nuestro campo atrincherado en que había 22 piezas de artillería, de grueso calibre en su mayor parte, y que tenía en torno suyo las ventajas del terreno, amén de numerosos cuerpos de caballería é infantería oportunamente reforzados con tropas procedentes de la capital "por un excelente camino más allá del campo de lava y, de consiguiente, fuera del alcance de nuestra caballería y artillería." Al llegar Scott una hora después que sus expresadas divisiones, halló que se habían movido sobre nuestro frente é izquierda y que funcionaban ya las baterías de Callender y Magruder. "La batalla—dice—aunque estacionaria durante el mayor tiempo, siguió con suma violencia hasta el anochecer. Las brigadas de Smith y de Riley, sostenidas por las de Pierce y de Cadwalader, estuvieron más de tres horas bajo un terrible fuego de artillería y fusilería, á lo largo de la intransitable barranca enfrente y á la izquierda del campo fortificado. Aparte de las 22 piezas, el campo y la barranca eran defendidos de cerca por masas de infantería, y éstas, á su turno, se hallaban sostenidas por nubes de caballería á la vista y á mano. En consecuencia, nada definitivo pudo hacerse en la tarde respecto de la posición más formidable del enemigo, porque, independientemente de la dificultad de la barranca, nues-

(232) Entre doce y una según los partes mexicanos.

tra infantería, sin el apoyo de la caballería y artillería, no podía avanzar en columna sin ser destruida por la metralla de las baterías, ni avanzar en línea sin ser envuelta por la numerosa caballería del enemigo. Todos nuestros cuerpos, sin embargo, inclusive las baterías de Magruder y Callender, no sólo conservaron las posiciones ocupadas desde el principio, sino que recibieron y rechazaron cargas, particularmente la brigada de Riley, dos veces empeñada de cerca con la caballería mexicana, muy superior en número, y que fué rechazada y escarmentada." Después de dar algunos pormenores sobre el avance de las brigadas al pueblo de San Gerónimo, agrega Scott: "Mojados, hambrientos y sin la posibilidad de dormir, nuestros cuerpos, lo sé, están llenos de confianza, y sólo esperan la madrugada para ganar las posiciones desde donde han de batir y tomar las obras enemigas. De los siete oficiales despachados, después de puesto el sol, de mi posición frente al centro del enemigo, para llevar instrucciones al pueblo, ninguno ha logrado pasar, á causa de las dificultades del terreno aumentadas con la oscuridad. Pero el infatigable capitán Lee, de ingenieros, que ha estado constantemente con las fuerzas operantes, llega aquí de parte de Shields, Smith, Cadwalader, etc., á referirme lo que antecede, y á pedir que se haga una fuerte diversión á la madrugada contra el centro del campo. El general Twiggs, separado de su división, que se encuentra más allá del Pedregal, y el capitán Lee, han ido, de orden

mía á reunir las fuerzas que han quedado del lado de acá, para efectuar con ellas la diversión á eso de las cinco de la mañana."

Veamos ahora lo sustancial de la versión mexicana respecto de los sucesos de la misma tarde.

Como dije, la reserva de Valencia, en los momentos de comenzar el cañoneo, fué retirada de Ansaldo; y la caballería, al mando del general Torrejón, se colocó entre el referido rancho de Ansaldo y la loma de Padierna. Las fuerzas situadas en el rancho de Padierna a las órdenes del general D. Nicolás Mendoza, á poco de empezar el ataque fueron desalojadas y se retiraron hacia la loma.

Valencia dice en su manifiesto que á las doce del día avisó de oficio á Santa-Anna la aproximación del enemigo; que rompió sobre éste á la una el fuego de cañón, envió á su ayudante D. Francisco Silva con nuevo aviso á Santa-Anna, y "previno" al general Pérez (situado con su brigada en Coyoacán) que se acercara en auxilio suyo, habiendo este jefe contestado que no podía hacerlo sin orden del cuartel general: (233) que, entretanto, se com-

---

(233) Atacado Pérez por Valencia en su manifiesto, dijo en algún artículo que desde el 18 había tenido sobre las armas, listo para marchar, el 3o. Ligero, de orden de Valencia; pero que habiendo consultado si seguiría cumpliendo las disposiciones de este jefe, se le previno que solamente obedeciera las órdenes del cuartel general.

prometió la acción por el frente, perdiéndose la posición nuestra del rancho de Padierna: que, habiendo avanzado el enemigo á envolver nuestra izquierda y apoderarse de Ansaldo y San Gerónimo, dirigió Valencia una batería de 6 piezas y un batallón de infantería sobre aquel rumbo, y envió sucesivamente nuevos avisos á Santa-Anna con sus ayudantes Mosso, Rodríguez, (234) Miranda y Arrieta: que posesionados los norte-americanos de Ansaldo y de San Gerónimo, quisieron envolver completamente su posición por la espalda, y para evitarlo dispuso que Torrejón á la cabeza de los regimientos 2o., 3o. y 8o. de caballería les cargara al salir del bosque de San Gerónimo al llano que tenían que atravesar, y que el coronel Lamberg los atacara por el flanco derecho, sosteniendo ambos ataques 4 piezas dispuestas con ese objeto. "Fué tal—agrega—el impulso que hizo el enemigo con tres columnas de á 1,000 infantes cada una, á su salida, que aunque con el mayor denuedo dió la carga el general Torrejón (pues al otro le fué imposible) en que murió el bizarro general D. José Frontera, (235) le rechazaron con un fuego activísimo, por lo que fué preciso reforzar la batería que había yo colocado para tal objeto, con 5 piezas de á 6 y 2 obuses de á 8; con lo cual,

---

(234) D. Feliciano Rodríguez, hoy coronel fué de los últimos que el 20 de Agosto se retiraron del campo de Padierna.

(235) Iba á la cabeza del 2o. de caballería, y cayó á los primeros disparos.

después de haber hecho una mortandad espantosa al enemigo, éste tuvo que refugiarse al bosque." Valencia dirigió entonces la puntería de sus once piezas sobre el bosque, haciendo salir de allí al enemigo y refugiarse en el pueblo. Eran los tres cuartos para las cuatro de la tarde, y á retaguardia del mismo pueblo, en posición dominante, acababa de presentarse Santa-Anna con sus fuerzas que, tocaron dianas y victorearon á las de Valencia. Creyó éste, "como era natural," que las de Santa-Anna iban á cargar sobre el adversario por su espalda, y dispuso que el coronel Ferro con el batallón de Aguascalientes y una pieza de á 6, y Torrejón con 400 caballos le atacaran de frente al mismo tiempo; mas, "por un hecho inconcebible," las fuerzas de Santa-Anna, en vez de cargar, variaron de posición subiéndose á lo más alto de la loma (del Toro); permanecieron allí de frías espectadoras de los sucesos, y á las siete de la noche desaparecieron, cuando las tropas de Valencia habían recobrado el rancho de Padierna, (236) y Torrejón y Ferro tenían en jaque á las brigadas enemigas encerradas en Ansaldo y San Gerónimo.

Vamos á ver las causas de esta conducta de

(236) Fué recobrado al anochecer, por el comandante Zimavilla con su cuerpo, seguido del resto de la brigada del teniente coronel Cabrera; pero, según la versión norte-americana, en seguida cayó de nuevo en poder del enemigo.

la brigada Pérez y demás fuerzas de Santa Anna apostadas en las lomas del Toro.

Como á las dos de la tarde, el teniente coronel D. Francisco Silva, ayudante de Valencia, se presentó á Santa-Anna en el punto de San Antonio, á avisarle que el enemigo atacaba las posiciones de Padierna. (237) El general presidente envió órdenes á la brigada Pérez, que estaba en Coyoacán, de moverse para Padierna, y se dirigió él mismo hacia este último punto á galope, seguido de su estado mayor, de los regimientos de caballería Húsares y Ligero de Veracruz, y de 5 piezas de batalla. Alcanzó á la brigada Pérez saliendo de Coyoacán para San Angel, y la hizo caminar á paso veloz hasta las lomas en que se situó y desde las cuales pudo ver Santa-Anna la fatal posición de Valencia. "Esto—dice el primero—ya sucedía como á las cinco de la tarde: (238) y aunque me esforcé por reunirme á él, no fué posible, estando cortado por el enemigo y por el terreno que había dejado á su retaguardia. No había más que un sólo camino transitable de San Angel á Padierna, bien angosto, dominado á derecha é izquierda por posiciones que algunos batallones enemigos habían tomado. Busqué paso por los flancos, y me cercioré por los prácticos del terreno y por mi propia vista, que no era fácil la operación en el resto

(237) "Detall de las operaciones" por Santa-Anna.

(238) Valencia dice en su manifiesto que á los tres cuartos para las cuatro.

de la tarde, pues por la derecha lo impedía una profunda barranca que se dilataba más de una legua hasta unas colinas que se presentaban al Suroeste de San Angel, y unos quebrados y vallados por la izquierda; y como en los reconocimientos me sorprendió la noche, no me quedó más recurso que acampar y esperar el día. En seguida una tempestad horrorosa, acompañada de copiosa lluvia, me obligó á disponer que la infantería se abrigase en el inmediato pueblo de San Angel, con orden de presentarse á la madrugada en el propio campo: en éste dejé á los cuerpos de caballería y artilelría, que pasaron una noche cruel, porque no cesó de caer agua hasta el amanecer."

Tal es la relación de Santa-Anna, y de ella, del testimonio de multitud de espectadores, y de algún hecho no publicado y de que voy á hablar, se deduce que, aunque tibiamente, procuró reunirse con Valencia, haciendo para ello débiles tentativas. El coronel D. Miguel María de Echeagaray, que mandaba el 3o. Ligero de infantería perteneciente á la brigada Pérez, recibió orden directa de Santa-Anna, comunicada por un ayudante de este jefe, de marchar con su regimiento, compuesto de unas 1.000 plazas, bajo la dirección y las instrucciones de D. José María del Río, persona práctica en el terreno, y con quien avanzó Echeagaray, por lomas, barrancas y sendas estrechísimas, desde Chimalistac ó sus inmediaciones; yendo á salir cerca del pueblo de San Gerónimo, del lado Norte de dicha posición. Al entrar en el último sendero, por precau-

ción se había adelantado con sólo la mitad de la fuerza, encomendando á su segundo, Lazcano, el resto de ella, que no se le reunió en el momento crítico; y cuando salía Echeagaray del sendero, se halló á tiro de gente enemiga, probablemente la de Riley, é hizo que el capitán D. Joaquín Villavicencio desplegara hacia ella su compañía en tiradores rompiéndole el fuego. Dijo el guía á Echeagaray que aquello tal vez no entraría en los planes de Santa-Anna, y á pocos momentos un ayudante de éste le llevó la orden de retroceder; lo que efectuó, presentándose al general presidente, á quien halló irritado y manifestó que al encontrarse con el enemigo no había podido hacer otra cosa que atacarle. De tal incidente, cuyo móvil quedó ignorando el mismo Echeagaray, se puede deducir que Santa-Anna trató de reforzar á Valencia, tentando unírsele en el campo de Padierna, ú ocupar, cuando menos, el pueblo de San Gerónimo antes de que se posesionara de este punto el enemigo; y que desistió de su intento al ver que el 3o. Ligero, enviado tal vez como explorador, llegaba fuera de oportunidad. Es casi indudable, sin embargo, que si, aun después de la expresada tentativa, hubiera hecho avanzar sobre San Gerónimo á toda la brigada Pérez, habría ocupado el pueblo, puesto que el grueso de los norte-americanos no se reunió allí sino ya de noche. Es igualmente probable que conduciendo á la misma brigada, compuesta de más de 3,000 hombres, por el camino carretero de San Angel á Padierna, no habría tenido que

batirse sino con una ó dos de las brigadas enemigas, cuyo efectivo en junto no resultaría superior al del general Pérez; y los dos cuerpos nuestros de ejército quedaran formando uno sólo poderosísimo en la excelente posición de la loma fortificada. Lo cierto es que todos los generales de la división del Norte—aun los santanistas—creyeron que las fuerzas de Santa-Anna, al presentarse en el campo, iban á cargar sobre el enemigo; que ni por un momento dudaron de que se habría con ello obtenido espléndido triunfo, y que se indignaron profundamente al ver que tales fuerzas se limitaban á presenciar el combate y se retiraban á la venida de la noche.

En el parte del general Salas, segundo en jefe de la división del Norte, no se dice respecto de los combates del 19, sino que el enemigo se presentó como á las doce ó la una de la tarde en actitud de atacar nuestra posición en las lomas; y que en el momento se rompió vivísimo fuego de cañón y de fusil sucesivamente, según se presentaba en los diversos puntos que sotenían nuestras tropas; lográndose contenerle por varias partes hasta que la noche puso fin al combate. Pero, Valencia decía en su parte fechado á las ocho de la noche del 19: "Después de un reñido combate contra todas las fuerzas anglo-americanas, tengo el alto honor de participar á V. E. he puesto en vergonzosa fuga, con el valiente ejército que tengo el honor de mandar, todas las fuerzas del anglo-americano que unidas han embestido mi posición y me atacaron de cuantos modos

era dable desde las doce del día hasta las siete de la noche. El honor de la República, Señor Excmo., tengo la gloria que, debido á los esfuerzos de los que me obedecen, ha quedado bien puesto, y, por lo mismo, no he tenido embarazo, en nombre de la nación de declararles á todos los generales, jefes y oficiales que han concurrido á esta heroica jornada, el empleo inmediato que justamente merecen." (239) Prescindiendo de lo ilegal é inusitado de este proceder, que venía á acentuar el carácter insubordinado y absoluto del jefe de la división del Norte; y de que el enemigo, por más que se le hubiera hecho gran daño, en vez de haber sido puesto en fuga, quedaba al anochecer en mucho mejores posiciones que al principio del combate, se ve que el general Valencia estaba enteramente satisfecho de los resultados del día. Una hora después, ó sea á las nueve de la noche del 19, en segunda comunicación, se quejaba de que las fuerzas del general Pérez, no contentas con no auxiliarle cuando se lo "mandó" Valencia, ni cuando le vieron altamente comprometido desde las dos de la tarde, no le habían dado un sólo aviso de su posición á fin de que con ellas completara el triunfo haciendo rendir á los "miserables restos" de los anglo-americanos, que encerrados en el Saldo (San Gerónimo) en nú-

---

(239) Respecto de pérdidas nuestras, que aún no podía pormenorizar, hablaba de la muerte del general Frontera, y de haber sido herido el general Parrodi.

mero de 2,000 hombres por 200 del batallón de Aguascalientes y 200 caballos á las órdenes de Torrejón, (240) se mantenían hasta la hora en que Valencia escribía; y agregaba este jefe: "Yo, Señor Excmo., tranquilo en el testimonio de mi conciencia, en mi lealtad y valor público para defensa de mi patria, me mantendré en este punto de eterna gloria para la nación y para el ejército mexicano, hasta la conclusión del mismo ejército y de mi persona." La diferencia y hasta contradicción de ideas entre uno y otro documento sólo se explica diciendo que el primero fué escrito cuando Valencia, aunque no hacía mención de las fuerzas de Santa-Anna, seguía contando con su presencia en el campo de batalla; y que al extender el segundo sabía ya que no le darían auxilio, y había recibido la orden de abandonar sus posiciones para incorporarse con las demás fuerzas de México.

En efecto, según declaración formal escrita del ayudante de Santa-Anna, D. José María Ramiro, á las seis de la tarde le ordenó el general presidente pasar al campo de Valencia y prevenirle "que se retirára como pudiera en la misma noche, ya que había comprometido acción, y se incorporara con las tropas que había llevado en su auxilio, las que no podían batir al enemigo por impedirlo las barrancas que estaban á su frente." Ramiro no llegó al campo de Padierna sino á las nue-

(240) Cuatrocientos caballos dice en su manifiesto.

ve de la noche, y asienta textualmente: "Mas dicho E. S. general Valencia no me dejó ni concluir mi comisión, diciéndome que lo habían abandonado, y que habiendo batido al enemigo cinco horas y teniéndolo sujeto con el batallón de Aguascalientes y la caballería que mandaba el señor general Torrejón, que sólo pedía los 6,000 hombres (las tropas de Santa-Anna) y municiones para su artillería." Al salir Ramiro del campo del general Valencia, á las diez de la noche, recibió de él dos pliegos (indudablemente sus dos comunicaciones) para Santa-Anna, á quien los entregó dándole cuenta de su comisión á los tres cuartos para las dos de la mañana del 20. Santa-Anna dice á tal respecto: "Considerando lo que sufriría la división del Norte con la lluvia, sin abrigo alguno, y que ni los hombres ni las armas quedarían útiles para empeñar una acción al otro día, anhelando evitar la derrota que preveía, ordené al general Valencia que en la misma noche, clavando la artillería, se retirara á San Angel, pudiendo servirle de guía el que conducía á mi ayudante de campo D. José María Ramiro, portador de mi orden; pero, obstinado en desobedecerme, la despreció y permaneció en aquel funesto lugar." Valencia dice que Ramiro le manifestó que Santa-Anna "deseaba combinar," "á lo cual no pude menos de contestar lamentándome de la cruel conducta de por la tarde y diciéndole que creo no había necesidad de más combinación: que en la noche me reforzase, y él, al amanecer, atacara

con todas sus fuerzas, con cuya contestación se retiró; y antes de que pudiese llegar á ver á dicho señor (á Santa-Anna) recibí una instrucción toda verbal por conducto de mi ayudante D. Luis Arrieta, del mismo señor general, para que abandonase la artillería y me retirase por donde pudiera, pues al otro día debía estar rodeado de todas las fuerzas enemigas." Me inclina á dar más crédito que á la versión de Valencia á la de Ramiro y Santa-Anna, la circunstancia de que el primero, en su segunda comunicación, se mostraba resuelto á mantenerse en su campo "hasta la conclusión del ejército y de su persona:" lo cual indica, á juicio mío, que había ya recibido la orden de retirarse. En resumen, y haya sido antes ó después recibida la orden, Valencia la desobedeció abierta y formalmente, y nos da lo que él cree la razón de su conducta: "Ni era digno de un ejército que podía ser auxiliado por 14,000 hombres dejar de completar el triunfo de que tantas pruebas tenía; era vergonzoso abandonar su artillería después de lo pasado, y también le era imposible su retirada, pues debía convertirse en una derrota sin honor, porque tenía que practicarla nada menos que por un camino angosto y difícil que se dirige por el cerro de la Campana al pueblo de Ajusco, y de cuyo movimiento debía resultar la pérdida absoluta de las fuerzas de dicho ejército y el destrozo completo de las del mismo señor Santa-Anna, que tranquilas en San Angel las hubiera encontrado el enemigo al ama-

necer del 20, al ver que habían desaparecido y abandonádole todos sus trenes, parque, etc., las que con tanto valor habían sostenido el combate el día anterior." Como advertirá el lector, Valencia seguía invirtiendo los papeles suyo y de Santa-Anna, procediendo como general en jefe de todo el ejército, y no pareciendo ni sospechar que la Ordenanza y la subordinación militar fuesen letra viva para él. Por lo demás, á la simple vista del plano, y teniendo en cuenta lo escaso de la fuerza enemiga que había quedado frente á la loma fortificada, y lo distante del pueblo de San Gerónimo en que estaban concentradas casi todas las tropas de Scott, se advierte asimismo, que tan posible habría sido á Santa-Anna en las altas horas de la noche y, sobre todo, en la madrugada, llevar sus fuerzas de San Angel á Padierna por el camino carretero, casi libre y seguro á la sazón, como á Valencia retirarse con las suyas de Padierna á San Angel por el mismo camino. (241)

Entre tanto, la aciaga noche avanzaba, y se acercaban los momentos de la catástrofe. En Tlalpam, en virtud de las órdenes de Scott, el general Worth daba sus disposiciones para que una de las dos brigadas de su división

---

(241) En ninguno de los partes norte-americanos hallo el menor indicio de que, después de media noche, quedara fuerza alguna suya en Ansaldo ni en otro punto del expresado camino.

permaneciera teniendo en jaque á nuestro punto fortificado de San Antonio, y la otra avanzara de Tlalpam en la madrugada hacia Padierna, en unión de la 2a. brigada de la división de voluntarios de Quitman; reemplazando á la última de dichas brigadas la de caballería de Harney en la guardia de la ciudad y de los trenes y depósitos. En el campo norte-americano frente á Padierna, los generales Pillow y Twiggs, que se habían extraviado en la obscuridad hasta llegar á los lindes de la posición de Valencia y oír de cerca los toques de corneta de nuestras tropas, reunían las del coronel Ramson, compuestas de una parte de la brigada de Pierce, ó sea los regimientos 9o. y 12o. y algunas compañías del 3o. y de Rifleros, que, bajo la dirección del capitán de ingenieros Lee, debían por el frente llamar la atención de nuestro ejército del Norte, ó atacarle en forma, según lo aconsejaran y permitieran las circunstancias. Por último, en San Gerónimo y sus contornos, el 15o. regimiento con su coronel Morgan, destacado de la brigada Pierce, y las brigadas completas de Riley, Smith, Cadwalader y Shields, á las órdenes del general Persifor Smith, se disponían á embestir nuestra retaguardia, dejando asegurada la suya y quedando en aptitud de cortar el camino á las fuerzas nuestras que á la hora del combate trataran de huir de Padierna hacia San Angel, ó de acudir de este último punto en auxilio del primero.

El general Smith, como se ha visto, formó

su plan de ataque en las primeras horas de la noche del 19, conferenciando con el general Cadwalader y los coroneles Riley y Morgan, y teniendo por base el aviso del teniente de ingenieros, Tower, que había reconocido y juzgaba transitable para la infantería la hondonada á espaldas de nuestro campo atrincherado. Pero no podía Smith, por falta de fuerzas suficientes, dejar asegurada su retirada y con guarnición el pueblo de San Gerónimo, amagado al par por las tropas de Valencia avanzadas á las órdenes de Torrejón, y por la caballería y artillería que Santa-Anna, al retirarse á San Angel, había dejado en las lomas del Toro; y acudió á allanar tal dificultad la brigada de Shields mandada detener en Ansaldo, transladada á media noche á San Gerónimo, y cuyo jefe, dice Scott, "se reservó la doble misión de conservar el pueblo con sus dos regimientos de voluntarios de Nueva York y Carolina del Sur contra fuerzas diez veces más numerosas del lado de la capital, incluyendo las lomas á la izquierda; y en caso de que el campo á retaguardia suya (el de Valencia) fuese tomado, hacer frente y cortar la retirada á los fugitivos del enemigo."

Los jefes de las demás fuerzas en San Gerónimo recibieron orden de tenerlas formadas, y con la cabeza ó primera compañía de cada columna sobre la senda por donde debían salir todas á las dos y media de la mañana. "Precisamente á las tres—dice el general Smith—comenzaron las tropas su mar-

cha. Había llovido toda la noche y estado la gente en el lodo, sin fuego y llena de frío; llovía aún, y la obscuridad era tal, que no se veía á distancia de dos varas: se mandó que los soldados caminaran precisamente al alcance del tacto entre sí, para que la retaguardia no se desviara. El teniente de ingenieros Tower y el ayudante general de la 2a. divición, teniente Brooks, habían durante la noche reconocido de nuevo el paso para asegurarse de la posibilidad de la marcha. Tower con la descubierta de la columna para guiarla, y los tenientes Brooks y Beauregard conmigo, marchamos á la cabeza de la brigada Cadwalader. La del coronel Riley fué la primera en el orden de la marcha; seguía en el centro la de Cadwalader; y la mía, al mando provisional del mayor Dimick y llevando consigo al teniente de ingenieros Smith, formaba la retaguardia. La senda era estrecha, llena de peñascos y cieno, y tan dificultosa la marcha, que rayó el día antes que la cabeza de la brigada Cadwalader llegara al descenso de la hondonada.... Habiendo seguido por ella hasta un lugar que juzgamos á espaldas del campo, mandé que hiciera alto la vanguardia y se nos juntó la retaguardia: tiráronse las municiones mojadas, y Riley formó dos columnas por divisiones. Avanzó así por la hondonada, y subiendo á su borde, quedó frente á la retaguardia del campo enemigo, pero todavía á cubierto de sus fuegos por alguna ondulación del terreno. Después de recorrer y rectificar sus filas, ascendió á la

cumbre de la colina y quedó á la vista del enemigo, que inmediatamente le rompió vivo fuego, no sólo desde las trincheras, sino también desde su flanco derecho. Lanzando sus dos primeras secciones en tiradores, descendió Riley de la eminencia hacia el campo, incorporando y poniendo á la cabeza de sus tropas á la compañía de ingenieros y á los Rifleros que habían sido apostados en alguna zanja intermedia; é inclinándose á la izquierda, cayó con ellos sobre las fuerzas mexicanas situadas afuera del flanco izquierdo de la fortificación. Entre tanto, Cadwalader había seguido el camino de Riley, y formando sus columnas según iban llegando sus tropas, avanzó en apoyo del expresado Riley. La 1a. brigada (de Smith, al mando de Dimick) tenía orden de seguir el mismo derrotero; mas, cuando todavía marchaba por la hondonada, viendo yo un gran cuerpo del enemigo sobre su flanco izquierdo, (242) mandé al mayor Dimick que volviera caras su brigada á la izquierda y, avanzando en línea, atacara de flanco á la expresada fuerza. Fué hecho así, y el 1o. de artillería y el 3o. de infantería, subiendo á la orilla de la hondonada, descendieron al lado opuesto y encontraron á la masa exterior enemiga justamente cuando las fuerzas de Riley penetraban en la fortificación. Cejó ante las bayonetas de nuestros infantes la caballería formada para cargarnos, y su derrota fué completa á tiempo

(242) Probablemente las fuerzas de Ferro y Torrejón.

que la gente de Riley plantaba en el campo atrincherado sus banderas."

El coronel Riley dice en su parte, que al presentarse á retaguardia del campo fortificado, salió á su encuentro la infantería mexicana y fué rechazada y obligada á refugiarse en sus parapetos: que el 2o. de infantería y el 4o. de artillería fueron los primeros en llegar á ellos, rescatando 2 cañones perdidos en la Angostura y pertencientes á la batería del capitán Washington; y que en seguida avanzó el 7o. de infantería, siendo las banderas de los tres mencionados cuerpos las que primeramente enarboló allí el vencedor.

Al tiempo de atacar Riley por la espalda el expresado campo, el coronel Ramson con su brigada provisional (regimientos 9o. y 12o. y compañías de otros cuerpos) "conducida por el capitán de ingenieros Lee—dice Scott no sólo efectuó movimiento para llamar la atención del enemigo; sino que, después de atravesar la profunda barranca del frente, avanzó sobre las trincheras é hizo muchas descargas de fusilería sobre los fugitivos."

Smith mandó perseguir á los que se retiraban por el camino. La brigada de Shields, que había permanecido en San Gerónimo y que en la madrugada encendió hogueras á fin de hacer creer á Valencia que aún se hallaba allí el grueso de los norte-americanos; después de recibir algún fuego y de consagrar su atención á la caballería y artillería de Santa-Anna, apostados en las lomas del Toro, convirtió su frente á la división del Norte ya derrotada, y destacó fuerzas que ocuparon de

nuevo á Ansaldo. Smith asienta que los defensores del campo de Padierna, al perderlo, se retiraron á toda prisa á lo largo de la parte alta de la loma, inclinándose al camino de San Angel, y agrega: "La fuerza de Shields, después de haber tenido en jaque á un enemigo, se volvió contra el otro, que en su fuga se vió cortado por huerta y casa y bajo el fuego certero del regimiento de Carolina del Sur, se dispersó hacia los montes de enfrente, y, abrigándose en zanjas y barrancas, se escaparon muchos hombres en dirección del Pedregal. Dos escuadrones de caballería, fuese casualidad ó por cálculo, en una parte muy estrecha del camino, entre cercas y zanja, depusieron sus armas y ocuparon de tal modo el terreno, que hubo que interrumpir la persecución por espacio de más de veinte minutos: lo que bastó, no teniendo nosotros caballería, para la salvación de gran parte de los fugitivos. Un cuerpo considerable se escapó hacia las montañas, y no lo perseguí, por ir enteramente desviado de mi dirección."

El repetido general Smith, al terminar su parte, resume así los elementos y resultados de la batalla: "Según noticias mexicanas interceptadas, había 7,000 hombres con Valencia y más de 12 frente á Ansaldo con Santa-Anna. Matamos 700 é hicimos 1,500 prisioneros, entre ellos varios generales. (243) Tomamos 22 piezas, á saber: cuatro obuses de á

---

(243) Shields dice en su parte que la brigada de su mando hizo 365 prisioneros, entre ellos el general D. Nicolas Mendoza.

16, cuatro de 8 pulgadas, dos de á 5 y media, seis de á 6 y seis piezas más pequeñas, con gran acopio de granadas y otras municiones, 700 mulas de carga, muchos caballos é inmenso número de armas cortas que hemos destruído. Después de juntar prisioneros y botín, mandé que continuara la persecución, y estaba formando la columna cuando llegó el general Twiggs y tomó el mando de las fuerzas. Al aproximarnos á San Angel se adelantaron los Rifleros en tiradores, y entramos al pueblo persiguiendo á la caballería enemiga y capturando un carro de municiones." Scott dice en su parte general, que sus propias fuerzas no excedían de 4,500 hombres, ascendiendo á 19 ó 20,000 las mexicanas, cuyo absurdo rectificaré dentro de un momento; que todos los que no fueron muertos ó apresados, huyeron velozmente; que el número de prisioneros fué 813 inclusive 88 oficiales, 4 de ellos generales; que la mitad de la artillería tomada era de grueso calibre; que la pérdida norte-americana en muertos y heridos no excedió de 60 hombres; (244) por último,

(244) Solamente la pérdida de la brigada de Riley, según el parte de este jefe, fué de 83, contándose entre los muertos el capitán Hanson, del 7o. de infantería, y entre los heridos los capitanes Ross y Wessels y los tenientes Collins y Tilden; y no bajarían de 25 hombres los puestos fuera de combate en las baterías de Magruder y Callender. Se puede, pues, calcular al enemigo una pérdida total de 300 hombres en los combates de Padierna.

que habiendo terminado la batalla antes de que llegaran las dos brigadas destacadas de las divisiones de Worth y Quitman, se dispuso que ambas retrocedieran y volvieran á sus respectivas posiciones. El general Twiggs dice que el 4o. de artillería fué dejado con algunas otras fuerzas á cuidar del campo atrincherado, así como de los heridos y de la inhumación de cadáveres.

En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" hallo que la infantería que afuera de los parapetos de la loma quiso contener á última hora el avance de Riley por la retaguardia y el flanco izquierdo, estaba á las órdenes del general González Mendoza; que Valencia trató de hacer frente con nuevas fuerzas, siendo todas ellas envueltas y arrolladas; que el teniente coronel Zires se revolvió, luchando, con los enemigos: que los generales Blanco y García se sotuvieron hasta que sus graves heridas los pusieron fuera de combate; que los restos de la brigada de Cabrera se retiraron horrosamente á Ansaldo, en cuyo camino, cortado también por el vencedor, algunos jefes tentaron valerosamente rehacerse, mereciendo especial y honorífica mención el general Salas, que se puso á la cabeza de la caballería de Torrejón, detuvo á los dispersos é intentó cargar sobre el enemigo. hasta caer prisionero.

El mencionado general Salas, segundo en jefe de la división del Norte, en el parte que de Tlalpam dirigió el 23 de Agosto al ministerio de la Guerra, dice que á causa de la

mala posición ocupada y del abandono con que se vieron los movimientos del enemigo, á la madrugada del 20 fueron batidos en todas direcciones por más de 6,000 hombres los 3.000 infantes reunidos en las lomas de Padierna; que trató él de contener la dispersión de nuestras fuerzas, lográndolo por un momento; que ordenó al general Torrejón diera una carga con su cuerpo, y este jefe, lejos de obedecerle, se puso en fuga, y siguiendo su ejemplo la caballería, atropelló á la infantería y acabó de arrollarla consumando nuestra derrota: habla con elogio de los jefes y oficiales que en medio del desorden procuraron rehacer sus fuerzas para resistir la persecución del enemigo, hasta que cayeron prisioneros: motiva en la desaparición de Valencia su parte, y acompaña relación de los jefes y oficiales prisioneros en Tlalpam, de los que se hallaban heridos en San Angel, y de los que se sabía que habían muerto. (245) En la lista de los últimos hallo al general Frontera, al capitán Rico y á los tenientes, subtenientes y alféreces Tejada, Zulueta, Con-

---

(245) Salas en su parte manifiesta "la total indigencia en que se encuentran los prisioneros, pues que habiendo perdido cuanto tenían y dado orden el señor general americano para que sean mantenidos por el vecindario de esta ciudad que se encuentra asolada, perecerán en la miseria si su gobierno no les imparte los auxilios á que son tan acreedores."

treras, Vergara y Quiriarte. En la de los heridos residentes en San Angel figuraban los generales González Mendoza, Blanco (D. Santiago) y García; los coroneles Ríos y Fuero; los tenientes coroneles Ramírez y Aguirre; los comandantes Arroyo, Múgica, Juárez, Soto y Fernández Cota, y algunos otros oficiales de menor grado. En la de los prisioneros que se hallaban en Tlalpam, y en cuyo número se contaba el mismo general Salas, veo los nombres del general D. Nicolás Mendoza, de los tenientes coroneles Cabrera, Zires, Reyes, Palafox y Silva; de cuatro comandantes, entre ellos Zimavilla y Tabera; de treinta y cuatro capitanes; de veintiseis tenientes; de treinta y seis subtenientes, y de otros muchos oficiales de estádo mayor y del ministerio de cuenta y razón de artillería. Se hallaban, además, prisioneros en la misma Tlalpam hasta el 23 de Agosto, 1,339 individuos de la clase de tropa; pero ya formaban parte de este guarismo los prisioneros hechos por el enemigo en los combates de Churubusco.

Valencia, en su manifiesto fechado en Toluca el 22 de Agosto, dice que en la noche del 19, siendo desesperada su posición y sabiendo lo que al amanecer tenía que aguardar de los contrarios y que esperar de Santa-Anna, no le quedó más recurso, de conformidad con el juicio de sus generales, (246) que escoger, como

(246) Alguno de ellos me asegura que todos, realmente, estuvieron conformes con la resolución de Valencia, por haberlos indignado la

encarga la Ordenanza para tales lances, "lo más digno de su espíritu y honor;" "y así fué que me resolví á acabar defendiéndome, perder el campo por la fuerza, perderlo con honor, y que cargara con la responsabilidad y con la ignominia el que fríamente fué espectador de los hechos heróicos de la fuerza de mi mando." Agrega que en la madrugada del 20, previendo que sería atacado por retaguardia, dirigió á tomar una altura dominante, seis columnas compuestas de los batallones 10o., 12o., Mixto, Querétaro, Zapadores y Auxiliar de Guanajuato, á las órdenes del general González Mendoza; que en los momentos en que iba á ser ocupado el picacho, rompió sus fuegos el enemigo desplegando cuatro columnas que ascenderían á 6,000 infantes. "Se trabó—continúa—un fuego horroroso á quema-ropa, en que morían de una y otra parte hombres sin cuento, y al que no pudieron resistir los míos en número tan desproporcionado y sin auxilio alguno; por lo que, matando y muriendo y retirándose, se fueron replegando hasta el centro de mi campo, mas, á la vez, rompió el fuego el enemigo en todo el rededor, al que ya no fué posible resitir, y sí salvar todo lo que se pudiera de estos preciosos defensores de la patria, rom-

---

orden de Santa—Anna de clavar la artillería; si bien es indudable que la división del Norte, que no podía ya esperar auxilio alguno, se debió retirar con todo y artillería, cumpliendo así en su parte esencial la orden del general en jefe.

piendo la línea enemiga por los mismos puntos de Ansaldo y San Gerónimo; lo que ejecutó el batallón de Aguascalientes, y por donde, después de casi la mayor parte del ejército, me retiré á la retaguardia de él con mi escolta, de que perdí la mitad, y con el 7o. regimiento de caballería y los generales Salas, Torrejón, Blanco y Jáuregui, habiendo sido éste herido de la cabeza á tiempo que atravesábamos entre los fuegos de los puntos dichos é ignoro la suerte que corrieron los señores Salas y Blanco, pues, aunque acompañado de los otros dos generales formamos la caballería á ochenta varas del enemigo para proteger á los dispersos, yo no ví salir á los citados señores ni á otros muchos valientes que con sable en mano querían contener en mi compañía, por llenar su deber, á los que ya no era dable el exigirlo." Agrega que estuvo allí tres cuartos de hora; que la mayor parte de sus tropas salvadas quedaban unidas á las del general Santa—Anna; que éstas, salidas de San Angel hasta las siete de la mañana á presenciar la derrota, se retiraban, y el enemigo avanzaba ya. En tal momento, pensó el expresado Valencia ir con el resto de sus fuerzas al lado del general presidente; pero "temiendo ser por él insultado y no poderse contener," se dirigió á Cuajimalpa, donde reunió dispersos y se le unieron el batallón Auxiliar de Guanajuato y el regimiento de San Luis, retirados por la espalda de Padierna con el general Romero. El primero de estos cuerpos regresó á México, y el segundo siguió hasta To-

luca con Valencia, quien desde allí dirigió al ministerio de la Guerra una breve comunicación el 21, avisando su retirada á dicha ciudad y su resolución de reorganizar y aumentar fuerzas, y de manifestar, "cuando se oyera el eco de la justicia," los motivos que tuvo para no venir á la capital. El ministerio le contestó que se presentara al comandante de Guadalupe Hidalgo para que se le formara causa y fuese vista en consejo de guerra.

Santa-Anna en su "Detall de las operaciones" se expresa así respecto de la pérdida de Padierna: "Inquieto yo por el cuidado que, naturalmente, me ocasionaba la temeridad del general Valencia, cuando hasta los elementos nos eran contrarios, al rayar la aurora dispuse que la infantería abrigada en San Angel emprendiera su marcha. Lo mismo verificó la brigada del general Rangel, que hice venir de la Ciudadela con intención de abrirme paso á toda costa hasta el campo de Padierna. Caminaba á la cabeza de dichas brigadas, cuando oí un corto tiroteo de fusil por mi vanguardia: se apresuró el paso, y se me presentaron á la vista grupos de nuestra caballería que venía en retirada y de quienes recibí la fatal nueva que estaba temiendo. Cuando no me cupo duda de la derrota del general Valencia, emprendí la contramarcha con la más amarga pena."

Hemos visto que, si bien se salvaron algunos cuerpos de la división del Norte, ésta, como tal, quedó desorganizada y deshecha con la pérdida de sus jefes y oficiales, de toda su artillería y de una gran parte de su fuerza

efectiva. Me es imposible fijar la pérdida del enemigo, porque en todos los partes de sus jefes, con excepción del coronel Riley, se hace mención en junto de las bajas habidas en los combates de Padierna y de Churubusco, sin señalar las correspondientes á cada función de armas: pero, como dije en alguna de mis notas, el guarismo de 60 muertos y heridos consignado oficialmente por Scott, es absurdo, supuesto que la brigada Riley tuvo más por sí sola; y la baja total de los norteamericanos en muertos, heridos y dispersos la tarde del 19 y la madrugada del 20 de Agosto, no ha debido bajar de 300 hombres. No es menos absurdo el aserto del mismo Scott, apoyado en los partes de sus brigadieres, de que sus propias fuerzas en dichos combates no excedían de 4,500 hombres, y de que ascendían á 19 ó 20,000 las nuestras. Si nos hemos de concretar á las que se batieron, es decir, á la división del Norte por nuestra parte, no pasaron de 4,000 los mexicanos, y es probable que se aproximaran a 6,000 los invasores cuando hemos visto que dos divisiones suyas de infantería y la mitad de otra funcionaron en las operaciones. Si ha de abrazar el cálculo las fuerzas de observación ó reserva, tendremos que las de Santa-Anna situadas en las lomas del Toro la tarde del 19 constarían de 4,000 hombres entre la brigada Pérez, los artilleros y dos cuerpos de caballería; (247) mientras

---

(247) La brigada Pérez tendría 3,300 plazas, y á lo sumo llegarían á 700 hombres los dos cuerpos de caballería y los artilleros.

la brigada de caballería de Harney, única reserva de Scott esa misma tarde, no excedería de 600 hombres. En la mañana del 20 estaba ya en San Angel la brigada de Rangel engrosando las fuerzas de Santa-Anna; pero de parte de Scott, si bien se había retirado la brigada de caballería de Harney, avanzaban de Tlalpan hacia Padierna nada menos que otras dos brigadas de infantería, es decir, la restante de la división Quitman y una de las dos brigadas de la división del general Worth. En la primera fórmula del cálculo resulta superior en número de cerca de 2.000 hombres el enemigo; y si en la segunda es cierto que hubo superioridad numérica á favor nuestro. desde luego se ve cuánto distó de la proporción de 19,000 á 4,500 fijada por Scott. (248) Confór-

(248) Mucha parte de la culpa del abultamiento de nuestras fuerzas tuvieron los mismos jefes mexicanos por su ligereza y exageración al hablar de ellas. Valencia en su manifiesto daba un efectivo de 4.800 hombres (*) á la división del Norte, que según Salas, tenía 3.000 infantes y la caballería; según los "Apuntes para la Historia de la Guerra" constaba de 3,700 hombres, y según estados oficiales no pasaba de 4.000. Por su parte. Santa-Anna, hablaba de los 6,000 hombres que tenía en las lomas del Toro y que no podían exceder de 4,000, como se ha dicho.

(*) ¿Y por qué hemos de creer más á Salas que á Valencia y Santa-Anna, que eran sus jefes, y en mayor número? No hay que dar

mense los invasores con haber derrotado á iguales suyos, y no pretendan aparecer vencedores de titanes.

Cuantos datos y noticias verosímiles logré allegar acerca de la primera función de armas en el Valle de México en esta guerra, quedan á la vista del lector, quien podrá con tales documentos juzgar por sí mismo de sucesos y actores. Yo creo que el plan defensivo de Santa-Anna era bueno, y que su ejecución habría salvado á la capital; pero creo también que el auxilio eficaz—posible y debido á mi juicio—de Santa-Anna á Valencia en los campos de Padierna, habría impedido nuestra derrota, determinado un triunfo, y dado muy diverso y favorable curso á la campaña. ¿Hasta qué punto las malas pasiones que suelen dominar á los grandes como á nosotros los pequeños, se mezclaron en los cálculos y determinaciones de esos dos jefes que en las primeras horas de una mañana nublada y triste como el porvenir de México, marchaban en direcciones opuestas, ceñudo el rostro y ardiendo el pecho en indignación y odio mútuo, al ver cada cual deshechos por su enemigo sus propios sueños de victoria? ¿Creyó realmente Valencia que de la defensa del punto por él fortificado dependía la salvación de la plaza? ¿Juzgó sinceramente Santa-Anna que no podía ayu-

crédito á los jefes militares que atribuyen sus derrotas á inferioridad numérica cuando antes de la acción confiesan el número de las tropas que mandan.—(N. del E.)

gadas é incomunicadas con el cuartel general y enteramente al arbitrio de sus jefes respectivos, quienes se vieron en la necesidad de obrar como mejor les pareció: que el mando de ellas, corespondiente á Cadwalader por su grado ó antigüedad, fué indebidamente asumido y ejercido por Smith: que las tropas dejadas en la barranca ó sus inmediaciones, frente á la loma de Padierna, se creyeron abandonadas y en las primeras horas de la noche evacuaron la posición, reocupada despues en virtud de nuevas órdenes procedentes del cuartel general: por último, que faltó plan y concierto en el conjunto y los pormenores de esta función de armas, y que el triunfo se debió á los errores y vacilaciones de nuestros generales, y á los esfuerzos y el criterio individual de los subordinados de Scott cada cual en su línea.

En la relación de Ripley es muy interesante la parte relativa á la retirada de las baterías de Callender y Magruder de su primera posición frente á Padierna, con dirección á Tlalpan en la noche del 19. Habiéndose ocultado la luna y no siendo posible usar de linternas que habrían señalado blanco á los disparos de nuestros cañones de Padierna, la artillería enemiga se retiró por el malpais en la más profunda oscuridad, llevando en camillas á sus heridos, perdiendo soldados y animales de tiro que tropezaban y se lastimaban en las rocas, y hallando, al fin, inutilizadas algunas piezas. El expresado historiador dice que el daño sufrido por tales baterías en su retirada fué mucho mayor que el que habían recibido de nuestros fuegos.

darle sin exponer la suerte de sus tropas de reserva, y que, supuesta la fatal necesidad de la destrucción del cuerpo de ejército del Norte, su deber como general en jefe consistía, ante todo, en salvar los demás elementos defensivos de la ciudad? ¿Qué parte de responsabilidad cupo á cada uno, dado que los dos la tuvieron, en tan horrible y sangrienta catástrofe que comprometía, acaso para siempre, los destinos de la patria? Sábelo Dios, en cuya presencia han comparecido ya sucesivamente uno y otro.

*
* *

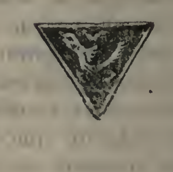
Al hablar de los sucesos de Padierna, Ripley señala algunas irregularidades en el mando y las operaciones del ejército enemigo.

Hace notar que Scott, hasta la mañana del 19 de Agosto, carecía de la menor idea exacta ó aproximada siquiera, de la posición de Valencia: que su intento al mandar que se reconociera y ensanchara el sendero de Peña Pobre hacia San Angel, no fué otro que el de proporcionarse hacia la capital diferente vía de la recta de Tlalpan á México, completamente dominada por nuestras fortificaciones de la hacienda de San Antonio: que, habiendo sido conferido á Pillow el mando en jefe de las tropas enviadas sobre Padierna, Twiggs empezó á obrar con parte de ellas de propia cuenta, sin sujeción á las disposiciones generales de Pillow: que las columnas que avanzaron hasta San Gerónimo, quedaron de hecho segre-

Agregaré que, según todas las versiones del enemigo, el rancho de Padierna, recobrado por tropas de Valencia en las primeras horas de la noche del 19, no fué conservado por ellas, sino reocupado por las fuerzas norte-americanas dejadas frente á la posición del mismo Valencia.

De los militares nuestros muertos en Padierna, los estados oficiales contemporáneos hicieron mención del general D. José Frontera: del comandante de infantería D. Juan Fernández Cota: de los capitanes D. José María Fajardo, D. Cayetano Ocampo y D. José María Rico; del teniente D. Manuel Tejada, y de los subtenientes D. Juan Zulueta y D. Bernardino Medina.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE.

Págs.

Pags



